

# LA FLOTA PERDIDA INCANSABLE



«Una *space opera* en estado puro. Directa y brillante, es una historia [...] que te transporta a la época de una ciencia ficción más pura. Ligeramente militarista y con toques de crítica social. En resumen, esta saga promete ser un clásico.»

—*Entrelectores.com*

## JACK CAMPBELL I

Lectulandia

Los prisioneros de guerra de la Alianza permanecen encerrados en un campo de trabajo del sistema estelar Heradao, donde también se encuentra la mayoría de los buques de guerra síndicos que resistieron los ataques. Decidido a no abandonar a sus hombres, Black Jack Geary ordena a la flota que inicie un ataque relámpago para rescatar a los prisioneros con el menor número de bajas posible para la Alianza.

Salen victoriosos del asalto, pero Geary descubre que los síndicos planean tenderle una emboscada a sus naves con su poderosa flotilla de reserva a fin de aniquilarlas de una vez por todas. Así, mientras el capitán dirige sus efectivos de un sistema estelar a otro con la esperanza de eludir el inevitable enfrentamiento, los saboteadores contribuyen a propagar el caos.

# Lectulandia

Jack Campbell

## Incansable

La Flota Perdida - 5

ePUB v1.1

elchamaco 19.04.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

ePUB v1.0 Elchamaco 14.04.12

---

Maquetado.

ePUB v1.1 Elchamaco 19.04.12

---

Arreglados estilos.

Del original

---

*Título* Relentless

*Fecha de publicación* 2009

De la traducción

---

*Traducción* Raúl García Campos

*Fecha de publicación* 03.2012

*ISBN* 9788498007541

Descripción: 320 p. 23x16 cm

Encuadernación: rústic solap.

Materia/s: F - Ficción Y Temas Afines

A Doug Tillyer, alias Hellfire, un hombre que amaba los libros, las ideas y a la gente, que animó no pocas reuniones y tertulias con sus comentarios, que dejó a su esposa y a sus amigos demasiado pronto, y que siempre será recordado.

Para S., como siempre.

# Agradecimientos

Sigo estando en deuda con mi agente, Joshua Bilmes, por sus siempre acertadas sugerencias y su ayuda; con mi editora, Anne Sowards, por su apoyo y su trabajo de revisión; y con Cameron Dufty, de Ace, por sus consejos. Me gustaría también agradecer a Catherine Asaro, Robert Chase, J. G. (Huck) Huckenpohler, Simcha Kuritzky, Michael LaViolette, Aly Parsons, Bud Sparhawk y Constance A. Warner sus sugerencias, comentarios y recomendaciones. Gracias también a Charles Petit por su asesoramiento sobre combates espaciales...



# Flota de la Alianza

CAPITÁN JOHN GEARY AL MANDO (EN FUNCIONES)

A continuación, se presentan las pérdidas sufridas antes de que el capitán Geary asumiese el mando en el sistema nativo síndico.

Los nombres de las naves perdidas en combate están resaltados en negrita y, entre pa-réntesis, el lugar donde se perdieron.

## SEGUNDA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Gallarda  
Indomable  
Gloriosa  
Magnífica

## TERCERA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

**Paladín** (perdida en Lakota)  
Orión  
**Majestuosa** (perdida en Lakota II)  
Conquistadora

## CUARTA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

**Guerrera** (perdida en Lakota II)  
**Triunfante** (perdida en Vidha)  
Vindicta  
Venganza

## QUINTA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Impávido  
Resuelto  
Temible  
Vengativo

## SÉPTIMA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

**Infatigable** (perdida en Lakota)  
**Audaz** (perdida en Lakota)  
**Atrevida** (perdida en Lakota)

## OCTAVA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Incansable  
Represalia  
Soberbia  
Espléndida

## DÉCIMA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Coloso  
Amazona  
Espartana

## PRIMERA DIVISIÓN DE ACORAZADOS DE RECONOCIMIENTO

**Arrogante** (perdida en Kaliban)  
Ejemplar  
**Aguerrida** (perdida en Cavalos)

PRIMERA DIVISIÓN DE  
CRUCEROS DE BATALLA

Osada

Formidable

Atrevida

**Afamada** (perdida en Lakota)

SEGUNDA DIVISIÓN DE  
CRUCEROS DE BATALLA

Leviatán

Dragón

Decidida

Valiente

CUARTA DIVISIÓN DE  
CRUCEROS DE BATALLA

**Intrépido** (buque insignia)

Arrojado

**Terrible** (perdida en Ilión)

Victorioso

QUINTA DIVISIÓN DE  
CRUCEROS DE BATALLA

**Invencible** (perdida en Ilión)

**Resistente** (perdida en el sistema  
nativo síndico)

Furiosa

Implacable

SEXTA DIVISIÓN DE CRUCEROS  
DE BATALLA

**Polaris** (perdida en Vidha)

**Vanguardia** (perdida en Vidha)

Ilustre

Increíble

SÉPTIMA DIVISIÓN DE  
CRUCEROS DE BATALLA

**Oportuna** (perdida en Cavalos)

Radiante

Inspiradora

TERCERA DIVISIÓN DE NAVES AUXILIARES DE ALTA VELOCIDAD

Titánica

Hechicera

Genio

Trasgo

TREINTA Y SIETE CRUCEROS PESADOS SUPERVIVIENTES EN SIETE  
DIVISIONES

Primera División de Cruceros Pesados

Tercera División de Cruceros Pesados

Cuarta División de Cruceros Pesados

Quinta División de Cruceros Pesados

Séptima División de Cruceros Pesados

Octava División de Cruceros Pesados

Décima División de Cruceros Pesados



menos

**Ingrato** (perdido en Kaliban)

**Blindado** (perdido en Sutrah)

**Blasón, Casaca, Ariete y Ciudadela** (perdidos en Vidha)

**Bacinete y Sallet** (perdidos en Lakota)

**Utap, Avambrazo y Facón** (perdidos en Lakota II)

**Almete y Gusoku** (perdidos en Cavalos)

## SESENTA Y DOS CRUCEROS LIGEROS SUPERVIVIENTES EN DIEZ ESCUADRONES

Primer Escuadrón de Cruceros Ligeros

Segundo Escuadrón de Cruceros Ligeros

Tercer Escuadrón de Cruceros Ligeros

Quinto Escuadrón de Cruceros Ligeros

Sexto Escuadrón de Cruceros Ligeros

Octavo Escuadrón de Cruceros Ligeros

Noveno Escuadrón de Cruceros Ligeros

Décimo Escuadrón de Cruceros Ligeros

Undécimo Escuadrón de Cruceros Ligeros

Decimocuarto Escuadrón de Cruceros Ligeros

menos

**Veloz** (perdido en Kaliban)

**Pomo, Honda, Bolo y Asta** (perdidos en Vidha)

**Espuela, Damasquina y Flecha Guardiana** (perdidos en Lakota)

**Jubón, Carta y Ote** (perdidos en Lakota II)

**Koté y Cercle** (perdidos en Cavalos)

## CIENTO OCHENTA Y TRES DESTRUCTORES SUPERVIVIENTES EN VEINTE ESCUADRONES

Primer Escuadrón de destructores

Segundo Escuadrón de destructores

Tercer Escuadrón de destructores

Cuarto Escuadrón de destructores

Sexto Escuadrón de destructores

Séptimo Escuadrón de destructores

Noveno Escuadrón de destructores

Décimo Escuadrón de destructores

Duodécimo Escuadrón de destructores

Decimocuarto Escuadrón de Destrucción  
Decimosexto Escuadrón de Destrucción  
Decimoséptimo Escuadrón de Destrucción  
Vigésimo Escuadrón de Destrucción  
Vigésimoprimer Escuadrón de Destrucción  
Vigésimotercer Escuadrón de Destrucción  
Vigésimoquinto Escuadrón de Destrucción  
Vigésimoséptimo Escuadrón de Destrucción  
Vigésimoctavo Escuadrón de Destrucción  
Trigésimo Escuadrón de Destrucción  
Trigésimo Segundo Escuadrón de Destrucción  
menos

**Daga y Venenosa** (perdidas en Kaliban)

**Doblefilo, Estilete y Mazo** (perdidos en Sutrah)

**Celta, Akhu, Hoz, Hoja, Cerrojo, Sabot, Pedernal, Aguja, Dardo, Aguijón, Lapa y Garrote** (perdidos en Vidha)

**Falcata** (perdida en Ilión)

**Martillón, Prasa, Talwar y Xiphos** (perdidos en Lakota)

**Brazalete, Flanconada, Kukri, Hastarii, Petardo y Spiculum** (perdidos en Lakota II)

**Mayal, Ndziga, Tabar, Cestus y Balta** (perdidos en Cavalos)

## SEGUNDA FUERZA DE INFANTES DE MARINA DE LA FLOTA

Coronel Carabali al mando (en funciones)

Al comienzo, 1560 infantes de marina divididos en destacamentos dentro de cruceros de batalla y acorazados. Unos 1200 supervivientes tras el recuento de bajas en combates en tierra y en buques de guerra destruidos.

# Capítulo 1

El casco de la *Merlón*, crucero pesado de la Alianza, se sacudía cada vez que las lanzas infernales que disparaban contra él los buques de guerra de los Mundos Síndicos lo penetraban y horadaban. El comandante John Geary buscó un lugar donde apoyarse cuando una ráfaga de metralla lanzada por los síndicos alcanzó la *Merlón* por babor, vaporizando parte del armazón a causa del impacto de las balas de metal sólido. Después de pasarse la mano por los ojos para enjugarse el sudor, pestañeó repetidamente para protegerse del humo que los sistemas de ventilación, averiados y sobrecargados, no conseguían expulsar del interior de la nave. Su primera acción de combate real podría ser también la última. La *Merlón* viajaba a la deriva por el espacio, incapaz de corregir su rumbo, y la última lanza infernal, que seguía zarandeando al buque de guerra, dejó de tronar en el momento en que una nueva descarga de fuego enemigo alcanzaba la nave.

El comandante no podía hacer nada más. Era hora de marcharse.

Geary masculló una queja cuando abrió el panel de destrucción de emergencia y tecleó el código de autorización. Una nueva ráfaga de lanzas infernales perforó el casco de la *Merlón*, haciendo que en el puente de mando unos indicadores se apagaran y otros empezasen a parpadear para avisar de que se habían producido nuevos daños. Geary se puso el casco del traje de supervivencia, consciente de que solo faltaban diez minutos para que el núcleo energético se sobrecargara y la *Merlón* explosionase. Aun así, el comandante se detuvo antes de abandonar el puente. Una vez que estuvo seguro de que no necesitaría ayuda para manejar las pocas armas que todavía funcionaban y para activar la autodestrucción, ordenó a los miembros de la tripulación que quedaban que se marchasen; ganó todo el tiempo que pudo para que así tuvieran tiempo de alejarse.

La *Merlón* era su nave, y odiaba tener que abandonarla y dejarla morir.

Tras la siguiente sacudida, la inercia del crucero pesado provocó que este se ladeara y se inclinara hacia arriba, sin dejar de recibir la metralla de los buques síndicos, lo que hizo que los pasillos giraran sin parar alrededor de Geary, mareándolo, y que los mamparos tan pronto se precipitaran hacia él como, después, se alejaran, golpeándolo a veces dolorosamente. Su angustia aumentó al pasar junto a los compartimentos de la cápsula de escape, algunos de los cuales estaban vacíos mientras que otros tenían restos aplastados de la nave de salvamento, todavía acoplada.

Encontró uno cuya luz de estado era amarilla, lo que indicaba que había sufrido algún daño, pero no tenía alternativa. Una vez en el interior, selló la escotilla, se puso el cinturón, pulsó el interruptor de eyección y sintió que la fuerza de la aceleración lo apretaba contra el asiento a la vez que la cápsula de escape salía disparada de la

moribunda *Merlón*.

Nada más salir despedida, la propulsión de la cápsula se interrumpió, mucho antes de lo debido. Geary no tenía forma de comunicarse ni de maniobrar, y los sistemas ambientales estaban averiados. El asiento se reclinó automáticamente cuando la cápsula se dispuso a inducirle el sueño de supervivencia; un estado de congelación que protegería su cuerpo hasta que el contenedor fuese recogido. Mientras se dormía, con los ojos fijos en las luces que parpadeaban para avisar de los daños de la cápsula, las cuales se iban apagando poco a poco, tuvo la certeza de que alguien iría a buscarlo. La flota de la Alianza repelería los ataques sorpresa de los síndicos, restablecería el control del espacio circundante de la estrella Grendel y buscaría a los supervivientes de la *Merlón*. No tardarían en encontrarlo.

Cuando abrió los ojos, solo vio una maraña de luces y siluetas difusas. Se sentía como si tuviera el cuerpo lleno de hielo, y los pensamientos afloraban en su mente despacio y con torpeza. Alguien hablaba. Intentó aguzar el oído en tanto las formas borrosas se iban transformando en un grupo de hombres y mujeres uniformados. Oyó hablar a un hombre de voz grave y rotunda.

—¿Seguro que es él? ¿Lo ha comprobado?

—La muestra de ADN cotejada con los registros de la flota coincide al cien por cien —afirmó otra persona—. Se trata del capitán Geary. La excesiva duración del sueño de supervivencia ha afectado gravemente a su estado físico. Es increíble que se esté recuperando tan bien. De hecho, es un milagro que haya sobrevivido.

—¡Por supuesto que es un milagro! —exclamó el hombre de la voz grave. Cuando acercó su rostro al de Geary, este parpadeó para enfocar la vista y distinguió, entonces, un uniforme del mismo color que el de la flota de la Alianza, aunque con algunos detalles distintos. El hombre que le sonreía lucía estrellas de almirante, aunque Geary no lo reconoció—. ¿Capitán Geary?

—Co... Co... Coman... dan... te... Geary —consiguió decir al fin.

—¡Capitán Geary! —insistió el almirante—. ¡Lo han ascendido!

¿Ascendido? ¿Por qué? ¿Cuánto tiempo llevaba fuera? ¿Dónde estaba?

—¿Qué... nave? —jadeó Geary mientras miraba a su alrededor. A juzgar por el tamaño de la enfermería, aquella nave era mucho más grande que la *Merlón*.

El almirante amplió su sonrisa.

—Se encuentra a bordo del crucero de batalla *Intrépido*, buque insignia de la flota de la Alianza.

A Geary todo aquello le parecía absurdo. En la flota de la Alianza no había ningún crucero de batalla que se llamase *Intrépido*.

—¿Mi... tri... tripulación? —acertó a preguntar Geary.

El almirante frunció el ceño y dio un paso atrás para acercarse a una mujer que lucía insignias de capitán. Geary apartó los ojos del rostro de la mujer, incomodado

por su expresión de asombro y distraído por los múltiples galones de combate que lucía. Decenas; casi parecía ridículo. Entre las insignias, Geary reconoció la de la Cruz de la Flota de la Alianza. Ya no recordaba la última vez que alguien había recibido aquella condecoración.

—Soy la capitana Desjani —dijo la mujer—, oficial al mando del *Intrépido*. Lamento comunicarle que el último superviviente de la tripulación de su crucero pesado murió hace unos cuarenta y cinco años.

Geary la miró fijamente. *¿Cuarenta y cinco años?*

—¿Cuánto... tiempo?

—Capitán Geary, ha permanecido en estado de sueño de supervivencia durante noventa y nueve años, once meses y veintitrés días. Gracias a que usted era el único ocupante de la cápsula, esta pudo mantenerlo vivo durante todo este tiempo. —La capitana hizo un gesto religioso que Geary reconoció—. Por la gracia de nuestros ancestros y la misericordia de las estrellas del firmamento, resistió. Y ha regresado.

*¿Cien años?* Los torpes pensamientos de Geary se estremecieron al intentar asimilar la noticia, sin preguntarse por qué la mujer parecía darle cierta importancia, desde un punto de vista espiritual, al hecho de que hubiera sobrevivido.

Una vez que otra persona se hubo encargado de darle la mala noticia, el almirante volvió a inclinarse hacia él mostrando una gran sonrisa.

—Sí, Black Jack, ¡ha regresado!

A Geary nunca le gustó el apodo de Black Jack, pero si consiguió fruncir el ceño, el almirante no se dio cuenta, pues le hablaba como si estuviera dando un discurso.

—Black Jack Geary, el que volvió de entre los muertos, tal como cuenta la leyenda, para ayudar a la Alianza a conseguir su mayor victoria y poner fin de una vez por todas a la guerra con los sádicos.

*¿El que volvió? ¿La leyenda? ¿La guerra continuaba después de un siglo?*

Todos aquellos a los que conocía debían de haber muerto.

*¿Quiénes eran aquellas personas y quién creían que era él?*

John Geary se despertó de súbito en su camarote a bordo del *Intrépido* y permaneció con los ojos abiertos, respirando con pesadez y sudando pese a la sensación de que sus entrañas seguían congeladas. Hacía tiempo que no tenía recuerdos de la caída de la *Merlón* y el momento en el que despertó a bordo del *Intrépido*, un siglo después. Se incorporó y se frotó la frente con una mano para intentar controlar la respiración. A su alrededor solo veía los contornos del camarote en penumbra.

El almirante de la voz grave murió en el sistema estelar nativo de los Mundos Sádicos cuando descubrió que su plan para ganar la guerra era, en realidad, una emboscada que le había tendido el enemigo. Muchos hombres y varios buques de guerra cayeron con él. Los supervivientes acudieron al legendario Black Jack Geary

para que los salvara y, pese a que Geary aborrecía esa figura absurdamente heroica que las leyendas afirmaban que era, se vio obligado a asumir el mando de la flota. Después de todo, su nombramiento como capitán tuvo lugar casi un siglo antes, y ningún otro oficial superviviente de la flota tenía, ni de lejos, tanta antigüedad como él. Muchos dudaban que estuviera a la altura, que de verdad fuese aquel héroe de leyenda, pero, aunque en su fuero interno Geary pensara igual que ellos, sabía que debía intentarlo.

Y de momento había conseguido lo que parecía imposible: había sacado la flota de la Alianza del espacio síndico, dirigiendo una retirada larga y violenta en la que hubo de emplear todas las habilidades que había adquirido un siglo atrás, y que la flota había ido perdiendo a lo largo de las sucesivas décadas del gran baño de sangre en el que la guerra se convirtió tras la pérdida de la *Merlón*.

Miró el visualizador estelar que flotaba sobre la mesa de su camarote. Lo había dejado activo cuando se fue a dormir, enfocado en la estrella Dilawa. Continuaban dentro del espacio síndico, pero se encontraban a tan solo tres saltos del espacio de la Alianza, donde estarían a salvo. Le faltaba muy poco para salvar a quienes creían en él. Pero la nave todavía se hallaba dentro de territorio enemigo, de manera que aún debía abrirse paso entre la flotilla síndica que, seguramente, los estaría esperando al final de alguno de aquellos saltos. Recordar la pérdida de la *Merlón* volvió a desanimarlo.

Exhaló con pesadez e introdujo la mano en un cajón en busca de una barrita de avituallamiento. La miró con recelo. Al igual que la mayor parte de los alimentos de la flota, aquella barrita procedía de las reservas que los síndicos dejaron cuando los sistemas estelares marginales fueron abandonados tras la introducción de la hipernet. Ni siquiera los síndicos consideraban que merecía la pena cargar con aquella comida. Aunque, obviamente, ya habría caducado, la barrita y el resto de vituallas que recogieron fueron congeladas al vacío, por lo que en teoría eran comestibles.

La barrita estaba protegida por un envoltorio propagandístico con imágenes de unas tropas de tierra síndicas, de aspecto exageradamente heroico, que marchaban de izquierda a derecha. Geary abrió el envoltorio, procurando no fijarse en los ingredientes, y empezó a dar pequeños bocados. A pesar del empeño que ponía en no saborearla, no pudo evitar hacer una mueca de asco. Los tripulantes de la flota de la Alianza solían quejarse de la comida que les daban, pero una de las pocas virtudes de los alimentos síndicos era que, aparte de mantenerte vivo, conseguían que las raciones de la Alianza, en comparación, supieran a gloria.

Tal y como aseguraba el viejo rumor, la comida no solo sabía a rayos, sino que además escaseaba. A Geary la barrita le sentó como una patada en el estómago, pero ese no fue el motivo por el que no cogió otra. Cuando una flota no tenía posibilidad de reabastecerse y se hallaba atrapada en territorio enemigo, lo mejor era reducir el

consumo de alimentos al mínimo. Geary decidió que no tenía por qué comer mejor que sus tripulantes. Aunque, teniendo en cuenta el sabor de la comida sódica, tal vez «mejor» no fuese el término más adecuado.

En ese momento, el panel de comunicación mostró un aviso urgente. Geary pulsó el botón de admisión.

—Capitán Geary, han llegado naves enemigas al punto de salto de Cavalos.

Geary accionó otro interruptor, que desactivó el visualizador estelar para sustituirlo por otro que solo mostraba el sistema estelar Dilawa y las naves que se encontraban en él. Cuando la flota de la Alianza se marchó, no quedaron muchos buques de guerra de los Mundos Sódicos en el sistema estelar Cavalos, a menos que contaran los restos de los buques de guerra sódicos que orbitaban Cavalos en forma de nubes de chatarra que, poco a poco, se iban extendiendo.

Con todo, los buques de guerra sódicos que perseguían a la flota de Geary seguían siendo numerosos, por lo que la flota de la Alianza cada vez acusaba más la tensión de la larga retirada a través del espacio sódico. No todos los restos que quedaban en Cavalos pertenecían a los buques de guerra sódicos. El crucero de batalla de la Alianza *Oportuna*, la nave de reconocimiento *Aguerrida* y nueve cruceros y destructores de la Alianza también cayeron en la batalla que se libró allí; algunos fueron destruidos durante el enfrentamiento y otros por orden de Geary, puesto que habían sufrido demasiados daños como para poder retirarse junto con el resto de la flota.

La presión también había empezado a afectarle a él. No conseguía quitarse de la cabeza las bajas que la flota de la Alianza había sufrido hasta el momento, y tal vez ese fuera el motivo por el que ahora volvía a tener aquellos recuerdos propios del estrés postraumático.

No sin esfuerzo, Geary se concentró en lo que estaba ocurriendo en ese momento.

—Solo una nave de caza asesina y dos corbetas de níquel —puntualizó Geary.

—Correcto —afirmó la capitana Desjani, cuya imagen apareció junto al visualizador. Estaba en el puente de mando, por supuesto, velando por su nave—. Lástima que estén a casi tres horas luz. A los operarios de las lanzas infernales del *Intrépido* les encantaría realizar esa práctica de disparo.

—No creo que los operarios de las lanzas infernales necesiten perfeccionar su técnica, Tanya —comentó Geary, logrando arrancarle una sonrisa orgullosa a Desjani. Como esta indicó, el punto de salto estaba tres horas luz de la ubicación de la flota de la Alianza, más adentrada en el sistema estelar, lo que significaba que las imágenes que veía de los buques de guerra sódicos tenían tres horas de antigüedad—. No los sigue nadie. Deben de ser naves de reconocimiento.

—Afirmativo. Creemos que una de las corbetas de níquel desacelerará para permanecer en las cercanías del punto de salto. La otra corbeta y la nave de caza



asesina probablemente acelerarán rumbo a los puntos de salto que conducen a Kalixa y Heradao. —Guardó un instante de silencio—. Esta es la primera vez que veo una corbeta de níquel fuera de un sistema estelar ocupado por los síndicos. Esos cacharros son tan antiguos que me sorprende que se arriesguen enviándolos al espacio de salto.

De hecho, eran tan obsoletos que las corbetas de níquel ya operaban cien años atrás, cuando empezó la guerra. La Alianza empezó a llamarlas así por su aspecto barato y su escasa utilidad en combate. Geary volvió a recordar las corbetas de níquel que abrían fuego contra la *Merlón*.

—¿Señor? —lo llamó Desjani.

Geary sacudió la cabeza, extrañado por haberse distraído con aquellos pensamientos.

—Disculpe.

Solo él podría haberse percatado del gesto de preocupación con el que Desjani lo miró, pero la capitana siguió hablando como si todo estuviera en orden.

—La primera corbeta de níquel podría saltar hacia Cavalos dentro de poco para avisar de que seguimos aquí. —Desjani sustituyó su expresión por otra más profesional y hermética—. Puesto que aún no nos hemos movido.

—Necesitamos recoger todo lo que podamos de los suministros que los síndicos abandonaron cuando expulsaron a los últimos habitantes de este sistema estelar hace décadas —explicó Geary procurando no enfadarse por la indirecta de Desjani.

—Ya hemos almacenado toda la comida abandonada. —Desjani hizo una mueca—. Si es que a eso se le puede llamar «comida». En cualquier caso, será preciso reducir de nuevo las raciones de la flota y aprovechar al máximo los alimentos que quedan. —Se encogió de hombros—. Es lo bueno de la bazofia que encontramos entre las reservas abandonadas por los síndicos. A nadie le gusta tener que comerla, de modo que a la tripulación no le importará demasiado que se reduzcan las raciones.

—Supongo que todo tiene un lado positivo. —Geary esbozó una sonrisa fugaz mientras revisaba la información sobre los minerales en bruto que estaban cargando en las bodegas de las naves auxiliares de la flota. En ese momento cayó en la cuenta de que Desjani le había sugerido, primero, que deberían seguir avanzando y, después, había optado por cambiar de tema para no contrariarlo.

No debería molestarme. Es lógico que un oficial al mando mire por el bien de la flota. ¿Cuándo saldremos de Dilawa? ¿Y adónde nos dirigiremos? Llevamos aquí casi un día y medio, por lo que, seguramente, llevamos detenidos por lo menos un día de más.

No había ningún motivo de peso para permanecer en Dilawa. Esta estrella, alrededor de la cual no orbitaba ningún mundo habitable, albergó en su día cierta presencia humana (tal vez algunos miles de personas, a juzgar por las instalaciones abandonadas por los síndicos). Aquellos humanos estarían aquí porque los antiguos

sistemas de salto más rápidos que la luz solo podían llevar las naves desde una estrella a otra que se encontrase en sus cercanías, lo que exigía que tuvieran que atravesar todos los sistemas estelares que las separaban de su destino. La hipernet cambió todo esto al permitir que las naves partieran desde una puerta de la red y viajaran directas hacia cualquier otra. Así, la presencia humana de muchos de los sistemas estelares más frecuentados se fue reduciendo paulatinamente, cuando el tráfico interestelar empezó a saltárselos.

Sin embargo, aquellos antiguos sistemas de salto servirían para que su flota regresara a casa a través de los sucesivos sistemas estelares, y la hipernet se había convertido en una amenaza para la supervivencia de la humanidad. Además, el *Intrépido* transportaba una llave hipernética síndica que podría proporcionar a la Alianza una ventaja decisiva, si conseguían trasladarla hasta el espacio de la Alianza. Por el contrario, si Geary no lograba llevar a su flota a casa, la llave se perdería junto con los buques de guerra y la tripulación y no conseguiría avisar del peligro que suponía la hipernet. El coste del fracaso le parecía más elevado cada vez que consideraba esa posibilidad.

—Avíseme si se produce algún cambio —le pidió a Desjani.

—Sí, señor. —La imagen de Desjani desapareció, pero no antes de que su expresión y su tono revelaran que la situación estaba detenida cuando era preciso ponerse en marcha.

Geary permaneció sentado, y el visualizador estelar enfocado en Dilawa volvió a aparecer ante él, suspendido sobre la mesa. No obstante, por mucho que lo mirara, el dispositivo se negaba a comportarse como una bola de cristal que pudiera resolverle todas las dudas que lo atormentaban.

La primera de ellas era determinar adónde ir después de salir de Dilawa.

*Tienes que decidirte*, pensó. Había tenido que tomar muchas decisiones durante la larga retirada de la flota a través del espacio enemigo, así que no debería costarle tanto aclararse. No quedaban muchos saltos para llegar a un sistema estelar fronterizo de los Mundos Síndicos desde el que saltar de regreso al espacio de la Alianza. No tenía por qué surgir ningún contratiempo ahora que les quedaba tan poco para ponerse a salvo. Sin embargo, cada vez que se enfrentaba a aquella decisión le parecía más difícil. Continuó dubitativo, pues todas las opciones posibles le recordaban lo que salió mal en Lakota y las bajas sufridas en Cavalos. Ahora, además, la caída de la *Merlón* se unía a la maraña de dudas que lo atormentaba.

Pensó en hablar con Victoria Rione, copresidenta de la República Callas y miembro del Senado de la Alianza, para pedirle su opinión. Pero Rione había decidido no dar más consejos de este tipo durante un tiempo, bajo el pretexto de que muchas veces no había sabido determinar qué era lo que más le convenía a la flota. Si había alguna otra razón, Geary no estaba seguro de cuál podría ser. Aunque durante

un tiempo mantuvieron un idilio, limitado a una atracción carnal inconstante, Rione siempre le ocultó muchas cosas, hasta que un día decidieron romper su relación.

En cualquier caso, apenas la había visto en los dos últimos días.

—Necesito dedicarme al máximo a los informantes que tengo en esta flota —le dijo Rione—. Tenemos que averiguar qué oficiales de la Alianza se oponen a que usted capitaneé la flota hasta el punto de introducir gusanos infecciosos en los sistemas operativos de los buques. —Geary no podía cuestionar sus prioridades; aquellos gusanos habían estado a punto de destruir varias naves de la flota.

Podía hablar con otras personas. Oficiales inteligentes, sensatos y dignos de confianza, como el capitán Duellos, de la *Osada*; el capitán Tulev, de la *Leviatán*; y la capitana Crésida, de la *Furiosa*.

Aun así, Geary permaneció sentado en soledad, con la mirada perdida en el visualizador estelar, poco dispuesto a solicitar consejo pese a que sabía que prolongar aquella situación podría acarrear consecuencias trágicas.

Sonó la alerta de su escotilla; anunciaba que la capitana Desjani solicitaba permiso para entrar. Geary accedió, preguntándose cuál sería el motivo de su visita. Dado que corrían algunos rumores que lo relacionaban con ella, la capitana apenas iba a verlo a su camarote.

Pero lo cierto es que sí mantenían una relación, si bien ninguno de los dos hablaba de aquellos sentimientos que no habían buscado y por los que no se dejaban llevar. Y no lo harían mientras él fuera el comandante de la flota y ella formara parte de la cadena de mando.

—¿Ocurre algo? —preguntó Geary.

Desjani señaló con la cabeza el visualizador estelar.

—Quería hablar con usted en privado acerca de sus próximos planes operacionales, señor.

Geary debería haberle agradecido el interés, pues sabía que Desjani se manejaba muy bien en las situaciones tácticas; sin embargo, se trataba de tomar una decisión operacional. O eso creía Geary, que se preguntaba por qué no le apetecía escuchar lo que la capitana había venido a decirle. Por otro lado, ¿cómo podía ordenarle que se marchara? Admitir que tenía dudas solo le serviría para darle un motivo más a Desjani para discutir aquel asunto.

—De acuerdo.

Desjani entró, con aire ausente, y se detuvo ante el visualizador estelar sin mirar a Geary a la cara.

—Antes parecía estar un tanto distraído, señor.

—No he dormido bien. —Desjani lo miró con gesto interrogativo y Geary se encogió de hombros—. Tuve una pesadilla en la que reviví la destrucción de mi antigua nave, cuando desperté. Todo aquello.

—Vaya. —Desjani volvió a desviar la mirada hacia el visualizador estelar—. Su aparición nos alegró tanto que no pensamos en lo conmocionado que podría estar. Siempre he creído que deberíamos haber actuado de otra manera cuando le dijimos el tiempo que había transcurrido y la suerte que corrió su tripulación. Debí de parecerle muy insensible.

—No creo que haya una forma más aconsejable que otra para informar de algo así. Y no, no me pareció insensible. Era evidente que usted sabía que debían decírmelo y nadie más estaba dispuesto a hacerlo.

—Sobre todo el almirante Bloch —admitió Desjani—. Siempre me he preguntado cuál fue la primera impresión que le causé.

Geary torció el gesto, esforzándose por recordar.

—No podía pensar con claridad. Estaba muy confundido. Recuerdo que me pregunté cómo era posible que usted hubiera acumulado tantos galones de combate. Y la Cruz de la Flota. ¿Qué hizo para conseguirla?

Desjani suspiró.

—En Fingal. Era una simple teniente de la antigua Broquel. Combatimos hasta que la nave quedó inservible y los síndicos nos abordaron.

—¿Y qué hizo?

—Ayudé a repeler el ataque. —Levantó la vista y miró en otra dirección.

—Si le concedieron la Cruz de la Flota, seguro que no fue solo por «ayudar a repeler el ataque» —comentó Geary.

—Cumplí con mi deber. —Desjani permaneció un momento en silencio.

Geary respetó el derecho de Desjani de contar la historia donde y cuando ella lo deseara. Tal vez las acciones que le valieron la condecoración le habían dejado algún tipo de trauma. La miró, sorprendido por la pericia con la que la capitana se desviaba del tema.

—¿Ha venido hasta aquí solo para hablarme de esto?

—No, no solo para esto. —Desjani respiró hondo—. Soy consciente de que no acostumbra a hablar sobre sus planes con antelación —prosiguió la capitana con un tono mucho más formal.

—En ocasiones sí lo hago —apuntó Geary.

Desjani aguardó, pero al ver que el capitán no decía nada más y no pretendía compartir su estrategia con ella, frunció levemente el ceño. Aun así, su voz no reveló ninguna emoción.

—He estado revisando toda la información de la que disponemos sobre los sistemas estelares síndicos a los que podemos llegar desde Dilawa. Entiendo que su intención es dirigirse al sistema estelar Heradao, pero no le ha comunicado a nadie su decisión pese a que es imperativo que la flota abandone este sistema estelar.

Geary tuvo la impresión de que aquello era lo más parecido a una reprimenda que

había escuchado de boca de Desjani. Arrugó un poco la frente.

—Aún no he decidido cuál será nuestro destino. —Bien, ya lo había dicho.

Desjani esperó de nuevo a que le diera más detalles y, después, le habló con firmeza.

—Para viajar a los sistemas estelares accesibles desde aquí tendríamos que retroceder hasta Cavalos, lo que supondría alejarnos todavía más de casa, Topira, lo que nos conduciría de nuevo al espacio síndico, Jundeen, que está aislado y no nos ofrece ningún destino al que se pueda saltar, excepto este mismo, y Kalixa, donde hay una puerta hipernética síndica. Heradao es el único destino razonable, dado el peligro que entraña la puerta hipernética de Kalixa y el hecho de que ir a Cavalos, Topira o Jundeen no nos supondría ventaja alguna.

—Estoy al tanto de la situación de todos los sistemas estelares a los que podemos llegar desde aquí —replicó Geary—. ¿Algo más?

Desjani lo miró fijamente, como si ignorase la orden implícita de marcharse que el capitán acababa de darle.

—Algunos de los informes síndicos que conseguimos en Sancere indican que hay prisioneros de guerra de la Alianza en un campo de trabajo de Heradao.

—También me consta.

—Capitán Geary —dijo Desjani en voz baja—, soy oficial de la flota y oficial al mando de su buque insignia. Es mí deber comunicarle mis opiniones y ofrecerle mi consejo siempre que lo considere necesario.

Geary asintió.

—No lo discuto. Ya me ha dado su opinión. Gracias. Existen otros muchos factores que debo considerar.

—¿Como cuáles?

Geary la miró, sorprendido por la brusquedad de la pregunta.

—Aún... no he terminado de reflexionar sobre ellos.

—Quizá yo pueda ayudarlo.

Geary se empeñaba en oponerse, aunque no sabía muy bien por qué.

—Se lo agradezco, pero todavía no estoy listo para debatir sobre las distintas opciones. Cada uno de los sistemas estelares a los que podemos llegar desde aquí tiene sus ventajas y sus desventajas.

—Capitán Geary, evitar tomar una decisión no es propio de usted.

Geary frunció el ceño un poco más.

—No estoy evitando tomar una decisión, y esta conversación no nos ayudará a resolver los problemas. ¿Algo más? —repitió.

—¿Y los prisioneros de guerra de la Alianza retenidos en Heradao? —preguntó Desjani con un tono más cortante.

—Para empezar —contestó Geary, cada vez más irritado—, no sabemos si

todavía siguen en Heradao. Todos los informes síndicos que conseguimos son antiguos. Es posible que trasladaran el campo de prisioneros hace tiempo. Además, los síndicos saben que la presencia de los prisioneros de guerra de la Alianza en el sistema aumentará las posibilidades de que esta flota acuda a rescatarlos, con lo cual es muy probable que pretendan tendernos una trampa en Heradao.

Desjani guardó silencio, esforzándose por controlar la respiración, y después dijo:

—¿Cómo podrían saber los síndicos que estamos al tanto de que había un campo de prisioneros de guerra en Heradao? Ignoran qué informes síndicos nos llevamos.

La pregunta tenía sentido, pero por alguna razón enfadó aún más a Geary.

—Sabe muy bien que estoy dispuesto a asumir riesgos que sean razonables para rescatar a los prisioneros de guerra de la Alianza.

—Sí, señor.

A pesar de la afirmación de la capitana, Geary ya había aprendido que un simple «sí, señor» de Desjani significaba que no estaba conforme, que había algo que no le parecía bien.

—Dudo que las ventajas de viajar a Heradao pesen más que los riesgos —añadió Geary, cuya irritación incrementaba la firmeza de sus palabras.

—Señor, con el debido respeto, debo señalar que correremos riesgos allí a donde vayamos, y que cuanto más tiempo permanezcamos aquí, mayor será el peligro.

Geary percibió el tono de la capitana y apretó la mandíbula.

—Y yo debo recordarle, con el debido respeto, que soy yo, y no usted, el responsable de la supervivencia de esta flota.

—Procuraré tenerlo en cuenta, señor —dijo Desjani con sequedad.

Geary la miró con desaprobación.

—¿Sabe? Con su actitud y sus comentarios no me pone las cosas muy fáciles.

La capitana se giró levemente para mirarlo y le devolvió el gesto de reproche.

—No quisiera importunarle, pero en estos momentos la cuestión de lo fáciles que sean las cosas para usted es la última de la lista de prioridades. Esto es así para el oficial al mando de una nave y, aún más, para el comandante de la flota. Insisto en que mi deber es aconsejar en la medida en que me sea posible al comandante de esta flota; por tanto, eso es lo que haré, aunque el comandante decida ignorar mis recomendaciones.

—Muy bien. —Geary hizo un gesto brusco con la mano ante el visualizador estelar—. ¿Qué me aconseja?

—Ya se lo he dicho: viajar a Heradao.

—Y yo ya le he dicho que ya he contemplado esa opción.

Desjani esperó a que el capitán continuase y, después, sacudió la cabeza.

—Tiene miedo. He observado que, desde lo de Lakota y Cavalos, su temor es cada vez mayor.

Geary miró fijamente a Desjani, atónito por oír aquellas palabras.

—¿Y se supone que eso es un consejo para ayudarme? ¿Por qué habla como Numos o Faresa?

Desjani se sonrojó.

—¡No se atreva a compararme con esos individuos, señor!

Geary se obligó a calmarse y se abstuvo de contestarle con mordacidad. Desjani tenía derecho a indignarse. No debía haber insinuado que la capitana era como aquellos dos oficiales. Ella no ocupaba un cargo político; nunca cuestionó su nombramiento como comandante de la flota y, además, era una oficial al mando muy capaz. Todo ello la situaba en un nivel muy distinto al del capitán Numos, quien se hallaba bajo arresto, y al de la fallecida capitana Faresa.

—Disculpe —dijo Geary con frialdad—. ¿Por qué me acusa de tener miedo?

—No lo he acusado. —Desjani hizo un esfuerzo evidente por controlar su rabia—. No pretendo demostrar cuál de nosotros nació con las gónadas más voluminosas, pero después de hablar con usted y de observarlo, he percibido algunos cambios sutiles, sobre todo a partir de lo de Cavalos. —Hizo un gesto brusco con la cabeza para señalar el visualizador estelar—. Desde que asumí el mando de esta flota, ha venido empleando una serie de tácticas prudentes y arriesgadas con las que desestabilizar al enemigo y ganar combates. Creo que confía en su instinto para decidir cuándo actuar con arrojo y cuándo con cautela, porque nadie ha conseguido establecer patrón alguno. Pero ahora yo sí sé qué patrón lo mueve, y puedo deducir que tiene miedo.

Si no fuese Desjani quien le estaba diciendo aquello... Si se tratara de Rione o de cualquiera de los oponentes que tenía dentro de la flota... Pero se trataba de Desjani. No había tenido ningún aliado más firme, más digno de confianza y más competente desde que asumí el mando de la flota. Desjani creía en él, al principio porque era de los que pensaban que fueron las mismísimas estrellas del firmamento las que lo habían enviado de regreso para salvar la flota y a la Alianza; pero ahora, además, por lo que decía que veía en él. Si se negaba a escucharla sería un necio. Así pues, Geary respiró hondo un par de veces antes de hablar.

—¿Y qué patrón es ese? —preguntó.

Desjani también se calmó y empezó a hablar con determinación pero sin llegar a acalorarse.

—He intentado considerar las circunstancias desde su posición de comandante de la flota. En el sistema estelar nativo de los síndicos, y también después, esta flota apenas tenía posibilidades de regresar a casa. Era más fácil asumir riesgos porque todas las alternativas posibles entrañaban un grave peligro. A menudo no tenía sentido actuar con precaución, puesto que era preciso tomar decisiones valientes y el resultado lógico de un exceso de cautela habría sido la aniquilación de la flota. Pero



ahora nos encontramos cerca de casa. —Señaló la imagen de Dilawa e hizo un gesto con la mano para indicar el espacio de la Alianza—. Muy cerca. Y el peligro parece mayor que nunca porque hemos llegado hasta aquí contra todo pronóstico. Así que, cuando mira ahí y comprueba lo poco que nos separa del espacio de la Alianza, piensa lo terrible que sería haber traído la flota hasta aquí y, justo ahora, cometer un error grave que pueda provocar su destrucción.

—He cometido errores graves —reconoció Geary con voz monótona—. Como llevar esta flota al sistema estelar Lakota.

—Aquella fue una maniobra meditada, ¡y al final salió bien! Y viajar a Cavalos era una decisión arriesgada porque podíamos encontrarnos con los síndicos, como terminó sucediendo, aunque logramos derrotarlos. —Desjani apretó un puño y miró fijamente a los ojos del capitán—. Las bajas que sufrimos en Lakota y Cavalos han sido las más numerosas desde que asumió el mando. Sin embargo, no fue culpa suya. Cualquiera de los comandantes que conozco habría perdido muchas más naves en aquellos enfrentamientos; de hecho, habrían perdido la batalla. Pero las bajas no fueron en vano, causamos un gran daño a los síndicos y conseguimos acercarnos a casa.

A Geary le costó expresar su opinión al respecto.

—Las naves que perdimos en Lakota y Cavalos no volverán a casa, ni la mayoría de sus tripulantes.

—¡Murieron para que sus camaradas vivieran! ¡No deshonre su sacrificio teniendo ahora tanto miedo de sufrir más bajas que, al final, acabe perdiéndolo todo! El tiempo de asumir riesgos no ha terminado. Comprendo que ahora tema echarlo todo a perder, después de haber conducido la flota hasta aquí, pero todavía nos encontramos en territorio enemigo y un exceso de precaución también entraña un grave peligro. No ganará a menos que intente ganar, pero tal vez pierda si lo que intenta es no perder.

Desjani tenía razón. Quizá el miedo a fracasar, después de haber llegado tan lejos, le hacía evitar los riesgos que sabía que debía correr para vencer, para sobrevivir. Miró el visualizador estelar e intentó ordenar sus sentimientos e ideas.

—Entonces, ¿debo guiarme por mi instinto o no? —dijo por fin, haciéndose la pregunta tanto a sí mismo como a Desjani.

—¿Qué le dice su instinto en este momento? —le preguntó la capitana.

—Las consecuencias de que vuelvan a sorprendernos en una posición desfavorable...

—Ese es su miedo. ¿Qué le aconseja su instinto?

Geary la miró de nuevo a los ojos y se dio cuenta de que Desjani tenía razón.

—Heradao.

—Entonces, hágale caso —lo apremió Desjani.

Geary exhaló con pesadez y señaló el punto donde aparecía el estado de la flota.

—Maldita sea, Tanya, conoce el estado de la flota tan bien como yo. Solo contamos con veinte acorazados, y eso incluyendo la *Orión*, cuyos daños de combate parecen requerir unas reparaciones interminables. Únicamente nos quedan dieciséis cruceros de batalla, y de ellos, la *Osada*, la *Increíble*, la *Ilustre* y la *Radiante* apenas sirven para combatir a causa de los daños que sufrieron en Cavalos. De la división de naves de reconocimiento solo queda una unidad. Exactamente, hay cuarenta y un misiles espectro y quince minas en toda la flota; además, todos los cruceros y destructores tienen, por lo menos, un sistema de armas modificado para seguir funcionando a pesar de los daños de combate. Por no hablar de las reservas de células de combustible de los buques de guerra, que, de media, se encuentran a tan solo un cincuenta y dos por ciento. Como comprenderá, no estamos en condiciones de entrar en combate.

En lugar de responder de inmediato, Desjani extendió el brazo y señaló el estado de las cuatro naves auxiliares.

—Imagino que ya habrá comprobado esto. La *Trasgo*, la *Genio*, la *Hechicera* y la *Titánica* están trabajando a pleno rendimiento con el fin de producir todo lo que esta flota necesita para seguir avanzando. Aun así, sus esfuerzos no han bastado para aliviar nuestros problemas de logística, debido a las constantes amenazas a las que venimos enfrentándonos desde que nos hallamos en territorio síndico. A pesar de los riesgos que hemos corrido para suministrar a las naves auxiliares las materias primas que requerían, carecen de la capacidad de producción necesaria para abastecer a la flota de todas las células de combustible y las armas que precisa para combatir. No teniendo en cuenta todas las maniobras que sus tácticas exigen.

Geary no podía negarlo.

—Tiene razón. Lo he comprobado.

—Entonces es consciente de que, hasta que regresemos al espacio de la Alianza, la situación no va a mejorar. —Desjani puso el dedo con fuerza sobre esa zona—. Debido al estado de las células de combustible, las naves auxiliares tienen que emplear todos sus recursos para fabricar células nuevas, por lo que no pueden manufacturar más misiles. Nos pueden proporcionar más metralla; de hecho, en estos momentos las reservas de este recurso están alcanzando unos niveles aceptables. Sin embargo, no ocurre lo mismo con las reservas de misiles y de minas, de manera que, hasta que llegemos a casa, tendremos que seguir consumiendo células de combustible a un ritmo superior al que las fabricamos. Así pues, en Heradao tendremos nuestra mejor oportunidad para luchar contra los síndicos. En este momento todos los recursos son muy limitados y hemos acumulado muchos daños de combate, pero ellos han sufrido numerosas bajas. Con el tiempo, el enemigo empezará a recuperarse más rápido que nosotros; están en su territorio.

Geary miró de nuevo el visualizador estelar y recorrió con los ojos los años luz que separaban Heradao del espacio de la Alianza.

Desjani lo observó durante unos instantes y, acto seguido, continuó hablando en un tono más bajo.

—También le preocupa lo que pueda ocurrir cuando la flota llegue a casa, ¿no es así?

Geary apartó la vista del visualizador y volvió a mirar a la capitana mientras esta seguía hablando.

—Le inquieta regresar allí donde hace un siglo tenía su hogar y enfrentarse a todos los cambios que se habrán producido desde entonces. —Desjani señaló con la cabeza la región del espacio de la Alianza—. Y, sobre todo, le preocupa lo que la mayor parte de esta flota espera que haga cuando lleguemos a casa.

¿Es que a aquella mujer no se le podía ocultar nada? ¿Alguna vez había hablado con ella acerca de aquellas cosas y en aquellos términos? Geary negó con la cabeza, pero no para rechazar los comentarios de Desjani.

—No lo haré, Tanya. No me importa si la flota entera y todos los ciudadanos de la Alianza quieren ver al gran y legendario Black Jack Geary a lomos de un caballo blanco quitando de en medio a los líderes electos de la Alianza. No estropearé aquello que hace que merezca la pena luchar por la Alianza con el pretexto de acudir en su defensa. Es lo que muchos esperan de mí, y, tal vez, algunos de ellos intenten apretarme las tuercas, pero no tengo ni idea de lo que haría si se diera el caso.

—Sí, sí que lo sabe. —Desjani le sostuvo la mirada—. Tiene muy claro lo que no hará. Se ha fijado un objetivo estratégico: defender lo que hace que merezca la pena luchar por la Alianza y ponerle fin a esta guerra. Piense en las distintas maneras que tiene de poner su estrategia en práctica y, entonces, sabrá qué tácticas emplear.

—No es tan sencillo.

—¡No, si intenta hacerlo solo! ¡Busque consejo! ¿Acaso el único miembro de esta flota en el que confía es en La Política?

Al oír la pregunta de la capitana, Geary apartó la vista momentáneamente. Del mismo modo que hacía tiempo que Rione había dejado de utilizar el nombre de Desjani, esta ya solo se refería a la copresidenta por el apelativo de «La Política». No se podía discutir que el título era apropiado, aunque los políticos no gozasen de excesiva popularidad en aquella flota que, después de llevar un siglo combatiendo, los culpaba por no haber conseguido aún la victoria.

—¿Quiere saber por qué no le he pedido consejo al respecto? —dijo Geary.

—Sería muy amable por su parte si me lo dijera.

Maldita sea. ¿Qué le pasaba a Desjani? Geary volvió a mirarla a los ojos.

—Porque temo que esté de acuerdo en todo lo que yo pueda decir, que rompa su juramento y me siga haga lo que haga, porque cree que las mismísimas estrellas me

enviaron con su flota y me orientan con su luz.

Desjani movió la cabeza, con gesto firme, en señal de asentimiento.

—Sí, lo seguiría. —Al ver la expresión retorcida de Geary, la capitana extendió un brazo para que la dejara explicarse—. Porque sé que fue enviado con esta flota para cumplir una misión divina y que actúa guiado por una luz especial. Por ello, también estoy segura de que no hará algo que juró que no haría. Sé que no destruirá la Alianza y, por tanto, no me cabe la menor duda de que puedo seguirlo y ayudarlo, si me lo permite. Hay quienes lo ayudarían a encontrar la manera de proceder si confía en nosotros, y estoy segura de que sabe quiénes son. Confíe en nosotros, creemos en la Alianza tanto como usted. Admito que, en su día, podría haber llegado a aceptar un golpe militar, pero no ahora, no después de todo lo que usted nos ha recordado. Nuestros intentos por recrear la brutalidad del enemigo solo han servido para convencer al pueblo síndico de la necesidad de seguir combatiendo contra nosotros hasta el final, y no tendría mucho sentido vencerlos si la victoria significase convertirnos en el reflejo exacto de nuestro enemigo. No obstante, al igual que los problemas con los síndicos, los conflictos políticos que agitan tanto esta flota como nuestro hogar no se solucionarán si siempre los deja para otro momento.

Por un instante, Geary quiso replicar y refutar todo lo que Desjani acababa de espetarle, pero intuía que, dijera lo que dijese, no conseguiría sino negar lo que sabía que era verdad y evitar afrontar lo importante. Volvió a perder la vista entre las estrellas mientras intentaba encajar lo que él sabía con lo que Desjani le había dicho, hasta que se formó una idea que le pareció válida y asintió con la cabeza.

—Gracias. Tiene razón. En todo. He estado evitando tomar una decisión. Veía las cosas, pero no conseguía comprenderlas porque me aterraba la idea de perder esta flota ahora que nos queda tan poco para ponernos a salvo, y porque estaba dejando que me paralizase la preocupación por lo que ocurriría cuando regresásemos a casa.

Desjani sonrió; en su rostro ya no se apreciaba ninguna señal de tensión.

—¿Iremos a Heradao?

—Sí, Tanya, partimos hacia Heradao. Rescataremos a los prisioneros de guerra de la Alianza, si es que siguen allí, y derrotaremos a las tropas síndicas que puedan estar concentradas en esa región. También iré pensando en alguna estrategia para cuando lleguemos al espacio de la Alianza.

—Puede pedirle consejo al capitán Duellos, al capitán Tulev...

—Y a usted —la interrumpió Geary—. Parece que usted es una parte muy importante de mi «luz especial». —Desjani se ruborizó al oír el halago—. No habría llegado a tomar esta decisión yo solo; he estado evitando a todos los que podrían haberme hecho enfrentarme a ella. Necesitaba que usted me diera un empujón, puesto que me conoce mucho mejor de lo que pensaba y porque es lo bastante lianta para obligarme a darme cuenta de lo que estaba haciendo.

Desjani amplió su sonrisa.

—Esta lianta ha tenido que lidiar con muchos cabrones retorcidos. Usted es de los más razonables, señor.

—Gracias. —Geary vaciló—. Tanya, ningún otro oficial de alto rango de la flota parece haberse dado cuenta de lo que me preocupa.

—Nunca ha hablado abiertamente de sus temores. Después de todas las conversaciones que hemos mantenido y con todas las experiencias que nos hemos contado el uno al otro, yo jugaba con ventaja. Además, después de observarlo durante un tiempo, sabía que era lo bastante inteligente para apreciar la importancia de dejarse aconsejar por otros. El hecho de que últimamente se estuviera esforzando por evitar ese tipo de ayuda también me evidenció algo.

—Supongo que debo darles las gracias a mis ancestros por que usted fuera la capitana de mi buque insignia. Darles las gracias de nuevo, quiero decir.

Desjani esbozó media sonrisa.

—Lo tomaré como un cumplido profesional. Ahora, con su permiso, señor, tengo otros asuntos de los que encargarme, y usted ha de dar la orden de que la flota ponga rumbo a Heradao.

—Así es, capitana Desjani. —Geary apartó los ojos de la sonrisa de la oficial y se obligó a dejar de pensar en el sabor de sus labios. Nunca disfrutaría de ellos, no mientras estuviera al mando de la flota ni mientras durase aquella guerra. Desjani se había ganado su respeto en infinidad de ocasiones y, aunque sentía algo por la capitana que trascendía su relación profesional, nunca dejaría de mostrarse deferente con ella, tanto en público como en privado. Así pues, Geary se puso de pie y le devolvió el saludo.

Sin embargo, Desjani se detuvo justo antes de salir y lo miró.

—Espero que no se sienta incómodo por lo que le he dicho, señor. Me sentía en la obligación de hablarle con franqueza.

—Gracias, capitana Desjani. Espero que siga expresándose con la misma franqueza y contundencia siempre que lo estime necesario; le prometo que la escucharé cuando lo haga. Después de todo, soy uno de los cabrones retorcidos más razonables de la flota.

—Tal vez sea así, señor, pero no deje que se le suba a la cabeza.

Geary contuvo una carcajada hasta que la escotilla se cerró una vez que la capitana hubo salido.

## Capítulo 2

La sala de reuniones de la flota, ubicada en el *Intrépido*, no era demasiado espaciosa, de modo que la mesa y los asientos que allí había podían dar cabida, como mucho, a una docena de personas. Aun así, el *software* de conferencias virtuales conseguía que el tamaño de la mesa y la sala parecieran ampliarse para permitir la celebración de grandes reuniones, así que Geary se hallaba situado a la cabeza de una mesa inmensa alrededor de la cual estaban sentados cientos de oficiales. Aparte de él, la capitana Desjani y la copresidenta Rione, ninguno de los asistentes estaba presente físicamente. Por mucho que detestara las reuniones de la flota, Geary reconocía que aquel *software* era un programa fabuloso; además, en más de una ocasión, el hecho de que los «presentes» no se encontrasen allí en realidad había servido para que la sangre no llegara al río durante las discusiones más acaloradas.

Por desgracia, en esta ocasión no tendrían muchas razones para discrepar abiertamente. Por mucho que le desagradara discutir con gente como Numos, Casia o Midea, la hostilidad manifiesta de su actitud al menos dejaba patente a quién era necesario vigilar. Eso era algo que habría agradecido en esta ocasión, pues suponría una oportunidad para identificar al resto de los miembros de la flota que se oponían a su mando. Con todo, fueran quienes fueran, parecían haber gastado casi todos sus escudos humanos, si bien el hecho de que aún permanecieran ocultos resultaba frustrante. Si solo supusieran una amenaza para su mando, no se habría preocupado demasiado por ellos, puesto que, tras la segunda batalla de Lakota, su posicionamiento junto con los tripulantes y la mayor parte de los oficiales de la flota era tan firme como el blindaje de las naves, aunque sus enemigos ocultos habían demostrado una y otra vez su voluntad de poner en peligro los buques de guerra que hiciera falta con el fin de hundirlo. El juego, que antes consistía en hacer todo lo posible por destituirlo, ahora se basaba en intentar asesinarlo a él y a sus partidarios más leales, lo cual, en la práctica, equivalía a pretender destruir las naves en las que viajaban.

Geary desplegó el visualizador estelar sobre la mesa de negociaciones.

—Les pido disculpas por haber tardado tanto en comunicarles mis intenciones. Ya hemos terminado las operaciones de aprovisionamiento en Dilawa. He ordenado que la flota ponga rumbo al punto de salto hacia Heradao. —La trayectoria de la flota de la Alianza trazada en el visualizador se curvaba describiendo un elegante arco que atravesaba los alrededores desiertos del sistema estelar Dilawa—. Confiamos en que los prisioneros de guerra de la Alianza sigan todavía en Heradao, en cuyo caso procederíamos a liberarlos.

—Con los prisioneros aumentará el consumo de alimentos —advirtió el capitán Tulev con sequedad—. Y los que tenemos son insuficientes.

El comandante Neeson, de la *Implacable*, sacudió la cabeza.

—No podremos recoger las suficientes provisiones a menos que ocupemos un sector de abastos ubicado en una superficie planetaria, lo cual escapa a la capacidad de nuestros marines. Además, no podemos fiarnos de la comida que los síndicos nos entreguen bajo presión, ni podemos analizarla a fondo.

—Según los registros antiguos de los que disponemos, en Heradao hay dos mil prisioneros —explicó Tulev—. Tenemos la obligación de liberarlos, en eso estoy de acuerdo. Contamos con espacio suficiente para albergarlos. Algunas de las naves siguen sin funcionar a pleno rendimiento debido a las bajas sufridas en combate, aun con los supervivientes que recogimos de las naves perdidas, y en las demás se puede alojar más personal durante el tiempo que tardemos en llegar al espacio de la Alianza. Sin embargo, las reservas de alimentos se han reducido a niveles críticos.

—¿Quiere decir que tenemos el mismo problema que con el combustible? —gruñó el capitán Armus, de la *Coloso*.

Geary levantó la mano para apaciguar los ánimos.

—Todos los recursos escasean. Aun así, los sistemas de logística indican que, aunque recojamos a dos mil prisioneros, podremos llegar al espacio de la Alianza sin agotar las reservas de alimentos, pero será preciso volver a reducir las raciones.

—¿Y si nos retrasamos? —preguntó Tulev.

—No podemos permitirnos más retrasos —contestó Geary—. Las reservas de combustible y de alimentos están al mínimo, y el único sitio al que podemos ir para reabastecernos es el espacio nativo de la Alianza. Seguiremos avanzando y luchando. Hemos tenido que extremar las precauciones para que los síndicos no dedujeran qué ruta seguiríamos para regresar a casa, pero a partir de ahora iremos directos hacia allí. —Algunos oficiales sonrieron aliviados cuando Geary cambió la escala del visualizador estelar; sin embargo, no tardaron en borrarla.

Armus dio voz a la preocupación que compartían.

—Una ruta directa aumenta las probabilidades de que nos encontremos con una fuerza de bloqueo síndica. ¿Cómo vamos a luchar si no disponemos del combustible necesario?

*Les rezaremos a nuestros ancestros para que obren un milagro*, pensó en contestarle Geary, aunque confiar en la intervención divina no parecía una buena base para un plan táctico.

—Combatiendo con inteligencia para minimizar el consumo de células de combustible. Si es necesario, intentaremos atravesar la fuerza de bloqueo para dejarlas atrás. —La idea, sensata y razonable, dio lugar a todo tipo de gestos entre los ocupantes de la mesa; se alejaba demasiado del concepto arcaico de honor y coraje que venía determinando las acciones de la flota desde hacía, por lo menos, una generación y que tantas muertes espantosas había provocado. Pero Geary ya se había



encontrado en esa misma situación las veces suficientes para saber cómo controlarla —. Siempre podemos regresar y destruir las naves síndicas una vez que hayamos repostado, o dejarlas para los buques de guerra de la Alianza que han defendido nuestro espacio nativo durante nuestra ausencia, que también se merecen la oportunidad de desfogarse un poco.

Los ocupantes de la mesa se relajaron; algunos de ellos incluso volvieron a sonreír cuando Geary prosiguió.

—Hay muchas probabilidades de que las fuerzas síndicas que queden para intentar detenernos nos estén esperando en Heradao, ya que nuestro camino de regreso a casa es en línea recta. Si en Heradao encontramos alguna flotilla síndica, la combatiremos allí, porque nuestras reservas de combustible ya no bajarán mucho más hasta que llegemos a casa.

Geary miró a la capitana Desjani, que no hizo el menor gesto que revelase que él estaba recitando su consejo casi al pie de la letra. *Ahora no puedo permitirme alimentar los rumores de favoritismo hacia Desjani, pero, cuando todo esto acabe, me encargaré de que tanto ella como otros de su misma valía reciban el crédito que se merecen.* Geary se limitó a señalar una gigantesca estrella blanca.

—Después de Heradao continuaremos hacia Padronis y, de ahí, saldremos hacia Atalia.

La mesa de negociaciones se agitó cuando el capitán Badaya, de la *Ilustre*, expuso lo que probablemente todos los presentes estaban pensando:

—Y Atalia se encuentra dentro del espacio de salto de Varandal.

—Correcto —afirmó Geary—. El espacio nativo de la Alianza donde se halla la mayor concentración de instalaciones de apoyo de la flota de toda la región. Una vez que llegemos a Varandal, nos abasteceremos de todos los suministros que necesitemos.

—No cabe duda de que es ineludible emprender una acción arriesgada —admitió el capitán Cáligo, del crucero de batalla *Radiante*—. La Alianza nos necesita a nosotros y a todos los prisioneros de guerra de la Alianza que podamos sacar de territorio síndico.

Aquella aseveración, incuestionable, provocó múltiples asentimientos de cabeza, momento que Geary aprovechó para mirar a Cáligo. Hasta hacía poco, solía mantenerse en silencio durante aquellas reuniones, pero últimamente se hacía oír cada vez más. Tampoco era que hubiera dicho nada excepcional, solo cosas con las que casi todo el mundo estaba de acuerdo.

—Nuestro personal de Inteligencia cree que los inventarios de minas síndicas deben de encontrarse todavía en niveles muy bajos, si consideramos la gran cantidad de minas que colocaron en los sistemas estelares de las cercanías de Lakota para intentar atraparnos —prosiguió Geary—. Aun así, realizaremos una maniobra evasiva

programada al llegar a Heradao y nos prepararemos para entrar en combate al dejar atrás la salida del salto. ¿Alguna pregunta?

—¿Y Kalixa? —dijo la capitana Kila—. También está de camino a casa y cuenta con una puerta hipernética síndica. —Pretendía expresarse con un tono apacible, pero no conseguía disimular su aspereza. Obviamente, la diplomacia no era el punto fuerte de Kila, pero él ya lo sabía.

—No pasaremos por Kalixa —contestó Geary—. Una puerta hipernética síndica entraña demasiados riesgos.

Kila fingió sorprenderse.

—¿Desde cuándo el riesgo es un problema para esta flota? Capitán Geary, no nos preocupa lo que los síndicos puedan hacer, y esta sería una buena oportunidad para causarles más daño eliminando otro de sus sistemas estelares.

El comandante Neeson no parecía dar crédito.

—Disculpe, capitana Kila, usted estuvo con nosotros en Lakota, ¿verdad? Nuestra flota podría haber sido aniquilada allí.

—Pero eso no ocurrió —replicó Kila—. Negarse a actuar a causa de un miedo exagerado ante la respuesta del enemigo no es lo que se espera de un comandante de esta flota, y mucho menos del comandante de un crucero de batalla.

Al oír esto, Neeson se encendió de rabia.

—¿Me está acusando de cobardía?

—Calma —ordenó Geary—. Tranquilícense. Capitana Kila, su comentario estaba fuera de lugar.

Kila se encogió de hombros.

—No pretendía ofender a nadie, solo señalar que...

—Es suficiente. —Geary se fijó en la mirada desafiante que le lanzó la capitana al ser interrumpida—. El comandante Neeson ha demostrado su valentía en multitud de ocasiones. No toleraré que se pongan en tela de juicio la competencia ni el coraje de ningún miembro de esta flota sin una buena razón.

La capitana Crésida, que llevaba tiempo esperando tomar la palabra, se decidió a intervenir.

—El comandante Neeson también tiene su parte de razón. La descarga de energía que se produjo cuando la puerta hipernética de Lakota se colapsó se encontraba en el extremo inferior del rango teórico. Debo recordarle a la capitana Kila que, en el extremo superior, se podría desencadenar una liberación de energía equivalente a la de una nova. Ninguna nave que se hallase en el mismo sistema estelar resistiría un estallido de esa magnitud, por muy lejos que se encontrara de la puerta en el momento de su colapso.

—En teoría —replicó Kila con tono sarcástico—. No vimos nada parecido a eso ni en Sancere ni en Lakota, así que la teoría podría ser incorrecta, con lo cual cabría

la posibilidad de que utilizáramos las puertas a modo de armas con las que eliminar los sistemas estelares síndicos y ¡darles su merecido por cuanto han hecho en esta guerra!

—Sus comentarios —observó Crésida, cada vez más acalorada— evidencian una incomprensión absoluta de lo que se sabe acerca de las puertas hipernéticas, así como de los datos que recogimos en Sancere y Lakota.

—¡Ya está bien! —intervino Geary de nuevo—. La capitana Crésida tiene razón. No nos hemos reunido para hablar de ciencia. Capitana Kila, le sugiero que se familiarice con los datos de los que disponemos antes de proponer nuevas estrategias. —Kila se sonrojó al escuchar la poco velada reprimenda del capitán.

El capitán del *Arrojado* asintió.

—En cuanto a lo de resistir al colapso de una puerta hipernética, todos vimos lo que les ocurrió a los buques de guerra síndicos que derribaron su propia puerta en Lakota.

—Nuestras naves... —empezó a decir Kila.

—¡En Sancere mi nave estuvo presente durante el colapso, y la *Inspiradora* se hallaba muy lejos! Sé muy bien lo que es encontrarse cerca de una puerta hipernética colapsada y no quiero volver a pasar por algo así, diga lo que diga. Solo la suerte y las mismísimas estrellas del firmamento nos salvaron en Sancere y en Lakota.

—La suerte, el coraje y la inteligencia —añadió Geary—. Mientras esta flota siga actuando con valor y sensatez, podremos dejar los milagros para las emergencias. Y en cuanto a utilizar las puertas hipernéticas para destruir sistemas estelares enemigos, ya he dicho que no emprenderé acciones de ese tipo. Ni las mismísimas estrellas ni nuestros ancestros aprobarían semejante atrocidad, y mucho menos de esa magnitud.

—En ese caso —observó el capitán Duellos—, no parece haber motivo alguno para viajar a Kalixa.

Kila le lanzó una mirada asesina al tiempo que el capitán Cáligo tomaba la palabra de nuevo.

—Somos una flota. Todos estamos en el mismo bando. Enfrentándonos como lo estamos haciendo ahora, lo único que conseguiremos será hacer más fuerte al enemigo.

La afirmación arrancó gestos de asentimiento. Geary tampoco encontró nada que objetar al alegato de Cáligo, cuyas palabras, por alguna razón, también cerraron la boca de Kila, quien terminó por ceder.

—¿Alguna otra pregunta? —dijo Geary con sequedad.

La mesa permaneció en silencio y la reunión se dio por terminada, momento en que las imágenes de los asistentes empezaron a desaparecer, devolviéndole poco a poco las dimensiones reales a la pequeña sala.

El capitán Duellos se quedó un poco más.

—Tengo que confesar que empezaba a preguntarme por qué todavía no habíamos salido de Dilawa.

—Necesitaba que me dieran un ladrillazo en la cabeza —admitió Geary.

—Ah, entiendo. Qué suerte que contara con la capitana Desjani para ello.

Desjani lanzó una mirada molesta a Duellos.

—Roberto, ¿no tiene nada mejor que hacer?

Duelos asintió con la cabeza y sonrió.

—Tanya, llámeme si se le acaban los ladrillos.

—Lo haré. Tiene la cabeza muy dura. Apuesto a que habrá acumulado un buen montón de ladrillos para tenerlos a mano cuando discuta con Kila.

—No merece la pena dedicarle nuestra atención —dijo Duellos con tono desdenoso—. Solo hablo con ella cuando mi deber me lo exige.

Geary torció el gesto.

—Me alegro de que Kila se callara antes de que tuviera que ordenárselo explícitamente.

—Ni siquiera ella encontró alguna objeción a lo que dijo Cáligo.

—Pero podría haberlo hecho... —intervino Desjani—. Incluso las verdades más obvias se pueden retorcer. Me sorprendió que optase por no seguir discutiendo.

Duelos frunció los labios con gesto meditabundo.

—Tiene razón, pero eso implicaría que Kila y Cáligo tienen algún tipo de acuerdo. Y ni siquiera se relacionan, y no conozco a nadie que los haya visto juntos alguna vez, excepto en reuniones como esta; además, no son precisamente almas gemelas.

—Eso es innegable —admitió Desjani.

—¿Hasta qué punto conoce a la capitana Kila? —preguntó Geary.

Desjani se encogió de hombros.

—Nunca he tenido mucha relación con ella. Se trata de una impresión formada a partir de lo que dicen mis amigos, que no son pocas cosas.

—¿Y qué dicen sus amigos?

Desjani volvió a alzar los hombros.

—Según ellos, está programada para putear a los demás, función en la que pone todo su empeño cuando se activa ante la menor provocación.

Geary consiguió reprimir una carcajada con una tos.

—Parece un buen motivo para evitar el trato con ella.

—Y una descripción muy acertada —observó Duellos.

—Con ese carácter, ¿cómo es posible que ocupe el cargo que tiene?

Desjani miró a Geary con escepticismo.

—¿Me lo está preguntando en serio? Ese carácter solo lo saca con sus subordinados o ante compañeros que compiten con ella por ascender en la jerarquía.

En cambio, a la hora de tratar con sus superiores, se comporta siempre con la misma suavidad que un filtro de micrones.

—Entiendo. —Había sido una pregunta absurda. A lo largo de su carrera, un siglo atrás, él había conocido a mucha gente parecida, y, de alguna manera, siempre conseguían sobrevivir a las guerras.

—Como pueden ver —continuó Duellos—, Kila no es la compañera ideal para un oficial sincero que no puede ayudarla a satisfacer sus ambiciones. Cáligo es el tipo de oficial contra el que Kila arremete solo para divertirse.

—Eso no significa que no puedan terminar acostándose —señaló Desjani.

—¡Agh! —Duelos hizo una mueca de asco—. Sé que lo dice en sentido metafórico, pero ahora no voy a poder quitarme esa imagen de la cabeza. ¡Oh, por favor, necesito olvidarla! Con su permiso, capitán Geary, tengo que darme una ducha.

Cuando la imagen de Duellos se desvaneció, Geary miró a Desjani.

—Me alegro de tenerlos a los dos a mi lado. —Levantó una mano cuando Rione también se marchaba—. ¿Le importaría aguardar un momento, señora copresidenta?

Rione se detuvo. Miró primero a Desjani y, después, a Geary.

—Pensé que tal vez querrían quedarse a solas.

Desjani entornó los ojos y frunció los labios hasta que se le vieron los dientes.

—Tal vez la copresidenta Rione desee volver a decirme eso en privado.

—Confiaba —intervino Geary antes de que Rione desplegara sus armas contra Desjani— en que pudieran decirme si han averiguado algo.

Esta vez, Rione se quedó mirando a Desjani sin disimular el fastidio que le producía su presencia, pero Geary se limitó a esperar. Necesitaba otro punto de vista, una opinión con la que contrastar la suya. Por fin, Rione habló.

—Lo que he averiguado se puede resumir en una sola palabra: nada.

—¿Nada? —Geary se frotó la frente para ocultar su decepción—. Me consta que los espías que tiene en esta flota son muy hábiles, señora copresidenta. Esperaba que...

—Puesto que trabajan para usted, debería llamarlos «agentes», capitán Geary —replicó Rione con un gesto de enfado—. Quien haya estado detrás de los cambios más recientes en su mando y de los intentos de sabotear algunas de las naves de esta flota ha ocultado su implicación con asombrosa maestría. No ha dejado ningún rastro. Ni siquiera el interrogatorio que usted autorizó hacerle al zoquete del capitán Numos, tras los últimos intentos de introducir gusanos en los sistemas operativos de sus buques de guerra, sirvió para nada porque Numos no tiene la menor idea de quién lo incitó. Tal vez Faresa supiera algo, pero falleció en Lakota. Lo mismo se puede decir de Falco, suponiendo que fuese capaz de diferenciar entre la fantasía y la realidad durante el tiempo necesario para averiguar algo útil. El capitán Casia y la comandante Yin no pueden revelarnos nada, pues murieron a consecuencia de un oportuno

accidente. Si subestimaba a los enemigos que todavía le quedan en esta flota, no siga haciéndolo. Sean quienes sean, son muy capaces y muy peligrosos.

—Y nosotros también —dijo Desjani.

Rione adoptó un gesto divertido.

—Las baladronadas pueden resultar útiles en la lucha contra los síndicos, pero no son la mejor arma para acabar con este enemigo.

—Lo sabemos —intervino Geary antes de que Desjani disparase otra ráfaga—. ¿Y Kila? Cada vez expresa sus desacuerdos con mayor vehemencia.

La sonrisa de Rione dio paso a una expresión de enojo.

—Tal como informaron sus compañeros oficiales y confirmaron mis agentes, Kila se ha ganado demasiadas enemistades como para poder aspirar a la comandancia de esta flota. Sin embargo, también es muy arrogante y, al contrario que Numos..., demasiado lista como para dejarse utilizar por nadie. Al parecer, se ha envalentonado ahora que se ha dado cuenta de que no puede engatusarlo con los métodos que suele utilizar para adular a sus superiores. ¿Nunca intentó seducirlo?

—¿Qué?

—Hay indicios de que esa podría ser una de las tácticas a las que recurre para ascender, aunque también podría tratarse tan solo de un rumor derivado del rechazo general que Kila provoca entre sus compañeros. ¿Dice que nunca intentó nada con usted?

—¡No! —Por el ángulo del ojo podía ver a Desjani fulminando a Rione con la mirada—. ¡Ni siquiera hemos estado juntos físicamente en la misma nave!

Rione asintió con la cabeza.

—Eso podría explicarlo. En cualquier caso, dada la reputación que tiene usted, es posible que ella fuese consciente de que intentar algo así hubiera sido inútil.

—Gracias. —Rione siempre parecía saber cómo desconcertarlo.

—Con todo, Kila no serviría de escudo humano a quienes estén orquestando estas acciones contra usted y la flota —prosiguió Rione—. Si ella estuviera detrás de todo esto, ¿por qué iba a hacer nada que la convirtiera en el centro de atención?

—Si mis enemigos ocultos son tan inteligentes como creemos, ella no debería estar implicada. —Geary sacudió la cabeza—. Los operarios de la seguridad de los sistemas siguen buscando gusanos peligrosos, pero no pueden garantizar que vayan a encontrar todas las puertas traseras que lleven a los sistemas de control de la flota. ¿Qué más podemos hacer?

—No lo sé. —Rione no podía disimular su frustración—. Entiendo que no ha recibido más ofertas para convertirse en dictador.

—No, últimamente no.

—Lo único que le impide hacerlo —apuntó Rione— es la distancia que nos separa del espacio de la Alianza y las fuerzas síndicas a las que aún tendremos que

enfrentarnos.

—Y yo mismo —añadió Geary—. No me prestaré a algo así.

Rione lo miró con cansancio.

—¿Por qué cree que ese es un factor decisivo? Cuando lleguemos a Varandal, aquellos que esperan que les arrebate la autoridad a los líderes electos de la Alianza querrán que actúe.

Esta vez contestó Desjani, con frialdad.

—El capitán Geary no romperá el juramento que le hizo a la Alianza, por muy incompetentes que sean los políticos que la lideran.

Rione la ignoró y continuó hablando a Geary sin rodeos.

—Llegará el día en que se cansen de que les diga que no, y saben que la mayor parte de la flota los apoyaría si actuaran supuestamente según sus indicaciones. No necesitan su aprobación para dar un golpe en su nombre. Cabe esperar que es lo que terminarán haciendo, tras lo cual usted habrá de enfrentarse a un hecho consumado. Necesita tener un plan para actuar en ese caso antes de que el gobierno de la Alianza sea derrocado.

—De acuerdo. —A decir verdad, Rione le estaba dando el mismo consejo que Desjani. No obstante, de ninguna manera cometería el error de decirlo—. ¿Propone algún plan?

—Si estuviéramos hablando de políticos, no me sería muy complicado trazar una estrategia —contestó Rione, frunciendo el ceño con exasperación—. Sin embargo, mis conocimientos sobre la mentalidad militar son limitados.

Geary miró de soslayo a Desjani.

—Tal vez deberíamos centrarnos en el punto de vista castrense. Es posible que debamos considerarlo un problema militar; una cuestión de tácticas y estrategias.

Rione cambió el gesto cuando consideró la idea.

—Eso podría sernos de gran utilidad.

Sin que la copresidenta se percatase, Desjani esbozó una sonrisa de satisfacción no demasiado militar.

Geary intentó lanzarle a Desjani una mirada de prudencia, y, por supuesto, Rione se dio cuenta, de modo que La Política se giró levemente para mirar a la capitana, aunque demasiado tarde para ver su expresión de burla.

—¿Podrá hacerlo? —le preguntó Rione a Geary—. ¿Explicárselo a ellos en sus propios términos de tal manera que decidan no actuar?

—Es lo que pretendo, pero todavía no he encontrado ningún argumento lo bastante convincente.

Rione resopló con un gesto de fastidio.

—Piense en términos de catástrofe, porque a eso es a lo que nos llevaría un golpe militar. Supondría un auténtico desastre, el mayor que se pueda imaginar.

Desjani alzó una ceja y miró a Geary.

—Esa parece una buena descripción del resultado del ataque contra el sistema nativo síndico que dejó esta flota atrapada en el corazón del territorio enemigo.

—Eso está bien —admitió Rione—. Muy bien. Como sucedió hace poco, todavía está muy reciente y aún despierta todo tipo de emociones. Se trata de algo que, aunque en un principio parecía buena idea, provocó una debacle que podría habernos hecho perder la guerra. Seguro que se le ocurre algo por el estilo.

Geary asintió con la cabeza.

—Solo tengo que pensar en quién sería el enemigo en una situación así.

Rione suspiró irritada.

—Eso es lo más sencillo. Pregúnteselo a su capitana. Ella se lo dirá. O si no, al capitán Badaya. ¿Quién es el enemigo en casa? Yo, y todos los demás políticos. Eso es lo que creen. —Desjani hizo un gesto de asentimiento; ya no miraba burlonamente a Rione—. ¿Lo ve? Su estrategia debería basarse en lo que la gente como Badaya cree que es verdad. Así será más probable que la aprueben. Entonces podrá comprobar sus teorías. Desjani tiene una mente militar y usted no cuenta con nadie más fiel. —El cumplido sorprendió tanto a Desjani y a Geary que no pudieron disimular su sobresalto. Rione esbozó una sonrisa contenida—. Ni estoy ciega ni soy idiota. Si no deja que esta mujer le cubra las espaldas, cometerá una estupidez, capitán Geary. No obstante, si alguna vez ella considera que sus ideas carecen de fundamento, ¿se lo dirá?

Los labios de Geary dibujaron una irónica sonrisa.

—Estoy seguro de que la capitana Desjani será franca conmigo siempre que estime que mi estrategia no es adecuada.

—Bien. No quiero que el gobierno de la Alianza sea derrocado por alguien que afirme actuar en nombre del gran héroe cuya leyenda creó el propio Gobierno, y no quiero tener que enfrentarme a usted si eso termina ocurriendo y decide que le gusta. —Rione se dio media vuelta y se marchó. La escotilla se cerró a su espalda.

—¿Eso era una amenaza? —preguntó Desjani.

—Sí. No es la primera vez, aunque creo que nunca lo había hecho delante de otras personas.

—¿Por qué se lo consiente?

—Porque —contestó Geary sin apartar los ojos de la escotilla— a veces me pregunto si puedo confiar en mí mismo, y entonces me alegro de tener una amenaza pendiendo sobre mí.

Desjani consideró la idea durante unos instantes.

—Debo admitir que la copresidenta Rione llevaba razón en algunas cosas. Entre ellas, que le cubro las espaldas, señor.

—Lo sé, pero también le hizo un juramento a la Alianza.



Desjani sacudió la cabeza.

—Ya lo hemos hablado. Usted no romperá su juramento, al igual que yo también respetaré el mío. ¿Por qué confía en ella?

Geary inclinó la cabeza hacia la escotilla por la que había salido Rione. La pregunta parecía razonable, dado que Rione ocupaba un cargo político. Con todo, lo que más le sorprendió fue descubrir que, a lo largo de un siglo de guerras, los oficiales de la flota habían desarrollado una desconfianza corrosiva hacia los líderes electos de la Alianza.

—Porque a pesar de todo lo que la copresidenta nos ha ocultado a mí y a todos, estoy completamente seguro de que Victoria Rione siente un amor sincero por dos cosas. La primera es su marido, del que averiguamos que podría seguir vivo y hallarse prisionero de los síndicos en alguna parte; pero la segunda es la Alianza. Rione daría su vida por la Alianza, Tanya, del mismo modo que haríamos usted y yo. No crea que no es así por el simple hecho de que no lleva uniforme. Rione le profesa una fidelidad absoluta a la Alianza, y creo que no sería fácil encontrar a una persona más honrada. También es cierto que muchas veces te toca las narices, pero podemos fiarnos de ella.

—Una cosa positiva de Heradao —comentó Desjani— es que los enemigos que encontremos allí serán fáciles de identificar. —Se encogió de hombros con un aire melancólico impropio de ella—. A veces echo de menos la etapa previa a su aparición, cuando todo se resolvía matando más síndicos, empleando todos los medios imaginables y lo más rápido posible. Eran el enemigo. Con matar a los suficientes, conseguiríamos la victoria. No funcionó, pero así las cosas parecían más sencillas. Después llegó usted y lo complicó todo.

—Los síndicos siguen siendo el enemigo —recalcó Geary—. Mientras eso lo tengamos claro, lo demás no debería ser muy complicado.

—Me está pidiendo que respete a un político —le recordó Desjani—. Dudo que eso me resulte fácil.

Geary la observó por un momento, intentando comprender cómo era posible que los oficiales de la flota como Desjani fueran fieles a la Alianza al mismo tiempo que despreciaban a los líderes que esta había elegido. Sin duda, esto se debía, en gran medida, a la necesidad humana de culpar a los demás de los fracasos obtenidos durante la guerra; sin embargo, Rione admitía que los líderes políticos de la Alianza debían asumir su parte de responsabilidad por las acciones emprendidas a lo largo de los últimos cien años. En ese sentido, tal vez él no fuera más que un anacronismo viviente, un oficial que creía que los líderes de la Alianza merecían respeto por sistema y para el que la idea de que no fuese así era demasiado difícil de asimilar.

—Supongo que tendrá que confiar en mí si le digo que podemos confiar en ella. Desjani suspiró con desdén.

—Haré lo posible por tratarla con el debido respeto, puesto que ese es mi deber como oficial y usted responde por ella, pero no le garantizo que llegue a considerarla una persona de confianza. —Dio un paso atrás, hacia la escotilla, sin apartar los ojos de él—. Aceptaré su decisión porque confío en usted.

Los tripulantes de cientos de buques de guerra confiaban en que los llevase a casa. El destino de la Alianza y, tal vez, incluso la humanidad entera dependía de las decisiones que él tomara, pero lo que de verdad le importaba era la confianza de esa mujer. Rione le dijo una vez que, al final, la gente no lucha por las grandes causas ni por los objetivos más nobles, sino por las razones más íntimas y personales. Muchos afirman perseguir los ideales más elevados, pero, a la hora de la verdad, solo se sacrificarán por sus camaradas más cercanos y por los seres queridos que los esperan en casa. Geary miró el visualizador estelar, centrado en Heradao, y, después, más allá de esta estrella, donde estaban Padronis, Atalia y, por último, Varandal.

Se encontraban muy cerca. Habían recorrido un largo camino. Tenía que asegurarse de que llegaran hasta el final, sin importar lo que Heradao pudiera depararle a la flota.

Porque muchos confiaban en que los llevara de vuelta a casa. Y uno de ellos era Tanya Desjani.

Geary debía convocar una última reunión antes de que la flota abandonase Dilawa. Una vez que entrasen en el espacio de salto, las naves solo podrían intercambiar mensajes básicos y breves. Antes de entrar en esa fase, deseaba realizarle una consulta a un pequeño y selecto grupo de camaradas.

Volvió a sentarse en la sala de reuniones, aunque esta vez la mesa no se amplió mucho más allá de su tamaño real. A su alrededor aparecieron las imágenes del capitán Duellos, el capitán Tulev y la capitana Crésida; también se encontraban allí, en persona, Desjani y Rione.

—Falta muy poco para que lleguemos a casa —comenzó Geary—. Sin embargo, el viaje todavía no ha terminado, y es de esperar que debamos librar una batalla complicada en Heradao o en alguno de los otros sistemas estelares síndicos que aún tenemos que atravesar. Con todo, tenemos muchas posibilidades de derrotar a los síndicos. Lo que todavía no sabemos es cómo reaccionarán los alienígenas cuando esta flota llegue a casa.

Tulev parecía un toro al asentir con ese aire tan grave e imperturbable.

—Los alienígenas quisieron derrotar y aniquilar esta flota en el sistema estelar Lakota. Es de suponer que no se alegrarán de que regresemos a casa.

—¿Y qué van a hacer? —preguntó Crésida—. Si nuestras suposiciones no están muy desencaminadas, podrían provocar el colapso de todas las puertas hipernéticas del espacio humano. ¿De verdad serán capaces de hacer algo así cuando lleguemos a casa?

—Ese es uno de los aspectos que me preocupan —dijo Geary.

—Tendremos algo de tiempo —comentó Rione con voz contenida, pero cargada de seguridad. Todos la miraron preguntándose a qué se refería, así que la copresidenta señaló con una mano el visualizador estelar situado sobre la mesa—. En primer lugar, piensen en lo que sabemos de sus tácticas. No parecen haber actuado directamente ni contra nosotros ni contra los síndicos. En su lugar, nos engañaron para que combatiéramos entre nosotros.

—Cierto —admitió Duellos.

—Bien, ¿y qué saben los alienígenas sobre esta flota? —prosiguió Rione—. Que sabemos que las puertas hipernéticas son armas extremadamente potentes. ¿Cuentan los alienígenas con agentes o fuentes de información dentro del espacio de la Alianza, aunque estos se reduzcan a unos cuantos gusanos y robots automáticos? Debemos suponer que sí.

—Los introdujeron mediante los sistemas de nuestras naves —apuntó Crésida—; unos gusanos de nivel cuántico basados en un sistema de probabilidades. Creímos haberlos encontrado y limpiado todos, pero, por lo que sabemos, pueden activar más. También pueden aparecer otros nuevos, de los que se activan cuando se producen determinados eventos.

—Exacto. —Rione señaló de nuevo el visualizador estelar, al otro lado del espacio síndico—. Nos han estado observando. Han visto cómo nos comportamos. Con esos datos, es posible que los alienígenas lleguen a la conclusión de que, cuando la Alianza pueda acceder a esas armas, decida utilizarlas.

Crésida enseñó los dientes.

—Creo que tiene razón, señora copresidenta. Esperarán a ver si lo hacemos; si les decimos a nuestros superiores políticos y militares que las puertas hipernéticas de los sistemas estelares síndicos se pueden emplear para exterminar al enemigo, y si nuestras autoridades políticas ordenan entonces que se inicien esas acciones. Si llevase un siglo observando el progreso de esta guerra, pensaría que es cuestión de tiempo que uno de los bandos utilice esas armas y el otro opte por pagarle con la misma moneda.

—Gracias, capitana Crésida. Después de lo cual —prosiguió Rione—, los alienígenas se acomodarán en sus asientos para observar cómo la Alianza empieza a arrasar los sistemas estelares síndicos y cómo los síndicos responden con la misma táctica. Los alienígenas no necesitarán mover ni un dedo mientras la humanidad se extermina a sí misma empleando las armas proporcionadas por ellos.

Geary hizo un gesto de asentimiento y notó un regusto ácido en la garganta.

—Entonces esperarán un tiempo prudencial para ver cómo actuamos. Eso nos da un poco de tiempo.

—Pero no demasiado, capitán Geary. —Rione miró el visualizador estelar con

gesto sombrío—. Es algo que he estado considerando al pensar en el inicio de la guerra: que los alienígenas, fingiendo una alianza con los síndicos, engañaron a estos para que nos atacasen. Pero ¿nos atacaron los síndicos llevados por la codicia o acaso los alienígenas les contaron algo que les hizo creer que atacar a la Alianza era una buena idea?

—¿Qué podrían haberles dicho a los síndicos? —preguntó Desjani.

Rione le lanzó una mirada gélida que pareció cortar el aire de la sala.

—Cualquier cosa. Tal vez les proporcionaran información falsa, como que la Alianza planeaba atacarlos, por ejemplo.

—No contábamos con las fuerzas necesarias para emprender una acción semejante —objetó Geary.

—Pero los síndicos no tenían forma de saberlo —dijo Rione con tono sarcástico—. ¿Acaso no podían sospechar que la Alianza contaba con fuerzas ocultas? Los detalles no importan. Deje de centrarse en eso. Engañaron a los síndicos para que nos atacaran. Y podrían hacerlo otra vez.

—¿Otra vez? —La capitana Crésida se inclinó hacia delante con gesto resuelto—. ¿Cómo?

—Si los alienígenas creen que no pensamos actuar, podrían intentar provocarnos para que utilicemos las puertas hipernéticas como armas. Es muy posible que sepan que estamos averiguando cosas, de modo que tal vez no deseen darnos tiempo para poner en práctica nuestros conocimientos. Consideremos la posibilidad de que cuenten con los medios necesarios para colapsar las puertas hipernéticas; una señal desencadenante que, de alguna manera, se propagaría a una velocidad mayor que la de la luz. —Señaló varias de las estrellas que aparecían en el visor, una a una—. Supongamos que se colapsan distintas puertas hipernéticas dentro del espacio de la Alianza, una detrás de otra, y destruyen sus respectivos sistemas estelares. ¿A quién culparía la Alianza?

—Mierda. —Geary oyó expresiones parecidas en voz baja—. Si no iniciamos una serie de ataques genocidas, los alienígenas nos empujarán a nosotros o a los síndicos a comenzarlos haciéndonos creer que el otro bando ya ha empezado.

Rione parecía tener la mirada perdida, pero la mantenía fija en una estrella situada en un extremo del visualizador, en la periferia del espacio de la Alianza.

—En el sistema estelar Sol hay una puerta hipernética —añadió—. Aunque se encuentre aislada de la Alianza y sea vulnerable a consecuencia de las guerras que se libraron allí, la Tierra sigue sobreviviendo en ese sistema estelar, junto con las primeras colonias de los demás planetas de Sol. El hogar de nuestros ancestros más venerados sigue orbitando alrededor de la estrella que, para nosotros, es el símbolo más importante de las mismísimas estrellas. Se le adjudicó una puerta hipernética por respeto, y también para facilitarles la vida a quienes acuden allí en peregrinación,

aunque económicamente el sistema Sol no justifique una inversión de esa magnitud. —Miró a sus interlocutores—. ¿Y si en la Alianza creyeran que los síndicos han destruido ese sistema estelar?

Duellos contestó con una voz más áspera de lo normal.

—Nada los detendría; no se dejarían disuadir por ningún argumento. Se empeñarían en matar hasta el último síndico, por todos los medios posibles.

—Joder. —Geary se preguntó por qué no podía aportar a la reunión nada más que una colección de tacos—. De acuerdo. Cabe suponer que, después de volver a casa, contaremos con un breve período de gracia durante el cual los alienígenas esperarán para ver si los humanos muerden el anzuelo envenenado. Si no nos arriesgamos durante el tiempo que los alienígenas consideren razonable, empezarán a intentar provocar lo que bien podría ser la última ofensiva de la humanidad. Ojalá supiera lo que quieren o lo que pretenden.

—No podemos responder a eso —dijo Rione—. Creemos que sabemos lo que han hecho. Parece que les basta con habernos puesto unas armas en las manos y esperar a que las usemos para matarnos los unos a los otros. Pero no sabemos si no emprenden acciones directas contra nosotros por razones estratégicas o si su pasividad responde a algún aspecto moral o religioso de su mentalidad.

—¿Qué podría haber de moral en algo así? —preguntó Crésida.

—¿Desde la perspectiva de un alienígena? Tal vez crean que limitarse a proporcionarnos las armas los exculpa, siempre que seamos nosotros quienes apretemos el gatillo. Pero no podría asegurarlo, solo es una teoría.

—O... —propuso Tulev— también cabría la posibilidad de que se trate de una estrategia completamente amoral para asegurarse de que la humanidad sea exterminada; o para controlar de la manera más eficiente posible para ellos la amenaza o la competencia que el hombre les suponga. No tenemos forma de saberlo, por lo que debemos deducir sus próximas acciones en función de lo que han hecho en el pasado.

—Tiene razón. Por desgracia, si nuestras suposiciones no van desencaminadas, lo que hicieron en el pasado nos perjudicó en gran medida. —Geary se volvió hacia la senadora—: Copresidenta Rione, ¿puede elaborar una lista de las estrellas de mayor relevancia simbólica? Debemos asegurarnos de que esos sistemas estelares sean prioritarios en los sistemas de colapso seguro para sus puertas hipernéticas.

—¿Cree que es posible hacer algo así? Surgirán grandes diferencias de opiniones sobre el nivel de relevancia simbólica. —Rione miró a Geary durante unos instantes—. Si desearan instigar una operación masiva contra los síndicos en represalia, los alienígenas podrían atacar el sistema estelar nativo del comandante de la flota y héroe legendario Black Jack Geary.

A Geary se le cortó la respiración. De pronto, ya no veía la sala donde se

encontraban sus interlocutores, sino el mundo donde creció, donde sus padres y otros familiares estaban enterrados; su hogar, aunque, sin duda, habría cambiado mucho a lo largo del siglo que permaneció sumido en el sueño de supervivencia. Imaginó que lo alcanzaba una onda de choque como la que devastó el sistema estelar Lakota, convirtiendo al instante un mundo acogedor y densamente poblado en un osario infernal.

¿Cómo podía aceptar que al mundo que consideraba su hogar se le asignase una baja prioridad? Aguzó la vista y miró a los ocupantes de la mesa. Cada uno tenía un mundo natal distinto. ¿Cómo descartar uno de ellos para darle prioridad al suyo? Geary suspiró mientras movía la cabeza a ambos lados.

—Me temo que no se me da muy bien tomar decisiones que dependan de las estrellas. Señora copresidenta, si tuviera que hacer una valoración justa...

—¿Cree que estoy cualificada para jugar a ser una deidad? ¿O que deseo hacerlo? —contestó Rione con una voz tensa por la ira.

Tulev rompió el silencio incómodo que se produjo a continuación.

—Yo elaboraré la lista. —Miró el visualizador estelar, absorto en sus imágenes—. No me queda nada. No tengo preferencias.

La imagen de Duellos, situada junto a Tulev, se inclinó hacia delante y colocó una mano sobre la muñeca del capitán que se había ofrecido voluntario; Desjani, al otro lado, hizo lo mismo sin decir nada. Crésida, en el otro extremo, le hizo un gesto de asentimiento que expresaba su conformidad. Tulev movió la cabeza para responderles a todos y, a continuación, se dirigió a Geary.

—Yo elaboraré la lista —repitió.

—Gracias, capitán Tulev —dijo Geary—. Llegará un momento en que tendré que anunciarle a la flota la existencia de los alienígenas, pero, por ahora, creo que debemos seguir fingiendo que el peligro que suponen las puertas hipernéticas solo es un inoportuno efecto secundario de carácter tecnológico.

—Así tiene que ser —asintió Crésida—. Si anunciamos la posibilidad de que cualquier puerta hipernética se pueda colapsar en cualquier momento de modo espontáneo o de que pueda ser colapsada por los síndicos, y la respaldamos con imágenes de lo que ocurrió en Lakota, la gente tendrá todas las razones que necesita para actuar.

—De acuerdo. Volveremos a hablar antes de saltar hacia Varandal. Gracias por asistir a esta reunión y por sus consejos. También les agradezco que mantengan la discreción acerca de lo que hemos debatido sobre los alienígenas.

—Ojalá supiéramos más cosas —comentó Crésida—. Sigo trabajando en un sistema a prueba de fallos que podamos instalar en las puertas hipernéticas rápidamente y sin complicaciones. Creo que podrá estar listo para cuando lleguemos a Atalia.

—Esperemos que así sea. —Duelos suspiró—. No sabemos muy bien lo que piensan hacer estas criaturas ni lo que quieren.

—¿Plumas o plomo? —preguntó Desjani haciendo referencia al antiguo acertijo en el que solo el demonio que formulaba la pregunta sabía la respuesta correcta y podía cambiarla en cualquier momento. Como señaló Duellos en cierta ocasión, los alienígenas también eran enigmas en los que las respuestas y las preguntas no solo eran desconocidas sino que, además, reflejaban los procesos mentales observados en los humanos que intentaban comprender su propósito y su significado.

—No me robe la pregunta, capitana Desjani. Le agradecería que no jugase a los demonios con mi acertijo. Aunque, solo por curiosidad, ¿cuál es la respuesta correcta esta vez?

Desjani forzó una sonrisa.

—¿Le gustaría saberlo? Las mujeres pueden ser tan indescifrables como los demonios.

—No pensará en serio que voy a meterme en ese terreno, ¿verdad?

Cuando las imágenes de Tulev, Crésida y Duellos desaparecieron, Desjani miró con atención su unidad personal de datos.

—Disculpe, señor, pero me necesitan en ingeniería. —Se marchó a toda prisa y dejó solos a Geary y Rione.

La senadora, que parecía inusualmente calmada, también se dispuso a marcharse, pero se detuvo antes de salir. Junto a la escotilla, y sin apartar la vista de la misma, le dijo a Geary:

—¿Qué le ocurrió al capitán Tulev? Dijo que ya no le quedaba nada.

Geary asintió y recordó los historiales personales que había leído.

—Su familia, esposa e hijos murieron durante un bombardeo que los síndicos llevaron a cabo en su mundo natal.

—Vaya —dijo Rione con gesto compungido—. Es horrible, pero debe de quedarle alguien, algún otro pariente... ¿Qué mundo era?

Geary intentó recordar el nombre. Había tantos planetas.

—Elys... ¿Elysa?

—¿Elyzia?

—Sí, eso es. —Geary la miró, molesto por que la copresidenta hubiera deducido el nombre al instante—. ¿Qué ocurrió allí?

—Un bombardeo síndico —contestó Rione con un hilo de voz que a Geary le costó oír—, aunque más prolongado de lo habitual; una maniobra más de un ataque a gran escala contra la Alianza. La mayor parte de la superficie planetaria quedó devastada y la inmensa mayoría de la población murió. Cuando los síndicos fueron expulsados, el planeta fue declarado inhabitable y los supervivientes fueron evacuados, a excepción de los pocos que prefirieron quedarse para ocupar las

instalaciones defensivas reconstruidas por si a los sındicos se les ocurría volver. El capitán Tulev lo expresó de un modo literal. No le queda nada. —Rione miró a Geary a los ojos—. Excepto la flota. ¿Se da cuenta de que tienen eso en común?

—No. —Geary buscó un argumento con el que sostener su respuesta, pero no lo halló.

—Tomamos represalias en Yunren —prosiguió Rione como si hablase consigo misma—, un sistema estelar sındico fronterizo. Ahora tampoco queda nada allí, excepto algunas defensas ocupadas por los extremistas que solo viven a la espera de una oportunidad para aniquilar a los que arrasaron su mundo. Desde entonces, ambos bandos hemos evitado repetir algo así, aunque no sé si se debe a que devastar un planeta exige un gran esfuerzo o porque a todos nos espanta lo bajo que hemos caído.

Geary agitó la cabeza, asqueado.

—¿Cómo puede alguien dar una orden así?

—Es muy sencillo, capitán Geary. Solo tiene que trazar la estrategia a una distancia segura del enemigo mientras mira un gran visualizador estelar donde se representan un montón de planetas en miniatura. Simples puntos con nombres extraños. Objetivos. No el hogar de gente como usted, sino blancos que deben ser barridos con la excusa de proteger a gente como usted. Es muy sencillo —repitió— racionalizar el asesinato de miles de millones de personas.

—Resulta curioso —observó Geary—. He hablado con muchos marines, y dicen que tienen que deshumanizar a cada uno de sus enemigos para poder combatir. Saben que los ataques pueden ir demasiado lejos y que es posible que muera gente que, realmente, no supone una amenaza. Sin embargo, en lo alto de la jerarquía, los oficiales de mayor rango, los que nunca se enfrentarán con un enemigo cara a cara, tienen que deshumanizarlos por centenares, por millares o por millones.

Rione se giró para mirarlo.

—A veces me pregunto si los alienígenas tienen razón y es posible que llegue el día en que la humanidad se extermine a sí misma.

—Espero que no. Tengo la impresión de que lo ocurrido en Lakota afectó a muchos miembros de esta flota. No es posible ignorar los acontecimientos cuando ves como un planeta habitable es devastado mediante un simple bombardeo.

—En efecto, parece que afectó a mucha gente. ¿Qué me dice de la capitana Crésida? Miraba a Tulev como si compartiera algo con él. ¿También tenía familia en Elyzia?

—No —contestó Geary—. Su marido era oficial de la flota. Se casaron más o menos un año antes de que muriera en combate.

—¿Cuánto hace de eso?

—Dos años.

Rione asintió.



—Después de diez años, sigo esperando volver a ver a mi marido alguna vez. ¿Cree que la capitana Crésida aceptaría mis condolencias?

—Supongo que sí. Nunca me ha hablado de ese asunto, pero esa pérdida es algo que tienen en común.

Rione exhaló un suspiro lento y prolongado, como el último aliento de un corredor moribundo.

—No sé si fueron las mismísimas estrellas del firmamento las que lo trajeron hasta aquí, John Geary, pero en ocasiones pienso en esta guerra y rezo con todas mis fuerzas por que así haya sido y por que consiga ponerle fin a todo esto.

Cuando terminó de hablar, la copresidenta salió de la sala y dejó a Geary con la mirada perdida en la escotilla cerrada.

## Capítulo 3

Heradao. Cuando las naves de la flota de la Alianza destellaron al alcanzar la salida del salto, procedentes de Dilawa, lo primero que pensó Geary fue que solo quedaban tres saltos más para llegar a casa.

A continuación se preguntó si el viaje a través del sistema estelar Heradao presentaría demasiados obstáculos, pero eso lo averiguaría pronto. Los sensores de la flota, cuya precisión les permitía detectar objetos pequeños a tan solo unas horas luz de distancia, escanearon el perímetro y actualizaron de inmediato el visualizador ante el que se encontraba Geary.

—Ya vienen —señaló Desjani con calma, aunque su mirada reflejaba el entusiasmo que le provocaba la inminencia del combate—. Pero todavía no están cerca.

Geary controló la respiración mientras el visualizador, que no dejaba de actualizarse, se iba llenando de buques de guerra enemigos. La flotilla síndica principal, dispuesta en su habitual formación de caja, se encontraba a casi cuatro horas luz, ganando tiempo en una órbita de la estrella Heradao. Una segunda flotilla, mucho más pequeña, orbitaba a una distancia mayor, a unas cinco horas luz de las naves de la Alianza. Como había dicho Desjani, no estaban cerca. Aunque la flotilla síndica principal avanzase directamente hacia la Alianza para interceptarla, aún debía transcurrir más de un día para que el enemigo se encontrase lo bastante cerca y se iniciara una batalla.

—Creía que nos encontraríamos más defensas, puesto que nos estamos aproximando a la frontera.

Desjani hizo un gesto evasivo.

—Sí y no. Los buques de guerra asignados a la defensa de este sistema estelar habrían superado en número y en calidad a los que nos hemos venido encontrando en el corazón del espacio síndico. La flotilla que vemos ahora podría estar compuesta por esas fuerzas de defensa del sistema. Pero tampoco me sorprende no ver nada importante en lo relativo a nuevas defensas fijas. Todavía debemos superar dos saltos para llegar a un sistema estelar síndico situado junto a la frontera, y los sistemas estelares fronterizos deben ser defendidos con prioridad. Estoy segura de que a los síndicos les gustaría poder asignar más defensas a los sistemas más alejados de la frontera, pero sus recursos y sus fondos son tan limitados como los nuestros. —Abrió un visualizador que abarcaba una amplia región del espacio y lo centró en la frontera—. Esto es así sobre todo porque cuando te colocas a un salto de la frontera, el número de sistemas estelares que hay que defender se dispara. Y si te colocas a dos saltos, el número de sistemas estelares de la zona aumenta exponencialmente. Es un área demasiado vasta y con demasiados sistemas estelares como para repartir las

defensas más fuertes de manera uniforme.

—Supusimos que Kalixa estaría mejor defendido —asintió Geary—, ya que dispone de una puerta hipernética y tiene más fondos que Heradao.

—Sí, y cuando lleguemos a Padronis es posible que no nos encontremos con nadie; allí no hay nada que valga la pena defender. Atalia será un lugar mucho más complicado. —Desjani resopló molesta y señaló su visualizador—. He llegado al final de la ruta hacia el punto de salto que conduce a Padronis. Los síndicos están distribuidos en distintas órbitas desde las que podrán cortarnos el paso si avanzamos hacia ese punto de salto.

Geary frunció el ceño y se concentró en la fuerza enemiga principal. Para enfrentarse a los veinte acorazados y dieciséis cruceros de batalla de la flota de la Alianza, los síndicos enviaban una flotilla compuesta por veintitrés acorazados y veintiún cruceros de batalla, además de los cruceros pesados, cruceros ligeros y destructores necesarios para combatir con ventaja. La segunda flotilla enemiga, mucho más ligera, la componían doce cruceros pesados y una veintena de cruceros ligeros y destructores. La batalla no sería fácil; de hecho, si fallaban, las consecuencias podrían ser más catastróficas que en Lakota y Cavalos.

—¿Por qué le preocupa eso? —le preguntó a Desjani—. Suponíamos que tratarían de impedirnos alcanzar el siguiente sistema estelar nativo.

—Ya, pero, desde donde están, no pueden impedirnos alcanzar el punto de salto hacia Kalixa —indicó Desjani—. Si nuestros cálculos son correctos, teniendo en cuenta las bajas causadas por esta flota durante los últimos meses, la flotilla a la que nos enfrentamos debe de contar con casi todos los buques de guerra síndicos más importantes que hayan resistido los enfrentamientos. ¿Por qué no les preocupa que nos dirijamos a Kalixa? Las defensas de sus sistemas no pueden ser tan buenas.

Geary entendió lo que Desjani quería decir y adoptó el mismo gesto grave que ella.

—Kalixa cuenta con una puerta hipernética. Tal vez tengan planeado volarla cuando lleguemos. —La idea lo hizo angustiarse al imaginar que otro sistema estelar habitado podría ser devastado o destruido a consecuencia del colapso de una puerta hipernética. No se trataba de una posibilidad remota, considerando las tácticas a las que los líderes síndicos habían recurrido en el pasado.

—Tal vez —asintió Desjani sin disimular su reticencia— nos estén dejando el camino libre, como si nos invitaran a tomarlo. Podrían seguirnos hasta Kalixa a fin de acabar con todo aquello que resistiera al colapso de la puerta hipernética. Sin embargo, los síndicos saben que sobrevivimos al colapso de la puerta de Lakota sin daños graves, de modo que deberían ser conscientes de que algo así no iba a garantizar el final de nuestra flota. Si no sufrimos los daños suficientes, la flotilla tendría dificultades para seguirnos y no podría alcanzarnos a menos que nos

detuviéramos para esperarlos. ¿Por qué correr ese riesgo?

Mientras le daba vueltas a esta cuestión, Geary se hacía las mismas preguntas.

—¿Qué más podría haber en Kalixa?

—No lo sé, pero si los síndicos quieren que vayamos allí...

—Entonces nosotros no queremos ir. —¿Habrían hecho un pacto los síndicos con los alienígenas? ¿Dejarían que la flota de la Alianza utilizase la puerta hipernética de Kalixa pensando que los alienígenas desviarían los buques de guerra de la Alianza para llevarlos a alguna región remota del territorio síndico? En ese caso, la flota no podría volver a escapar del corazón del espacio controlado por los síndicos—. Sea cual sea el verdadero motivo, nuestras dudas son otra razón para dejar atrás a estas tropas y dirigirnos a Padronis en lugar de a Kalixa.

—No podría estar más de acuerdo —convino Desjani—. Además, detesto dejar los buques de guerra síndicos de una pieza. Esta vez han adoptado una formación un tanto inusual.

—Me he dado cuenta. —Pese a que la distribución de la flotilla síndica seguía siendo de caja, esta se componía de cinco subformaciones, una en cada esquina y otra en el centro—. Interesante.

—Me pregunto dónde habrán aprendido eso... —dijo Desjani con tono burlón.

—La cuestión es si esas cinco subformaciones operarán con independencia o si solo pretenden hacernos creer eso para, después, mantener las posiciones de la caja. —Si cada subformación síndica actuase con independencia, las consecuencias podrían ser fatales para ellos, puesto que semejante habilidad se conseguía acumulando unos conocimientos y una experiencia que Geary sabía que los síndicos aún no poseían. En cambio, si ninguna de las cinco subformaciones variaba su posición, estarían separadas por una distancia menor que les permitiría apoyarse las unas a las otras, aunque a duras penas.

Después de considerar la posible actuación de las flotillas síndicas, pasó a evaluar la situación general del sistema estelar.

—Han enviado algunos piquetes. —Señaló las salidas de salto de Padronis y Kalixa, donde los sensores de la flota de la Alianza habían detectado la presencia de naves de caza asesinas síndicas. Todavía faltaban algunas horas para que estas recibieran las ondas de luz con las imágenes de la flota de la Alianza, y, cuando eso ocurriera, algunas de ellas saltarían para dar la voz de alarma en otros sistemas estelares síndicos—. Supongo que no encontraremos corbetas de níquel tan cerca de la frontera.

—Antes de Corvus, nunca había visto ninguna operativa —le recordó Desjani.

Al escuchar el nombre de la primera estrella a la que llegó la flota durante la retirada del sistema estelar nativo síndico, Geary recordó aquel suceso y miró el sector del visualizador que mostraba la flota de la Alianza. En Corvus le horrorizó ver

que la flota de la Alianza se iba deshaciendo a medida que las naves acudían a combatir contra las defensas síndicas, más débiles. Pero aquellos días ya quedaron atrás. Ahora, la flota de la Alianza mantenía su formación y confiaba en que, bajo su mando, lograrían aplastar a la flotilla síndica. Se preguntó en qué medida los pequeños detalles, como volver a introducir el saludo dentro de la flota, habrían ayudado a imponer un poco de disciplina. Su coraje nunca fue puesto en duda, pero, ahora, los buques de guerra de la Alianza combatían con tanta inteligencia como valentía.

En esta ocasión, el campo de batalla donde lucharían contra el enemigo era, básicamente, espacio vacío, por supuesto, y, por lo demás, Heradao no era un sistema estelar habitable demasiado inusual, dentro de lo que cabía. En el sistema interior orbitaban cuatro planetas; el más cercano a la estrella distaba tan solo dos minutos luz y giraba en una órbita rápida como si el pequeño mundo quisiera escapar del calor y la radiación que lo castigaban. Los otros tres planetas del sistema interior orbitaban a cuatro, siete y nueve minutos luz y medio del astro. Dada la intensidad de la estrella Heradao, las condiciones del planeta que se encontraba a siete minutos luz no eran perfectas, pero sí aptas para el desarrollo de actividades humanas, algo que el hombre había aprovechado; aunque a esa distancia el bombardeo radiactivo debía de ser lo bastante penetrante para causar más problemas de salud de los habituales. Las ciudades y los pueblos salpicaban la superficie de ese planeta, y, aunque Heradao quedaba al margen de la hipernet síndica, aquel tercer mundo parecía ser lo suficientemente atractivo o rico para sustentar una población considerable. Curiosamente, para tratarse de un sistema estelar apartado de la hipernet, en el cuarto mundo, pese a su gelidez, la actividad humana era superior a la de otros tiempos, según los antiguos registros síndicos con los que la Alianza se hizo en Sancere.

—¿Hay algún rastro del campo de prisioneros de guerra en el tercer planeta?

La consultora de operaciones asintió.

—Sí, señor. Sigue ahí y permanece ocupado. Estamos captando un intercambio de mensajes que indica que todavía hay prisioneros de la Alianza en él.

—En ese caso, tendremos que visitar el tercer planeta una vez que hayamos despachado a las flotillas síndicas.

Los sectores medios del sistema estelar Heradao estaban desiertos, salvo por algunos asteroides y la nave síndica. Más allá, el siguiente planeta era un supergigante gaseoso situado a más de tres horas luz de la estrella. Como estaba rodeado por sus correspondientes lunas, parecía un sistema estelar independiente, y tenía el tamaño adecuado como para haberse convertido en una estrella enana marrón. Al parecer, el coloso había absorbido todos los demás cuerpos que ocupaban las regiones exteriores del sistema estelar. Geary se preguntó si las lunas de mayor tamaño, que seguían órbitas más amplias, habrían sido en otro tiempo planetas

independientes, antes de que el coloso las capturara.

Se apreciaba una frenética actividad síndica alrededor del gigante gaseoso, que ahora orbitaba al otro lado de la estrella de Heradao respecto a la flota de la Alianza, lo cual indicaba que se estaban llevando a cabo importantes actividades de minería y fabricación fuera del planeta. Sin embargo, desviarse hasta el gigante gaseoso, para saquear sus minas en busca de materias primas con las que llenar los almacenes de las naves auxiliares, implicaría alejar demasiado la flota de la ruta al punto de salto hacia Padronis.

—¿Tenemos que luchar? —preguntó Rione de pronto—. ¿No podemos limitarnos a dejar atrás las defensas síndicas? Según me dijo, una velocidad superior a dos décimas de la velocidad de la luz origina una distorsión relativista que los sistemas de selección de objetivo, que utilizan tanto la Alianza como los síndicos, no pueden compensar con la precisión suficiente para garantizar que el disparo alcance el blanco. Si esta flota se dirige al punto de salto hacia Padronis a una velocidad lo suficientemente elevada, los síndicos no podrán hacernos daño.

—Ni nosotros a ellos —murmuró Desjani de forma que Rione no pudiera oírla.

Geary consideró la idea y, después, sacudió la cabeza.

—Sería demasiado sencillo. —Antes de que Rione, incrédula, tuviera ocasión de decir nada más, Geary señaló el visualizador—. Los síndicos saben que estamos desesperados por alcanzar ese punto de salto. Podríamos intentar atravesar su barrera a gran velocidad, pero habrán tenido tiempo de prepararse para algo así.

—¿Y qué podrían haber hecho? —preguntó Rione antes de adoptar un gesto grave—. ¿Colocar minas?

—Exacto. Minas. Fíjese en esa pequeña flotilla situada ahí, entre el grueso de los síndicos y el punto de salto hacia Padronis. Se encuentra en una posición perfecta para seguir nuestra trayectoria una vez que dejemos atrás a la flotilla principal y, así, colocar minas en nuestro camino. Si avanzáramos a una velocidad tal que los sistemas de selección de objetivo síndicos no pudieran alcanzarnos, también iríamos demasiado rápido para que nuestros sistemas detectasen las minas, o las que ya pudieran estar colocadas en nuestras posibles rutas entre la salida del salto y el punto de salto hacia Padronis. Podrían llegar a saturar de minas nuestro camino.

Desjani hizo una mueca.

—No creo que les queden tantas minas para eso, aunque podrían haber transferido a esa pequeña flotilla los pertrechos de los otros buques de guerra.

—Si nos introdujéramos en un campo de minas, no sabemos qué naves podrían sufrir daños —añadió Geary—, y, cuanto mayor fuera la velocidad del impacto, más potente sería la explosión.

Rione atravesó a Geary con la mirada, un tanto irritada. No hacía falta que dijese explícitamente que el *Intrépido* podría caer en un ataque de ese tipo, pero esa nave

debía llegar a casa.

—Y entonces, ¿cuál es su plan?

—Todavía no lo sé.

—Contemplaba la posibilidad de que nos encontrásemos con los síndicos aquí. Debería haber pensado alguna estrategia.

Geary notó que una vez más empezaba a dolerle la cabeza; mientras, sin que Rione se percatara, Desjani entornaba los ojos.

—Señora copresidenta, sabía que los síndicos podrían estar aquí, pero no en qué número ni con qué distribución. A menos que los encontrásemos esperando en la salida del salto y hubiéramos de empezar a luchar de repente, sabía que tendría que pensar en un plan una vez que comprobara cuál era la situación.

—¿Cuánto tiempo le llevará eso? —preguntó Rione con impaciencia.

—Señora copresidenta, ¿alguna vez le ha dicho alguien que puede llegar a ser extremadamente exigente?

Rione sonrió con falsa dulzura.

—Gracias por el cumplido, pero no estamos hablando de mí, sino de su plan.

—La mantendré informada. Tenemos tiempo para pensar y quiero aprovecharlo. —Geary se levantó y señaló a Desjani con la cabeza—. Continuaremos rumbo al punto de salto hacia Padronis. Voy a dar un paseo para pensar con más calma. Si se le ocurre alguna idea o si los síndicos reaccionan de alguna manera ante nuestra presencia, avíseme.

—Sí, señor.

Geary miró a Desjani con ojos inquisitivos, pero su «sí, señor» no parecía haber sido formulado con ninguna otra intención que la de expresar su conformidad con la orden recibida.

Geary recorrió los pasillos del *Intrépido* devolviéndoles el saludo a los tripulantes con los que se cruzaba, aunque con aire ensimismado. El problema fundamental residía en que los síndicos habían estado observando sus tácticas y habían aprendido de ellas. No podía seguir contando con que atacarían a ciegas el núcleo de la formación de la Alianza, lo que permitiría a la flota dirigir toda su potencia de fuego hacia donde él deseaba.

Por supuesto que había formas de evitarlo, formas de confundir y superar tácticamente a los síndicos, pero, para poner en práctica esos métodos, era preciso consumir más células de combustible. En teoría, no era deseable que una flota llegara a reducir tanto las reservas de células de combustible, sin embargo, al igual que con otras muchas cosas que se suponía que no deberían ocurrir, tenía que asumir la realidad.

Sus pasos lo condujeron por multitud de pasillos; recorrió la nave a lo ancho más de una vez, pasó por las zonas de descanso y junto a las baterías de lanzas infernales,

pero no se le ocurría nada. Desjani tampoco lo avisó para proponerle una estrategia. Pensó que, de alguna manera, la capitana seguía confiando demasiado en él, que estaba demasiado segura de que el gran Black Jack Geary se las ingeniaría, con la única ayuda de las mismísimas estrellas, para sacar otro conejo de la chistera cuando más falta hacía un milagro.

Finalmente, Geary se detuvo, miró a su alrededor para orientarse y se encaminó hacia el único lugar donde podría recibir el consejo que ningún miembro de la flota parecía dispuesto a ofrecerle.

Allí abajo, en el compartimento más recóndito del *Intrépido*, tan protegido como cualquier otro lugar de la nave, se encontraban las pequeñas habitaciones en las que podría relajarse y buscar ayuda. Geary no sabía muy bien por qué acudía a ese lugar. Tampoco era algo malo que la tripulación observara en el comandante de la flota la devoción que se esperaba de él, aunque nunca le agradó que la gente pudiera pensar que profesaba algún tipo de adoración. Además, el gesto podría jugar en su contra si la flota llegaba a la conclusión de que, más allá de la fe, lo que estaba era desesperado por que alguien lo orientara un poco; algo que, en parte, era verdad.

Entró y cerró la puerta de una de las diminutas habitaciones privadas. Encendió una vela, para reconfortar a los espíritus de sus ancestros, y se sentó en un banco de madera tradicional con los ojos puestos en la llama titilante.

—Por lo que sé —dijo por fin en voz alta—, ninguno de vosotros fue un comandante militar legendario. Yo todavía no entiendo por qué me han asignado este título. La situación es muy desfavorable; las reservas de combustible de la flota están en unos niveles tan bajos que no puedo permitirme recurrir a ningún truco para barrer a los síndicos. Además, no me cabe duda de que el enemigo ha estado analizando mi comportamiento en las batallas anteriores y ahora intenta actuar en consecuencia. Creo que la mejor opción sería atacar con toda nuestra fuerza; así nuestra flota vencería, aunque terminase diezmada. Y en el peor de los casos...

Se encogió de hombros.

—Necesito hacer algo distinto. Algo inesperado. Lo único que se me ocurre, dadas nuestras posibilidades logísticas, es sorprender al enemigo con un ataque de los que esta flota solía realizar: directo al corazón de la flotilla síndica. Pero, aunque algo así saliera bien, el coste sería excesivo. Mis cruceros de batalla no pueden librar este tipo de combates teniendo en cuenta los daños que ya han recibido, y tampoco tengo suficientes acorazados con los que formar un escudo para los cruceros de batalla.

Geary permaneció sentado en silencio durante unos instantes, observando cómo la vela disminuía de tamaño.

—Ojalá pudiera lanzar los acorazados contra los síndicos, aunque a ellos también habría que protegerlos de la inmensa potencia de fuego del enemigo. Los cruceros de batalla deberían encontrarse justo a su lado, pero no tendría sentido que se



introdujesen en ese avispero. Sin embargo, a pesar de mis órdenes, temo que los capitanes de los cruceros de batalla adopten esta estrategia de todos modos, ya que creen que su honor está en juego. Necesito que los cruceros de batalla eviten cargar directamente contra nuestro oponente; tengo que atacar a los síndicos con los acorazados, y debo conseguir que el enemigo no sospeche nada. Pero ¿cómo puedo hacerlo sin complicar más aún el combate? En Cavalos perdí el control de la situación; me dejé abrumar por la complejidad de la batalla y no fui capaz de tomar decisiones firmes. Si eso se repite esta vez, los resultados serán todavía peores. Necesito un enfoque nuevo.

Un enfoque nuevo. Pero ¿basado en qué? ¿Qué factores jugaban a su favor? El número de naves, la potencia de fuego, la munición y el combustible eran claramente insuficientes. Además, no había ninguna base aliada cerca que pudiera apoyarlos. Técnicamente, los buques de guerra síndicos eran similares a sus homólogos de la Alianza, aunque las naves de caza asesinas de los síndicos eran mucho más pequeñas y menos potentes que los destructores de la Alianza. Sin embargo, los síndicos solían disponer de un mayor número de naves de caza asesinas, puesto que eran más pequeñas y baratas. Los buques de guerra de la Alianza estaban mejor equipados para controlar los daños y efectuar reparaciones, si bien se requería tiempo para completar estas últimas antes de que los síndicos alcanzaran de nuevo una nave de la Alianza dañada gravemente.

En menos de un minuto Geary encontró una de las ventajas de la flota de la Alianza. *La pericia de mis tripulantes es envidiable. Tienen más experiencia de la que ha sido habitual durante las últimas décadas, cuando muchos tripulantes morían antes de adquirir un mínimo de destreza. Pero yo he mantenido vivos a mis hombres.*

*A la mayoría.*

*Y lucharán con coraje hasta el final. Además, algunos de mis subordinados son buenos líderes. Ahora todos los comandantes de las naves me escucharán. Sé que acatarán mis órdenes, dentro de un límite.* Geary interrumpió su meditación en busca de más argumentos, y recordó la flotilla de guardias síndicos que destruyó la puerta hipernética de Lakota cuando la flota de la Alianza se encontraba a varias horas luz de distancia. Además, los síndicos me temen. *Lo cierto es que eso juega a nuestro favor. Esperan que haga algo inesperado, algo que a nadie más se le ocurriría hacer.*

*¿Cómo podría aprovechar esa ventaja? ¿Qué maniobras inesperadas podrían intentarse todavía, considerando las limitaciones a las que tengo que enfrentarme? Lástima que no se me ocurra ninguna manera inteligente de librar el tipo de batalla que esta flota estaba acostumbrada a entablar antes de que yo asumiese el mando: cargar directamente contra el enemigo. Después de observar cómo he conducido los enfrentamientos en las distintas estrellas, desde Kaliban hasta Cavalos, los síndicos nunca se esperarían que...*

*¿Podría hacer algo así?*

*Miró cómo bailaba la llama de la vela mientras las distintas estrategias se enmarañaban en su cabeza. Podría haber un modo. El consumo de células de combustible se dispararía, pero todas las demás opciones implican pagar precios más altos. Si las naves y los sistemas de maniobra lo soportan. Y si consigo planificar las órdenes necesarias antes de que nos encontremos con los síndicos.*

*Y si Desjani no me mata cuando descubra lo que mi plan significa para el Intrépido.*

*Gracias, ancestros. Os he escuchado.*

Finalizada la meditación, Geary se puso de pie y se inclinó ante la vela, que apagó antes de regresar a toda prisa a su camarote. Tenía muchas pruebas que hacer con el simulador.

Tardó un buen rato. Tuvo que experimentar una y otra vez con diferentes estrategias, y las maniobras eran demasiado complicadas para que un humano hubiera podido resolverlas sin la ayuda de los sistemas de combate de la flota. Cuando observó las órdenes de las maniobras resultantes, la mezcla mareante de vectores y cambios de velocidad no parecía tener ningún sentido. Pero, cuando ejecutó los comandos del producto final a través del simulador, los resultados parecían lógicos, pese a que su experiencia profesional y su formación no le recomendaban que un montón de naves se pasaran las unas entre las otras a gran velocidad momentos antes del combate. Aun así, todo entraba dentro de las capacidades de rendimiento de sus naves, incluidas las pesadas naves auxiliares de la flota y los buques de guerra dañados, ya que había minimizado los cambios que debían hacer en su rumbo y velocidad.

Se imaginó qué pensarían de su plan sus antiguos profesores. *La idea es demasiado simple; y la ejecución, demasiado complicada.* Si les hubiera respondido que se trataba de la mejor opción que le quedaba, habría tenido que aguantar los dramáticos sermones que le dirían que tendría que haber evitado llegar a una situación en la que la mejor alternativa era algo así. Y ese consejo estaba muy bien en teoría, o en la práctica de los tiempos de paz; pero el universo de verdad, un siglo de guerra y la larga retirada del sistema estelar nativo síndico lo obligaban a enfrentarse a la cruda realidad de la práctica.

Consultó la hora y la ubicación de los síndicos, agradecido por primera vez por los largos retrasos derivados de las enormes distancias espaciales. Desjani había llamado para informarlo de que, cuando los síndicos vieron llegar a la flota de la Alianza, cuatro horas después de que esta saliera del punto del salto, la flotilla enemiga adoptó un vector que interceptaría los buques de guerra de la Alianza si estos continuaban en dirección al punto de salto hacia Padronis. La flotilla enemiga menor, que los seguía a una hora luz de distancia, acabó tomando un rumbo similar.

Las dos formaciones síndicas habían mantenido la velocidad a ocho centésimas de la velocidad de la luz, la misma a la que avanzaba la flota de la Alianza, de tal manera que las fuerzas se iban cerrando la una sobre la otra mientras Geary meditaba y realizaba simulaciones. A un ritmo de aproximación combinado de dieciséis centésimas de la velocidad de la luz, la flota de la Alianza y la flotilla síndica tardarían unas veinte horas en encontrarse.

El inconveniente que se derivaba de que los síndicos hubieran decidido mantener la velocidad a ocho centésimas de la velocidad de la luz era que quedaba patente que estaban intentando aumentar las posibilidades de realizar buenos disparos una vez que las flotas se encontraran. Estaban dispuestos a esperar un poco y asegurarse de que la flota de la Alianza sufría el mayor daño posible.

Geary se sentó para repasar los comandos de la batalla y revisarlos con avidez antes de contactar con el puente del *Intrépido*.

—Por favor, dígame a la capitana Desjani que se presente en mi camarote.

Esperó y observó al enemigo, preguntándose cómo maniobrarían los síndicos para iniciar el combate y durante el desarrollo del mismo, hasta que la alarma de la escotilla sonó y le indicó a Desjani que entrara.

Lo primero que hizo la capitana fue mirar el visualizador que había sobre la mesa.

—¿Cuál es el plan? —preguntó. A juzgar por su aspecto, no le resultaba fácil disimular su curiosidad.

—Es... complicado. —Geary no mentía. Sobre todo cuando Desjani vio dónde se encontraría el *Intrépido* cuando las flotas se enfrentaran.

—¿Puedo comprobarlo?

—Se lo agradecería. —Torció el gesto al imaginarse cómo reaccionaría Desjani—. Voy a intentar algo distinto. —Guardó silencio y miró el visualizador fijamente.

—De acuerdo, señor —dijo por fin Desjani—. No supone un problema. Pero si desea conocer mi punto de vista, necesitaría ver el plan de maniobras.

Tal como le dijeron una vez, cuando Desjani se fijaba un objetivo, no paraba hasta que lo conseguía. Además, estaba muy interesado en conocer su opinión. Lo mejor sería terminar con aquel asunto lo antes posible.

—Muy bien. Pero, insisto, se trata de algo distinto.

Era obvio que Desjani estaba perpleja. Geary inclinó la cabeza, suspiró e introdujo los comandos necesarios para reproducir las maniobras planificadas para el contacto inicial con los síndicos. Atónita, Desjani observó con los ojos abiertos como platos cómo la formación de la flota se disolvía en lo que parecía un enjambre caótico mientras se acercaba al enemigo. Miró con atención cómo los buques de guerra de la flota de la Alianza volvían a colocarse en formación en el último momento, hasta que se quedó paralizada.

—Ha... —Por un instante pareció quedarse sin aliento, pero continuó hablando

en un tono tan apagado que parecía brotar de los labios de un cadáver—. Señor, con el debido respeto, debo preguntarle si mi nave o yo ya no somos merecedores de su confianza.

—No, nada de eso.

—Señor. Este plan...

—Permitirá que los acorazados hagan aquello para lo que están más capacitados. Desjani enrojeció.

—¡Los cruceros de batalla no entran en combate detrás de ninguna otra nave! ¡Nosotros abrimos el camino!

—Esta vez no. —Vio que la capitana apretaba los puños con fuerza—. Capitana Desjani, necesito alcanzar a los síndicos de una manera que no se esperen sin que mi flota termine barrida en el proceso. Durante este enfrentamiento no colocaré los cruceros de batalla en una posición secundaria. Por favor, ejecute el siguiente conjunto de órdenes.

Desjani lo obedeció sin mirarlo y respirando hondo.

—Como usted ha dicho, este plan es muy inusual.

—De eso se trata.

—Entiendo que todavía no le haya comunicado su estrategia a los demás cruceros de batalla. No les parecería bien. Igual que a mí. Aun así, acataré las órdenes que se me den, capitán Geary. —Desjani parecía haberse calmado un poco, aunque mantenía su gesto grave y se negaba a mirarlo.

—Gracias, capitana Desjani. Bajo ninguna circunstancia me gustaría estar en otra nave que no fuera el *Intrépido*. —Desjani no respondió y Geary pensó que, tal vez, debía añadir algo más, pero ya había dicho lo que pensaba—. ¿Cree que el plan es acertado?

Vio que la capitana se esforzaba por controlar sus emociones e intentaba concentrarse en el sentido de la estrategia.

—Si de verdad nuestras naves pueden realizar estas maniobras en el tiempo y la distancia programados, no cabe duda de que cogeremos a los síndicos por sorpresa..., del mismo modo que a algunas de nuestras propias naves.

—Los sistemas de maniobra indican que nuestras naves pueden hacerlo.

—En teoría. —Miró a Geary con aspereza—. Todo el proceso dependerá de los controles automáticos; ningún operario de la flota podría ejecutar maniobras como estas sin que los resultados fueran desastrosos.

—Lo entiendo.

—Señor, por favor, el *Intrépido* puede adelantarse más.

—Lo hará cuando dividamos la formación. Tanya, no es más que un maldito intercambio de disparos. ¿Cuántas batallas hemos librado juntos en esta nave? ¿Cuántas veces el *Intrépido* ha abierto el camino y ocupado el núcleo de la formación

mientras los síndicos disparaban directamente contra nosotros?

Desjani mantenía la cabeza baja y la vista clavada en el suelo.

—Supongo que no debería haber esperado que lo entendiera.

—Maldita sea, Tanya. Si pudiera, echaría el cielo abajo para hacerla feliz, pero tengo responsabilidades con la flota y la Alianza. Todo esto sería mucho más fácil si yo estuviera en cualquier otra nave hablando con cualquier otro capitán, pero no puedo permitir que mis sentimientos influyan en mis decisiones. —Desjani se irguió y Geary apretó las mandíbulas. Tal vez, con lo que acababa de decir, se estaba refiriendo al respeto profesional que sentía por ella y a la amistad que los un a, pero también podía interpretarse como una alusión implícita a algo que ni él ni ella podían admitir, ni expresar o utilizar como base para sus acciones. Geary condujo la conversación hacia un terreno más impersonal—. El *Intrépido* tiene que regresar a casa porque transporta la llave hipernética síndica, la cual no se podrá duplicar hasta que lleguemos al espacio de la Alianza. No puedo poner la nave en una posición que, prácticamente, garantizaría su destrucción. Y tampoco tengo por qué hacerlo, puesto que nadie puede discutir que el *Intrépido* y su comandante se han comportado con honor y han estado en la vanguardia de todas las batallas.

Desjani guardó un breve silencio y, antes de hablar, lo mir  de soslayo.

— Echar a el cielo abajo?

Sorprendido, Geary asintió.

—S , si pudiera.

—Le tomo la palabra. —Desjani se puso firme y lo saludó—. El *Intrépido* cumplir  con su deber, al igual que su capitana. Es un buen plan, señor. Coger  al enemigo por sorpresa y, lo que es más importante, le causará un gran daño.

—Gracias. —Le devolvió el saludo y suspiró, aliviado, una vez que Desjani se hubo marchado.

No obstante, no pudo evitar sentir un nudo en el estómago cuando se preguntó qué habría querido decir la capitana con «Le tomo la palabra».

—Supongo que ya habrá ideado un plan —conjeturó Rione.

Geary, que se encontraba de nuevo en el puente del *Intrépido*, sentado en el puesto de mando de la flota, se giró para mirarla.

—Es una sorpresa.

—Genial, aunque parece que se trata de una sorpresa no solo para el enemigo, sino también para sus propias naves.

—Hasta cierto punto, sí.

—Y, dado que falta menos de una hora para el contacto, entiendo que no tardaremos en averiguar lo que pretende. —Desjani manten  el gesto impasible, aunque, aun así, Rione pareció darse cuenta de algo—. Quiero decir, los que aún no seamos merecedores de su plena confianza. —La copresidenta se movió hacia atrás

con aire despreocupado.

Desjani esperó unos minutos y, luego, se inclinó hacia Geary para hablarle en privado.

—Me gustaría pedirle disculpas.

—No, no tiene por qué. Si quiere que le sea sincero, pensaba que se lo tomaría mucho peor.

—No me refiero a eso. —Miró a Rione—. Me preguntaba si usted habría mantenido el *Intrépido* inactivo a petición de ella, para mantener a salvo la llave síndica. Debería haberme dado cuenta de que no haría algo así. Lamento haber dudado de usted.

—No se preocupe. Ahora concéntrese en esta operación, Tanya. Nos espera un paseo muy complicado y necesito que se entregue al cien por cien.

—Siempre doy lo mejor de mí, señor. —Desjani sonrió y se acomodó en el asiento del capitán.

Faltaba media hora para el contacto. Doce horas atrás, Geary había dispuesto, deliberadamente, la formación de la Alianza de la misma manera que la de los síndicos, con cuatro subformaciones rodeando la subformación central. Pronto tendría que modificarla, pero no con demasiada antelación. Los síndicos mantenían el rumbo y la velocidad, y avanzaban hacia un encuentro frontal con la formación central de la flota de la Alianza, aunque, seguramente, esperaban que Geary hiciera algún cambio de última hora en los vectores de sus naves.

—¿Quiere dirigirse a la flota? —le preguntó Desjani insinuando que estaba deseando hacerlo, aunque no fuera consciente.

—Buena idea. —Guardó silencio un momento mientras estructuraba el discurso y, después, activó el circuito de comunicación general de la flota—. A todas las naves de la flota de la Alianza: la flotilla síndica se interpone entre nosotros y nuestro hogar. Los suministros que nos faltan los compensaremos con nuestra experiencia y nuestro espíritu de lucha. —No le gustaba del todo el estilo del capitán Falco, quien creía que la expresión «espíritu de lucha» multiplicaba por arte de magia la capacidad de las fuerzas de combate. Sin embargo, funcionaba, marcaba la diferencia, siempre que uno no creyera que iba a proporcionarle una protección mística contra la potencia de fuego enemiga. La experiencia, por otro lado, podía llegar a ser decisiva—. Los síndicos no podrán detenernos, y hoy añadiremos otra victoria a los anales de la flota de la Alianza.

Cuando terminó la transmisión, se sintió un tanto incómodo por haber utilizado palabras grandilocuentes, pero le alivió ver que Desjani lo miraba con gesto aprobatorio.

—Siempre se le ocurren buenos discursos antes de los enfrentamientos, señor. Breves, directos e impactantes.

Ah, ¿sí?

—Gracias, capitana Desjani. Hablaba en serio. —Se preguntó si Desjani pensaría que se había puesto a la defensiva.

Sin embargo, la capitana pareció sorprenderse.

—Desde luego. Nadie lo pone en duda. Lo ha demostrado. En todo caso, todos hemos escuchado muchos discursos interminables. Siempre he pensado que, si de verdad quienes los pronuncian se creen lo que dicen, deberían ser capaces de resumirlos en unas pocas palabras.

—Tal vez tenga razón.

De pronto, Rione interrumpió la conversación y dijo con sequedad:

—Por supuesto que tiene razón.

Sin mirar atrás, Desjani frunció el ceño; luego, mirando a Geary, les hizo un gesto a todos los ocupantes del puente para que guardaran silencio.

Geary apenas se dio cuenta, pues estaba concentrado en los movimientos de las fuerzas enemigas, que se iban acercando unas a otras. Los sistemas de maniobra habían iniciado la cuenta atrás para indicar el instante preciso en el que iniciar la operación, pero Geary también tenía en cuenta lo que le decían la experiencia y el instinto para determinar el momento adecuado; así, siempre consideraba el tiempo necesario para enviar la orden de empezar a ejecutar las instrucciones que ya había transmitido a las demás naves de la flota.

Los síndicos seguían sin hacer cambios. En Cavalos se comportaron igual. Tanto si el director general de la flotilla sabía que eso le causó problemas a Geary en Cavalos como si no, lo cierto es que ahora estaba aplicando la misma táctica: mantendría el rumbo hasta el último minuto con la intención de truncar los planes que Geary hubiera hecho.

Un minuto para el momento recomendado para iniciar la maniobra. Miró la cuenta atrás con gesto adusto y tuvo la impresión de que era demasiado precisa. Tenía que sincronizarlo todo muy bien, tal vez no a la perfección, pero sí adecuadamente; y sin saber cómo reaccionaría el director general de los síndicos. Sin embargo, ya había luchado contra ellos las veces suficientes como para poder hacerse una idea, de modo que esperó y se dejó guiar por el instinto mientras veía que la flota de la Alianza y la flotilla síndica principal se iban acercando. Siguió esperando.

A diez segundos de la hora recomendada para dar la orden, el pulgar se le contrajo de forma casi inconsciente para activar el circuito de comunicación.

—Formación Índigo Dos, formación Índigo Tres, ejecuten primera serie de órdenes de maniobras de inmediato. —Guardó silencio por un instante y repitió—: Formación Índigo Uno, ejecuten primera serie de órdenes de maniobras de inmediato. —Esperó un momento. Los segundos transcurrían mientras la proa del *Intrépido* cabeceaba hacia arriba—. Formación Índigo Cuatro, formación Índigo Cinco,

ejecuten primera serie de órdenes de maniobras de inmediato.

Geary observaba en el visualizador cómo las subformaciones más pequeñas que avanzaban por encima y por debajo del grueso de la flota de la Alianza se disgregaban y dirigían hacia el núcleo al tiempo que este se abría para recibir las, mientras los buques de guerra también abandonaban sus posiciones según cambiaban el rumbo. El director general de los síndicos vería aquellas acciones con algunos minutos de retraso, debido a la gran distancia que todavía separaba a ambas flotas, así que pensaría que la flota de la Alianza buscaba una buena posición para abrir fuego por encima de la caja síndica o bien que intentaba saltar la corona de la flotilla síndica. Entonces, tendría que decidir si alterar el rumbo un poco hacia arriba también, y sabría que tan solo disponía de unos minutos para decidirse.

Lo que no se esperaba el director general era que la flota de la Alianza se estabilizara y avanzara directamente para encontrarse de frente con el centro de la flotilla síndica. Aquel era el tipo de carga directa que prescindía de los misiles y que tan familiar se había vuelto en ambos bandos, puesto que los conocimientos y la habilidad necesarios para llevar a cabo maniobras más complejas terminaron perdiéndose en las cada vez más sangrientas batallas. Los comandantes que solo conocían una manera de combatir se mantenían fieles a la misma y confiaban en el «espíritu de lucha» para superar las situaciones más arriesgadas y sobrevivir al fuego enemigo. El coraje y el honor eran los baluartes que hacían posible emprender violentos combates a cuyo término uno de los bandos se alzaba victorioso, aunque tuvieran que pagar un alto precio en forma de naves destruidas y tripulantes fallecidos.

Este no era el estilo de Geary. Él había traído consigo la experiencia adquirida un siglo atrás, con la que consiguió librar complicadas batallas a lo largo y ancho de las vastas regiones espaciales, coordinando los movimientos de las distintas formaciones a pesar de los desfases temporales que sufrían los sistemas de comunicación e información, que podían ser de varios segundos, minutos u horas. A pesar de las reticencias iniciales, la flota decidió aceptar su liderazgo; al menos, en su mayor parte. Cuando más cerca estuvo de ordenar un ataque directo contra el enemigo fue en la primera batalla de Lakota, y solo después de una serie de maniobras consiguió engañar a los síndicos para que dispersaran su formación hasta el punto de dejar el núcleo al descubierto, sin el apoyo de las unidades de escolta.

No, los síndicos sabían que Geary no acostumbraba a atacar por el medio al inicio de un combate. Imaginarían que, de entre todas las opciones posibles, no escogería esa.

Así que eso fue lo que decidió hacer.

El grueso de la flota de la Alianza y las dos subformaciones superiores seguían disgregándose y mezclándose, de modo que todas las naves abandonaban su posición



relativa al *Intrépido* y pasaban a seguir una amplia variedad de vectores de rumbo y velocidad, mientras el *Intrépido* seguía alzando y bajando la proa ligeramente. Las unidades de propulsión principales del crucero de batalla se activaron por un momento para ralentizar la nave y permitir que otros buques de guerra de la Alianza se posicionaran en el flanco por donde llegaría el enemigo.

Debajo, las otras dos subformaciones de la Alianza también se habían disgregado; las naves que las componían ascendían para unirse al grueso y ocupar sus nuevas posiciones.

—¿De verdad conseguiremos terminar con esto antes del contacto? —inquirió Desjani con voz monótona.

—Eso espero.

—¿Por qué cree que la flotilla síndica se elevará para interponerse en la que parecía ser su trayectoria? —preguntó Rione.

Geary se mantuvo concentrado en los movimientos de las naves a la vez que le respondía.

—Porque así es como funciona el instinto humano. Si alguien intenta alzarse sobre nosotros, nosotros procuraremos situarnos al mismo nivel o aun más arriba. — Incluso los humanos criados en el espacio mostraban la misma actitud, pese a que en un sistema estelar el uso de los términos «arriba» y «abajo» era algo completamente arbitrario; así, «arriba» se empleaba para referirse a la región superior del plano del sistema estelar y «abajo», para hablar de la parte inferior—. Si el director general de los síndicos sigue su instinto durante el poco tiempo que tiene para reaccionar, serán nuestros.

Mientras el resto de las naves de la flota se dispersaba, las gigantescas moles de los acorazados de la Alianza pasaban entre ellas e iban formando una pared ligeramente curvada que lideraba la flota, a cuyo alrededor se apiñaba un enjambre de destructores y cruceros pesados.

Alrededor del *Intrépido*, los demás cruceros de batalla iban ocupando sus posiciones, de manera que sus respectivos oficiales al mando se iban dando cuenta de que estaban situados muy por detrás de los acorazados. A Geary no le costó imaginarse lo enfadadas que deberían de estar las tripulaciones de esos cruceros de batalla, aunque no tendrían tiempo de hacer nada al respecto antes de entrar en contacto con el enemigo.

Justo por detrás de los cruceros de batalla, las cuatro naves auxiliares avanzaban rodeadas de los cuatro cruceros de batalla de la Alianza que más daño habían sufrido, junto con algunos buques de guerra con desperfectos y todos los cruceros pesados.

—Tiempo estimado para el contacto: veinte segundos. Tenemos transmisiones entrantes para el capitán Geary procedentes del *Arrojado*, el *Victorioso*, la *Implacable*, la *Ilustre*, la *Inspiradora*, la *Atrevida*...

Obviamente, no se esperaba que los capitanes de los cruceros de batalla reaccionaran con tanta vehemencia y actuaran de inmediato para expresar su disconformidad. Desjani se estaba mordiendo la lengua para no decirle «se lo advertí», en tanto él accionaba la anulación de comandos en el panel de control del sistema de comunicación, con la mirada fija en la formación enemiga, la cual se había inclinado ya un poco hacia arriba, tal y como esperaba. El comandante síndico esperaba poder utilizar una gran potencia de fuego contra la flota de la Alianza mientras esta intentaba pasar a toda prisa sobre la formación rival durante uno de los pases fulminantes a los que Geary solía recurrir, con las naves síndicas más potentes concentradas en la corona de la formación. Sin embargo, en lugar de eso, las últimas maniobras orquestadas por Geary habían colocado a la flota concentrada de la Alianza en un vector que la conducía directamente al núcleo de los síndicos.

Y estos no tenían tiempo para reaccionar.

—A todas las unidades: faltan menos de veinte segundos para entrar en contacto con el enemigo. Todos los acorazados deben concentrar el fuego en los buques capitales enemigos. Tenemos que derribar sus defensas. Los cruceros de batalla les darán el golpe de gracia. Si todos los buques capitales situados al alcance son eliminados, ataquen a todos los blancos que puedan según se vayan colocando en sus trayectorias de disparo, pero conserven los misiles espectro. —Geary miró el indicador de la hora. Tenía que dar la siguiente orden de maniobra antes de que la flota atravesara la flotilla enemiga, aunque no fuese ejecutada hasta después—. A todas las unidades, ejecuten segunda serie de maniobras a las uno cuatro.

—Tiempo estimado para el contacto: diez segundos... cinco segundos.

Los síndicos se encontraban frente a ellos y, un instante después, justo detrás. El momento de contacto fue extremadamente breve. Los sistemas automáticos de fijación de objetivos apuntaron y dispararon en el momento en que los buques de guerra se entrecruzaban a una velocidad combinada de casi sesenta mil kilómetros por segundo. El casco del *Intrépido* se sacudió cuando los disparos del enemigo alcanzaron sus escudos. Geary intentaba mantener la concentración en la situación general mientras los consultores informaban a gritos del desarrollo del combate.

Los síndicos habían lanzado una ráfaga de misiles y metralla hacia la posición en que esperaban que se encontrase la flota de la Alianza, de tal modo que la inmensa mayoría de los disparos pasaron por encima mientras los buques de guerra de la Alianza avanzaban por debajo. La metralla de la Alianza, por el contrario, impactó de lleno en el débil núcleo de la flotilla síndica. A tan poca distancia, y gracias a la formación compacta de la Alianza, la densa cortina de esferas de acero que disparó logró aniquilar los cruceros ligeros y las naves de caza asesinas que encontró a su paso, provocando una lluvia de destellos que indicaban la muerte de los escoltas. Acto seguido, se vieron nuevos destellos, cuando la metralla de la Alianza castigó los

escudos de los cruceros pesados, los acorazados y los cruceros de batalla que conformaban el núcleo de la flotilla síndica. Mientras los buques de guerra contrincantes se disparaban unos a otros, las lanzas infernales impactaban contra los distintos blancos y, a partir de los cruceros de batalla y los acorazados de la Alianza, se formaron unos campos de anulación que absorbieron a parte de los oponentes.

Los síndicos contraatacaron disparando a diestro y siniestro, e hicieron blanco en los inmensos escudos y blindajes de los acorazados de la Alianza. Una vez que estos absorbieron las primeras ráfagas, el fuego síndico azotó a los siguientes buques de guerra de la Alianza, debilitados aunque todavía letales.

El encuentro duró tan solo una fracción de segundo, así que los humanos tan solo podían confiar en la resistencia de sus defensas, la precisión de sus sistemas automáticos de fijación de objetivos y su suerte. Después, mientras la formación de la Alianza y la flotilla síndica se alejaban, Geary observó cómo los sensores de la flota evaluaban los resultados.

Los siete acorazados y los tres cruceros de batalla síndicos que conformaban el núcleo de la flotilla enemiga se habían enfrentado a treinta acorazados y cruceros de batalla de la Alianza. Sobrepasados en número en una proporción de tres a uno y sin los campos de anulación, lo que ofrecía a la Alianza una posición ventajosa a muy corta distancia de las naves con escudos debilitados, los síndicos sufrieron el resultado esperable. Los tres cruceros de batalla síndicos explotaron, al igual que dos de los acorazados; otro acorazado se partió en tres grandes bloques, y los cuatro restantes terminaron viajando a la deriva gravemente dañados, con enormes agujeros en sus respectivos cascos, que marcaban los puntos de impacto de los campos de anulación, y con casi ningún sistema operativo.

La lista de cruceros y naves de caza asesinas de las fuerzas síndicas que resultaron inutilizados o destruidos alcanzaba una longitud considerable. El núcleo de la flotilla síndica había desaparecido sin más.

—Ejecutando segunda serie de maniobras a la hora uno cero cuatro —anunció Desjani. La emoción por el combate se iba imponiendo a su enfado con Geary.

Al mismo tiempo, este comprobó el estado de la flota de la Alianza y los movimientos de la flotilla síndica. El enemigo estaba trasladando su formación hacia la derecha y a su alrededor, manteniendo las cuatro formaciones de las esquinas en posiciones fijas, tal vez con la esperanza de que las naves de la Alianza siguieran avanzando hacia el punto de salto. Sin embargo, la formación principal de la Alianza empezaba a disolverse de nuevo, de forma que los cruceros de batalla, los cruceros ligeros y un gran número de destructores se desviaron hacia abajo mientras se unían para componer una nueva formación, al tiempo que los acorazados, los cruceros pesados, las naves auxiliares, los buques de guerra dañados y el resto de los destructores se iban cerrando los unos sobre los otros y comenzaban a ascender.

Geary sintió como si le atravesara una ráfaga de metralla cuando el visualizador empezó a mostrar alertas parpadeantes que informaban de que varios buques de guerra de la Alianza habían sido dañados o destruidos. Un símbolo brillante, situado en la estela de la flota de la Alianza, señalaba la nube en expansión de los restos de la *Ejemplar*, la última nave de reconocimiento. Más pequeñas que los acorazados y más grandes que los cruceros, las naves de reconocimiento resultaban muy útiles, pero adolecían de algunas deficiencias de diseño. Al igual que sus naves hermanas destruidas en anteriores enfrentamientos, la *Ejemplar* era lo bastante grande para atraer el fuego enemigo, pero no lo suficiente para resistirlo.

Ningún acorazado de la Alianza quedó inutilizado, si bien los síndicos concentraron su fuego sobre el *Resuelto* y el *Temible* cuando los acorazados se enfrentaron a ellos. Así, los dos sufrieron nuevas e importantes averías. El *Resuelto*, cuyos sistemas de propulsión habían sido afectados, intentaba avanzar al mismo ritmo que el resto de la flota, pero no podía evitar quedarse rezagado con respecto a los demás buques de guerra.

A la estela de la flota, el crucero de batalla Increíble viajaba a la deriva después de haber recibido más daños cuando protegía a las auxiliares. Algunas de sus armas seguían funcionando, pero, por lo demás, era un blanco fácil; sin duda, su tripulación estaría rezando para que la batalla no le ocasionase más daños a la nave, por lo menos hasta que consiguieran reparar algunas unidades de propulsión.

Los cruceros pesados Tortuga, Recámara, Kurtani y Tarian cayeron fuera de combate; de los dos primeros solo quedaron algunos fragmentos sueltos. Los cruceros ligeros Kissaki, Blasón y Trunnion desaparecieron, y los destructores Punzón, Yatagán, Embestida, Arabas y Kururi fueron eliminados.

No quedaba tiempo para comprobar los daños menores ocasionados durante la primera tanda de disparos.

En el lugar donde las formaciones se habían encontrado, podían verse enjambres de cápsulas de escape, tanto con los supervivientes de las naves destruidas de la Alianza como con los síndicos que habían logrado abandonar sus naves inutilizadas.

Lo peor de todo había sido que, con una segunda ráfaga de misiles disparados en el preciso instante en el que los combatientes se entrecruzaban, los síndicos habían conseguido producir daños fatales en una de las naves que Geary menos podía permitirse perder.

—La *Trasgo* ha perdido todas las unidades de propulsión —informó la consultora de operaciones—. Daños graves en popa a consecuencia de dos o tres impactos de misil. El tiempo estimado para recuperar la propulsión básica es de, al menos, una hora.

Geary observó cómo la nave auxiliar atravesaba el espacio mientras, incapaz de cambiar de rumbo ni de acelerar, la destrozada *Trasgo* seguía la ruta de los restos y

las naves abandonadas tras la batalla y se alejaba de los demás buques de guerra de la Alianza. Tras analizar la ruta de la *Trasgo* y cotejarla con el movimiento de los síndicos, los resultados obtenidos fueron tan categóricos como desalentadores.

—La *Trasgo* no tiene ninguna posibilidad. ¿Puede alguien confirmarme que el tiempo más probable para que los síndicos ataquen la *Trasgo* es de veinticinco minutos?

—Confirmado, señor —respondió de inmediato la consultora de operaciones—. La estimación es de veinticuatro minutos.

La *Trasgo* tenía que volver a ponerse en marcha lo antes posible, y, en cualquiera de los casos, la pesada nave auxiliar no tendría posibilidades de escapar aunque la mitad de sus unidades de propulsión se reactivaran en ese preciso momento por arte de magia. Además, la flota de la Alianza no podía dar la vuelta a tiempo para tratar de impedir que los síndicos desataran una cortina de fuego contra la *Trasgo*. Geary suspiró y golpeó con los dedos el panel de control.

—*Trasgo*, al habla el capitán Geary. Es aconsejable que empiecen a abandonar la nave de inmediato y preparen el núcleo energético para una sobrecarga dentro de unos veinte minutos. —Tenía planeado ganar esta batalla, pero el resultado seguía en el aire y no podía arriesgarse a que los síndicos capturaran la *Trasgo* intacta.

La respuesta de la *Trasgo* llegó medio minuto después.

—Señor, estamos intentando trasladar las células de combustible que quedan a nuestros transbordadores de carga pesada. Es posible que logremos sacarlas. Los equipos de reparación están intentando restablecer el funcionamiento de una de las unidades de propulsión.

Desjani se sobresaltó, incrédula.

—Esos trastos de carga pesada no podrán escapar de los síndicos. No son tan rápidos, ni siquiera vacíos.

Geary asintió.

—*Trasgo*, los transbordadores de carga pesada se mueven con demasiada lentitud. Son un blanco fácil para el enemigo. No lograrán dejarlo atrás y todo cuanto transporten se perderá. Con una unidad de propulsión no salvará su nave, y la flota no puede llegar a tiempo para apoyarlos. Es ingeniero. Haga cálculos. Evacue a los tripulantes de la nave mientras haya tiempo. Considérelo una orden si así le resulta más fácil tomar la decisión.

Esta vez la respuesta de la *Trasgo*, cargada de resignación, tardó un minuto más en llegar.

—Sí, señor. He ordenado que todo el personal utilice las cápsulas de escape. Preparando el núcleo energético para la sobrecarga dentro de... dieciocho minutos.

—Señor, el oficial al mando de la *Increíble* nos informa de que ha ordenado que toda la tripulación que no sea imprescindible abandone la nave.

—Muy bien —respondió Geary. La situación no dejaba más alternativas.

—El *Resuelto* no puede mantener el ritmo de la flota. Propone acercarse a la *Increíble* y apoyarla.

—De acuerdo. Comuníquelos al *Resuelto* y a la *Increíble* que intentaremos mantener ocupados a los síndicos. —Geary se concentró en los movimientos de los síndicos y los de sus dos formaciones mientras los tres grupos de buques de guerra describían las inmensas curvas que habían de dar a casi ocho centésimas de la velocidad de la luz. Cuando los síndicos se situaron a la derecha, un grupo de acorazados acudió a rellenar el vacío que antes ocupaba el grueso de su flotilla para, más tarde, detenerse a medio camino entre su antigua posición y el centro.

—Están confundidos —dijo Desjani con desdén.

—De eso se trata.

La voz de Rione llegó desde el fondo del puente.

—¿Por qué están tan desorientados? Únicamente ha dividido la flota en dos formaciones en lugar de seis, como ha hecho en ocasiones anteriores.

—Es por la disposición de esas formaciones —aclaró Geary—. Una está distribuida alrededor de todos nuestros acorazados, más lentos y voluminosos, y diseñados, sin duda, para embestir de nuevo el corazón de la flotilla síndica. Pero la otra formación comprende todos nuestros cruceros de batalla, más veloces y ágiles, y preparados para atacar los extremos de la flotilla síndica.

—Entiendo. —Rione insinuó una pícaro sonrisa—. No saben por dónde los atacará, así que no tienen claro dónde concentrar sus disparos más destructivos.

—Exacto. —Geary sacudió la cabeza sin dejar de observar a los síndicos. Estos esperaban que la flota de la Alianza regresara al punto de salto hacia Padronis, pero, en lugar de eso, se encontraron con la formación de acorazados de la Alianza en un flanco y por encima de ellos, mientras sus cruceros de batalla se hallaban al otro lado y por debajo—. No creo que deba enviar de nuevo la formación de acorazados contra el corazón de los síndicos. Al menos, no todavía. Si el comandante enemigo reaccionase a tiempo y distribuyera su flotilla alrededor del núcleo, podría causarnos daños muy graves.

Desjani consideró la idea y asintió.

—Estoy de acuerdo. Los cruceros de batalla de la Alianza podrían abrir el camino esta vez. ¿Capitán Geary?

—Sí, capitana Desjani. Hagámoslo. Desplazaré a los acorazados para que ataquen a los síndicos desde otro ángulo.

—Capitán Geary, el *Resuelto* y la *Increíble* solicitan que reserve una buena ración de enemigos para ellos.

Desjani se rió e incluso Geary hizo una mueca, a pesar de lo tenso que se encontraba.

—Dícales que eso no supondrá ningún problema, teniente.

Guiados por la Segunda División de Cruceros de Batalla del capitán Tulev, los quince cruceros de batalla de la Alianza que permanecían operativos, junto con el crucero ligero y el destructor que los escoltaban, se movieron hacia arriba y a la derecha mientras Geary ordenaba que los acorazados se desplazasen hacia la izquierda y acelerasen. La formación de acorazados se movía con mucha más pesadez, tanto por el tamaño inmenso de las naves como porque entre ellos se incluían las tres naves auxiliares que quedaban. Geary confiaba en que su estrategia hubiera compensado esa desventaja.

El enemigo seguía describiendo un giro y descendiendo levemente. Geary ajustó la ruta de la formación de cruceros de batalla para contrarrestar las maniobras de los síndicos, y abrió el ángulo de ataque de la Alianza de modo que ascendiera casi directamente hacia el adversario.

La formación de cruceros de batalla se elevó con celeridad hacia la esquina posterior del fondo de la flotilla síndica.

—¡Están frenando! —exclamó la consultora de operaciones en el último momento antes de producirse el combate, pero demasiado tarde para que alguien pudiese reaccionar. Dada la velocidad a la que viajaban, ambos bandos observaron la variación de los vectores demasiado tarde como para que alguno de los grupos de buques de guerra pudiera compensarla.

En lugar de alejarse rápidamente de la esquina de la flotilla síndica, los cruceros de batalla de la Alianza la atravesaron por la fuerza. Los sistemas de maniobra automáticos lograron evitar las colisiones, que habrían producido la desintegración inmediata de las naves implicadas; sin embargo, los cruceros de batalla tuvieron que pasar a una distancia mínima de los acorazados enemigos.

Los cuatro acorazados síndicos que ocupaban aquella esquina desplegaron una cortina de lanzas infernales que hicieron pedazos la *Decidida*, acribillaron la *Atrevida* y machacaron la *Inspiradora*, mientras que la *Ilustre* sumó más daños a los que ya había recibido en Cavalos, y la *Osada*, finalmente, perdió el control, cuando los buques de guerra de la Alianza eliminaron la formación síndica.

—La *Atrevida* cree que puede seguir adelante, pero todos sus sistemas de combate están inutilizados —informó el consultor de combate del *Intrépido*—. La *Inspiradora* puede maniobrar sin problemas, pero sus sistemas de armamento presentan averías importantes. Podemos ver las cápsulas de escape alejándose de los restos de la *Decidida*.

—¿Qué se sabe de la *Osada*? —preguntó Geary.

—No tenemos comunicación, señor. Se encuentra fuera de la red de la flota. Los sensores indican que todos los sistemas han muerto.

Al igual que un número desconocido de sus tripulantes.

—Roberto Duellos no se dejará matar fácilmente —comentó Desjani.

—Esperemos que así sea. —Geary dejó a un lado su preocupación por el capitán Duellos y, con gesto grave, se concentró en la flotilla síndica. Los cruceros de batalla de la Alianza habían resultado afectados, pero también habían conseguido alcanzar la esquina de la flotilla con una gran descarga de fuego. Los dos cruceros de batalla rivales situados en esa posición habían sufrido demasiadas averías como para continuar luchando; además, uno de los acorazados enemigos recibió tantos disparos que empezó a salirse de la formación, mientras que otro parecía tan afectado como la *Atrevida*: podía maniobrar, pero el resto de sus sistemas habían quedado inservibles. La mayor parte de los cruceros ligeros y las naves de caza asesinas de los síndicos que ocupaban esa esquina de la flotilla habían sido derribados o destruidos, pero también había más escoltas de la Alianza desaparecidos o rezagados.

Por suerte, las maniobras de los síndicos, que posicionaron a los cruceros de batalla de la Alianza en una posición desfavorable, también permitieron que la formación de acorazados de la Alianza se situara de manera que pudiese atacar de frente otra esquina de la flotilla enemiga. Esta vez, los cuatro acorazados síndicos que ocupaban aquella posición no solo se hallaban en inferioridad numérica, sino que, además, tuvieron que enfrentarse a unos buques de guerra tan fuertemente protegidos y blindados como ellos. La *Gallarda* y la *Indomable* eran el objetivo principal del fuego enemigo, y las dos sufrieron daños debido a que sus escudos fallaban en algunos puntos, lo que los síndicos aprovecharon para castigar sus cascos con metralla y lanzas infernales. Pero, cuando la formación de la Alianza volvió a alejarse, dejó fuera de combate a tres de los cuatro acorazados síndicos e hizo pedazos a tres cruceros de batalla enemigos.

—Esto equilibra la balanza —comentó Desjani.

El resto de la flotilla síndica se desplazó hacia la *Trasgo*, que se deshizo en una gran bola de fragmentos un instante después, a consecuencia del sobrecalentamiento de su núcleo energético. Más allá de donde se encontraba la *Trasgo*, el *Resuelto* y la *Increíble* lanzaron todo lo que les quedaba contra los síndicos que se les iban acercando.

Sin darse cuenta, Geary cerró los ojos cuando una de las esquinas de la flotilla síndica pasó a gran velocidad entre el *Resuelto* y la *Increíble*. Cuando volvió a abrirlos, se sorprendió al ver que las dos naves de la Alianza seguían allí.

—¡Han resistido! Es...

—¿Increíble? —murmuró Desjani—. El *Resuelto* ha protegido a la *Increíble* todo lo que ha podido. Ha recibido una descarga de fuego tremenda, y la *Increíble* ha sufrido más daños, pero la interceptación síndica debía de estar lo bastante lejos para que ambas naves se salvaran.

La suerte salvó al *Resuelto* y a la *Increíble*, pero, poco después, los dioses de la



guerra decidieron favorecer a los síndicos.

—Maldita sea —dijo Desjani—. Ahí va la *Atrevida*.

Durante la última pasada ofensiva, la formación síndica lanzó una descarga de misiles hacia la ruta prevista de los cruceros de batalla de la Alianza. Debido a los cambios de última hora en los vectores, la mayoría de los misiles se encontraban demasiado lejos de la ruta de la Alianza para hacer blanco, y terminaron describiendo una curva en el espacio tras las naves de la Alianza. Muchos de los proyectiles fueron destruidos, puesto que su velocidad, relativamente baja en aquella ajustada persecución, los convertía en blancos fáciles para los escoltas de la Alianza, aunque uno logró alcanzar a la *Atrevida*. El castigado crucero de batalla se sacudió cuando el misil impactó en plena popa y destrozó sus unidades de propulsión. La *Atrevida* salió girando hacia un lado, mientras su armazón debilitado se combaba como consecuencia de la fuerza del impacto y los cambios repentinos de rumbo y velocidad.

—No podremos recuperarla, señor.

Desjani no parecía afectada por la pérdida de la *Atrevida* y la *Osada*, aunque Geary sabía que la capitana había visto cosas mucho peores.

—Tenemos que vengarla. —Intentó relajarse observando los caminos y las rutas previstas que atravesaban el espacio y pensando en los segundos de retraso con los que llegaban las imágenes que estaba viendo—. Formación Índigo Uno, viren a la derecha dos cinco grados, desciendan uno seis cero grados a las cinco tres. —Los cruceros de batalla de la Alianza se adelantaron y descendieron hacia un lado para realizar otra pasada sobre los síndicos.

El comandante síndico intentaba concentrar lo que quedaba de su flotilla, de modo que reunió las naves hasta que el grupo de buques de guerra enemigo volvió a parecer una caja, aunque mucho más pequeña que aquella otra con la que los síndicos empezaron a luchar. Al mismo tiempo, intentó realizar una maniobra muy ajustada, haciendo que toda la formación ascendiera y girase hacia la izquierda para encarar la formación de cruceros de batalla de la Alianza.

—Una maniobra desafortunada. —Desjani enseñó los dientes—. Aunque parezcamos un blanco fácil, somos más rápidos que él. Ese comandante no debe de tener mucha experiencia.

—Y al parecer, algunos de sus capitanes tampoco —añadió Geary mientras observaba que los buques de guerra enemigos se apresuraban a tomar posiciones y a realizar grandes cambios en sus vectores. Uno de los acorazados síndicos colisionó con un crucero pesado de su mismo bando, lo que provocó la desaparición, con un fogonazo, de la mayor parte de este último mientras el acorazado salía despedido con importantes daños en su estructura—. Uno menos.

La compacta caja formada por los síndicos se extendió y se disgregó al

comprobar que no realizaba bien el giro.

—Formación Índigo Uno, viren a la derecha dos cero grados, asciendan uno cinco grados a las cero seis. —Los cruceros de batalla de la Alianza elevaron la proa ligeramente a la vez que giraban y daban la vuelta en busca de la intercepción de un flanco de la agitada flotilla—. Formación Índigo Dos, viren a la izquierda dos ocho cinco grados, asciendan dos uno cero grados a las cero ocho. —Los acorazados, situados ahora muy por debajo de los síndicos, comenzaron a elevarse mientras los cruceros de batalla de la Alianza volvían a cerrarse sobre el enemigo.

En esta ocasión, aprovechando que el enemigo se encontraba desorganizado, la formación de cruceros de batalla de la Alianza pasó velozmente junto a una esquina de la flotilla síndica a una distancia casi perfecta, y consiguió arremeter contra sus buques de guerra desprotegidos con una potencia de fuego que, en aquella posición, el enemigo no podía superar.

El *Intrépido* se sacudió con fuerza a consecuencia de la pasada ofensiva.

—Un misil síndico ha hecho blanco, capitán. Daños en popa. Batería de lanzas infernales Bravo Seis fuera de servicio. Capacidad reducida de la unidad de propulsión principal Alfa.

—¿Podemos avanzar con la formación según esta va maniobrando? —preguntó Desjani.

—Los ingenieros están aumentando la potencia de salida de las unidades de propulsión principales que quedan, capitán. Los equipos de control de daños están reforzando los sectores del casco afectados. La central de control de daños solicita que evitemos realizar maniobras complejas durante los próximos diez minutos.

—¡Dícales que tendrán que ser cinco!

—Sí, capitán. Cinco minutos.

La *Ilustre*, que todavía no se había recuperado de los daños sufridos en el combate de Cavalos, recibió más impactos, al igual que la *Valiente* y el *Arrojado*. Sin embargo, los síndicos, superados en número en ese sector de la flotilla, perdieron otros tres cruceros de batalla.

—¿Qué demonios están haciendo? —bramó Geary al ver que los síndicos continuaban ascendiendo y dando vueltas en espiral.

—No tengo ni idea —confesó Desjani.

—Continúan haciendo lo mismo... Tenemos al director general. Siguen sus últimas órdenes porque nadie se ha puesto al mando todavía.

—Bien —dijo Desjani, casi ronroneando, mientras veía cómo la formación de acorazados de la Alianza arrasaba a la reducida flotilla síndica. Solo diez acorazados síndicos y cruceros de batalla continuaron operativos después de aquella acción, pese a que la formación de la Alianza se deshizo de la *Gallarda* cuando regresó para realizar otra pasada ofensiva.

—La *Gallarda* ha registrado daños en el sistema de propulsión, pero todavía puede defenderse. Están concentrando su fuego —observó Desjani con reticencia—. Están empleando todo su armamento contra los acorazados que han recibido más daños. Mire también el estado crítico en el que se halla el *Temible*.

—Por lo menos todavía puede mantenerse junto a la formación.

Desjani se giró para mirar al consultor de ingeniería.

—Han pasado cinco minutos. ¿Puedo maniobrar?

—Dentro de un minuto, capitana —pidió el ingeniero.

—¡No dispongo de un minuto!

—Listos para maniobrar —jadeó aliviado el consultor en cuanto recibió el informe.

—Bien —dijo Geary—. Adelante. —Apenas hubo dado la orden, la flotilla síndica alteró su rumbo radicalmente y comenzó a descender en el sentido opuesto—. ¿Adónde...?

Geary dirigió la formación de cruceros de batalla hacia los síndicos tan rápido como pudo, intentando determinar qué vector escogerían para estabilizarse. Al cabo de unos minutos, vio clara la respuesta.

—Van detrás del *Resuelto* y la *Increíble*.

—En ese caso, antes ejecutaremos, al menos, una nueva pasada sobre ellos —dijo Desjani—, y también los acorazados.

—¿Nuevos datos sobre la *Gallarda*? —preguntó Geary. Podía consultar el visualizador para obtener esa información él mismo, pero necesitaba ese tiempo para concentrarse en la situación general.

—La *Gallarda* informa de que alrededor de la mitad de sus sistemas de combate permanecen activos —anunció la consultora de operaciones—. Los escudos son frágiles, pero se están regenerando; están sellando diversas grietas de gran envergadura en el blindaje del casco. El tiempo estimado para recuperar parte de la capacidad para maniobrar es de veinte minutos.

Geary, tras decidir que la *Gallarda* podría defenderse sola por el momento, alineó los cruceros de batalla en otra interceptación con la flotilla síndica y ajustó la ruta de los acorazados para poder alcanzar de nuevo a los síndicos.

Esta vez, la espera hasta el contacto resultó angustiada. El *Resuelto* y la *Increíble* avanzaban a la deriva, demasiado dañados como para confiar en que resistieran un nuevo ataque de los síndicos; además, ninguno disponía de suficientes armas operativas como para tener muchas posibilidades de causarle algún daño al enemigo. La caja de los oponentes, ahora más reducida todavía, entraba por arriba y por la izquierda. También por este flanco, más lejos y desde un poco más arriba, los cruceros de batalla de la Alianza iban descendiendo con rapidez sobre sus contrincantes. Hacia la derecha, y casi a la misma altura que los síndicos, los

acorazados de la Alianza se acercaban a una velocidad constante.

Los síndicos debieron de ver claro que no tendrían la oportunidad de asestarles el golpe de gracia al *Resuelto* y la *Increíble* antes de que el resto de la flota de la Alianza los acribillara. Cuando las dos formaciones de la Alianza se acercaron, la flotilla síndica se zambulló de súbito, incrementando de forma evidente su ángulo de descenso y avanzando hacia la formación síndica menor, que se mantenía al margen del combate.

En respuesta a los movimientos de los síndicos, Geary transmitió unas órdenes rápidas a los cruceros de batalla y a los acorazados.

Cuando las naves de la Alianza se estabilizaron en sus nuevos vectores, empezaron a saltar las alarmas de peligro de colisión. Geary apenas tuvo tiempo para mirar los avisos antes de que los cruceros de batalla atravesaran la flotilla síndica, desde un flanco y desde arriba, casi en el mismo instante en el que la formación de acorazados entraba por el flanco opuesto y desde una altura ligeramente superior.

Durante ese instante sobrecogedor, muchos de los buques de guerra que seguían vectores muy distintos se entrecruzaron a gran velocidad mientras los sistemas de maniobra automática activaban sus estridentes alarmas para evitar colisionar en medio del torbellino de buques de guerra. Entre tanto, los sistemas automáticos de combate de los distintos contendientes, que percibían de repente un entorno saturado de objetivos, comenzaron a disparar sin miramientos en todas direcciones.

Inmediatamente después, las tres formaciones empezaron a separarse de nuevo. Geary inspiró con fuerza cuando se dio cuenta de que había dejado de respirar por un momento.

Incluso Desjani se había quedado pálida.

—Señor, ¿ha considerado la idea de que fuese posible equilibrar con eficacia los movimientos del enemigo?

—Hasta ahora no. —Geary respiró hondo de nuevo y consultó el visualizador con insistencia—. Hemos perdido algunos destructores más, pero puede que haya sido por el fuego enemigo. ¿No ha habido colisiones?

—Sin novedad. Será mejor que no lo repitamos, señor.

—De acuerdo. —La caja de la flotilla síndica, sometida a una descomunal ofensiva desde varios flancos al mismo tiempo, terminó deshaciéndose. Dos acorazados seguían avanzando con pesadez, pero ambos habían sufrido daños graves. Ninguno de los cruceros de batalla síndicos logró resistir y todos los escoltas fueron masacrados. Irónicamente, pese a haber tenido tantos blancos al alcance, los síndicos no consiguieron concentrar su fuego. Aparte de perder algunos cruceros y destructores desafortunados, la flota de la Alianza logró evitar males mayores.

Geary suspiró aliviado.

—Formación Índigo Dos —ordenó a los acorazados—, rompan la formación y

eliminen a los dos acorazados síndicos que quedan. Formación Índigo Uno, persecución general. Ignoren a los dos acorazados síndicos que quedan hasta que sean reducidos por nuestros acorazados.

Lo último que deseaba era sufrir otra pérdida como la de la *Oportuna*.

Para su sorpresa, Desjani no ordenó que el *Intrépido* saliera de inmediato detrás de algún otro objetivo. La capitana observó su reacción y se encogió de hombros.

—Lo único que ahora merece la pena eliminar son esos acorazados. Además... — Señaló el visualizador del estado de su nave—. Las reservas de células de combustible están al treinta y cinco por ciento.

—¿Al treinta y cinco por ciento? —En tiempo de paz lo habrían llevado ante un consejo de guerra por permitir que el nivel de las reservas de células de combustible se redujera tanto bajo su mando.

—Menos mal que salvamos la *Titánica*, la *Hechicera* y la *Genio* —observó Desjani—. Necesitaremos hasta la última célula de combustible que puedan fabricar hasta que lleguemos a Varandal.

## Capítulo 4

El recuento de pérdidas siempre era la peor parte de una batalla. Geary leyó los nombres. La *Osada*, la *Atrevida*, la *Ejemplar* y la *Trasgo*; los cruceros pesados Tortuga, Recámara, Kurtani, Tarian y Nodowa. Los cruceros ligeros Kissaki, Blasón, Trunnion, Inquarto y Septime. Los destructores Punzón, Yatagán, Embestida, Arabas, Kururi, Shail, Cámara, Bayoneta y Tomahawk.

En ese aspecto tuvieron mucha suerte. Si hubieran tenido que huir del sistema estelar perseguidos por los síndicos, habrían perdido, por lo menos, el triple de cruceros y destructores y muchos más cruceros de batalla y acorazados. No obstante, la flota de la Alianza tuvo tiempo de realizar las reparaciones necesarias para volver a poner las naves en marcha.

El *Resuelto*, pese a que estaba acribillado, podría mantener la velocidad de la flota, pero Geary ignoraba aún si conseguiría salvar a la *Increíble*. Por su parte, la *Gallarda* había restablecido suficientes sistemas de maniobra para volver a luchar, aunque gran parte de su armamento seguía inoperativo.

Tanto si les gustaba como si no, debían permanecer allí un poco más de tiempo, para reparar las unidades de propulsión de las naves averiadas, además de otros sistemas críticos, para recoger las cápsulas de escape de las naves de la Alianza que fueron abandonadas durante el combate y para distribuir las escasas células de combustible que las naves auxiliares habían fabricado desde que la flota salió de Dilawa.

Desjani masculló algo. Geary observó que la capitana estaba observando la flotilla síndica menor, que había salido disparada en dirección al punto de salto hacia Padronis tras la destrucción de la flotilla mayor. Los cruceros y las naves de caza asesinas de esa flotilla empezaban a desplegarse en abanico; algunas unidades seguían avanzando hacia aquel punto de salto y otras lo hacían en dirección a los puntos de salto hacia Kalixa y Dilawa.

—Ahora ya sí que no los alcanzaremos —se quejó Desjani—. Esperaba que nos plantasen cara en el punto de salto hacia Padronis, donde los habríamos triturado.

—Es muy probable que hayan dejado colocadas sus minas y pretendan regresar lo antes posible para avisar de lo que ha ocurrido aquí —comentó Geary.

—¡Han abandonado a sus camaradas! ¡Ni siquiera intentaron atacarnos mientras luchábamos contra la flotilla síndica mayor!

Eso era lo que más le molestaba. A su modo de ver, aquellos síndicos les habían fallado a sus compañeros, y, aunque no se hubiese tratado de escoria síndica, merecían un castigo.

—Tanya, apuesto a que la flotilla menor recibió órdenes de retirarse del combate para ir a formar una última barrera en el caso de que pusiéramos rumbo al punto de

salto hacia Padronis.

—¡Eso no es excusa!

—Por lo menos no se han quedado para intentar rematar nuestras naves dañadas.

Antes de que Desjani pudiera responder, la imagen de una sonriente capitana Crésida apareció ante Geary.

—Señor, creo que le gustará saber que hemos recuperado las cápsulas de escape de la *Osada*, incluida la que transportaba al capitán Roberto Duellos, que, aunque ha sufrido algunas magulladuras, sigue en activo.

Geary le contestó con una sonrisa tan amplia que le dolieron hasta las mejillas y, después, miró a Desjani.

—Duelos está a salvo en la *Furiosa*.

—Ya le dije que no se dejaría matar fácilmente —dijo Desjani con serenidad antes de sonreír ella también.

—Aquí está, capitán Geary —anunció Crésida.

La imagen de la capitana fue sustituida por la de Duellos, cuyo uniforme presentaba varios desgarrones y quemaduras.

—Se presenta el capitán Duellos, señor.

—Me... —Geary se interrumpió y miró a Duellos durante un instante—. Maldita sea, me alegro mucho de que se encuentre bien. Lamento profundamente lo de la *Osada*. Y lo de la *Atrevida*.

—Muchas gracias. —Duelos bajó la vista un momento—. Es muy duro perder una nave, pero eso es algo que usted sabe muy bien.

—Sí, es una auténtica tragedia. Sométase a una revisión y descanse un poco.

—Debo supervisar a mis hombres, señor. —Duelos señaló vagamente hacia un lado—. Asegurarme de que reciben la atención necesaria. Los tripulantes de la *Osada* y los de la *Atrevida*, en las naves que los recogieron.

Geary iba a decirle que Crésida podía encargarse de ello, pero desistió al recordar la sensación de impotencia que lo embargó a él cuando su crucero, la *Merlón*, fue destruido; sentía que tenía que hacer algo, sobre todo por los que ya no podía hacer nada. De la misma manera, Duellos quería encargarse de eso en persona. Mejor; así tendría algo que hacer aparte de atormentarse por la pérdida de la *Osada* y de los hombres que no consiguieron salir de la nave.

—Desde luego, capitán Duellos. Avíseme si usted o sus hombres necesitan algo.

Duelos iba a cortar ya la conexión, pero vaciló un momento.

—Capitán Geary, usted sabe lo que necesito, y también sabe que no puede proporcionármelo. Se lo agradezco de todos modos, pues sé que usted me comprende.

Tan pronto como la ventana con la imagen de Duellos se hubo cerrado, Geary volvió a comprobar el estado de la flota, poco dispuesto a que la pérdida de la *Merlón* siguiera afectándolo. Por desgracia, el *Intrépido* no era la única nave cuyas reservas

de células de combustible estaban al treinta por ciento.

Incapaz de hacer nada al respecto en ese momento, llamó a la *Increíble*. Al instante se abrió una ventana con la imagen de su capitán, el comandante Parr.

—¿Cuál es la situación, comandante?

—Podría haber sido peor —respondió Parr, que sonreía fugazmente mientras buscaba a Geary con los ojos—. No era necesario que dejara tantos síndicos para nosotros, señor.

—Lo siento. He visto las actualizaciones de la *Increíble*, pero me gustaría que me informase usted en persona. ¿Cree que tardará mucho en volver a ponerla en marcha?

Parr vaciló.

—¿De cuánto tiempo disponemos, señor?

—Tal vez unos días. Tenemos que recoger a los prisioneros de guerra en el tercer planeta de Heradao, así que no puedo darle más tiempo.

El comandante Parr miró alrededor, como si escrutar aquel pequeño compartimento de la *Increíble* pudiera darle alguna otra respuesta.

—Señor, me gustaría intentarlo.

—Dos días, comandante.

—Creo que podremos hacerlo, señor. —Geary lo miró confiado—. Le aseguro que podremos hacerlo, señor.

—De acuerdo, comandante. Avísame si necesita mi ayuda.

—La *Titánica* se dirige hacia aquí, señor. Viene a ayudar a la *Increíble* y al *Resuelto*.

Geary esbozó una sonrisa alentadora.

—No podrá obtener mejor ayuda que esa. El comandante Lommand, de la *Titánica*, es un buen oficial y hará todo cuanto esté en su mano. Confío en que la *Increíble* vuelva a estar operativa en dos días.

Una vez concluida la conversación, Geary se dejó caer hacia atrás y se frotó la frente.

Desjani lo miró dubitativa.

—¿Lo conseguirá la *Increíble*?

—Quién sabe. Pero se merece una oportunidad. ¿Cuándo se barrenará la *Atrevida*? —Tal y como se temían, el crucero de batalla había sufrido demasiados daños estructurales y averías como para poder repararlo y que abandonara, junto con el resto de la flota, el sistema estelar en el que se encontraban. En su lugar, habían decidido sobrecargar su núcleo energético para reducirlo a simples pedazos de chatarra a los que los síndicos no encontrarían ninguna utilidad.

Desjani le trasladó la pregunta al consultor de ingeniería, que respondió al instante.

—Mañana, capitán. A última hora. Aseguran que, para entonces, ya habrán



recuperado todo lo que se pueda aprovechar de la nave. Está programado que las dos piezas más grandes de la *Osada* se vuelen esta noche.

—¿Deberíamos avisar a Duellos? —le preguntó Desjani a Geary.

El capitán meditó durante un tiempo la respuesta.

—¿Alguna vez ha perdido una nave?

—Un destructor en Xaqui, un crucero de batalla en Vasil, otro destructor en Gotha, un crucero pesado en Fingal...

—¿Era la oficial al mando de todas esas naves?

—Solo del segundo destructor y de un crucero pesado posterior al de Fingal.

Geary miró fijamente a Desjani. En alguna ocasión la capitana había mencionado su experiencia en combate, pero nunca le habló de las acciones específicas que había llevado a cabo ni de lo que fue de las naves en las que viajó.

—Lo siento. Nunca me ha contado mucho de ellas.

—No —admitió la capitana—. No acostumbro a hacerlo. Los dos sabemos por qué. Y eso responde a mi pregunta sobre Duellos y la *Osada*, ¿verdad?

—Sí. La *Osada* era su nave. Que él decida si desea presenciar sus últimos momentos.

—En ese caso, avisaré a Crésida.

—Gracias. Si alguna vez quiere hablar... —se ofreció Geary.

—Lo sé. Le digo lo mismo.

—Lo tendré en cuenta. —Activó la escala del visualizador para ver el sistema estelar completo. Los buques mercantes síndicos seguían huyendo hacia otras regiones relativamente seguras. En Heradao no parecía haber defensas de órbita fija por las que preocuparse, aunque sospechaba que en el tercer planeta se encontrarían con un buen puñado de ellas. Tal como apuntó Desjani, la flotilla síndica menor se había disgregado, y las naves que la componían partieron en direcciones distintas, aunque ninguno de sus vectores se acercaba a los buques de guerra de la Alianza.

Como era de esperar, las naves de caza asesinas síndicas seguían montando guardia en los puntos de salto, pero no suponían una amenaza y, de todos modos, no podrían alcanzarlas. Geary se reclinó en su asiento para relajarse, ahora que lo peor había pasado. Además, tal vez había pasado no solo en el sentido de lo que ocurrió en Heradao. ¿Qué más podía quedarles a los síndicos para impedir que la flota regresase al espacio de la Alianza? No, lo más difícil iba a ser dejar de recordar todos aquellos buques de guerra que vio estallar.

El único contacto con el enemigo que iba a tener la flota era el que se necesitara para recoger a los prisioneros de guerra de la Alianza que estaban retenidos en el tercer planeta. Los sensores de la flota confirmaban que dicho campo seguía allí, y, al parecer, continuaba ocupado por unos dos mil prisioneros. Para liberarlos sería preciso negociar y, seguramente, amenazar, pero no era la primera vez que se

enfrentaban a una situación así.

—Señora copresidenta —se dirigió a Rione—, ¿podría ponerse en contacto con los síndicos y comprobar lo complicado que será liberar a los prisioneros del tercer planeta? Amenace a quien haga falta; puede prometerles que no bombardearemos el planeta si juegan limpio.

Rione le hizo un gesto al consultor de comunicaciones.

—Por favor, establezca un vínculo con la red de mando síndica. Cuando el vínculo esté preparado, les enviaré un mensaje preliminar. —Dada la orden, se acomodó en el asiento para esperar a que se estableciera el vínculo con las autoridades síndicas de aquel sistema estelar.

El tiempo de espera se hacía cada vez más largo.

Finalmente, Desjani intervino. En el plano personal, no era muy afín a Rione, pero no ofrecerle la ayuda necesaria a un miembro del gobierno de la Alianza no sería lo más beneficioso para su nave.

—¿Hay algún problema? ¿Por qué no ha establecido un vínculo para la transmisión de la copresidenta?

—Capitana, la red síndica que hemos observado desde que entramos en este sistema estelar no parece funcionar correctamente. —El consultor de comunicaciones parecía desconcertado—. Sigue ahí, pero detectamos una actividad muy extraña.

—¿Una actividad muy extraña? —repitió Desjani instándolo a explicarse.

—Sí, capitana. Está teniendo lugar en este instante, así que es difícil de precisar. Es casi como si... —El desconcierto evidente del consultor iba en aumento—. Acabamos de recibir una transmisión dirigida a nosotros. Alguien que se hace llamar «Consejo de Gobierno de Heradao» nos ha enviado un mensaje desde el tercer planeta. Insisten en hablar con el capitán Geary.

Geary se tapó los ojos con una mano; en ese momento lo que menos le apetecía era discutir con los directores generales de los síndicos.

—Dígales que en este momento al capitán Geary no le interesa hablar. —El tercer planeta estaba algo más de dos horas luz y media. Las conversaciones que podían alargarse hasta cinco horas nunca fueron su pasatiempo favorito.

—Pero... señor, dicen que han establecido un nuevo Gobierno aquí y que quieren negociar el estado del sistema estelar con usted.

Geary bajó la mano y se dio media vuelta para mirar al consultor, pero Rione se le adelantó.

—¿Acaso no se han identificado como los comandantes síndicos del sistema estelar? —preguntó.

—No, señora copresidenta. El Consejo de Gobierno de Heradao. Esa es la información que muestra el identificador del mensaje.

—¿Siguen llegando transmisiones de las autoridades síndicas de Heradao?

—Esto... sí, señora. —El consultor movió la cabeza confundido—. El sistema acaba de recibir otro identificador de transmisión, esta vez del Planeta Libre de Heradao Cuatro, sean quienes sean. Capitana Desjani, la red síndica de mando y control de este sistema estelar parece estar deshilachándose. Nunca había visto nada parecido. Es como si...

Rione se había situado de pie junto al consultor para leer los mensajes y avisos del visualizador de comunicaciones.

—Como si alguien estuviera cogiendo todos los trozos que pudiese e intentara arrancarlos de la red de mando. —Se giró para mirar a Geary—. No es la primera vez que veo algo así. En este sistema estelar se está fraguando una guerra civil.

—¿Y dónde más lo ha visto? —preguntó Desjani, sorprendida por hablarle directamente a Rione.

—En Geradin, ubicado en el espacio de la Alianza —contestó Rione con calma—. Yo no estuve allí, pero el Senado de la Alianza recibió los registros y yo los estudié.

—¿Geradin? —dijo Geary—. ¿Dónde está eso?

—Es un sistema atrasado, con escasa población y muy aislado, sobre todo desde que se estableció la hipernet, aunque continuó enviando a sus mejores hombres al Ejército de la Alianza. —Rione hizo un gesto de desagrado—. Gracias a ello, algunos vieron el camino abierto para causar problemas. Un intento clandestino de golpe derivó en una lucha abierta y en el consiguiente colapso de la autoridad central. —Miró a Desjani—. Y no, nunca se ha oído hablar de esto. Por seguridad. De nada servía que la gente de la Alianza supiera lo que podría ocurrir en un lugar como Geradin.

—Están minando la autoridad —murmuró Geary mirando su visualizador—. ¿Detectamos alguna señal de lucha abierta entre los síndicos? —Como no obtenía respuesta, pulsó un mando—. Teniente Íger, hay indicios de que la autoridad central de este sistema estelar se halla en una situación de crisis o, directamente, en una contienda. Necesito con urgencia una valoración y un informe sobre lo que está ocurriendo en los distintos planetas.

—¡Sí, señor! Empezamos a trabajar en ello.

Geary miró la información disponible y dio las gracias al comprobar que se seguían recuperando cápsulas de escape de la Alianza. Alrededor de estas, unos enjambres mucho más numerosos de cápsulas síndicas se dirigían hacia el refugio más cercano. Se preguntó cómo se alinearían los supervivientes de la flotilla síndica dentro del sistema estelar. ¿Apoyarían a una autoridad central que podría estar desintegrándose? ¿A alguna facción rebelde, de las cuales habría por lo menos dos? ¿O formarían bases e intentarían eludir la rebelión hasta que los ejecutores síndicos llegaran con sus buques de guerra y bombardearan a los rebeldes para someterlos?

—No quedan muchos buques de guerra síndicos —dijo Geary para sí.

Desjani frunció el ceño y asintió cuando comprendió a qué se refería el capitán.

—No queda mucho que someter. Poco a poco hemos conseguido que, de la ventaja que nos llevaban los síndicos, solo quede un rastro de buques de guerra destruidos que llega a su sistema estelar nativo.

—Sí, y al parecer no somos los únicos que nos hemos dado cuenta de eso. — Geary pulsó otro mando—. ¿Teniente Íger! ¿Aún no tiene nada?

Se abrió una ventana con el rostro del oficial de Inteligencia. La expresión de Íger denotaba su perplejidad.

—Señor, la situación es caótica.

Geary aguardó un momento.

—Gracias, teniente. Nunca lo hubiera imaginado si no llega a ser por la colaboración de Inteligencia.

Íger se ruborizó.

—Lo siento, señor. Todavía no podemos proporcionarle información precisa porque no la hay. Todo parece estar viniéndose abajo, como si fuera una prenda de ropa a la que de pronto se le caen todas las costuras. Hay indicios de que el cuarto planeta ha visto aumentada su población durante las últimas décadas, ya que los disidentes disconformes con el Gobierno se trasladaron allí. No tenemos ni idea de quién tiene el poder ni en qué medida. Es posible que nadie lo sepa, incluidas las distintas partes que se disputan el control de las diversas regiones de este sistema estelar.

—¿Se está librando alguna contienda?

—Sí, señor. Hemos identificado explosiones, movimientos de vehículos, tráfico de señales y otros indicadores de conflictos en curso en el tercer y el cuarto planeta. Aún no podemos saber si la lucha se está intensificando. Además, como todo está a cubierto, resulta mucho más difícil determinar si está teniendo lugar algún enfrentamiento en las ciudades enterradas o en las instalaciones orbitales. —Íger guardó silencio y miró a un lado, le hizo un gesto de asentimiento a alguien y volvió a girarse hacia Geary—. Hemos detectado un altercado que afecta a una de las instalaciones orbitales síndicas cercanas al tercer mundo, lo que sugiere que también están luchando allí arriba.

Desjani, que había estado escuchando, se encogió de hombros.

—No es problema nuestro, señor. No somos un destacamento de ocupación que pueda aportar cientos de miles de tropas de tierra.

—Supongo que no —convino Geary, sin dejar de mirar a un Íger que agitaba la cabeza con nerviosismo—. ¿Sí, teniente?

—El campo de prisioneros de guerra, señor, el del tercer planeta.

Por un momento se había olvidado de él, distraído con el colapso de la autoridad

central síndica.

—S  que es nuestro problema.

 ger seguía leyendo actualizaciones al tiempo que iba informando a Geary.

—Hay indicios de luchas fuera del campo de prisioneros de guerra, pero no se est n registrando situaciones de violencia dentro del campo. Suponemos que los guardias se han hecho fuertes para protegerse.

— Est  intentando alguien asaltar el campo, teniente?

—No nos consta, señor. Aunque todavía es muy pronto.

— Qu  se sabe de la capacidad de bombardeo nuclear orbital? —preguntó Rione—. Los síndicos la tenían en otros sistemas para controlar mejor a la gente.

—No podemos asegurar si disponen de ella aquí, señora copresidenta —contestó  ger—. No se ha empleado.

—Entonces, tal vez carezcan de ella.

—Sí, señora. O quizá no tengan un objetivo adecuado, aunque también podría ser que hayan perdido temporalmente el control de las bombas nucleares debido a que la red de mando y control se est  deshaciendo; y también existe la posibilidad de que están esperando a que las distintas facciones rebeldes se hagan el daño suficiente unas a otras para que las autoridades síndicas intervengan y saquen el gran martillo.

Geary empezó a dar pequeños golpes con los dedos en el reposabrazos de su asiento mientras meditaba.

—Supongo que esta situación tardará en aclararse, pero no podemos perder más tiempo. Teniente  ger, es prioritario averiguar quién controla la zona del tercer planeta cercana al campo de prisioneros de guerra, y necesito información lo más detallada posible sobre la amenaza que presenta la superficie de la región, así como de todas las defensas orbitales y de tierra que esta flota tendría que vigilar o eliminar.

—S , señor. — ger se despidió con un saludo rápido antes de que su imagen se desvaneciera.

Geary pulsó otro mando y apareció la imagen de la coronel Carabali.

—Coronel,  est  familiarizada con la situación actual de este sistema estelar y, en concreto, con lo que sucede en el tercer planeta?

Carabali asintió.

—Por lo que he oído, podría producirse una tragedia de un momento a otro, señor.

—De acuerdo. Tenemos que rescatar a los prisioneros de guerra de la Alianza que hay en el campo de ese planeta. Intentaremos encontrar a alguien que negocie su liberación, pero es muy posible que sus marines tengan un arduo trabajo por delante.

—Para algo forman parte de la flota, señor, para encargarse de las tareas más duras. —Carabali saludó—. Trazar  un plan suponiendo que habrá fuerzas hostiles fuera del campo y que los guardias opondrán resistencia en el interior.

—Gracias. La flota despejar  el camino, aunque tengamos que abrir cráteres por

todo el planeta para llegar al campo.

Desjani suspiró.

—Acciones de tierra. ¡Uf! Lo cierto es que prefiero las batallas espaciales.

—Yo también, pero esta acción de tierra es algo que debemos hacer. —Miró el visualizador con gesto huraño—. Dividiremos la flota. Dejaremos aquí las fuerzas necesarias para defender las naves que estén en reparación y el resto viajará al tercer planeta. Señora copresidenta, le agradecería que inicie las negociaciones en cuanto Inteligencia identifique a alguien que pueda hablar con usted sobre el campo de prisioneros. Asegúrese de dejarles claro que intentar chantajearnos amenazando con torturar a nuestros hombres sería una muy mala idea.

—Haré cuanto esté en mi mano —contestó Rione—, suponiendo que encontremos a algún responsable. ¿Y si no apareciera ninguno?

—Los marines de la coronel Carabali llamarán a la puerta del campo, y, llegado ese momento, no me gustaría cruzarme en su camino.

Unas veinticuatro horas más tarde, mientras Geary revisaba los últimos informes de estado enviados por la flota, Rione fue a verlo a su camarote.

—Hemos conseguido establecer contacto directo con el campo de prisioneros del tercer planeta. Los guardias tienen miedo de nosotros y de los rebeldes apostados fuera del campo —informó la copresidenta—. Consideran que los prisioneros son su único recurso, por lo que quieren asegurarse de aprovecharlo al máximo. También temen a las autoridades sindicas.

—¿Aun con lo catastrófica que es la situación y con la flota síndica casi aniquilada? —preguntó Geary.

—Ellos no saben que la flota síndica ha sufrido tantas bajas, así que no tienen en cuenta ese factor. Capitán Geary, para ellos se trata de una ecuación muy simple: si se oponen a nosotros, pueden morir. Si no se resisten y los síndicos restablecen el control en este sistema estelar, podrían morir ellos y sus familias.

—De modo que lucharán.

—Eso es lo que dicen.

Geary miró el visualizador de su mesa.

—¿Cree que existe la posibilidad de que cambien de opinión? ¿Tal vez amenazándolos? ¿O prometiéndoles algo?

—He intentado ya las dos cosas. —Rione hizo una mueca de cansancio—. Por lo general, dedico mucho tiempo a leer entre líneas lo que dicen los síndicos, para intentar averiguar de qué hablan en realidad o qué trampas pueden esconderse detrás de su discurso. El lado positivo de esta situación es que tengo el convencimiento de que los guardias no pretenden engañarnos. Están siendo francos.

—Pero ¿hasta qué punto piensan enfrentarse a nosotros? —se preguntó Geary—. ¿Se conformarán con oponer una resistencia simbólica? ¿Lucharán a muerte hasta

que todo el planeta quede arrasado? ¿O tal vez su límite sea un punto intermedio?

Rione arrugó la frente, pensativa.

—El instinto me dice que la resistencia que ofrezcan no será simplemente simbólica. A los guardias les preocupa mucho lo que las autoridades síndicas piensen de sus acciones. Sin embargo, aunque formen un buen frente, no creo que tengan muchas ganas de morir.

—Un punto intermedio, entonces. Gracias. Dentro de una hora, la coronel Carabali me informará sobre el plan de asalto de los marines. Le agradecería que, antes, usted le comunicara su valoración, para que pueda considerarla y ajustar el plan si fuera necesario.

—Lamento no poder presentarle un panorama más favorable. —Señaló el visualizador—. ¿Alguna buena noticia?

—Sí. El comandante Lommand llamó desde la *Titánica* para avisar de que está seguro de que podrán realizar las reparaciones necesarias en la *Increíble* para acompañar a la flota. Por otro lado, los ingenieros que inspeccionaron la *Intagliata* encontraron muchos más daños estructurales de los que habíamos observado, de modo que también tendremos que barrenar ese crucero ligero.

—¿Los niveles de combustible siguen siendo críticos?

—Sí. Una vez que distribuyamos todas las células de combustible que transportan las naves auxiliares, y todas las que recogimos de las naves destruidas, la media de reservas de la flota será de un treinta y siete por ciento. Quemaremos una parte al decelerar para situarnos en la órbita del tercer planeta y otra para acelerar después de recoger a los prisioneros, de forma que la media podría bajar a poco más del treinta por ciento cuando nos marchemos de Heradao. Por suerte, en Padronis el consumo de células de combustible debería ser mínimo.

—¿Podemos viajar con las células de combustible a ese nivel? —preguntó Rione en voz baja.

Geary se encogió de hombros.

—Por la distancia no habría ningún inconveniente. Siempre y cuando no tengamos que librar más combates antes de llegar a Varandal.

—¿Y si fuera preciso que iniciásemos un combate?

—Entonces las cosas se pondrían muy feas.

Rione miró el visualizador.

—De nuevo, me veo en la obligación de exponerle las opciones que tendríamos si se diera el caso.

—Lo sé. —Se obligó a no enfurecerse—. Podríamos cargar unas naves y abandonar otras. Pero no pienso hacerlo. Necesitamos hasta la última nave. La Alianza necesita la ayuda de todas sus naves y de todos sus tripulantes.

—Capitán Geary, la Alianza necesita esta nave. Necesita la llave síndica

hipernética que transporta el *Intrépido*.

—Lo tengo muy presente, señora copresidenta. ¿Sabe? También podríamos ahorrar células de combustible si no auxiliáramos a los prisioneros de la Alianza retenidos en el tercer planeta.

Rione lo fulminó con una mirada tensa y severa.

—Supongo que me lo he buscado, pero usted sabe que ni siquiera yo sugeriría abandonar a esos hombres. Está bien, capitán Geary, haga lo que crea conveniente y recemos por que las estrellas del firmamento sigan velando por nosotros. Me pondré en contacto con la coronel de marines para transmitirle mis impresiones sobre la fuerza de guardias síndicos del campo de prisioneros, y le haré saber que estoy a su disposición si desea que intente seguir negociando con los guardias síndicos.

—Gracias, señora copresidenta.

Una hora más tarde, la presencia virtual de la coronel Carabali se proyectó en el camarote de Geary y señaló dos imágenes del campo de prisioneros del tercer planeta. Cada una de ellas incluía diversos símbolos que sugerían distintos modos de liberar a los presos. Vista desde arriba, la instalación síndica formaba un octógono casi perfecto, y todas las esquinas de sus ocho lados albergaban una gran torre de vigilancia, entre las cuales había varios puestos de guardia, más pequeños, que estaban unidos por una muralla alta y robusta de hormigón armado. El interior y el exterior de la muralla estaban bordeados por unas barreras triples de cable cortante, cuyas zonas intermedias tenían toda la pinta de estar sembradas de minas y, sin duda, vigiladas por multitud de sensores remotos. En el interior de la muralla, las hileras de edificios ocupaban la mayor parte del campo; muchas de ellas tenían etiquetas superpuestas en las imágenes, tal vez con el propósito de identificarlas, por ejemplo, como barracones de prisioneros, de guardias, hospital, oficinas y demás. El centro del campo estaba despejado; conformaba una amplia pista que servía tanto de zona de aterrizaje para los transbordadores síndicos como de plaza de armas.

Geary se imaginó cómo sería estar encerrado en ese lugar, sin la menor esperanza de liberación... hasta ese momento.

—Tenemos que realizar dos operaciones básicas —comenzó a explicar Carabali con su voz mecánica—, y las dos basadas en el hecho de que solo dispongo de algo menos de mil doscientos marines en toda la flota capacitados para combatir. No son suficientes para ocupar unas instalaciones de este tamaño y defender el perímetro al mismo tiempo, aunque al final los guardias del interior del campo no opusieran ninguna resistencia. Según la información proporcionada por la copresidenta Rione, entiendo que debemos suponer que los guardias presentarán batalla.

Carabali deslizó la mano y posó el dedo con precisión sobre una zona de la primera imagen del campo de prisioneros.

—Una opción es que concentremos a los marines y avancemos por el campo



ocupando un sector tras otro, evacuando a los prisioneros de guerra que encontremos en cada uno y avanzando al siguiente. Esto tiene la ventaja de mantener a los marines a una distancia a la que pueden apoyarse unos a otros, limitando su exposición a los ataques. El inconveniente reside en que será necesario pasar más tiempo en la superficie y, una vez que el enemigo se dé cuenta de lo que estamos haciendo, será muy posible que intenten o bien trasladar a los prisioneros a los sectores que todavía no hayamos ocupado o bien mezclarse entre ellos para tomarlos como rehenes. Yo no recomiendo elegir esta opción.

Se volvió hacia el siguiente mapa.

—La otra posibilidad consiste en desplegar a los marines a lo largo del perímetro del campo, junto con una tropa en el centro del mismo para asegurar la zona de aterrizaje principal. No contamos con marines suficientes para asegurar todo el perímetro del campo y todo el interior, pero podemos bloquear los mejores ángulos de aproximación del perímetro. Luego, los marines del perímetro podrían penetrar, barriendo los grupos de Resistentes que encontraran a su paso o rodeando los puntos críticos, y recoger a los prisioneros a medida que los fueran encontrando para concentrarlos en el centro del campo. Nosotros nos encargaríamos de subirlos desde allí lo antes posible. Esto tiene la ventaja de que al enemigo no le daría tiempo a concentrarse ni a capturar a un grupo de prisioneros; además, según pasase el tiempo, nuestras tropas se concentrarían y podrían responder mejor a los ataques. La desventaja es que las tropas, sobre todo al principio, se encontrarían muy dispersas y no podrían apoyarse unas a otras. Muchos de los lanzamientos iniciales serán también más arriesgados para los transbordadores, puesto que se hallarán disgregados por el perímetro.

Geary miró los mapas y a la coronel. Un siglo atrás, recibió instrucción sobre los métodos de los marines, pero su experiencia real en acciones de tierra se limitaba a lo que había visto desde que asumiera el mando de la flota. Aquella formación no incluía las operaciones de esta escala, aunque como comandante de la flota debía supervisar a los marines y tomar las decisiones finales sobre su actuación. Por suerte, conocía lo bastante bien a Carabali para confiar plenamente en su competencia.

—A pesar de ser más arriesgada, ¿usted recomienda la segunda opción?

—Sí, señor.

—¿Cuáles cree que serían las probabilidades de éxito si nos decantáramos por la primera?

Carabali miró el mapa con gesto grave.

—Si definimos el éxito como el rescate de todos los prisioneros, mi estimación es que la primera alternativa ofrece un máximo del cincuenta por ciento de éxito, porcentaje que podría reducirse drásticamente según la reacción de los síndicos. Se trata de un plan que nos situaría en una posición muy vulnerable frente a cualquier

respuesta que decidieran dar los síndicos.

—¿Y la segunda opción?

Carabali endureció el rostro de nuevo.

—Noventa por ciento de posibilidades de éxito.

—Pero esta alternativa aumenta el riesgo de que los marines sufran bajas y de que los transbordadores resulten dañados.

—Sí, señor. —Carabali lo miró inexpresiva—. La misión es rescatar a los prisioneros de guerra, señor.

No se podía resumir de una forma más clara. Geary volvió a observar los mapas. Para poder rescatar a los prisioneros, para llevar a cabo la misión, debía exponer a los marines a un riesgo mayor. Carabali lo sabía y Geary sospechaba que todos los marines también eran conscientes, en mayor o menor medida. Y todos ellos lo aceptaban, pues eso era lo que significaba ser marine.

—De acuerdo, coronel. Acepto su recomendación. Procederemos con el segundo plan. La flota aportará todo el apoyo armamentístico que pueda.

Carabali miró a Geary con una ligera sonrisa.

—Dentro del campo hay multitud de edificios permanentes. En un entorno urbano de este tipo, lo más habitual es que el enemigo y las fuerzas aliadas se encuentren a escasa distancia.

—¿Qué amplitud desea que tenga la zona de seguridad?

—Cien metros, señor, pero no hace falta escribirlo en piedra. Es posible que debamos solicitar apoyo armamentístico a las tropas aliadas a una distancia mucho menor.

—Muy bien, coronel. —Geary se puso en pie—. Puede proceder con la planificación detallada y la ejecución de la misión. Avíseme si no dispone al instante de cualquier cosa que necesite.

—Sí, señor. —Carabali se despidió con un saludo antes de que su imagen desapareciera.

Las imágenes de los mapas permanecieron proyectadas. Geary las miró, consciente de que su decisión podría significar la muerte para muchos de los marines que iba a enviar a ese planeta; y, al igual que Carabali, también sabía que, en realidad, no tenía otra alternativa posible.

—Los enfrentamientos parecen haberse extendido de forma considerable en el tercer y el cuarto planeta —informó el teniente Íger mientras la flota de la Alianza tomaba posiciones sobre el tercer planeta. Una fortaleza orbital que intentó atacar las naves de la Alianza que se iban aproximando fue triturada por una ráfaga de proyectiles de energía cinética y, desde entonces, nadie había vuelto a oponerse a su presencia.

Todos los cruceros pesados síndicos que quedaban en el sistema estelar habían

saltado ya, mientras que los cruceros ligeros y las naves de caza asesinas que aún permanecían allí se iban acercando a los puntos de salto que llevaban a otras estrellas. Ninguna se había acercado en ningún momento hasta la región del combate donde Geary había dejado las naves más dañadas, para que fuesen reparadas, junto con las naves auxiliares y una fuerte escolta.

—¿Sigue sin haber una facción que se haya hecho con el control en la superficie?

—No, señor —contestó Íger—. Se están realizando muchas peticiones, pero no observamos ninguna prueba en toda la superficie planetaria que las respalde.

—El cuerpo de guardias del campo ha dejado de responder a nuestras transmisiones —añadió Rione—. O no pueden o no quieren seguir negociando.

Geary miró el visualizador del campo, que mostraba diversas imágenes marcadas con distintos símbolos. Se habían detectado grupos de guardias síndicos en varias zonas, pero, en general, los guardias parecían haberse esfumado.

—¿Se han visto guardias abandonando el campo? —le preguntó Geary a Íger.

—No, señor. Siguen dentro, en alguna parte.

—¿Qué se sabe de los prisioneros?

—Parece que todos continúan en los barracones, posiblemente encerrados.

Rione miró el visualizador con desconfianza.

—Si van a luchar, ¿por qué los guardias no han tomado a los prisioneros como rehenes?

—Buena pregunta. —Aunque no le gustaba molestar a los subordinados cuando se estaban preparando para entrar en acción, Geary supuso que a Carabali le gustaría pronunciarse al respecto.

La coronel de marines asintió con la cabeza como si estuviera esperando la pregunta.

—Los guardias se están preparando para luchar. Señor, si compara el número estimado de prisioneros con el tamaño aproximado del cuerpo de guardias, verá que los primeros superan en número a los segundos. De la misma manera que nosotros no tenemos hombres suficientes para tomar todo el campo por la fuerza, ellos tampoco son suficientes para controlar a todos los prisioneros y enfrentarse a nosotros. Prefieren tener encerrados a los prisioneros. De esta manera, siempre los tendrán a mano para utilizarlos como rehenes, además de que es una forma de evitar que se muevan por el campo amenazándolos. Aun así, nuestro plan de asalto debería ser capaz de neutralizar cualquier intento que hagan, por desesperado que sea, de utilizar a los prisioneros.

—No lo entiendo, coronel. Visto así, parece como si los guardias síndicos supieran que no pueden ganar. Y, si no pueden enfrentarse a nosotros y controlar a todos los prisioneros al mismo tiempo, ¿por qué demonios no se rinden? —preguntó Geary.

—Puede que les hayan ordenado retener a los prisioneros y oponerse a cualquier intento de liberación, señor.

Lo que sospechaba Rione: resistirse con todas sus fuerzas, y tal vez morir intentando defender el campo de prisioneros, o entregarle sus hombres a la Alianza y morir sin posibilidad de salvación a manos de las autoridades síndicas.

—Parece que tendremos que tomar el camino difícil, coronel.

—Sí, señor. Solicito que la flota proceda al bombardeo del preasalto como se detalla en el plan de combate.

—Considérelo hecho. Buena suerte, coronel.

—No han pedido llevar a cabo un bombardeo exhaustivo —observó Desjani cuando hubo desaparecido la imagen de Carabali.

—Todavía no se han identificado muchos objetivos. —Geary señaló las imágenes que se proyectaban en tiempo real del campo, que quedaba muy por debajo del *Intrépido*, mientras el crucero de batalla y el resto de la flota de la Alianza orbitaban alrededor del tercer planeta de Heradao—. No podemos arrasar el campo directamente porque está lleno de prisioneros, y tampoco hemos identificado todos los edificios en los que están reclusos. La finalidad del bombardeo de preasalto es, sobre todo, eliminar los puestos defensivos fijos, intentar intimidar a los defensores y anular su respuesta al asalto. —Miró las líneas de tiempo que fluían a un lado del visualizador; había llegado el momento de lanzar los transbordadores de los marines y los de evacuación, así como de iniciar el bombardeo.

Los mazacotes metálicos aerodinámicos, conocidos oficialmente como proyectiles de bombardeo cinético, recordaban a las primeras armas utilizadas por el hombre. Pese a su contorno aerodinámico, su utilidad era la misma que la de una roca y, de hecho, en el argot de la flota los llamaban así. No obstante, al contrario que las piedras que se arrojaban con el brazo, los proyectiles de bombardeo cinético se lanzaban desde una órbita alejada del planeta, de tal manera que iban ganando más y más energía con cada metro que descendían, y los resultados del impacto eran tan devastadores como los que podía ocasionar una bomba de gran potencia. Las rocas, sencillas, baratas y letales, eran casi imposibles de detener una vez que se habían liberado.

—Lanzando transbordadores de marines —informó la consultora de operaciones.

Geary abrió en su visualizador una imagen de los lanzamientos y realzó la forma de los transbordadores para optimizar su visibilidad.

—Nunca había visto iniciar tantos lanzamientos al mismo tiempo —le dijo a Desjani.

—Señor, debería haber estado en Urda. Miles de transbordadores descendiendo a la vez. Un espectáculo impresionante. —La mirada de la capitana se ensombreció al recordarlo—. Entonces los síndicos abrieron fuego.

—¿Hubo muchas bajas?

—Fue una carnicería. —Forzó una sonrisa—. Hoy no ocurrirá lo mismo.

Geary se obligó a devolverle el gesto, aunque deseaba que la capitana no hubiera mencionado el episodio de Urda.

—Lanzando primer grupo de transbordadores de evacuación.

—Tenemos movimiento del enemigo en la superficie. Columna blindada avanzando hacia el campo de prisioneros.

El visualizador de Geary iluminó la fila de vehículos blindados que atravesaba la superficie en dirección al campo. Estiró el brazo y, tras meditarlo durante unos segundos, etiquetó la columna como objetivo; a continuación, solicitó al sistema de combate un plan de enfrentamiento y, un instante después de recibirlo, dio su aprobación tocando un pulsador. Acto seguido, una lluvia de rocas salió disparada de tres de los buques de guerra de la Alianza directa hacia la atmósfera del planeta. En total, el proceso llevó menos de diez segundos.

—Lanzando bombardeo de preasalto.

De los buques de guerra de la Alianza emergió un abanico de rocas, y cada uno de los proyectiles se dirigió a un punto específico del campo de prisioneros. Como los transbordadores descendían más despacio que las rocas, el bombardeo despejaría el espacio aéreo del campo antes de que aquellos lo alcanzasen.

—¡Bum! —murmuró Desjani cuando la columna de blindados desapareció bajo la nube de fragmentos y polvo que se levantó por el impacto de las bombas dirigidas.

—Tal vez así comprendan que oponerse a nosotros no es una buena idea —observó Geary.

—Yo no contaría con ello, señor.

—¡Tenemos baterías de haces de partículas abriendo fuego en cinco puntos de la superficie! —informó la consultora de operaciones—. Casi hacen blanco en la *Espléndida* y la Garita.

Geary miró su visualizador, etiquetó las baterías, recibió un plan de ataque e inició otro bombardeo.

—Menos mal que ya había ordenado que la flota realizara maniobras de evasión.

Las bombas de preasalto impactaron contra la superficie. Algunas no tenían otra finalidad que intentar suprimir las defensas ocultas, pero la mayoría alcanzó posiciones enemigas identificadas, de modo que no quedó ningún puesto de guardia ni ninguna torre de vigilancia; cráteres de escombros habían sustituido a las instalaciones de los guardias, y la muralla estaba abierta por distintas zonas.

—¿Cree que habría algún hombre dentro de los puestos de guardia? —preguntó Desjani.

—Lo dudo. La coronel Carabali supuso que planearían activar las armas de los puestos de guardia por control remoto si los dejábamos en pie, así que decidimos

derribarlos.

La consultora de operaciones volvió a informar de la situación.

—Los transbordadores de los marines se encuentran a dos minutos de la superficie.

Los emplazamientos de las cinco baterías de haces de partículas salieron volando entre nubes de escombros.

—Transbordadores en destino. Marines en la superficie. —Vista desde aquella altura, la operación parecía una hermosa coreografía, con los transbordadores cayendo en picado hacia los objetivos distribuidos por el perímetro y el centro del campo, los marines saltando desde los transbordadores, que permanecían en suspensión, y el fuego de las tropas enemigas dejando estelas brillantes con cada disparo que dirigían contra los marines o los vehículos en los que estos iban llegando. Al contrario que los transbordadores regulares de la flota, los de los marines contaban con sistemas de combate defensivos que lanzaban granadas y disparaban automáticamente hacia los puntos desde los que atacaban los síndicos. Cuando los marines saltaron a tierra y se desplegaron, abrieron su propia cortina de fuego y destruyeron cualquier puesto que pudiera albergar resistencia enemiga. Se formaron pequeños focos violentos alrededor de todo el perímetro del campo y en algunos lugares cercanos a la zona de aterrizaje del centro.

—No sabemos cuál es la ubicación de todos los prisioneros de guerra —protestó Rione—, pero ¡los marines están arrasando todo el campo!

Geary agitó la cabeza.

—Su armadura de combate refleja todas las ubicaciones conocidas de los prisioneros. Por lo demás, solo podemos confiar en que identifiquen a sus objetivos antes de dispararlos. —Activó el canal de los marines.

—El enemigo está atrincherado —avisaba un oficial de los marines—. Fuerte resistencia alrededor de la zona de aterrizaje.

—Esto no va a ser fácil —murmuró Desjani.

## Capítulo 5

—Artilería convencional de tierra disparando sobre el campo desde treinta kilómetros al este y veinte kilómetros al sur.

Geary etiquetó más objetivos y lanzó nuevas rocas contra ellos. Su visualizador principal flotaba a un lado, mostrando la situación de un amplio sector de la superficie planetaria y las posiciones orbitales que podrían suponer un peligro para la flota. Al otro lado tenía una vista superior del campo de prisioneros, sobre el que diversos símbolos se desplazaban de un lado a otro para reflejar el movimiento de las tropas aliadas y enemigas desplegadas en la superficie. Frente a él tenía una hilera de ventanas a través de las cuales podía abrir las vistas de las armaduras de combate de los marines. No debía consultarlas demasiado; tenía que evitar correr el riesgo de sumergirse en la acción de un punto concreto del campo de combate cuando se suponía que debía supervisar a toda la flota, pero, en ocasiones, aquellas imágenes en primera persona de los marines le servían para hacerse una idea precisa de cómo les estaban yendo las cosas.

En cualquier caso, en ese momento le costaba imaginarse cómo iba evolucionando la operación, la viera como la viese. En la vista general, algunos de los pelotones y compañías de marines avanzaban a un ritmo constante hacia el centro del campo, de tal forma que los símbolos de prisioneros liberados se multiplicaban rápidamente a su alrededor a medida que iban reventando las puertas de los barracones para rescatar a sus ocupantes. En otras zonas los marines se movían despacio, pues debían hacer frente al fuego de los guardias síndicos que permanecían atrincherados en los edificios de todos los flancos. Los transbordadores de evacuación se iban posando en el centro del campo a pesar de los disparos esporádicos que el enemigo dirigía contra ellos durante su descenso. En la zona de aterrizaje, los cada vez más numerosos prisioneros, confundidos, eran urgidos a embarcar en los primeros transbordadores. El canal de mando y control de los marines estaba saturado de informes y avisos.

—Transbordadores Víctor Uno y Víctor Siete dañados gravemente por fuego de tierra. Regresando a naves de la base.

—¡Edificio objetivo ubicado en cinco uno uno! ¡Ataquen!

—También están a la izquierda. Edificios menores girando hacia cero dos uno y cero dos tres.

—Minas. Estamos en medio de un campo. Dos marines caídos. A todas las unidades: ¡cuidado con las minas!

—¿No puede alguien hacer algo con la maldita artillería?

—La flota se encarga. Bombardeo en curso.

—Alumbrando un búnker. ¡Mandadle una ráfaga!

Desjani, que también estaba escuchando y observándolo todo, sacudió la cabeza.

—¿Vamos ganando?

—Eso creo. —Geary se giró cuando el consultor de sistemas de combate dio un aviso.

—Señor, estamos recibiendo múltiples solicitudes de bombardeo de los marines.

—Se supone que toda solicitud de bombardeo fuera de la zona de seguridad de los cien metros que ocupan nuestros marines se aprueba automáticamente —respondió Geary un tanto irritado.

—Sí, señor, pero podríamos responderles un poco más rápido si los sistemas automáticos administraran la totalidad de las peticiones, igual que cuando nos enfrentamos a otras naves.

Geary negó con la cabeza.

—Teniente, tal vez así rebajaríamos el tiempo de respuesta en algunos segundos, pero los marines solicitaron que todos los bombardeos fueran verificados por una persona antes de la aprobación final, para garantizar que se lancen sobre el lugar adecuado. No voy a desestimar la preferencia de los marines a este respecto. —El teniente no parecía estar del todo satisfecho, por lo que Geary decidió explicarse—. Cuando combatimos contra las naves síndicas, no nos queda otra opción que gestionar todo el proceso de selección de objetivos a través de los sistemas de control de disparo. Una persona nunca podría reaccionar con la suficiente antelación, dada la gran velocidad a la que se desplazan los objetivos. Pero ni los síndicos que están en la superficie ni nuestros marines se mueven siquiera a una fracción apreciable de la velocidad de la luz. Podemos permitirnos encargarle esta tarea a una persona. Si recibe algún informe sobre retrasos excesivos en la aprobación de las solicitudes de bombardeo, quiero saberlo. Le aseguro que los marines serán los primeros en avisarnos si no están conformes.

—Sí, señor. —Un tanto avergonzado, el teniente prosiguió con sus tareas.

—Es muy tolerante con los tenientes —observó Desjani sin apartar la vista de su visualizador.

—En su día, yo ocupé ese cargo. Y también usted. —Al igual que la capitana, Geary estaba muy concentrado en el desarrollo de la situación, pero agradecía los comentarios que aliviaban la tensión del momento. Sospechaba que Desjani captaba lo preocupado que estaba y, por ello, intentaba tranquilizarlo un poco.

—Yo no —negó Desjani—. Yo nací oficial al mando de un crucero de batalla.

—Eso debió de ser muy doloroso para su madre.

La capitana sonrió.

—Mi madre es fuerte, pero ni siquiera a ella le hubiera gustado tener un pasillo protocolario de soldados en la sala de partos. —En ese instante, su sonrisa se desvaneció, justo cuando una transmisión de alta prioridad llegaba desde la red de los



marines.

—¡La Tercera Compañía ha quedado atrapada!

Geary tocó varias ventanas hasta que eligió la del teniente al mando de esa unidad. La vista de su armadura de combate mostraba varias paredes agujereadas y semiderruidas que temblaban y saltaban en pedazos bajo el impacto del fuego enemigo.

—Puestos de armas pesadas y búnkeres ocultos —continuó el teniente—. Debemos de habernos metido en una especie de *Ciudadela*. Su potencia de fuego es muy superior a la nuestra y hemos sufrido numerosas bajas.

La voz de la coronel Carabali intervino.

—Teniente, ¿pueden retirarse hacia el centro del campo de forma escalonada?

—¡Negativo, coronel, negativo! —La vista que llegaba a través de la armadura del teniente sufrió una interferencia cuando algo explotó con tanta fuerza que lanzó por los aires a varios marines—. No podemos movernos sin que nos disparen. Solicito todo el apoyo armamentístico disponible de la flota. —Geary consultó los mapas tácticos que se desplegaron en la interfaz del teniente y observó que etiquetaba diversos grupos de objetivos, dispuestos alrededor de los símbolos de los aliados, que representaban las posiciones de los marines de la Tercera Compañía—. Solicito bombardeo de apoyo en las siguientes coordenadas. Todo el apoyo armamentístico, lo antes posible.

—Señor —avisó el consultor de sistemas de combate—, los marines nos envían una nueva solicitud de apoyo armamentístico, pero los objetivos se encuentran dentro del perímetro de seguridad.

—¿Cómo de dentro? —Leyó los datos y espiró prolongadamente al comprobar la distancia.

Mientras Geary realizaba la consulta, apareció la imagen de la coronel Carabali.

—Capitán Geary, mi Tercera Compañía necesita apoyo armamentístico, y lo necesita ya.

—Coronel, la mayoría de esos objetivos se encuentran a tan solo cincuenta metros de sus marines. Algunos, a veinticinco.

—Lo entiendo, capitán Geary. Ahí es donde está el enemigo.

—Coronel, estamos lanzando ráfagas a través de la atmósfera. ¡No puedo garantizarle que no alcancemos a esos marines!

—¡Lo sabemos, señor! —exclamó Carabali—. El teniente lo sabe. Y es lo que necesita. Es el oficial de mayor graduación del combate. Su petición es que los objetivos sean atacados pese al peligro que ello supone para sus hombres. Solicito la aprobación y la ejecución de la misión de bombardeo lo antes posible, señor.

Geary la miró a los ojos. Carabali también era consciente del peligro, pero aceptaba la valoración del comandante que estaba participando en el combate. Como

comandante de la flota, Geary no podía mirar para otro lado.

—Muy bien, coronel. La nave está de camino. —Se giró hacia Desjani—. ¿Cómo podríamos conseguir ahora mismo la máxima precisión en un bombardeo sobre superficie?

Desjani extendió las palmas de las manos.

—¿A través de la atmósfera y todos los desechos que hemos liberado? Situando la nave de bombardeo en la órbita más baja posible. Pero tenga en cuenta que, de esta manera, la nave quedará expuesta al fuego lanzado desde el planeta.

—De acuerdo. —Una rápida consulta al visualizador le mostró el candidato apropiado; un acorazado podría liberar la potencia de fuego necesaria y, además, tener muchas posibilidades de resistir al contraataque de tierra—. *Vengativo*, avance hacia la órbita más baja y, a continuación, ejecute la misión de apoyo armamentístico lo antes posible.

—*Vengativo* a la orden. En camino.

—Señor, hemos detectado varios aviones que avanzan hacia el campo de prisioneros. Presentan una configuración militar y utilizan potentes sistemas de sigilo.

—Neutralícenlos —ordenó Geary.

De la órbita brotó una batería de lanzas infernales que formaron redes de partículas de alta energía alrededor de los aviones síndicos. Dado el elevado número de buques de guerra de la Alianza que orbitaban alrededor del planeta y que podían disparar contra ellos, los aviones no tenían ninguna oportunidad. Aunque resultaba complicado ver dónde se encontraban, incluso una lanza infernal disparada con una trayectoria oblicua era suficiente para derribarlos, por lo que se liberaron múltiples lanzas infernales en la zona que ocupaban.

—Confirmada la destrucción de todos los aviones. *Vengativo* abriendo fuego.

En la vista del teniente que comandaba la Tercera Compañía, se vio que las paredes empezaron a estallar hacia dentro y el suelo se sacudía en una constante danza salvaje mientras el *Vengativo* arrojaba lanzas infernales y lanzaba pequeños proyectiles cinéticos contra sus objetivos. La vista que enviaba el teniente se iba nublando a medida que la destrucción continuaba, hasta que, a su alrededor, el aire se fue llenando de polvo y partículas cargadas y el canal de transmisión se cortó por completo.

—Hemos perdido la comunicación con la Tercera Compañía de marines —informó el consultor de comunicaciones—. El bombardeo y las lanzas infernales han saturado el aire y la señal no consigue entrar. Estamos intentando restablecer el contacto, pero el proceso podría demorarse varios minutos.

¿Quedará alguien con quien poder comunicarse? Apenas Geary se hubo formulado esta pregunta, otro consultor dio un nuevo aviso.

—Misiles enviados desde las instalaciones orbitales síndicas Alfa Sigma. Tres

misiles. Confirmada su carga de cabezas explosivas destinadas al bombardeo nuclear orbital. Trayectoria inicial hacia la zona del campo de prisioneros. Los sistemas de combate recomiendan vectorizar el crucero ligero Octava y los destructores Metralla y Kris para neutralizar los misiles, y lanzar cargas cinéticas desde la *Vindicta* para destruir las instalaciones de disparo.

—Aprobado. Ejecuten las órdenes. —Geary miró a Rione—. De manera que, en efecto, tenían bombas nucleares en órbita.

—Y puede que aún escondan más sorpresas —dijo la copresidenta.

—Se acercan más aviones hacia el campo de prisioneros. Confirmada su configuración militar.

—Neutralícenlos —ordenó Geary.

—Detectados lanzamientos de Misiles Balísticos de Medio Alcance desde la superficie. Trayectorias dirigidas al campo de prisioneros. Los sistemas de combate recomiendan neutralizarlos de inmediato con lanzas infernales y que la *Incansable* bombardee las instalaciones de lanzamiento de los MBMA.

—Adelante.

—La Sexta Compañía de marines informa del hallazgo de un campo de minas. Múltiples bajas. —En ese instante sonó una alarma—. El *Vengativo* ha sido alcanzado por una batería terrestre de haces de partículas. Está realizando maniobras de evasión y atacando la batería con munición de bombardeo. El *Vengativo* informa que la misión de apoyo armamentístico ha sido completada.

Seguía sin saberse nada de lo que le había ocurrido a la Tercera Compañía en su sector.

—Los MBMA y sus instalaciones de lanzamiento han sido destruidos. La Octava ha derribado dos de los misiles de bombardeo nuclear. La Metralla ha eliminado el tercero. El *Vengativo* informa de que la batería terrestre de haces de partículas ha sido neutralizada. El tiempo estimado para el impacto de las cargas cinéticas en las instalaciones de lanzamiento orbitales es de tres minutos.

La imagen de Carabali apareció de nuevo.

—Señor, hemos detectado dos convoyes terrestres que avanzan hacia el campo bajo la cubierta del polvo levantado por los bombardeos. —A su lado, se abrieron las imágenes de las escoltas—. Las unidades de reconocimiento que tenemos operando en la zona identificaron los uniformes y las armas de los dos convoyes antes de que una de las unidades cayera bajo el fuego terrestre.

—No hay problema, coronel. Nos encargaremos de esos convoyes. —Geary transmitió los datos a los sistemas de combate y, al instante apareció una sugerencia de plan de batalla. Pulsó con fuerza un mando para dar su aprobación y observó, justo después, la cortina de cargas cinéticas que se lanzaba desde varios buques de guerra de la Alianza con dirección descendente—. Menos mal que las cargas cinéticas son

baratas y abundantes —le dijo a Desjani. ¿Sería así como se sentían los antiguos dioses al enviar la muerte y la destrucción desde los cielos contra los hombres y cuanto estos habían levantado?

—Bombardeo impactando contra las instalaciones orbitales síndicas Alfa Sigma.

Geary vio un enjambre de cápsulas de escape que se alejaban de las instalaciones síndicas destruidas. Acto seguido, las rocas de la Alianza empezaron a caer y a hacer saltar por los aires grandes fragmentos de la base orbital síndica. Al cabo de unos segundos, desapareció por completo y fue reemplazada por una nube de escombros.

—Se ha restablecido la comunicación con la Tercera Compañía de marines.

Geary etiquetó la ventana y abrió una vista, plagada de interferencias, en la que se apreciaba que la destrucción había sido casi total. El teniente que informó parecía aturdido.

—El fuego enemigo ha cesado.

Carabali le dio una orden tajante.

—Retírense de inmediato por la línea uno cero cinco. Procedo a enviar fuerzas para que se unan a su Compañía.

—Coronel, los fallecidos...

—Regresaremos a por ellos. Ahora, ¡salgan de ahí con los heridos de inmediato!

—Entendido, coronel. En camino.

Los fallecidos. Los heridos. Geary consultó los mensajes de estado de la Tercera Compañía. Aterrizó con noventa y ocho marines. Sesenta y uno seguían vivos y, de estos, cuarenta habían sufrido heridas de mayor o menor gravedad.

Los bombardeos dirigidos contra los dos convoyes síndicos de tierra alcanzaron sus objetivos de manera que dos tramos del camino, junto con parte del terreno circundante, se elevaron hacia el cielo mientras todo lo que se encontraba dentro de la zona atacada era arrasado por los tremendos impactos de los proyectiles de la Alianza.

—Señor —informó Carabali—, tenemos indicios de que el enemigo planea perseguir a la Tercera Compañía durante su retirada.

—Gracias, coronel. Nos encargaremos de ello. —Geary le transmitió la zona objetivo al *Vengativo*. Después de haber comprobado las bajas de los marines, no tenía ninguna intención de mostrarse clemente con un enemigo que pretendía aniquilar a sus hombres—. *Vengativo*, arrasen el sector.

—*Vengativo* a la orden. Será un placer, señor.

Cuando el *Vengativo* iniciaba otro bombardeo sobre la superficie del planeta, Geary amplió por un momento el campo de visión de la ventana que tenía abierta. El terreno circundante del campo de prisioneros, así como sus límites, se había convertido en un infierno sembrado de cráteres y escombros. En otros sectores se apreciaban los agujeros que habían abierto las cargas cinéticas al eliminar las baterías

o instalaciones de lanzamiento situadas en la superficie; por todas partes, las montañas de escombros señalaban los puntos en los que las lanzas infernales de la Alianza, dirigidas contra los aviones síndicos, habían terminado demoliendo cuanto encontraron a su paso. Las llamas habían invadido las áreas de la ciudad más cercanas al campo de prisioneros, así como inmensas zonas de otras ciudades del planeta, y, mientras Geary observaba aquel escenario, una explosión descomunal envolvió parte de una de las ciudades más extensas.

—¿Se han hecho eso a sí mismos? —se preguntó.

—A propósito o por accidente —confirmó Desjani.

—Se acercan más aviones.

—Si se confirma que son militares, ataquen. Fuego a discreción contra todos los aviones militares que se dirijan hacia el campo de prisioneros.

—Sí, señor.

Rione miraba el visualizador con semblante desolado.

—Deberían haberse imaginado lo inútil que sería todo esto. Estamos contrarrestando todos sus ataques y arrasando la superficie.

—Si la red de mando y control sigue tan fragmentada como parece, ningún vehículo síndico, ya se encuentre en órbita o en la superficie, podrá obtener una imagen veraz de lo que está ocurriendo —señaló Geary—. Ni siquiera sabemos quién está al mando de esas unidades. Algunas podrían estar operando de manera independiente, sujetas a un reglamento que ordene combatir contra cualquier fuerza que ataque el planeta.

Miró la ventana del teniente que encabezaba la Tercera Compañía. La armadura de combate mostraba una disminución gradual de la destrucción a medida que los marines se iban alejando de la zona arrasada por el *Vengativo*. De repente, mientras Geary estaba observando la escena, la imagen se fundió repentinamente y fue reemplazada por otra de la misma ubicación, pero tomada desde otro ángulo.

—El teniente Tillyer ha caído —dijo alguien. La ventana indicaba que ahora hablaba el sargento Paratnam. Uno de los edificios situados en un flanco se derrumbó cuando los marines abrieron fuego contra él—. Tenemos al francotirador.

—Entendido —contestó Carabali—. Los sitúo a ciento cincuenta metros de un grupo de refuerzo formado por efectivos de la Quinta Compañía. ¿Los ven en su interfaz?

—Sí, coronel. Los tenemos —confirmó Paratnam con gran alivio—. Avanzamos al encuentro.

Geary pulsó un mando para consultar la información sobre la salud de los marines de la Tercera Compañía. Todos los parámetros del teniente Tillyer estaban a cero.

—Ciento cincuenta metros —murmuró.

—¿Señor? —preguntó Desjani.

—Tiene gracia, ¿verdad? En un combate espacial ciento cincuenta metros es una distancia demasiado pequeña como para preocuparse por ella. A una décima de la velocidad de la luz esa distancia se recorre en una despreciable fracción de segundo. No tiene la menor relevancia, excepto a la hora de apuntar hacia un objetivo; en ese caso, esos metros deciden si el disparo hace blanco o no. Y, sin embargo, para un marine enviado a una superficie planetaria, esa distancia podría significar la muerte. Se arriesga a que descarguemos nuestro fuego sobre su posición, dirige su unidad para ponerla a salvo y, cuando tan solo quedan unos pasos para dejar atrás el peligro, muere.

Desjani apartó la vista un momento.

—Las mismísimas estrellas deciden nuestro destino. A menudo parece una cuestión de azar, pero siempre existe un propósito.

—¿De verdad lo cree?

La capitana lo miró a los ojos y, por un instante, Geary tuvo la impresión de ver en ellos el reflejo de todos los hombres que Desjani había visto morir durante aquella guerra; todos los amigos y familiares que había perdido.

—Si no lo hiciera —dijo con un hilo de voz—, no podría seguir adelante.

—Lo entiendo. —No era la primera vez que recordaba que estaba rodeado de gente que había crecido en tiempos de guerra. Al igual que los padres de todos ellos. No podía ni imaginarse el dolor que les provocaba ver que el número de bajas se incrementaba a diario, sin expectativas de que algún día llegase a su límite.

—No siempre lo hizo. —Desjani le sonrió con tristeza—. Hace tiempo ni siquiera sabía cómo comportarse ante las pequeñas derrotas. Ahora las sobrelleva y continúa hacia adelante. Entonces, yo me entristecía al ver su reacción cuando perdía una sola nave, y deseaba no haber nacido en un tiempo que no dejaba lugar para la inocencia.

—Ya no recuerdo la última vez que me llamaron inocente. Supongo que en mis tiempos de alférez. —Geary respiró hondo—. Terminemos con este combate y asegurémonos de perder el menor número posible de hombres.

Los consultores y los sistemas automáticos de combate lo avisarían de cualquier cosa que necesitase saber, pero, aun así, Geary revisó por última vez la vista general del escenario de combate antes de volver a centrarse en lo que ocurría en el campo de prisioneros.

En la imagen superior del recinto se apreciaba una aglomeración de figuras humanas apiñadas en las cercanías del amplio centro abierto. En el centro se hallaba la zona de aterrizaje, despejada, donde los transbordadores de la Alianza se posaban y desde donde se elevaban en lo que parecía un tranquilo baile coreografiado. Geary desplegó una pantalla para obtener la vista de uno de los marines encargados de la evacuación, y se encontró con un escenario aparentemente caótico donde el cielo estaba nublado por los efectos secundarios de los bombardeos y las lanzas infernales

de la Alianza, la gente corría de un lado para otro y los transbordadores descendían aprisa, recogían a los prisioneros liberados hasta que se llenaban y, acto seguido, volvían a ascender. Tardó un momento en apreciar el orden que regía aquella actividad tan frenética.

Los oficiales que se encontraban entre los prisioneros parecían mantener divididos al resto de presos en grupos, hasta que los llamaban para enviarlos a algún transbordador. Por su parte, los marines distribuían y guiaban a los prisioneros, desorientados, mientras ordenaban a gritos que se mantuviese la disciplina. Geary vio a un lado la armadura de combate con el identificador de la coronel Carabali, junto a un transbordador de los marines, y a dos marines que montaban guardia cerca de ella en tanto la coronel se concentraba en el movimiento de sus unidades.

—Me pregunto —comentó Desjani— si esos exprisioneros saben que los están rescatando o piensan que se ha desatado el Apocalipsis.

—Tal vez las dos cosas. Coronel Carabali, cuando sea posible, me gustaría que me informase sobre la operación.

La imagen de la coronel se abrió al instante.

—Es mejor de lo que esperábamos, señor. Casi todas las unidades han tenido bajas mientras nos retirábamos al centro del campo, pero solo la Tercera Compañía ha sufrido daños graves. Al parecer, terminaron en una zona en la que los guardias síndicos habían montado sus últimas defensas. La evacuación de los prisioneros liberados se está llevando a cabo sin nuevos contratiempos. Estimo que tardaremos unos cuarenta minutos en sacar a los últimos prisioneros y, después, necesitaremos otros veinte más hasta que se eleve el último transbordador de los marines.

—Gracias, coronel. Procuraremos mantener a los síndicos a raya hasta entonces.

Carabali hizo un gesto de sorpresa y, aunque en un principio Geary pensó que era la respuesta de la coronel a lo que él acababa de decirle, enseguida vio que se debía a algo que le habían comunicado en ese mismo instante por otro canal.

—Señor, unos guardias y sus familias proponen su rendición a cambio de que los saquemos de aquí y les proporcionemos un pasaje seguro.

—¿Familias? —Geary notó que el estómago se le daba la vuelta al pensar en las bombas que habían arrojado sobre el campo.

—Así es, señor. Nosotros tampoco habíamos avistado a ninguna. Un momento, señor. —Carabali se giró hacia unos prisioneros que pasaban cerca de ella e intercambió unas palabras apresuradas con ellos antes de reactivar la conexión con Geary—. Los exprisioneros dicen que las familias vivían fuera del campo. Los guardias debieron de introducirlas para ponerlas a salvo cuando empezaron los combates en el planeta.

—¿Y después se lanzaron a la batalla? —bramó Geary sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Sí, señor. Según los hombres que estuvieron prisioneros aquí, en el subsuelo del sector norte del campo hay amplias zonas de almacenamiento, y creen que los guardias las mantenían a salvo allí.

Geary revisó rápidamente el visualizador del campo y comprobó que las áreas del norte apenas habían sufrido las consecuencias del enfrentamiento.

—Gracias a las estrellas del firmamento que tuvieron la lucidez suficiente para tomar esa decisión en lugar de ponerse a luchar contra nuestros marines en ese sector. ¿A qué se refieren con «un pasaje seguro»? ¿Adónde quieren ir?

—Un momento, señor. —Carabali le trasladó la pregunta a otra persona y esperó a que alguien se la formulara a los síndicos y a que le llegase la respuesta—. Desean salir del planeta, señor.

—Imposible.

—Dicen que quedarse aquí sería firmar su sentencia de muerte. Los rebeldes de la ciudad les exigieron que les entregaran a los prisioneros de la Alianza, pero los guardias se negaron a obedecerlos si no era por orden oficial. Los guardias afirman que mantuvieron a raya a los rebeldes hasta que llegamos nosotros, pero ahora que el campo está arrasado y se han producido tantas bajas a consecuencia de la batalla, no tendrán ninguna posibilidad una vez que nos marchemos.

—Maldita sea. —Geary se giró para poner al tanto a Rione y Desjani—. ¿Alguna sugerencia?

—Si no se hubieran enfrentado a nosotros —apuntó Desjani un tanto enfurecida—, podrían defenderse cuando nos marcháramos. Además, no podemos sacarlos del planeta; ninguna de nuestras naves tiene capacidad para alojar tantos prisioneros. Y, en cualquier caso, no les debemos ningún favor por haber intentado triturar a nuestros marines. Esta tumba se la han cavado ellos solos.

La copresidenta no se alegraba de la situación, pero coincidió con la capitana.

—Capitán Geary, dadas las circunstancias, no creo que haya manera alguna de ayudarlos.

—Sí, pero mientras la lucha continúe, seguiremos perdiendo hombres. —Geary se sentó y observó el visualizador durante unos instantes, sopesando las posibles opciones. Una le pareció especialmente sensata y decidió centrarse en ella, así que volvió a llamar a Carabali—. Coronel, esto es lo que les ofrecerá: ellos dejarán de resistirse y nosotros no seguiremos matándolos. Una vez que hayamos sacado a nuestros hombres, bombardearemos todos los accesos desde la ciudad cuando los guardias supervivientes y sus familias se hayan retirado en la dirección opuesta. Si alguien intentara atacarlos mientras aún los tenemos al alcance, les daremos la protección necesaria. Es el mejor trato que pueden hacer.

—Sí, señor. Se lo comunicaré y veré cuál es su respuesta.

Cinco minutos más tarde, cuando otra escuadrilla de aviones síndicos fue



derribada en pleno vuelo y dos bombardeos de la Alianza hacían saltar por los aires otra batería terrestre de haces de partículas y otro puesto de lanzamiento de misiles listo para disparar, Carabali reabrió el canal.

—Están de acuerdo, señor. Dicen que están avisando a todos los guardias para que dejen de resistirse y se marchen con sus familias hacia el sector este del campo. Piden que no los atacemos.

—De acuerdo, coronel, a menos que empiecen a dispararnos de nuevo.

—Les diré que cesen el fuego, pero enviaremos una tropa para vigilarlos, señor.

Durante los minutos que siguieron, los movimientos de los marines que se aproximaban al centro del campo empezaron a cambiar; unos aligeraron la marcha para llegar antes al centro, mientras que otros se desviaron para formar una línea defensiva entre el centro y los símbolos de los enemigos, que empezaron a aparecer cuando los guardias salieron al descubierto para retirarse al este. Geary aumentó la vista y, entre el polvo que saturaba el aire, divisó unas huellas infrarrojas que indicaban que estaban apareciendo más personas para unirse a la retirada. Al cambiar de vista nuevamente, se desplegaron varias ventanas que mostraban lo que estaban viendo los marines encargados de vigilar la salida de los síndicos. Los blancos sugeridos danzaban en las interfaces de los marines mientras estos observaban cómo los guardias síndicos, que llevaban armaduras de combate ligeras, guiaban a los civiles, que no contaban con ningún tipo de protección, a través de las calles del campo. Los marines tenían las armas en ristre, pero los síndicos respetaron su palabra y actuaron con premura, de modo que no tuvieron que abrir fuego.

Geary detuvo su recorrido por las vistas de los marines al oír la voz crepitante de un sargento.

—Ni se le ocurra, Cintora.

—Solo practicaba mi puntería —protestó Cintora.

—Si aprieta el gatillo, aténgase a las consecuencias.

—Mi sargento, lo destrozaron todo en Tulira y Patal...

—Baje el arma, ¡ahora!

Geary esperó un poco más, pero Cintora parecía haber comprendido que su acción no iba a quedar impune, así que decidió guardar silencio. Si el sargento no hubiese estado atento, o si odiara a los síndicos tanto como su subordinada, no era difícil imaginar qué habría ocurrido.

Un nuevo mensaje urgente llevó a Geary a centrarse de nuevo en la vista general.

—Las unidades de reconocimiento han detectado un tercer convoy de tierra con rumbo al campo desde el noroeste, así como lo que parece un grupo de intrusos que avanzan a pie desde el suroeste —informó la coronel Carabali—. Solicito que la flota abra fuego sobre estos dos objetivos.

Geary se tomó un momento para consultar la solución de ataque propuesta por los

sistemas de combate. A continuación, pulsó un mando para dar su aprobación y vio como una cortina de proyectiles cinéticos caía sobre la superficie.

—Señor, el Consejo de Gobierno de Heradao Libre solicita un alto el fuego.

—¿Heradao Libre? Pero ¿no se llamaban Consejo de Gobierno de Heradao?

—Esto... sí, señor. Lllaman por el mismo circuito que la última vez, y utilizan el mismo identificador de transmisión.

Geary miró a Rione.

—¿Alguna sugerencia de a qué puede deberse este cambio de nombre?

La copresidenta parecía frustrada.

—Es probable que no tenga ninguna relevancia. Podrían haberse unido a otro grupo de rebeldes y haber añadido «Libre» tras una deliberación; o quizá, simplemente, decidieron que «Libre» sonaba mejor; o tal vez hayan cambiado de dirigentes. Aunque podría deberse a otros motivos. En cualquier caso, no creo que el cambio de nombre deba preocuparnos mucho.

—Sin embargo, usted ha hablado con ellos. ¿Merecería la pena reabrir el diálogo?

—No.

Desjani enarcó las cejas, sorprendida.

—Una política que contesta con brevedad y concisión —murmuró no muy bajo para que Rione la oyera—. Las estrellas del firmamento han obrado el milagro.

—Gracias, capitana Desjani —dijo Geary—. Señora copresidenta, por favor, comuníqueme al Consejo de Gobierno de Heradao Libre que neutralizaremos cualquier ataque dirigido contra nuestras naves o nuestro personal de tierra, y que eliminaremos a las tropas que avancen hacia el campo de prisioneros. Si cejan en su intento de asaltarnos, no abriremos fuego sobre ellos.

—Señor, tenemos otro problema. —La coronel Carabali parecía contrariada, indicativo de que se trataba de un contratiempo serio—. Las tropas de cortina del sector oeste del campo están detectando señales de que diversas tropas enemigas, altamente adiestradas y preparadas con equipos de sigilo máximo, están intentando cruzar las líneas de mis marines. Las detecciones son inestables y pequeñas, pero lo más probable es que nos estemos enfrentando a un pelotón de comandos de las Fuerzas Especiales Síndicas.

—¿De qué tipo de amenaza se trata? ¿Son solo exploradores? —preguntó Geary.

—El perfil de su misión, así como diversas señales recogidas por nuestros equipos, indican que es muy posible que vayan armados con munutranho, señor.

—¿Munutranho? —A Geary le pareció el nombre de alguna criatura extraña propia de un cuento de hadas.

—Munición nuclear transportable por el hombre —explicó Carabali.

Normal que la coronel estuviera preocupada. Geary consultó la línea de tiempo.

—Coronel, parece que no falta mucho para que pueda abandonar la zona. Aunque

los comandos síndicos consigan colocar esas cosas, todavía tendrán que programar los temporizadores de forma que les dé tiempo a alejarse del área de la explosión. ¿Por qué no podemos salir de ahí antes de que los temporizadores activen las bombas?

Carabali sacudió la cabeza.

—Señor, he recibido formación sobre la munutranho de la Alianza, y todos los miembros de mi grupo, incluidos los instructores, consideraban que los temporizadores eran falsos. Al final, llegamos a la conclusión de que los blancos en los que merece la pena colocar una bomba son demasiado valiosos como para arriesgarse a un ataque frustrado, e incluso a que el enemigo pueda robar la bomba durante el tiempo necesario para que el atacante se aleje después de colocarla.

Geary la miró.

—¿Está diciendo que cree que la bomba explotará nada más colocarla?

—En efecto, o muy poco después, señor. Creo que encajaría con la lógica de los síndicos, señor. Así pues, podemos suponer que la munutranho estallará justo después de ser fijada y activada.

Este factor echaba por tierra la programación de Geary.

—¿Alguna recomendación, coronel?

—He desviado en su viaje de regreso a dos de los transbordadores, durante el tiempo necesario, para recoger dos onagros persas. De este modo...

—¿Onagros persas, coronel?

A Carabali le extrañó que Geary no los conociera.

—Simuladores de grupos de personal Marca Veinticuatro.

—¿Que hacen qué?

—Sirven para... simular grupos numerosos de personal. Un onagro persa utiliza diversos tipos de medidas activas para crear la ilusión de que hay muchas personas presentes: los batidores sísmicos generan vibraciones en el suelo similares a las de un grupo de hombres que caminan de aquí para allá; los parásitos infrarrojos originan huellas caloríficas en la zona; otros parásitos producen sonidos audibles; los transmisores elaboran un cierto nivel de tráfico de mensajes y una actividad sensorial continua que simula la de una tropa militar emplazada en la zona, entre otras señales. Para alguien que utilice sensores remotos no visuales, los onagros logran que parezca que hay mucha gente en una zona determinada.

Geary entendió, por fin, lo que pretendía.

—¿Pretende engañar a los comandos síndicos haciéndoles pensar que sus objetivos todavía están presentes hasta que sea demasiado tarde para impedir la evacuación real?

—Sí, señor —afirmó Carabali—. Pero debo mantener apostada una tropa de cortina, y, cuando todo el mundo haya subido, los comandos se encontrarán cerca.

Podemos ralentizarlos, pero no lograremos detenerlos. —En el visualizador de Geary se abrió una imagen que mostraba la pantalla táctica de la coronel—. Situaré los onagros aquí y aquí, de forma que no entren en el campo de visión de los comandos síndicos. Necesitaré situar pelotones de marines aquí, aquí y aquí. —Se iluminaron una serie de arcos básicos e inclinados compuestos por varios símbolos de los marines—. En el momento en que se eleve el último transbordador de evacuación, otros tres transbordadores se posarán en estas ubicaciones a lo largo del límite de la zona de aterrizaje más cercano a mis hombres. Acto seguido, los tres últimos pelotones correrán como condenados hacia los transbordadores y saldrán de ahí. Los onagros estarán programados para autodestruirse justo después.

Geary estudió el plan y asintió.

—¿Tendrán tiempo de alejarse los últimos transbordadores si los síndicos descubren lo que está ocurriendo y activan las bombas en el acto?

—No lo sé, señor. Puede que no, pero no se me ocurre un plan mejor.

—Un momento, coronel. —Se giró hacia Desjani y le explicó la situación—. ¿Qué opina? ¿Hay algo más que podamos hacer contra un enemigo que pretende abortar mediante bombas nucleares y desde tan cerca la evacuación de emergencia de nuestros hombres?

Desjani inclinó la cabeza con aire meditabundo y, tras mucho pensarlo, lo miró.

—Tal vez podamos intentar una cosa. Yo entonces era una simple oficial subalterna, pero, por lo que recuerdo, funcionó en el sistema estelar Calais. La situación era muy parecida a esta; el enemigo les pisaba los talones a los últimos transbordadores en salir.

—¿Qué hicieron?

Desjani esbozó una sonrisa apagada.

—Lanzamos un bombardeo de saturación programado para cruzarse con los transbordadores de evacuación, de modo que las bombas impactaran contra la superficie una vez que aquellos se hubieran alejado lo suficiente de la zona de peligro.

—Es una broma. ¿Arrojar todas esas rocas por el mismo espacio aéreo planetario por el que ascienden los transbordadores? ¿Y qué les pareció el plan a los pilotos de los transbordadores?

—Creyeron que sería una masacre. A los evacuados tampoco les entusiasmaba la idea. Pero podemos hacer lo que hicimos entonces: descargar en los pilotos automáticos de los transbordadores el patrón de bombardeo y las trayectorias previstas de cada proyectil. En teoría, los pilotos automáticos pueden trazar una ruta entre las rocas y ganar la altura suficiente antes de que los proyectiles impacten contra la superficie y la hagan saltar por los aires.

Geary consideró la idea. No le atraía. Pero...

—¿Dice que en Calais funcionó?

—Sí, señor. *En general, dio buen resultado.* Es cierto que no todas las rocas que atraviesan la atmósfera siguen la trayectoria prevista, pero, en Calais, los transbordadores que debían abrirse paso entre la lluvia de proyectiles eran muchos más que aquí.

En general, dio buen resultado. Geary llamó de nuevo a Carabali.

—Coronel, tenemos un plan para apoyar el último ascenso. —Le expuso la estrategia sugerida por Desjani—. Usted decide si la ponemos en práctica.

Al parecer, había conseguido sorprender a Carabali, si es que su gesto era de asombro y no de espanto. Sin embargo, la coronel exhaló y asintió.

—Si no lo intentamos, señor, lo más probable es que perdamos las tres naves y a todos los marines que las ocupen. Al menos, esta alternativa aumenta las posibilidades de que se salven. Informaré a los pilotos de los tres últimos transbordadores de lo que va a ocurrir.

—Avíseme si alguno de ellos no quiere asumir el riesgo para que pueda buscar otro piloto entre la flota.

Carabali agravó el gesto ligeramente.

—Ya se han ofrecido, señor. Los tres pilotos son marines. Por favor, hágame saber los detalles del bombardeo en cuanto disponga de ellos, señor.

—Lo haré. —Geary cortó la conexión con Carabali, se reclinó hacia atrás y respiró hondo—. Bien, escúchenme todos: vamos a poner en práctica el plan de la capitana Desjani. Debemos sincronizar el bombardeo con toda la precisión posible si queremos que esos tres transbordadores se salven.

—No es exactamente mi plan —murmuró Desjani, y, acto seguido, se puso a trabajar—. Teniente Julesa, teniente Yuon, alférez Kaqui, apliquen al plan de evacuación de los marines las últimas correcciones de la coronel Carabali y ejecuten un plan de bombardeo mediante los sistemas de combate. Necesitamos algo que sature la zona de la que salgan los transbordadores de forma coordinada con la línea de tiempo de los marines, a fin de que las bombas impacten a los cinco segundos de que los transbordadores hayan salido de la zona de peligro.

—Capitana —preguntó el teniente Yuon—, ¿y si los transbordadores tienen algún problema o sufren un retraso?

—No puede haber retrasos. Las tres naves tienen que despegar en el instante programado; de lo contrario, los marines morirán a manos de los síndicos. Necesito el patrón de bombardeo para ayer.

Los consultores se pusieron a trabajar de inmediato mientras Geary observaba su visualizador. En la parte centrada en el combate de tierra, podía ver que los símbolos de los enemigos aparecían y desaparecían de repente, a medida que los sensores de los marines iban captando los rastros de los comandos síndicos. Los marines

disparaban cada vez que detectaban a un enemigo, aunque, al parecer, resultaba complicado alcanzar los blancos, que se movían por un entorno repleto de lugares en los que esconderse. Según los comandos síndicos se acercaban a la zona de aterrizaje, los marines, poco a poco, se iban replegando para mantener una pantalla entre los síndicos y el centro del campo.

En la zona de evacuación, los últimos prisioneros liberados iban montando en los transbordadores y Carabali llamaba a los otros marines. En el visualizador se apreciaban los dos onagros persas, que no dejaban de producir señales propias de grandes grupos de personas todavía cercanas a la zona de aterrizaje.

Eran muchas las cosas que tendrían que salir bien. Geary odiaba que el éxito de una operación dependiera de tantos factores.

—Es extraño, ¿verdad? —observó Desjani—. Está ocurriendo lo mismo que en Corvus: nos enfrentamos a los comandos de las Fuerzas Especiales Síndicas en una misión suicida.

—Supongo que esto es parecido —admitió Geary.

—A los de Corvus no los mató. —Lo miró con expresión interrogante—. Pero a estos los vamos a triturar.

—Exacto. En Corvus quería dejar claro lo inútil que era el esfuerzo de los comandos, para que no se convirtieran en mártires. —Señaló el visualizador con la mano—. Aquí morirán como mártires, pero no alcanzarán su objetivo. Nosotros, en cambio, sí cumpliremos nuestra misión, por muchos obstáculos que nos pongan, por lo que su muerte no significará nada. En cualquier caso, la única manera de detener a esos comandos es haciéndolos saltar por los aires.

—¡Capitana! —llamó el teniente Julesa—. El plan de bombardeo está listo.

Envíenoslo a mí y al capitán Geary.

Geary estudió el resultado, obligándose a ignorar las dudas que le surgían al ver las trayectorias de más de cien proyectiles de bombardeo cinético que se entrecruzaban con los tres transbordadores, y observó que las bombas hacían blanco apenas los transbordadores abandonaban la zona de riesgo.

—Bien, capitana Desjani, esperemos que su plan funcione.

—Llámelo mi plan si funciona —objetó Desjani.

Geary pulsó los mandos necesarios para enviarle el plan a la coronel Carabali; esta, a su vez, se lo pasó a sus transbordadores y lo transmitió como orden prioritaria; las naves debían hallarse en la posición correcta en el preciso momento en que se iniciara el bombardeo. Momentos más tarde, el acorazado *Incansable* entró por el canal.

—Señor, ¿este plan es correcto?

—Es correcto. Necesitamos ejecutarlo a la perfección.

—Es una forma amable de decirlo, señor. ¿Los marines están de acuerdo?

—Están de acuerdo.

—Muy bien, señor. Dirigiremos las rocas hacia los puntos establecidos y nos aseguraremos de que impacten en el momento adecuado.

—Gracias, *Represalia*. ¿Algún problema por su parte?

El oficial al mando de la *Represalia* tardó unos diez segundos en responder.

—No, señor. En este momento estamos cargando las maniobras e introduciendo los comandos en los sistemas de la *Represalia*. Cumpliremos con nuestra parte.

Geary miró el visualizador con aire sombrío. La coronel Carabali estaba montando en uno de los últimos transbordadores de la zona de aterrizaje del campo de prisioneros junto con los marines que quedaban en el recinto. Los tres pelotones que mantenían a raya a los comandos síndicos seguían replegándose e intentando ralentizar su avance hacia la zona de aterrizaje. Las detecciones momentáneas de los comandos indicaban que se estaban aproximando demasiado a la zona de aterrizaje.

—Aquí vienen los tres últimos transbordadores —comentó Desjani.

La consultora de operaciones intervino en ese momento.

—Últimos transbordadores de evacuación aterrizando en cinco, cuatro, tres, dos uno. Posados.

Los marines de los tres últimos pelotones salieron disparados hacia las naves. Geary se preguntó cuánto tardarían los comandos síndicos en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—El *Incansable* y la *Represalia* están iniciando el bombardeo de cobertura —informó el consultor de sistemas de combate.

Geary se sentó y observó cómo las rocas se precipitaban hacia el área donde estaban posados los tres transbordadores, al tiempo que los marines alcanzaban las naves y se abalanzaban a su interior. A un lado del visualizador, dos líneas de tiempo se aproximaban a su final: una indicaba el momento en que los transbordadores despegarían y, la otra, el instante en que las bombas impactarían contra la superficie. Los dos grupos de números corrían demasiado parejos como para que Geary no se intranquilizara.

En el puente del *Intrépido* nunca había reinado un silencio tan profundo; la tensión de la atmósfera mantenía mudos a los tripulantes, que esperaban para ver el desenlace de aquella apuesta a vida o muerte.

—Los transbordadores tienen que despegar dentro de los próximos diez segundos —informó Desjani.

—Sí. Ya lo veo. —Geary podía ver también el último grupo de marines que corrían a toda velocidad hacia su nave.

—El transbordador Uno ha despegado y se eleva a máxima velocidad —informó la consultora de operaciones—. El enemigo dispara contra las naves desde la superficie. Los comandos síndicos están saliendo al descubierto para atacar los

últimos transbordadores. Sus sistemas defensivos están contraatacando y adoptando medidas de protección. El transbordador Tres ha despegado. El transbordador Dos informa de un fallo en el mecanismo de sellado de la escotilla del compartimento principal. —Geary sintió que se le cortaba la respiración—. El transbordador Dos está despegando con la escotilla abierta. La velocidad y el sistema de protección se verán afectados.

Geary podía ver la acción: las estelas del fuego enemigo, que perseguían a los transbordadores mientras estos se elevaban hacia el cielo, y los disparos de las naves hacia la superficie dirigidos contra los indicadores de los comandos síndicos, que, equipados con sus armaduras de sigilo, seguían siendo casi invisibles. Entretanto, por arriba se acercaban más de un centenar de proyectiles de bombardeo que, en cuestión de segundos, atravesarían el mismo espacio aéreo que los transbordadores.

Resultaba extraño lo mucho que podía llegar a durar un segundo.



## Capítulo 6

Las trayectorias de los transbordadores y las bombas se cruzaron para, instantes después, separarse de tal manera que las naves siguieron ganando altitud y las rocas continuaron descendiendo directas hacia la superficie. Geary oyó que los pilotos de los transbordadores gritaban por el circuito de mando.

—¡Uno de esos malditos pedruscos casi me arranca la oreja!

—¡Turbulencias severas! ¡Intentando mantener el control!

—¡Hemos perdido la escotilla principal! —informaron desde el transbordador Dos—. ¡Asegúrense de que esos marines se aprieten bien el cinturón y mantienen la armadura sellada! ¡Será lo único que los proteja del vacío!

En la superficie, todo el sector central del antiguo campo de prisioneros saltó por los aires a consecuencia de la brutal explosión producida por los impactos simultáneos de las rocas de bombardeo. Los escombros y la metralla salieron disparados hacia arriba, persiguiendo a los transbordadores como si el planeta entero quisiera saltar para engullirlos y devolverlos a la superficie.

A continuación, se produjo otro estallido entre las ruinas acumuladas en un flanco del campo, y un hongo de fuego, aún más grande, se elevó como acariciando el cielo.

—Los síndicos han detonado una de sus bombas nucleares —informó la consultora de operaciones.

—Vamos —urgió Desjani a los transbordadores con un susurro mientras estos se elevaban todavía perseguidos de cerca por la onda expansiva y una columna de escombros.

—¡Nos han alcanzado! Daños en la unidad de elevación de estribor. Mantenemos la trayectoria. Velocidad máxima reducida un veinte por ciento.

—Alejándonos de la zona de riesgo.

—Daños múltiples en la parte inferior. Dos orificios. Cambiando a sistema auxiliar los controles de maniobra.

Geary no estaba seguro de si había pasado el peligro, si los transbordadores se habían salvado de la destrucción en el campo de prisioneros y habían escapado de los comandos síndicos que lo ocupaban. Pero sus dudas no tardaron en disiparse.

—Todos los transbordadores están a salvo. La *Coloso* se está acercando al transbordador Dos para realizar un acoplamiento de emergencia. Los transbordadores Uno y Tres continúan según lo previsto hacia la *Espartana* y la *Custodia*.

—Muy bien —dijo Desjani con una sonrisa—. Era mi plan.

—De acuerdo —convino Geary, casi riendo de puro alivio mientras activaba el circuito de mando—. *Incansable* y *Represalia*, los felicito por su puntería. Todas las naves se han comportado de una manera ejemplar y todos los marines y transbordadores de la flota han cumplido con su deber de un modo intachable. Tan

pronto como recuperemos el último transbordador, la flota continuará rumbo al punto de salto hacia Padronis. —Finalizada la transmisión, cerró los ojos durante unos instantes y respiró hondo—. Y yo que pensaba que las operaciones de la flota eran duras.

En la superficie, lo único que se movía entre las ruinas del antiguo campo de prisioneros eran los escombros que iban cayendo a tierra y el hongo nuclear, que seguía elevándose en uno de sus flancos.

Desjani no paraba de sonreír.

—Podemos decir que los síndicos han cumplido con la parte de su misión en la que tenían que suicidarse, ¿no?

Geary pensó en lo que aquellos comandos podrían haberles hecho a sus marines, a sus transbordadores y a los miles de prisioneros de la Alianza que habían sido liberados, y asintió con la cabeza.

Durante la media hora siguiente, mientras los transbordadores atracaban en distintas naves de la flota, los ánimos se fueron calmando. En la superficie de Heradao, algunas regiones se estremecieron debido a los enfrentamientos entre las tropas leales a las facciones rebeldes y la autoridad central síndica, si bien ninguna de las fuerzas intentó disparar contra las naves de la Alianza.

—¿Es necesario proporcionar cobertura a los guardias síndicos en retirada y a sus familias? —preguntó Geary.

—No hay indicios de persecución, señor. Lo más probable es que los habitantes de ese planeta crean que los guardias saltaron por los aires junto con el campo de prisioneros.

—Bien. —Después de tanta actividad frenética, Geary estaba inquieto, ansioso por que llegase el momento de ordenarle a la flota que se pusiera en marcha. Mientras esperaba, volvió a darle vueltas a una cuestión que le intrigaba. Miró a Desjani con expresión de curiosidad—. ¿Por qué demonios los dispositivos de engaño de los marines se llaman onagros persas?

Desjani le contestó con el mismo desconcierto.

—Estoy segura de que hay un motivo. Teniente Casque, en este momento no tiene ninguna tarea pendiente, ¿verdad? Compruebe si la base de datos arroja alguna explicación.

—¿Y quién diantres les pondría el nombre de munutranho a esas cosas? Hace que parezcan adorables.

Esta vez Desjani se limitó a abrir las manos, incapaz de encontrar una explicación.

—Seguro que el nombre fue acordado por consenso. ¿Cómo llamarían a la munutranho en... en... el pasado?

Geary se preguntó qué expresión habría omitido Desjani tan hábilmente para

referirse al siglo pasado.

—La llamaban ANP: Armas Nucleares Portátiles. Un nombre directo y sencillo.

—Pero todas las armas nucleares son portátiles —objetó Desjani—. Algunas se han de transportar en misiles o naves de gran tamaño, pero siguen siendo portátiles.

Geary la atravesó con la mirada.

—¿Alguna vez trabajó como redactora en la agencia literaria de su tío?

—Varias veces. ¿Qué tiene eso que ver con esto?

—¿Le gusta el término «munutranho», capitana Desjani?

—¡No! En la flota se le suele dar el nombre de MAN.

—¿MAN? —¿Por qué el nuevo siglo no traería incluido un glosario que recogiera los términos más frecuentes? Aunque, ahora que lo pensaba, había oído aquel término a los tripulantes en varias ocasiones.

—Sí. —Desjani hizo un gesto de disculpa—. «Marines con Armamento Nuclear.» Es una forma abreviada que los tripulantes utilizan para referirse a algo que es una mala idea.

Geary se obligó a mantener la compostura.

—Supongo que algunas cosas nunca cambian. ¿Cree que alguna vez los marines y los tripulantes se han llevado bien?

—Nos llevamos muy bien cuando los ejércitos planetarios se meten con nosotros —señaló Desjani—. Y cuando hay una misión que cumplir.

—¿Y en los bares?

—En los bares la cosa cambia, a menos que haya también miembros de los ejércitos planetarios.

—Como en los viejos tiempos —convino Geary.

—¡Capitán! —intervino el teniente Casque—. La base de datos indica que los onagros persas se llaman así por una antigua historia. El pueblo de los persas invadió un territorio y se vio atrapado por un enemigo con mayor capacidad de movimiento, así que decidieron huir de noche para que su oponente no se diera cuenta. Los persas disponían de unas cosas llamadas «onagros» que el enemigo no había visto hasta entonces. Aquellos onagros hacían mucho ruido, de modo que los persas los dejaron atrás para que el rival pensara que ellos también seguían allí. Supongo que esos onagros eran una especie de sistema primitivo de engaño.

El teniente Yuon miró atónito a Casque.

—El onagro es un animal.

—Oh. Capitana, el onagro es...

—Gracias. Lo sé. —Con cierto escepticismo, Desjani le planteó sus dudas al teniente Casque—. ¿De qué año data esta historia? ¿Qué debemos entender por «antigua»?

—Capitana, la fuente lleva el identificador «libro antiguo, Tierra», sin especificar

fechas. Supongo que los marines leyeron el relato en este libro.

—Excelente suposición, teniente. —Desjani le hizo un gesto a Geary para expresar que ella no tenía manera de haberlo sabido—. Ahí tiene su respuesta, señor. Los marines conocían esta historia. Tal vez la consideren el primer caso documentado de empleo de métodos de engaño en la guerra. Aunque yo creo que, más bien, el primer caso fue el de aquel caballo de madera del que oí hablar una vez. En cualquier caso, el nombre se debe a una vieja historia.

—Más vieja aún que yo —contestó Geary—. Al menos, estoy seguro de que lo que cuentan tuvo lugar antes de que yo me uniese a la flota. —Nunca pensó que podría llegar a bromear sobre lo mucho que hacía de aquello, pero, gracias al ambiente relajado que se respiraba tras el combate en tierra, esa cuestión ya no le parecía tan angustiada como antes.

—Señor —llamó la consultora de operaciones—, todos los transbordadores han sido recuperados.

—Excelente. —Geary ordenó acelerar el avance de la flota para reunirse con los buques de guerra reparados, las naves auxiliares y los escoltas en la región donde se habían enfrentado a la flotilla síndica. Cuando se reencontrasen, la flota pondría rumbo al punto de salto hacia Padronis—. Hay una cosa que me intriga. Nosotros sabíamos que últimamente la flota síndica había sufrido muchos daños; ahora bien, ¿cómo lo sabían los rebeldes de este sistema estelar? Se sublevaron casi a la vez que destruimos la flotilla síndica en esta zona.

Rione, con aire meditabundo, contestó a su pregunta.

—Seguro que los habitantes de los Mundos Síndicos están al tanto de muchos rumores, pero los únicos que podrían conocer el verdadero alcance de las pérdidas de la flota son los oficiales de alto rango y los directores generales, lo que significa que algunos miembros de la cúpula síndica forman parte de los grupos que pretenden derrocar al gobierno síndico de Heradao. La corrupción llega tan hondo como nos temíamos.

—En ese caso, esta situación podría repetirse en otros lugares, a medida que la noticia se vaya conociendo —dijo Geary.

—Tal vez. Pero los síndicos todavía pueden intentar mantener el control de los distintos sistemas estelares. Un posible colapso de los Mundos Síndicos tardaría mucho tiempo en extenderse a todos los sistemas estelares.

—¿Mucho tiempo? Lástima —murmuró Desjani mientras consultaba su visualizador—. Los transbordadores que traen a algunos de los prisioneros liberados al *Intrépido* se están preparando para desembarcar.

Geary se levantó de su asiento.

—Vayamos a darles la bienvenida.

—Sí —convino Rione—, si la oficial al mando del *Intrépido* no se opone a que

yo también esté presente.

—Por supuesto que no, señora copresidenta —respondió Desjani con un tono muy profesional.

Llegaron a la dársena del transbordador en el momento en que la tercera nave bajaba la escotilla principal y los exprisioneros comenzaban a bajar por la rampa. Los presos liberados fueron saliendo en fila del transbordador, mirando a su alrededor con una mezcla de júbilo e incredulidad. Vestidos con los harapos de sus antiguos uniformes o con la ropa de civil hecha jirones por los síndicos, se parecían a los prisioneros que fueron liberados tiempo atrás en el sistema estelar Sutrah. La escena y las emociones que todos sentían eran las mismas que entonces.

—Supongo que uno siempre se alegra de liberar a sus prisioneros de guerra —murmuró Desjani como si supiera lo que Geary estaba pensando.

En ese mismo instante, alguien dio una voz desde el otro lado de la dársena.

—¿Vic? ¿Vic Rione? —Uno de los prisioneros (un hombre alto y flaco que lucía una insignia de comandante en su viejo abrigo) los miraba sin dar crédito a lo que veía.

Victoria Rione se quedó perpleja y tomó aire sobrecogida. Acto seguido, recuperó la compostura y gritó su respuesta.

—¡Kai! ¡Kai Fensin!

Rione se adelantó unos pasos para recibir a Fensin a la vez que este abandonaba la fila y se apresuraba a reunirse con ella. Algunos de los escoltas que dirigían a los prisioneros hacia la enfermería se dispusieron a detener a Fensin, pero abandonaron la idea cuando Desjani les hizo un gesto.

—¿Vic? —preguntó Fensin atónito cuando llegó hasta ellos—. ¿Cuándo te uniste a la flota? Por ti no pasa el tiempo.

—¿Vic? —murmuró Desjani de forma que solo Geary pudiera oírla.

—No sea mala —le susurró él antes de que se unieran a Rione.

La copresidenta movía la cabeza a ambos lados y parecía sentirse violenta.

—Me siento mucho mayor y no, no me he unido a la flota, Kai. ¿Puedo presentarle al comandante, el capitán Geary?

—Geary. —El comandante Fensin sonrió con incredulidad—. En el transbordador nos dijeron quién comandaba la flota. ¿Quién si no podría haberla traído hasta aquí para liberarnos? —De pronto, como si se avergonzase de su actitud, Fensin se puso firme—. Es un honor, señor, un gran honor.

—Descanse, comandante —ordenó Geary—. Relájese. Ya habrá tiempo más adelante para ceremonias.

—Sí, señor —dijo Fensin—. Una vez serví junto con otro Geary: Michael Geary, su sobrino nieto. Éramos oficiales subalternos en la Derrocada.

Geary notó que la sonrisa se le evaporaba del rostro. Fensin se dio cuenta y se

puso nervioso.

—Lo siento. ¿Ha muerto?

—Es posible —respondió Geary, preguntándose cómo sonaría su voz—. Su nave fue destruida en el sistema nativo síndico cuando cubría la retirada de esta flota.

—¿Se marcó un Geary? —soltó Fensin sin pensar, en referencia a la última batalla por la que Black Jack se hizo popular—. ¡Quién lo iba a decir! Me refiero... —Fensin no podía creer que su boca lo estuviera traicionando de una manera tan vergonzosa.

—Lo comprendo —dijo Geary—. Michael no pensaba mucho en Black Jack después de haber tenido que crecer bajo su sombra. Sin embargo, llegó a entenderme mejor con el tiempo, cuando se vio en la misma situación. —Era el momento de desviar la conversación hacia algún tema menos incómodo—. ¿De qué conoce a la copresidenta Rione?

—¿Copresidenta? —Fensin miró a Rione.

La Política asintió con la cabeza.

—De la República Callas. Y, esto... cómo no, miembro del Senado de la Alianza, en consecuencia. Me introduje en la vida política para servir a la Alianza después de que Paol... —Rione se interrumpió y cerró los ojos durante un segundo—. Me dijeron que murió, pero hace poco he sabido que lo hicieron prisionero. ¿Tú sabes algo?

Kai Fensin pestañeó brevemente.

—Estaba en la misma nave que el marido de Vic —le explicó a Geary—. Disculpe, quiero decir, de la copresidenta Rione.

—Para ti sigo siendo Vic, Kai. Entonces, ¿sabes algo?

—Nos separaron poco después de que nos capturasen —explicó Fensin—. Paol estaba herido de gravedad. Me dijeron que había muerto en la nave, así que me sorprendió ver que seguía resistiendo. Luego, los síndicos se llevaron a los que se encontraban peor, en teoría para curarlos, pero... —Hizo una mueca—. Ya se sabe lo que hacen con algunos prisioneros.

—¿Lo mataron? —le preguntó Rione con un hilo de voz.

—No lo sé. Te juro por mis ancestros, Vic, que no lo sé. No volví a saber nada de él ni de ninguno de los que se llevaron con él. —Fensin se encogió de hombros, apesadumbrado—. En el campo había más hombres de nuestra nave. No creo que ninguno de ellos haya venido al *Intrépido*, pero allí hablábamos mucho; aparte de hablar, en el campo no había mucho que hacer cuando los síndicos no te estaban obligando a excavar zanjas o picar piedras. No creo que los demás sepan qué fue de Paol. Ojalá pudiera decirte algo, transmitirte un recuerdo o alguna palabra, pero aquello era un auténtico caos; los síndicos nos separaron y él apenas estaba consciente.

Rione se esforzó por sonreír.

—Sé lo que habría dicho.

Fensin vaciló; sus ojos saltaron de Rione a Geary.

—En el transbordador he escuchado muchos rumores. Todo el mundo quería ponerse al día. Alguien dijo algo acerca de una política y el comandante de la flota.

—El capitán Geary y yo mantuvimos una breve relación —aclaró Rione con circunspección.

—Terminó cuando supo que su marido aún podría seguir vivo —añadió Geary. No era del todo cierto, pero sí lo bastante como para que se sintiera libre de culpa al comentarlo.

El comandante Fensin asintió con gesto de agotamiento.

—No habría culpado a Vic, señor. Tal vez lo hubiera hecho antes de que me encerraran en aquel campo de trabajo, cuando pensaba que las reglas del honor eran muy sencillas. Ahora sé lo que se siente al creer que ya nunca volverás a ver a alguien porque esta guerra es eterna, y ves que la gente se muere en el campo de trabajo, personas que han pasado allí casi toda su vida, y piensas que algún día tú correrás la misma suerte. En aquel campo muchos encontraron una nueva pareja, pues pensaban que ya nunca volverían a ver a la que dejaron atrás. Personas casadas que empezaron a cuidar de otros o que buscaban a alguien que cuidara de ellos. Supongo que cuando regresen a su hogar sufrirán mucho, de un modo u otro.

Se giró hacia Rione.

—Yo también lo hice.

Rione lo miró con una ternura de la que Geary jamás la hubiera creído capaz, como si reencontrarse con aquel hombre que formaba parte de su pasado la hubiera hecho recordar una época más feliz.

—¿Ella ha venido también en esta nave?

—Murió. Hace tres meses. A veces, la radiación de ese planeta causa muchos problemas, y los síndicos no desperdician su dinero en tratamientos para los prisioneros. —Ahora el semblante de Fensin reflejaba su angustia—. Que las mismísimas estrellas me perdonen, pero no puedo dejar de pensar que eso me hace las cosas mucho más fáciles ahora. No sé cómo estará mi esposa ni si sabe que estoy vivo, pero ahora no tengo que elegir. No me he convertido en un monstruo, Vic, pero no puedo quitármelo de la cabeza.

—Lo entiendo —dijo Rione al tiempo que llevaba su mano al brazo del comandante Fensin—. Deja que te acompañe hasta la enfermería para que te hagan el reconocimiento. —La copresidenta y Fensin se marcharon mientras Geary los veía alejarse.

Desjani carraspeó suavemente.

—Que nuestros ancestros se apiaden de él —murmuró.

—Sí, tiene que haber vivido un infierno.

—Es agradable ver que también tiene corazón —añadió Desjani—. Vic, quiero decir.

Geary la miró con gesto reprobatorio.

—Sabe cómo reaccionaría si la llamase así.

—Desde luego que lo sé —afirmó la capitana—. Pero no se preocupe, señor. Me lo guardaré para el momento adecuado.

Geary rezó para no encontrarse en medio cuando eso sucediera.

—¿Cuántos de los prisioneros liberados estarán en condiciones de incorporarse a su tripulación?

—Aún no lo sé, señor. Es como cuando rescatamos a los de Sutrah. Será preciso entrevistarlos y evaluarlos para determinar sus habilidades y comprobar hasta qué punto están oxidados. Posteriormente, el sistema de gestión de personal ayudará a las distintas naves a decidir quién debe ir adónde.

—¿Puede...?

—Mantendré al comandante Fensin a bordo del *Intrépido*, señor. —Desjani lo escrutó con la mirada—. Tal vez así La Política se olvide un poco de nosotros y deje de controlarnos tanto.

—¿Sabe? Tiene carta blanca para portarse bien, incluso con ella.

—¿En serio? —Desjani, con expresión hermética, volvió a mirar hacia los prisioneros—. Debo dar la bienvenida al *Intrépido* a los demás, señor.

—¿Le importa si al mismo tiempo yo les doy la bienvenida a la flota?

—Por supuesto que no, señor. —La capitana lo miró apenada—. Sé que no le hace gracia el modo en que reaccionarán al verlo.

—No, la verdad, pero saludarlos también es parte de mi trabajo.

Una extraña sensación lo embargó mientras caminaba entre los prisioneros liberados, algunos de los cuales habían envejecido allí tras pasar décadas en el campo de trabajo síndico, al pensar que todos ellos habían nacido después que él. Ya se había enfrentado a la misma situación con la tripulación del *Intrépido*, y logró olvidar el hecho de que sus vidas comenzaron muchos años después de que la suya, en teoría, terminara. Pero los prisioneros volvieron a despertar en él aquella sensación de que incluso los más ancianos habían entrado en un universo donde Black Jack Geary era un héroe de leyenda.

En ese momento, una tripulante de edad avanzada se dirigió a él.

—Señor, yo conocí a alguien de la *Merlón*. Entonces yo era una niña.

Geary sintió un inusitado vacío en su interior cuando se detuvo para escucharla.

—¿De la *Merlón*?

—Sí, señor. Jasmin Holaran. Estaba, eh...

—Destinada en la batería de lanzas infernales Alfa Uno.



—¡Exacto, señor! —exclamó la mujer—. Cuando se retiró, vino a vivir a mi vecindario. Solíamos ir a verla para que nos contara historias. Siempre decía que usted era tal como lo describían las leyendas, señor.

—¿En serio? —Podía recordar perfectamente el rostro de Holaran, y cómo tuvo que inculcarle un poco de disciplina a la joven tripulante después de que montara un escándalo estando de permiso en tierra; también se acordaba de su ceremonia de promoción, en la que fue ascendida de grado, y de cuando felicitó a la unidad de lanzas infernales de la que Holaran formaba parte por conseguir una alta puntuación en las pruebas de preparación de la flota. Fue una tripulante competente y un poco alborotadora, ni más ni menos, una profesional de los llamados «de la media», los que cumplían con su deber y conseguían con su esfuerzo diario que las naves siguieran siempre adelante.

La batería Alfa Uno fue eliminada muy pronto en la lucha contra los síndicos, pero, a lo largo de la batalla, Geary nunca tuvo la oportunidad de comprobar cuáles de sus miembros sobrevivieron a la pérdida de sus armas. Holaran, al parecer, salió con vida y escapó de la *Merlón*. Continuó sirviendo durante los años que siguieron, sobreviviendo a una guerra que se cobró la vida de otros muchos. Se jubiló y regresó a su mundo natal, donde pasó sus últimos días contando historias sobre él a los niños más curiosos, hasta que murió de forma natural mientras él seguía viajando a la deriva sumido en el sueño de supervivencia.

—Señor. —Desjani permanecía junto a él; no dejaba de mirarlo, a pesar de su semblante sereno, con ojos preocupados—. ¿Todo bien, señor?

Después de preguntarse cuánto tiempo llevaría allí parado sin decir nada, Geary se tomó otro momento para responder, ignorando el vendaval de sensaciones que lo sacudía por dentro.

—Sí. Gracias, capitana Desjani. —Volvió a mirar a la exprisionera—. Muchas gracias por hablarme de Jasmin Holaran. Era una tripulante excelente.

—Nos contó que usted le salvó la vida, señor. A ella y a otros muchos —se apresuró a añadir la anciana—. Gracias a las estrellas del firmamento por enviarnos a Geary, solía decir. De no haber sido por su sacrificio, yo habría muerto en Grendel y me habría perdido muchas cosas. Su marido ya había muerto entonces, claro, y sus hijos se habían alistado en la flota.

—¿Su marido? —Geary estaba seguro de que Holaran no llegó a casarse cuando estuvo en la *Merlón*.

Gracias a él, ella sobrevivió, tuvo una vida larga, un marido e hijos.

—¿Señor? —dijo Desjani de nuevo, esta vez con más urgencia.

Al parecer, había vuelto a quedarse callado mientras seguía recordando aquellos días.

—Está bien. —Respiró hondo y sintió que se libraba de una carga que, hasta ese

momento, no era consciente de llevar—. Sirvió para algo —murmuró de forma que solo Desjani pudiera oírlo.

—Desde luego que sí.

—Ha sido un placer conocerla —le dijo Geary a la mujer—. Me ha gustado mucho hablar con alguien que conoció a un miembro de mi antigua tripulación. —Se sorprendió al darse cuenta de que lo decía en serio. El momento que tanto temía lo había liberado de parte del dolor que le producía su pasado perdido—. Nunca los olvidaré, y usted me ha hecho sentir muy cerca de uno de ellos.

La mujer se llenó de orgullo.

—Es lo menos que puedo hacer, señor.

—Es muchísimo —le aseguró a la anciana— para mí. Muchas gracias. —Geary le hizo un gesto a Desjani—. Está bien —repitió.

—Sí, lo está. —Desjani sonrió—. Parece que liberar a los prisioneros encerrados en un campo reaviva muchos fantasmas del pasado, ¿verdad?

—Sí, y mirarlos directamente a los ojos nos trae una gran sensación de paz a todos. —Después de volver a darle las gracias a la anciana, siguió adelante para hablar con los demás, y no con la sensación de vacío de antes, sino reconfortado por lo que acababa de ocurrir.

Sin embargo, aquel sentimiento tan agradable no tardó en extinguirse. Desjani y él estaban abandonando la dársena del transbordador cuando recibieron una llamada urgente.

—¿Capitán Geary? —dijo la consultora de operaciones, cuya imagen se mostraba en miniatura en la tableta de comunicaciones del capitán—. Tenemos problemas con los antiguos prisioneros de guerra.

Los momentos de tranquilidad nunca duraban mucho.

—¿Qué ocurre?

—Los oficiales de mayor rango del campo exigen que se les traslade al *Intrépido* y que se les mantenga bajo detención preventiva. —A juzgar por la cara de la teniente, ni siquiera ella daba crédito a lo que decía.

Geary se quedó mirando la tableta de comunicaciones durante unos instantes.

—¿Me están pidiendo que los arreste?

—Sí, señor. ¿Desea hablar con ellos, señor?

En realidad, no. Aun así, pulsó el panel de comunicación completo que tenía más cerca de los ubicados en el mamparo y le hizo un gesto a Desjani.

—Por favor, quiero que oiga esto.

El panel mostró una imagen más grande. Vio a dos mujeres y un hombre. Una de las mujeres y el hombre llevaban sendas insignias de capitán de la flota sobre la andrajosa ropa de civil proporcionada por los síndicos; la otra mujer ostentaba el rango de coronel de marines. Los tres parecían mayores, lo que hizo que Geary se

preguntara durante cuánto tiempo habrían estado encerrados.

—Soy el capitán Geary. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Los oficiales tardaron un momento en responder, tiempo durante el cual se quedaron mirándolo como Geary imaginaba que lo harían, y, como esperaba, no le resultó agradable. Por fin, la capitana habló.

—Capitán Geary, solicitamos que se nos ponga bajo detención preventiva lo antes posible.

—¿Por qué? Acabamos de liberarlos de su cautiverio. ¿Por qué quieren que se les envíe a las celdas de las naves de la flota?

—Tenemos enemigos entre los antiguos prisioneros —explicó el capitán—. Estábamos al cargo por nuestro rango y antigüedad. Y algunos de ellos no estaban de acuerdo con las decisiones que tomamos a lo largo de las últimas décadas.

Geary miró a Desjani, que estaba con la vista clavada en los tres oficiales.

—Soy la capitana Desjani, oficial al mando del *Intrépido*. ¿Cuáles fueron las decisiones que generaron tal conflicto que ahora desean que se les ponga bajo vigilancia en mi nave?

Los tres se miraron los unos a los otros antes de responder, hasta que, finalmente, la coronel respondió.

—Decisiones relativas al mando. Nos vimos obligados a considerar las consecuencias de todas las decisiones y acciones emprendidas por los prisioneros.

Incluso Geary se dio cuenta de que no deseaban entrar en detalles. Desjani se inclinó hacia él.

—Haga lo que le piden. Arréstelos. Nos conviene tenerlos controlados mientras averiguamos qué está ocurriendo.

Geary asintió de forma que el gesto pareciese dirigido a los oficiales.

—Muy bien. Nos ocuparemos de esto, pero, mientras tanto, atenderé su petición. —Consultó los datos que se mostraban junto a sus imágenes—. ¿Los tres vienen de la *Leviatán*? Le ordenaré al capitán Tulev que los mantenga arrestados en sus dependencias.

—Señor, nos sentiríamos más protegidos si permaneciéramos directamente bajo su supervisión.

Geary endureció el semblante.

—El capitán Tulev es un oficial de la flota leal y digno de toda mi confianza. No podría dejarlos en mejores manos.

Los tres oficiales volvieron a intercambiar miradas.

—Capitán Geary, necesitamos la protección de un grupo de guardias.

La situación se volvía cada vez más extraña.

—Se avisará al capitán Tulev para que emplace a un grupo de guardias marines en las puertas de sus dependencias. ¿Hay algo más que quieran decirme?

La capitana vaciló.

—Estamos redactando un informe oficial completo de nuestras acciones.

—Gracias. Estoy deseando leerlo. Geary, corto. —El comandante de la flota interrumpió la conexión y llamó a Tulev—. Capitán, está ocurriendo algo extraño.

Tulev lo escuchó con gesto impasible.

—Emplazaré una unidad de centinelas. Capitán Geary, varios de los prisioneros me han exigido que les diga dónde se encuentran esos tres oficiales de alto rango.

—¿Se lo han exigido?

—Sí. Ya había decidido aislar a los oficiales hasta averiguar la razón de la hostilidad que he observado hacia ellos.

Desjani intervino de nuevo.

—¿Alguno de los que desean saber el paradero de los oficiales veteranos ha aducido los motivos concretos de su petición?

—No, a mí no me han comunicado sus razones. Sin embargo, todos son oficiales. Pero averiguaré qué hay detrás de todo esto. Ahora, si me disculpan, debo emplazar una unidad de guardias marines.

Cuando Tulev cortó la conexión, Geary miró a Desjani.

—¿Tiene alguna teoría sobre qué puede estar ocurriendo?

Desjani torció el gesto.

—Varias. Parecen temer por su vida, lo que implica un problema mucho más grave que un simple desacuerdo sobre lo acertado de sus decisiones.

—En ese caso, ¿por qué los demás prisioneros se niegan a contarnos lo que ocurrió y nos ocultan sus desavenencias con los tres oficiales? Convivían en aquel campo. ¿Por qué el resto de ellos no iba a poder...? —Geary se interrumpió y llamó a la coronel Carabali—. Coronel, ¿llegó a hablar con los tres oficiales veteranos de la Alianza en el campo de prisioneros?

Carabali, extenuada por la batalla y con el uniforme de combate empapado de sudor y arrugado por las partes por donde la armadura lo había presionado, se puso firme para responder.

—¿Dos capitanes y una coronel? Sí. Salieron a recibirnos cuando aterrizamos. Creo que fueron evacuados en el primer transbordador que salió. No recuerdo haberlos visto desde entonces. Algunos de los prisioneros los estaban buscando. —Carabali hizo una pausa—. Vi sus dependencias. Estaban separadas de las del resto y tenían aspecto de búnker. Había un puesto de guardias sindicos frente a la entrada, aunque fue abandonado cuando entramos en el recinto. Es extraño. Sin embargo, no tuve ocasión de ocuparme de aquello en la superficie, señor.

—Entendido, coronel. Gracias. —Geary inclinó la cabeza para reflexionar—. Tanya, ¿cómo podemos obtener las respuestas que buscamos antes de que ocurra algo?

La capitana, que había permanecido concentrada, sonrió brevemente.

—Puede que debamos mantener una charla privada con el comandante Fensin.

—¿Con Fensin? —Geary recordó el aspecto y el comportamiento del oficial: entusiasta, profesional, e impulsivo a la hora de expresarse—. Podría sernos de ayuda si contamos con la presencia de Rione para tranquilizarlo.

—¿Es preciso? En fin, supongo que tiene razón. La Política podría servirnos como palanca si Fensin decide cerrar el pico.

—Habla como si ya supiera lo que va a ocurrir —observó Geary.

—No, señor. Me temo que sé lo que sucede, de modo que si el comandante Fensin decide no hablar, yo podría presionarlo para que nos lo contara todo. —Pulsó su tableta de comunicaciones—. Puente, localicen a la copresidenta Rione y al comandante Fensin. Deberían estar juntos, probablemente en la enfermería, donde él está siendo sometido a una revisión médica. El capitán Geary y yo necesitamos verlos de inmediato en la sala de reuniones de la flota.

El consultor que respondió habló con cautela.

—¿Debemos ordenarle a la copresidenta Rione que acuda a la sala de reuniones, capitana?

Desjani le lanzó una agria mirada a Geary antes de contestar.

—No. Infórmela de que el capitán Geary solicita que se persone allí con carácter de urgencia junto con el comandante Fensin. Así, guardaremos las formas diplomáticas.

Fensin sonreía mientras tomaba asiento en la sala de reuniones al tiempo que Desjani sellaba la escotilla. Rione se sentó al lado del comandante, impasible pero sin apartar la mirada de la capitana.

Geary no se anduvo por las ramas.

—Comandante Fensin, ¿qué ocurre con los tres oficiales veteranos de la Alianza que se contaban entre los prisioneros?

La sonrisa se desvaneció del rostro del comandante y fue sustituida por una expresión que reflejaba una mezcla de emociones.

—¿Qué podría ocurrir?

—Sabemos que hay un problema. ¿Por qué si no iban a temer la reacción de los demás exprisioneros?

—Me temo que no le entiendo.

Desjani tomó la palabra.

—Es posible que este término le aclare las cosas: «traición».

Fensin se quedó inmóvil. Instantes después, deslizó los ojos hasta Desjani.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Soy la oficial al mando de un crucero de batalla —le recordó—. ¿Qué hicieron exactamente?

—Hice un juramento...

—Comandante, el único juramento que importa aquí es el de fidelidad a la Alianza —dijo Desjani—. Como su superior, le exijo que nos proporcione un informe detallado.

Geary observó que la capitana había tomado el control del interrogatorio, pero, puesto que estaba empezando a conseguir las respuestas necesarias, prefirió no intervenir.

En cambio, Rione sí.

—Me gustaría que me explicaran a qué se debe todo esto. El comandante Fensin ni siquiera ha tenido ocasión aún de completar su revisión médica.

Fue Geary quien le contestó.

—Creo que tendrá la explicación que espera una vez que el comandante Fensin responda a las preguntas de la capitana Desjani.

Fensin, que no apartaba la mirada de Desjani, se reclinó en su asiento y se frotó la cara con las dos manos.

—No me gusta nada todo esto. Si alguna vez conseguíamos salir con vida, todos debíamos ser discretos hasta que los cogiéramos; como si fuéramos una panda de asesinos en lugar de miembros del Ejército de la Alianza. Pero a medida que los años iban pasando, uno tras otro, parecía cobrar sentido. Nunca nos rescatarían, jamás volveríamos a ser libres. Teníamos que pasar a la acción si queríamos que se hiciera justicia. Y las reglas no cambiaron cuando nos rescataron. Habíamos acordado hacerlo cuando se presentara la oportunidad.

Rione estiró el brazo y cogió la mano de Fensin.

—¿Qué sucedió?

—Más bien, ¿qué no sucedió? —Fensin llevó los ojos hasta el mamparo del fondo de la sala, con la mirada perdida en el pasado—. Nos traicionaron, Vic. Ellos tres.

—¿Cómo? —exigió saber Geary.

—Teníamos un plan: secuestrar uno de los transbordadores de suministros síndicos. Sin embargo, nadie podía decir nada. Había que llegar al puerto espacial y hacerse con una nave. Solo podrían salir veinte prisioneros, pero harían llegar una valiosa información al espacio de la Alianza: quién había en el campo, lo que sabíamos acerca de la situación tras la frontera del espacio síndico... Ese tipo de cosas. —Fensin movió la cabeza—. Supongo que parece una locura. Solo había una probabilidad entre un millón de que funcionase, pero, dado que la única alternativa que teníamos era pasar la vida como prisioneros de guerra, algunos pensamos que merecía la pena correr el riesgo. Los tres oficiales veteranos nos recomendaron que no lo intentáramos, y les recordamos que era factible llevar a cabo las órdenes relativas a la resistencia al enemigo recogidas en el reglamento de la Alianza. Así que

decidieron alertar a los síndicos; era el único modo de desbaratar el plan, y los avisaron. Se lo contaron todo porque las represalias contra los prisioneros que permanecieran en el campo serían demasiado crueles, o porque habían acordado mantenernos controlados y que no molestáramos a los síndicos a cambio de ciertos privilegios para nosotros. ¡Privilegios! Alimento suficiente, la debida atención médica... Esas cosas a las que los síndicos estaban obligados a proporcionarnos de todos modos por simple humanidad.

Fensin cerró los ojos.

—Cuando los síndicos tuvieron conocimiento del plan, nos sometieron a una serie de interrogatorios hasta que identificaron a diez de los prisioneros que iban a secuestrar el transbordador. Entonces, los fusilaron.

—¿Fue un incidente aislado? —preguntó Geary—. ¿O se trataba de algo habitual?

—Era algo habitual, señor. Podría pasarme un día entero contándole historias parecidas. Hacían lo que los síndicos querían y nos decían que era por nuestro bien. Insistían en que, si nos callábamos y nos portábamos bien, todos saldríamos beneficiados. En cambio, si nos resistíamos, los síndicos nos aplastarían.

Desjani parecía morirse de ganas de intervenir.

—Esos tres oficiales se centraron en un punto de su misión: el cuidado del resto de prisioneros. Se olvidaron de sus otras responsabilidades.

Fensin asintió con la cabeza.

—Así es, capitana. A veces, incluso los entendía. Entre los tres llevaban más de un siglo siendo prisioneros de guerra.

—Un siglo no es tiempo suficiente para olvidarse de lo importante —replicó Desjani mirando a Geary.

Geary golpeó la superficie de la mesa para captar la atención de Fensin, incomodado por el comentario de la capitana a pesar de la verdad contenida en el mismo o, tal vez, precisamente por su franqueza.

—¿A qué viene esta conspiración silenciosa? ¿Por qué no nos dijeron desde el principio lo que habían hecho los tres oficiales?

—Queríamos matarlos nosotros mismos —reveló Fensin sin reserva—. Celebramos una serie de consejos de guerra con carácter excepcional y en secreto por necesidad, tras los cuales se obtuvo un veredicto de traición en los tres casos. La pena por traición en tiempos de guerra es la muerte; queríamos asegurarnos de que las sentencias se ejecutaran antes de que esos tres oficiales encontrasen un abogado que consiguiera que los juzgaran por cargos menores. Y, la verdad, deseábamos vengar a los que murieron. —Miró a los demás—. No se imaginan cómo puede llegar a sentirse uno en esa situación. Me gustaría... ¿Tenemos acceso a imágenes del campo? ¿Antes de que nos liberaran?

—Desde luego. —Desjani introdujo algunos comandos. Sobre la mesa apareció una vista cenital del campo de prisioneros de Heradao en la que se apreciaba el lugar antes de que quedase arrasado en la contienda por liberar a los presos.

El comandante Fensin, con la torpeza de alguien a quien no se le ha permitido tocar un mando durante años, amplió la imagen de un sector del campo. A medida que la vista se acercaba, Geary distinguió un gran descampado que estaba parcialmente cubierto de ordenadas hileras de marcadores.

—Un cementerio.

—Sí —asintió Fensin—. El campo de prisioneros llevaba unos ochenta años funcionando. En él nació y murió una generación de hombres. Nunca llegó a haber muchos ancianos debido a las duras condiciones de vida y la exigua atención médica. —Detuvo la vista en los marcadores de las tumbas—. Estábamos convencidos de que, tarde o temprano, todos terminaríamos en ese descampado. A los prisioneros no se nos informaba de nada, así que ¿por qué íbamos a esperar que la guerra terminara alguna vez? Después de cinco, diez o veinte años, incluso las creencias más firmes terminan doblegándose a la resignación. Nunca volveríamos a ver a nuestra familia, jamás regresaríamos a casa. Lo único que teníamos era la compañía de los demás prisioneros y la poca dignidad que pudiéramos conservar como miembros del Ejército de la Alianza.

Miró a Rione como si ella fuera la única persona a la que quisiera convencer.

—Nos dieron la espalda. Nos traicionaron. Aquello era lo único que nos quedaba y no lo respetaron. Claro que queríamos matarlos.

Todos permanecieron en silencio durante unos instantes, hasta que Desjani señaló la imagen que seguía mostrándose ante ellos.

—¿Los marines recogieron los registros de las tumbas mientras estuvieron en tierra? ¿Los nombres de los que descansan allí?

—Lo dudo. —Fensin se dio unos golpecitos en la cabeza con un dedo—. No era necesario. Todos tuvimos que memorizar nombres. Yo era de los que debían recordar a los muertos cuyos apellidos comenzaran por F. La lista de los fallecidos que honrar la llevamos en nuestros recuerdos. No podíamos llevárnoslos a casa porque ya se habían reunido con nuestros ancestros, pero les llevaremos sus nombres a sus familiares.

Por un momento, Geary imaginó a los prisioneros repasando concienzudamente los nombres de los que ya no estaban, cotejando sus respectivas listas, recogiendo las múltiples identidades por medio de la única forma de registro con la que contaban. Año tras año, a medida que las listas se iban extendiendo, sin saber nunca si aquellos nombres llegarían a oídos de la Alianza, seguían esforzándose de todos modos por recordar. No le costó imaginarse cómo debían de sentirse los prisioneros en aquel campo, y no le extrañaba que creyeran que sería su cárcel hasta el día en que



murieran. Era lógico que tuvieran la necesidad de celebrar aquellos rituales y que se sintieran traicionados.

—De acuerdo. —Geary interrogó con los ojos a Rione.

La copresidenta bajó la vista y asintió.

—Lo creo.

—Yo también —añadió Desjani sin vacilar.

Geary pulsó los mandos del sistema de comunicación.

—Capitán Tulev, lleve a los tres oficiales veteranos a un transbordador junto con una unidad de guardias marines. Condúzcalos a... —Sopesó las distintas opciones que tenía. Necesitaba una nave en la que no hubiera más exprisioneros de Heradao, pero estos estaban repartidos entre todos los buques de guerra.

No tenía ninguna nave para ellos.

—A la *Titánica*. Llévelos a la *Titánica* con la orden de mantenerlos vigilados hasta nuevo aviso. Todos están bajo arresto.

Tulev asintió como si no se extrañara.

—¿Con qué cargos? Estamos obligados a informar de los mismos a aquellos que sean arrestados.

—Traición y negligencia en favor del enemigo. Me dijeron que estaban preparando un informe sobre sus acciones, así que asegúrese de que disponen de los medios necesarios para elaborarlo; quiero leerlo. —Eso no era del todo cierto. Lo último que quería hacer era consultar aquel documento si lo que el comandante Fensin acababa de declarar era cierto. Con todo, estaba obligado a ver lo que los tres oficiales argüían en su defensa.

Una vez que Tulev se hubo despedido, Geary volvió a mirar a Fensin.

—Gracias, comandante. Creo que puedo prometerle que, si los demás exprisioneros nos confirman lo que usted nos acaba de contar, en los consejos de guerra oficiales que se celebren en el territorio de la Alianza se llegará a las mismas conclusiones que nos ha expuesto.

—¿Tendremos que esperar? —preguntó Fensin con sorprendente tranquilidad—. Podría ordenar que los fusilaran ahora mismo.

—Comandante, no es así como acostumbro a resolver los problemas. Si se demuestra lo que nos ha dicho, esos tres oficiales se condenarán a sí mismos con su informe y, entonces, nadie dudará de la necesidad de que se haga justicia.

—Pero la capitana Gazin es muy mayor —replicó Fensin—. Podría morir antes de que llegemos al espacio de la Alianza, y eso sería como si escapara del castigo que se merece.

Desjani le respondió con su habitual voz de mando.

—Comandante, si la capitana muere, las mismísimas estrellas se encargarán de juzgarla y hacer justicia. Nadie puede escapar de ellas. Usted es un oficial de la flota

de la Alianza, comandante Fensin. Se comportó como tal durante el tiempo que estuvo prisionero. No lo olvide ahora que ha regresado.

Rione endureció su expresión, pero Fensin se limitó a mirar a Desjani durante unos instantes hasta que, finalmente, hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, capitana. Le pido disculpas.

—No tiene por qué disculparse —le aseguró Desjani—. Ha vivido un infierno y ha cumplido con su deber al contarnos la verdad. Siga haciendo su trabajo, comandante. Nunca dejó de formar parte de la flota, pero ahora está con nosotros de nuevo.

—Sí, capitana —repitió Fensin al tiempo que se incorporaba.

Rione miró a Geary.

—Si hemos terminado, me gustaría hablar en privado con el comandante Fensin y, después, acompañarlo para que complete su revisión médica.

—Por supuesto. —Geary y Desjani se levantaron al mismo tiempo y los dejaron solos. El comandante de la flota se giró hacia atrás mientras la escotilla se cerraba y vio a Rione, que seguía agarrando la mano de Fensin, en silencio—. Maldita sea —murmuró para Desjani.

—Sí, maldita sea —convino la capitana—. ¿Está seguro de que no deberíamos fusilarlos en este mismo instante?

De modo que Desjani también se sentía tentada; no obstante, había optado por no discutir con él delante de los demás para que no pensarán que cuestionaba su autoridad.

—¿Seguro? No. Pero tenemos que hacerlo bien. No podemos dejar que parezca que nos regimos por el clamor de la muchedumbre. Ha hecho un buen trabajo en el interrogatorio de Fensin. ¿Cómo sabía que hablaría si lo azuzaba con el tema de la traición?

Desjani torció el gesto.

—Mantuve algunas conversaciones con el teniente Riva. En diversas ocasiones mencionó ese tipo de cosas. En realidad, antes no lo entendía, pero recordé cómo se encolerizaba cada vez que hablaba de personas que él creía que eran demasiado complacientes con los síndicos. Esto me hizo acordarme de lo que me dijo. —Desjani miró al otro extremo del pasillo y añadió con voz monótona—: No es que suela pensar mucho en Riva, de todas formas.

—Entiendo. —Inesperadamente, Geary se dio cuenta de que acababa de sentir el mordisco de los celos. Debía cambiar de tema de inmediato—. Me pregunto si yo habría terminado eligiendo el mismo camino que esos tres oficiales si me hubieran capturado.

Desjani le clavó una mirada reprobatoria.

—No, eso no habría sucedido. Usted se preocupa por los hombres que tiene a su

mando, pero también conoce los riesgos que deben asumir. Siempre ha sabido equilibrar ambos factores.

—Me preocupo tanto por ellos que los envío al matadero —dijo Geary, que notaba como sus palabras brotaban empañadas de amargura.

—Así es como debe ser. El exceso de insensibilidad provoca que sus vidas sean desperdiciadas. En cambio, si se preocupa demasiado, morirán de todos modos, sin conseguir nada. No es que yo sepa muy bien por qué las cosas son así, pero usted sabe que esa es la realidad.

—Sí. —Geary sintió que la depresión momentánea iba desvaneciéndose y le sonrió—. Gracias por estar ahí, Tanya.

—Tampoco es que pudiera estar en ningún otro sitio. —La capitana le devolvió el gesto antes de borrar toda expresión de su semblante y saludarlo—. Debo encargarme de mi nave, señor.

—Por supuesto. —Geary le devolvió el saludo y se quedó mirándola mientras se alejaba.

Desjani tenía una nave de la que ocuparse y él debía llamar a la *Titánica* para avisar al comandante Lommand de que su nave no tardaría en recibir una mercancía bastante inoportuna. El mando implicaba trabajar con todo tipo de cargas, y todas ellas pesaban demasiado.

A la mañana siguiente se sentía mejor. El tercer planeta de Heradao quedaba agradablemente lejos, la flota había terminado de unirse a las unidades que permanecían en el sector de la batalla espacial, y la fuerza de la Alianza al completo se dirigía al punto de salto hacia Padronis. Incluso la barrita de avituallamiento síndica que había elegido para desayunar no le sabía tan mal como de costumbre.

En ese momento, la unidad de comunicaciones de su camarote empezó a zumbar.

—Señor, el comandante Vigory solicita con urgencia establecer comunicación con usted.

—¿El comandante Vigory? —Geary intentó asociar aquel nombre a una nave o un rostro, pero, finalmente, tuvo que consultar la base de datos de la flota. Otro exprisionero de Heradao. No le extrañó que no hubiera reconocido el nombre. Vigory viajaba a bordo de la *Espartana* y, según la descripción que constaba en la base de datos, llegó a desarrollar una carrera bastante corriente antes de que los síndicos lo capturaran—. De acuerdo. Páseme con él.

El comandante Vigory, enjuto y de ojos profundos, tenía el mismo aspecto que los demás miembros de la Alianza liberados de Heradao.

—Capitán Geary —comenzó a decir con voz recia—, quería llamarlo para presentarle mis respetos al comandante de la flota.

—Gracias, comandante.

—También me gustaría informarlo de que permanezco a la espera de una

asignación de mando.

¿*Que permanece a la espera?* Geary consultó la hora. Había transcurrido menos de un día desde que la flota abandonara la órbita del tercer planeta de Heradao. Seguidamente, centró su atención en lo siguiente que dijo Vigory.

—¿Una asignación de mando?

—Sí, señor. —Vigory miraba a Geary con ojos apremiantes—. Tras revisar los registros de la flota, he observado que muchas de las naves, que deberían ser lideradas por un oficial de mi rango y antigüedad, están siendo comandadas por oficiales con menos experiencia que yo.

—¿Pretende que exonere de su cargo a uno de los actuales oficiales al mando para que usted pase a asumir el gobierno de su nave?

La pregunta pareció sorprender al comandante Vigory.

—Por supuesto, señor.

Geary se esforzó por aguantarse las ganas de despachar la conversación con Vigory y procuró dialogar con él de un modo razonable aunque firme.

—¿Cómo se sentiría usted si se le despojara de su mando de esa manera, comandante?

—Eso es lo de menos, señor. Lo que nos ocupa es una cuestión de honor y la lógica deferencia a mi rango y posición. No me cabe la menor duda de que cualquiera de las naves de esta flota se beneficiaría de mi experiencia y dotes de mando.

Mientras lo miraba, Geary pensó que Vigory debía de ser una de esas personas que jamás se veían asaltadas por ninguna duda. Según los registros disponibles, Vigory fue apresado hacía unos cinco años, con lo cual venía de una flota en la que el honor de la persona era lo único que importaba y en la que las naves combatían siguiendo todo tipo de tácticas absurdas. Tal vez, a pesar de todo, fuese un oficial competente, pero, en aquel momento, volver a adiestrar al oficial al mando de una nave implicaría otro problema del que preocuparse y, además, sería muy injusto para el oficial relevado.

—Comandante, intentaré explicárselo de la forma más clara posible. Todos los oficiales al mando de esta flota llevan luchando por mí desde que salimos del sistema estelar nativo síndico, y han demostrado su coraje y honor en numerosos enfrentamientos con el enemigo. —Sin duda, había tenido que generalizar, pero Vigory no parecía ser de los que apreciaban esos detalles—. No sustituiré a ninguno de los actuales oficiales al mando sin un motivo basado en su desempeño. Esta flota avanza de regreso al espacio de la Alianza. Una vez allí, podrá solicitar una asignación de mando en un buque de guerra de nueva construcción o en un buque de guerra a cuyo oficial al mando se le vaya a asignar otro destino.

A Vigory parecía costarle entender aquella decisión.

—Señor, espero recibir con carácter inmediato una asignación de mando en esta

flota correspondiente a mi rango y antigüedad.

—En ese caso, lamento informarlo de que sus aspiraciones están fuera de lugar. —Geary intentó mantener la calma, pero notaba que cada vez se le tensaba más la voz—. Servirá a la Alianza del modo en que se estime necesario, al igual que cualquier otro oficial de esta flota.

—Pero... Yo...

—Gracias, comandante Vigory. Aprecio su voluntad de servir y cumplir con su deber para con la Alianza.

Terminada la conversación, Geary se reclinó y se tapó los ojos con una mano. Al instante siguiente sonó la alarma de la escotilla de su camarote. Estupendo, esta va a ser una mañana llena de emociones. Autorizó la entrada y se incorporó mientras Victoria Rione accedía al interior.

—Capitán Geary.

—Señora copresidenta. —Aquella sala había sido testigo de varios encuentros íntimos entre los dos, pero todo aquello formaba parte del pasado y ninguno quería hacer referencia a su antigua relación.

—Espero no llegar en mal momento —continuó Rione.

—Estaba intentando recordar el motivo por el que decidí rescatar a los prisioneros de la Alianza en Heradao —confesó Geary.

Rione dejó escapar una sonrisa fugaz.

—Porque tiene la mala costumbre de empeñarse en hacer lo correcto, incluso cuando el sentido común recomienda actuar de forma contraria.

—Gracias, supongo. ¿A qué se debe su visita?

—A los prisioneros de la Alianza liberados de Heradao.

Geary no logró reprimir un gemido.

—¿Qué ocurre ahora?

—Esta podría ser una buena noticia o, al menos, útil. —Rione dirigió la mirada hacia otra parte de la nave—. Ayer, después de que nos dejaran a solas, el comandante Fensin me confesó que lo mejor que podrían haberle dicho era lo que su capitana le dejó claro, pues le recordó cuáles eran sus responsabilidades como oficial de la Alianza y le ordenó que debía actuar de acuerdo a las mismas. —Hizo una pausa antes de proseguir—. Por lo que Kai Fensin dijo, él y los demás presos de Heradao llevaban mucho tiempo sin que un líder respetable les hiciera seguir adelante para alcanzar un objetivo. Cree que a todos ellos les vendría bien que les hablaran como su capitana se dirigió a él.

Geary se abstuvo de recordarle que «su capitana» tenía un nombre y que Desjani no era «suya» en ningún sentido.

—Parece bastante lógico. No están acostumbrados a tener oficiales veteranos a los que respeten o cuyas órdenes estén dispuestos a acatar.

—Kai sugirió que tal vez a usted no le importaría informar sobre esto a otros miembros de la flota, para que puedan tratar del modo apropiado a los otros exprisioneros. En ese sentido, no son como los que liberamos de Sutrah.

—Gracias —repitió Geary—. Creo que el comandante Fensin tiene razón.

—Sí, y su capitana también. Me equivoqué al empeñarme en protegerlo.

—No se martirice por eso. Desjani y Fensin están preparados para superar este tipo de problemas. —Rione asintió con la cabeza en silencio—. ¿Cómo se encuentra?

La copresidenta le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Por qué lo pregunta?

—Pareció alegrarse mucho al reencontrarse con el comandante Fensin.

Los ojos de Rione echaban chispas.

—Si se refiere a que...

—¡No! —Geary levantó las palmas de las manos como gesto de disculpa—. No es eso lo que quiero decir. Es solo que parece que verlo le ha venido bien.

Rione se calmó tan rápidamente como se acaloró.

—Sí, me trajo muchos recuerdos... de la vida que llevaba antes.

—Lo suponía. —No quiso decirle que Desjani también se había percatado de ello.

—¿Ah, sí? —Rione inclinó la cabeza por un momento—. A veces me preguntó qué ocurrirá si mi marido sigue vivo y un día nos reencontramos. A lo largo de los años transcurridos desde que se marchó, he cambiado en muchos aspectos: me he vuelto más dura, me he hecho más fuerte y... Ya no soy la mujer que un día dejó atrás.

—Yo he visto a esa mujer. Cuando se encontró con Kai Fensin.

—¿De verdad? —Rione suspiró—. Entonces, quizá todavía haya esperanza para mí. Puede que esa mujer aún no haya muerto, después de todo.

—Desde luego que no, Victoria.

Rione levantó la mirada y lo escrutó con una sonrisa aviesa en los labios.

—Esta es una de las pocas circunstancias en las que está autorizado a llamarme así, John Geary. Gracias. He dicho lo que necesitaba decir. —Se encaminó hasta la escotilla, pero se detuvo antes de salir, de espaldas a su confidente—. Por favor, dele las gracias a su capitana de mi parte por hablar con el comandante Fensin. Le estoy muy agradecida. —Acto seguido, salió y la escotilla se cerró tras ella.

Geary redactó un mensaje para informar a los capitanes de las naves de la flota que debían mostrarse firmes con los exprisioneros de Heradao, y que les asignaran distintas tareas lo antes posible. Después de enviarlo, se reclinó en su asiento y continuó mirando el visualizador estelar.

Apenas quedaban dos días para que la flota llegase al punto de salto hacia Padronis. La situación en ese sistema estelar sería tranquila, pues no se había detectado presencia síndica. En ese sentido, Atalia, el siguiente y último sistema

estelar síndico que debían atravesar, también debería ser una zona de tránsito fácil, a pesar de la población humana all  presente. Si los servicios de Inteligencia de la Alianza no estaban equivocados, los síndicos ya habrían agotado todos sus recursos, y no dispondrían de suficientes buques de guerra para impedir el regreso a casa del resto de la flota.

 Podr a relajarse, al fin?

Cinco minutos más tarde, el teniente  ger lo llamó desde la sección de Inteligencia para citarlo con carácter de urgencia.

## Capítulo 7

Cuando el teniente Íger lo llamaba desde la sección de Inteligencia, solía ser por un motivo interesante y, en ocasiones, incluso sorprendente. Por la experiencia de Geary, las sorpresas nunca eran agradables, pero, por lo general, las malas noticias terminaban siendo las más importantes.

Cuando Geary se personó en la sección, Íger parecía descontento, así que supuso que, nuevamente, el teniente le tenía preparada una noticia que no le agradaría en absoluto.

—Teniente, dígame que la guerra civil que se está librando en este sistema estelar no va a causarnos más problemas.

—Esto... sí, señor. Esta guerra no tiene por qué seguir afectándonos, señor. Se trata de un problema que nada tiene que ver con eso.

—Oh, estupendo. ¿Es muy grave?

—Sí, señor. Mucho.

Geary se frotó la nuca y empezó a notar en las sienes un incipiente dolor de cabeza.

—Muy bien. Lo escucho.

—Capitán Geary, hemos estado analizando las comunicaciones que los síndicos intercambian en este sistema estelar —informó Íger—; es decir, los mensajes que estaban en tránsito cuando llegamos aquí. Se trata de un proceso estándar: identificar los patrones de tráfico y los mensajes relevantes para intentar desbloquearlos y descifrarlos en la medida de lo posible. Lo primero que advertimos es que el porcentaje de mensajes de máxima prioridad enviados es mucho mayor de lo habitual; quiero decir, antes de que la autoridad central se colapsara.

Geary asintió. Las limitaciones propias de la velocidad de la luz podían suponer un inconveniente, pero no cuando lo que querías era interceptar mensajes enviados días u horas atrás, antes de que alguien supiera que el enemigo iba a llegar a un determinado sistema estelar. Esos mensajes seguían viajando hacia el exterior a la velocidad de la luz, y podían ser detectados.

—¿Alguna idea de cuál puede ser su contenido? Los síndicos conocían la posibilidad de que viniéramos aquí, de modo que esa podría ser una explicación.

—No, señor, no es tan sencillo. Hemos logrado desbloquear una parte de los mensajes de alta prioridad interceptados hasta el momento. —Íger se giró y pulsó diversos mandos para desplegar una serie de líneas de información—. Las hemos trazado a partir de las transmisiones de voz y de diversos tipos de mensajes de texto. Esta clase de comunicaciones informales suele ser la más útil, ya que los interlocutores se pueden expresar con mayor espontaneidad. En estos mensajes se hacen múltiples referencias a algo que no habíamos visto nunca. Como aquí, y aquí, y



también en este.

Geary leyó las líneas que le señalaba el teniente y frunció el ceño.

—¿Una flotilla de reserva? ¿Había oído a los síndicos utilizar esa expresión con anterioridad?

—No, señor. Una consulta a la base de datos de los servicios de Inteligencia arrojó tan solo tres referencias a esta expresión en distintos informes sobre los síndicos, elaborados a lo largo de las últimas décadas. No existen datos reales, solo una identificación del uso de la expresión «flotilla de reserva» por parte de los síndicos, de manera que no es posible determinar de qué se trata. —Íger señaló otra línea—. Esta es una solicitud de suministros. Conseguimos desbloquear una buena parte de este mensaje porque sabemos cómo formatean los síndicos este tipo de peticiones y, por lo tanto, estábamos seguros de lo que debían significar determinadas secciones. Estos fragmentos son segmentos de la solicitud, y aquí tenemos una muestra de la petición que se suponía que Heradao debía proporcionar. Una característica de los síndicos es que utilizan un sistema de logística muy rígido. Si quieres proporcionarle alimentos a un crucero de batalla de clase D durante sesenta días, solicitas una cantidad X de esto, una cantidad Y de lo otro y así.

—Se diría que manejan cantidades desmesuradas de X y de Y —comentó Geary mientras leía la solicitud interceptada.

—Así es, señor. —Íger exhaló un largo suspiro—. Suponiendo que se trate de un suministro estándar para sesenta días, algo muy habitual entre los síndicos, y de una agrupación normal de unidades, esta solicitud serviría para abastecer a una fuerza de entre quince y veinte acorazados, unos quince o veinte cruceros de batalla y entre cien y doscientos cruceros pesados, cruceros ligeros y naves de caza asesinas.

Geary se vio asaltado por varias emociones al mismo tiempo, algunas bastante negativas. ¿Cómo podía existir todavía una fuerza síndica tan numerosa? Su flota había combatido heroicamente y había sufrido múltiples bajas, y parecía que el camino a casa estaba despejado... hasta ese momento. Intentó centrarse en las preguntas más constructivas.

—¿Seguro que todo esto no guarda ninguna relación con las tropas que acabamos de eliminar?

—Seguro, señor. Es imposible. Se estaba enviando al exterior del sistema estelar.

—¿Está sugiriendo que existe una fuerza síndica tan numerosa y que se encuentra en un sistema estelar no muy alejado de este?

—Sí, señor. —Geary no podía ignorar las palabras de Íger; el teniente nunca se andaba con rodeos a la hora de dar malas noticias.

—¿Cómo? ¿Cómo es posible que los síndicos cuenten con una fuerza tan descomunal sin que nuestros servicios de Inteligencia se hayan dado cuenta?

Íger matizó de nuevo.

—Tan solo es una suposición, señor, pero me temo que muy acertada. En una parte del tráfico de mensajes que creemos que guarda relación con la flotilla de reserva se mencionan dos sistemas estelares síndicos: Surt y Embla.

—¿Surt? ¿Embla? —Aquellos nombres le resultaban ligeramente familiares, aunque no recordaba muy bien por qué—. No consigo recordar dónde se ubican.

—Se encuentran muy lejos del espacio de la Alianza —explicó Íger mientras se acercaba al visualizador estelar que tenía junto a él—. Aquí, en la frontera síndica más alejada de la Alianza.

De pronto, todo tenía sentido.

—Una flotilla de reserva, mantenida como medida de seguridad en la frontera síndica para enfrentarse a los alienígenas si estos decidían atacarlos.

—Exacto, señor —convino Íger—. Esa es la interpretación más lógica. Una fuerza emplazada lo bastante lejos de la Alianza para que no pudiéramos detectarla y, así, no llegar nunca a saber de su existencia. Pero ahora al enemigo le preocupa tanto que volvamos a casa con una llave síndica de hipernet que se ha visto obligado a trasladar la flotilla para tratar de detenernos.

—Maldita sea. Esto nos viene muy mal.

—Mucho, señor.

—¿Alguna idea de dónde podrían estar ahora? —preguntó Geary sin apartar la vista del visualizador estelar.

—No muy lejos de aquí —sugirió Íger—. En teoría, en algún sistema estelar que se encuentre a uno o dos saltos de distancia. O, al menos, habrán estado a esa distancia hace muy poco.

—¿Kalixa, tal vez? Era uno de los destinos que barajábamos cuando estábamos en Dilawa. Allí podrían haber defendido la puerta hipernética; de ese modo, la puerta les permitiría cambiar de posición rápidamente en el caso de que al final no nos dirigiéramos a Kalixa.

Íger asintió.

—Es una teoría muy coherente, señor, pero las naves de guardia que salgan de aquí no tardarán en llegar a Kalixa, donde darán el aviso de que partimos hacia Heradao, de modo que podrían trasladarse a un sistema estelar desde el que cortarnos el paso.

Así que todavía quedaba una gran batalla que librar, tal vez con una fuerza veterana bien abastecida de células de combustible y armamento. La ira que este cambio de suerte despertó en Geary se aplacó cuando pensó en lo que podría haber ocurrido si la flota de la Alianza se hubiera encontrado con la flotilla síndica de reserva sin saber siquiera de su existencia.

—Teniente Íger, usted y sus hombres han realizado un trabajo excelente. Esta es una información de carácter decisivo. Bien hecho.

Íger se llenó de orgullo.

—Gracias, señor. Me aseguraré de trasladarle su felicitación a todo el equipo de los servicios de Inteligencia. —En ese momento, el oficial de Inteligencia pareció inquietarse—. Señor, sé que nuestra prioridad es preocuparnos por las consecuencias que esto podría suponer para nosotros, pero, si el enemigo lleva quién sabe cuánto tiempo manteniendo una gran fuerza a lo largo de su frontera, junto con lo que quiera que sean esos alienígenas, debe de tener una buena razón para desconfiar de lo que estos puedan hacer. ¿Y si los alienígenas descubren que la flotilla de reserva ha abandonado la frontera?

—Buena pregunta, teniente, pero estoy seguro de que ya se han dado cuenta. —Geary señaló los símbolos de las puertas hipernéticas—. Si los alienígenas pueden redirigir las naves situadas dentro de una hipernet, podemos deducir que saben cuándo las naves están utilizando esa hipernet, y la única forma de que la flotilla de reserva pudiera llegar tan lejos en un período de tiempo razonable es utilizando la hipernet síndica.

—Entonces saben que tienen una oportunidad única. —Íger se mordió el labio—. Y si destruimos la flotilla de reserva, algo que tendremos que hacer si nos cruzamos con ella, les estaremos allanando el camino.

Geary estudió el territorio de los Mundos Síndicos representado en el visualizador estelar e imaginó lo que podría ocurrir si los líderes síndicos perdían el control de los sistemas estelares disidentes, si su flota se volvía durante un tiempo demasiado débil para defender el espacio síndico y si los alienígenas decidían atacar en ese momento. Por lo que Geary sabía de historia, los imperios solían ser tan grandes como su capacidad de mantener bajo control a la población. Cuando la perdían, no tardaban en venirse abajo, y los Mundos Síndicos, excepto por su nombre, conformaban un auténtico imperio.

Debía destruir la flotilla síndica de reserva para poder llevar a casa a su flota, pero sabía que, al hacerlo, podría provocar que muchos sistemas estelares controlados por los síndicos terminasen igual que Heradao.

—¿Señor —preguntó Íger interrumpiendo la meditación de Geary—, tenemos alguna idea de cuáles pueden ser las intenciones de los alienígenas?

—No, teniente. Solo podemos hacer conjeturas basándonos en los pocos indicios que tenemos. Tampoco sabemos cuáles son sus capacidades, que son tan importantes como sus intenciones. Seguimos sin conocer prácticamente nada acerca de esos alienígenas. Teniente Íger, si nos topamos con esa flotilla de reserva, necesitaremos capturar a tantos oficiales síndicos veteranos como podamos, para averiguar lo que saben. Estoy seguro de que estarán al corriente de todo aquello que los síndicos hayan conseguido averiguar sobre los alienígenas.

—Es lo más probable, señor —convino Íger—. Aunque le sorprendería saber que

hay quien se esfuerza por mantener los secretos y procura que ese tipo de información importante no llegue a quienes más la necesitan por miedo a que termine filtrándose.

—¿Se trata de una práctica habitual? Qué digo, claro que sí. Quizá fue eso lo que ocurrió cuando los onagros persas originales se pusieron a hacer ruido.

Había llegado el momento de celebrar una nueva reunión de la flota. Geary ya no detestaba aquellas juntas como antes, pero no le cabía la menor duda de que algunos de los oficiales cuyas imágenes se mostraban alrededor de la mesa virtual estaban conspirando contra él y contra varias naves de la flota. No obstante, la mayoría de los oficiales al mando se mostraban animados, tanto por la última victoria como porque pensaban que dentro de poco estarían en casa.

Por desgracia, aquel también era el momento de darles la mala noticia.

—Le he pedido al teniente Íger, de los servicios de Inteligencia, que nos acompañe y sea él quien los informe acerca de algo de lo que hemos estado hablando. —Mientras se sentaba, le hizo un gesto con la mano a Íger para cederle la palabra. Y, como ya sabía lo que el teniente iba a decir, se centró en observar la reacción de los convocados.

La alegría previa dio paso a la incredulidad y esta, a un sentimiento generalizado de rabia.

El capitán Armus se encargó de formular la pregunta que todos se estaban haciendo.

—¿Cómo han podido equivocarse tanto los servicios de Inteligencia?

Fue Geary quien respondió.

—Tal como me explicó el teniente Íger, la flotilla de reserva se había mantenido tan alejada del espacio de la Alianza que no se pudo detectar ningún rastro de su existencia.

—¿Por qué? —preguntó el oficial al mando del *Arrojado*—. Estamos hablando de un gran número de naves que los síndicos podrían haber utilizado en distintas ocasiones. ¿Por qué dejarlas apartadas en la frontera del espacio síndico más alejada de la Alianza?

—Solo podemos hacer conjeturas —contestó Geary. En realidad le estaba diciendo la verdad; todo lo que se sabía de los alienígenas de aquella región del espacio síndico eran meras especulaciones—. El caso es que eso es lo que hicieron, y ahora parece que han traído esa flotilla hasta aquí.

—¿Dónde están? —le preguntó a Íger el oficial al mando de la *Dragón*.

—Creemos que deben de encontrarse a un salto o dos de Heradao.

Geary activó el visualizador estelar y lo centró en esa región.

—Cuando llegamos a Heradao, la capitana Desjani y yo nos preguntamos por qué la flotilla síndica emplazada aquí habría dejado despejado el camino hacia Kalixa. Tal

vez fuera porque la flotilla de reserva nos esperaba allí. Si hubiéramos seguido ese camino, la flotilla síndica nos habría seguido y nos habríamos visto atrapados entre dos potentes fuerzas enemigas.

—La clásica estrategia síndica —gruñó el capitán Badaya—. ¿Cuánto tiempo esperarán en Kalixa para ver si aparecemos?

Desjani señaló el visualizador.

—Una nave de caza asesina síndica que había detenida en el punto de salto hacia Kalixa saltó hacia allí después de que derrotásemos a la flotilla aquí emplazada. Hay otra cerca de ese punto de salto que está esperando a ver qué camino tomamos y, por supuesto, también hay dos naves de caza asesinas en las proximidades del punto de salto hacia Padronis.

Badaya estudió las imágenes del visualizador y asintió.

—Atalia. Lo sabrán cuando saltemos hacia Padronis; se darán cuenta de que no podemos llegar a Kalixa desde Padronis, así que se dirigirán hacia Atalia, porque saben que tenemos que ir por ese camino, e intentarán detenernos allí.

—Es una teoría muy razonable —observó Geary—. El teniente Íger y yo llegamos a la misma conclusión.

—Se diría que estamos quitando importancia a errores que son muy graves —dijo la capitana Kila en un tono moderado que contrastaba con su acusación—. ¿Cómo es posible no haber detectado una flotilla síndica compuesta, en parte, por veinte acorazados y veinte cruceros de batalla? —El teniente Íger, visiblemente incomodado por el comentario, quiso responderle—. No, teniente. No me interesan sus excusas. Si fuera un oficial de línea, lo habrían relevado ya por causa grave y...

—¡Capitana Kila! —intervino Geary con tal firmeza que la capitana se calló de inmediato—. El teniente Íger trabaja para mí, no para usted. De no haber sido por su esfuerzo y el de sus subordinados, ni siquiera sabríamos de la existencia de esa flotilla.

Kila le lanzó una mirada gélida.

—¿Quiere decir entonces, capitán Geary, que no le parece correcto responsabilizar de sus errores a quien se equivoca?

Geary notó como si se rompiera algún mecanismo dentro de él.

—De ser así, capitana Kila, debería responsabilizarla a usted por la pérdida del crucero de batalla *Oportuna*.

Un silencio sepulcral se apropió de la sala al completo.

Geary vio de soslayo que Desjani le recomendaba con los ojos que se contuviera. Sabía lo que la capitana le diría en voz alta si pudiera: «No puede enfrentarse a una oficial de esta flota por ser demasiado agresiva. Ninguno de sus oficiales lo aprobaría, ni siquiera en estas circunstancias».

Kila parecía haberse quedado pensando la respuesta adecuada.

El capitán Cáligo tomó la palabra antes de que Kila consiguiera reaccionar.

—Ahora debemos centrarnos en el futuro, no en el pasado. El enemigo son los síndicos, no los oficiales de esta flota.

Aunque sus palabras no revelaban nada nuevo, quizá, precisamente por eso, consiguieron aliviar la tensión que se respiraba en la sala.

—Cáligo tiene razón. No importa de dónde salieran los síndicos —declaró el capitán del *Vengativo*—. Nos encontraremos con ellos en Atalia, y eso es lo único que debería preocuparnos ahora mismo.

Geary respiró hondo.

—De acuerdo. Nos espera una última batalla antes de saltar hacia Atalia desde Padronis. Lo peor que podría pasarnos es que tuviéramos que luchar nada más alcanzar la salida, pero los síndicos no parecen seguir utilizando esa táctica. Cuando dispongamos del tiempo necesario para evaluar sus posiciones y su formación, entraremos y acabaremos con ellos.

—Apenas dispondremos de células de combustible —recordó Tulev—. No pudimos evitar la pérdida de la *Trasgo*, y eso empeoró mucho las cosas.

—Lo sé. Eso significa que ganaremos a pesar de nuestra situación logística. —En aquellas circunstancias, sus palabras resultaban muy inspiradoras, aunque no dejaran de ser banales. En cualquier caso, no se le ocurría nada mejor que decir.

—Somos mejores que ellos —añadió Desjani con un tono templado—. Podemos combatir con más inteligencia y mayor dureza. —Los oficiales que ocupaban la mesa empezaron a animarse al escucharla. Badaya la miró con un gesto de aprobación del que la capitana no pareció darse cuenta. Kila le arrojó su mirada más desdeñosa, pero Desjani también ignoró su expresión—. Venceremos de nuevo porque, además, combatimos guiados por un líder contra el que los síndicos no pueden presentar un rival digno.

Su discurso caló hondo. Incluso Tulev esbozó una sonrisa.

—Esto último no puedo discutirlo. Teniendo en cuenta su historial de batallas contra el enemigo, confío plenamente en el capitán Geary.

—Gracias —dijo el comandante de la flota—. Ahora todos conocen la situación a la que nos enfrentamos. Neutralizaremos a esta flotilla síndica igual que hemos hecho con todas las flotillas enemigas que se han cruzado en nuestro camino anteriormente. Creo que no hay muchas posibilidades de que esa flotilla de reserva se encuentre en Padronis, pero, por si acaso, también estaremos preparados cuando lleguemos allí. Volveré a verlos de nuevo en Padronis.

Una vez que todas las presencias virtuales se hubieron desvanecido y el teniente Íger se hubo marchado de la sala, apresuradamente y con un alivio mal disimulado, Geary se giró hacia Desjani y se encogió de hombros.

—Lo siento, he perdido los nervios con Kila.

—Es lo que ella pretendía —señaló Desjani—. Señor, no olvide que es una enemiga, por lo que, al tratar con ella, debe seguir las mismas reglas que con los síndicos. No deje que le tienda una emboscada.

—De acuerdo. Lo entiendo. La próxima vez que vaya a decir una estupidez, no dude en darme una buena patada.

Desjani enarcó las cejas.

—Sin duda, así conseguiría atraer unas cuantas miradas más. De hecho, parece que últimamente me gano muchas cada vez que abro la boca.

—Sí, tiene razón. Será mejor que se limite a lanzarme con discreción esa mirada suya que dice «no siga por ese camino».

—¿Tengo una mirada que dice «no siga por ese camino»?

—Oh, ya lo creo que sí. No finja que no sabe de lo que le hablo.

—No tengo ni idea. —La capitana se encaminó hacia la escotilla—. En cualquier caso, tenga cuidado con lo que dice de Kila. Está esperando el menor motivo para atacarlo.

—Solo una cosa más. —Desjani se detuvo—. La copresidenta Rione me pidió que le diera las gracias por la forma en que se dirigió al comandante Fensin. Le vino muy bien.

Desjani se encogió de hombros.

—Solo hice mi trabajo, señor. De cualquier manera, me alegro de haber sido de ayuda para el comandante Fensin.

—¿Quiere que le traslade su respuesta a la copresidenta? —dijo Geary con la esperanza de que las dos mujeres limaran sus asperezas.

—No, señor. No quisiera que se viera obligado a hablar con ella en mi nombre.

Geary se quedó observándola mientras se alejaba, consciente de que la enemistad entre ambas mujeres surgió, en parte, por su culpa, y que a aquel enfrentamiento sí que no sabía cómo ponerle fin.

Aún quedaba una cosa que hacer antes de que la flota abandonase Heradao. Ya había tenido lugar en todos los sistemas estelares en los que la flota había combatido, aunque eso no lo hacía más fácil. Geary vestía un uniforme de gala y estaba firme en la dársena del transbordador, ante una guardia ceremonial de marines y tripulantes ataviados también con sus trajes más formales. Todos los presentes lucían en el brazo izquierdo una cinta negra con amplios ribetes dorados.

Geary carraspeó y procuró hablar con un tono sereno.

—Toda victoria tiene su precio. En este sistema estelar hemos perdido a muchos compañeros que lucharon por su hogar y su familia, por aquello en lo que creían, por los amigos que combatían junto a ellos. Ahora es el momento de despedir a quienes cayeron con honor en el campo de batalla. Honremos su recuerdo y brindemos todo nuestro apoyo a los que dejan detrás. Sus espíritus han partido ya al encuentro de sus

ancestros y, ahora, sus cuerpos serán confiados a una de las balizas que las estrellas del firmamento han puesto a nuestra disposición. Desde aquí les elevamos nuestro agradecimiento y nuestras oraciones.

La capitana Desjani dio un paso hacia delante, con rostro inmutable, y giró sobre sus talones para colocarse de cara a los marines.

—¡En ristre! —Los marines alzaron sus armas—. ¡Fuego! —Los fusiles, configurados con el nivel de descarga más bajo, liberaron hacia lo alto un abanico de luces intermitentes—. ¡Fuego! —Más destellos—. ¡Fuego!

Desjani retrocedió.

Geary se volvió para mirarla.

—Que los restos de los honorables caídos inicien su último viaje.

Desjani lo saludó y giró de nuevo sobre sus talones para transmitir la orden a todas las naves de la flota que habían sufrido bajas.

La flota de la Alianza liberó a los fallecidos. Centenares de cápsulas contenedoras de cadáveres; toda una flotilla de difuntos que partía hacia la estrella Heradao.

Geary podía escuchar a Desjani rezando en voz baja, así como el murmullo de las plegarias de los que lo rodeaban. Guardó unos instantes de silencio, susurrando algunas palabras que dirigió a sus ancestros por los que ya no estaban, y, finalmente, dio la orden que concluía la ceremonia.

—¡Rompan filas!

Los marines y los tripulantes, junto con otros que también habían asistido a la ceremonia, se fueron disgregando poco a poco. Geary permaneció en silencio, con los ojos fijos en una gran pantalla que mostraba la multitud de cápsulas fúnebres que se iban alejando de la flota.

Desjani se acercó a él.

—Siempre es la parte más dura —comentó—. Decir adiós.

—Sí, me gustaría haberlos podido llevar a casa para darles sepultura en su mundo natal.

La capitana hizo un gesto negativo.

—No es nada práctico. Habríamos tenido que adornar con guirnaldas fúnebres el exterior del casco de las naves, lo cual no serviría para honrarlos. En cambio, enviándolos al abrazo de una estrella, podemos despedirnos de ellos de la manera más digna.

—En mis tiempos, no era muy frecuente celebrar funerales en el espacio —dijo Geary—. Aunque es cierto que tampoco teníamos que despedirnos de tantos caídos.

—Es el lugar más apacible que se puede imaginar —insistió Desjani mientras se ponía una mano sobre el corazón—. Todo lo que somos procede de las estrellas. Ahora, los caídos regresan a su origen, y, algún día, ese astro despedirá los elementos que lo componen, tal como las estrellas vienen haciendo desde el principio. Y, con el



tiempo, esos elementos se combinarán para dar origen a nuevas estrellas, nuevos mundos y nuevas vidas. «De las estrellas venimos —citó—, y a las estrellas regresaremos.» Este es un buen final, el mayor honor que podemos rendirles a los que cayeron junto a nosotros.

—Tiene razón. —Ni siquiera quienes menos creyeran en la utilidad del Ejército podrían rebatir la verdad contenida en las palabras de Desjani, y, aunque a Geary le desconcertaba la escala de tiempo que se necesitaba, también lo reconfortaba formar parte de un ciclo eterno simbolizado por las franjas doradas que ribeteaban el brazalete de luto que llevaba. Luz, oscuridad y, de nuevo, luz. La sombra era tan solo un intervalo.

—Y no olvide nunca —añadió Desjani— que de no haber sido por usted, todos los miembros de esta flota habrían muerto ya o estarían prisioneros en un campo de trabajo síndico, sin nada que esperar de la vida, excepto morir lejos de sus seres queridos.

—No lo hice yo solo. No podría haberlo conseguido sin el esfuerzo y el coraje de todos esos hombres y mujeres. Pero se lo agradezco. Me da muchas fuerzas cuando más las necesito.

—No hay de qué. —Por un instante, la capitana posó su mano sobre el brazo de Geary, cerca del brazalete de luto, y, después, se marchó sin decir nada.

Geary permaneció en la dársena un rato más, viendo las cápsulas alejarse en su viaje hacia la estrella.

Horas más tarde, la flota de la Alianza inició el salto hacia Padronis, dejando sumidas en la guerra civil a las ciudades de los distintos planetas de Heradao, que, poco a poco, se iban perdiendo en la lejanía.

Padronis, otro sistema estelar que los humanos habían abandonado, no tenía nada que pudiera interesar a la flota de la Alianza. Geary sacudió la cabeza mientras examinaba las valoraciones de los sensores de la flota sobre lo que los síndicos habían dejado en una pequeña estación de salvamento cuando se marcharon de la estrella. Allí no quedaba nada por lo que mereciese la pena ralentizar la marcha de ninguna de sus naves.

Tampoco esperaban otra cosa. Padronis era una enana blanca que brillaba solitaria en la inmensidad del espacio, sin el séquito de planetas y asteroides que solían encontrarse orbitando alrededor de las estrellas. Al igual que otras enanas blancas, de vez en cuando Padronis acumulaba demasiado helio en sus estratos exteriores y originaba una nova, momento en el que se desprendía de aquellos estratos y multiplicaba la intensidad de su brillo durante un breve período de tiempo. Aquellas novas ocasionales no ejercían un efecto muy positivo sobre los cuerpos que alguna vez estuvieron cerca de Padronis. Por tanto, hacía ya mucho tiempo que los planetas y demás astros habían sido reducidos a simples fragmentos y arrojados al vacío

interestelar, así que ahora, en la órbita de Padronis, solo quedaban aquellas instalaciones síndicas, de construcción relativamente reciente y, en la actualidad, abandonadas. Algún día, Padronis volvería a generar una nova, con lo cual aquellas instalaciones también desaparecerían, pero los sensores de la flota, después de analizar la capa más superficial de la estrella, habían concluido que ese día todavía quedaba demasiado lejos como para preocuparse por ello.

—Imagine ser uno de los tripulantes de esa cosa —le dijo Geary a Desjani al tiempo que señalaba las instalaciones síndicas abandonadas que mostraba su visualizador—. Tuvieron que construir una estación de emergencia aquí porque eran muchas las naves que transitaban por medio de los sistemas de salto, aunque los que la ocupaban debían de sentirse como si los hubieran abandonado a su suerte. No creo que haya un sistema estelar más desamparado que este.

La capitana oscureció su expresión y asintió con la cabeza.

—Solo caer en un agujero negro podría ser peor, aunque eso es algo que únicamente podría ocurrirles a los científicos más fanáticos. Apuesto a que todos los tripulantes que destinaron a esas instalaciones eran criminales. Ir a un campo de trabajo durante años o ir a Padronis. Me pregunto cuántos se decantarían por el campo de trabajo.

—Creo que yo lo habría elegido. —Geary estaba a punto de decir algo más cuando su visualizador parpadeó antes de apagarse por completo al tiempo que las luces del puente del *Intrépido* se debilitaban.

—¿Qué ocurre? —preguntó Desjani a los operadores del puente mientras forcejeaba con sus mandos para obtener, sin éxito, diversos informes de estado.

—Suspensión de emergencia del sistema —informó uno de los consultores con asombro—. Por lo que sé, todas las funciones de la nave se han desactivado, excepto los sistemas de seguridad auxiliares.

—¿Por qué?

—Causa desconocida, capitana. He... Un momento. Los ingenieros están utilizando el sistema de comunicaciones activado por sonido para informarnos. Dicen que el núcleo energético sufrió un bloqueo de emergencia. Lo están evaluando todo antes de restaurar los sistemas.

Desjani apretó los puños.

—¿Qué puede haber causado un bloqueo de emergencia?

El consultor de ingeniería, débilmente iluminado por las luces de emergencia, parecía haberse quedado pálido.

—Todavía no se sabe. Gracias a las mismísimas estrellas, el núcleo consiguió desactivarse solo, capitana. Pero algo capaz de provocar un bloqueo de emergencia puede suponer un grave problema.

Geary rompió el silencio que se había producido tras el anuncio del consultor.

—¿Hemos evitado por los pelos un fallo del núcleo energético?

—Eso parece. La caída habría tenido consecuencias catastróficas. —Desjani miró con gesto sombrío a sus consultores—. Quiero los informes de estado completos de todos los departamentos lo antes posible, así como una estimación de los ingenieros del tiempo que llevará restaurar el núcleo.

—¿Podemos comunicarnos de algún modo con el resto de la flota? —preguntó Geary.

—Los sistemas de emergencia están activos, señor. Podemos comunicarnos por voz, pero no hay red de datos.

—Informen al resto de la flota de lo que nos acaba de ocurrir.

—Sí, señor. —El consultor de comunicaciones hizo una pausa antes de tomar aire de nuevo, estupefacto—. Señor, tenemos un mensaje del *Arrojado* en el que se informa de que la Loriga sufrió un fallo del núcleo energético al mismo tiempo que nuestro sistema entraba en suspensión. La Loriga ha quedado totalmente destruida. No hay rastro de supervivientes.

Que se produjera un fallo así en circunstancias normales era algo improbable pero no imposible. El hecho de que hubiera ocurrido dos veces al mismo tiempo solo podía significar que se trataba de un acto de sabotaje. Quienquiera que hubiera estado introduciendo gusanos en los sistemas de la flota había atacado de nuevo.

—¡Hijos de puta! —dijo Desjani entre dientes con las mandíbulas apretadas. Luego, elevando el tono, habló con lo que a Geary le pareció un control impresionante—. Informen a los ingenieros de que la causa probable del bloqueo de emergencia del núcleo energético es un gusano introducido en los sistemas operativos.

Todos los consultores se quedaron mirándola atónitos, hasta que el consultor de ingeniería asintió.

—Sí, capitana.

—Capitán Geary —dijo la consultora de operaciones—. El *Arrojado* solicita las instrucciones a transmitir al resto de la flota. ¿Han de mantener su posición respecto del *Intrépido* aunque su rumbo y velocidad varíen?

Por suerte, aquella era una decisión relativamente fácil. Maniobrar para restablecer la posición de una nave resultaría mucho menos costoso, en términos de consumo de combustible, que hacer que toda la flota se comportara igual que el *Intrépido* mientras sus sistemas de propulsión y maniobras permanecían inactivos.

—Dígale al *Arrojado* que se encargue de guiar a la flota hasta que el *Intrépido* restablezca el suministro energético.

Faltaban menos de veinte minutos para que el oficial de seguridad de los sistemas del *Intrépido* llamase al puente, pero a Geary le parecieron los veinte minutos más largos de su vida. Era fácil no darse cuenta de lo acostumbrado que estaba a mirar un

visualizador, y obtener una vista de todo lo que necesitaba controlar, hasta que los visualizadores dejaron de funcionar y no aparecía nada frente a su asiento de comandante de la flota, aparte de la sección del puente del *Intrépido* que se veía desde ese ángulo. Por supuesto, en un nivel tan profundo del casco del *Intrépido* no había ventanas físicas, y tampoco en los sectores exteriores. Aquel tipo de construcción servía para mantener la resistencia y la integridad de la estructura, pero, en situaciones como aquella, una sencilla ventana habría servido para mantenerse en contacto con el resto de la flota.

—Capitana Desjani, lo hemos encontrado —informó el oficial de sistemas, cuya voz sonaba extrañamente lejana al ser transmitida por el circuito de emergencia activado por voz—. El gusano intentó provocar un fallo por sobrecarga del núcleo, pero los sistemas de seguridad auxiliares consiguieron bloquear el núcleo primero.

—¿Tiene alguna idea de por qué los sistemas de seguridad auxiliares de la Loriga no consiguieron salvarla? —preguntó Desjani.

—Solo puedo hacer suposiciones, capitana. Los sistemas operativos son extremadamente complejos, de modo que todas las naves cuentan con uno un poco distinto al de las demás, aunque en teoría deberían ser idénticos. Es posible que los sistemas de seguridad auxiliares de la Loriga fuesen lo suficientemente distintos como para dar lugar a una diferencia crítica. O tal vez las instrucciones del intento de sobrecarga llegasen justo durante la fracción de milisegundo en que nuestros sistemas auxiliares estaban buscando algo parecido, y los de la Loriga no. No pretendo sugerir que los fallecidos cometieran una negligencia, pero cabe la posibilidad de que los encargados de los sistemas de la Loriga no hubieran modificado los sistemas de seguridad auxiliares recientemente. No hay forma de saberlo, y quizá nunca lo averigüemos, ya que entiendo que lo poco que queda de la nave no podrá revelarnos gran cosa.

Desjani cerró los ojos por un momento y recitó una breve oración. Geary comprendía cómo se sentía. El *Intrépido* había sobrevivido por los pelos.

—¿Está seguro —le preguntó la capitana al oficial— de que los sistemas han quedado completamente limpios?

—No hemos encontrado nada más, capitana.

—Eso no es lo que le he preguntado.

—¡Sí, capitana! ¡Quiero decir, no, capitana! Si quedase algún otro gusano, lo habríamos encontrado. Estoy completamente seguro.

Desjani curvó hacia arriba las comisuras de sus labios hasta formar una sonrisa apagada.

—Eso es exactamente lo que está haciendo. Asegúrese de que no queda ningún rastro de ese gusano y siga buscando posibles amenazas para nuestros sistemas. Avíseme cuando el ingeniero jefe y usted consideren oportuno reiniciar el núcleo

energético.

—Sí, capitana. El tiempo estimado es de otros quince minutos.

Desjani se reclinó en su sillón de mando y recorrió el puente con la mirada.

—Descansen. Todavía faltan quince minutos. Estén preparados para ponerlo todo en marcha cuando se restablezca el suministro energético.

Geary, que no podía distraerse ocupándose de los problemas que Desjani y su tripulación debían resolver en aquel momento, se quedó mirando fijamente al mamparo más cercano.

—Tenemos que encontrar a los responsables de esto —dijo por fin entre dientes para Desjani, movido por la frustración—. Esta vez han conseguido destruir una de nuestras naves.

—Pero ¿por qué la Loriga? —preguntó Desjani en voz baja—. ¿Tiene alguna teoría?

—Sí. —La comandante Gaes, la oficial al mando de la Loriga, fue quien avisó cuando el primer gusano se infiltró en el sistema. Conocía algo que, al parecer, quien introdujo los gusanos consideraba un exceso de información.

Desjani asintió con la cabeza sin dejar de mirar a Geary.

—Gaes se fue con Falco, pero ella lo apoyó a usted desde que la Loriga volvió a unirse a la flota. Los contactos que Gaes mantuvo con los oficiales disidentes debieron de serle de utilidad a usted.

—Así es. Según parece, yo no era el único que pensaba así.

—Capitán Geary, descubriremos quiénes son los culpables de esto —le prometió Desjani—. Alguien tiene que saber quién lo hizo, y seguro que está dispuesto a hablar.

Geary no estaba tan seguro de ello. Los gusanos programados para destruir de inmediato naves de la Alianza habrían suscitado protestas en cuanto el conocimiento de su existencia se extendiese más allá de un reducido círculo de personas, que ahora eran conscientes de que en el momento en que las desenmascarasen serían conducidas ante un pelotón de fusilamiento.

Después esperaron en silencio. Dado que solo funcionaban los sistemas de emergencia y las luces que seguían brillando lo hacían a baja intensidad, el puente comenzaba a parecer una pequeña jaula. Geary se preguntó si la temperatura estaría subiendo tanto como él se imaginaba y el aire empezaba a viciarse tanto como a él le parecía. Sabía, no obstante, que los sistemas de seguridad auxiliares mantendrían las funciones básicas durante mucho más tiempo del que había transcurrido desde el bloqueo del núcleo, así que se obligó a relajarse y a aparentar tranquilidad.

—Los sistemas del núcleo energético han sido saneados —indicó, por fin, el esperado mensaje—. Se confirma que no queda ningún rastro del gusano causante de la suspensión. Solicito permiso para reiniciar el núcleo energético.

—Hágalo —asintió Desjani con sequedad. Minutos más tarde, las luces del puente volvieron a encenderse y las hélices de los conductos de ventilación comenzaron a emitir un zumbido más fuerte. Menos de un minuto después, los visualizadores volvieron a activarse—. Llévenos de nuevo a nuestra posición —le ordenó al consultor de maniobras—. Es posible que nos hayamos desviado un poco respecto a las otras naves. Colóquese sobre el *Arrojado*, después continuaremos guiando la flota.

La reaparición de los visualizadores fue de gran ayuda. Geary empezaba a temer que hubieran perdido más naves y que nadie se lo hubiera dicho. Ahora podía estar seguro de que solo habían destruido la Loriga, aunque tampoco podía considerarlo una buena noticia. Al revisar los informes de la nave que estaba más próxima a la Loriga cuando esta explotó, no pudo reprimir un gesto de desolación.

—No hay supervivientes.

—Si los hubiera habido, tendrían que haber salido en las cápsulas de escape antes de la sobrecarga del núcleo —señaló Desjani—. Después no habrían sobrevivido durante mucho tiempo, una vez que el resto de la flota hubiera sabido lo que eso implicaba.

La capitana tenía razón, por supuesto, pero eso no hacía las cosas más fáciles. Tras respirar hondo, Geary ordenó que se desplegara una ventana de comunicaciones para enviar un mensaje a toda la flota.

—Les habla el capitán Geary. El *Intrépido* y toda su tripulación se encuentran a salvo. Estamos investigando las causas de la sobrecarga del núcleo de la Loriga y del bloqueo del núcleo del *Intrépido*. Si alguien tiene cualquier tipo de información acerca de estos incidentes, que se ponga en contacto conmigo de inmediato.

«Investigando», una palabra demasiado grande para referirse a un proceso del que no cabía esperar ningún resultado. Si los responsables de infiltrar el gusano habían actuado con la misma diligencia que cuando provocaron las infecciones anteriores, no habrían dejado ningún identificador gracias al cual poder rastrear el gusano hasta su origen. Consciente de ello, Geary tuvo que contenerse para no golpear el mamparo más cercano de pura frustración.

En lugar de eso, abrió su lista de mensajes, no con la esperanza de encontrar las respuestas que necesitaba, sino más bien en busca de algo que lo distrajera. Frunció el ceño al toparse con varias decenas de mensajes de alta prioridad que ya aguardaban en la cola. Debieron de llegar a la red de la flota mientras los sistemas del *Intrépido* estaban inactivos, de modo que no le traerían las respuestas a su solicitud de información. Tardaría una eternidad en revisarlos todos, y, al fin y al cabo, solo consistirían en preguntas del tipo «¿Qué ha ocurrido?» y «¿Se encuentran bien?».

En ese momento se quedó paralizado, con los ojos abiertos de par en par.

Uno de los mensajes incluía una etiqueta que indicaba que procedía de la Loriga.

—Capitana Desjani, ¿puede confirmarme la hora de la destrucción de la Loriga?  
—solicitó Geary.

La capitana lo miró extrañada, preguntándose, sin duda, por qué aquel dato era tan importante de repente.

—Nuestro núcleo energético entró en bloqueo de emergencia a las 14.12. Según los registros del sistema que nos envió el resto de la flota, la Loriga estalló... dos coma siete segundos después de las 14.12.

Geary relejó el mensaje.

—Tengo un mensaje de la Loriga cuya hora de transmisión indica las 14.15.

—¿Señor? —Desjani se colocó junto a Geary, se inclinó sobre su hombro para mirar su visualizador y pulsó algunos de los mandos que él tenía junto a su mano—. La red de comunicaciones de la flota indica que el mensaje se recibió para su transmisión después de las 14.14. Se envió al minuto siguiente. —La capitana se puso firme y miró iracunda al consultor de comunicaciones—. ¿Cómo es posible que el sistema de comunicaciones indique que se envió un mensaje desde la Loriga después de que la nave fuese destruida?

—Eso no es posible, capitana. Aunque su entrega se retrasara, el sistema lo registraría una vez el envío se realizase. —El consultor se mostró desconcertado por un momento; después, pareció comprender lo que ocurría y asintió con la cabeza—. El mensaje tuvo que ser apartado y ocultado dentro del sistema. Se supone que algo así no debe hacerse, pero existen distintos modos de conseguirlo. La Loriga, o alguien que viajaba a bordo de ella, envió el mensaje con antelación a la red del sistema de comunicaciones, pero lo mantuvo escondido bajo un protocolo para que el sistema no pudiera detectarlo hasta que se produjera un evento concreto, como la llegada de una hora determinada.

Geary sacudió la cabeza.

—¿Por qué iba la Loriga a hacer algo así? —Se le ocurrían múltiples razones por las que alguien que hubiera cometido algún error querría alterar la hora de envío de un mensaje, aunque no conseguía entender qué podría haber llevado a un tripulante de la Loriga a hacer algo así. Geary desplegó el mensaje y lo leyó de principio a fin. En realidad, el texto no consistía en un mensaje sino en una inmensa maraña de código.

—Capitana Desjani, ¿quién podría decirme qué es esto?

Desjani lo miró y pulsó algunos mandos más.

—Señor, con su permiso, solicitaré una valoración a mi oficial de seguridad de sistemas antes de enviar el mensaje a ningún otro destinatario. No sabemos qué podría contener.

En ese momento, Geary sintió una punzada de miedo y rabia.

—¿Podría ser este el gusano que ha estado a punto de aniquilarnos?

—No enviado de esta manera —contestó Desjani negando con la cabeza—. Los filtros y cortafuegos de esta sección del sistema de comunicaciones no permiten el paso de nada que esté activo. Enviar el gusano de esta manera sería como disparar contra la fotografía de un misil dirigido hacia nosotros en lugar de contra el verdadero misil, en el caso de que ese sea el contenido de este mensaje. Mi equipo de sistemas podrá confirmárnoslo.

La respuesta no tardó en llegar; el rostro del oficial de seguridad de sistemas de la capitana apareció en unas pequeñas ventanas que se mostraban en los visualizadores de Geary y de Desjani. La expresión del capitán de corbeta era de absoluto desconcierto.

—Señor, capitana... El mensaje de la Loriga corresponde al código del primer gusano, el que podría haber interferido con los sistemas de salto de todas las naves.

—¿Ese gusano procedía de la Loriga? —Geary sintió una profunda decepción. Confiaba en la comandante Gaes, llegó a darle una segunda oportunidad, y aun así...

—No, señor. El mensaje es una copia del primer gusano; todavía conserva la información de rastreo del sistema y la identidad de la nave remitente. No me explico por qué la Loriga tenía una copia. —El oficial de seguridad de sistemas del *Intrépido* tragó saliva nerviosamente—. Según los datos de la transmisión de la Loriga, el origen del gusano es la *Inspiradora*, señor.



## Capítulo 8

Geary notó que un escalofrío le recorría el cuerpo entero.

—¿Está seguro? ¿No cabe ninguna otra posibilidad?

—No si el mensaje es auténtico, señor. Podría tratarse de una simulación, por supuesto, aunque resultaría extremadamente complicado elaborar un registro falso de rastreo del sistema que pareciese original. Según parece, alguien que viajaba a bordo de la Loriga averiguó la procedencia del gusano y decidió introducir en el sistema de comunicaciones un mensaje con toda la información para que se enviara en caso de fallecimiento; de esta manera, si se registraba que el crucero había quedado destruido, el mensaje sería enviado.

Por tanto, la comandante Gaes sabía quién era el responsable, pero prefirió no revelar su identidad por motivos que ya nunca se conocerían. Sin embargo, también se aseguró de que, si alguien la quitaba de en medio, la verdad saliera a la luz.

Desjani se puso roja de ira.

—Este es motivo más que suficiente para llevar a Kila a la sala de interrogatorios y averiguar qué sabe acerca de todo esto.

—Sí —convino Geary sin dejar de pensar en la desaparición de la Loriga. Deseaba poner ya a la capitana Kila ante un pelotón de fusilamiento, pero, cuando fue a pulsar los mandos para ordenar a los marines de la *Inspiradora* que actuaran, una mano se interpuso entre la suya y los controles. En ese momento, Victoria Rione habló con contundencia.

—Todavía no. No querrán que se les escape.

Cuando se dio media vuelta, Geary se encontró con Rione y se preguntó cuánto tiempo llevaría en el puente escuchando su conversación con Desjani. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, la capitana intervino.

—Si queremos cogerla, tenemos que actuar lo antes posible —exclamó en voz baja—. ¡Esa mujer intentó destruir mi nave!

—¡Sé lo que pretendía hacer! —replicó airadamente la copresidenta utilizando el mismo tono—. ¡Escúchenme! Kila ha borrado sus huellas con una habilidad increíble. Es obvio que sus acciones incluyen una serie de medidas de prevención para eliminar todas las pruebas y a los posibles testigos, tal y como vimos en Lakota, cuando el transbordador en el que viajaban aquellos dos oficiales fue destruido. Debemos tenderle una trampa pensada con minuciosidad, pues seguro que tiene algún plan para salir de este tipo de situaciones.

Geary contuvo su impulso de buscar una venganza inmediata y admitió que el consejo de Rione estaba bien fundamentado.

—¿Qué sugiere? No podemos permitir que siga actuando.

—No. —Rione guardó silencio mientras pensaba—. Una hora. Es tiempo

suficiente para hacerle una encerrona. Convoque una reunión de la flota para dentro de una hora. Kila creerá que esta junta significa que usted sigue sin tener ni idea de quién puede ser el responsable de lo que le ha pasado a la Loriga y de lo que estuvo a punto de ocurrirle al *Intrépido*. Esperará que usted se limite a insistir, en vano, en que se ponga en contacto con usted todo aquel que sepa algo. Si conseguimos que hasta entonces no sepa que hemos conseguido estas pruebas, tendremos la oportunidad de prepararle una trampa de la que no podrá salir.

Desjani miraba a Rione con hostilidad, pero Geary podía ver que estaba pensando en algo. Entonces, la capitana asintió con sequedad.

—Me parece un buen consejo. Yo lo aceptaría, señor.

Con gesto hosco, Rione se dirigió a Desjani.

—Muchas gracias por su voto de confianza.

—Les recomiendo que no se olviden de quién es el verdadero enemigo —intervino Geary tratando de controlar sus emociones. No le cabía ninguna duda de que los consultores del puente ya habrían percibido que ocurría algo extraño entre su capitana, Rione y él. Debía evitar que empezasen a circular rumores relacionados con el mensaje por el que había preguntado antes—. De acuerdo, señora copresidenta. Prepárele esa trampa y avíseme si necesita cualquier cosa. Pero, antes, vuelva a lanzarle una mirada fulminante a la capitana Desjani y abandone el puente con paso airado, como si hubieran vuelto a discutir.

—De hecho, hemos vuelto a discutir. Incluso usted debería haberse dado cuenta. —Rione miró a Geary con una sonrisa inerte en los labios; después, deslizó los ojos hasta Desjani y se apartó ligeramente de ellos—. Les pido disculpas por pretender inmiscuirme en sus decisiones —dijo esta vez en voz baja, aunque seguramente los consultores aún podían oírla—. Pensé que debía estar al tanto de lo que provocó la pérdida del suministro energético de esta nave.

Desjani forzó una sonrisa formal para Rione.

—Cuando tenga más datos, me aseguraré de ponerlos en su conocimiento. Gracias, señora copresidenta.

Rione salió del puente con paso firme y Geary se puso de pie sin necesidad de fingir que volvía a sentirse frustrado. Quería encerrar a Kila en una celda sin tener que aguardar un solo segundo más; el instinto le exigía fusilarla en aquel mismo instante, pero no debía apresurarse. Rione tenía razón en cuanto a la necesidad de planear una emboscada. Debían asegurarse de que Kila no tuviera más oportunidades de destruir posibles pruebas ni de matar a los testigos que pudiera haber. Geary habló con claridad para los consultores que pudieran estar escuchándolo.

—Capitana Desjani, avíseme en cuanto alguien averigüe cualquier cosa sobre lo que pudo provocar la pérdida de la Loriga y el problema del *Intrépido*.

—Mi oficial de seguridad de sistemas está trabajando en ello, señor —contestó

Desjani con la voz temblando por la rabia contenida. Sin embargo, así era precisamente como su tripulación esperaba que se sintiera después de un intento de destruir su nave. Y si se preguntaban por qué otra razón podría estar furiosa, la conocida enemistad entre Victoria Rione y ella serviría, por el momento, para justificar su mal humor.

Geary envió un mensaje que convocaba a todos los oficiales al mando de la flota en una hora. Después, según salía del puente, se dio cuenta de que los consultores estaban haciendo todo lo posible para no llamar la atención de la capitana Desjani, que estaba sentada ante su visualizador con expresión grave. Geary se detuvo por un instante y recordó sus días de oficial subalterno, cuando adivinar el estado de ánimo del capitán y alejarse de este los días en que se levantaba de mal humor formaba parte del trabajo diario, sin importar cuál fuese la nave ni quién la gobernase.

Cuando Geary era oficial subalterno, mostrarse disconforme con las decisiones del comandante de la flota se consideraba un acto de insubordinación. Pero que un capitán de la flota conspirase contra un comandante hasta el punto de destruir los buques de guerra de la Alianza era algo impensable. A lo largo del último siglo habían cambiado muchas cosas a causa de la presión de una guerra que parecía no tener fin. Con todo, evitar a un capitán que estaba de mal humor seguía siendo una práctica habitual después de los cien años que había pasado en sueño de supervivencia. Quizá lo seguiría siendo después de mil años o más. Por mucho que cambiasen los tiempos, algunas tradiciones y costumbres sobrevivían a la presión de los conflictos y los acontecimientos.

Aquellas tradiciones y costumbres no siempre eran buenas o acertadas, aunque la idea le resultaba igualmente reconfortante.

Una hora más tarde se encontraba de nuevo en la sala de reuniones, donde se respiraba un ambiente más tenso que nunca. Geary se situó presidiendo la mesa y, mientras iban apareciendo las imágenes de los comandantes de las distintas naves de la flota, a la vez que la mesa y la sala parecían expandirse para acogerlos, procuró no mirar hacia el lugar donde se mostraría el rostro de la capitana Kila.

Desjani, la única persona convocada que había acudido físicamente, aparte de Geary, entró en la sala y se sentó junto a él. Lo miró a los ojos y asintió con la cabeza antes de fijar la vista en la superficie de la mesa. Geary podía sentir la tensión de la capitana, como si fuera una leona ansiosa por saltar sobre su presa pero obligada a reprimir su instinto cazador. Daba la misma impresión que transmitía cuando se preparaba para una pasada ofensiva sobre un buque de guerra síndico, aunque esta vez su objetivo era uno de los oficiales de la propia flota de la Alianza.

Para sorpresa y alivio de Geary, la imagen del capitán Duellos apareció junto a la de la capitana Crésida. Duellos había hecho limpiar y arreglar su uniforme. Aparte de la leve rigidez que afectaba a sus movimientos, nada evidenciaba todo lo que le había

pasado últimamente.

La imagen de la copresidenta Rione se desplegó entre los capitanes de las naves de la flota pertenecientes a la República Callas y a la Federación Rift. También miró a los ojos a Geary e inclinó la cabeza, si bien en su caso el gesto indicaba, además, que la trampa estaba tendida y lista para accionarse. La mirada de Rione sirvió también para avisarlo. «Como actor deja mucho que desear, y mentir se le da muy mal, capitán Geary», le había dicho la copresidenta hacía menos de media hora. «Se sentirá furioso, pero intente aparentar que dirige su rabia contra alguien cuya identidad desconoce. No diga nada acerca del primer gusano ni teorice sobre la procedencia del *software* malicioso hasta que reciba las señales que le indicarán que la trampa está lista. Si no menciona lo que sabemos, no tendrá que mentir, y tampoco dará la impresión de que no está diciendo la verdad.»

Existen defectos peores que la incapacidad de mentir de manera convincente, pensó Geary mientras esperaba a que se abrieran todas las imágenes de los convocados. Al menos, tenía a Rione a su lado para ayudarlo en aquellos momentos en los que, de no ser por ella, se vería obligado a ocultar la realidad. Geary supuso que los oficiales de la flota harían un gesto cómplice si alguna vez descubrían que necesitaba que una política le instruyese en el arte de eludir la verdad.

La coronel Carabali apareció con el mismo aspecto imperturbable de siempre, aunque también se tomó un momento para inclinar la cabeza hacia Geary, en un aparente gesto de saludo con el que, en realidad, quería decir que sus marines estaban preparados.

A continuación llegaron los últimos asistentes, en su mayoría oficiales al mando con relativamente poca experiencia asignados a los buques de guerra más pequeños y, por tanto, más lejanos, que no habían calculado con precisión el retraso con el que llegarían las transmisiones que viajaban a la velocidad de la luz entre sus naves y el *Intrépido*. Una vez que todos los convocados estaban presentes y en silencio alrededor de la mesa, Geary se levantó y comenzó a hablar con toda la serenidad de la que pudo hacer acopio.

—Uno de nuestros cruceros pesados, la Loriga, ha sido destruido y toda su tripulación ha sido asesinada por unos individuos para los cuales sus objetivos políticos son más importantes que la vida de los miembros de nuestra flota. —Rione fue quien le había sugerido aquellas palabras, con las que vinculaba a los responsables de la pérdida de la Loriga con el tipo de política que la flota detestaba—. El *Intrépido* también ha estado a punto de ser destruido.

El capitán Badaya golpeó con la mano la mesa que tenía ante sí, gesto que el *software* de conferencias tuvo la cortesía de incluir en el correspondiente sonido, como si Badaya hubiese aporreado de verdad la mesa del *Intrépido*.

—¡Traidores hijos de perra! ¿Cómo es posible que los miembros de esta flota que

sepan quién es el responsable de esto sigan sin decir nada?

—No lo sé —contestó Geary mientras escudriñaba el rostro de todos los oficiales. Se fijó en que Kila también miraba de un lado a otro, con una expresión de ira e indignación minuciosamente ensayada que le permitía esquivar, de paso, la mirada de Geary, y que este pudo apreciar—. Es la última oportunidad para todos los presentes que sepan algo. Dígnanos lo que saben o, de lo contrario, recibirán el mismo castigo que los responsables.

Nadie respondió.

—Me consta que hay quien no aprueba mis decisiones como comandante de esta flota —añadió Geary—. Una cosa es disentir y otra asesinar a miembros de la Alianza y destruir sus buques de guerra. Creo que todos tienen motivos más que suficientes para estar seguros de que cumpliré mi palabra. Es muy posible que quienes han destruido la Loriga sean también los que atacaron el transbordador en el que viajaban el capitán Casia y la comandante Yin, en el sistema estelar Lakota. Estos oficiales también fueron asesinados para impedir que hablasen. Quien sepa algo acerca de todo esto debería ser consciente de que su vida está en manos de alguien que prefiere matar a arriesgarse a que lo descubran. Todo el que decida hablar ahora recibirá la protección adecuada.

Otro silencio, esta vez más prolongado.

El semblante de Duellos hacía pensar que estaba intentando deglutir algún alimento en mal estado.

—Cada vez estoy más convencido de que quienes están detrás de todo esto actúan bajo la máscara del anonimato. Me cuesta creer que si aquellos que antes los apoyaban conociesen su identidad, no la revelasen justo ahora.

—Si alguien encontrase alguna pista —objetó el capitán Tulev—, podría seguir su rastro con el tiempo y la determinación necesarios, por muchas precauciones que hubieran tomado.

—Tal vez esa sea la razón por la que la comandante Gaes murió víctima de la destrucción de la Loriga —intervino la capitana Crésida—. Se unió a Falco, de manera que, en su día, ella apoyó a los que se oponían a que el capitán Geary asumiera el mando de esta flota. No obstante, desde entonces venía demostrando su lealtad. Quizá se sirviera de sus contactos para dar con los que están detrás de todo esto. —Nadie le había sugerido aquella idea a Crésida, pero era lo bastante perspicaz para encajar las piezas una vez destruida la Loriga.

El oficial al mando del *Arrojado* hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Todo esto no son más que especulaciones. Hacen falta datos objetivos. ¡Necesitamos pruebas!

—¿Pruebas? —preguntó Crésida—. La verdad saldría a la luz en una sala de interrogatorios. Me ofrezco voluntaria para que me hagan las preguntas pertinentes

acerca de lo que sé sobre los gusanos que se han empleado contra esta flota, e insto al resto de oficiales al mando a que hagan lo propio.

El capitán Armus, de la *Coloso*, agravó el gesto.

—No es tan fácil dar un paso así de grande. Está poniendo en duda el honor de todos los oficiales de la flota, aunque sea de manera implícita. Si accediéramos a que nos interrogasen, cruzaríamos la línea de lo que es permisible hacer contra nuestros compañeros oficiales, incluidos los que ni remotamente son sospechosos de ningún crimen. Sería ir demasiado lejos.

Muchos de los convocados hicieron gestos de asentimiento. Incluso Geary dudaba que la propuesta de Crésida fuese la más apropiada. Si sentaban el precedente de poder interrogar a cualquier oficial, ya fueran sospechosos de haber cometido un crimen o no, el remedio podía ser peor que la enfermedad encarnada por la capitana Kila.

Aun así, si no hubiera recibido aquel mensaje de la Loriga, ¿pensaría lo mismo o, movido por la ira y la frustración, habría aceptado a regañadientes la propuesta de Crésida y, tal vez, socavado de un modo irremediable un componente crítico de la flota? Le horrorizaban las soluciones que, a lo largo de aquellos cien años de conflicto, habían llegado a adoptarse apoyándose en los principios de la Alianza, pero momentos como aquel le servían a Geary para comprobar lo fácil que resultaba llegar a ellas olvidándose de los principios más importantes, «solo esta vez, porque es vital».

—La copresidenta Rione se ofreció a ser interrogada cuando se encontraba bajo sospecha —les recordó a todos uno de los capitanes de la República Callas.

—No tiene sentido esperar que un político tenga el mismo concepto del honor que un oficial de la flota —espetó Armus, que se ruborizó al caer en la cuenta de que Rione estaba presente.

—Dado su cargo de senadora de la Alianza —señaló Duellos—, no hay mucha diferencia.

—Y —añadió la capitana Desjani con un tono engañosamente imparcial—, puesto que muchos de los presentes consideran que los políticos son los que más se resisten a someterse a esos interrogatorios por si se destapan sus tretas, se podría decir que el ofrecimiento de la copresidenta Rione tendría más peso que el sugerido por un oficial de la flota.

—Gracias, capitana Desjani —contestó Rione con una pronunciación certera que podría haber perforado el blindaje de la nave.

Geary había preferido mantenerse al margen mientras Kila permanecía absorta en la discusión, dejando que el debate se alargara para ganar tiempo. En ese momento, la coronel Carabali giró la cabeza para mirar algo que solo ella podía ver y, acto seguido, le hizo otro gesto de asentimiento a Geary. La trampa estaba lista.

El comandante de la flota golpeteó con los nudillos sobre la mesa para solicitar la atención de los convocados.

—No creo que sea necesario poner en duda el honor de todos los oficiales de la flota, ni hace falta someterlos a interrogatorios exhaustivos que podrían perjudicar a la organización y la disciplina de la misma. —Se había convertido en el centro de atención de la mesa; todos los oficiales lo miraban y, sin lugar a dudas, se preguntaban qué diría a continuación. Incluso Desjani puso una cara de asombro más que creíble—. En lugar de eso, dejaremos que sean los muertos quienes hablen.

Cuando Geary dio un golpecito sobre la mesa con la punta del dedo, los asistentes respondieron con todo tipo de gestos, los cuales iban del estupor a la sorpresa.

—Justo antes de la destrucción de su nave, la oficial al mando de la Loriga consiguió transmitirnos un mensaje muy importante en el que hablaba de algo que había averiguado. Su nave podía ser el objetivo de un ataque porque los conspiradores sospechaban que la comandante Gaes sabía demasiado, tal como sugirió la capitana Crésida. —Geary no podía confirmarlo, ignoraba si Gaes sabía desde qué nave había salido el primer gusano. La oficial al mando estaba al tanto de la existencia de este, pues había avisado a Geary, pero si sabía quién estaba detrás del mismo, no se lo dijo. En cualquier caso, murió cumpliendo con su deber y le facilitó una información crucial, de manera que, en opinión de Geary, se merecía que le otorgaran el beneficio de la duda.

El comandante de la flota introdujo un comando. El mensaje de la Loriga se desplegó sobre la mesa y se les mostró a todos los asistentes gracias al *software* de conferencias.

—Recordarán el primer gusano que se introdujo en los sistemas operativos de la flota y que podría haber deshabilitado todos los sistemas de salto, excepto los de algunas naves como el *Intrépido*, condenando a aquellas otras naves a quedarse en el espacio de salto para siempre. —Señaló el mensaje—. Aquí podemos encontrar lo que nos faltaba, la información que revela la nave de la que salió ese gusano. —Todo el mundo tenía los ojos clavados en él cuando Geary giró la cabeza para mirar a Kila—. Capitana Kila, el gusano procedía de la *Inspiradora*.

Kila puso cara de desconcierto al escuchar la conclusión del comandante de la flota.

—¿Está seguro?

—Sí, capitana Kila. ¿Le importaría explicarnos por qué su nave es el origen de un *software* malicioso concebido para traicionar a esta flota?

—¡Capitán Geary, me da igual lo que insinúe! —le espetó Kila.

—Deberíamos transmitir de inmediato una orden a la *Inspiradora* para arrestar a todos los que puedan estar implicados —urgió Badaya—. Hágalo ahora, antes de que sepan que han sido descubiertos.

Kila se giró hacia Badaya.

—Este mensaje ni siquiera ha sido verificado todavía. ¿Seguro que se envió desde la Loriga? Y, en ese caso, ¿es auténtico o se trata de un simple truco? ¡Puedo asegurar a todos los oficiales presentes que, si yo hubiera estado al tanto de algo así, me habría encargado en persona de llevar a los responsables ante un tribunal! En cuanto a su sugerencia, capitán Badaya, no tengo ningún problema en ordenar el arresto de esos oficiales y asegurarme de que revelen todo lo que saben.

Si Rione no lo hubiera avisado, Geary no se habría percatado de que Kila había escondido una mano con disimulo mientras protestaba indignada. Con esa mano podría estar manejando sin ningún problema algún mando situado fuera del área abarcada por el *software* de conferencias.

—El mensaje puede ser revisado por todo aquel que solicite comprobar su autenticidad —replicó Geary, que se esforzaba por mantener un tono de voz templado a pesar del impulso que sentía de gritarle a la capitana—. Todos los oficiales de comunicaciones y de seguridad que lo han analizado hasta ahora sitúan su origen en la *Inspiradora*. ¿Ignoraba que el gusano salió de su nave?

—¡Por supuesto que no sabía nada! —Kila miró furibunda a su alrededor y clavó los ojos en Duellos—. Todo esto lo ha preparado usted, ¿verdad? El amante al que un día despreciaron por fin consigue vengarse.

A Duellos no le costó fingir que era inocente, puesto que nadie le había hablado antes de aquel mensaje, pero no pudo disimular el desprecio que sentía por Kila, que era evidente.

—Creía que, como oficial al mando, se preocuparía menos por sí misma y más por el hecho de descubrir que su nave es el origen de un gusano.

—¡El responsable tendrá que dar explicaciones! —Kila se puso de pie—. Supervisaré las labores de investigación que se lleven a cabo en la *Inspiradora* para descubrir al culpable antes de que tenga conocimiento de esta información, suponiendo —se apresuró a añadir— que el mensaje, que en teoría se envió desde la Loriga, sea auténtico.

Geary miró de nuevo a la coronel Carabali mientras la marine escuchaba algo que el resto de la mesa no podía oír. Seguidamente, la capitana de marines asintió por última vez y Geary sonrió con gravedad a Kila.

—Deberíamos empezar por el oficial de seguridad de sistemas de su nave, ¿no le parece, capitana Kila? Después hablaremos con el oficial de comunicaciones y el oficial ejecutivo.

—¡Por supuesto! —exclamó Kila—. Si me permite comenzar una investigación, me aseguraré de que nadie les avise sobre estas posibles pruebas para que no les dé tiempo a...

—Ya se ha iniciado una investigación —la interrumpió Geary—. Coronel



Carabali, ¿sería tan amable de poner al corriente a esta mesa?

Carabali, sin mirar a Kila en ningún momento, mantuvo un semblante endurecido por su imparcialidad profesional a la vez que hablaba con un tono neutro.

—Siguiendo las instrucciones del capitán Geary, los marines asignados a la *Inspiradora* esperaron a que esta reunión diera comienzo para, de modo encubierto, poner bajo detención preventiva al oficial ejecutivo, al oficial de comunicaciones y al oficial de seguridad de sistemas de la *Inspiradora*.

En ese momento todas las imágenes de los oficiales al mando de la flota miraban a Carabali, a Geary y a Kila. El comandante de la flota esperaba no dar la impresión de sentirse eufórico. Por su parte, Kila se mantenía inexpresiva, aunque su rostro parecía más rígido de lo habitual.

—Los oficiales detenidos —prosiguió Carabali— fueron trasladados a una celda de seguridad de aislamiento total mientras se comprobaba que no llevaban consigo nada que pudiera suponer un riesgo para ellos o para la *Inspiradora*. Las celdas de aislamiento total incluyen una cobertura completa, basada en un antiguo dispositivo llamado «jaula de Faraday», que bloquea cualquier tipo de radiación entrante o saliente. Sin embargo, es posible mantener la comunicación por medio de mensajes físicos que se transmiten a través de una serie de cerraduras protegidas. —La coronel Carabali hizo una breve pausa, tras la cual miró a Kila a los ojos—. Hace unos tres minutos, los exámenes practicados al oficial de seguridad de sistemas y al oficial de comunicaciones de la *Inspiradora* han revelado la presencia de INIBN. Hace un minuto, los sensores del exterior de las celdas de seguridad han detectado y distinguido diversas señales utilizadas en transmisiones codificadas de alta seguridad. Estas señales tienen que haber sido generadas en el interior del casco de la *Inspiradora*.

El capitán Tulev rompió el silencio que se produjo a continuación.

—¿INIBN?

—Interruptores Neurales Inyectados de Base Nanométrica —explicó Carabali—, vulgarmente conocidos como «tuestasesos» por el efecto que ejercen en el sistema nervioso una vez que se activan. Se pueden inyectar en el organismo de una persona sin que esta se dé cuenta, si está distraída. Según parece, con las señales interceptadas se pretendía poner en marcha los tuestasesos.

Esta vez el silencio fue más prolongado.

—¿Han intentado asesinar a esos tres oficiales? —preguntó el capitán Badaya con incredulidad.

—Al oficial de seguridad de sistemas y al oficial de comunicaciones, sin ninguna duda. Todavía estamos examinando al oficial ejecutivo de la *Inspiradora* para comprobar si hay INIBN en su organismo. —Carabali seguía sin apartar los ojos de Kila—. Como he dicho, las señales interceptadas procedían de la *Inspiradora*.

Desjani también miraba con insistencia a Kila, como si fuese una batería de lanzas infernales lista para abrir fuego.

—Qué extraño que intentasen matar a los oficiales justo después de que se informase a los aquí presentes de la existencia del gusano que se envió desde la *Inspiradora*. ¿Qué tripulante de la *Inspiradora* podría saber que iban a ser interrogados?

Duellos asintió con una expresión tan impenetrable como el blindaje de un acorazado.

—Sin duda, será interesante ver a quién implican esos oficiales una vez que los hayamos informado de que intentaron asesinarlos. ¿Para que no hablasen? ¿Para que pareciese que ellos eran los únicos culpables? De haber sido así, ahora tendríamos dos o tres oficiales muertos y tal vez alguna prueba convincente de que se suicidaron al enterarse de que eran sospechosos.

El ansia insaciable de Kila por ascender en la jerarquía de la flota le había granjeado muy pocos amigos y admiradores entre sus compañeros y subordinados; así, Geary observó que los demás oficiales al mando de la flota la miraban con expresión de espanto o de ira. Incluso Cáligo parecía atónito.

—Capitana Kila —comenzó a decir Geary con una moderación que le pareció admirable—, a la luz de los últimos acontecimientos y de las pruebas que la flota ha conseguido, desde este mismo instante y hasta que concluya la investigación de la *Inspiradora*, queda relevada de su mando. Coronel Carabali, ordene a una unidad de marines que escolte a la capitana Kila hasta un transbordador para que sea trasladada a la *Ilustre*.

Kila miró con desprecio al resto de la mesa y levantó un brazo con gesto dramático antes de bajarlo de nuevo para pulsar un mando del panel de control que tenía ante ella en la *Inspiradora*.

—Es igual, coronel. Sus marines no podrán entrar en mi camarote. La Alianza perderá esta guerra porque es débil, porque sus oficiales son demasiado blandos. Ninguno de ustedes está preparado para encabezar esta flota, sobre todo usted, capitán Geary. ¿Le preocupa más la vida de los síndicos que la de los ciudadanos de la Alianza!

Badaya habló con una voz tan grave que parecía hacerla brotar de sus entrañas.

—Putas asesinas. ¡Cómo se atreve a poner como excusa la vida de los ciudadanos de la Alianza después de haber aniquilado a la tripulación de la *Loriga* e intentado matar a la de la *Ilustre*, el *Intrépido* y la *Furiosa*!

Kila le enseñó los dientes a Badaya.

—Todos hicimos el juramento de morir por el bien de la Alianza, y el lamentable sacrificio de esas tripulaciones habría sido por la causa más elevada. Sería lo mismo que si hubieran muerto combatiendo contra aquellos que pretenden debilitar la

Alianza y acabar con ella. Si ahora vamos a jugar a acusarnos de traición, estoy lista. ¿Qué les ha prometido Geary que les dará una vez que conquiste la cúpula de la Alianza? ¿Se consideran leales? No son más que un hatajo de corruptos patéticos que se han vendido a alguien que desea llegar al poder antes que hacer lo que sea necesario para salvar la Alianza.

Duellos le respondió con la voz más sepulcral que Geary le había oído nunca.

—La Alianza lleva cien años haciendo lo que algunos creen que es «necesario» para ganar la guerra, y no por ello tiene la victoria más cerca.

—¡Porque no se actúa con contundencia ni con decisión! —declaró Kila—. Nunca se terminan de tomar las medidas necesarias. Nuestros enemigos no se merecen ninguna piedad. ¡Ninguna! Se merecen morir, y si se dieran cuenta de que estaríamos dispuestos a matar hasta el último de ellos, se rendirían.

—¿Y si no se rindieran?

Kila agitó una mano describiendo un gesto de desdén.

—Entonces los aniquilaríamos y la guerra terminaría.

Tulev habló con voz monótona.

—Tengo el mismo derecho que los demás a pronunciarme al respecto. Yo no sé qué es lo que se merecen los síndicos, pero sus ataques contra el pueblo de la Alianza nunca han servido para que pensemos en rendirnos. Aunque su propuesta no escapase a las posibilidades materiales de la Alianza, adolecería de algo tan incuestionable como el hecho de que el hombre nunca aceptará matar en masa a los de su especie.

—Su filosofía murió en Elyzia —replicó Kila, provocando que Tulev, cuyo semblante no solía reflejar sus emociones, se sonrojase—. No tengo ningún reparo en hablar con franqueza, pero ninguno de ustedes quiere oír la verdad, ninguno tiene el menor deseo de enfrentarse a sus defectos. Podrían haber tenido un dirigente que no habría dudado en hacer lo necesario, pero prefieren morir poco a poco, como las sombras deprimentes de los antiguos oficiales de la flota.

Geary sacudió la cabeza.

—Los oficiales de la flota nunca intentaron matar a los suyos para satisfacer sus ambiciones.

El gesto desdeñoso de Kila dio paso a una mueca de engreimiento.

—¿Mis ambiciones? ¿De verdad me cree tan ilusa como para pensar que esta tropa de borregos aceptaría que yo la encabezase? No habrían soportado semejante humillación. Encontré a alguien que me escuchó, que sería aceptado por todo el rebaño, aunque ahora le falte el coraje necesario para mantenerse a mi lado. —Se giró y miró directamente al capitán Cáligo, que clavó sus ojos en ella—. ¿No iba a decírselo a todos? Mantenerse en un segundo plano no le funcionará esta vez. No espere que yo cargue con sus culpas y lo defienda mientras usted intenta ocultar su implicación.

Cáligo movió la cabeza con nerviosismo.

—No sé de qué está...

—Los dos estábamos dispuestos a morir por la Alianza, ¿recuerda? —insistió Kila—. Me he fijado en su cara, trata de pasar desapercibido de nuevo, ser lo que los demás quieren ver. ¿Qué cree que están viendo ahora?

Cáligo había palidecido.

—¡Está mintiendo! No tiene pruebas que demuestren sus acusaciones.

—¿Cree que fui lo bastante necia como para confiar en usted? —Kila se puso firme y lanzó una mirada de desprecio a todos los presentes antes de estirar el brazo e introducir una serie de comandos—. ¿Quería pruebas, capitán Geary? Acabo de transmitir la información que evidencia que Cáligo estaba de acuerdo con todo. —Miró con determinación al comandante de la flota—. Mis enemigos, muertos de envidia, siempre han deseado hundirme, pero si de verdad usted fuese Black Jack, ¡yo lo habría apoyado! Habría aceptado las órdenes de un hombre de verdad, pero ese hombre murió durante el sueño de supervivencia y, en su lugar, lo dejó a usted, una cáscara vacía. El único apoyo que se merece es el de esa política indigna y esa capitana mentecata. Solo espero que alguna de ellas, o las dos, despierten y le abran la garganta de un tajo. Es lo único que se merece.

Duellos sacudió la cabeza con aire pesaroso pero inflexible.

—Está muy segura de lo que los demás merecen, pero usted no es nadie para asumir el papel de juez. Se ha ganado muchos enemigos, Sandra, su ambición la ha cegado, y ahora será llevada ante un pelotón de fusilamiento, que es lo que usted se merece.

—Usted no tiene derecho a juzgarme.

El capitán Armus intervino.

—La tripulación de la Loriga recibió su justo castigo, ¿verdad, Kila? Pronto se reunirá con ella. Si yo fuera usted, empezaría a suplicar clemencia. Ninguno de los tripulantes sobrevivió para verla morir, pero nosotros seremos testigos en su honor.

Kila lo miró iracunda, sin abandonar la posición de firme.

—No le daré a ninguno de ustedes el placer de verme morir. Nos veremos en el infierno, que es el lugar que han elegido. —Descargó la mano sobre el panel de control de la *Inspiradora* y su imagen se desvaneció al momento.

—¿Coronel? —dijo Geary.

Carabali estaba escuchando un informe mientras se le comenzó a ensombrecer el rostro.

—Mis marines no pueden desbloquear la cerradura del camarote de la capitana Kila. Han mandado buscar... —Carabali hizo una pausa para mirar a un lado y hacerle un gesto de asentimiento a alguien; acto seguido volvió a mirar a Geary—. Mis marines me informan de que se ha producido un incendio en el camarote de la

capitana Kila. Al parecer, se trata del equivalente a dos cargas para despejar habitaciones.

—¿Qué probabilidades hay de que quien se encuentre en la estancia sobreviva a ese tipo de fuego?

—Cero.

La mesa guardó silencio; todos los convocados se quedaron mirando al lugar que antes ocupaba la imagen de la capitana Kila hasta que, finalmente, el mutismo fue interrumpido por el aviso de un mensaje de alta prioridad.

—¿Lo han analizado las pantallas de seguridad? —preguntó Geary.

Desjani se apresuró a hablarle a su unidad de datos, tras lo cual asintió.

—Está limpio.

Geary lo abrió y se encontró con una maraña de archivos y correos electrónicos archivados. Cuando seleccionó unos pocos al azar y los leyó, se encontró con las palabras de odio y desprecio que los firmantes le profesaban, además de muchas otras cosas.

—Esta es la prueba que la capitana Kila envió antes de suicidarse —les dijo a los demás oficiales. Desplegó uno de los antiguos correos electrónicos en el visualizador de la mesa para que todos pudieran leerlo.

Tulev fue quien hizo el primer comentario.

—Procedente del capitán Cáligo. Reitera su voluntad de seguir las instrucciones de la capitana Kila a cambio del apoyo de esta en su ascenso a comandante de la flota. ¿Podemos estar seguros de la autenticidad de este documento y del resto de mensajes que nos ha entregado Kila?

Badaya miraba enfurecido a Cáligo.

—Sin duda, es motivo más que suficiente para interrogarlo. Si el capitán Cáligo no está implicado en los ataques frustrados contra los buques de guerra de la Alianza ni en la destrucción de la Loriga, estoy convencido de que no pondrá ninguna objeción a esta oportunidad de demostrar su inocencia.

Cáligo tragó saliva y tomó la palabra.

—Como oficiales de la flota, estoy seguro de que apoyan los principios fundamentales de la misma.

—¿Eso es un sí o un no? —preguntó Duellos.

—Todo oficial tiene derecho a que su historial se valore en su totalidad y a que su honor no se cuestione sin ningún motivo... —La voz le tembló; incluso él pensaba que, de hecho, sí existían razones fundamentadas.

Desjani, con la expresión más hermética que Geary había visto nunca en su rostro, se inclinó hacia delante.

—Solo hay una cosa que podría permitirle morir con honor en lugar de como un traidor y un cobarde: díganos todo lo que sabe y el nombre de aquellos que están

implicados en todo esto. Terminaremos averiguándolo igualmente, aunque tengamos que leerle el nombre de todos los miembros de la flota para comprobar su reacción en la sala de interrogatorios. Pero si habla ahora, nos ahorrará tiempo y tal vez se salven muchas naves. —Miró alrededor de la mesa—. Kila podría haber intentado activar otro gusano. Hasta que lo sepamos todo, no podemos pensar que el peligro ha pasado.

Esta vez los oficiales miraron a Cáligo entre temerosos y enfurecidos. El capitán se encogió y negó con la cabeza.

—No lo sé. Lo juro.

—¿Sabe qué sección de la red de la flota utilizaba Kila para enviar los gusanos? ¿Conoce algún identificador? ¿Quién los escribió?

—S... Sí.

La coronel Carabali escuchó otro informe.

—Mis marines han volado la escotilla del camarote de la capitana Kila para acceder al interior. Confirman que ha muerto. Están registrando la estancia por si hubiera bombas físicas y recomiendan que los expertos en el *software* de la flota busquen con minuciosidad cualquier dispositivo que pudiera activar un gusano destructivo.

—¿Hay alguien en la *Inspiradora* en quien podamos confiar para hacer eso? —preguntó Geary a los oficiales de la mesa.

—Envíe un equipo de la *Valiente* —sugirió Crésida—. Son los que más saben de *software* de toda la flota.

El comandante Landis, el oficial al mando de la *Valiente*, esbozó una sonrisa contenida.

—Mi equipo de seguridad de *software* es muy competente. Ordenaré que lo trasladen en un transbordador a la *Inspiradora*. De todos modos, yo recomendaría que se sanearan todos los sistemas de la *Inspiradora*, aunque eso llevará su tiempo.

—¿Podrá terminar antes de que saltemos hacia Atalia? —preguntó Geary.

—Sí, señor. Cueste lo que cueste, nos aseguraremos de que la *Inspiradora* esté totalmente limpia antes de realizar el siguiente salto.

—Gracias, comandante Landis. Póngase a ello de inmediato. —Geary miró al capitán Cáligo, quien se había quedado inmóvil, como un conejo descubierto en campo abierto que evitase llamar la atención. Estaba claro que, a diferencia de Kila, no tenía la menor intención de suicidarse y dar un espectáculo—. Capitán Cáligo, desde este mismo instante queda relevado de su mando. A continuación se procederá a su arresto, tras el cual será trasladado a la *Ilustre*. Confío en que nos revele toda la información que ha prometido facilitarnos, algo que espero que comience a hacer antes de subir a bordo de su nuevo destino.

Cáligo se quedó mirando la mesa, sin responder.

—Capitán Cáligo, ¿me ha entendido? —le preguntó Geary con aspereza.

—Sí, señor. —Cáligo agachó la cabeza y empezó a decir algo en voz baja para registrarlo en una grabadora que tenía en su camarote. Aún no había terminado cuando llegaron los marines asignados a la *Radiante* y desactivaron el *software* de conferencias.

Después, todos permanecieron sentados, como si se hubieran quedado paralizados. Para sorpresa de Geary, fue el capitán Armus quien rompió el silencio y empezó a hablar con brusquedad.

—Capitán Geary, nunca me ha importado hablar claro cuando no he compartido su opinión. Sin embargo, hoy debo disculparme por todo lo que haya podido decir o hacer y que haya llevado a Kila o a Cáligo a pensar que sus acciones tenían justificación.

—Gracias, capitán Armus. No siempre he comprendido su oposición, pero reconozco que era algo que necesitaba. Le agradezco que en todo momento haya dicho lo que pensaba. Y no tiene ninguna responsabilidad en el comportamiento de Kila y Cáligo. —Geary miró alrededor de la mesa y comprobó la estupefacción que se había instalado en los oficiales al mando después de lo ocurrido—. Ha sucedido algo terrible. Dos de nuestros oficiales han demostrado su deslealtad a la flota. Tal vez no sean los únicos, pero tenemos los indicios necesarios para descubrir toda la trama si es necesario. Mi confianza en quienes continúan aquí es absoluta. Lo he dicho con anterioridad y no me importa repetirlo: nadie ha tenido nunca el privilegio que se me ha concedido a mí de liderar un grupo tan competente de oficiales, ni nadie ha conocido nunca el honor que es para mí encabezar una flota tan extraordinaria. Les doy las gracias por su servicio, su lealtad y su sacrificio. Haré todo lo humanamente posible para estar a la altura del honor que es para mí servir como su comandante.

No estaba seguro de cómo reaccionarían los oficiales al oír sus palabras, pero todos ellos se pusieron firmes y lo saludaron en silencio.

Geary les devolvió el saludo sin poder evitar sentirse abrumado.

—Gracias. La investigación sigue adelante. Ahora será mejor que dejemos a un lado este asunto tan vergonzoso y nos preparemos para la batalla de Atalia.

En ese momento todos lo aclamaron, tras lo cual las presencias virtuales se desvanecieron más despacio de lo habitual, pues todos los asistentes se acercaron para despedirse formalmente de Geary. Finalmente todos desaparecieron, a excepción de Desjani, que había acudido a la reunión físicamente, y Rione, cuya imagen permanecía todavía abierta.

Desjani también lo saludó, con un gesto acompañado de una inequívoca mirada de orgullo.

—¿Qué? —preguntó Geary.

—Algún día se lo explicaré —contestó la capitana con una sonrisa—. Con su permiso, señor.

—Por supuesto, capitana Desjani.

Una vez que la oficial hubo salido, Rione se sentó en silencio y hundió el rostro entre las manos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Geary.

—Lo subestimé —respondió la copresidenta en voz baja.

—No comprendo.

Rione apartó las manos y lo miró.

—Es aún más peligroso de lo que pensaba. Son suyos. Tiene que haberse dado cuenta. Incluso me ha hecho preguntarme qué haría yo si usted anunciara que va a convertirse en el líder de la Alianza.

—No sea ridícula. Sabe muy bien lo que haría.

—Supongo. —Rione se puso de pie—. Tiene que hablar con Badaya lo antes posible. De lo contrario, podría terminar convirtiéndose en un dictador.

—Hablaré con él antes de que abandonemos Padronis.

—Bien. A lo largo de la historia de la humanidad han sido muy pocos los que han rechazado un poder como el que usted podría tener, John Geary.

—No lo quiero —insistió él— porque no estoy preparado para ejercerlo.

—Esa forma de pensar, irónicamente, es lo que haría que le entregásemos ese poder. —Se inclinó hacia él—. Respete su juramento, capitán Geary. Solo su ejemplo y su entereza podrán salvar a la Alianza. —Dicho esto, la imagen de la copresidenta también desapareció.

De regreso a su camarote, Geary se dio cuenta de que tenía otras dos decisiones que tomar y no le sobraba mucho tiempo. Lo primero que hizo al llegar a su compartimento fue llamar al puente.

—Capitana Desjani, localice al capitán Duellos y dígame que me llame con la mayor brevedad.

A continuación, Geary se sentó para digerir mejor todo lo que acababa de suceder. Le costaba creer que al fin se hubiera deshecho de los peligrosos enemigos que tenía en la flota.

En ese momento sonó la alarma de la escotilla, la cual miró con fastidio. *¿Es que no puedo disponer de cinco minutos para reflexionar sobre todo esto?*, pensó. Sin embargo, no sabía si se trataba de una visita importante.

—Adelante.

La copresidenta Rione entró en el camarote y señaló a su alrededor con gesto interrogativo. Geary comprendió al instante lo que quería decir y activó los sellos de máxima seguridad del camarote.

—¿Qué ocurre?

—Quería informarlo de que los agentes que tengo dentro de la flota no han detectado más indicios de oposición. Han estado vigilando mientras se difundía la



noticia sobre Kila. No se han encontrado rastros de nuevos gusanos, ni a nadie que apoye las posturas de la capitana y de Cáligo. Asimismo, nadie parece haber dado un paso en falso que revele una afinidad de ideas con ellos.

—Me alegra saberlo. —¿En algún momento podría por fin olvidarse de ese asunto y dejar de preocuparse por tener a alguien controlando a sus oficiales por si mostraban alguna señal de representar una amenaza para la flota?—. Aunque me sentiré mucho mejor cuando los especialistas de la *Valiente* terminen de analizar los sistemas de la *Inspiradora*.

—Por supuesto.

Un zumbido insistente le indicó a Geary que alguien estaba intentando ponerse en contacto con él mediante la prioridad de mando.

—Disculpe, señora copresidenta, pero me temo que necesito responder. —Aceptó el mensaje y la capitana Desjani apareció en el panel de comunicación.

—Ningún problema —dijo Rione—. Le he dicho lo que tenía que decirle. No pretendía interrumpir su cita con su amiga especial.

Geary seguía todavía buscando una respuesta adecuada y comedida cuando la copresidenta salió del camarote.

Desjani observaba la escena con gesto hosco desde la pantalla del panel.

—Señor, le juro que estoy a esto de matar a esa mujer —dijo entre dientes mientras mantenía el pulgar y el índice a un centímetro escaso de distancia.

—Eso entrañaría una violación de las leyes de la Alianza y de las regulaciones de la flota —replicó Geary con cansancio.

—Solo si se demuestra que lo hizo a propósito. Podría darle una paliza en algún rincón oscuro y, luego, decir que no sabía quién era.

En aquel momento parecía una idea tentadora. Geary intentó quitársela de la cabeza.

—No. La necesitamos.

—¿Me da permiso para machacarla cuando ya no nos sirva para nada? —preguntó Desjani—. Por favor.

La tentación era cada vez mayor.

—No puedo prometérselo, aunque en ocasiones como esta me gustaría. ¿Qué ocurre?

—El capitán Duellos está listo para hablar con usted. Tenía bloqueadas las transmisiones entrantes, por eso no pudo ponerse en contacto con usted —añadió Desjani con tono acusador.

—Lo siento. Retiraré el bloqueo. Gracias.

—No hay de qué, señor —respondió la capitana con sarcasmo antes de que su imagen se apagase.

Geary suspiró y esperó a que apareciese Duellos. Instantes más tarde, la

representación virtual del capitán tomó forma, de modo que parecía ocupar el camarote con Geary.

—¿Deseaba hablar conmigo, capitán Geary? —preguntó Duellos.

—Sí, pero antes, por favor, tome asiento. —Duelos inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y ocupó un asiento de la *Furiosa* de tal manera que su imagen pareció acomodarse en uno de los asientos del camarote de Geary.

—Me gustaría saber cómo está. Me dio la impresión de que el enfrentamiento con Kila no lo afectó demasiado, pero ¿puede decirme si de verdad se encuentra bien?

Duelos enarcó una ceja.

—Me encuentro todo lo bien que puede encontrarse un capitán sin nave.

—¿Quiere otra nave? —le preguntó Geary con franqueza—. Resulta que ahora tengo dos cruceros de batalla que se han quedado sin capitán.

—¿La *Radiante* y la *Inspiradora*? —Duelos respiró hondo—. ¿Cuál de ellos?

—¿Cuál puede capitanear? No creo que la *Radiante* le suponga un gran problema, aparte de por lo desconcertada que tiene que estar ahora mismo la tripulación.

Duelos esbozó una sonrisa vacía que dejó entrever sus dientes.

—Pero me necesita en la *Inspiradora*.

—Eso es cierto. —Geary se sentó frente a Duellos—. En la *Inspiradora* necesito al mejor, y ese es usted. No tengo ni idea de hasta qué punto Kila perjudicó a esa nave, pero podría ser un verdadero nido de serpientes. El anterior oficial al mando ha muerto; el oficial ejecutivo, el oficial de seguridad de sistemas y el oficial de comunicaciones están arrestados; y el resto de oficiales tendrá que someterse a una investigación.

—Una oportunidad única para lucirse —murmuró Duellos con un evidente tono de sarcasmo—. Muchos de mis oficiales servían en la *Osada*. Si se me autorizara a traer a algunos de ellos conmigo...

—Por supuesto. Llévase a todos los antiguos tripulantes de la *Osada* que desee. La *Inspiradora* sufrió muchas bajas cuando Kila decidió cargar gloriosamente contra el enemigo, de modo que es preciso reemplazar a los caídos.

Duelos reflexionó durante unos instantes y, finalmente, movió la cabeza en señal de conformidad.

—Será necesario efectuar muchas modificaciones en la tripulación de la *Inspiradora*. Haré cuanto esté en mi mano.

—Gracias. Es la mejor solución, y usted el oficial más adecuado para el cargo. La propia *Inspiradora* también necesita de complicadas labores de reconstrucción. Después de los últimos combates, está destrozada.

—Hacer que la tripulación se centre en las labores de reparación le servirá para recuperar la moral. —Duelos dibujó una sonrisa leve—. En ocasiones como esta, llevar a cabo una operación tangible como esta puede marcar la diferencia. Supongo

que me quiere a bordo de la *Inspiradora* para ayer.

—Sí —afirmó Geary—, pero tómese el tiempo que necesite para seleccionar a los tripulantes que quiera llevarse de la *Osada*. Como le he dicho, puede quedarse con todos, si lo desea. Colocaré la *Inspiradora* cerca de las auxiliares para que faciliten las labores de reparación.

—¿Nave nueva y ya con las auxiliares? Después de esto, me ganaré una reputación de capitán gafe. —Duelos volvió a sonreír sin ganas—. Gracias por no pedirme que me ocupase de la *Orión*.

—No sé qué demonios voy a hacer con la *Orión*.

—Vuelva a poner a Numos al mando —sugirió Duellos—. Seguro que consigue que la destruyan en el próximo enfrentamiento.

—Como su tripulación no espabile, me temo que eso es lo que voy a tener que hacer. —Geary alzó la cabeza como si invocase a las mismísimas estrellas—. No hablaba en serio. —Cuando bajó de nuevo la vista hasta Duellos, señaló el visualizador del estado de la flota—. Solo queda una nave de la Primera División de Cruceros de Batalla, la *Formidable*, y de la Séptima solo quedan la *Radiante* y la *Inspiradora*. Estaba pensando en unir las en una sola unidad, en una Primera División reconstituida que se compusiera de estas tres naves.

Duelos movió la cabeza con aire cansado.

—Combinar dos divisiones de cruceros de batalla y obtener solo tres naves como resultado. Podría ser una buena idea, aunque también sirve como indicativo de lo malherida que está la flota. —Guardó un breve silencio y, después, asintió con firmeza—. Sí, es una buena idea. La *Formidable* no estará sola y la *Inspiradora* y la *Radiante* tendrán una nave magnífica como compañera de división. Además, simbólicamente, será como si volviesen a empezar. ¿Quién tiene pensado asignar a la *Radiante*?

—No tengo ni idea. La capitana Baccade, de la *Atrevida*, resultó herida de gravedad y su nave quedó en muy mal estado. Ahora no está en condiciones de asumir un nuevo mando.

—Supongo que el comandante Vigory estará ansioso por gobernar una nave —comentó Duellos con tono neutral.

Geary lo miró sin ocultar su fastidio.

—Es lo que me dijo antes de que hubieran transcurrido veinticuatro horas desde que liberásemos a los prisioneros. Su historial no incluye nada destacable y no tengo tiempo para enseñarle a un nuevo oficial al mando cómo lucho.

—Lo decía porque el comandante dedica una gran parte de su tiempo a quejarse de las decisiones que usted toma. Al igual que otros muchos. —Duelos sonrió con ironía—. Lo estuve observando por si se ponían en contacto con él los que conspiran contra usted, y llegar así hasta ellos. Pero aquí en Padronis las cosas han ocurrido

antes de que nadie que trabajase para Kila o Cáligo tuviera ocasión de hablar con él.

—No todos los que se oponen a mí son traidores —dijo Geary con sequedad—. Me aseguraré de mantenerlo ocupado, pero no pienso asignar a Vigory la *Radiante* ni ninguna otra nave. Sencillamente, creo que es demasiado enérgico a la hora de pedir las cosas. La seguridad en uno mismo es importante, pero no cuando atenta contra la sensatez.

—Como ha quedado demostrado recientemente de la forma más gráfica posible. —Por un instante, Duellos adoptó un aire meditabundo—. Perdimos la Tarian en Heradao. Su anterior oficial al mando, Jame Yunis, goza de muy buena reputación.

Geary abrió el historial de Yunis y lo leyó por encima.

—No está mal. ¿Cree que está preparado?

—Sí.

—De acuerdo. Lo revisaré con más detenimiento y tomaré una decisión antes de que saltemos hacia Atalia. —Geary espiró con pesadez—. ¿Le importaría esperar unos minutos mientras llamo a la capitana Desjani? Nos gustaría hablar de algo con usted. Necesito que me dé su opinión puesto que solo tendré una oportunidad de hacer bien las cosas. No obstante, debo pedirle que no comente esto fuera de aquí.

Duellos lo miró con detenimiento.

—No puedo aceptar hacer algo que atente contra el juramento que hice, como comprenderá.

—No es el caso. Se lo prometo.

Desjani tan solo tardó unos minutos en unirse a ellos. Geary pasó a exponerle el plan que había preparado y esperó. De nuevo, Duellos adoptó un aire meditabundo y, finalmente, asintió.

—No se me ocurre ningún modo de mejorarlo, pero están caminando por una cuerda muy floja.

—Una de muchas —convino Geary.

—Si van a hablar con Badaya ahora, no me importaría esperar un poco para que parezca que yo, esto... «respaldo» lo que en realidad no van a hacer.

Desjani asintió.

—Es una buena idea. Todo el mundo sabe que Duellos es su confidente especial. A Badaya le agrada encontrarse con él cuando llegue.

—Y con usted —dejó caer Duellos.

Desjani apretó los dientes.

—¿Es necesario? Dirá algo. Lo sé. Y yo tendré que fingir que no lo he oído.

—Será solo durante unos minutos, Tanya —sugirió Duellos—. Después, nosotros iremos y dejaremos que hable tranquilamente con Black Jack.

—Roberto, usted sabe que el capitán Geary y yo no hemos...

Duellos levantó las manos para apaciguarla.

—Desde luego, todos sus amigos lo saben, Tanya. Usted no haría algo así con su oficial al mando, bajo ninguna circunstancia. —Desjani dirigió la mirada al suelo—. Imagino que tener que soportar todos esos rumores no resulta nada divertido.

—Hay cosas más complicadas —murmuró Desjani—. Puedo sobrellevarlo.

Duellos miró a Geary mientras respondía a la capitana.

—No me cabe ninguna duda, Tanya. De acuerdo, entonces. Llamemos a Badaya y terminemos con esto. ¿Qué podría ocurrir si no lo convence?

—No lo sé. Puede que tenga que sacarlo todo a la luz y decirle a la flota que no toleraré ningún tipo de ataque contra el gobierno de la Alianza; pero me temo que, si hablase de ese tema, algunos pensarían que lo hago solo para ver qué les parece a los demás que yo prepare uno.

—Eso es exactamente lo que creerían los partidarios del golpe —convino Duellos—. Confiamos en que logre desviar a Badaya y a los muchos que piensan como él hacia un rumbo que sea beneficioso para todos. De lo contrario, la victoria que supondría llevar a la flota a casa podría convertirse en la mayor derrota que la Alianza haya sufrido jamás.

## Capítulo 9

Tal como Duellos suponía, Badaya parecía muy complacido por que lo hubieran invitado a participar en una reunión donde los únicos interlocutores eran Geary, Duellos, Desjani y él mismo.

—¿Se va a quedar con la *Inspiradora*, Duellos? Excelente. Por desgracia, todavía tendrá que convivir con los restos de Kila durante algún tiempo.

—Creía que nos desharíamos de ellos aquí —comentó Geary—. ¿Por qué esperar hasta que llegemos a Atalia?

Badaya miró sorprendido a Geary.

—¿No conoce las normas de la flota relativas al tratamiento del cadáver de un traidor?

—No. Di por sentado que arrojaríamos sus restos al espacio sin más.

—No merece un funeral digno —intervino Desjani.

—De hecho —dijo Badaya—, las normas impiden que se aplique esa solución con Kila. El reglamento ordena que los restos de los traidores se expulsen en el espacio de salto. Sin excepción ni alternativa.

Geary miró a Badaya y, después, se fijó en Desjani y Duellos, que asentían con la cabeza solemnemente.

—Admito que estoy sorprendido. Es el procedimiento más riguroso que se puede seguir: sepultar a alguien en el limbo del espacio de salto. ¿Cómo llegó a aprobarse una medida tan extrema?

Duelos deslizó una mano sobre la mesa que tenía ante él y habló con un inusitado tono sombrío.

—La respuesta a esa pregunta se encuentra en un desafortunado episodio de nuestra historia que usted tuvo la suerte de vivir durmiendo, capitán Geary. Hará unos cincuenta años, ¿no es así? —Desjani y Badaya asintieron—. Le ahorraré los detalles, pero le diré que, de haber sido posible un castigo más severo, se le habría aplicado.

—¿Quiere decir que quizá yo sea la única persona de esta flota a la que le sorprende que el cadáver de un traidor sea abandonado en el espacio de salto?

—Es lo más probable.

Geary se sentó y se miró las manos, con las que se apretaba las rodillas.

—Supongo que este es uno de esos aspectos en los que me he quedado anticuado. Entiendo que tenemos derecho a juzgar a gente como Kila e imponer nuestro criterio, pero abandonar sus restos en el espacio de salto... ¿No se supone que ese tipo de castigo eterno es competencia de seres más poderosos que nosotros?

Desjani contestó pasados unos instantes.

—No soy experta en la materia, pero llevar a cabo el funeral en el espacio de salto es un gesto simbólico y humanitario. No es la última palabra porque no nos

corresponde a nosotros decirla. Que nosotros no consigamos encontrar algo que viaje a la deriva en el espacio de salto no significa que las estrellas del firmamento no puedan hacerlo. Si la quieren, la recogerán.

—¿No cree que se trate de un castigo eterno? —preguntó Geary, sorprendido por el razonamiento de Desjani, pero incapaz de encontrar un argumento con el que refutarlo.

—Nada de lo que hace el hombre es eterno. Ninguna de nuestras acciones condiciona las decisiones de los seres que están por encima de nosotros. El veredicto final siempre está en su mano. —Desjani señaló hacia el exterior—. Tengo claro el destino que creo que se merece Kila, pero en el fondo no se trata de mi opinión, ni de la suya. Celebrar el funeral en el espacio de salto sirve para expresar el sentimiento que su crimen provoca en nosotros, pero no tiene mayor trascendencia en términos de eternidad.

—Entiendo. —Se acordó de los caídos en el ataque contra la Loriga, tripulantes masacrados sin previo aviso por alguien que creían que lucharía junto a ellos. Pensó en las personas que viajaban a bordo del *Intrépido*, de la *Ilustre* y de la *Furiosa*, todas las cuales habrían perecido de no haber sido descubierto el primer gusano que introdujo Kila—. Está bien. Comprendo que se trata de un gesto apropiado. Los restos de Kila serán entregados al espacio de salto de camino a Atalia.

Duellos ensombreció el gesto.

—Hasta entonces, le quitarán el sueño a no pocos miembros de la tripulación, no me cabe la menor duda.

—¿Está dispuesto a aplicar el castigo usted mismo o prefiere que busque un voluntario entre los demás capitanes? —le preguntó Geary a Duellos.

Después de meditarlo durante un tiempo, Duellos desvió la mirada y asintió.

—Si no lo hago yo, ¿quién iba a hacerlo? No la maldeciré mientras su cadáver se aleja, solo lo lamentaré por lo que podría haber sido.

Badaya profirió una carcajada pétrea.

—Entonces usted es mejor hombre que yo. Sé que estamos educados para no hablar mal de los muertos, pero esa es una regla difícil de respetar tratándose de Kila.

Esta vez Geary le dio la razón.

—Lo entiendo. A mí tampoco me entusiasma la idea. Bien, ¿y en cuanto a Cáligo? Le agradezco que le haya buscado un sitio en la *Ilustre*. ¿Va a cooperar como prometió?

El semblante de Badaya, siempre jovial, pasó a reflejar su desagrado.

—¿Cooperar? No cierra la boca. En mi opinión, solo dice lo que cree que queremos oír, así que seguirá cantando mientras considere que así lo mantendremos con vida. A los aparatos utilizados durante los interrogatorios les cuesta mucho evaluarlo porque parece tener la habilidad de convencerse a sí mismo de que lo que

está diciendo en un momento dado es cierto.

Duelos agitó la cabeza.

—¿Significa eso que no podemos confiar en ellos?

—No, en mi opinión, no. Puede que diga alguna que otra verdad, tal vez muchas, pero necesitamos verificar todo lo que dice y comprobar si existen pruebas que lo confirmen.

Geary tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—No lo sé. —Badaya hizo ademán de abofetear a Cáligo allí mismo—. Pero dudo que nos dé tiempo a comprobarlo todo antes de que regresemos al espacio de la Alianza. No es una estimación que haga a la ligera. Me gustaría ver muerto a ese malnacido, pero si lo ejecutamos antes de investigar algunas de sus declaraciones, podríamos condenar para siempre a personas inocentes, y bastante daño ha ocasionado ya lo que hicieron Kila y él. Si ahora nosotros empeoramos las cosas tomando una decisión injusta, nos convertiríamos en sus cómplices. Es mi opinión.

—Estoy de acuerdo —dijo Duellos—. No siempre somos del mismo parecer, capitán Badaya, pero creo que lleva toda la razón.

—Debería solicitar también una evaluación psicológica de Cáligo —insistió Desjani—. Puede hacerlo, capitán Geary, con el consentimiento de Cáligo o sin él.

Badaya la miró con hosquedad.

—¿Intenta evitarle su castigo a Cáligo a través de un informe médico?

—No —contestó Desjani con frialdad—. Todos lo hemos visto. Ese tipo de protección no serviría de nada. Aun así, considero que es importante intentar comprender cómo es posible que una persona termine alejándose tanto del camino que se espera que siga, hasta el punto de destruir los buques de guerra de la Alianza y masacrar a sus tripulantes. En la flota podemos encontrar muchos oficiales ambiciosos, algunos de los cuales harían casi cualquier cosa por ascender y ganar autoridad, pero Cáligo estaba dispuesto a llegar hasta el final. Si hay una razón en concreto que lo llevó a tomar una decisión así, algo más acuciante que la sed de poder, creo que merece la pena saber de qué se trata.

—Hm... —Badaya se encogió de hombros como si el tema le desagradase—. No me extrañaría que la respuesta a eso la encontrásemos en lo que Kila le ofreció. Y no estoy hablando únicamente del poder que le conferiría ser su testafarro. De Kila se cuentan muchas historias, algunas de lo más escabrosas. Más de uno, cegado por sus apetitos, ha terminado olvidándose de su deber y su honor y ha acabado tomando el mal camino. —Le hizo un gesto de disculpa a Desjani—. Huelga decir que ninguno de los presentes se rebajaría al nivel de Kila.

Desjani, con expresión pétrea, hizo como si no hubiera oído lo que Badaya acababa de decir, pero por un momento sus ojos acusaron a Duellos, que la miró



arrepentido.

El incómodo silencio que se impuso a continuación fue roto por un suspiro de Duellos.

—Ojalá los síndicos nos hubieran ahorrado la molestia de descubrirla. Cada vez que pienso en todas las batallas a las que Kila sobrevivió, me pregunto «¿para qué?». Para traicionar a los que le cubrían las espaldas. Ahora me siento mancillado por su deshonor, avergonzado por que un oficial pueda urdir semejante atrocidad.

—Las acciones de Kila no lo definen a usted —le recordó Geary—. Ni a nadie. Solo a ella.

—Es su opinión, aunque se lo agradezco. —Duelos, con gesto sobrio, perdió la mirada en la lejanía—. Necesito hablar con mis ancestros.

—Esa siempre es una buena idea —comentó Badaya.

Geary señaló a Desjani y Duellos.

—Muy bien. Si son tan amables, ahora tengo que hablar en privado con el capitán Badaya.

Duelos y Desjani, representando a la perfección su papel, abandonaron la reunión como si estuvieran implicados en la conspiración que Badaya creía intuir.

Geary se levantó, un poco nervioso. Rione estaba en lo cierto cuando lo tachó de mentir mal; sin embargo, debía darle toda la credibilidad posible a su interpretación. Durante un momento caminó de un lado a otro para tranquilizarse. Cuando por fin se hubo calmado, miró a Badaya.

—Capitán, quería hablar con usted acerca de las acciones que deberíamos emprender cuando la flota regrese al espacio de la Alianza.

—Por supuesto. —Badaya también se levantó, aunque su ademán tenso revelaba su impaciencia—. ¿Está listo para aceptar? La Alianza lo necesita.

En lugar de mirarlo, Geary agachó la cabeza.

—Capitán Badaya, espero que comprenda lo difícil que me resulta hablar de este tema. En mis tiempos, la mera idea de que la flota actuase contra el Gobierno era algo impensable.

El capitán Badaya frunció el ceño y movió la cabeza con gesto grave y meditabundo, como si soportara un gran peso sobre ella.

—No crea que le propongo esto a la ligera, capitán Geary. Ni yo ni ningún otro oficial. No es una decisión fácil, ni siquiera para los que hemos sufrido la incompetencia y la corrupción de nuestro Gobierno.

—Se lo agradezco. —Geary tomó asiento de nuevo y le indicó a Badaya que se acomodara él también—. Es solo que no alcanzo a comprender por qué tomaron esta decisión.

—¿Por qué? —Badaya se sentó con pesadez y se encorvó levemente. Después, apoyó las manos entre las rodillas y se las miró con semblante plomizo—. A veces

toda alternativa es peor. Usted ya lo sabe. Todos juramos lealtad a la Alianza, pero ¿qué significa defender la Alianza? ¿Significa permitir que los políticos continúen dando rienda suelta a su codicia y su ambición hasta acabar con ella?

—Existe más de una manera de acabar con la Alianza —afirmó Geary con tiento.

La sonrisa con que Badaya acompañó su respuesta se formó sin naturalidad ni calidez.

—Cierto. Aunque eso es algo por lo que usted no ha pasado. Un apoyo insuficiente a la hora de la verdad, un exceso de interferencias en las decisiones de mando, derroche, especulación, arrebatarnos aquello que necesitamos ganar, y culparnos cuando todo sale mal. —Miró a Geary, escrutándolo—. Sabe que lo utilizaron contra nosotros. La leyenda del gran Black Jack Geary, quien jamás actuaría en contra de la cúpula política, quien jamás cuestionaría sus exigencias, por absurdas que fueran, quien siempre se mostraría dispuesto a saludar y partir hacia una muerte segura; esa es una de las principales razones por las que muchos de nosotros estábamos preocupados por usted.

Hasta ahora no lo había visto de aquel modo, pero tenía sentido que los oficiales hubieran desconfiado de él si pensaban que era la marioneta de los políticos de los que ellos recelaban a su vez.

—¿Qué lo llevó a pensar que podía confiar en mí? No me he manifestado en contra del Gobierno.

—No, pero les ha demostrado su lealtad a los demás oficiales y a la flota —replicó Badaya—. Ha ganado batallas manteniendo al mínimo las bajas de nuestras filas. Es un luchador, y hasta un ciego vería lo mucho que se preocupa por aquellos que combaten a su lado. —El capitán miró hacia abajo con apariencia seria—. El honor nos obliga a atenernos al juramento que le hicimos a la Alianza, pero ¿qué significa eso? ¿Significa que debemos dejar morir a nuestros compañeros?

—Si un oficial se niega a cumplir sus órdenes... —empezó a decir Geary.

—Puede dimitir —dijo Badaya terminando por él—. Desde luego. Puede marcharse y dejar que sus compañeros sigan luchando sin él, luchando y muriendo por obedecer órdenes que uno considera absurdas. ¿Qué tiene eso de honorable? No podemos abandonar a los que luchan con nosotros. Y no podemos permitir que sigan muriendo por nada, ni dejar que la Alianza sea destruida por unos políticos a los que los caídos no podrían importarles menos. ¿Lo ve? Es un camino difícil, aunque nos ofrece una alternativa: respetar el juramento a la Alianza y demostrarles nuestra lealtad a nuestros compañeros apoyando a un líder que no dudará en hacer lo correcto.

Geary sacudió la cabeza.

—¿Por qué está tan seguro de que yo sabré qué es lo correcto?

—Ya se lo he dicho. Lo he estado observando. Yo y todos los demás. ¿Por qué

cree que Kila y Cáligo pasaron de intentar desacreditarlo a intentar matarlo? Porque, después de llegar a conocerlo lo suficiente, sabían que la flota no permitiría que lo destituyeran. —Badaya se rió—. Por el honor de mis ancestros, si ahora yo intentase actuar contra usted, incluso mi tripulación se amotinaría. No digo que no pueda perder toda la confianza que se ha ganado, pero para eso tendría que cometer un error muy grave, y mientras siga dejándose aconsejar por Tanya Desjani, eso no debería quitarle el sueño.

Geary hubiera preferido que no se volviera a hablar de Tanya, ni siquiera de pasada. Era el momento de centrarse de nuevo en lo importante.

—Capitán Badaya —dijo Geary con parsimonia—, he estado considerando muy seriamente las distintas opciones que tendremos una vez que lleguemos al espacio de la Alianza y se me ha ocurrido algo un tanto inquietante. —Badaya lo miró sin decir nada.

Geary activó el visualizador estelar sobre la mesa que tenían entre ellos y lo configuró para que mostrara una amplia extensión del espacio de la Alianza y del síndico.

—Parece muy sencillo, muy claro. Regresamos, adopto la autoridad que sea necesaria y los políticos pasan a ocupar el lugar que les corresponde. —Badaya asintió con la cabeza—. Sin embargo, no dejo de darle vueltas al ataque que esta flota ejecutó contra el sistema estelar nativo síndico.

Badaya empezó a ensombrecer su expresión.

—No entiendo la relación.

Geary se inclinó hacia el visualizador estelar y señaló la representación del sistema estelar nativo síndico.

—Aparentemente no tendría por qué surgir ninguna complicación, pero se trata de una trampa. ¿Por qué seguí dándole vueltas cuando estuve planeando nuestro regreso al espacio de la Alianza? No estoy seguro, pero creo que empiezo a comprender qué es lo que me inquieta.

—Si cree que es el mismo caso —objetó Badaya—, se equivoca. Esta flota supera en potencia de fuego, y por un amplio margen, a cualquier tropa que pueda haber en el espacio de la Alianza. Los políticos no tendrían nada que hacer, incluso si fueran tan necios como para ordenar que nos atacaran.

—No me refiero a eso —dijo Geary midiendo cada palabra, como había hecho con Desjani y Duellos—. Creo que es cuestión de no jugar según las reglas que nuestros enemigos esperan que sigamos.

Badaya ladeó la cabeza, escudriñando a Geary.

—¿Qué quiere decir? En todo momento se ha mostrado dispuesto a obedecer las reglas, a obrar de acuerdo con las normas y creencias de nuestros ancestros.

—Sí. Nuestras reglas. —Geary se acercó al visualizador y señaló al azar los

sistemas estelares síndicos—. Los síndicos esperan que juguemos según sus reglas, que hagamos cosas como descargar bombas sobre la población civil o masacrar prisioneros. Porque si actuamos así, los líderes síndicos saldrán beneficiados. El pueblo no se alzaría contra sus dirigentes mientras nos tenga miedo.

Badaya afirmó con la cabeza.

—He visto los informes de los servicios de Inteligencia referentes a lo que hemos averiguado después de haber estado en las entrañas del espacio síndico. Haciendo las mismas atrocidades que ellos, actuamos contra nosotros. No puedo negarlo. ¿Qué tiene eso que ver con nuestro regreso al espacio de la Alianza?

—Me pregunto si los oponentes que tenemos en el espacio de la Alianza querrían que yo asumiera el poder.

Badaya se reclinó en su asiento, sin dejar de mirar a Geary, con los ojos entornados mientras reflexionaba.

—¿Por qué iban a quererlo? Ni siquiera saben todavía que usted forma parte de esta flota.

—No tienen por qué quererme a mí —explicó Geary—, pero seguro que han oído hablar del almirante Bloch y sus ambiciosos planes.

—No sabía que usted estuviera al tanto de los objetivos de Bloch. Es obvio que ha estado haciendo sus deberes. —Badaya se frotó el mentón y apartó la mirada de Geary mientras pensaba—. Bloch creía que al ganar en el sistema estelar nativo síndico obtendría la categoría necesaria para intentar hacerse con el poder. Otra cuestión es que después hubiera podido conseguir el apoyo necesario para ello dentro de la flota, pero tampoco era un imposible. Nuestros dirigentes políticos se han dejado corromper, pero no creo que todos ellos sean idiotas, de modo que seguro que algunos saben cuál es la meta de Bloch y qué posibilidades tiene de alcanzarla. Aun así, permiten que Bloch encabece esta flota. Hasta ahora no había reparado en ello. —Volvió a centrar su atención en Geary—. ¿Por qué?

Geary tamborileó con los dedos en la mesa para enfatizar su respuesta.

—He estado investigando. La historia demuestra que la corrupción es un problema que afecta a todos los sistemas de gobierno, aunque causa más daño en el caso de las dictaduras que en el de los gobiernos elegidos por sufragio. Esto se debe a que las dictaduras no imponen un límite formal al poder de los oficiales, vetan la libertad de prensa y no permiten estructuras abiertas de gobierno que dejen patente su corrupción.

El semblante de Badaya se nubló de nuevo.

—Usted no sería un dictador.

—Yo no saldría elegido —señaló Geary—. Fueran cuales fueran mis intenciones, tendría que gobernar como un dictador. Ahora bien, ¿qué forma de gobierno recibiría más apoyo por parte de los políticos corruptos?

Badaya frunció aún más el ceño.

—¿Pretenden que usted tome el poder para que ellos puedan operar con impunidad por encima de la ley? ¿Por qué iban a creer que usted o el almirante Bloch permitirían algo así?

—Porque yo no soy un político. —Geary señaló con la cabeza la representación del espacio de la Alianza—. No sé cómo valoraría Bloch sus habilidades políticas, pero creo que no estaban a la altura de las de aquellos que se dedican profesionalmente a la política. Un oficial militar que llegase al poder podría ser manipulado por los políticos corruptos de tal manera que estos vieran aumentados su poder y riqueza en mayor medida que si se rigieran por un sistema abierto y democrático.

Badaya permaneció sentado en silencio durante un largo rato, hasta que por fin asintió también.

—Comprendo su postura. Un oficial de la flota se desenvolvería en los tejemanejes de los políticos con la misma poca pericia con la que estos orquestarían una operación de combate. Los políticos necesitan una marioneta que manejar y detrás de la que esconderse, que es para lo que Kila utilizaba a Cáligo. ¿Es eso lo que le permitió darse cuenta de esto? Poco importaría el nombre del oficial que tomase el poder. Demonios, incluso es posible que los políticos celebrasen que fuese usted por todos los abusos que podrían cometer con la excusa de que era lo que Black Jack quería. —Asintió de nuevo—. Jugar según sus reglas. Entiendo lo que quiere decir. Quieren que un oficial de la flota intente convertirse en político porque así podrán engatusarlo con palabras que no significan lo que parece. Pero ¿qué debemos hacer? ¿Dejamos que sigan arrastrando la Alianza hasta el fango?

—Hay un término medio. —No le gustaba decirlo y, mucho menos, admitirlo, pero lo que añadió a continuación era cierto—: Yo puedo tomar el poder. No me costaría derrocar a los actuales gobernantes. —Geary sintió que se le revolvía el estómago al afirmar algo que atentaba contra el juramento de la Alianza y sus creencias—. Los políticos lo saben. Los honrados, aquellos a los que nos podemos ganar, sabrán que tienen que escucharme.

Badaya sonrió.

—Temerán no obrar como usted les ordene, le tendrán el miedo suficiente para que pueda hacer lo que sea necesario. Y los corruptos cooperarán con usted porque tratarán de haberse ganado su favor para cuando ascienda al poder. —Cuando Geary quiso hablar, Badaya lo interrumpió extendiendo la palma de la mano—. Entiendo que no quiera darles esa oportunidad; no obstante, si son como nosotros sospechamos, ni se les pasará por la cabeza que usted pueda resistirse a la tentación.

Hasta ahora no lo había visto de aquella manera, pero la sugerencia de Badaya tenía sentido. Geary asintió.

—Sigo suponiendo una amenaza, alguien a quien tienen que escuchar, aunque la solidez del gobierno de la Alianza, de nuestros principios democráticos y de nuestros derechos individuales permanece también intacta.

—Muy inteligente —dijo Badaya ampliando su sonrisa—. Ha sido más listo que ellos, ¿verdad? De la misma manera que demostró más astucia que los síndicos. Yo cometí el mismo error que muchos otros al dar por sentado que los políticos no conseguirían manipularnos con la misma facilidad con que se enriquecieron. ¿Es ese el motivo por el que mantuvo un idilio con Rione? ¿Para averiguar todo lo que pudiera acerca de ellos?

Geary tardó un momento en calmarse lo suficiente para poder elaborar una respuesta. Badaya no dejaba de ser una persona honrada, según los estándares actuales, y un oficial competente, pero calificarlo como poco diplomático era quedarse corto.

—He averiguado muchas cosas interesantes gracias a la señora copresidenta —dijo por fin; una afirmación sincera que Badaya podría interpretar como quisiese—. Pero —añadió ensartando a Badaya con la mirada— Rione es de fiar.

—Si usted lo dice —consintió Badaya con gesto divertido—. Después de todo, usted conoce una parte de ella que no ha mostrado a nadie más. —Dejó escapar una risita mientras Geary trataba de no ruborizarse—. Bien, supongo que querrá que los partidarios con los que cuenta en la flota conozcan sus intenciones.

—Correcto. —Geary mantuvo un tono de voz neutral—. Es importante que todos comprendan lo que está ocurriendo. —O, más bien, lo que él quería que creyeran que estaba pasando. *No obligaré a nadie a aceptar mi liderazgo político. Solo deseo que la cúpula militar y política con la que debo tratar me escuche o, por lo menos, que no se apresure a deshacerse de mí*—. Lo último que queremos es que mis decisiones las tomen unos oficiales que crean que nos están haciendo un favor a la Alianza o a mí, pero que, en realidad, les estén haciendo el juego a los políticos más corruptos.

—Creo que puedo garantizarle que eso no ocurrirá en este caso. —Badaya le dedicó una mirada de admiración al tiempo que se levantaba—. Siempre que negaba desear conseguir el poder necesario para cambiar las cosas, lo que hacía en realidad era estudiar la situación y sopesar las distintas opciones, ¿me equivoco? Debí suponerlo. Un buen comandante no se atiene a las reglas del enemigo. Lo tendré en cuenta.

Una vez que la imagen de Badaya se desvaneció, Geary se hundió en el asiento y se frotó los ojos con una mano, sintiéndose deshonesto, manipulador e incluso indigno. No había mentido a Badaya en el sentido estricto de la palabra, pero sí lo había llevado por donde a él le convenía con una habilidad propia de los políticos más veteranos.

Momentos más tarde llamó a Rione a su camarote. Cuando la copresidenta entró

en la estancia y vio el estado en el que se encontraba el capitán, desplegó una sonrisa aprobatoria.

—Lo ha conseguido. ¿Ha mordido el anzuelo?

—Sí, eso creo.

—Bien. Y ahora se siente como un miserable.

—No me gusta mentirle a nadie —contestó Geary fríamente—. Puede que por eso se me dé tan mal. Detesto pensar que puedo hacerlo lo bastante bien para engañar a alguien como Badaya.

Rione se colocó despacio a su lado.

—¿Mentir? ¿Qué mentira le ha contado?

—Lo sabe muy bien.

—Lo que yo sé, capitán Geary, es que lo que le ha contado a Badaya es, por lo que hemos podido averiguar, cierto. Intente metérselo en esa cabeza tan dura que tiene. El capitán Badaya no ha mordido ningún anzuelo. ¿Cree que una dictadura militar sería un desastre para la Alianza? ¿Sí? En ese caso, ¿dónde está la mentira? Admito que lo de compararlo con la emboscada de los síndicos no se me había ocurrido, pero cuando su capitana y usted lo mencionaron me pareció una idea brillante.

Geary apretó la mandíbula y le lanzó una mirada feroz a Rione.

—Deje de llamarla así. Desjani no es propiedad de nadie, y mucho menos mía.

—Muy bien, si eso es lo que se empeña en creer —contestó Rione dotando a su mirada de la misma rabia—. Le recuerdo que esto no lo hace para obtener un beneficio personal. Usted no busca riquezas ni poder. ¿Por qué demonios debería sentirse culpable por prevenir un golpe militar contra el gobierno de la Alianza?

—¡Porque es algo que a un oficial de la Alianza ni siquiera se le pasaría por la cabeza! —bramó Geary dejando salir toda su vergüenza y su cólera—. ¡Es algo que nunca se me debió proponer, y cuando me lo sugirieron debí negarme en el acto!

Rione lo observó por un momento antes de volver la cabeza con el rostro ensombrecido por un cúmulo de emociones.

—Nosotros no somos como nuestros ancestros, John Geary. Nosotros siempre lo decepcionaremos cuando nos compare con aquellas personas que conoció hace un siglo.

La franqueza inesperada e inusual de la copresidenta extinguió la ira de Geary.

—Ustedes no tienen la culpa de haber nacido durante una guerra que ya llevaba librándose mucho tiempo. No tienen la culpa de haber heredado el dolor y las intrigas derivados de las sucesivas décadas de conflicto. No puedo considerarme mejor que ustedes porque no pasé por todo eso.

—Sin embargo, es mejor que nosotros —insistió Rione arrastrando cierta amargura en su voz—. Usted representa lo que nosotros deberíamos haber respetado,

lo que nuestros padres y abuelos deberían haber defendido, la convicción de que hay que luchar por los ideales. ¿Cree que no me doy cuenta? Si hubiéramos hecho bien nuestro trabajo, que era a lo que la situación nos obligaba, nada de esto habría sucedido. Y sí, desde luego que incluyo a los líderes políticos de la Alianza.

—Ustedes heredaron la guerra —repitió Geary—. No pretendo entender todo lo que ha ocurrido a lo largo del último siglo, pero todo el mundo se empeña en culpar a los demás, y, sin embargo, muchas de las cosas que han sucedido eran inevitables.

—Las excusas no solucionan los errores, capitán Geary. Ni los míos ni los de nadie. Y recuerde que la gente en la que confía aprueba lo que acaba de hacer. Si no confía en usted mismo, confíe en ellos. —Sin decir nada más, Rione se dio media vuelta y salió del camarote.

Faltaban seis horas para proceder al salto hacia Atalia. Aunque Geary temía encontrarse allí con la flotilla síndica de reserva, también se sentía cada vez más inquieto por llegar, pues estaba deseando terminar con todo aquello. De un modo u otro, la larga retirada de la flota de la Alianza pronto llegaría a su fin.

—Capitán Geary. —El semblante de la coronel Carabali no manifestaba ninguna emoción—. Solicito permiso para hablar con usted en privado antes de saltar hacia Atalia.

—Por supuesto, coronel. No tengo ninguna otra reunión durante las próximas dos horas; podemos reunirnos cuando esté lista.

—Ahora sería un buen momento para mí, señor.

—De acuerdo. —Geary autorizó que la imagen de Carabali se abriera en su camarote y, una vez que terminó de desplegarse, le hizo un gesto para que se pusiera cómoda.

La coronel se acercó al asiento y lo ocupó, con la espalda erguida y rígidamente formal.

—¿Cuál es el motivo de esta reunión?

—Considérela una misión de reconocimiento, señor. —La coronel Carabali lo miró con ojos penetrantes—. Capitán Geary, ¿qué tiene pensado hacer una vez que la flota llegue al espacio de la Alianza? Me ha llegado cierta información y necesito que usted me la confirme.

La lealtad de los marines a la Alianza era legendaria, pero, considerando todos los cambios que había visto, hacía tiempo que Geary se preguntaba qué pensarían los marines de las autoridades políticas de la Alianza y qué les parecería que le hubieran ofrecido convertirse en dictador cuando la flota regresase al espacio de la Alianza. No obstante, nunca supo cómo plantear aquellas cuestiones sin que pareciese estar tanteando a los marines en busca de apoyos, pues esto era lo último que él quería. Se sentó frente a la coronel y la miró directamente a los ojos.

—Mi intención es seguir las órdenes que se me den. Se me harán algunas



sugerencias y se me propondrá iniciar una operación, pero no tengo manera alguna de saber cómo se llevará a cabo todo esto. ¿Es eso lo que necesitaba saber?

—En parte. —Carabali escrutó a Geary por un instante—. No insultaré su inteligencia fingiendo que ninguno de los dos sabe que usted no es un simple oficial de la flota. Puede obedecer las órdenes que reciba, pero también tiene otras opciones.

—Y quiere saber si tengo planeado decantarme por esas otras opciones.

Carabali asintió sin variar su expresión.

Geary sacudió la cabeza.

—No, coronel, no pretendo iniciar ninguna acción que contravenga el juramento que hice a la Alianza. ¿Me he explicado con claridad?

—Usted sí. —Carabali hizo una nueva pausa—. Sin embargo, circulan por la flota algunos mensajes de acceso restringido de los que se deduce que pretende hacer algo más que limitarse a cumplir órdenes.

—La gente entiende lo que quiere entender, coronel. Mientras eso sirva para que no se emprendan acciones que supongan un peligro para la Alianza, no tengo ningún problema.

—¿Qué debo entender por «un peligro para la Alianza»? —presionó Carabali.

Geary se reclinó y movió la cabeza.

—La fuerza de la Alianza nunca ha residido en sus sistemas estelares, ni en su población, ni en su flota. Reside en los principios en los que creemos y practicamos. No creo que los síndicos puedan hacernos nunca tanto daño como el que podemos causarnos nosotros mismos. No voy a dar ningún golpe, coronel, y haré cuanto esté en mi mano por que nadie lo dé en mi nombre. —No temía que sus partidarios menos convencidos se enterasen de ello. Después de todo, era lo que le había dicho a Badaya.

Carabali lo escrutó y, después, asintió en señal de aprobación.

—¿Intentará seguir al mando de esta flota?

—Sí.

—¿Aunque asumiera el mando en el sistema estelar nativo síndico solo porque tenía que hacerlo?

—Sí. —Ahora Geary desplegó media sonrisa—. No sabía que fuese tan obvio.

—No lo es. —Carabali sonrió fugazmente—. Estoy acostumbrada a determinar qué motivaciones subyacen tras el comportamiento de los oficiales de la flota. La vida de mis marines suele depender de ello. —De nuevo, adoptó su habitual expresión pétrea—. ¿Cree que puede ponerle fin a esta guerra?

Iba ya a responder cuando, de pronto, se detuvo y estudió a Carabali con una mirada inquisitiva.

—Ha dicho «ponerle fin» y no «ganar».

—Le he planteado la pregunta que necesitaba hacerle, señor.

—Necesito estar seguro de ello. —Geary se inclinó un tanto hacia delante y analizó el rostro de la coronel, protegido por su eterna máscara neutral—. Todavía estoy aprendiendo muchas cosas sobre los estragos que ha causado esta guerra, y sobre la postura que la flota y la Alianza mantienen al respecto.

Carabali se llevó la mano a la cara y se frotó el mentón con aire meditabundo.

—Lucharé siempre que tenga que hacerlo para defender a la Alianza. Por lo demás... estoy cansada de tener que decidir quién vive y quién muere, capitán Geary. Es algo que no podría soportar durante el resto de mi vida.

—Lo sé, créame.

—Sí, es cierto, pero lo ve de otra manera. La flota ofrece algunos lujos de los que no se disfruta luchando en tierra, y su historia personal es muy distinta a la nuestra. Usted creció en tiempo de paz y su carrera en la flota también transcurrió sin conflictos, hasta lo de Grendel. —Carabali apartó la mirada, como si la dirigiese a un lugar muy lejano—. ¿Me permite contarle una historia? Había una teniente que creció en tiempos de guerra y decidió seguir los pasos de su abuela y de su padre. Durante una de sus primeras misiones de combate en tierra, su pelotón de marines y ella quedaron aislados del resto de su unidad. Estaban envueltos por una nube de agentes químicos tóxicos que los síndicos habían arrojado para defenderse. Sus armaduras de combate se estaban quedando sin energía y, si los sistemas de ventilación dejaban de funcionar, la teniente y todo el pelotón morirían.

Geary observó la expresión de la coronel, que seguía sin reflejar nada.

—Una situación muy complicada, incluso para el oficial más veterano.

—Sí. No he mencionado que el pelotón de la teniente había capturado un búnker síndico, donde se logró abrir una brecha, con numerosos miembros de las tropas defensivas del enemigo. Todos los síndicos llevaban trajes bien provistos de reservas de energía y el primer suboficial de la teniente le informó de que existía un modo de desviar la energía de los uniformes de los síndicos para recargar nuestras reservas.

La coronel hizo una nueva pausa mientras Geary entraba en situación e intentaba reprimir un escalofrío.

—Pero si los trajes de los síndicos se quedasen sin energía, los prisioneros morirían.

—O habría que matarlos para que no atacasen a los marines cuando se dieran cuenta de que estaban sentenciados a muerte —convino Carabali—. La teniente sabía que solo había tomar una decisión, y que esta la atormentaría hasta el fin de sus días.

—¿Qué hizo la teniente?

—La teniente dudó —respondió Carabali con la misma voz templada que utilizaría si estuviera proporcionando un informe rutinario—, y su primer suboficial, el sargento más despiadado y rastrero que jamás haya conocido la flota, propuso que la teniente abandonase el búnker por un momento para ver si podía restablecer la

comunicación con el resto de las tropas de la Alianza desde el exterior. La teniente consideró la sugerencia, consciente de que en realidad la estaba aceptando, salió del búnker y se quedó fuera hasta que el sargento apareció con suficientes células de energía cargadas para mantener en funcionamiento su armadura de combate. Al parecer, todo el pelotón disponía de las reservas necesarias para intentar regresar a las líneas de la Alianza. La teniente encabezó el avance, de manera que su pelotón y ella lograron volver aquella misma noche. Nadie preguntó cómo era posible que las reservas de energía del pelotón hubieran durado tanto. La teniente recibió una medalla por salvar al pelotón en aquellas circunstancias tan desfavorables.

Casi de forma instintiva, Geary miró la pechera izquierda del uniforme de Carabali para ver si llevaba puesto algún galón con el que la hubieran premiado por la hazaña.

Sin embargo, la coronel siguió hablando con su voz monótona.

—La teniente jamás luce esa medalla ni su galón.

—¿La teniente regresó alguna vez al búnker?

—La teniente no tenía por qué hacerlo. Sabía muy bien lo que se encontraría. —Carabali señaló con la cabeza el visualizador estelar—. En algún lugar, en este instante, hay otro teniente de la Alianza enfrentándose al mismo dilema, capitán Geary. En algún lugar hay un maldito oficial síndico tomando una decisión parecida porque es la única que se puede tomar. Ya se han tomado demasiadas decisiones de ese tipo.

—Lo comprendo.

—¿Cuál será su decisión, señor? —Carabali lo miró a los ojos—. ¿Puede acabar con esta guerra en unos términos razonables?

—No lo sé. —Ahora fue Geary quien señaló las estrellas—. Lo que yo proponga depende, en parte, de lo que suceda hasta que lleguemos al espacio de la Alianza, pero ahora mismo... Coronel, debo pedirle que no hable sobre esto fuera de este camarote.

—Por supuesto, señor.

—Parece ser que en estos momentos podría tener que proponer muy en serio volver a arriesgar la seguridad la flota, justo después de ponerla a salvo. No sé qué tal le sentará eso a la cúpula de la Alianza ni, de hecho, a los miembros de esta flota.

Carabali arrugó levemente el entrecejo.

—Si esa propuesta la hiciera otro oficial, no sentaría bien. Sin embargo, usted ha sabido ganarse un buen tropel de partidarios, señor.

—¿Aunque hayamos perdido muchas naves?

—Su concepto de «muchas» sigue difiriendo del de los que hemos crecido en tiempos de guerra, señor. —Carabali levantó un dedo para tocar las insignias de su rango—. Eran de mi abuela, y, después, pertenecieron a mi padre. Ambos cayeron en

combate antes de que tuvieran ocasión de entregárselas en persona a alguno de sus hijos. Confiaba en romper la maldición familiar, pero, capitán Geary —dijo la coronel con los ojos clavados en los de él—, si mi muerte en combate sirviese para que mis hijos no tuvieran que llevarlas porque la guerra hubiese terminado de un modo aceptable para el pueblo de la Alianza, entonces me sacrificaría gustosamente. Ese es el quid de la cuestión, señor. Hace mucho tiempo que deseamos morir, pero esa voluntad se ve minada por la desesperación que nos provoca el temor de que nuestro sacrificio no sirva para nada. Confiamos en que usted consiga que nuestra muerte, si nos llegara, no sea en vano.

Geary aceptó su ruego inclinando la cabeza y sintió que el cuerpo le pesaba como si fuese de plomo.

—Le prometo que haré todo lo posible.

—Siempre lo ha hecho, señor. Y, si mantiene su palabra y no rompe el juramento a la Alianza, los marines de esta flota también lo darán todo por usted.

Esta vez Geary miró extrañado a la coronel mientras pensaba en lo que esta acababa de decir.

—Este tipo de sugerencias ambiguas no son propias de usted, coronel.

—En ese caso le diré sin rodeos que, si ordena actuar contra el gobierno de la Alianza, mis oficiales y yo haremos cuanto esté en nuestra mano para asegurarnos de que los marines no acatan la orden.

—Eso es algo que no debe preocuparle, pues no entra en mis planes.

—Entonces nos entendemos. —Carabali apartó la mirada por un momento mientras reflexionaba—. Pero si recibimos la orden de arrestarlo... las cosas se complicarán mucho. Debería ser muy sencillo: obedecer órdenes legítimas. Pero no lo será siempre y cuando no rompa el juramento. Hace mucho tiempo un sabio dijo que en tiempos de guerra todo es muy sencillo, pero que todas las cosas sencillas son muy complicadas. Como esta situación. ¿Es lícito arrestar a un oficial con un historial ejemplar por lo que pudiera hacer? Los abogados militares y civiles podrían debatir esta cuestión hasta la saciedad. Como usted ha dicho, la Alianza se sustenta en los principios que tanto respetamos, uno de los cuales siempre ha sido defender los derechos de nuestro pueblo.

—Es cierto, coronel. —Geary se levantó—. Juro hacer todo lo que pueda para evitar un conflicto de ese tipo entre las órdenes y los principios. Estamos en el mismo bando y, francamente, me gustaría que siguiera siendo así.

—A mí también, señor. —Carabali también se puso de pie—. Lo está haciendo muy bien para ser un fósil espacial.

—Gracias, coronel. Usted tampoco lo está haciendo nada mal. —Carabali dejó escapar otra sonrisa mínima antes de cuadrarse y saludar. Cuando se dispuso a cortar la conexión, Geary volvió a hablar.

—Coronel, la teniente no tenía otra alternativa.

Carabali asintió con la cabeza.

—La teniente siempre lo ha sabido, señor, pero siempre ha odiado la decisión que se vio obligada a tomar. Con su permiso, señor. —La coronel de marines volvió a saludar y su imagen desapareció.

Geary se sentó de nuevo, lentamente. Se sentía como si estuviera haciendo malabares con un centenar de bolas y no pudiese dejar caer ni una si no quería que la Alianza se viniera abajo.

Regresó al puente cuando faltaba una hora para saltar hacia Atalia. La flota de la Alianza se había dispuesto en una formación de combate compuesta por un núcleo y una formación de apoyo en cada flanco, por si la flotilla síndica de reserva los estuviera esperando para atacar en el momento en que alcanzasen la salida del salto. Geary revisó el estado de la flota y su situación logística y se estremeció al comprobar lo bajos que se encontraban los niveles de las células de combustible y de armamento fungible, por lo que decidió llamar a los capitanes de las naves.

—Estén preparados para cualquier situación cuando completemos el salto. Si los síndicos nos esperan en la salida y se encuentran al alcance, todas las naves deberán disparar contra los objetivos que puedan con todas las armas de las que dispongan. Lo más probable es que, como mínimo, guarden una pequeña distancia respecto del punto de salto, con lo cual nosotros podremos maniobrar para colocarnos en una posición favorable antes de atacar. Nos veremos en Atalia y, después, en Varandal.

—Quince minutos para el salto —informó la consultora de operaciones.

Rione abandonó el puesto de observador y se apoyó sobre el respaldo del asiento de Geary.

—¿Le importa que le pregunte por qué una flota en estas condiciones pretende librar una batalla en Atalia en lugar de intentar llegar lo antes posible a la salida de salto hacia Varandal?

—Porque lo más probable es que los síndicos esperen que intentemos dejarlos atrás —explicó Geary—. No se equivoque; si nos es posible, intentaré alcanzar el punto de salto. Pero no creo que los síndicos no intenten impedirnoslo.

—No nos detendrán —aseguró Desjani con tranquilidad.

Rione la miró antes de contestar.

—La creo. —Después regresó a su asiento mientras Desjani ensombrecía su expresión, obviamente intentando descubrir algún significado oculto en el comentario de la copresidenta, aunque sin conseguirlo.

Geary aguardó observando la cuenta atrás mientras la flota se aproximaba al punto de salto. Cuando llegó a su término, dio la orden oportuna.

—A todas las naves, salten hacia Atalia.

Al cabo de tres días y dieciocho horas sabrían qué les depararía el último sistema

estelar síndico que debían atravesar para volver a casa.

Atravesar el espacio de salto no era una experiencia agradable. Siempre producía cierta desazón que se intensificaba cada día que pasaba, una sensación que muchos describían como si la piel ya no se ajustase bien al cuerpo. Era frecuente percibir la presencia de seres que acechaban en las inmediaciones. Y siempre, por breve que fuese el viaje, surgía aquella nada cenicienta e infinita, aquel universo desprovisto de estrellas.

Estaban también las enigmáticas luces del espacio de salto, que llameaban sin seguir un patrón determinado y sin motivo aparente. Como aún no se había ideado un modo de explorar la región, aquellos resplandores seguían siendo un misterio. Mientras las observaba, Geary record  la leyenda según la cual su espíritu formó parte de aquellas luces durante los largos años en que su cuerpo permaneció congelado, sumido en el sueño de supervivencia.

No obstante, el espacio de salto presentaba la curiosa ventaja de ser anodino y aburrido. Aisladas en sus extraños confines, las naves apenas podían intercambiar mensajes sencillos ni podían atisbar el universo regular. Si la comparaba con el incesante ajeteo que solía tener lugar en el espacio habitual, a veces Geary agradecía la relativa paz que tra a el aislamiento.

Aun así, nadie podía permanecer eternamente en el espacio de salto. Tarde o temprano, siempre había que volver a enfrentarse al universo normal.

—Llegaremos a Atalia dentro de dos horas. —Desjani se encontraba de pie ante él en su camarote, con el visualizador estelar entre ellos—. Será un combate complicado.

—Solo espero que esa flotilla de reserva sea más pequeña de lo que estimó el teniente  ger y que no se haya alineado frente a la salida del salto para iniciar un ataque simultáneo con todo su armamento. —Se levantó y activó el visualizador para ver el aspecto que tendrían sus naves si alguien pudiera observarlas en el espacio de salto. Las hileras de buques capitales, los enjambres de cruceros y destructores, y las moles de las auxiliares supervivientes recogidas en el centro.

Su flota. No debería pensar así, pero no podía evitarlo. La había traído hasta aquí y, si las mismísimas estrellas así lo deseaban, la llevaría a casa. Pero  qu  ocurriría entonces?

— En qué piensa? —preguntó Desjani.

—Desearía no tener que cumplir con mi deber.

— Ceder el mando de la flota en Varandal? No creo que eso vaya a ocurrir, señor.

—No soy más que un simple capitán. Con muchísimos años de antigüedad, s , pero un simple capitán, al fin y al cabo.

—Es el capitán Geary. El legendario capitán Geary. No es lo mismo.

Exhaló con pesadez.

—Pero si me mantengo al frente de la flota...

Desjani arqueó una ceja y lo miró inquisitivamente.

—¿Ya ha decidido qué hará después?

—Lo he estado pensando. Solo hay una cosa que podemos hacer si conseguimos llegar a casa. Si les damos suficiente tiempo a los síndicos, se recuperarán del daño que les hemos causado. Destruimos los astilleros síndicos de Sancere, aunque estaban lejos de los únicos astilleros que los síndicos utilizan para producir buques de guerra. Cada día que pasa están más cerca de sustituir todas las naves perdidas. Por lo tanto, tendremos que atacarlos lo antes posible, cuando estén desprevenidos; les asestaremos el golpe más contundente que podamos. —Hizo un mueca—. A sus líderes, quiero decir. Con suerte, la base de su poder, la flota que les permitió atacarnos y coaccionar a su propio pueblo, desaparecerá durante un tiempo después de Atalia. No podemos vencer a los síndicos en todos los sistemas estelares porque hay demasiados, pero no encontraremos mejor oportunidad para demoler la cúpula de los Mundos Síndicos.

Desjani forzó una sonrisa.

—¿Tenemos que regresar? —Alargó el brazo, pulsó algunos mandos, y las imágenes de las naves de la flota fueron reemplazadas por una representación de las estrellas que ocupaban una amplia región del espacio. Uno de aquellos astros, situado a gran distancia de Varandal, resplandecía con más intensidad que el resto y aparecía destacado en el visualizador—. Volveremos al sistema estelar nativo síndico. Pero esta vez será diferente.

—Sí. Cuando la flota se haya reabastecido y hayamos reforzado nuestras filas. —Se encogió de hombros—. Es lo que voy a recomendar, aunque sea lo último que me apetezca hacer.

La mirada que la capitana le dirigió le indicó por un instante que sabía muy bien lo que él quería, pero que ninguno de los dos podía tomar aún aquel camino. Luego, el momento pasó y Desjani afirmó con la cabeza.

—Después podremos enfrentarnos a los alienígenas.

—Después podremos intentar determinar cómo vérnoslas con ellos. Si es que no nos atacan directamente antes. Si es que llegamos a casa. Si es que yo me mantengo al frente de la flota. Depende de muchos factores. Es de locos, ¿verdad? Nos hemos salvado por los pelos una y otra vez, sorteando las trampas que los síndicos nos han tendido, pero voy a sugerir que regresemos.

Desjani sonrió de nuevo.

—Si su locura se debe a algún agente infeccioso, espero que muerda a todos los almirantes que nos encontremos.

Geary no pudo reprimir una carcajada.

—Nos estamos adelantando a los acontecimientos. Todavía tenemos que

completar un salto y enfrentarnos a una flotilla síndica de reserva para llegar al espacio de la Alianza.

—En ese caso, capitán Geary, tendremos que darles una buena paliza a los síndicos para que nos dejen realizar ese salto.

—Me parece muy buena idea, capitana Desjani. Subamos al puente.

Dos horas más tarde se encontraba esperando a que finalizase la cuenta atrás que indicaba el tiempo que faltaba para que la flota de la Alianza abandonase el espacio de salto. Asimismo, esperaba descubrir si sus temores se harían realidad; si una cortina de misiles y metralla los recibiría a su llegada a Atalia. Si eso ocurría, una versión a pequeña escala de la emboscada del sistema nativo síndico que lo hizo merecedor del mando de lo que quedaba de la flota de la Alianza, tendría suerte si la mitad de las naves sobrevivían a los primeros segundos del ataque.

—Listos para salir del espacio de salto —indicó la consultora de operaciones.

—Armas preparadas —ordenó Desjani—. Config renlas para abrir fuego automáticamente en el momento en que identifiquen los objetivos situados dentro de su área de disparo.

La misma orden se estaba dando en aquel momento en el resto de las naves. Geary permaneció sentado, tenso, preguntándose si al cabo de unos segundos la flota entablar a la batalla más cruenta desde que abandonaran el sistema estelar nativo síndico.

—Abandonando el espacio de salto dentro de cinco, cuatro, tres, dos, uno. Saliendo. —Las estrellas aparecieron de nuevo.

El *Intrépido* cabece  mientras los buques de guerra iniciaban una maniobra evasiva programada. Geary tardó un momento en interpretar todo lo que estaba viendo, cuando los sensores de la flota actualizaron al instante el visualizador que tenía ante sí.

Lo primero que pudo observar sin problemas fue que no se había activado ningún arma. Acto seguido comprobó que no había buques de guerra síndicos en las inmediaciones de la salida del salto. Dijo una breve oración para dar las gracias y, a continuación, desplegó la escala de su visualizador para ver qué posición del sistema estelar ocupaba el enemigo.

Como se trataba de una región fronteriza, Atalia había sido escenario de numerosos enfrentamientos entre los Mundos Síndicos y la Alianza. Una buena parte de los fragmentos de las naves caídas durante aquellas batallas se habían ido desperdigando poco a poco por el vacío del espacio. Los restos de los buques de guerra de los síndicos y la Alianza llevaban casi cien años acumulándose en aquel sistema estelar.

Sin embargo, esparcidos a lo largo de un arco desigual que se extendía entre el séptimo planeta del sistema estelar Atalia y el punto de salto hacia Varandal, había



múltiples campos de ruinas que, aunque se iban expandiendo, se hallaban todavía en un estado muy compacto, además de no pocos enjambres de cápsulas de escape y algunos buques de guerra síndicos dañados.

—¿Los restos de un combate? —preguntó Geary.

—Un combate que todavía no ha terminado —puntualizó Desjani.

## Capítulo 10

Al aumentar el área abarcada por el visualizador, las vio. A casi cuatro horas luz de distancia, las naves de la Alianza se estaban enfrentando a los síndicos. El punto de salto hacia Varandal quedaba más o menos a la misma distancia de la estrella de Atalia que la salida por la que la flota de la Alianza había aparecido tras el último salto, aunque próximo al perímetro del sistema estelar. Geary observó el visualizador mientras los sensores de la flota continuaban añadiendo detalles. Casi se estremece al ver un enjambre de naves de la Alianza esfumarse de repente, aunque enseguida comprendió que no las habían destruido, sino que acababan de saltar fuera del sistema.

Los buques de guerra de la Alianza siguieron desapareciendo, lo que le hizo preguntarse a Geary cuántos habría antes. Sin embargo, quedaba una nave; un acorazado que avanzaba tambaleándose hacia el punto de salto al mismo tiempo que un nubarrón de buques de guerra síndicos realizaba repetidas pasadas ofensivas sobre él.

—El sistema indica que ese acorazado es la *Intratable* —indicó Desjani—. Era una de las naves que se quedaron atrás para proteger el espacio de la Alianza cuando esta flota partió hacia el sistema estelar nativo síndico. —Vaciló antes de proseguir—. Cuando nos marchamos, la *Intratable* formaba parte de la misma división de acorazados que la *Impertérrita*.

La *Impertérrita*, la nave comandada por Jane Geary, su sobrina nieta. ¿Habría saltado ya hacia Varandal o tal vez los restos de ese acorazado de la Alianza estaban errando por aquel sistema estelar?

Más adelante, los sensores de la flota podrían analizar los fragmentos más recientes y hacer un cálculo aproximado de cuántos buques de guerra habían caído allí durante los últimos enfrentamientos. De momento, lo único que podía hacer Geary era mirar aquellas imágenes que llegaban con casi cuatro horas de retraso, consciente de que no podía hacer nada para apoyar a la *Intratable* mientras esta cubría la retirada del resto de unidades de la Alianza.

—No falta mucho —murmuró Desjani, que estaba mirando las mismas imágenes que Geary—. La *Intratable* era el único buque de guerra que quedaba cerca del punto de salto. Todos los demás han pasado ya.

—¿Cabe la posibilidad de que alcanzase el punto de salto?

—No, a menos que los síndicos decidieran dejar de disparar.

Rione se inclinó hacia delante y habló con tono exhortatorio.

—Tenemos que hacer algo, distraer a los síndicos, ¡algo!

—Señora copresidenta —contestó Geary con sequedad—, los síndicos ni siquiera verán esta flota durante casi cuatro horas. Lo más probable es que la *Intratable* fuese

destruida hace casi ese mismo tiempo. Simplemente, lo que pasó entonces lo estamos viendo ahora.

—Maldita sea —susurró Rione.

A juzgar por las imágenes que llegaban con cuatro horas de retraso, la *Intratable*, que parecía haber perdido el control, se deslizaba hacia los lados y cabeceaba mientras los disparos de los síndicos la obligaban a desviarse de su rumbo.

—La tripulación abandona la nave —observó Desjani al fijarse en las cápsulas de escape que empezaban a salir disparadas del maltrecho acorazado—. Aunque algunas de las armas parecen seguir funcionando.

Hacia cuatro horas los síndicos habían disparado una ráfaga de misiles que fue describiendo un arco hasta impactar contra la *Intratable*, que para entonces ya estaba prácticamente indefensa, y despedazarla. El casco del acorazado se desgajó de tal forma que la sección de proa salió despedida, dando vueltas, y la sección de popa quedó reducida a un cúmulo de fragmentos menores. Geary cerró los ojos por un momento y al abrirlos de nuevo vio los restos de la nave viajando en todas direcciones, sin que nadie diera señales de vida entre ellos. Que vuestros ancestros os acojan y las estrellas del firmamento amparen vuestros espíritus.

—Los vengaremos —dijo Desjani con un gruñido.

—Sí. Téngalo por seguro. No cabe duda de que hemos encontrado la flotilla de reserva. —Geary empezó a planear una estrategia para el enfrentamiento, dando por sentado que los síndicos regresarían a aquel punto de salto—. ¿Cuánto falta para que los sensores de la flota nos informen de lo que ha sucedido aquí?

—Ya no deberían tardar mucho. —Apenas hubo respondido, empezaron a aparecer los cálculos de los sistemas. Desjani apretó la mandíbula mientras consultaba sus visualizadores, en los que los sensores y los sistemas de evaluación mostraban los análisis del reciente enfrentamiento—. Los últimos restos están correlacionados con dos o tres cruceros de batalla de la Alianza. Entre nueve y trece destructores. Uno o dos cruceros ligeros. De cuatro a seis cruceros pesados y dos acorazados, contando la *Intratable*. —Exhaló con pesadez—. La *Intratable* contuvo a los síndicos para que el resto de naves pudiera escapar, aunque los sensores no tienen modo alguno de saber cuántas se salvaron.

—Por lo menos no fueron los únicos que sufrieron bajas. —Geary vio abrirse los nuevos informes—. Al parecer, los síndicos perdieron uno o dos cruceros de batalla, un acorazado, entre diez y veinte naves de caza asesinas, seis o siete cruceros pesados y entre ocho y once cruceros ligeros, además de otras naves que sufrieron demasiadas averías como para perseguirlos por el salto. —A lo largo de la estela de la batalla habían quedado desperdigados un crucero de batalla síndico con daños críticos, tres cruceros pesados y otro ligero, todos los cuales avanzaban torpemente hacia el segundo planeta del sistema estelar. Cerca de la salida del salto, otro crucero de

batalla, que terminó destrozado en el último combate contra la Intratable, parecía ir orientándose también hacia el sistema interior.

Los sensores de la flota dirigían su vista hasta una distancia de cuatro horas luz por el límite del sistema estelar, y miraban más allá de los restos de las naves caídas para determinar el tamaño de la fuerza síndica, resultados que tampoco tardaron en aparecer.

—Dieciséis acorazados, catorce cruceros de batalla, veinte cruceros pesados, cuarenta y cinco cruceros ligeros y ciento diez naves de caza asesinas. —Geary confiaba en que el teniente Íger hubiera exagerado al hacer sus estimaciones; sin embargo, estas resultaron ser demasiado precisas—. Son las naves de la flotilla de reserva que continúan activas.

—Podemos eliminarlas —insistió Desjani.

—No tenemos alternativa, pero no puedo cerrar el plan para interceptarlas hasta que se den media vuelta y adopten nuevos vectores.

Esperó con impaciencia; aunque la flota de la Alianza se encontraba cada vez más cerca del punto de salto, todavía quedaban unos dos días de viaje. De repente, Desjani intervino.

—No se darán media vuelta. Lo que pretenden es volver a formarse. Van a saltar detrás de las naves de la Alianza que escaparon.

—¿Van a saltar hacia Varandal? —Solo una cosa sería peor que luchar ahí contra la flotilla de reserva: enfrentarse a ella en Varandal si los síndicos lograban causar el suficiente daño en ese sistema estelar antes de que la flota de la Alianza los alcanzase.

—Todavía queda a cuatro horas luz de distancia. —Desjani descargó el puño sobre el reposabrazos de su asiento—. Saltarán antes de darse cuenta siquiera de que estamos aquí.

—Puede que así consigamos sorprenderlos en Varandal. —Geary llevó los ojos hasta las estimaciones de bajas de la Alianza que se habían producido allí. Dos acorazados. ¿Sería la otra la *Impertérrita*? ¿Habría muerto Jane Geary justo cuando él se encontraba en el umbral de casa, o tal vez su sobrina nieta se encontraba en una de las cápsulas de escape que había dispersadas por todo el sistema?

En los visualizadores continuaron proliferando los símbolos que representaban las cápsulas de escape que se encontraban en el sistema estelar Atalia. Había innumerables cápsulas procedentes de los buques de guerra de la Alianza que fueron destruidos allí. Geary se reclinó en el asiento y observó el lugar donde la flotilla síndica de reserva se estaba reagrupando para saltar hacia Varandal; a continuación, miró los vapuleados buques de guerra síndicos que continuaban avanzando como podían para ponerse a salvo, sin saber tampoco que la flota de la Alianza había llegado; a continuación, dirigió la mirada a los enjambres de cápsulas de escape de la

Alianza; y, por último, consultó el visualizador de estado, que indicaba el nivel de las reservas de células de combustible de las que aún disponían los buques de guerra de la flota.

—Necesito su consejo, Tanya. —La capitana se giró hacia él—. Podemos rodear sin problemas los buques síndicos dañados y eliminarlos de camino al punto de salto. Sin embargo, los tripulantes de la Alianza que viajan en las cápsulas de escape cuentan con que los recojamos, lo cual implica que reduzcamos nuestra velocidad de manera significativa. Eso supondría un consumo de células de combustible que no podemos permitirnos, además de retrasar la hora de llegada al punto de salto hacia Varandal.

Desjani produjo un breve tamborileo con los dedos en el reposabrazos de su asiento y, a continuación, se volvió hacia el consultor de ingeniería.

—Si las cápsulas de escape se colocaran en los mismos vectores que esta flota y consumieran todo el combustible que les queda, ¿qué velocidad podrían alcanzar?

El ingeniero no tardó en realizar algunos cálculos.

—Capitana, teniendo en cuenta el tiempo que pueden llevar en el espacio y la cantidad consumida durante el lanzamiento, podrían llegar a ir a una centésima de la velocidad de la luz si reactivasen la secuencia de ignición del lanzamiento. Pero después no les quedaría nada.

—Sería una ayuda, pero no suficiente. La flota seguiría teniendo que frenar demasiado. —Desjani agitó la cabeza—. Aunque pudiéramos permitirnos un consumo tan elevado de células de combustible, no dejaríamos de retrasarnos demasiado. Además, la mayoría de nuestras naves ya no pueden albergar más tripulantes. Provocar el hacinamiento del personal podría suponer una desventaja si fuese necesario evacuar esas naves durante la lucha de Varandal, y no disponemos de cápsulas de escape para todos. Lo que necesitamos son dos flotas. —Miró el visualizador, donde parpadeaban dos mensajes de alerta—. La flotilla síndica de reserva saltó hacia Varandal hace tres horas y cuarenta y un minutos.

—Lástima que no estuviéramos aquí hace más de tres horas. Si nos hubieran visto antes de saltar, tal vez habrían permanecido en las cercanías, lo que nos habría facilitado mucho las cosas. —Geary examinó todo el contenido del visualizador del estado de la flota—. Dos flotas. Podría ser una buena táctica: enviar varias naves a recoger las cápsulas de escape, tras lo cual seguirían al resto.

—¿De cuáles podríamos prescindir?

—De ninguna, aunque de todos modos a algunas de las naves les costará avanzar a buen ritmo. —Elegirlas parecía sencillo, pero no se trataba tan solo de una cuestión de física. Llamó a la *Ilustre*.

—Capitán Badaya, tengo que pedirle algo.

Seis segundos más tarde Badaya contestó. Parecía fatigado, lo cual era

comprensible, puesto que habría estado presionándose a sí mismo y a su tripulación para reparar los daños de la *Ilustre* antes de una posible batalla. Sin embargo, la tripulación de la *Ilustre* no podía hacer milagros.

—¿En qué puedo ayudarlo, capitán Geary?

—Necesito recuperar las cápsulas de escape de la Alianza, aunque no puedo permitirme aminorar la velocidad de toda la flota para ello. De camino al punto de salto hacia Varandal, la flota puede eliminar los buques de guerra síndicos que queden en este sistema estelar; en cualquier caso, quien se quede atrás para recoger las cápsulas seguirá necesitando suficiente potencia de fuego para protegerlas por si ocurriera algún imprevisto.

El capitán Badaya tardó seis segundos en asentir con la cabeza.

—¿En quién ha pensado, capitán Geary?

—En las tres auxiliares: la *Orión*, la *Increíble* y el *Resuelto*; los escoltas que han sufrido los mayores daños. Y, dado que estas naves necesitarán un comandante hábil y digno de confianza, en la *Ilustre*.

Badaya no tardó en asentir de nuevo.

—Nos hemos esforzado mucho para reparar la *Ilustre*, aunque en caso de enfrentamiento seguirá encontrándose muy en desventaja. Comprendo su razonamiento, pero resulta muy duro pensar en una derrota en Varandal.

—Lo entiendo. —Badaya tenía sus defectos, pero se había ganado el derecho a que todos respetasen su orgullo y su honor—. Ese es el motivo por el que le pido que acepte esta misión. Si los síndicos emergen del punto de salto hacia Varandal antes de que usted lo alcance, tendrá que abrirse paso entre ellos. Necesito a alguien cuya capacidad sea incuestionable para comandar las naves; además, para ayudarlo, voy a asignarle dos acorazados y dos cruceros de batalla. —No se molestó en añadir lo que tanto él como Badaya sabían, que las cuatro maltrechas naves juntas no sumaban la capacidad de combate de un acorazado intacto.

—No es muy probable que los síndicos regresen aquí antes de que nos vayamos —observó Badaya—, aunque siempre cabe la posibilidad. En cualquier caso, si machacan a los síndicos que saltaron hacia Varandal, algunos podrían estar dirigiéndose de vuelta al punto de salto que lleva hasta aquí cuando nosotros lleguemos a Varandal. Estaremos bien posicionados para bloquearlos y fulminarlos.

—Eso es cierto.

—Es una misión gloriosa —concluyó Badaya—. No dejaremos aquí a ningún tripulante de la Alianza, la *Ilustre* no ralentizará al resto de cruceros de batalla y, además, nos encontraremos lo bastante lejos de las demás naves para poder interceptar a los síndicos que intenten escapar de Varandal. Muchas gracias por su confianza, capitán Geary.

—Se lo ha ganado, capitán Badaya —dijo Geary; algo que no dejaba de ser

cierto. Aparte del asunto de la dictadura, no era un mal oficial al mando. Badaya tendía a reaccionar con demasiado ímpetu en lugar de idear nuevos planes para adelantarse al enemigo, pero cuando recibía una orden hacía todo lo posible por cumplirla, aunque le fuera la vida en ello. Por si fuera poco, creía en Geary; confiaba en él lo suficiente como para aceptar una misión que tal vez habría rechazado si se la hubieran propuesto seis meses atrás.

—Muchas gracias, capitán Geary —repitió Badaya—. Respecto al otro asunto del que hablamos, las opciones que tendríamos una vez que la flota llegase a Varandal... Todos los interesados están al tanto de sus deseos y han prometido obrar de acuerdo a los mismos. Aunque la *Ilustre* no llegase a Varandal, usted tiene las espaldas cubiertas.

—Me alegra saberlo, capitán Badaya. —Geary agradeció con una breve oración que, por una vez, Badaya hubiera dicho algo meditado y de manera discreta. En muchas ocasiones había comprobado que las conversaciones supuestamente privadas solían ser cualquier cosa menos eso—. Prepararé las órdenes para las naves que acompañarán a la *Ilustre*. Nos vemos en Varandal.

—En la *Orión* no se van a poner muy contentos —observó Desjani mientras repasaba los planes de Geary.

—En la *Orión* tampoco se merecen otra cosa. En cuanto regresemos al espacio de la Alianza, pienso recomendar que disuelvan a su tripulación y sea reemplazada en su mayor parte. Todos los intentos que ha habido para recomponer esa tripulación han fracasado.

—Quizá los motive ver que un pelotón de fusilamiento liquida a Numos después de ser juzgado por un consejo de guerra —comentó Desjani con tono jocoso.

—Tal vez. —La frustración que le provocaba la lentitud con la que los tripulantes de la *Orión* realizaban las reparaciones era ya tal que incluso a él le atrajo la idea por un momento—. Por otra parte, desde que vieron saltar en mil pedazos a la *Majestuosa* en Lakota, los tripulantes de la *Orión* han progresado de manera encomiable en la reparación de sus armas y armaduras.

—Pero no en la de sus sistemas de propulsión —apuntó Desjani con aspereza—. Tal vez debería dejarles caer que, aunque ahora puedan defenderse mejor, no conseguirían escapar del enemigo.

—Haré que no he oído eso, capitana Desjani. —En lugar de avergonzarse, la oficial sonrió mientras Geary continuaba hablando—. Aunque no creo que el *Resuelto* y la *Increíble* pongan muchas objeciones.

—Podría no ser conveniente intentar separar esas dos naves —dijo Desjani—. Al parecer, después de haber estrechado vínculos en Heradao, son amigas del alma.

—¿Por qué está de tan buen humor, capitana Desjani?

—Porque la flotilla síndica de reserva ha saltado hacia Varandal, capitán Geary, y

ahora estará atrapada entre las tropas de la Alianza que huyeron hacia allí y, además, tendrá que vérselas con todas las defensas que encuentre en Varandal. —Desjani sonrió como un depredador—. La presa es nuestra.

—Puede, pero la presa todavía nos puede morder.

Pese a las generosas dimensiones de la mesa de la sala de reuniones virtual, Geary observó que no era tan grande como en encuentros anteriores; ahora quedaban menos naves y, por tanto, el número de oficiales al mando de la flota había disminuido. Aun así, después de los sucesos de Padronis la flota parecía haber purgado el veneno que la infectaba, de modo que el debate que se mantendría a continuación sería abierto y sincero.

—Si no me equivoco, todos están al corriente de la situación. La flotilla síndica de reserva saltó hacia Varandal antes de saber que habíamos llegado a Atalia. Pretende darle caza a una tropa de la Alianza cuyo tamaño desconocemos, y no cabe duda de que intentará eliminar las instalaciones que la Alianza tiene en Varandal y destruir el resto de buques de guerra de la Alianza que encuentre allí. Debemos llegar a tiempo a Varandal para apoyar a los compañeros que se encuentran en los buques, en los planetas y en las instalaciones orbitales.

Señaló el visualizador que se mantenía suspendido sobre la mesa.

—Las naves del núcleo de la flota continuaremos en dirección al punto de salto hacia Varandal tan rápido como nos lo permitan las células de combustible, variando el rumbo solo cuando podamos barrer los buques de guerra síndicos cuyos daños los hayan obligado a permanecer en este sistema estelar. Una formación compuesta por la *Ilustre*, la *Increíble*, el *Resuelto*, la *Orión*, la *Titánica*, la *Genio* y la *Hechicera*, así como los cruceros y destructores que hayan recibido más daños, reducirán su velocidad para poder recoger las cápsulas de escape de la Alianza que se han quedado en este sistema estelar, tras lo cual seguirán al resto hacia Varandal.

Todos los presentes miraron a Badaya, sin duda para verlo expresar su desacuerdo airadamente; sin embargo, el capitán se limitó a asentir con la cabeza, impasible.

—Es un honor para la *Ilustre* que se le encomiende una misión tan decisiva. Confío en que el resto nos dejará algunos síndicos de los que encargarnos en Varandal.

—Tenga cuidado con lo que desea —le previno el comandante Parr, de la *Increíble*—. De todos modos, será un placer combatir con el apoyo de las demás naves.

Duellos parecía tan cansado como Badaya.

—La situación de Varandal no parece demasiado ventajosa; además, según mis cálculos, cuando lleguemos allí, el nivel de las reservas de células de combustible será inferior al veinte por ciento.

—Así es. —Geary intentó expresarlo con distensión, como si todos los días se



enfrentaran en Varandal a enemigos que los superaban en número y con tan poco combustible que los buques de guerra corrieran el riesgo de quedarse sin suministro energético en pleno combate—. No podemos hacer nada para aumentar el nivel de combustible. Las auxiliares que quedan están utilizando sus transbordadores para distribuir las células de combustible que fabricaron durante el último salto, y después tendremos que repostar, una vez que terminemos con los síndicos en Varandal. Sabremos con más exactitud las posibilidades que tenemos en Varandal una vez que las cápsulas de escape nos faciliten una lista de los buques de guerra que estaban con las tropas de la Alianza que vinieron aquí. Por el momento, solo podemos realizar un cálculo aproximado de los buques de guerra de la Alianza que se perdieron en esta región.

Toda la mesa consultó la hora.

—Las cápsulas que se encuentren más cerca ya nos habrán visto —bramó el capitán Armus—. Tendremos que esperar otra media hora para que nos lleguen los mensajes que nos puedan haber mandado.

—Así es, por desgracia. Sin embargo, aún falta más de un día para que lleguemos al punto de salto hacia Varandal. Tenemos tiempo. Demasiado, pero eso es algo que no podemos remediar.

Lo único que podían hacer era sentarse en el puente del *Intrépido* y continuar atravesando el espacio a doce centésimas de la velocidad de la luz, ansiosos por oír lo que los tripulantes que se habían salvado en las cápsulas de escape podían contarle a la flota.

La primera voz que entró en el circuito procedente de una de esas cápsulas llegaba tan distorsionada por una mezcla de júbilo, incredulidad y nerviosismo que resultaba un tanto difícil de entender.

—Al habla el teniente Reynardin. Creo que soy el oficial más veterano de los que sobrevivimos a la destrucción del crucero de batalla Vengador. No se imaginan cómo nos alegramos de ver a la flota de la Alianza. Los síndicos nos aseguraron que la habían aniquilado, pero nadie terminaba de creérselo. Nuestra flota no. Doy gracias a nuestros ancestros y a las estrellas del firmamento por que...

Geary reprimió un gesto de fastidio al ver que el teniente no paraba de hablar. Desjani golpeteaba con los dedos en el reposabrazos de su sillón de mando, incapaz de disimular su inquietud; no era difícil imaginar el grito que le hubiera dado a Reynardin si lo hubiese tenido delante.

Rione debió de percatarse de lo impacientes que estaban el comandante de la flota y la capitana.

—El teniente Reynardin ha perdido su nave y a muchos de sus amigos y compañeros. Lo más probable es que haya sufrido una conmoción.

—Es un oficial de la flota —replicó Desjani recalcando cada palabra—. Tal vez

cuando reciba la solicitud de información del capitán Geary nos cuente algo útil.

Minutos más tarde imaginaron que ya le había llegado, pues el teniente Reynardin se quedó mudo de pronto. Cuando volvió a hablar, parecía estar a punto de romper a llorar.

—Capitán Geary. Señor. Es un honor... Yo... sus órdenes. Sí, señor. Lo que ocurrió. Iniciamos un ataque de desarticulación. Fue idea de la almirante Tagos, para desconcertar a los síndicos.

—¿Tagos? —murmuró Desjani, y miró a Geary negando con la cabeza—. ¿Cómo demonios llegó a almirante?

—La almirante Tagos viajaba a bordo de la Propicia —continuó Reynardin—. No llegué a ver todos los impactos que recibió su nave, pero el núcleo energético saltó en mil pedazos y estoy seguro de que no hubo supervivientes.

Geary hizo un gesto cansado de asentimiento y supuso, por lo que había podido comprobar cuando asumió el mando de la flota, que Tagos fue ascendida por su vocación política y su «espíritu de lucha», y que decidió hacer gala de ambas habilidades lanzándose a entablar un combate perdido.

—El Vengador y la Propicia. Eso son otros dos cruceros de batalla de la Alianza —observó Desjani mientras Reynardin seguía contando lo sucedido al borde del delirio—. Puede que alguno de los otros ocupantes de su cápsula de escape lo sustituya en el panel de comunicación.

—Esperemos que así sea. —Como las cápsulas de escape más cercanas todavía se encontraban a más de dos horas luz de distancia, cualquier intento de hacer que el teniente Reynardin se concentrara en las preguntas que se le hacían supondría un proceso largo y tedioso.

—Fue horrible —prosiguió Reynardin—. Simplemente... todo.

—Por favor, que alguien le pegue un tiro —bramó Desjani.

—Está conmocionado —protestó Rione de nuevo.

En ese instante, el consultor de comunicaciones interrumpió la discusión de las oficiales.

—Capitana, estamos recibiendo la llamada de otra cápsula de escape.

—¡Dele paso! —ordenó Desjani aliviada, como si por fin la hubiesen librado de una tortura insoportable.

Nada más oír la voz del siguiente oficial, observaron que este se encontraba más tranquilo.

—Al habla el alférez Hochin, señor. Oficial de baterías de lanzas infernales de la Incomparable. Me temo que solo puedo ponerle al corriente del estado en que se encontraban las tropas de la Alianza hasta que evacuamos la Incomparable.

—Algo es algo. —Desjani le lanzó una mirada a Geary—. La Incomparable era otro acorazado de la división de la *Impertérrita*.

Eso significaba que esta última o bien no la había acompañado hasta aquí o, lo más probable, había conseguido escapar a Varandal. Geary experimentó una profunda sensación de alivio al saber que la nave de su sobrina nieta no había caído en aquella región, aunque al mismo tiempo se sintió culpable por alegrarse, puesto que la salvación de la *Impertérrita* implicaba la destrucción de otra nave.

—Teníamos cinco cruceros de batalla —prosiguió el alférez Hochin—. Sé que hemos perdido el Vengador. Seis acorazados. Por lo que sé, solo destruyeron la Incomparable.

—Maldita sea —renegó Desjani—. Debí haberme dado cuenta. Las cápsulas de escape más cercanas proceden de las naves de la Alianza que fueron destruidas primero. Los sensores de las cápsulas son muy rudimentarios, por lo que no sabrán muy bien lo que ocurrió una vez que sus naves cayeron. Para hacernos una idea mejor de cuántas naves lograron regresar a la salida del salto, tendremos que esperar hasta que recibamos la llamada de las cápsulas de escape de la Intratable.

—¿Otra hora? —estimó Geary.

—Como mínimo.

Hochin continuaba hablando.

—Supongo que entrará en sus planes aniquilar a los síndicos que queden aquí, pero algunas cápsulas de la Manto nos avisaron de que uno de los cruceros pesados síndicos capturó a varios de los compañeros que viajaban en las cápsulas de la Incomparable. Calculan que recogerían entre cuarenta y sesenta, aunque podrían ser menos.

—Malnacidos. —Geary comprobó las posiciones que los cruceros pesados síndicos ocupaban en la pantalla—. ¿Cuál de ellos?

—Según la posición de las cápsulas de escape de la Manto y la descripción que facilitaron del rumbo que seguía el crucero síndico —continuó Hochin como si no hubiera escuchado a Geary—, debería encontrarse a una hora luz y media de la estrella Atalia, ligeramente por encima del plano del sistema, muy cerca de la línea entre el punto de salto desde Kalixa y la estrella. Los tripulantes de la Manto dijeron que el crucero síndico tenía daños críticos en la proa.

—¡Lo tengo! —exclamó triunfalmente el consultor de sistemas de combate—. Ha sido necesario reconstruir su trayectoria, pero tiene que ser este.

—¿Tiene la proa dañada? —preguntó Desjani.

—Sí, capitana. Destrozada.

—Excelente. —Desjani le hizo un gesto con la cabeza a Geary—. Ahí tiene un alférez que por sus méritos en combate se merece un ascenso a teniente.

—Recuérdemelo. —Aunque la proa del crucero pesado en cuestión estaba hecha pedazos, los sistemas de propulsión de la nave parecían seguir funcionando. Cuando divisó la flota de la Alianza, aumentó su velocidad hasta seis centésimas de la

velocidad de la luz—. ¿Podemos interceptarlo?

—La formación de la *Ilustre* no, señor —respondió la consultora de operaciones con mucho menos entusiasmo—. Después de aminorar para recoger estas otras cápsulas, no podrán ganar la suficiente aceleración para alcanzar a ese crucero.

—¿Y nosotros? —preguntó Geary.

La consultora de operaciones, después de calcular distintos rumbos y velocidades, hizo un gesto de descontento.

—El Octavo Escuadrón de Cruceros Ligeros, situado en el flanco de nuestra formación más alejado de estribor, podría intentar interceptarlo con la mínima aceleración y deceleración, señor. El Vigésimotercer Escuadrón de destructores podría acompañarlo.

Geary cotejó el armamento de esas naves con las que se estimaba que había perdido el crucero pesado síndico.

—La potencia de fuego debería ser suficiente, pero no se trata solo de eliminar el crucero. Tenemos que rescatar a los prisioneros, y ni los cruceros ligeros ni los destructores están hechos para albergar marines.

—Pídales que se rindan —lo urgió Rione.

—Esa opción nunca ha tenido mucho éxito en el pasado, señora copresidenta.

—Puede que esta vez sea diferente. ¿Qué le cuesta exigirles que capitulen o, al menos, que entreguen a los miembros de la Alianza que han capturado?

—No perderíamos nada —admitió Geary.

—Podría negociar con ellos —sugirió Rione—. Propóngales que a cambio de liberar a nuestros hombres, su crucero pesado no sufrirá más daños.

Geary observó que todos los tripulantes que los rodeaban se habían sorprendido al oír la sugerencia. Sin embargo, solo Desjani habló, aunque más para sí misma que dirigiéndose a Rione.

—El reglamento ordena emprender todas las acciones necesarias para destruir al enemigo, y no permite dejar escapar a las tropas síndicas mientras estas conserven su capacidad de combate.

Como comandante de la flota, las órdenes de Geary prevalecían sobre las del reglamento, aunque en este caso no parecía lo más apropiado. No obstante, ¿qué otra cosa podía ofrecer para llegar a un acuerdo?

Rione miró a su alrededor con un gesto de frustración.

—Haga un trato, capitán Geary. Aunque no esté de acuerdo con que conserven su nave, ¡todavía tiene en sus manos la vida de los tripulantes síndicos!

Geary exhaló un suspiro de exasperación.

—¡Los comandantes síndicos han demostrado que no valoran mucho la vida de sus tripulantes!

—¡Algunos sí! Usted mismo ha comentado en ocasiones que permitían que su

tripulación abandonase la nave a tiempo. ¿Por qué iban a hacer algo así si su vida no les importara?

La copresidenta tenía razón. Los tripulantes podrían haber huido llevados por el pánico, pero también porque sus capitanes hubieran preferido que sobrevivieran.

—Además, aunque a ese capitán síndico no le importe su tripulación, seguro que sí valora su vida. Merece la pena intentarlo. —Geary grabó una solicitud y la envió; después, transmitió las correspondientes órdenes al Octavo Escuadrón de Cruceros Ligeros y al Vigésimotercer Escuadrón de Destruyores para que aceleraran un poco más y modificaran el rumbo con el fin de interceptar al crucero pesado síndico; y, por último, volvió a reclinarsse mientras esperaba cada vez con mayor inquietud.

—¡Capitana! —dijo el consultor de sistemas de combate—. Hay algo inusual en los daños del crucero pesado síndico, el que recogió algunas de las cápsulas de escape de la Incomparable.

Desjani se giró hacia el consultor.

—Defina «inusual».

—Hemos orientado nuestros sensores hacia esa nave, y los análisis de los daños revelan que no fueron causados por varios ataques, sino por un único impacto descomunal.

—¿Un solo impacto? —Desjani adoptó un gesto meditabundo—. ¿Qué podría haber provocado algo así?

—Causa desconocida, capitana. Ningún arma perteneciente al inventario de la Alianza podría provocar ese tipo de desperfectos.

El semblante de Desjani se ensombreció aún más.

—¿Y una colisión?

El consultor realizó algunos cálculos.

—En teoría es posible, capitana, aunque las probabilidades de que se produjera una colisión frontal que solo ocasionara esos daños son casi despreciables. El crucero fue alcanzado en plena proa, y es muy difícil resistir un impacto frontal. Además, los daños abarcan toda la proa, por lo que debió de chocar con algo de grandes dimensiones.

—Vaya, sí que es extraño. De todas formas, como no tenemos pruebas de otras posibles causas, por el momento tendremos que suponer que los daños son el resultado de una colisión. Avíseme si encuentran más detalles que puedan explicar qué provocó los desperfectos. —Desjani se volvió hacia Geary como si supiera lo que estaba pensando—. ¿Señor?

—¿Por qué saltaron hacia Varandal? —preguntó.

—¿La flota síndica de reserva? Para liquidar a las unidades de la Alianza que sobrevivieron al combate que se libró aquí.

—Sin embargo, sus órdenes debían de ser eliminarnos a nosotros antes de que

llegásemos a Varandal. Los síndicos no acostumbran a improvisar sus maniobras. — Geary se concentró en el visualizador como si la respuesta se escondiera allí—. ¿Por qué no se quedaron aquí para atacarnos cuando llegamos?

Desjani arrugó la frente.

—Debieron de ordenarles que avanzasen hacia Varandal. Los buques de guerra de la Alianza que vinieron aquí se cruzaron con la flotilla de reserva de camino al punto de salto hacia Varandal. —Introdujo algunos comandos y estudió los resultados—. Esto coincide con el reguero de los restos. La flotilla de reserva no iba a esperarnos aquí. Debían de tener planeado saltar antes de que llegásemos, eliminar las defensas de Varandal y, después, atacarnos una vez que llegásemos a casa, desprevenidos y con el combustible y las municiones bajo mínimos.

Tenía sentido, aunque Geary seguía pensando que algo no terminaba de encajar.

—Habría sido más sencillo hacer todo eso aquí, en Atalia. —Nadie más propuso ninguna otra teoría, de modo que Geary se apoyó en el respaldo de su asiento e intentó meditar, aunque esta vez no logró sacar nada en claro.

No fue consciente de lo rápido que había pasado el tiempo hasta que el consultor de comunicaciones lo llamó.

—Capitán Geary, la oficial al mando del crucero pesado síndico propone liberar a los prisioneros a cambio de que usted acceda a no atacar las cápsulas de escape de su nave.

Desjani no tardó en intervenir.

—Es una trampa. O un truco.

—Tal vez —convino Geary al tiempo que aceptaba el mensaje.

La imagen de la capitana del crucero pesado síndico se desplegó ante él. A pesar de su gesto desafiante, sus ojos presentaban un aspecto vidrioso, como si también ella estuviera conmocionada.

—Este crucero pesado no puede defenderse de sus ataques. Estoy dispuesta a entregar a los prisioneros si usted permite el libre tránsito de mi tripulación. Yo permaneceré a bordo como rehén junto con los prisioneros, después de que mi tripulación la haya desocupado, y no opondré resistencia alguna al pelotón de abordaje que envíe para llevarse a sus hombres, pero, en caso de que inicien cualquier operación de captura de la nave o intenten adentrarse más allá de la zona de retención de los prisioneros, destruiré el crucero. Estas son mis condiciones. Si no las acepta, lucharé hasta que la nave sea destruida y muramos todos los que viajamos en ella.

—Es el mejor acuerdo posible —observó Rione.

—Y el más peligroso —señaló Desjani—. La capitana del crucero pesado podría esperar a que nuestras naves se acerquen para recoger a los prisioneros y, entonces, sobrecargar el núcleo energético.

No era una decisión fácil de tomar. No sería la primera vez que los síndicos

rompían su palabra después de hacer un trato.

—Esta mujer tiene algo distinto —comentó Geary—. Fíjense en su mirada. Hay algo que le provoca un gran desconcierto.

Desjani entornó los ojos para escrutar a la comandante síndica.

—Consiguieron la victoria aquí. Es extraño que parezca estar tan confusa. Quizá resultase herida durante el enfrentamiento.

—Puede ser. —Todo el mundo se mantenía expectante. Solo él tenía la última palabra. De nuevo. Recordó lo que la coronel Carabali le había contado acerca de la responsabilidad de decidir quién vive y quién muere. No quería tener que hacerlo otra vez, pero no le quedaba otra alternativa—. De acuerdo. Aceptaré sus condiciones. Es la única forma de salvar a los prisioneros, a menos que los abandonemos y dejemos que el crucero pesado escape.

Desjani no alteró su expresión mientras deslizaba los dedos por su visualizador.

—Le recomiendo que utilice la Fusil y la Culebrina, de la sección de destructores, para interceptar el crucero pesado. Tendrán que colocarse muy cerca, sincronizar sus vectores, tender los puentes necesarios y sacar a los prisioneros. Envíe el resto del escuadrón para controlar la amenaza que puedan suponer las cápsulas de escape síndicas.

Geary hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—¿Y los cruceros ligeros?

—Ordéneles que se mantengan alrededor del crucero pesado —le aconsejó Desjani—. Que los síndicos tengan la impresión de que podrían acercarse mucho más. Así, en el caso de que pretendan hacer explotar su nave, aguardarán con la esperanza de derribar algunas de las nuestras.

—De acuerdo.

Dos horas más tarde, la Fusil y la Culebrina comenzaron a acercarse al crucero pesado síndico, adaptando poco a poco su velocidad y dirección a las del buque de guerra enemigo. Cuando completaron la aproximación, las tres naves continuaban atravesando el espacio a una velocidad vertiginosa, aunque inmóviles las unas respecto de las otras, como si se hubieran quedado paralizadas en la inmensidad del espacio. A escasa distancia del trío de naves empezó a brotar un pequeño enjambre de cápsulas de escape síndicas, señal de que los tripulantes del crucero habían empezado a desocupar la nave.

Ahora, los destructores y el crucero pesado síndico se encontraban a casi cuarenta minutos luz del grueso de la flota de la Alianza. El destacamento especial *Ilustre* se había situado a una distancia todavía mayor, a más de una hora luz, e iba reduciendo su velocidad para recoger las cápsulas de escape de sus compañeros. El grueso de la flota ya había alcanzado y destruido otros dos cruceros síndicos, uno pesado y otro ligero, que habían resultado dañados en la batalla anterior, y ahora se encontraba a

menos de cinco minutos luz de un crucero de batalla enemigo, el cual parecía aguardar su destino con firme determinación.

Geary, que todavía no podía intervenir, observaba cómo los puentes se iban desplegando desde los destructores hasta el crucero pesado síndico. Divisó las lejanas figuras de los tripulantes que, equipados con trajes de supervivencia, cruzaban los puentes; y más tarde, después de una angustiosa espera, vio más figuras protegidas con trajes de supervivencia saliendo del crucero síndico en dirección a los destructores. Por último, rescatadores y rescatados se detuvieron, los puentes se replegaron y los destructores partieron a gran velocidad.

—¿Cuántos?

—Según los sensores de la flota, han salido treinta y seis hombres más de los que entraron, señor.

—Treinta y seis. —Miró a Desjani encogiéndose de hombros—. Tenemos a un síndico que ha mantenido su palabra.

—Recibiremos los informes de los oficiales al mando de la Fusil y la Culebrina cuando nos lleguen sus respectivas transmisiones, dentro de cuarenta minutos —resopló Desjani.

Cinco minutos más tarde, a medida que los cruceros ligeros y los destructores de la Alianza avanzaban veloces para reunirse con el grueso de la flota, y mientras las cápsulas de escape de los síndicos seguían alejándose para ponerse a salvo, el crucero pesado enemigo se desvaneció provocando un colosal fognazo.

—Una sobrecarga del núcleo energético. ¿Por qué después? —preguntó Desjani—. ¿Nos habrían tendido una trampa explosiva que sincronizaron mal?

—Tal vez. De ser así, tuvimos suerte de que se activara cuando todo el mundo estaba a salvo. —Se preguntó qué habría sido de la oficial al mando síndica, que prometió permanecer a bordo de su nave.

Menos de veinte minutos después, la flota de la Alianza se interpuso rápidamente en el camino del primer crucero de batalla síndico que resultó dañado. Como no podían permitirse desperdiciar más tiempo ni más combustible, Geary ordenó que media docena de acorazados modificaran su rumbo para rodear el deteriorado buque de guerra síndico. A pesar de que el enemigo aún podía utilizar algunas armas, los acorazados de la Alianza derribaron sin la menor dificultad los escudos de los síndicos disparando a bocajarro una serie de lanzas infernales que, metódicamente, fueron haciendo trizas el crucero de batalla.

—Todos los sistemas del crucero de batalla enemigo han quedado desactivados. La tripulación está abandonando la nave.

Desjani tarareaba una sencilla melodía mientras contemplaba cómo se tambaleaban los restos de la nave enemiga al paso de la flota de la Alianza.

Poco después llegó un informe de la Fusil. El capitán del destructor parecía algo



aturdido.

—Capitán Geary, tenemos a bordo quince prisioneros liberados. Algunos de ellos están heridos de gravedad, pero el único tratamiento que han recibido es la clasificación por prioridad de asistencia. También tenemos a la oficial al mando del crucero sándico. Solicitó que la hiciéramos prisionera. Quedo a la espera de que me comuniquen dónde entregarla a ella y a los heridos de la Alianza.

Desjani se quedó mirando la ventana del mensaje boquiabierto.

—Primero, unos exprisioneros de la Alianza nos piden que los arrestemos y, ahora, una oficial sándica se entrega. ¿Es que el universo se ha vuelto loco?

—Debe de tener un buen motivo —supuso Rione—. Capitán Geary, tenemos que traer a esa sándica a la nave para poder interrogarla. Tengo la sospecha de que nos conviene saber cuanto pueda decirnos acerca de lo que ha ocurrido aquí.

Geary le trasladó la pregunta con los ojos a Desjani, que no se hizo de rogar.

—El *Intrépido* puede hacerse cargo de los heridos y tenemos una celda disponible para la sándica.

Geary envió la respuesta y le ordenó a la Fusil que se acercase al *Intrépido* para que un transbordador pudiera trasladar a los rescatados. Después, envió a la Culebrina con la *Amazona*, pues este acorazado transportaba relativamente pocos heridos.

—Esta operación nos ha salido muy cara —comentó Desjani—. Las reservas de las células de combustible de los cruceros ligeros y los destructores que enviamos a esa excursión estarán muy por debajo del veinte por ciento cuando saltemos para salir de aquí. Los niveles de la Fusil podrían haber descendido al quince por ciento. —Agitó una mano como para quitarle importancia al dato—. Bueno, en fin, cuando lleguemos a cero ya no podremos bajar más.

—Espero que eso fuese una broma —dijo Geary.

—Sí, señor. Solo intento no sumirme en un agujero negro.

—¿Cuáles eran sus órdenes?

La comandante sándica que capitaneaba el crucero pesado miraba sin inmutarse al teniente Íger desde el asiento que ocupaba en la sala de interrogatorios del *Intrépido*.

—Soy ciudadana de los Mundos Sándicos.

—¿Su nave formaba parte de la flotilla de reserva?

Esta vez la prisionera tardó un poco más en responder.

—Soy ciudadana de los Mundos Sándicos.

El director del equipo de interrogadores soltó una risita sofocada.

—¡Te tengo! Teniente —dijo por el comunicador—, los patrones cerebrales y las reacciones fisiológicas muestran sorpresa y preocupación. Se pregunta cómo es que sabemos lo de la flotilla de reserva.

—¿Durante cuánto tiempo formó parte su nave de la flotilla de reserva? —le

preguntó Íger a la comandante.

—Soy ciudadana de los Mundos Síndicos.

El director frunció el ceño al observar los resultados.

—Teniente, no consigo interpretar eso muy bien. Muestra respuestas emocionales, pero es difícil saber qué significan. Intente llevarla a su terreno con una caracterización de la flotilla de reserva.

El teniente Íger volvió a asentir con la cabeza, como si aceptase la última declaración de la comandante síndica, aunque también para responder al director.

—¿Es cierto —preguntó Íger— que la flotilla de reserva está integrada por la élite de la flota síndica?

Incluso Geary pudo ver la respuesta emocional que la pregunta provocó en la prisionera.

—No le ha hecho ninguna gracia oír eso —dijo el director—. Diría que está resentida y enfadada.

Desjani resopló burlonamente.

—Entonces, ese crucero formaba parte de la flotilla de reserva. Al parecer, esta se tenía a sí misma en muy buen concepto y disfrutaba haciéndoselo saber a los demás.

El teniente Íger continuó con el interrogatorio.

—¿Cuáles son los planes de la flotilla de reserva una vez que llegue a Varandal?

—Soy ciudadana de los Mundos Síndicos.

—Teniente —intervino el director—, no he visto iluminarse los centros del engaño. —Miró a Geary—. Si la síndica conociese esos planes, estaría pensando en qué mentira decir para ocultarlo, aunque se limitara a repetir esa mierda de la ciudadana.

—Gracias. —Geary miró a Desjani y a Rione—. Si su nave no pertenecía a la flotilla de reserva, lo más probable es que no se le hubiese informado de esos planes. Director, que el teniente Íger le pregunte por qué ningún miembro de su tripulación se opuso a que entregase la nave.

Al momento siguiente, Íger le trasladó la pregunta. Fue fácil reparar en que la comandante síndica apretaba la mandíbula, momento en que el director del equipo de interrogadores silbó al ver iluminarse el escáner cerebral. Como esta vez la prisionera permaneció en silencio, el teniente Íger aprovechó para agujonearla.

—Sabemos que las leyes de los Mundos Síndicos prohíben la rendición. ¿Acaso no le preocupaba lo que pudiera ocurrirle?

El director hizo un gesto aprobatorio al ver que el escáner se llenaba de luces.

—Estaba preocupada, aunque no parece que sintiese angustia por las consecuencias que pudiera tener para ella, teniente.

Íger se quedó pensativo, como si se le acabara de ocurrir algo.

—¿No le importaba lo que pudiera pasarle a su familia?

—Ha hecho diana, teniente —dijo el director—. Parece que ese aspecto le preocupa mucho.

—¿Por qué entregó su nave? —insistió Íger mientras la comandante síndica seguía mirándolo con rabia, en un obstinado silencio.

Desjani torció la boca al estudiar la imagen de la oficial síndica.

—Señor director, que el teniente le pregunte si ella desea plantearnos alguna cuestión.

El director pareció sorprenderse, pero le trasladó la pregunta a la prisionera.

Esta permaneció callada unos instantes más, hasta que por fin respondió a regañadientes.

—¿Los supervivientes de mi tripulación están a salvo como acordamos?

En ese momento Geary lo entendió todo, y asintió con la cabeza hacia Desjani, que parecía muy satisfecha.

—Quería salvar a los supervivientes de su tripulación. El único modo que tenía de hacerlo era rindiéndose, pero no podía permitir que su tripulación supiera que se había entregado. Aunque ninguno de sus oficiales se opusiera, seguiría preocupándole lo que los líderes síndicos pudieran hacerle a su familia si se enteraran de que había decidido capitular.

Geary pulsó un mando para que su voz se escuchase en la sala de interrogatorios.

—Comandante. —La prisionera y el teniente Íger miraron hacia el mamparo del que procedía la voz del capitán—. Su tripulación está a salvo. ¿Desea hacerle llegar algún mensaje?

El director dejó escapar un silbido leve.

—Un gran pico de miedo. Pero no por ella.

La comandante síndica respiró hondo.

—No. Prefiero que piensen que morí en mi nave.

—¿Es eso lo que les dijo? —preguntó Geary—. ¿Que moriría a bordo de la nave? ¿Mintió a su tripulación?

El director afirmó con la cabeza.

—Eso parece, según el escáner.

La prisionera miró con rabia al teniente Íger.

—Sí, mentí a mi tripulación. Les dije que me quedaría en la nave y que provocaría la sobrecarga del núcleo cuando las naves de la Alianza se encontrasen lo bastante cerca. Pero sabía que, si me suicidaba, ustedes matarían a mis hombres. Les mentí para que desocuparan la nave e informasen de que yo había muerto en cumplimiento de mi deber. —Miró furibunda en todas direcciones, como si buscase el rincón desde el que Geary la observaba—. Habría luchado hasta el final si eso hubiera servido de algo, pero estábamos indefensos. Y, aun así, no habría llegado a un acuerdo con nadie excepto con el capitán Geary; ¡ya les he visto destruir demasiadas

cápsulas de escape de los Mundos Síndicos por simple diversión!

Geary vio que Desjani se encendía.

—Será hipócrita... —bufó Desjani—. ¡A saber cuántas cápsulas nuestras ha reventado ella!

Geary activó el micrófono para cambiar de tema.

—Pregúntele qué dañó la proa de su nave.

Cuando Íger le formuló la pregunta, la oficial síndica se quedó mirándolo, pálida como un muerto.

—Vaya —exclamó el director—. La reacción es muy marcada. Pensar en lo que provocó los daños le causa un profundo malestar, teniente.

Íger repitió la pregunta.

La prisionera lo miró enfurecida.

—Ya saben lo que lo causó.

—No —contradijo Íger con voz templada—. No lo sabemos.

—Mi nave llegó aquí procedente de Kalixa. ¿Responde eso a su pregunta?

El teniente Íger se mostró sorprendido y confuso, aunque Geary imaginó que se trataba de una reacción fingida.

—No, no responde a mi pregunta. ¿Es que ocurrió algo en Kalixa?

—¡No se haga el tonto conmigo! ¡Seguro que fue usted quien lo planeó todo!

Geary volvió a activar el comunicador.

—Comandante, ¿qué sucedió en Kalixa?

La prisionera miró furiosa a su alrededor durante unos instantes sin decir nada más.

El director silbó.

—Hay marcadores por todas partes, como si estuviera colérica y no supiera si mentir, decir la verdad o empezar a romper cosas.

Sin embargo, la oficial síndica debía de estar decidida a no mostrar un comportamiento agresivo. Aun así, su mirada se volvió todavía más punzante.

—Está bien. Haremos como que ignora que la puerta hipernética de Kalixa explotó y arrasó todo el sistema estelar.

Por un momento, Geary se quedó sin respiración. Rione sintió que se asfixiaba. Desjani, sin embargo, continuó mirando a la comandante síndica sin inmutarse.

El teniente Íger, sin perder la calma, tomó la palabra.

—Esta flota no es la responsable. No teníamos ni idea de que eso hubiera sucedido. Ninguna de nuestras unidades ha viajado hacia Kalixa.

La interrogada se quedó mirándolo, esta vez con una evidente consternación.

—¿Cómo sabe lo que ocurrió en Kalixa? —se preguntó Rione—. Tiene que haber sucedido hace muy poco.

—Eso es obvio —dijo Desjani—. El daño en la proa de su nave parece producido

por un único impacto de una fuerza asombrosa. El crucero pesado debió de resistir porque se encontraba a una gran distancia de la puerta, pero, aun así, sufrió daños críticos. El crucero no recibió ningún disparo en Atalia mientras combatía contra las naves de la Alianza procedentes de Varandal; cuando llegó aquí ya había sufrido graves desperfectos. —La capitana adoptó un aire meditabundo—. Tantos daños a un crucero pesado. La descarga de energía provocada por el colapso de la puerta debió de ser mucho mayor en Kalixa que en Lakota.

—¿Y que causó el colapso? —inquirió Geary.

El teniente Íger estaba formulando la misma pregunta en aquel preciso instante.

—Comandante, ¿había algún buque de guerra de la Alianza en el sistema estelar Kalixa cuando su puerta hipernética se colapsó?

—Está pensando en mentir, teniente —le previno el director—. No. Prefiere decir la verdad.

—No —declaró la oficial síndica.

—En ese caso, ¿qué buques de guerra se encontraban cerca de la puerta hipernética cuando esta explotó?

—No había ningún buque de guerra cerca —contestó la prisionera y, de pronto, perdió los nervios al recordar la tragedia—. ¡No había nadie cerca! ¡Empezó a colapsarse, a perder los ronzales, sin más! Un buque mercante que se encontraba en otra región del sistema estelar había visto imágenes de... de Lakota, y comenzó a emitir avisos. Solicitó auxilio. ¡Todo el mundo empezó a pedir ayuda! Nosotros estábamos muy lejos, cerca del punto de salto hacia Atalia. Seguimos adelante y reforzamos nuestros escudos, ¡todavía no sé cómo sobrevivimos! Kalixa... —Respiró hondo y se estremeció—. Ha desaparecido. Por completo. No hay ni un solo superviviente.

—Es cierto —le confirmó el director a Íger con un hilo de voz.

—No me extraña que se mostrase tan confundida cuando la vimos —comentó Desjani en voz baja—. Es peor que lo de Lakota. Es la primera vez que siento compasión por un síndico.

Íger, quien ahora también se había quedado pálido, no dejaba de mirar a la comandante.

—No lo hicimos nosotros.

Con todo, la prisionera continuó hablando, con la voz trémula a causa de los nervios.

—Saltamos hacia aquí. Siguiendo órdenes. Viajar a Atalia. Aquí encontramos muchas naves esperando. La flotilla de reserva, dijeron. Informamos a los directores generales de lo ocurrido. No nos creyeron. Exigieron ver los registros de mi nave. Nos dijeron que continuásemos con la misión que se nos había asignado, se dieron media vuelta y partieron rumbo al punto de salto hacia Varandal. Nos abandonaron.

Entonces apareció la Alianza y se produjo un enfrentamiento. —La comandante síndica tragó saliva y respiró hondo—. Más tarde, un grupo de cápsulas de escape de la Alianza se cruzó en nuestro camino. Tomar prisioneros siempre que sea posible. Es el reglamento. Lo cumplimos.

Íger esperó sin poder hacer otra cosa que mirar cómo tiritaba la oficial síndica, cuyos ojos reflejaban su angustia. Geary se inclinó hacia el director.

—Dígale al teniente que deje descansar a la prisionera. Que comprueben si necesita atención médica. Capitana Desjani, copresidenta Rione, por favor, acompáñenme.

La oficial y la senadora salieron con él de la sección de Inteligencia, sin que ninguna de las dos volviera a hablar hasta que hubieron llegado a la sala de reuniones de la flota y Geary hubo sellado la escotilla.

—Lo que ha ocurrido en Kalixa solo tiene una explicación.

—Lo hicieron ellos —aseguró Desjani con desdén—. Los alienígenas pensaron que nos dirigíamos a Kalixa, o que podríamos ir allí. Eliminaron la puerta para cortarnos el paso.

—¿Por qué no esperaron a que hubiéramos realizado el salto para destruirla? Así, la descarga de energía de la puerta habría alcanzado a la flota.

Desjani adoptó un gesto grave.

—Deberían haber sabido... Señor, esa es la respuesta. Ya no pueden rastrearnos. Estaban acostumbrados a saber dónde estábamos o hacia donde nos dirigíamos casi en tiempo real, lo que les daba una gran ventaja. Pero, desde que descubrimos los gusanos alienígenas en los sistemas de navegación y de comunicaciones de nuestras naves y los purgamos, no tienen modo alguno de conocer nuestra posición. Calcularon la hora aproximada a la que llegaríamos a Kalixa si viajábamos hacia allí directamente y, entonces, provocaron la explosión de la puerta.

—¿Los tiempos de viaje se pueden utilizar para eso? —Geary realizó los cálculos y sacudió la cabeza—. Quizá su teoría sea correcta, pero destruyeron la puerta con tanta antelación que el crucero síndico pudo saltar hasta aquí con las noticias de lo ocurrido antes de que llegásemos nosotros. Y entonces hubiese sido demasiado pronto para atraparnos.

—No si no hubiéramos permanecido más tiempo del planeado en Dilawa. —Desjani desplegó los tiempos de viaje y señaló el resultado.

Geary fue a decir algo, pero le faltaban las palabras. Los números no mentían. Si la flota hubiera realizado una travesía rápida por Dilawa, seguida de un salto directo hacia Kalixa, habría llegado allí casi una semana antes. Una sincronización perfecta.

Rione negaba con la cabeza.

—Incluso cuando comete un error, resulta ser para bien.

—Está bien aconsejado —apuntó Desjani.

—Tal vez —dijo Rione—. Aunque entiendo que un plan bien meditado puede tener todos los beneficios de la intervención divina, en lugar de estar sujeto a todo tipo de contratiempos e imprevistos. En cualquier caso, una indecisión inusual y la acostumbrada elusión de los sistemas estelares síndicos con puertas hipernéticas parecen haber beneficiado a la flota. —La copresidenta endureció su expresión—. Un sistema estelar y hasta el último de sus habitantes fulminados. Los alienígenas han iniciado el proceso que tanto temíamos: el colapso de las puertas hipernéticas.

—Todavía estamos a tiempo de detenerlo —aseguró Geary—. Fue un disparo a ciegas, y fallaron. Cuando los alienígenas confirmen que nuestra flota no se encontraba en Kalixa...

—¡No se trata solo de los alienígenas! ¿Todavía no lo entienden? —Rione los miró furiosa a los dos—. La flotilla síndica de reserva nos estaba esperando aquí, y cuando el crucero pesado la avisó de lo que había ocurrido en Kalixa, la flotilla partió hacia Varandal. Como es obvio, la noticia de que la puerta hipernética de Kalixa se había colapsado hizo que modificaran sus órdenes. ¡Ahora, piensen! ¿Por qué iban a viajar a Varandal después de saber lo de Kalixa?

Desjani, con la voz tensa, respondió primero.

—La puerta hipernética que la Alianza posee en Varandal. Pretenden colapsarla como represalia por lo de Kalixa porque creen que lo hicimos nosotros.

—Exacto —dijo Rione, casi temblando por la angustia que se veía obligada a disimular—. El ciclo de venganzas ha iniciado la que podría ser la última ofensiva de la humanidad. Los alienígenas han cumplido su deseo. Ya está en marcha. Y nosotros llegamos tarde.

# Capítulo 11

—¡Aún tenemos tiempo! —exclamó Geary—. Los síndicos todavía no han destruido la puerta de Varandal. Si llegamos allí con la antelación suficiente, podremos detenerlos. Tenemos la oportunidad de impedir esta catástrofe, ¡y lo conseguiremos!

—¿Cómo? —preguntó Rione.

—La capitana Crésida ha informado de que ha logrado desarrollar su sistema lo suficiente como para impedir el colapso de las puertas. Tenemos que instalar uno en Varandal y en todas las puertas hipernéticas que sea posible tan rápido como podamos, y confiar en que los alienígenas no descubran nuestro plan hasta que ya no tengan tiempo para reaccionar.

—¿Y la lista del capitán Tulev?

—Los sucesos nos han cogido desprevenidos, y una lista de prioridades sería muy difícil de respetar con el poco tiempo del que disponemos. Si se propaga la noticia de que las puertas hipernéticas suponen una amenaza, todo el mundo empezará a aplicar los sistemas de Crésida.

Desjani apoyó la frente entre las palmas de las manos.

—Aunque logremos detener a los síndicos, ¿por qué los alienígenas no iban a destruir la puerta en cuanto descubran que estamos en Varandal? Claro, no lo sabrán. Tardarán un tiempo en darse cuenta. ¿El suficiente para instalar el sistema de Crésida?

—Esperemos que así sea. Demos gracias por haber recogido a esa síndica —dijo Geary—. Si no, nunca habríamos sabido lo de Kalixa.

—Si su nave no hubiera resistido y no hubiesen avisado a la flotilla síndica de reserva de lo ocurrido en Kalixa —señaló Desjani con frialdad—, esta no habría partido hacia Varandal para colapsar la puerta de la Alianza. Personalmente, no me habría importado enterarme más tarde de lo de Kalixa si así se hubiera evitado.

—La prisionera mencionó otra cosa muy importante. —Los ojos de Rione seguían nublados por la pesadumbre—. Un buque mercante síndico que se encontraba allí tenía copias de nuestros registros de Lakota. Esa es la prueba de que la información está llegando a todos los Mundos Síndicos, aunque lo más probable es que los líderes síndicos estén intentando impedirlo.

Geary se acercó al panel de comunicación.

—Tenemos que convocar una reunión. Ahora mismo. —En menos de diez minutos tenía ante sí virtualmente a los capitanes Duellos, Tulev y Crésida, así como a Desjani y a Rione. No necesitó más de dos minutos para explicarles lo que habían averiguado a partir de las declaraciones de la comandante síndica, tras lo cual se dirigió a Crésida—. Me comentó que las operaciones básicas habían concluido. ¿Cuánto faltaría para conseguir un diseño que se pueda fabricar e instalar en cuanto



lleguemos al espacio de la Alianza?

—Muy poco, señor. —La capitana se encogió de hombros a modo de disculpa—. Se puede perfeccionar, pero está casi terminado. Se han tenido en cuenta muchos factores, así que debería poder amortiguar la onda de choque hasta el punto de que no suponga una amenaza para el sistema estelar. También hay un componente básico de emergencia que, cuanto menos, reducirá la intensidad de la descarga de energía de forma que no cause daños graves, así como un dispositivo más elaborado que se puede instalar con posterioridad sobre el otro. Eso debería servir para que el colapso de la puerta no provoque ningún daño.

—¿Cuánto se tardarán en construir e instalar en las puertas hipernéticas? —preguntó Rione.

—Depende de la prioridad que se le asigne a la operación, señora copresidenta. —Crésida volvió a encogerse de hombros—. Tendríamos que convencer de su urgencia a las autoridades políticas de la Alianza y a nuestra cadena de mando militar.

A la capitana no le hizo falta enfatizar el sarcasmo de su respuesta. Rione parecía furiosa, pero no con Crésida.

—Tal vez ese no sea un problema si perdemos Varandal, aunque, en cualquier caso, será mejor que eso no suceda. Ya han desaparecido Lakota y Kalixa, y, puesto que formaban parte del territorio enemigo, su relevancia será puesta en duda. Tenemos que encontrar la forma de saltarnos los procesos burocráticos de la Alianza.

—El capitán Geary podría ordenarlo.

—Eso no garantizaría que ocurriese —intervino Geary—. Sobre todo si al final se genera un debate sobre mi persona en lugar de acerca de la instalación de los...

—Sistemas de seguridad —apuntó Crésida.

Tulev sonrió sin ganas.

—Avisemos a todo el mundo. Podemos transmitirlo por todos los canales. Esto es lo que ocurrió en Lakota y Kalixa. Podría suceder también en su sistema estelar, cuando menos se lo esperen. A menos que realicen enseguida esta modificación en su puerta hipernética. La gente comprenderá el mensaje y se pondrá a trabajar.

Desjani negaba con la cabeza.

—La seguridad es prioritaria.

—En ese caso —dijo Tulev con calma—, las autoridades políticas y militares lo considerarán un asunto confidencial, lo ocultarán, lo estudiarán y lo discutirán hasta que los sistemas estelares de la Alianza queden arrasados. Todo en aras de la seguridad y, por supuesto, para evitar una situación de pánico generalizado.

Rione asintió.

—El capitán Tulev tiene razón. Solo si la gente comprende la urgencia de la situación reaccionará a tiempo. Con un poco de suerte, instalaremos estos sistemas en nuestras puertas hipernéticas antes de que los alienígenas descubran nuestro plan y de

que los síndicos vuelvan a colapsar otra. El único modo de conseguirlo es avisando del peligro a toda la gente que podamos.

—La urgencia y la histeria colectiva suelen ir de la mano. ¿Las autoridades no seguirán intentando restarle importancia a la operación? —preguntó Duellos.

—Por supuesto que sí. Intentarán convencer a todo el mundo de que las puertas son seguras al cien por cien, tal vez con el argumento de que las nuestras son diferentes a las de los síndicos.

—Eso es absurdo —objetó Crésida.

—Sí, lo es, pero es lo que dirán de todas maneras y además intentarán desacreditar personalmente a todo aquel que sugiera que las puertas suponen una amenaza. —Rione hizo una pausa, tras la que le dirigió una sonrisa sarcástica a Geary—. Por suerte, quien avisará del peligro de las puertas y propondrá cómo combatir esa amenaza será Black Jack Geary, el que volvió de entre los muertos para salvar la flota y la Alianza.

El resto del grupo asintió con satisfacción.

—La señora copresidenta tiene razón, señor —añadió Desjani.

Geary debería haber imaginado que si alguna vez Rione y Desjani se ponían de acuerdo en algo, sería por algún asunto que a él no le gustaría. Con todo, después de pensarlo dos veces, tuvo que admitir la perspicacia de Rione. No era el momento de intentar ocultarse del legado de Black Jack.

—De acuerdo. En cuanto llegemos a Varandal, empezaremos a emitir el aviso para todo el mundo, así como las instrucciones para construir los sistemas de seguridad de Crésida. Firmadas con mi nombre.

En ese momento, Crésida añadió algo en lo que ninguno había reparado.

—¿Y los síndicos?

—Estoy seguro de que terminarán enterándose —comentó Duellos.

—Quiero decir..., que si no deberíamos enviárselas también a ellos, antes de que abandonemos este sistema estelar. —Crésida miró las expresiones de asombro que su sugerencia había provocado en sus interlocutores—. Lo he estado pensando. Los síndicos son nuestros enemigos, por supuesto. Pero, aun siendo así, es otro el enemigo que está utilizando sus puertas hipernéticas como armas con las que atacarnos. Cada vez es menos probable que los directores generales síndicos hagan explotar alguna de sus puertas, puesto que se está empezando a saber lo que ocurre. No obstante, los alienígenas siguen siendo capaces de hacerlo, como sucedió en Kalixa. Si averiguan que nos encontramos en un sistema estelar síndico en el que hay una puerta hipernética, irán a por nosotros y continuarán colapsando las puertas de los síndicos con el fin de incitar a estos a que sigan demoliendo las nuestras.

Tulev la había estado escuchando atentamente.

—¿Está sugiriendo que ahora las puertas síndicas son armas que solo serían

empleadas por un enemigo que los síndicos y nosotros tuviéramos en común?

—Exacto. En cuyo caso, y dejando a un lado cualquier tipo de consideración humanitaria, necesitamos desactivar esas armas. Y el modo más eficaz de conseguirlo es entregándoles el diseño de los sistemas de seguridad a los síndicos.

—Pero estamos hablando de traición —objetó Desjani.

—Se podría... interpretar de esa manera.

Se impuso un breve silencio antes de que Duellos volviera a tomar la palabra.

—Creo que la capitana Crésida tiene razón. Habla de neutralizar un arma de extremada peligrosidad que podría ser empleada contra nosotros. Si no les facilitamos esa información a los síndicos, lo lamentaremos todos.

—Dudo que el gran consejo de la Alianza lo vea de esa manera —dijo Rione con la voz apagada—. Preferirán reservarse la posibilidad de utilizar las puertas contra los síndicos.

—¿Y cuál es su opinión al respecto? —preguntó Geary.

—Ya lo sabe. Son un arma demasiado horrible y destructiva.

Tulev mantuvo la cabeza agachada y la vista perdida en el suelo mientras expresaba su parecer.

—Como oficial de la flota, mi deber es proteger a la Alianza. No siempre es sencillo saber cuál es la mejor manera de hacerlo, máxime cuando puede parecer que estás colaborando con el enemigo. —Se irguió y miró a los demás con su sempiterno semblante impasible—. No siento el menor aprecio por ellos, pero esta es una cuestión tanto de interés propio como de humanidad. Nuestros gobernantes no aceptarán nuestra postura sin antes debatirla hasta la saciedad, y esa pérdida de tiempo podría costarles la vida a miles de millones de personas. Yo no tengo nada que perder, así que me ofrezco voluntario para entregarles la información a los síndicos.

Desjani lo miró angustiada.

—¡Usted ya lo ha dado todo por la Alianza! ¡No me esconderé detrás de nadie!

—¿Qué piensa hacer? —le preguntó Geary.

La capitana apartó la mirada y suspiró.

—¡Al infierno! Al infierno con los síndicos y sus malditos líderes. Después de toda la desgracia que han sembrado, ahora van a obligarnos a cometer traición para defender lo que más nos importa. —Desjani se giró hacia Geary con los ojos abiertos como platos—. La llave síndica de hipernet.

—¿Qué ocurre con ella?

—Ahora mismo no tiene ninguna utilidad. Creíamos que podría darnos una ventaja decisiva para ganar la guerra si lográbamos llevarla al espacio de la Alianza y duplicarla, pero ahora mismo es inútil.

Crésida se rió amargamente y asintió.

—Desde luego. Aún no había llegado a ese punto. No podemos hacer uso de la

hipernet síndica con esa llave porque no nos atreveremos a viajar a los sistemas estelares síndicos en los que haya una puerta. Si lo hiciéramos, la puerta podría colapsarse cuando nos encontrásemos cerca, lo que aniquilaría a la flota. Para que la llave nos aporte una ventaja decisiva, los síndicos tienen que poseer puertas hipernéticas que los alienígenas no puedan colapsar a voluntad.

—¿Debemos entregarle el diseño del sistema de seguridad a los síndicos para garantizar nuestra victoria? —preguntó Duellos antes de dejar escapar una breve carcajada—. Y los síndicos se verán obligados a instalar esos sistemas en sus puertas porque la alternativa a que la flota de la Alianza pueda emplearlos para llegar es permitir que las puertas se conviertan en bombas que podrían estallar en cualquier momento y arrasarse los sistemas estelares que se supone que deben proteger. Debería ser una decisión fácil incluso para un director general síndico. A las estrellas del firmamento les encanta la ironía, ¿verdad?

—¿Por qué los burócratas síndicos no iban a rechazar la idea de instalar los sistemas de seguridad? —preguntó Desjani.

—Oh, desde luego que se mostrarían reacios. Pondrían aún más empeño que los de la Alianza por tratar el asunto con discreción, hasta que los sistemas estelares empezasen a desaparecer como luces que se extinguen, lo que obligaría a los líderes síndicos a fingir que no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo, que nadie los avisó. Por desgracia, el desastre ya ha comenzado. —Duelos señaló a Rione—. Pero lo que es bueno para la Alianza, también beneficia a los síndicos. Emita los sucesos de Lakota, como ya hemos hecho en todos los demás sitios, y muestre también el diseño del sistema de seguridad, así se propagará rápidamente. Los líderes locales encontrarán la forma de justificar la instalación de los sistemas, ya sea por voluntad propia o con el fin de evitar que la población de sus mundos se amotone. Para cuando los líderes síndicos del sistema estelar nativo tengan conocimiento de todo esto, lo más probable es que los sistemas de seguridad estén instalados en la mayoría de las puertas de la hipernet síndica.

—¿Los síndicos no sospecharán de nuestro diseño? —insistió Desjani.

Crésida fue quien le respondió.

—Cualquier equipo de ingenieros medianamente capaces podrá comprobar que se trata de un sistema cerrado que no hace más que aquello que se supone que tiene que hacer. De hecho, estoy segura de que los síndicos también están desarrollando su propio sistema de seguridad, pero lo más probable es que el proyecto esté detenido por culpa de la burocracia y de esa obsesión de los burócratas por ocultarles las cosas incluso a los de su propio bando.

Desjani exhaló, resignada.

—En ese caso, no puedo negarme. Entrégueles la información a los síndicos. En definitiva, se trata de una decisión que protege a la Alianza.

—De acuerdo. —Geary miró a su alrededor, sabiendo lo que tenía que hacer—. Gracias por ofrecerse voluntario, capitán Tulev, pero no puedo pedirle algo que es responsabilidad mía, por lo que seré yo quien...

—No, usted no —intervino Rione, y suspiró profundamente antes de continuar—. Usted es quien ha de hablarles acerca de cuál es su deber, recordarles el juramento que hicieron y cuáles son las leyes de la Alianza y qué estipula el reglamento de la flota. Pero yo soy una política, por tanto, ¿quién soy yo para hablar de respetar juramentos? Ya se les ha exigido demasiado, a ustedes y a sus ancestros, a lo largo de cien años de guerra. Permitan que esta política les demuestre que los gobernantes que un día eligieron todavía conservan algo de honor. Seré yo quien le entregue la información a los síndicos.

—Señora copresidenta —protestó Geary mientras los demás oficiales miraban asombrados a Rione.

—Yo no estoy bajo su mando, capitán Geary. No puede ordenarme que no lo haga. Las razones aquí aducidas tienen mucho peso, pero no tenemos tiempo para intentar convencer a las autoridades. No es solo el destino de esta flota, también la vida de miles de millones de personas depende de que esta decisión se tome sin más demora. Si después se considera un acto de traición, usted debe permanecer libre de culpa por el bien de la Alianza. A menos que esté preparado para arrestarme y acusarme públicamente de traición, seré yo quien lo haga. —Rione se volvió hacia Crésida—. Capitana, ¿su diseño se encuentra en la base de datos de la flota?

Crésida asintió con los ojos clavados en Rione.

—Sí, señora copresidenta, en un archivo llamado «Seguridad», dentro de mi directorio personal.

—Entonces, accederé a él sin su ayuda; dispongo de los medios necesarios para ello y, de este modo, usted no se manchará las manos.

—¿Cómo que no? Sabemos lo que va a hacer —señaló Duellos.

—No, no lo saben.

—Usted nos lo ha dicho.

—¿Se fían de lo que dice una política? —Rione sonrió de nuevo, casi como si estuviera disfrutando con aquel plan—. No tienen ningún motivo para pensar que lo que yo diga sea cierto. Podrían pensar que en realidad pretendo tenderles una trampa al apremiarlos a tomar un camino que después yo no seguiré. No pueden estar seguros de que esa no sea mi verdadera intención.

Antes de que nadie tuviera ocasión de añadir nada más, la copresidenta abandonó la reunión. Crésida, con expresión meditabunda, asintió con la cabeza de pronto y deslizó la mirada, que tenía clavada en Geary, hasta la puerta por la que acababa de salir Rione.

—Ahora entiendo por qué...

Guardando silencio y ruborizándose levemente al tiempo que se obligaba a no mirar a Desjani, Crésida se puso de pie, saludó apresuradamente y se desconectó de la reunión.

Tulev se levantó con más premura de la habitual, tras lo cual también saludó y abandonó la mesa.

Desjani, entre abatida y resignada, abandonó su asiento.

—Volveré al puente.

—Pero... —empezó a decir Geary.

—Lo veré arriba, señor. —Desjani saludó con meticulosa precisión y salió de la sala con paso airado.

Geary miró extrañado a Duellos.

—¿A qué ha venido eso? ¿Es por lo que ha dicho Crésida?

En lugar de responderle, Duellos levantó la mano para indicarle que se calmara.

—No espere que yo me involucre en esto.

—¿En qué?

—Hable con sus ancestros. Seguro que alguno de ellos sabe de mujeres. — Cuando estaba a punto de desconectarse, Duellos se detuvo e hizo un gesto resignado—. Está bien, no puedo dejarlo así, tan perdido. Le daré un consejo: cuando dos personas mantienen una relación, por muy breve que esta sea, lo normal es que los que los conocen se pregunten qué ven el uno en la otra.

—¿Se refiere a Rione y a mí? ¿Se preguntan qué es lo que vi en ella?

—Por el amor de las estrellas del firmamento, capitán, ¿tanto le extraña? — Duellos hundió la mirada en el suelo—. Los humanos somos bien raros. Aunque nos estemos enfrentando a un enemigo que amenace con exterminar nuestra raza, seguimos siendo capaces de despistarnos, aunque solo sea por un momento, con el más antiguo y banal de los dramas.

—Tal vez estemos intentando no pensar en todo esto —supuso Geary—. En las consecuencias que supondría nuestro fracaso. Antes, fracasar significaba morir, perder nuestras naves y, tal vez, incluso la derrota de la Alianza. Ahora, supondría la desaparición de todo. ¿Qué posibilidades cree que tenemos?

—Al principio no pensaba que llegaríamos ni la mitad de lo lejos que hemos llegado —le recordó Duellos—. Ahora creo que todo es posible.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hacen?

—¿Los alienígenas? Quizá tengamos la oportunidad de preguntárselo en persona antes de que todo termine. —El semblante de Duellos se ensombreció con un gesto más grave de lo habitual—. Y, entonces, tal vez tengamos las baterías de lanzas infernales apuntándoles a la cabeza para asegurarnos de que nos contestan.

—¿Otra guerra? —preguntó Geary.

—Puede que sí, pero no necesariamente. Los alienígenas no parecen disfrutar con

la violencia.

—Sin embargo, nosotros sí.

—Sí. —Duelos sonrió con amargura—. Puede que por eso hayan decidido actuar ya. Quién sabe si no estarán muertos de miedo.

Faltaban siete horas para que llegasen al punto de salto hacia Varandal y otras seis para que la flota se cruzara en el camino del segundo crucero de batalla síndico que sufrió daños graves, aquel que la *Intrépido* alcanzó con sus últimos disparos. Geary recorría inquieto los pasillos del *Intrépido*; conversaba brevemente con los tripulantes con los que se cruzaba, consciente en todo momento de que la situación estaba llegando a un punto crítico. Conseguir la victoria en Varandal era fundamental para salvar la flota y a la Alianza; sin embargo, para que después la flota pudiera regresar al espacio de la Alianza, aún debía resolver algunas cuestiones peliagudas. En cambio, si resultaban derrotados en Varandal, no habría ningún siguiente paso que dar. Por tanto, caminaba con paso firme por los ya familiares pasillos del crucero de batalla mientras hablaba con los tripulantes de las baterías de lanzas infernales, los ingenieros, los cocineros, los administrativos, los especialistas de las distintas secciones y todos aquellos que hacían del *Intrépido* una nave con vida propia.

Y por primera vez fue consciente de que, aunque él no fuese el capitán del crucero, la caída del *Intrépido* le dolería tanto como la pérdida de la *Merlón*, si no más.

Bajó a los compartimentos de culto para conversar con sus ancestros, aunque en esta ocasión no encontró demasiado consuelo. Deseó que sus antepasados tuvieran el poder de retorcer el tiempo y el espacio, de llevar la flota a Varandal en ese momento para poder enfrentarse ya a la flotilla síndica de reserva. Para que todo terminase de una vez. Sin embargo, el espacio era inmenso y todavía quedaban seis horas para saltar hacia Varandal, después de lo cual tendrían que viajar por el espacio de salto durante casi cuatro días.

Al final, regresó a la sección de Inteligencia.

—¿Dónde está la comandante síndica? —preguntó.

—La están trasladando a la zona de las celdas, señor —contestó el teniente Íger—. La acompaña la capitana Desjani.

La respuesta del oficial llamó la atención de Geary.

—¿Le parece extraño?

El teniente asintió.

—Sí, señor. —Miró con desdén hacia la sala de interrogatorios—. No está permitido infligirles daño físico a los prisioneros, señor. Aun así, para conducirlos a sus celdas o cuando se les saca de ellas es necesario llevarlos por los mismos pasillos que utiliza la tripulación. Algunos tripulantes aprovechan estas ocasiones para hacer que los prisioneros teman el momento del traslado.

—Los prisioneros tienen que correr baquetas.

—Sí, señor —dijo Íger encogiéndose de hombros—. Aunque nadie les hace daño físico, tienen que soportar todo tipo de insultos y vejaciones, sin importar el uniforme que lleven. El ambiente está muy caldeado, señor. Los marines tienen el deber de proteger a los prisioneros, aunque algunas cosas se pasan por alto.

Geary no necesitaba más explicaciones. Los tripulantes de las naves rara vez se encontraban cara a cara con los enemigos que tanto odiaban. Geary miró la escotilla por la que había salido Desjani.

—Pero ningún tripulante le hará nada a esta prisionera si va acompañada por la capitana Desjani.

—No, señor. No lo creo.

A Geary le pareció extraño. A nadie solía preocuparle el bienestar de los enemigos. Esperó un tiempo prudencial y, después, solicitó que Desjani se reuniera con él en su camarote cuando se lo permitieran sus obligaciones.

—No me ha dado su valoración final del plan establecido —dijo Geary cuando la capitana se personó en su compartimento.

—Le pido disculpas, señor —contestó Desjani—. Es lo mejor que se puede hacer dadas las circunstancias. Esa es mi valoración. Ahora mismo no se me ocurre una estrategia más recomendable.

—Gracias. Solo quería su confirmación. —Guardó un breve silencio—. Tengo entendido que ha escoltado a la comandante síndica a la zona de las celdas.

Desjani lo miró impasible, sin revelar ninguna emoción.

—Sí, señor.

—Resulta irónico, ¿no le parece? Si queremos acabar esta guerra, tenemos que tratar con oficiales como ella, dispuestos a mantener su palabra y lo suficientemente preocupados por su tripulación para saltarse las órdenes más inflexibles. Sin embargo, para llevar a los síndicos a la mesa de negociaciones, debemos seguir dándolo todo para acabar con los oficiales como ella.

—Supongo que «irónico» es un término muy apropiado. —Desjani seguía con el mismo semblante blindado—. Si esa gente dejase de luchar con tanta crudeza por un Gobierno al que teme, la guerra podría haber terminado hace mucho tiempo. No podemos fiarnos de los síndicos hasta el punto de empezar a negociar con ellos. Lo sabe muy bien. Usted ya ha comprobado en varias ocasiones cómo han intentado engañar a esta flota en su camino de vuelta a casa.

—Cierto —convino Geary—. ¿Puedo hacerle una pregunta personal?

Desjani bajó la vista momentáneamente antes de mirarlo y asentir con la cabeza.

—¿Por qué ha escoltado a la comandante síndica por los pasillos de su nave?

En lugar de responder de inmediato, la capitana volvió a mirar al suelo antes de hablar.



—Actuó con honor. A cambio, quise corresponderle tratándola con dignidad. Eso es todo.

—Estaba dispuesta a sacrificarse para salvar a los supervivientes de su tripulación —señaló Geary—. Como excapitán de una nave, admito que me impresionó.

—No me malinterprete. —Desjani lo miró a los ojos manteniendo su expresión pétrea—. Sigo odiándolos por todo lo que han hecho. Incluso a esa comandante. Y estoy segura de que ella también nos odia a nosotros. Si de verdad fuera tan honrada, ¿por qué luchaba para los síndicos?

—No puedo contestarle a eso. Solo digo que tenemos algunas cosas en común, nada más. Por lo menos con ella.

—¿Matamos nosotros a su hermano menor? —Desjani cerró los ojos apenas hubo formulado la pregunta y respiró hondo manteniendo los dientes apretados—. Tal vez. ¿En qué punto dejan de tener sentido tanto odio y tantas muertes?

—Tanya, el odio nunca tiene sentido. Sin embargo, a veces es necesario acabar con algunos enemigos. Usted hace lo que tiene que hacer para proteger su patria, a su familia y todo lo que le importa. Pero para lo único que sirve el odio es para nublar el juicio de los hombres; es lo que les impide pensar con claridad y saber cuándo tienen que matar y cuándo no.

Desjani lo miró de frente, con el gesto aún impasible pero dispuesta a cruzar su mirada con la de él.

—¿Se lo han dicho las mismísimas estrellas?

—No, me lo dijo mi madre.

La capitana relajó su expresión poco a poco antes de esbozar media sonrisa.

—¿Solía hacerle caso?

—A veces.

—Su madre... —empezó a decir Desjani, pero finalmente optó por guardar silencio y dejó que su sonrisa se desvaneciera.

A Geary no le costó imaginarse por qué. Sin importar lo que la capitana fuese a decir sobre su madre, acababa de darse cuenta de que haría ya muchos años que ella había fallecido. Al igual que muchas de las personas que formaron parte de la vida de Geary, su madre envejeció y murió cuando él estaba viajando a la deriva en estado de sueño de supervivencia, entre las ruinas a las que la guerra redujo el sistema estelar Grendel. Porque los síndicos los atacaron. Porque los síndicos decidieron comenzar la guerra.

—Le arrebataron a su familia —dijo Desjani—. Se lo arrebataron todo.

—Sí. Eso es lo que sucedió.

—Lo siento.

Geary forzó una sonrisa.

—Es algo con lo que debo vivir.

—¿No desea vengarse?

Ahora fue Geary quien bajó la mirada por un momento mientras meditaba la respuesta.

—¿Vengarme? Los dirigentes síndicos que ordenaron los ataques que desataron esta guerra hace ya mucho tiempo que murieron, de modo que no puedo hacer mucho para resarcirme.

—Pero tienen sucesores que continúan con su labor —le recordó Desjani.

—¿A cuánta gente tengo que matar? ¿A cuánta gente tengo que ordenarle que se deje la vida luchando para que yo pueda vengar un crimen que se cometió hace cien años? Tanya, no soy perfecto. Si pudiera ponerles las manos encima a aquellos malnacidos que comenzaron este conflicto, los haría sufrir. Pero están todos muertos. Yo ya no tengo ni idea de para qué se sigue librando esta guerra, aparte de para vengarnos por la última derrota o atrocidad. Se ha convertido en un círculo vicioso, y usted y yo sabemos que tanto la Alianza como los Mundos Síndicos están empezando a acusar la presión a la que los somete esta guerra sin fin.

Desjani agitó la cabeza mientras tomaba asiento, sin levantar la vista del suelo.

—Durante mucho tiempo, mi único deseo fue matarlos. A todos. Ajustar cuentas e impedir que siguieran matando. Pero las cuentas nunca terminan de ajustarse, siempre van en aumento, y no sé a cuántos síndicos tendría que quitar de en medio para hacer justicia por la muerte de mi hermano. Aunque matase hasta al último de ellos, Yuri no regresaría. En Wendig vi un síndico que se parecía a él, lo que me hizo preguntarme de qué serviría matar al hermano de otra persona para vengar al mío. ¿Para que también esa persona sufra? Antes, algo así me habría parecido razón suficiente. Pero ahora desearía que ya no tuviesen que seguir muriendo más hermanos, ni hermanas, ni maridos, ni esposas, ni padres, ni madres. Y no sé cómo hacer realidad un deseo así.

Geary se sentó frente a ella.

—Quizá, cuando volvamos a casa, tengamos una oportunidad. Y usted habrá tenido un papel determinante para hacerlo posible.

—Cuando volvamos a casa usted tendrá otros problemas a los que hacer frente. Me gustaría poder ayudarlo a superarlos.

—Gracias. —Giró la cabeza hacia un lado y dejó que su mirada se perdiera—. Todavía no he conseguido asimilar que todas las personas a las que un día conocí ya no están. Cuando vuelva a casa tendré que enfrentarme a ello con todas mis fuerzas. Me pregunto si, llegado ese momento, sentiré por los síndicos el mismo odio que usted alberga ahora.

Desjani lo miró un tanto molesta.

—Se supone que usted es mejor que nosotros. Por eso las mismísimas estrellas le encomendaron este trabajo.

—¿No se me permite odiar a los síndicos?

—No si eso le impide cumplir su misión.

Geary le sostuvo la mirada por un instante.

—¿Sabe, capitana Desjani? Tengo la impresión de que de vez en cuando es usted quien me da las órdenes a mí.

Desjani pareció molestarse aún más.

—No le estoy dando ninguna orden, capitán Geary. Solo le digo lo que tiene que hacer.

—¿Hay alguna diferencia?

—Desde luego que la hay, y bien obvia.

Geary aguardó un momento, pero la capitana no añadió qué era lo que le parecía tan evidente. Intuía que, si iniciaba una discusión al respecto, no sacaría nada en claro, así que optó por no seguir profundizando en aquella cuestión.

—De acuerdo, pero... —Se preguntó si debería sacar un tema que le inquietaba, y decidió que no encontraría una mejor ocasión que esa para hablarlo con Desjani—. Me preocupa cómo pueda reaccionar. Creo que, en realidad, no me ha afectado, hasta cierto punto. Cuando desperté del sueño de supervivencia, me quedé aturdido y, cuando supe lo que había ocurrido y el tiempo que había permanecido así, me costó encajarlo.

—Parecía un zombi —convino Desjani, cuya voz sonaba ahora mucho menos tensa—. Recuerdo que me preguntaba si Black Jack seguiría vivo de verdad.

—Black Jack no lo sé, pero yo sí. —Geary bajó la vista hasta sus manos y respiró hondo para poder seguir hablando—. Sin embargo, tuve que olvidarme de todo eso cuando asumí el mando de la flota. Me olvidé de ello, pero no creo que lo asimilara del todo. ¿Qué sucederá cuando llegemos a casa, cuando la realidad, el hecho de que todas las personas que conocía estén muertas, se imponga en el momento en que vea todos los cambios que se habrán producido y me dé cuenta de que estoy solo?

Desjani habló con un hilo de voz, pero Geary pudo oírla con claridad.

—No estará solo.

La respuesta de la capitana rozó una cuestión de la que nunca se permitían hablar, tan solo hacer como si no existiera. Sorprendido, Geary levantó la vista y la miró a los ojos.

Desjani giró la cabeza.

—Necesitaba oírme decírselo. —Se puso de pie y se irguió hasta adoptar la postura de firme—. Con su permiso, señor, si hemos terminado, tengo algunos asuntos de los que encargarme.

—Por supuesto. Gracias, capitana Desjani.

Cuando la oficial abandonó el camarote, Geary consultó la hora. Todavía faltaban cinco horas para saltar hacia Varandal.

El amasijo de restos del último crucero de batalla síndico del sistema estelar Atalia iba quedando cada vez más lejos de la flota de la Alianza, a medida que esta se acercaba al punto de salto hacia Varandal.

—¡Capitana! —El rostro del oficial de seguridad de sistemas del *Intrépido* apareció en una ventana ante Desjani—. Se han registrado algunas transmisiones no clarificadas procedentes de nuestra nave.

—¿Transmisiones no clarificadas? —repitió Desjani sin alterarse.

—Sí. Emisiones no codificadas que se pueden captar desde cualquier punto de este sistema estelar. Estoy intentando determinar en qué sección del *Intrépido* se originaron.

—¿La información facilitada en esas transmisiones es confidencial?

El oficial de seguridad de sistemas pestañeó mientras pensaba la respuesta.

—No, capitana, a juzgar por los datos de los que dispongo. No está sujeta a una clasificación determinada, y los escáneres de análisis de seguridad no relacionan el contenido de los mensajes con ningún tipo de información confidencial.

—En ese caso, no veo motivo para darle prioridad —concluyó Desjani—. Tenemos que asegurarnos de que todos los sistemas de la nave estén todo lo optimizados que sea posible cuando lleguemos a Varandal.

—Pero... capitana, está prohibido transmitirle cualquier tipo de información al enemigo.

—Por supuesto —reconoció Desjani—. Pero, dado que no se están facilitando datos confidenciales, el daño derivado de este incidente nos lleva a clasificarlo como asunto de baja prioridad. Concentrémonos en prepararnos para la batalla, comandante.

—Ehh... sí, capitana.

Una vez que la imagen del oficial de seguridad se hubo desvanecido, Desjani se giró hacia Geary con una mirada enigmática en los ojos.

—Me pregunto qué dirían esos mensajes.

—Probablemente nada importante, como usted ha dicho —supuso Geary.

La capitana estaba revisando la información que le había entregado el oficial de seguridad de sistemas.

—Los registros de Lakota ya emitidos por esta flota, una descripción de algo situado en Kalixa, además de una especie de esquema de algún equipo y una historia. No consta ningún código que autorice la transmisión. —Desjani pulsó algunos mandos—. Nada que suponga ningún peligro para mi nave ni para la flota. Tengo asuntos más importantes de los que ocuparme.

—Estoy de acuerdo. —Se preguntó cómo se las habría apañado Rione para que el sistema de comunicaciones del *Intrépido* emitiese un mensaje sin la correspondiente autorización. A pesar de todas las cosas que Rione había dicho que podía hacer en los

sistemas supuestamente seguros con los que contaba la flota, Geary sospechaba que la copresidenta tenía más libertad de acción de la que reconocía.

Geary consultó su visualizador para revisar por última vez la situación de Atalia. El destacamento especial *Ilustre*, que ahora quedaba a más de dos horas luz por detrás del grueso de la flota, seguía recogiendo cápsulas de escape. Los supervivientes de la *Intratable* no se encontraban lejos del grueso, pero recogerlos sería imposible a la velocidad a la que viajaba la flota; tendrían que esperar a que la *Ilustre* y sus compañeras llegasen aquí.

Los niveles de las reservas de células de combustible se mantenían en torno al veinte por ciento en la mayoría de los buques de guerra, aunque el de algunos, como el de la *Fusil*, se encontraba muy por debajo. En toda la flota solo había tres misiles espectro, y los inventarios de metralla estaban al sesenta por ciento.

En la periferia del sistema estelar Atalia, las naves de caza asesinas síndicas, las naves mensajeras y los buques mercantes seguían avanzando hacia los puntos de salto, bien para escapar o bien para avisar de los movimientos de la flota de la Alianza. La mayoría recibirían las transmisiones del *Intrépido* antes de saltar.

Las autoridades síndicas de Atalia no habían emitido ningún tipo de comunicación. No se había transmitido ninguna orden de rendición. Nada. Geary se preguntó si los directores generales de la cúpula de aquel sistema estelar estarían al tanto de la misión de la flotilla de reserva, si alguien les habría informado de lo de Kalixa. Ahora lo sabrían.

—Cinco minutos para el salto.

Geary pulsó algunos mandos.

—Capitán Badaya, estamos a punto de saltar hacia Varandal. Lo veremos allí. Buena suerte. —No se le ocurría nada que añadir y, de todos modos, Badaya no recibiría el mensaje hasta dentro de casi dos horas.

—Cuatro largos días —Desjani cerró los ojos resignada.

—Sí. Van a ser los cuatro días más largos que he pasado nunca en el espacio de salto —convino Geary. La flotilla síndica de reserva todavía se encontraba allí, rumbo a Varandal, así como los buques de guerra de la Alianza que iban por delante de los síndicos. Ahora la flota se uniría a ellos. El sistema de maniobras emitió una alerta y Geary envió otro mensaje.

—A todas las naves, procedan a saltar a las dos cero cuatro nueve. Nos reuniremos en Varandal. Prepárense para entrar en combate inmediatamente después del salto.

Minutos más tarde, las estrellas desaparecieron y Geary volvió a perder la mirada en el gris monótono del espacio de salto. Mientras pensaba en la misión de la flotilla de reserva síndica y su superioridad numérica, y en el estado en que se hallaba la flota de la Alianza, se preguntó si aquel sería su último salto.

Cuatro interminables días después volvieron a ocupar sus asientos en el puente del *Intrépido*, desde donde empezaron a contar los minutos que quedaban para completar el salto. Geary respiraba hondo una y otra vez para relajarse, y retorció los hombros como si se preparase para luchar cuerpo a cuerpo. Desjani estaba sentada con la mirada fija en su visualizador, con el gesto tranquilo y los ojos iluminados por la emoción. En el fondo del puente, Rione permanecía en silencio, pero la tensión que irradiaba podía percibirse a distancia. Los consultores ocupaban sus puestos. Toda la tripulación del *Intrépido* estaba lista para entrar en acción.

—Preparen todas las armas. Configúrenlas para disparar automáticamente —ordenó Desjani con una serenidad que resultó inquietante, dado el nerviosismo que se respiraba en el ambiente.

Ante ellos, en el oscuro vacío del espacio de salto, floreció una de las luces misteriosas. Podría haber estado cerca o a una distancia descomunal, pero, por un momento, permaneció allí en medio, como si estuviera esperando al *Intrépido*. Geary sintió que no era el único a quien se le cortaba la respiración por ser testigo de aquel presagio tan desconcertante.

—Saliendo del espacio de salto.

El eterno gris y la enigmática luz desaparecieron para dar paso a las estrellas.

El *Intrépido* dio una guiñada para evitar las minas y los disparos con los que el enemigo pudiera pretender recibirlos.

Desjani, abrochada en previsión de la sacudida, seguía con la mirada puesta en su visualizador.

—No están en el punto de salto.

Geary miró su pantalla, incapaz de hablar mientras examinaba el sistema estelar Varandal.

Al fin, después de tantos saltos, después de haber recorrido tantos años luz, después de haber atravesado tantos sistemas estelares controlados por los síndicos, la flota había llegado al territorio de la Alianza. En Varandal se encontraba la sede de una flota regional, así como numerosas instalaciones provistas de sólidas defensas. Después de consultar la base de datos del *Intrépido*, Geary observó que aquellas instalaciones y defensas se habían multiplicado desde la última vez que visitó Varandal, cien años atrás. Verlas con sus propios ojos le causó una profunda impresión; el lugar le resultaba familiar, pero, al mismo tiempo, lo encontraba muy distinto.

Las alarmas del puente empezaron a sonar; y los pilotos, a parpadear. El visualizador de Geary comenzó a llenarse rápidamente de actualizaciones mientras los sensores de la flota evaluaban todo lo que alcanzaban a ver.

—Llegamos a tiempo.

La puerta hipernética seguía activa, a poco menos de seis horas luz de distancia.

A tres horas luz de ellos, la flotilla síndica de reserva orbitaba alrededor de la estrella Varandal. A siete minutos luz de la caja formada por los buques de guerra enemigos se encontraba una pequeña formación de buques de la Alianza, los supervivientes de los ataques contra Atalia, que había partido dispuesta a defender Varandal.

—Dos acorazados, un crucero de batalla, seis cruceros pesados, un crucero ligero y nueve destructores —leyó Desjani—. Es todo lo que queda.

Geary, cada vez más nervioso, miró el visualizador.

—¿Por qué los síndicos no lo han arrasado todo? Muchas de las defensas de este sistema han sido atacadas mediante bombardeos cinéticos; sin embargo, los síndicos han obviado muchas otras cosas. Todas las demás instalaciones parecen estar intactas.

—¿Qué es lo que pretenden? —murmuró Desjani.

—¡Flota de la Alianza! —La transmisión entrante sobresaltó a Geary, que hasta ese instante no reparó en que un destructor se había posicionado cerca del punto de salto para reconocer la zona. La nave de la Alianza avanzaba solitaria entre los enjambres formados por los buques de guerra que acababan de llegar. En ese momento se escuchó la voz del oficial al mando de la Obús.

—¡Por el amor de las mismísimas estrellas!

Desjani miró a la consultora de operaciones.

—Que ese destructor le envíe un informe completo de todo lo que ha sucedido aquí desde que llegaron los síndicos. Tenemos que verlo ahora mismo.

—Enlazando con sus sistemas de combate —informó la consultora—. Lo tiene en su visualizador.

—Obús, mantenga la posición —ordenó Geary antes de concentrarse en su visualizador, que iba mostrando a gran velocidad todo el historial de acontecimientos. Las defensas de la Alianza opusieron resistencia a media hora luz del punto de salto, donde perdieron otro crucero de batalla y un acorazado, además de numerosos escoltas.

—A pesar de tener tan pocas posibilidades, volvieron a cargar contra el enemigo —gruñó Geary.

El almirante Tethys encabezó esa operación, pero murió cuando la Animosa fue destruida. El capitán Deccan, de la Retorcida, asumió entonces el mando, hasta que su nave cayó hecha pedazos a causa de una pasada ofensiva de los síndicos. Después, el capitán Barrabin, de la Castigadora, quedó al cargo, pero el núcleo energético de su nave se sobrecargó durante otro enfrentamiento que tuvo lugar a más de dos horas luz de la salida del salto.

Según los registros de la Obús, desde la destrucción de la Castigadora, los buques de guerra que quedaban en Varandal los había comandado la capitana Jane Geary, de la *Impertérrita*. Además de esta nave, solo el acorazado Cumplidora, el crucero de

batalla Desmesurada y los escoltas que habían aguantado continuaban resistiéndose al enemigo.

Entre unos sucesos y otros, la flotilla síndica de reserva aprovechó para realizar varios bombardeos cinéticos, lo que redujo en gran medida las defensas que la Alianza tenía en el sistema estelar. Así y todo, los bombardeos cesaron y la flotilla de reserva no atacó a los pocos buques de guerra con los que la Alianza todavía podía protegerse, aunque Geary sospechaba que habían tenido la oportunidad de hacerlo.

¿Por qué los síndicos no habían rematado a los defensores? ¿Por qué no habían seguido destruyendo las instalaciones que la Alianza tenía en aquel sistema? Por supuesto, las imágenes que estaban viendo del enemigo tenían tres horas de antigüedad. Cabía la posibilidad de que se hubiera producido otro enfrentamiento en ese intervalo de tiempo.

—¿Qué demonios...? —Desjani, que no había apartado los ojos de su visualizador, movió rápidamente las manos para reproducir una parte del registro—. Fíjese en esto: después del último enfrentamiento con las defensas de la Alianza que tuvo lugar aquí.

Geary observó el fragmento que la capitana había resaltado y amplió la sección ocupada por la flotilla síndica de reserva. Los sensores ópticos de la flota tenían la suficiente precisión para captar pequeños detalles a grandes distancias en el vacío espacial.

—¿Transbordadores? ¿Qué están haciendo?

—Se dirigen desde los cruceros pesados hasta las otras naves —murmuró Desjani. A continuación, introdujo más comandos para seguir ampliando la vista y mostrar los puntos de acceso por donde los transbordadores se habían acercado a uno de los cruceros pesados—. Tripulantes. ¿Lo ve? Están sacando a los tripulantes de los cruceros pesados.

—¿Por qué?

Rione, con voz rotunda, se encargó de resolver sus dudas.

—Controles automáticos. Usted me dijo que los síndicos pueden automatizar sus naves y controlarlas a distancia.

—Pero ¿para qué iban a querer automatizar los cruceros...? —Geary y Desjani vieron clara la respuesta en el mismo instante.

—Van a utilizar los cruceros pesados para derribar la puerta hipernética —dijo Desjani—. Tiene sentido. Todo encaja. ¡Miren! Los síndicos han llegado hasta el corazón del sistema estelar, pero no han arrasado las defensas de la Alianza ni devastado mediante bombardeos las instalaciones que tenemos en esta región.

—Es un cebo —dijo Geary en voz baja.

—Exacto. Si hubieran acabado con todas las defensas y destruido la mayor parte de las instalaciones de este sistema estelar, podríamos haber decidido quedarnos en



las cercanías cuando llegamos aquí, conscientes de que los síndicos tendrían que volver a pasar entre nosotros tarde o temprano. En cambio, si todavía queda alguien a quien salvar...

—Cargaremos contra ellos. —Geary deslizó un dedo por el visualizador imaginando la ruta que seguiría la flota—. Cuando nos vean, esperarán el momento adecuado y, entonces, atacarán las defensas que queden con la contundencia necesaria para aniquilarlas y enviar a los cruceros pesados hacia la puerta hipernética. El resto de sus tropas avanzarán hacia el punto de salto, pasando entre nosotros a gran velocidad. Para cuando nos queramos dar cuenta de lo que está ocurriendo, la onda de choque ya se habrá originado y los síndicos podrán saltar y salir sin que llegue a afectarlos. Si no hubiéramos descubierto que pretendían colapsar la puerta hipernética de esta región, el plan podría haberles salido bien.

—Nos atrapan a nosotros y se apoderan de todo el sistema estelar. —Desjani parecía dispuesta a empezar a matar síndicos con sus propias manos—. Sin embargo, ¿cómo pueden estar seguros de que la puerta causaría el daño necesario? Es el único fallo que le veo a su plan.

—Es posible ampliar el nivel de la descarga de energía producida por el colapso de una puerta, del mismo modo que se puede reducir —explicó Geary sin mirar a Rione. Cuando Crésida realizó los cálculos necesarios para reducir la descarga de energía de una puerta, también tuvo que averiguar cómo realizar el proceso inverso. Geary le confió los resultados de aquel ominoso programa a Rione con la esperanza de que nadie tuviera que ponerlo en práctica nunca—. Hemos de suponer que los síndicos también han descubierto cómo hacerlo.

Llevaban ya quince minutos en la misma zona. El enemigo no veía a la flota hasta pasadas dos horas y treinta minutos, pero Geary no podía permitirse desperdiciar ni un segundo más, ya que cualquier orden que enviase tardaría todo ese tiempo en llegar a las defensas que quedasen en aquel sistema estelar.

La máxima prioridad era transmitirles las órdenes necesarias a las naves que seguían defendiendo Varandal.

—Habla el capitán John Geary, oficial al mando de la flota de la Alianza en funciones, para la capitana Jane Geary, al mando del destacamento especial encargado de la defensa de Varandal. El objetivo de los síndicos es colapsar la puerta hipernética de este sistema estelar mediante la destrucción de varios de sus ronzales. Si la puerta cae, la descarga de energía resultante arrasará todo el sistema estelar. Creemos que los síndicos pretenden derribar la puerta utilizando cruceros pesados sin tripulación y controlados automáticamente, dado que todas las naves que se encuentren en las cercanías de la puerta cuando esta se colapse serán destruidas. Su misión es proteger la puerta... —Guardó un breve silencio antes de continuar con sus instrucciones—. A toda costa. La defensa de la puerta tiene prioridad sobre cualquier

otra operación, incluidas la destrucción de los buques de guerra síndicos que no supongan una amenaza para la puerta y la protección de los demás intereses que la Alianza tiene en este sistema estelar. No ponga en riesgo su destacamento a menos que sea necesario para proteger la puerta. Resistan. Los refuerzos están en camino. Por el honor de nuestros ancestros. Geary, cambio y corto.

Había regresado. Por fin estaba de vuelta en el sistema estelar donde se encontraba su sobrina nieta, y lo primero que había tenido que decirle era que se sacrificara si era necesario para defender la puerta hipernética de esta región.

—¿Está seguro de que sus órdenes no serán desoídas? —le preguntó Rione—. Es posible que en algún lugar de este sistema estelar todavía quede algún almirante vivo.

—Por el momento no ha aparecido ningún oficial de mayor rango que Jane Geary —apuntó Desjani como si estuviera respondiendo a una pregunta que hubiera formulado otra persona—. Pero estamos en nuestro territorio, y alguien podría ordenar que las defensas o esta flota inicien una serie de ataques absurdos. —La capitana se giró hacia el consultor de comunicaciones—. Si el capitán Geary recibiera alguna orden de algún oficial de mayor rango que él que se encuentre en este sistema estelar, quiero cerciorarme de que esta nave no suponga un obstáculo para la recepción y la emisión de los mensajes entrantes. El menor error sería inaceptable. Dadas las circunstancias, revisaré personalmente esas comunicaciones antes de que se acuse su recibo y de que sean transmitidas a las demás naves de la flota; debo asegurarme de que su contenido sea razonable y de que el capitán Geary no sea molestado sin necesidad.

El consultor de comunicaciones la miró sobresaltado durante un instante, hasta que por fin asintió con gesto serio.

—Entendido, capitana. Si recibo un mensaje de ese tipo, se lo haré llegar solo a usted para que compruebe su coherencia.

—Sí, exacto. No debe molestar al capitán Geary con estos avisos hasta que hayamos terminado con los síndicos de este sistema estelar. —Desjani se reclinó en su asiento de capitana y se fijó en la expresión de Geary—. ¿Hay algún problema, señor?

—Solo que es posible que la haya subestimado, capitana Desjani.

La oficial lo miró enarcando una ceja.

—Eso puede ser muy peligroso, señor.

—No se lo discuto. —Geary se volvió para mirar a Rione—. Señora copresidenta, mientras yo me enfrento a los síndicos, le agradecería que averiguase con qué cargos de la Alianza habremos de tratar en este sistema estelar.

Rione lo miró con determinación.

—Ya lo he hecho. Por lo que sé, de momento soy la figura política con el cargo más importante, así que, por ahora, no debe preocuparse por tener que enfrentarse a

otros directivos políticos.

—Entonces solo tenemos que preocuparnos de los síndicos. ¿Cómo podemos desbaratar sus planes, Tanya? —En realidad, ya conocía la respuesta, la única solución posible—. Necesitamos reforzar el destacamento especial de la defensa y enviar al resto de la flota a por los síndicos. Impediremos que colapsen la puerta y los dejaremos tan hechos polvo que no podrán cumplir su objetivo.

Desjani lo miró desafiante.

—Ya sabe para qué sirven los cruceros de batalla, capitán Geary.

—Sí. —Todavía conservaba doce cruceros, algunos de los cuales no habían podido reparar aún los graves daños sufridos durante los enfrentamientos anteriores. Aun así, podían aportarle la potencia de fuego que necesitaba y trasladarla a donde fuera necesario—. ¿A qué velocidad hemos de ir para no agotar las células de combustible una vez que nos encontremos con los síndicos?

La capitana realizó una serie de cálculos.

—A catorce centésimas de la velocidad de la luz. ¿El *Intrépido* también va? —preguntó con una mezcla de preocupación y esperanza.

—Desde luego que sí. —Geary empezó a organizar las nuevas formaciones—. Tenemos que dividir la flota. Una formación se compondrá de los doce cruceros de batalla, a los que se unirán los cruceros ligeros y varios destructores. La otra la integraran los acorazados, los cruceros pesados y el resto de destructores.

—Entendido. Me aseguraré de que el Duodécimo Escuadrón de Cruceros Ligeros y el Vigésimotercer Escuadrón de Destructores permanezcan con los acorazados. Sus niveles de combustible son demasiado bajos para acompañar a los cruceros de batalla.

—Bien pensado. —Trabajaron frenéticamente, cotejando cada uno de ellos su trabajo con el de los demás, hasta que Geary transmitió las órdenes—. A todas las unidades de la flota de la Alianza: ejecuten las órdenes de maniobras adjuntas a las dos uno cero cinco. —Guardó silencio mientras recorría con los ojos la lista de los acorazados. El *Vengativo* había demostrado su valía—. Capitán Plant, le nombro comandante de la formación de acorazados. Si algo me ocurriera, usted deberá hacer todo lo posible por impedir que los síndicos destruyan la puerta hipernética de este sistema.

—Entendido —contestó Plant al cabo de unos segundos—. Buena caza, señor.

Rione se había situado de nuevo a su lado para susurrarle algo al oído con urgencia.

—Capitán Geary, no puede utilizar el *Intrépido* en una operación tan arriesgada.

—Señora copresidenta —replicó Geary en el mismo tono—, si la puerta hipernética se colapsa, el *Intrépido* estará igualmente en peligro, sin importar en qué punto del sistema estelar se encuentre. Tenemos que evitar que los síndicos lleven a cabo su plan, y, ahora mismo, el *Intrépido* es la duodécima parte de la formación de

cruceros de batalla. Los demás cruceros lo necesitan.

Rione dejó escapar un suspiro de exasperación, pero prefirió no seguir discutiendo y regresó a su asiento de observadora.

—Gracias, señor —dijo Desjani en voz baja.

—Capitana Desjani, tenemos que aplastar a los síndicos y salir de esta. ¿Podremos hacerlo?

—Lucharemos con todas nuestras fuerzas, señor.

Las estilizadas figuras de las subformaciones de la Alianza que aparecían en el visualizador se disgregaron de tal modo que la mitad de las naves formaron un gran círculo que abarcaba los acorazados que habían resistido y los cruceros pesados, además de un buen número de destructores. Los cruceros de batalla, la mayoría de los cruceros ligeros y el resto de los destructores se desplazaron hacia delante para formar un círculo más pequeño, al tiempo que aceleraban a lo largo de un vector por el que pretendían alcanzar una posición comprendida entre la flotilla síndica de reserva y la puerta hipernética de Varandal.

Geary se emocionó cuando los cruceros de batalla se adelantaron y se lanzaron hacia el enemigo a una velocidad que los acorazados no podrían igualar nunca. En realidad, hasta ese momento Geary no había intervenido en la carga de una gran formación de cruceros de batalla y, aunque el sentido común le hacía ver los puntos débiles del blindaje y los escudos de los cruceros, y era consciente de que aquellas naves no resistirían muchos más daños, miraba el visualizador con expectación mientras los cruceros avanzaban implacables, embelesado por el entusiasmo irracional que suscitaban en él el coraje y la gloria del avance.

Tal vez aquel no fuese el movimiento más sensato, pero no se podía negar que era majestuoso.

Se preguntó cuántos de aquellos cruceros de batalla resistirían el inminente combate.

## Capítulo 12

Aún quedaban algunos mensajes por enviar, uno de ellos al enemigo.

—Póngame en contacto con el buque insignia de los síndicos. —Al cabo de unos instantes, con la conexión ya establecida, Geary puso su mejor «mirada de héroe de leyenda» para transmitir su comunicación.

—Para el director general que esté al mando de la flotilla de reserva de los Mundos Síndicos, le habla el capitán John Geary. Sabemos de quién ha estado defendiendo su flotilla el espacio de los Mundos Síndicos en la frontera del otro lado de la Alianza. Sabe que esta no provocó el colapso de la puerta hipernética de Kalixa. Sabe quiénes lo hicieron. No les siga el juego. No se le permitirá que ejecute sus órdenes en este sistema estelar. Por el honor de nuestros ancestros. Geary, cambio y corto.

Lo más probable es que la advertencia no surtiera ningún efecto, pero merecía la pena intentarlo.

Otro mensaje.

—Al centro de mando de la Alianza de Varandal, al habla el capitán John Geary, oficial al mando de la flota de la Alianza en funciones. Voy a intentar derribar la flotilla síndica y solicito todo el apoyo que puedan ofrecerme. Sepan que el objetivo de los síndicos es colapsar la puerta hipernética de este sistema, lo que generará una descarga de energía cuya magnitud será equivalente a la de una nova. Por el honor de nuestros ancestros. Geary, cambio y corto.

Desjani llamó su atención.

—Crésida está transmitiendo sus datos. Llegarán a todo el que se encuentre en este sistema estelar.

—Bien. —Se tomó un momento para pensar mientras veía sus naves avanzar por el espacio de tal modo que los arcos que representaban sus trayectorias conformaban una red brillante que cruzaba toda la pantalla. Los cruceros de batalla iban describiendo amplias curvas a la vez que los acorazados se adentraban en el sistema estelar para tomar posiciones en los flancos de los síndicos.

Geary se preguntó si debería haberle dicho algo más a su sobrina nieta. Sin embargo, ¿cuáles eran las palabras adecuadas ante la inminente batalla? *Tal vez te hayas dado cuenta de que la Resistente no acompaña a la flota. Esto podría deberse a que tu hermano murió cubriéndola durante la retirada del sistema nativo síndico. Por cierto, me pidió que te hiciera llegar un mensaje.*

No. Las cuestiones personales tendrían que esperar. Jane Geary no podía permitirse ninguna distracción. Y él tampoco. Hasta que terminase aquel conflicto, primero era el comandante de la flota, después el capitán John Geary y, por último, el tío abuelo de Jane Geary.

Los cruceros de batalla estaban cerrando la formación con los cruceros ligeros y los destructores. Por su parte, los acorazados empezaban a rezagarse. Después de la frenética actividad de los últimos minutos, todavía quedaba por delante una larga espera. A pesar de que avanzaban a mayor velocidad, los cruceros de batalla tardarían veinticinco horas en llegar a su destino, una órbita entre los síndicos y la puerta hipernética. Al cabo de dos horas y media, la flotilla síndica de reserva vería llegar a la flota de la Alianza, y esta tardaría un poco menos de tres horas en comprobar la reacción de los síndicos.

Geary envió un mensaje a toda la flota.

—Abandonen el estado de combate inminente. Descansen.

—Señor, la Obús solicita instrucciones.

En el momento en que Geary aceptó la conexión, vio que la oficial al mando de la Obús se quedaba estupefacta al encontrarse con él.

—¿Cuáles eran sus órdenes, capitana? —preguntó.

La oficial al mando de la Obús tardó unos instantes en reaccionar.

—Señor, teníamos órdenes de mantener nuestra posición cerca de este punto de salto para realizar labores de reconocimiento y mensajería.

—Muy bien. Comprendo que no se trata de la misión más apasionante, pero es un trabajo fundamental. Mantengan la posición. Si los síndicos consiguen provocar el colapso de la puerta hipernética de este sistema, los verán destruir los ronzales, así que podrán saber cuándo el colapso está a punto de producirse. No esperen a que la puerta se colapse. Si lo hacen, morirán como consecuencia de la onda de choque resultante. Tendrán que saltar antes de que eso ocurra y dar el aviso de que Varandal probablemente ha sido arrasado.

—Sí, señor.

—Gracias. —Una vez que la imagen de la capitana de la Obús hubo desaparecido, Geary tomó asiento y se quedó mirando el visualizador, pensando en todas las cosas que podrían salir mal—. Tanya, ¿a qué nivel estarán las reservas de células de combustible de los cruceros de batalla cuando nos encontremos con los síndicos?

—En torno al quince por ciento, señor, dependiendo de lo que hagan los síndicos.

—¿Cuántas células de combustible consume la flota durante un enfrentamiento normal?

Desjani extendió las palmas de las manos.

—¿Se refiere a un enfrentamiento normal desde que está usted al mando o a lo que era habitual antes, señor?

—Desde que yo comando la flota.

—Con usted ningún combate ha sido normal, señor —respondió la capitana con tono alentador—. El quince por ciento será suficiente.

—Si la fe sirviera como combustible, capitana Desjani, solo con la suya bastaría para toda la flota.

—No soy la única que tiene fe, capitán Geary. —Señaló con los ojos a los consultores del puente, que hablaban, unos con tranquilidad y otros con más vehemencia, de todo lo que estaba ocurriendo—. No tienen miedo de lo que pueda pasar.

Cinco horas más tarde, Geary volvió a mirar su visualizador. En una ventana del mismo, la capitana Jane Geary, con una postura tan firme como su voz y una mirada centelleante, aceptaba las nuevas órdenes. Parecía un tanto demacrada, sin duda a causa del agotamiento producido por la larga batalla que había acontecido allí antes de que llegara la flota de la Alianza. Geary era consciente de que, por haber pasado un siglo en estado de sueño de supervivencia, Jane Geary había envejecido más que él, a pesar de ser su sobrina nieta; aun así, le seguía chocando que ella pareciese un poco mayor que él, su tío abuelo.

—Habla la capitana Jane Geary. Acepto las órdenes del comandante de la flota en funciones. Comprendo que deberemos luchar hasta la muerte para impedir que los síndicos derriben la puerta hipernética. Geary, cambio y corto.

La capitana evitó pronunciar el nombre de su tío abuelo, pero no discutió su autoridad. Al principio, a Geary no le pareció bien que Jane no lo hubiera saludado, aunque enseguida recordó que quienes no formaban parte de la flota no realizaban aquel gesto que él reintrodujo en la misma. Su sobrina nieta no había pretendido ofenderlo.

Jane Geary había entendido a la perfección la orden de detener a los síndicos a toda costa. ¿Tendría claro también que, conforme a esas instrucciones, debía evitar poner en peligro su destacamento especial siempre que no fuera imprescindible?

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó Desjani con tono despreocupado.

—Es solo que preferiría reencontrarme con mi familia en unas circunstancias menos estresantes. Un momento. Los síndicos están reaccionando. —Hacía dos horas y media que la flotilla de reserva había alterado su rumbo adoptando un ángulo descendente para orientarse hacia la puerta hipernética. Geary comprobó sus trayectorias y vio que los síndicos alcanzarían la puerta antes que sus cruceros de batalla—. Ahora todo depende de Jane Geary. ¿Podrá retenerlos?

—Esperemos que sí.

Las defensas que quedaban del destacamento especial *Impertérrita* se habían replegado delante de los síndicos, manteniendo la distancia, mientras el enemigo avanzaba hacia ellas y la puerta hipernética. Geary permaneció pendiente de la retirada durante casi media hora, preguntándose qué decisión tomaría Jane Geary.

Obtuvo la respuesta cuando el visualizador mostró una serie de explosiones producidas por unas minas tendidas contra las naves de la flotilla síndica de reserva.

—Bien —dijo Desjani—. Esperaron hasta que los síndicos comenzasen a perseguirlos y, entonces, desplegaron un campo de minas tras ellos. Observe. Ese crucero de batalla síndico ha chocado con tres minas.

—También han perdido un crucero pesado —señaló Geary. Ninguno de los demás buques de guerra síndicos parecía afectado, pero incluso un pequeño ataque como aquel servía para igualar un poco las fuerzas.

Así y todo, los síndicos seguían adelante, hasta que quince minutos más tarde una nueva nube de minas derribó dos naves de caza asesinas y provocó daños en varios buques más.

—¿Cuántas minas tiene Jane Geary? —pensó Desjani en voz alta.

—Los síndicos deben de estar haciéndose la misma pregunta.

Esta vez la flotilla de reserva no mantuvo el rumbo, sino que aceleró y ascendió para escapar del destacamento especial *Impertérrita*. Las naves de la Alianza respondieron desviándose y desplazándose hacia un flanco, con el fin de obligar a los síndicos a iniciar una nueva persecución, esta vez con un ángulo que los alejaba de la puerta hipernética.

—Está intentando desviarlos —observó Desjani con aprobación—. No cabe duda de que es una Geary.

Aun así, ninguna nave de la flotilla decidió participar en la carrera. En lugar de eso, los síndicos disgregaron la caja de forma que media docena de acorazados, dos cruceros de batalla y un grupo de escoltas se desplegaron en persecución de la *Impertérrita* mientras el resto de síndicos seguían avanzando hacia la puerta hipernética.

—Pero ¿qué está haciendo...? —Antes de que Geary terminara de preguntarse cuál era la intención de su sobrina nieta, la *Impertérrita*, la Cumplidora, la Desmesurada y sus escoltas ya habían retomado su posición para cargar contra los buques de guerra síndicos que los perseguían. Con todo, seguían hallándose en clara desventaja. Geary aguardó con el corazón en un puño, consciente de que lo que hubiera ocurrido, había tenido lugar hacía ya dos horas.

Momentos después, los dos grupos de buques de guerra volvieron a separarse, aunque no parecía que se hubieran producido bajas en ninguno de ellos.

—Los ha esquivado. Los síndicos esperaban que cargase directamente hacia ellos, pero en vez de eso se desplazó lo suficiente hacia un lado para evitar que sus naves sufrieran ningún daño. —Desjani observaba el visualizador con verdadera intriga—. Señor, la *Impertérrita* está evitando a los síndicos deliberadamente. La capitana Jane Geary se ha dado cuenta de que, si sus buques de guerra se mantienen cerca de la puerta hipernética, los síndicos no podrán enviar los cruceros pesados para colapsarla mientras los demás escapan, pues la *Impertérrita* y sus compañeras podrían derribarlos con facilidad.



—Una parte de los síndicos tendría que aceptar una misión suicida —convino Geary—. Esto no es Lakota. Los tripulantes de esas naves saben lo que ocurrirá cuando eliminen la puerta. ¿Podría el comandante de la flotilla síndica de reserva convencer a un número suficiente de naves para que permanezcan cerca de la puerta de todos modos como una barrera contra el destacamento especial *Impertérrita*?

—Lo dudo. Una cosa es enviar al matadero a un pequeño grupo de comandos de las Fuerzas Especiales, pero ¿mandar a los tripulantes de las naves? No es una de sus funciones.

Geary llamó al teniente Íger.

—Necesito conocer su opinión: ¿cree usted que las naves síndicas aceptarían una misión sabiendo que les espera una muerte segura?

Íger hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Por regla general, no, señor. A pesar de que suelen luchar a muerte, no es habitual que las naves síndicas emprendan misiones suicidas. —Guardó un silencio momentáneo—. Puede que esto tenga una explicación, señor. La prisionera síndica que viaja a bordo del *Intrépido* ha estado recibiendo atención médica. Según los médicos, el hecho de presenciar la destrucción del sistema estelar Kalixa le provocó un profundo trauma, por lo que necesita sedación para dormir.

—Lo comprendo, teniente —dijo Geary—, pero ¿qué tiene eso que ver con todo esto?

—Señor, recuerde que la prisionera nos contó que los directores generales síndicos de la flotilla de reserva le ordenaron que les enviara copias de los registros que había en su crucero sobre aquel suceso. Eso significa que los oficiales síndicos de la flotilla, o por lo menos algunos, han visto los acontecimientos de Kalixa que tanto impresionaron a nuestra prisionera.

—Entiendo. —Si ver las escenas de Lakota, que resultaban relativamente menos espantosas, provocó un fuerte sentimiento de repugnancia entre sus oficiales, ¿cómo reaccionarían los síndicos al presenciar algo mucho peor?—. Y supongo que los directores generales de la flotilla de reserva tendrán esos registros a buen recaudo.

Íger sonrió.

—No cabe duda de que es lo que pretenden, señor. Aun así, los sistemas síndicos son como los nuestros: están llenos de puertas traseras y de subredes extraoficiales. No se puede construir y mantener una red tan compleja sin recurrir a ese tipo de soluciones, y sabemos que los síndicos saben aprovecharlas tanto como nosotros.

—De modo que es posible que muchos de los integrantes de esa flotilla hayan visto los registros de Kalixa. Gracias, teniente. —Se dirigió a Rione y Desjani y les puso al tanto de lo que Íger le había contado.

Después de escuchar a Geary, Desjani asintió con la cabeza.

—Ver lo que sucedió en Lakota me quitó las ganas de colapsar una puerta

empleando el *Intrépido*.

—¿Los directores generales síndicos que comandan la flotilla no pueden imponer el control automático de cualquiera de las naves? —preguntó Rione—. Es lo que hicieron en Sancere.

—Podrían —convino Geary—, pero los tripulantes de las naves síndicas de Sancere consiguieron recuperar parte del control antes de que fuesen destruidas. Lo más probable es que los tripulantes de estas naves síndicas también estén capacitados para anular la navegación automática. Saben lo que les ocurriría si no lo hicieran.

—En ese caso, mientras la *Impertérrita* siga evitando su destrucción, tendremos una posibilidad —concluyó Desjani con alivio.

—Eso parece. —Geary le envió otro mensaje a la *Impertérrita* para comunicarle sus últimas averiguaciones—. Debo admitir que me sorprende que Jane Geary esté evitando enfrentarse con los síndicos. Es justo lo que necesitamos que haga, pero no es característico de...

—¿De la forma de combatir que tenía esta flota hasta que usted volvió? —preguntó Desjani—. No, no lo es. Nos preguntábamos por qué una Geary estaba al mando de un acorazado en lugar de un crucero de batalla, ¿recuerda? Ahí tiene la respuesta: no es lo bastante agresiva.

Esto significaba que Jane Geary prefería emplear una táctica bien orquestada antes que limitarse a emprender un ataque frontal contra el enemigo. Tanto la *Impertérrita* como la *Cumplidora* hacían honor a su nombre, pero no así la *Desmesurada*. Geary había recuperado la esperanza de llegar a conocer a su sobrina nieta. Consultó el tiempo que faltaba para que la formación de cruceros de batalla de la Alianza se situara en las cercanías de la flotilla síndica. Diecinueve horas.

—Capitana Desjani, ¿tenemos alguna noticia sobre las autoridades de Varandal?

—No, señor.

—¿Ni siquiera algún mensaje «incoherente»?

—No, señor. Tampoco hemos captado ninguna orden enviada a la *Impertérrita*. Se diría que van a dejarle dirigir este combate.

—Afortunadamente. ¿Cuánto falta para que el destacamento especial *Ilustre* llegue aquí?

Desjani frunció el ceño mientras hacía algunos cálculos.

—Por lo menos, algunas horas más. Después de recoger las cápsulas de escape en Atalia, no podían acelerar y continuar a una décima de la velocidad de la luz sin consumir casi por completo las últimas reservas de células de combustible. Badaya no es un genio, pero tampoco tan estúpido como para hacer algo así.

Geary ajustó el rumbo de sus cruceros de batalla para adaptarlos a los movimientos de los síndicos y, a continuación, aplicó una modificación similar a los acorazados. Ya no había nada más que él pudiera hacer, aparte de observar como los

síndicos seguían buscando el enfrentamiento con el destacamento especial *Impertérrita* al tiempo que las naves de la Alianza continuaban revoloteando fuera de su alcance.

Todavía se encontraban a diez horas de las cercanías de la flotilla de reserva cuando al director general síndico pareció agotársele la paciencia. Las cajas de las formaciones síndicas se disgregaron y casi todas las naves que los integraban comenzaron a perseguir al destacamento especial *Impertérrita* por separado. Solo cuatro acorazados síndicos mantuvieron la posición, distribuidos alrededor de diez cruceros pesados a los que acompañaban una nube de cruceros ligeros y naves de caza asesinas que les proporcionaban escolta adicional.

—Esos son los cruceros pesados con los que pretenden atacar la puerta. A la *Impertérrita* le va a costar esquivar todas esas naves —comentó Geary con cierta angustia—. Los acorazados no podrán evitar el combate durante mucho tiempo si tienen cruceros de batalla, cruceros y naves de caza asesinas, todos ellos más rápidos y maniobrables, atacándolos por distintos flancos.

El destacamento especial *Impertérrita* ni siquiera lo intentó. En lugar de eso, las defensas de la Alianza aceleraron por un vector que las conducía hacia la pequeña formación de acorazados y cruceros pesados síndicos, desviándose hacia la derecha para atravesar el enjambre de combatientes enemigos que había entre sus objetivos y ellos.

Primero uno, después dos y, por último, tres destructores de la Alianza cayeron destrozados o salieron despedidos con todos los sistemas inutilizados. El único crucero ligero que permanecía con la *Impertérrita* cayó incendiado bajo los disparos de una bandada de síndicos que pasó sobre él como un relámpago. Un crucero pesado de la Alianza se sacudió al recibir los impactos de una lluvia de misiles que, finalmente, provocó su explosión. La *Impertérrita* recibía un impacto detrás de otro, pero seguía adelante mientras otro destructor saltaba en mil pedazos.

Entonces, el destacamento especial *Impertérrita* se introdujo entre la multitud de oponentes y se abalanzó sobre la pequeña formación síndica.

Los cuatro acorazados enemigos le lanzaron una cortina de misiles y metralla, pero las naves de la Alianza, que se habían separado, evitaron recibir demasiados disparos, aun así, otro crucero pesado y dos destructores más cayeron víctimas de la descarga.

El destacamento especial *Impertérrita* pasó raudo entre la formación síndica, con los acorazados *Impertérrita* y *Cumplidora* protegiendo al crucero de batalla *Desmesurada* del fuego de los acorazados síndicos, mientras todas las naves de la Alianza concentraban sus disparos sobre los cruceros pesados enemigos.

Geary vio que la formación se dividía y esperó ansioso a que el visualizador se actualizara mientras los sensores de la flota evaluaban los resultados.

—¡Cielos! —exclamó Desjani. Habían caído ocho de los diez cruceros pesados síndicos; unos estallaron y otros quedaron fuera de combate—. Esa mujer debería estar al mando de un crucero de batalla. El plan de los síndicos ya no sirve. Tendrán que evacuar algunos cruceros pesados más.

—Sí. —Geary movió la cabeza sin apartar los ojos de lo que quedaba del destacamento especial *Impertérrita*. Tanto el buque que daba nombre a la formación como la Cumplidora habían sufrido daños, pero, en general, su estado era formidable. A la Desmesurada, la batalla le había arrebatado casi la mitad del armamento; además, ahora tenía tantas averías que apenas podía seguirles el paso a los acorazados. De los escoltas, únicamente dos cruceros pesados y un destructor sobrevivieron a la pasada ofensiva—. No podrá repetirlo.

—Quizá una vez más —objetó Desjani—. Aunque solo resistirían los dos acorazados. Si la capitana Geary es inteligente, evitará a los síndicos por ahora.

La nube de buques de guerra síndicos independientes había regresado e intentaba interceptar de nuevo al destacamento especial *Impertérrita*, pero la menguada formación de la Alianza no había dejado de acercarse a la puerta hipernética.

—Les llevará un tiempo alcanzar a esas naves —dijo Geary—, pero no nueve horas. —El enfrentamiento con las defensas de Varandal previo a la llegada de la flota supuso un elevado número de bajas para ambos bandos. No obstante, después del último encuentro, la flotilla de reserva todavía contaba con catorce acorazados, once cruceros de batalla, ocho cruceros pesados, treinta y tres cruceros ligeros y ochenta y cinco naves de caza asesinas—. Quedan ocho cruceros pesados. ¿Serán suficientes para que los síndicos colapsen la puerta?

—Depende del tiempo que tengan que seguir disparando. —Desjani sacudió la cabeza—. El director general tiene que haberse dado cuenta de que no puede continuar con el plan. La *Impertérrita* y sus compañeras están ganando demasiado tiempo. Los síndicos tendrán que trazar otra estrategia.

De pronto, la desazón de Geary se fue concretando.

—Van a intentar derribar esta formación para poder eliminar nuestros acorazados cuando lleguen aquí. Después podrán tomarse el tiempo que necesiten para aplastar lo que quede del destacamento especial *Impertérrita*, con lo cual atacarán la puerta cuando más les convenga.

Desjani movió la cabeza para mostrar su acuerdo.

—Es lo que yo haría.

—Pero no disponemos de suficientes células de combustible para dar vueltas alrededor de los síndicos hasta que lleguen los acorazados.

—¿Los síndicos lo saben?

—Esperemos que no.

Todavía faltaban siete horas. Cuatro acorazados síndicos habían seguido

persiguiendo al destacamento especial *Impertérrita*. El resto de la flotilla de reserva estaba volviendo a integrarse en la formación de caja habitual, en cuyo núcleo se hallaban escudados los cruceros pesados que habían resistido. Geary sopesó las distintas opciones, consciente de que, si ordenaba a sus cruceros de batalla que embistieran directamente el corazón de la caja síndica para llegar a los cruceros pesados, la operación podría dar el resultado que esperaba, aunque cabía la posibilidad de que ninguno de sus cruceros de batalla resistiera los ataques al salir por el otro flanco de la flotilla.

Quedaban seis horas para el enfrentamiento. La flotilla síndica de reserva, ya con su formación de caja firmemente reconstruida, se orientó hacia los cruceros de batalla de la Alianza que se iban aproximando.

—Tenía razón, capitana Desjani. Nuestro número de buques capitales es la mitad que el de ellos; pero, lo que es más importante, con todos esos acorazados, los síndicos como mínimo triplican nuestra potencia de fuego y nuestro blindaje. —Llevó los ojos hasta los cuatro acorazados enemigos que habían estado persiguiendo al destacamento especial *Impertérrita* y que después alteraron su rumbo para formar una pantalla entre las naves de la Alianza y la formación síndica principal.

Fue como si Desjani le leyera la mente.

—Cuatro acorazados. Podemos eliminarlos.

—Si lo hacemos bien. —Comprobó la posición de los acorazados de la Alianza, que avanzaban a velocidad constante, aunque a más de una hora de distancia de los cruceros de batalla. Las reservas de células de combustible iban reduciéndose en todas las naves. Geary se fijó en la Fusil, que indicaba un nivel del seis por ciento, el más bajo de la flota—. Debería haber dejado la Fusil en el punto de salto.

—Su tripulación no se lo habría perdonado jamás.

Geary planificó el acercamiento al detalle, dirigiendo los cruceros de batalla de forma que pareciera que avanzaban derechos contra la caja síndica, aplicando una ligera modificación al vector de los acorazados para que se encontrasen con el enemigo en el momento adecuado y decidiendo el punto preciso en el que volver a cambiar de dirección.

—¿Cuánto falta? —preguntó Rione. Llevaba tanto tiempo callada que los demás casi se habían olvidado de que estaba sentada en el fondo del puente.

—Ya están viniendo hacia nosotros —respondió Geary—. Quedan dos horas y cuarenta minutos para el encuentro, aproximadamente. Dentro de dos horas y veinte minutos les daremos una sorpresa.

—Tal vez se la esperen —comentó Desjani—. La *Impertérrita* ha estado haciendo lo mismo.

—Cierto. Los esquivaremos de un modo distinto.

Cuando faltaba una hora para el combate, el destacamento especial *Impertérrita*

había alterado su rumbo para aproximarse a los cuatro acorazados síndicos, que a su vez se habían desviado para enfrentarse al pequeño destacamento especial de la Alianza. Cuando la *Impertérrita* se hallaba a tan solo quince minutos luz de distancia, Geary envió nuevas órdenes.

—Capitana Geary, al habla el... capitán Geary. Esta vez evite aproximarse a los cuatro acorazados síndicos. Nos dirigimos hacia allí para ver si podemos igualar un poco las fuerzas.

No llegó ninguna respuesta a pesar de que el tiempo de tránsito para los mensajes enviados entre la *Impertérrita* y el *Intrépido* se había reducido ya a un cuarto de hora. A menos de media hora para encontrarse con la flotilla síndica de reserva, Geary no podía perder el tiempo preguntándose si su sobrina nieta seguiría o no sus órdenes.

—A todas las unidades de la formación de la Alianza Índigo Uno. Vamos a rodear el grueso de la formación síndica, atacar a los cuatro acorazados y regresar para embestir a la flotilla. Reserven las municiones fungibles que les queden para la pasada ofensiva sobre la flotilla.

A veinte minutos de iniciarse el combate, la flotilla y los cruceros de batalla de la Alianza se hallaban a solo cuatro minutos luz de distancia y continuaban acercándose a un ritmo combinado de dos décimas de la velocidad de la luz, después de que los síndicos hubieran desacelerado hasta seis décimas de la velocidad de la luz para que la distorsión relativista no mermara sus posibilidades de alcanzar a los buques de guerra de la Alianza. Geary esperó, sin estar del todo satisfecho con las maniobras elegidas.

Quince minutos para el encuentro. Diez minutos.

—A todas las unidades de la formación Índigo Uno. Viren dos cero grados a babor y desciendan uno cinco grados a las cero cuatro cero nueve.

Los cruceros de batalla de la Alianza y sus escoltas guiñaron hacia la izquierda, alejándose de la estrella Varandal, y descendieron para situarse bajo el plano del sistema estelar. Los síndicos tardaron un minuto exacto en ver la luz que indicaba la evasión de la flota de la Alianza, y para entonces ya faltaban menos de siete minutos para que las fuerzas se encontrasen. Geary volvió a pulsar sus mandos.

—A todas las unidades de la formación Índigo Uno. Ascendan dos cero grados a las cero cuatro uno tres.

Los síndicos también alterarían su rumbo descendiendo y virando para interceptar a los cruceros de batalla de la Alianza, pero estos ya estarían ascendiendo mientras los minutos que faltaban para el enfrentamiento se iban reduciendo a unos pocos segundos.

—Los síndicos han disparado misiles y metralla —informó el consultor de sistemas de combate.

Los síndicos habían disparado apuntando al lugar hacia el que avanzaban las

naves de la Alianza, teniendo presente que, si esta seguía evadiéndose, lo haría descendiendo a mayor velocidad. En consecuencia, la descarga de los síndicos pasó como un rayo muy por debajo de los cruceros de batalla de la Alianza mientras Geary volvía a nivelarlos orientándolos hacia los cuatro cruceros síndicos aislados.

Por detrás de los cruceros de batalla de la Alianza, la caja de la flotilla síndica empezó a dar media vuelta a tal velocidad que, de pronto, uno de los cruceros ligeros saltó en mil pedazos debido a la tensión producida por la sobrecarga de sus compensadores inerciales.

—Que se vuelvan locos, que se queden atontados —comentó Desjani—. ¿Sabe? Hasta hace poco me habría molestado mucho limitarme a jugar al gato y al ratón con esta chusma en lugar de atacarlos frontalmente, pero la verdad es que imaginarme la cara que estará poniendo el director general síndico lo compensa con creces.

—Gracias. —Los cuatro acorazados síndicos debían de estar dándose cuenta de la peligrosa situación en la que se hallaban, con doce cruceros de batalla avanzando derechos hacia ellos por un flanco y con el destacamento especial *Impertérrita* acercándose por el ángulo opuesto—. Esto es lo que ocurre cuando un comandante se empeña en seguir el plan original por mucho que cambien las circunstancias. El director general no debería haber dividido sus tropas de esa manera en lugar de centrarse en nosotros o bien en el destacamento especial *Impertérrita*.

Quince minutos más tarde, la flotilla síndica de reserva seguía dando media vuelta cuando los cruceros de batalla de la Alianza desaceleraron bruscamente hasta una décima de la velocidad de la luz y pasaron imponentes junto a los cuatro acorazados síndicos, castigando a los más cercanos con ráfagas intermitentes de lanzas infernales seguidas de los campos de anulación que proyectaron los cruceros de batalla de retaguardia.

—Dos fuera —anunció Desjani triunfalmente cuando uno de los acorazados enemigos explotó y otro salió despedido incapaz de corregir su rumbo. El *Intrépido* aún se sacudía a consecuencia de los impactos absorbidos por sus escudos.

A pesar de la apabullante superioridad en potencia de fuego de la que disfrutaba la Alianza; la *Leviatán*, la *Implacable* y la *Radiante* también recibieron múltiples daños.

—*Impertérrita*, por ahora los otros dos acorazados son suyos —indicó Geary mientras volvía a darles la vuelta a los cruceros de batalla de la Alianza.

Cuando los cruceros se estaban situando en un vector que los dirigía hacia la caja de la flotilla, que volvía hacia ellos a una décima de la velocidad de la luz, sonó una alarma en el puente del *Intrépido*.

—Capitana, las reservas de células de combustible se han reducido al diez por ciento —informó el consultor de ingeniería—. Los sistemas de maniobras y de combate de la nave recomiendan la retirada y el repostaje inmediatos.

—¿Cómo no se me había ocurrido antes? —se preguntó Desjani con tono sarcástico—. Tendré en cuenta la recomendación de los sistemas.

—Esto... capitana, los sistemas advierten que si su aviso es ignorado, actualizarán el registro automáticamente para dejar constancia de que el oficial al mando está poniendo la nave en peligro.

—Teniente, dígales a los sistemas por dónde se pueden meter sus advertencias.

—¿Capitana? ¿Cómo...?

—¡Anule las acciones automáticas! —Desjani miró a Geary—. Tenemos que intentar acabar este combate lo antes posible.

—Veré lo que puedo hacer. —La flotilla se acercaba rápidamente por delante. Detrás de la caja síndica, la formación de acorazados de la Alianza se acercaba al campo de batalla.

—El destacamento especial *Impertérrita* va a encargarse de los dos acorazados síndicos que se han quedado aislados, pero ambos están intentando regresar con el grueso de la formación enemiga.

La caja síndica todavía contaba con diez acorazados y once cruceros de batalla, aunque dos de estos ya habían recibido daños considerables. El centro lo ocupaban seis acorazados distribuidos alrededor de los cruceros pesados que quedaban, mientras que los otros cuatro ocupaban cada uno una esquina, unos acompañados de dos cruceros de batalla y otros, de tres.

Después de estudiar los movimientos de la flotilla síndica, que evidenciaban que su comandante estaba furioso y lo bastante frustrado como para comportarse de un modo temerario e impulsivo, Geary repitió la evasión hacia abajo y a babor. A continuación, volvió a elevar los cruceros de batalla, llevándolos hacia estribor lo suficiente para orientarlos hacia el punto por donde debería pasar una de las esquinas de la caja síndica en el caso de que su comandante pensara que las naves de la Alianza intentarían realizar la misma maniobra de nuevo.

La estrategia funcionó. Esta vez los misiles y la metralla de los síndicos pasaron sobre la trayectoria de los cruceros de batalla de la Alianza cuando estos se abalanzaban contra una de las agrupaciones de la caja síndica, compuesta de un acorazado y dos cruceros de batalla.

Los oponentes se entrecruzaron en una fracción de segundo, tiempo durante el cual intercambiaron disparos a través de los sistemas automáticos. Cuando se separaron, Geary observó que los dos cruceros de batalla síndicos estaban fuera de combate y que el acorazado había sufrido daños críticos.

Instantes después reparó en el hueco que se había abierto en la formación de la Alianza; en el lugar que ocupaba la *Furiosa*. Más atrás, donde los dos bandos se habían encontrado, sus restos formaban una nube cada vez más voluminosa.

—Deben de haber concentrado su fuego sobre la *Furiosa* —dijo Desjani con voz



monótona—. Sufrió una sobrecarga del núcleo. Es imposible que pudieran desocuparla. Malditos síndicos.

Por un momento, Geary recordó a la capitana Jaylen Crésida cuando la conoció, en el sistema nativo síndico, apoyándolo sin vacilar frente a sus oponentes y pese a las dudas de muchos, y recordó también la última vez que la vio en Atalia, con el diseño que había desarrollado para salvar a la humanidad del disparate que esta había cometido al construir la hipernet sin comprender del todo el peligro que suponían las puertas.

Después, alejó el recuerdo de su cabeza. Ahora no. Ya habría tiempo más adelante para lamentaciones.

—La *Dragón* ha recibido daños críticos y la *Implacable* ha sufrido más averías. —Quedaban once cruceros de batalla, y la capacidad de combate de la mitad de ellos se había reducido considerablemente a causa de los múltiples daños.

Geary se fijó en sus acorazados, que se encontraban a un minuto luz de distancia cuando la caja síndica se dio media vuelta de nuevo. Sumaban dieciocho, más una multitud de escoltas. Casi instintivamente, modificó el vector de los acorazados teniendo en cuenta la pequeña diferencia temporal que seguía habiendo entre ellos y el *Intrépido*.

—Formación Índigo Dos, viren a estribor cero cero tres grados, desciendan cero dos grados.

Al comandante de la flotilla síndica, concentrado en los cruceros de batalla de la Alianza, no debió de hacerle ninguna gracia comprobar que los acorazados enemigos se habían unido a la contienda. La caja apenas se había estabilizado para seguir persiguiendo a los cruceros de batalla enemigos cuando los acorazados de la Alianza atravesaron uno de sus flancos, momento en que, haciendo uso de su brutal potencia de fuego, arremetieron contra los dos acorazados y seis cruceros de batalla síndicos que la flotilla había situado allí.

Los acorazados de la Alianza habían dejado tras de sí los ocho buques capitales síndicos, todos ellos fuera de combate, y, más aún, algunos de los cruceros de batalla habían quedado reducidos a meros fragmentos, como vengativo contrapunto a la suerte de la *Furiosa*.

Así y todo, la consultora de operaciones se encargó de rebajar el júbilo que embargaba a Geary.

—La Fusil ha agotado todas sus células de combustible. Su núcleo energético se ha apagado. Y el de la Culebrina también está empezando a desactivarse. Se estima que el resto del Vigésimotercer Escuadrón de Destruyores se quedará sin energía en menos de cinco minutos. Las naves del Octavo Escuadrón de Cruceros Ligeros informan de que la consunción de sus células de combustible y la desconexión de sus núcleos energéticos son inminentes.

Los dos destructores de la Alianza que se mostraban en el visualizador viajaban a la deriva con sus sistemas principales desactivados, totalmente indefensos.

—¿Durante cuánto tiempo pueden los sistemas de seguridad auxiliares mantener activos los sistemas de ventilación? —preguntó Geary.

—Durante doce horas —contestó Desjani al instante—. Me pareció conveniente conocer ese dato. Este enfrentamiento debería quedar decidido antes de que transcurra ese tiempo.

—Desde luego. —Cuando ordenó que los acorazados retornaran, vio que la formación iba dejando atrás cada vez más destructores y cruceros ligeros que se habían quedado sin suministro energético, y a los que la inercia seguía llevando por la anterior trayectoria de las naves de la Alianza.

Sintió que todo el mundo lo estaba mirando, y no necesitó comprobar la actualización del estado de la flota para saber lo poco que quedaba para que sus cruceros de batalla y sus acorazados se quedaran también sin células de combustible. Llegado ese momento, la superioridad numérica de la Alianza no serviría de nada si casi todas las naves que tenía en Varandal pasaban a ser un blanco fácil.

Ahora los síndicos se hallaban entre los cruceros de batalla y los acorazados de la Alianza, y los cruceros se encontraban entre los síndicos y el punto de salto hacia Atalia; sin embargo, los síndicos no estaban realizando grandes modificaciones en su rumbo, sino que se limitaban a intentar recomponer la caja de su flotilla después de que uno de sus flancos hubiera sido atravesado.

—Seguro que saben que nos estamos quedando sin células de combustible —murmuró Desjani.

—Solo han visto quedarse parados a los escoltas. Tenemos que hacer que crean que nuestros buques capitales siguen teniendo reservas de sobra. —Geary golpeó sus mandos—. Formación Índigo Uno, de inmediato, viren a babor uno nueve cero grados, asciendan cero uno dos grados y aceleren hasta seis centésimas de la velocidad de la luz. —El armazón del *Intrépido* chirrió cuando la nave empezó a describir una curva tan cerrada como le permitían los compensadores inerciales. A su alrededor, los restantes cruceros de batalla de la Alianza ejecutaron la misma maniobra, tras lo cual se estabilizaron y orientaron hacia el flanco todavía deshecho de la caja síndica.

—¡Concentren el fuego en las naves síndicas de vanguardia!

Cuando pasaron junto a los síndicos, el *Intrépido* volvió a sacudirse a causa de los impactos recibidos.

—La *Valiente* informa de que ha recibido daños críticos. El *Arrojado* ha perdido todo su armamento, a excepción de la batería de lanzas infernales Bravo Tres y el generador de campos de anulación. La *Implacable* ha perdido el control de la propulsión y las maniobras.

Geary, atento a los resultados de la última pasada ofensiva, no apartó los ojos del visualizador. Uno de los acorazados síndicos que habían resistido al ataque quedó hecho pedazos y el crucero de batalla síndico que avanzaba hacia ese flanco de la formación había desaparecido.

Los acorazados de la Alianza estaban regresando, y pese a que en el visualizador de Geary parpadeaban múltiples alarmas que avisaban de que sus reservas de combustible estaban bajo mínimos, desde fuera seguían pareciendo una temible maza a punto de descargar una vez más sobre los síndicos. Los cruceros de batalla de la Alianza, situados ahora en el mismo flanco de los síndicos que la formación de acorazados, siguieron avanzando hacia los acorazados de la Alianza mientras aumentaba el número de cruceros ligeros y de destructores que se quedaban descolgados, no a causa de los daños recibidos, sino del apagado de sus núcleos. La *Impertérrita*, la *Cumplidora* y la *Desmesurada* se encontraban a tan solo dos minutos luz de distancia; no obstante, aunque tenían suficientes reservas de células de combustible, las tres habían sufrido averías de diversa consideración durante los últimos enfrentamientos con el enemigo.

En ese instante apareció una nueva alarma. Geary miró el símbolo que parpadeaba en su visualizador.

—Naves aliadas en el punto de salto desde Atalia. Acabamos de detectar la luz que muestra la llegada del destacamento especial *Ilustre*. —Miró de nuevo a los síndicos, a la espera de su reacción.

Los enemigos viraron ligeramente a estribor y a continuación aceleraron, dejando atrás algunas naves inutilizadas para que sus tripulantes pudieran desocuparlas en las cápsulas de escape.

—Han visto las naves que acompañan a la *Ilustre*, pero no han evaluado lo dañadas que están. Solo se han fijado en que están llegando más acorazados y cruceros de batalla enemigos; nos han visto detrás de ellos, con aspecto de estar preparados para machacarlos otra vez y posicionados entre ellos y la puerta hipernética, y han decidido huir.

Geary, que no daba crédito, siguió atento al visualizador para comprobar si decidían volver, pero continuaban alejándose tan rápido como podían. Siete acorazados y dos cruceros de batalla síndicos, junto con los escoltas que les quedaban, avanzaban como una exhalación rumbo al punto de salto hacia Atalia.

—El Décimo Escuadrón de Cruceros Ligeros y el Tercer Escuadrón de Destructores informan de que sus naves están a punto de agotar todas sus células de combustible. El crucero pesado *Almófar* informa de que ha consumido todo su combustible.

Desjani empezó a carcajearse y Geary la miró asombrado.

La capitana señalaba el nivel de las reservas de células de combustible de su nave,

que oscilaba entre el uno y el dos por ciento. De pronto, dejó de reírse e hizo ademán de abalanzarse sobre Geary, aunque finalmente se contuvo y cerró un puño, con el que lo golpeó afectuosamente en el hombro.

—¡Lo ha conseguido! ¡Por la gracia de las estrellas del firmamento, lo ha conseguido!

—Lo hemos conseguido —matizó Geary, y se frotó el hombro sintiendo también el impulso de romper a reír con incredulidad—. Lo hemos logrado entre todos. —En ese momento fue consciente de los gritos de alegría que resonaban por todo el casco del *Intrépido*. La tripulación estaba celebrando la victoria.

Por un instante, Geary volvió a recordar los últimos momentos de la *Merlón*. No pudo salvar su crucero pesado ni consiguió llevar a casa a su tripulación. No le importaba lo que nadie dijera sobre la batalla de Grendel, que tuvo lugar hacía demasiado tiempo para los demás y demasiado poco para él, porque siempre sentiría que aquel día fracasó. Le falló a su nave y les falló a sus hombres. Pero esta vez no.

—¿Señor? —preguntó Desjani, que seguía sonriendo aunque ahora lo miraba un tanto perpleja—. ¿Ocurre algo?

Geary le devolvió la sonrisa.

—No, Tanya. Es solo que me he acordado de algo. —De alguna manera, sabía que aunque el recuerdo de la caída de la *Merlón* siguiera visitándolo, nunca le causaría el mismo dolor que antes.

—Capitana —dijo la consultora de operaciones—, tres transportes rápidos están remolcando varias plataformas de construcción hacia la puerta hipernética.

Desjani recuperó la compostura y respiró hondo.

—El sistema de seguridad de la capitana Crésida. Van a proceder a su instalación. Que sus ancestros la reciban con los honores que merece, Jaylen. Salude a Roge de mi parte.

—¿Su marido? —preguntó Geary intentando mantener la firmeza de su voz. La tensión y las emociones vividas durante los últimos minutos, las buenas y las malas, resultaban abrumadoras.

—Sí. Desde que Roge murió, Crésida siempre estuvo segura de que la estaría esperando. —Desjani se frotó un ojo con un movimiento breve de la mano y se dirigió a su equipo de consultores—. Establezcan las medidas de ahorro máximo de energía hasta que tengamos más células de combustible a bordo.

Geary recordó que todavía quedaban algunas tareas críticas por concluir y pulsó algunos mandos.

—A todas las unidades de la flota de la Alianza. Reduzcan la velocidad todo lo posible sin que el nivel de combustible baje del uno por ciento. —Enseguida abrió otro canal—. A todos los miembros de la Alianza que se encuentren en el sistema estelar Varandal. Les habla el capitán John Geary, oficial al mando de la flota de la

Alianza en funciones. Nuestras naves apenas conservan células de combustible. Algunas unidades ya se han visto obligadas a apagar su núcleo energético. Solicito a todos los miembros disponibles que proporcionen células de combustible a las naves de la flota con carácter prioritario. Por el honor de nuestros ancestros. Geary, cambio y corto.

A continuación emitió otro mensaje.

—*Impertérrita*, siga a los síndicos con su destacamento especial. —Con la ventaja que los síndicos le llevaban, la *Impertérrita* ya no los alcanzaría, aunque no estaría de más presionarlos un poco.

Y, seguidamente, transmitió el último comunicado.

—Capitán Badaya, los síndicos huyen hacia el punto de salto de Atalia. Es posible que intenten barrerlos de camino a la salida. Eviten entrar en combate con ellos. Los alcanzaremos más adelante, y ese día quiero que la flota cuente con el apoyo de sus naves.

Rione, que había permanecido inmóvil en su asiento con la mirada perdida al frente, se libró por fin de su aturdimiento y miró a Geary como si no terminase de dar crédito a lo que estaba viendo.

—Enhorabuena. La lucha no ha terminado, pero usted ya ha hecho lo imposible.

La guerra seguía su curso, pero la flota perdida estaba en casa.

Geary, de nuevo en su camarote, observaba el visualizador; estaba enfocado en Varandal, donde el enjambre de naves de la flota orbitaba alrededor de la estrella. Por primera vez desde que asumiera el mando de la flota, esta se hallaba en territorio aliado, sin un enemigo cercano que pretendiese aniquilarla. Los planetas, las ciudades y las instalaciones que veía ofrecerían su ayuda a la flota en lugar de intentar destruirla.

Las cosas habían cambiado mucho en las últimas veinticuatro horas. Hacía dos horas que los síndicos, que continuaban huyendo a toda prisa como si los persiguiera un agujero negro, habían saltado fuera de Varandal. Mientras el enemigo huía, una multitud de naves espaciales de todo tipo, que habían recibido la petición de ayuda de Geary, aparecieron procedentes de los distintos mundos, colonias e instalaciones orbitales de Varandal para facilitarles todas las células de combustible que podían transportar. Ahora ninguna de las unidades de la flota corría peligro de quedarse sin energía, y las que ya se habían detenido podían continuar la marcha de nuevo. Los buques de guerra que tenían las averías más graves empezaban a llegar a los inmensos astilleros espaciales e instalaciones de reparación de los que Varandal podía presumir.

Geary sintió una profunda tristeza por los buques y tripulantes que habían caído en el umbral de casa. Aunque habían sido destruidas más naves aparte de la *Furiosa*, esta era la pérdida que más lamentaba. Los cruceros pesados Kaidate y Gavilán

recibieron demasiados daños como para que los pudiesen rescatar; los cruceros ligeros Estocade, Desarmadora y Caballero saltaron en pedazos durante las pasadas ofensivas de los cruceros de batalla contra los síndicos; y los destructores Serpentina, Basilisco, Bowie, Guion y Sten quedaron hechos trizas o bien estallaron en algún momento del combate. Estas eran tan solo las naves que formaban parte de la flota, pero había que contar también las que cayeron durante las batallas defensivas de Varandal y junto a la *Impertérrita*. Tampoco estaban incluidos los tripulantes que fallecieron o resultaron heridos en las naves que «solo» sufrieron daños durante los combates. Muchas otras naves se hubiesen salvado de haber quedado inutilizadas en territorio aliado.

Con todo, la flota estaba en casa, aunque todavía no se hallara del todo segura y, además, muchos hombres, mujeres y naves se habían quedado en el camino, pero habían llegado a casa.

Hubo un tiempo en que, cuando imaginaba este momento, se veía renunciando con gratitud al mando de la flota. Lo que haría después nunca lo tuvo demasiado claro. Aparte del melancólico deseo de visitar el planeta Kosatka una vez más, no tenía ni idea de dónde podría encontrar la paz o esconderse de la leyenda de Black Jack.

Eso había cambiado. Ahora sabía adónde lo llevaba el deber, adónde le exigía el honor que fuera, y le había hecho un juramento a una persona que le importaba de verdad. Podía seguir intentando desentenderse, olvidarse de su concepto del honor y el deber, e incluso romper su promesa. Pero, si lo hacía, la masacre continuaría con toda seguridad, la guerra se prolongaría como había venido haciéndolo una década tras otra, y perdería a ese ser, a la única persona cuya presencia convertía aquel futuro inhóspito y cruento en un lugar donde él, a pesar de todo, deseaba estar.

Visto de ese modo, la decisión no era tan difícil de tomar. Tal vez estuviera delirando, víctima del síndrome de Geary detectado por los médicos en décadas pasadas, y pensara que solo él conseguiría salvar a la Alianza. No obstante, aquellos en los que confiaba le habían dicho que él era el único que podría ponerle fin a la guerra. Siempre creyo todo lo que le decían y no tenía más remedio que creerlos también cuando afirmaban algo así.

Por tanto, siguio pensando en la flota y se pregunto si podría mantenerse al mando y convencer a sus superiores de las acciones que era preciso emprender.

—Ha sido peor de lo que me imaginaba —iba diciendo Rione—. Los contactos que tengo aquí me han contado que a lo largo de las últimas décadas, mientras los síndicos emitían comunicados para anunciar que habían aniquilado la flota y se iba propagando el rumor de que, en efecto, esta se había perdido en territorio enemigo, las rebeliones y protestas populares estallaron en multitud de sistemas estelares. Los pueblos de la Alianza están perdiendo la esperanza. —Guardo un breve silencio—. O,

mejor dicho, la estaban perdiendo. Si nos guiamos por lo ocurrido en Varandal, su regreso con la flota estará levantando una oleada de optimismo.

—Eso es magnífico. —Recordó algunos de los comunicados públicos que se habían transmitido desde las ciudades de los mundos habitados de Varandal y los rostros felices que anunciaban las últimas noticias. «El Ejército y el Gobierno se niegan a confirmar nada de manera oficial; sin embargo, los contactos que tenemos dentro de la flota aseguran que los rumores recogen la verdad. Tal como pronosticaba la leyenda, ¡Black Jack ha regresado! ¡Ha salvado a la flota! ¡Ha salvado Varandal! ¿Salvará también a la Alianza? Después de este milagroso retorno, cualquier cosa parece posible para el héroe de la Alianza.»

Después se incluyeron unas imágenes de los nerviosos portavoces. «El Gobierno no tiene nada que declarar en este momento.»

«¿Qué hay de los mensajes que el capitán Geary transmitió durante la lucha contra los síndicos en Varandal?»

«El Gobierno no va a hacer declaraciones en este momento.»

«¿Qué puede decirnos sobre lo comentado por los prisioneros síndicos de la flotilla que atacó Varandal, según los cuales Black Jack Geary guió a la flota a través del corazón de los Mundos Síndicos y casi destruyó por completo sus fuerzas navales?»

«El Gobierno les proporcionará más detalles cuando tenga más información.»

«El mensaje que lanzó la flota sobre la amenaza que suponen las puertas hipernéticas es motivo de preocupación para la ciudadanía. ¿Puede confirmarnos que el sistema de seguridad descrito en el mismo se ha instalado en Varandal?»

«La puerta hipernética de Varandal no entraña peligro alguno. Por motivos de seguridad, no podemos proporcionarles más detalles.»

«Las observaciones de la puerta hipernética que se han realizado desde aquí revelan que recientemente se ha implantado un nuevo tipo de equipamiento. ¿Puede decirnos algo al respecto?»

«No. La puerta hipernética es segura.»

—¿Por qué el Gobierno no admite lo que todo el mundo sabe ya? —preguntó Geary—. Así lo único que consiguen es parecer idiotas.

—Los gobiernos suelen terminar haciendo el idiota cuando intentan controlar la información. Confío en que no espere que yo defienda su postura esta vez. Dado el número de naves que han salido de Varandal saltando y a través de la hipernet desde su llegada, las noticias deben de estar propagándose a un ritmo vertiginoso. Y eso es una buena noticia —insistió Rione—. La Alianza necesita recuperar la esperanza, y usted es la encarnación de su sueño. No se moleste en fingir que le fastidia. Sabe que es verdad, por muy irracional que a usted le parezca. Por definición, la esperanza entraña irracionalidad.

—Supongo que no puedo quejarme, considerando lo que pretendo proponerle al Gobierno —admitió Geary—. No estoy seguro de que se pueda considerar racional.

—¿Sigue pensando en solicitar que le autoricen a llevar la flota de regreso al sistema estelar nativo síndico?

—Sí, cuando alguien acepte hablar conmigo. —Geary se giró para mirarla—. ¿Cuánto cree que puede tardar en pasar eso?

—Es difícil saberlo —contestó Rione con aire pensativo—. También cabe la posibilidad de que el gran consejo se desplace hasta aquí para reunirse con usted.

—Eso es ridículo.

—No, no lo es. —Rione suspiró con exasperación—. Usted tiene más poder que ellos. Tiene que darse cuenta de que esa es la realidad y, al mismo tiempo, actuar como si no fuera así. Necesitan verlo, oírlo en persona, decidir si supone una amenaza para la Alianza o es una pieza clave en la liberación de la misma. Si el gran consejo viniera aquí, entre los dos podemos convencerlos de que usted no está en su contra, con lo que aprobarán el ataque contra los síndicos. Incluso yo puedo ver que su plan no es algo descabellado. No estaba muy convencida de que el plan de Bloch saliera adelante, pero después de todo el daño que se les ha causado a los síndicos, si no tardan demasiado en aprobar una embestida contra los dirigentes de los Mundos Síndicos, tendremos una oportunidad de decapitar a la bestia. No obstante, tendría que convencerlos pronto y la victoria debería ser rápida. Si les damos tiempo a los síndicos para que reconstruyan su tropa de buques de guerra, preveo que volveremos a quedarnos en un punto muerto hasta que los dos gobiernos caigan.

Geary asintió con la cabeza.

—Es una posibilidad real. ¿Cómo cree que encajarán la noticia de los alienígenas?

—Mal. Pero tenemos pruebas fehacientes. Comprenderán que es ineludible que nos encarguemos tanto de los alienígenas como de los síndicos. No sabemos qué otros cebos podrían tendernos los primeros.

—Los alienígenas han de saber que otra Kalixa les saldría muy caro, y a mí no me importaría hacerles pagar por lo de ese sistema estelar. Haré cuanto esté en mi mano para convencer a nuestros líderes y, luego, derrotaremos a los síndicos para poder ir a hablar seriamente con los alienígenas con el respaldo de la máxima potencia de fuego.

—Si nos guiamos por los últimos acontecimientos, no creo que le cueste demasiado. —Rione se dio media vuelta para marcharse. Cuando abrió la escotilla se topó con Desjani, que estaba llegando. Las dos mujeres se cruzaron sin hacer el más leve gesto y sin intercambiar ningún saludo.

—Capitán Geary. —Desjani se acercó al panel de comunicación y lo activó—. Recordará aquellos mensajes incoherentes con los que yo no quería que se le



molestara. Uno de ellos no cabía duda de que había llegado hacía poco. —Cuando la capitana pulsó el mando de recepción, Geary vio a un almirante que, a pesar de su semblante plácido, no podía ocultar una mirada nerviosa.

—Al habla el almirante Timbale. Este es un mensaje personal para el capitán John Geary. Todo Varandal y, por supuesto, la Alianza se sienten exultantes por su regreso con la flota. Exultantes y... ejem... asombrados. —El almirante miró a un lado apresuradamente.

—Se le ha olvidado el guión —observó Desjani en voz baja.

Geary le dirigió una mirada sardónica.

—¿Y cómo llegó a ver un mensaje personal clasificado para mí?

—Soy la capitana de esta nave —le recordó Desjani—. Eso no me convierte en la diosa del *Intrépido*, pero sí en algo parecido. Le recomiendo que siga escuchando al almirante.

—Deberá permanecer al frente de la flota hasta nueva orden —prosiguió el almirante Timbale—. Por el presente comunicado, aquellos buques de guerra de Varandal que no estuvieran previamente asignados a la flota quedan transferidos a su mando con carácter oficial. —El almirante dejó entrever una sonrisa ansiosa—. Tiene total autoridad, así como la máxima prioridad, para organizar el reabastecimiento y la reparación de sus... de las naves de la flota.

El almirante volvió a titubear por un momento.

—En vista de todas las responsabilidades que tiene en estos momentos, y de las incesantes alertas de ataque inminente que están saltando por todo Varandal, me veo obligado a suspender la visita formal que, en circunstancias normales, le haría a su oficial superior. En cuanto podamos organizar una reunión, se lo haré saber. Hasta entonces, espero que encuentre en Varandal todo cuanto la flota necesite. Timbale, cambio y corto.

Geary se quedó mirando el panel de comunicación, extrañado.

—¿No quiere recibirme?

—Es probable que tenga miedo de hacerlo —supuso Desjani—. Si lo recibiera, podrían acusarlo de conspirar con usted para derrocar el Gobierno. O tal vez tema que usted le pida ayuda para hacerlo. O que se la exija. También, podría ofrecerle apoyo para dar un golpe de Estado y después descubrir que la lealtad de Black Jack a la Alianza no era tan exagerada como tenía entendido. Para él es mucho más seguro evitar verlo y no hablar con usted.

—Demonios. Después de todas las veces que he tenido que reunirme con unos y otros almirantes contra mi voluntad, ahora, cuando de verdad necesito hablar con uno, se niega a recibirme. ¿Es Timbale el almirante más veterano de Varandal?

—Es el único que queda en todo el sistema —explicó Desjani—. Como recordará, las batallas libradas en Atalia y aquí antes de que llegásemos tuvieron

graves consecuencias para los almirantes que comandaban los buques de guerra de la Alianza. Tagos murió en Atalia y Tethys, aquí. Por tanto, ahora solo queda Timbale.

—Tagos, Tethys y Timbale, todos destinados en Varandal —gruñó Geary—. ¿Por qué tengo la sospecha de que el departamento de asignación de personal había vuelto otra vez con sus jueguitos? ¿Siguen haciéndolo?

—Sí. —La capitana entornó los ojos—. Hace años había una nave a la que siempre destinaban oficiales con el mismo apellido. Más de una vez me he jurado que si esta guerra terminaba algún día, de camino a casa me pasaría por el departamento de personal para regalarles un buen puñado de grandes rocas.

—Ese día, cuente conmigo.

Desjani señaló el visualizador.

—Por lo menos se le ha hecho una entrega formal de nuevas naves. Las defensas de Varandal perdieron muchos escoltas, pero ahora tiene dos acorazados más y otro crucero de batalla. La *Impertérrita*, la *Cumplidora* y la *Desmesurada* están hechas polvo, pero así encajarán mejor con el resto de la flota.

—Sí, supongo que sí. Si no puedo hablar con ningún almirante, al menos estas órdenes nos permitirán devolverle la buena forma a la flota lo antes posible. ¿Puedo supervisar las operaciones mediante los sistemas automáticos disponibles?

Desjani negó con la cabeza.

—Hay demasiados gusanos transitando en todas direcciones. Incluso el mero seguimiento de las reparaciones de los buques capitales sería una tarea complicada. E intentar controlar los trabajos que se harán en los destructores, una pesadilla teniendo en cuenta los muchos que hay y el poco tiempo del que disponemos. Aun en el caso de que dispusiera de todos los asistentes automáticos, seguiría necesitando la ayuda de una persona para comprobarlo todo. Le recomendaría que solicitara la colaboración de los oficiales de ingeniería de las auxiliares, pero como el *Intrépido* no va a entrar en combate de forma inminente, puedo enviarle algunos oficiales para que lo ayuden.

—Si no le supone un inconveniente.

—En absoluto, señor —le aseguró Desjani—. A mis oficiales subalternos les encantan los nuevos desafíos. —Las comisuras de la boca le temblaron levemente, pero consiguió reprimir una sonrisa.

—Estoy seguro. Recuerdo que cuando yo era subalterno, también me entusiasmaba con esas cosas. —Geary perdió la mirada entre las estrellas e intentó concentrarse en todo lo que debería hacer en ese momento—. ¿Algo más?

—Hemos podido confirmar que una variante básica del sistema de seguridad de la capitana Crésida se ha instalado ya en la puerta hipernética de este sistema. Ahora se está preparando una versión más sofisticada. No tenemos modo alguno de saber cómo se está recibiendo en otros sistemas estelares el paquete de información que recopiló

Crésida, pero la respuesta inmediata que hemos observado aquí es una buena señal. Los datos sobre el dispositivo de seguridad deberían propagarse a un ritmo exponencial a través de la hipernet, y, por lo que hemos visto en diversas fuentes públicas de este sistema estelar, las imágenes de Lakota están sembrando el pánico entre la población.

—Bien, muy bien. ¿Qué hay de la llave síndica de hipernet?

—Ya no está a bordo del *Intrépido*. Ha sido trasladada a una fábrica de llaves ubicada en el mundo habitable de este sistema. En estos momentos deben de estar duplicándola.

Geary sacudió la cabeza.

—Todavía no puedo creer que hayamos llegado hasta aquí. Aun así, la llave síndica de hipernet nos va a hacer falta.

—Motivo por el cual la vamos a recuperar —añadió Desjani, ganándose inmediatamente la mirada aprobatoria de Geary—. Una vez que se hayan confirmado todos los datos de fabricación, volverán a trasladarla al *Intrépido*. Se estima que tardarán treinta y seis horas en devolverla. Ya no tendremos que seguir manteniendo en secreto el compartimento en el que la guardemos, puesto que la Alianza podrá construir todas las copias que sean necesarias. Sin embargo, conservaremos la original.

—Me alegra oírlo. Creía que tendría que ponerme antipático para recuperar ese cacharro. —Bajó la vista y cobró ánimos para formular la siguiente pregunta—. ¿No hay más mensajes para mí?

—No, señor. Los únicos mensajes que hemos recibido de la *Impertérrita* son actualizaciones de estado oficiales. Señor. —Geary la miró por encima—. Su sobrina nieta necesita tiempo. Tiene muchas cosas a las que amoldarse. Después podrá responder a sus mensajes personales.

Geary cerró los ojos por un momento.

—Tal vez no tengamos mucho tiempo.

—Todo el mundo lo sabe, incluida ella. Recuerde que Michael Geary necesitó varias semanas para asimilar el hecho de que usted siguiera vivo antes de que hablasen por primera vez.

Geary abrió los ojos, pero extravió la mirada entre las estrellas.

—Y, aun así, seguía odiándome.

—¡Eso cambió al final! Usted me lo dijo. He podido acceder a varios mensajes procedentes de la *Impertérrita* que se monitorizaron de diversas formas no autorizadas, y sé que su oficial al mando ha estado poniéndose en contacto con otros oficiales al mando de esta flota. Oficiales que Jane Geary conoce. Oficiales que usted conoce. Le hablarán de su tío abuelo, de quién es en realidad. Dele tiempo y se pondrá en contacto con usted.

—Esos oficiales le dirán que abandoné a su hermano en el sistema estelar nativo síndico y que lo más probable es que esté muerto.

Desjani dio un paso hacia él y endureció su voz.

—Jane Geary es una oficial de la flota. Conoce los riesgos al igual que el resto, los riesgos que todos corremos. Si su hermano hubiera muerto en combate, no podría culparlo a usted.

Geary dejó escapar una risa tan breve como triste.

—Está dando por hecho que mi sobrina nieta aceptará la situación de una forma lógica.

—¡Que las estrellas del firmamento impidan que los Geary actúen con sensatez! —Desjani agitó la cabeza—. Biológicamente usted es más joven que ella, aunque sea su tío abuelo. Usted es la montaña que ha ensombrecido toda su vida. Dele tiempo.

—De acuerdo. No es que no tenga con qué mantenerme ocupado mientras espero.

—Bien. —La capitana miró a su alrededor—. ¿Quiere que traiga a los oficiales subalternos a su camarote para que pueda empezar a coordinar las operaciones de reparación y reabastecimiento? Aquí contamos con el espacio necesario.

—Claro. ¿Cuándo?

—Deme media hora para encontrar a un par de subalternos que puedan hacerse cargo. —Lo escrutó por un instante—. ¿Ya ha rezado a sus ancestros por Jaylen Crésida?

Geary sintió una punzada de culpabilidad. Con todo lo que estaba ocurriendo, nunca encontraba el momento adecuado para elevar una oración, cuando no se le olvidaba por completo.

—No, formalmente no.

—¿Por qué no baja a los compartimentos de culto y ruega por ella mientras espera a que yo vuelva aquí?

A Geary la sugerencia le pareció más bien una orden, pero eso no quería decir que no fuese una buena idea, además de un deber que estaba retrasando demasiado. Era lo mínimo que podía hacer por Jaylen Crésida, en particular, y por todos aquellos tripulantes que habían caído durante el último enfrentamiento.

—Sí, lo haré. —Se encaminó hacia la escotilla junto con la capitana.

Antes de alejarse, Desjani se detuvo frente a él.

—Volveremos de nuevo, ¿verdad?

—En cuanto podamos —afirmó Geary—. Si obtengo la autorización necesaria. —Recordó las palabras de Rione, que resumían la situación perfectamente—: «La victoria deberá ser rápida. De lo contrario, no habrá victoria.»

—Entonces, conseguiremos una victoria rápida.

—Sí, la conseguiremos.

*O moriremos en el intento...*

## Praise for

### THE LOST FLEET: VALIANT

“Fast paced and enjoyable . . . Readers who enjoyed David Weber’s Honor Harrington books, Ian Douglas’s Space Marines, or Walter Hunt’s Dark Wing series should also enjoy this series.”

—*SFRevu*

“The series is military SF, rigorously extrapolated in the classic tradition of hard SF. The laws of physics and the effects of relativity govern the battles and shape the action, while military virtues and ideals like honor and courage shape the conduct and personalities of the more admirable characters . . . Jack Campbell does a good job of fulfilling the requirements of both military SF and hard SF in *The Lost Fleet: Valiant*, and the novel will please fans of both forms.”

—*Sci Fi Weekly*

“Will grip the audience . . . Black Jack is a fascinating hero . . . Fans will appreciate the fourth Lost Fleet tale.”

—*Alternative Worlds*

“Refreshingly well written with no pretensions to be anything more than it is—lively adventure.”

—*Don D’Ammassa, Critical Mass*

“This wonderfully well-plotted story is strongly reminiscent of the old Hornblower novels, featuring exciting and believable battles with the fascinating addition of military tactics. The story brings back the true meaning of romance and captures the spirit of strong men and women facing unimaginable odds with courage and honor. It carries you along on the adventure, and you’re eager to go where it takes you.”

—*Romantic Times*

### THE LOST FLEET: COURAGEOUS

“Definitely recommend[ed] to people . . . [who] thoroughly enjoy military science fiction and probably some people who would just enjoy a good military story.”

—*BookSpot Central*

“It’s almost nonstop action and conflict . . . Jack Campbell does an excellent job with the space battles . . . It’s a hall-mark of his talent in this arena that he can coordinate such large battles and make them both exciting and coherent, so that even someone without a military background of [his] own can follow and enjoy the action . . . The *Lost Fleet* is some of the best military science fiction on the shelves to-day, and *Courageous* doesn’t disappoint in the least. I’ll eagerly be awaiting the next installment in the series.”

—*SF Site*

### **THE LOST FLEET: FEARLESS**

“Straightforward, solidly written military space opera . . . It’s all good fun, and Campbell has actually given some thought to the problems of combat in space.”

—*Don D’Ammassa, Critical Mass*

“Another satisfying [Campbell] cocktail to slake the thirst of fans who like their space operas with a refreshing moral and intellectual chaser . . . The *Lost Fleet* deserves to find a home on your bookshelf.”

—*SF Reviews.net*

“A great and gripping read. It’s a fast-paced roller coaster of action and intrigue, with realistic characters and situations.”

—*TCM Reviews*

### **THE LOST FLEET: DAUNTLESS**

“A rousing adventure.”

—*William C. Dietz*

“Jack Campbell’s dazzling new series is military science fiction at its best. Not only does he tell a yarn of great adventure and action, but he also develops the characters with satisfying depth. I thoroughly enjoyed this rip-roaring read, and I can hardly wait for the next book.”

—*Catherine Asaro, Nebula Award-winning author of *Diamond Star**

“Black Jack Geary is very real, very human, and so compelling he’ll leave you wanting more. Jack Campbell knows fleet actions, and it shows . . . [*The Lost Fleet: Dauntless* is] the best novel of its type that I’ve read.”

—*David Sherman, coauthor of the Starfist series*

“A slam-bang good read that kept me up at night . . . a solid, thoughtful, and exciting novel loaded with edge-of-your-seat combat.”

—*Elizabeth Moon, Nebula Award-winning author of Victory Conditions*

“[*Dauntless*] should please many fans of old-fashioned hard SF.”

—*Sci Fi Weekly*

“Readers will admire and like [Geary], who believes in honor, teamwork, and civilized behavior . . . This is a hardmilitary -science novel with space battles out of *Star Wars*. The battle scenes are so intricately described that readers will be able to visualize them . . . A fast-paced but intricate story line and fully developed characters turn this novel into a fun reading experience. Fans of David Weber, Elizabeth Moon, and Peter F. Hamilton will find *The Lost Fleet: Dauntless* thoroughly enjoyable.”

—*SFRevu*

To Doug Tillyer (aka “Hellfire”),  
a man who loved books, ideas,  
and people, who brightened many a convention  
and panel with his remarks,  
and who left his wife and the rest of us  
far too soon and will be deeply missed.

For S., as always.



# ACKNOWLEDGMENTS

>I remain indebted to my agent, Joshua Bilmes, for his ever-inspired suggestions and assistance; to my editor, Anne Sowards, for her support and editing; and to Cameron Dufty at Ace, for her help and assistance. Thanks also to Catherine Asaro, Robert Chase, J. G. (Huck) Huckenpohler, Simcha Kuritzky, Michael LaViolette, Aly Parsons, Bud Sparhawk, and Constance A. Warner, for their suggestions, comments, and recommendations. Thanks also to Charles Petit, for his suggestions about space engagements.

# THE ALLIANCE FLEET

CAPTAIN JOHN GEARY,  
Commanding (acting)

As reorganized following the losses suffered immediately prior to Captain Geary assuming command in the Syndic home system.

Ship names in bold are those lost in action, with the name of the star system of their loss given afterward.

## SECOND BATTLESHIP DIVISION

*Gallant*  
*Indomitable*  
*Glorious*  
*Magnificent*

## FOURTH BATTLESHIP DIVISION

**Warrior** (lost at Lakota II)  
**Triumph** (lost at Vidha)  
*Vengeance*  
*Revenge*

## THIRD BATTLESHIP DIVISION

**Paladin** (lost at Lakota)  
*Orion*  
**Majestic** (lost at Lakota II)  
*Conqueror*

## FIFTH BATTLESHIP DIVISION

*Fearless*  
*Resolution*  
*Redoubtable*  
*Warspite*

SEVENTH BATTLESHIP DIVISION

*Indefatigable* (lost at Lakota)

*Audacious* (lost at Lakota)

*Defiant* (lost at Lakota)

TENTH BATTLESHIP DIVISION

*Colossus*

*Amazon*

*Spartan*

*Guardian*

FIRST BATTLE CRUISER DIVISION

*Courageous*

*Formidable*

*Intrepid*

*Renown* (lost at Lakota)

FOURTH BATTLE CRUISER DIVISION

*Dauntless* (flagship)

*Daring*

*Terrible* (lost at Ilion)

*Victorious*

SIXTH BATTLE CRUISER DIVISION

*Polaris* (lost at Vidha)

*Vanguard* (lost at Vidha)

*Illustrious*

*Incredible*

EIGHTH BATTLESHIP DIVISION

*Relentless*

*Reprisal*

*Superb*

*Splendid*

FIRST SCOUT BATTLESHIP DIVISION

***Arrogant*** (lost at Kaliban)

*Exemplar*

***Braveheart*** (lost at Cavalos)

SECOND BATTLE CRUISER DIVISION

*Leviathan*

*Dragon*

*Steadfast*

*Valiant*

FIFTH BATTLE CRUISER DIVISION

***Invincible*** (lost at Ilion)

***Repulse*** (lost in Syndic home system)

*Furious*

*Implacable*

SEVENTH BATTLE CRUISER DIVISION

***Opportune*** (lost at Cavalos)

*Brilliant*

*Inspire*

THIRD FAST FLEET AUXILIARIES DIVISION

*Titan*

*Witch*

*Jinn*

*Goblin*

THIRTY-SEVEN SURVIVING HEAVY CRUISERS IN SEVEN DIVISIONS

*First Heavy Cruiser Division*

*Third Heavy Cruiser Division*

*Fourth Heavy Cruiser Division*

*Fifth Heavy Cruiser Division*

*Seventh Heavy Cruiser Division*

*Eighth Heavy Cruiser Division*  
*Tenth Heavy Cruiser Division*  
minus  
***Invidious*** (lost at Kaliban)  
***Cuirass*** (lost at Sutrah)  
***Crest, War-Coat, Ram, and Citadel*** (lost at Vidha)  
***Basinet and Sallet*** (lost at Lakota)  
***Utap, Vambrace, and Fascine*** (lost at Lakota II)  
***Armet and Gusoku*** (lost at Cavalos)

#### SIXTY-TWO SURVIVING LIGHT CRUISERS IN TEN SQUADRONS

*First Light Cruiser Squadron*  
*Second Light Cruiser Squadron*  
*Third Light Cruiser Squadron*  
*Fifth Light Cruiser Squadron*  
*Sixth Light Cruiser Squadron*  
*Eighth Light Cruiser Squadron*  
*Ninth Light Cruiser Squadron Tenth Light Cruiser Squadron*  
*Eleventh Light Cruiser Squadron*  
*Fourteenth Light Cruiser Squadron*  
minus  
***Swift*** (lost at Kaliban)  
***Pommel, Sling, Bolo, and Staff*** (lost at Vidha)  
***Spur, Damascene, and Swept-Guard*** (lost at Lakota)  
***Brigandine, Carte, and Ote*** (lost at Lakota II)  
***Kote and Cercle*** (lost at Cavalos)

#### ONE HUNDRED EIGHTY-THREE SURVIVING DESTROYERS IN TWENTY SQUADRONS

*First Destroyer Squadron*  
*Second Destroyer Squadron*  
*Third Destroyer Squadron*  
*Fourth Destroyer Squadron*  
*Sixth Destroyer Squadron*  
*Seventh Destroyer Squadron*  
*Ninth Destroyer Squadron*  
*Tenth Destroyer Squadron*  
*Twelfth Destroyer Squadron*

*Fourteenth Destroyer Squadron*  
*Sixteenth Destroyer Squadron*  
*Seventeenth Destroyer Squadron*  
*Twentieth Destroyer Squadron*  
*Twenty-first Destroyer Squadron*  
*Twenty-third Destroyer Squadron*  
*Twenty-fifth Destroyer Squadron*  
*Twenty-seventh Destroyer Squadron*  
*Twenty-eighth Destroyer Squadron*  
*Thirtieth Destroyer Squadron*  
*Thirty-second Destroyer Squadron*  
minus

***Dagger*** and ***Venom*** (lost at Kaliban)

***Anelace***, ***Baselard***, and ***Mace*** (lost at Sutrah)

***Celt***, ***Akhu***, ***Sickle***, ***Leaf***, ***Bolt***, ***Sabot***, ***Flint***, ***Needle***, ***Dart***,

***Sting***, ***Limpet***, and ***Cudgel*** (lost at Vidha)

***Falcata*** (lost at Ilion)

***War-Hammer***, ***Prasa***, ***Talwar***, and ***Xiphos*** (lost at Lakota)

***Armlet***, ***Flanconade***, ***Kukri***, ***Hastarii***, ***Petard***, and ***Spiculum*** (lost at Lakota II)

***Flail***, ***Ndziga***, ***Tabar***, ***Cestus***, and ***Balta*** (lost at Cavalos)

## SECOND FLEET MARINE FORCE

Colonel Carabali commanding (acting)

Originally 1,560 Marines divided into detachments on battle cruisers and battleships. Approximately 1,200 surviving following losses in ground actions and on destroyed warships.

# ONE

THE structure of the Alliance heavy cruiser *Merlon* shuddered again and again as hell lances fired by Syndicate Worlds warships ripped into and through her. Commander John Geary grabbed for support as a volley of Syndic grapeshot struck *Merlon's* port side, the impacts of the solid metal balls vaporizing part of the hull. Wiping a hand across his eyes to clear away sweat, Geary blinked through the fumes the overloaded and failing life-support systems couldn't clear out of the atmosphere left inside the ship. His first real combat action might also turn out to be his last. *Merlon* tumbled helplessly through space, unable to control her motion, and the final hell lance still working on the Alliance warship went silent as more enemy fire ripped into her.

There wasn't anything else he could do. It was time to go.

Geary cursed as he got the emergency destruct panel open and punched in the authorization code. Another volley of hell lances sliced into *Merlon*, and more indicator lights on the bridge went out or shifted to blinking damage status. Geary pulled on his survival suit helmet, knowing that he had only ten minutes before the power core overloaded and *Merlon* exploded. But Geary paused before he left the bridge. He'd ordered the remaining members of the crew off once it was clear that he alone could handle the few operational weapons and the final act of self-destruction. He'd bought all the time he could for his crew to get clear.

But *Merlon* had been his ship, and he hated to leave her to her death.

Another rumble and *Merlon's* out-of-control tumble rolled sideways and up as more Syndic grapeshot slammed into her, the passageways around Geary rotating dizzily, bulkheads thrusting suddenly toward him, then away, sometimes slamming painfully into him. His search became more desperate as he kept passing escape-pod berths either empty or with mangled remnants of their rescue craft still wedged in place.

He finally found one with a yellow status light, indicating damage, but he had no choice. Inside, seal the hatch, strap in, slap the eject control, feel the force of the acceleration pin him to the seat as the escape pod tore away from *Merlon's* death throes.

The pod's propulsion cut off, much earlier than it should have. No communications. No maneuvering controls. Environmental systems degraded. Geary's seat reclined automatically as the pod prepared to put him into survival sleep, a frozen state where his body could rest safely until his escape pod was recovered. As Geary's consciousness faded, his eyes on the blinking damage lights of the escape pod as they winked out into dormant status, he knew that someone would come looking for him. The Alliance fleet would repel the Syndic surprise attacks,

reestablish control of the space around the star Grendel, and search for survivors from *Merlon*. He'd be picked up in no time.

He opened his eyes on a blur of lights and shapes, his body feeling as if it were filled with ice and his thoughts coming slowly and with difficulty. People were talking. He tried to make out the words as the blurry shapes began to resolve themselves into men and women in uniform. One man with a big, confident voice was speaking. "It's really him? You've confirmed it?"

"DNA match with fleet records is perfect," another voice said. "This is Captain Geary. He's been badly physically stressed by the duration of his survival sleep. It's a miracle he came through this well. It's a miracle he came through at all."

"Of course it was a miracle!" the big voice boomed. A face leaned close, and Geary blinked to focus, making out a uniform that was the color of the Alliance fleet but otherwise different in details. The man beaming at him bore the stars of an admiral, but Geary didn't recognize him. "Captain Geary?"

"C . . . C . . . Com . . . man . . . der . . . Geary," he finally managed to reply.

"*Captain* Geary!" the admiral insisted. "You were promoted!"

Promoted? Why? How long had he been out? Where was he?

"What . . . ship?" Geary gasped, looking around. From the size of the sick bay, this ship was much larger than *Merlon*.

The admiral smiled. "You're aboard the battle cruiser *Dauntless*, flagship of the Alliance fleet!"

Nothing made sense. There wasn't any battle cruiser in the Alliance fleet named *Dauntless*. "Crew . . . my . . . crew?" Geary managed to say.

The admiral frowned and stepped back, motioning forward a woman who wore captain's insignia. Geary's gaze left the woman's face, unsettled by her expression of awe and distracted by the number of combat-action ribbons on the left breast of her uniform. Dozens of them, but that was ridiculous. Topping her rows of ribbons was the one for the Alliance Fleet Cross. He couldn't even remember the last time one of those had been awarded. "I'm Captain Desjani," the woman said, "commanding officer of *Dauntless* . I regret to inform you that the last surviving member of the crew of your heavy cruiser died about forty-five years ago."

Geary stared. Forty-five years? "How . . . long?"

"Captain Geary, you were in survival sleep for ninety-nine years, eleven months, and twenty-three days. Only the fact that the pod had a single occupant enabled it to keep you alive so long." She made a spiritual gesture he recognized. "By the grace of our ancestors and the mercy of the living stars you lived, and you have returned."

One hundred years? A wave of shock rode through Geary's slow-moving thoughts as he tried to absorb the news, not even trying to grasp why the woman had apparently seen some religious significance in his survival.



The bad news having been delivered by someone else, the admiral leaned forward again with another big smile. “Yes, Black Jack, you have returned!”

He’d never liked the Black Jack nickname. But if Geary managed to show his reaction, the admiral didn’t notice it, speaking as if he was giving a speech. “Black Jack Geary, back from the dead, just as predicted in the legends, to help the Alliance win its greatest victory and finally put an end to this war with the Syndics!”

Returned? Legends? The war was still going on after a century?

Everyone he had known must be dead.

Who were these people and who did they think he was?

JOHN Geary bolted awake in his stateroom aboard *Dauntless*, gazing up at the overhead, breathing heavily and sweating even though his insides felt a lingering memory of the ice that had once filled him. It had been a while since he’d had flashbacks to the last moments of *Merlon* and his awakening aboard *Dauntless* a century later. He sat up, kneading his forehead with one hand while he tried to calm his breathing. Around him loomed the darkened outlines of his stateroom.

The admiral with the big voice had died in the Syndicate Worlds’ home star system after his plan to win the war had turned out to be an ambush by the Syndics. A lot of other people and Alliance warships had died with him. The survivors had turned to the legendary Black Jack Geary to save them, and despite Geary’s abhorrence of the impossibly heroic figure that legends claimed Black Jack had been, he’d been forced to assume command of the fleet. After all, his commissioning date to captain had been almost a century earlier, and no other surviving officer in the fleet had anywhere near that much seniority. A number of them had doubted he could do it, doubted that he was truly the hero out of legend, but even though Geary privately shared those doubts, he’d known that he had to try.

And so far he’d done what seemed impossible. He’d brought the Alliance fleet back through Syndic space, a long, fighting retreat using every skill he’d learned a century ago, skills lost to the fleet in the decades of bloodbath the war had become after *Merlon*’s destruction.

His eyes went to the star display floating over the table in his stateroom. He’d left it active when he went to sleep, centered on the star Dilawa. Still inside Syndic space, but only three more jumps away from reaching safety in Alliance space. He was so close to saving those who had believed he could save them. But the fleet was still inside enemy territory, still had to fight its way past the Syndic flotilla that would surely be waiting at the end of one of those jumps, and the loss of the *Merlon* had come back to haunt him.

Geary exhaled wearily, then dug in a drawer for a ration bar. He eyed the bar dubiously. Like most of the food left in the fleet, the bar had come from Syndic

stockpiles abandoned in place when marginal star systems had been deserted after the introduction of the hypernet. It was food even the Syndics didn't think worth hauling away. While no doubt long past its expiration date, the bar and the other food they'd picked up had been frozen in airless vacuum since abandonment and technically remained edible.

The bar had a propaganda wrapper featuring impossibly heroic-looking Syndic ground troops marching from left to right. He tore the wrapper open, trying to avoid reading the ingredients, then started biting off and swallowing chunks of it. Despite his best efforts to avoid tasting the thing, he still ended up wincing at the flavor. Sailors in the Alliance fleet often complained about the food they got, but one of the few virtues of these Syndic supplies was that (aside from keeping you alive) they also made the Alliance rations taste wonderful by comparison.

And, as the ancient joke went, not only was the food terrible but there wasn't enough of it. The bar sat like a lead ball in Geary's stomach, but that wasn't why he didn't get another. A fleet cut off from resupply and trapped in enemy territory had to get by on short rations. He wouldn't eat better than his sailors. Though considering the quality of the Syndic food, "better" probably wasn't the right term.

His comm panel buzzed urgently, and Geary hit the acknowledge button.

"Captain Geary, enemy ships have arrived at the jump point from Cavalos."

He slapped another control, and the star display winked out, to be replaced with a display showing just the Dilawa Star System and the ships within it. There hadn't been much in the way of Syndicate Worlds' warships left in the Cavalos Star System when the Alliance fleet departed, unless you counted the wreckage of the Syndic warships that orbited Cavalos in slowly spreading clouds of debris.

But there were plenty more Syndic warships hunting Geary's fleet, and the Alliance fleet was increasingly feeling the strain of the long retreat through Syndic space. Not all of the wreckage left at Cavalos had belonged to Syndic warships. The Alliance battle cruiser *Opportune*, the scout battleship *Braveheart*, and nine Alliance cruisers and destroyers had also been lost in the battle there, some torn apart in the battle and some blown to pieces on Geary's orders because they had been too badly damaged to keep up with the retreating fleet.

The pressure was wearing on him as well. His mind kept dwelling on the losses suffered thus far by the Alliance fleet, which was probably why he was getting post-traumatic-stress flashbacks again.

With an effort, he focused on what was happening now. "Only one HuK and two nickel corvettes," Geary commented.

"That's right," Captain Desjani replied, her image popping up next to the display. She was on the bridge, of course, watching over her ship. "Too bad they're almost three light-hours away. *Dauntless's* hell-lance crews would enjoy the target practice."

“Not that your hell-lance crews need target practice, Tanya,” Geary agreed, his remark earning him a proud grin from Desjani. As she’d noted, the jump point was three light-hours distant from where the Alliance fleet was located deeper inside the star system, which meant the images he was seeing of the Syndic warships were three hours old. “No one’s following them in. They must be scouts.”

“Agreed. We expect to see one of the nickels brake to stay near the jump point. The other nickel and the Hunter-Killer should accelerate toward the jump points for Kalixa and Heradao.” She paused. “This is the first time I’ve seen a nickel corvette outside a Syndic-occupied star system. Those things are so obsolete I’m surprised they risk them in jump space.”

So obsolete, in fact, that nickel corvettes had been operating a hundred years ago, back when they’d been given that nickname by the Alliance because they were seen as cheap and easily expended in battle. Back when the war began. Images from his flashback returned, of nickel corvettes making firing runs on *Merlon*.

“Sir?” Desjani asked.

Geary shook his head, startled to realize he’d let his mind drift like that. “Sorry.”

Only Geary might have been able to see the concern in the look Desjani gave him, but she went on speaking as if everything was routine. “The first nickel corvette may jump back for Cavalos in a little while to let them know we’re still here.” Her expression shifted, now professionally unrevealing. “Since we are still here.”

“We need everything we can salvage from the materiel the Syndics left behind when they pulled the last people out of this star system decades ago,” Geary replied, trying not to speak angrily in response to Desjani’s prodding.

“We’ve lifted all of the abandoned food already.” Desjani made a face. “If I can use the term ‘food’ loosely. The fleet is still going to have to reduce rations again to stretch out what food we’ve got left.” She shrugged. “That’s one good thing about the slop we’re getting from the cast-off Syndic stockpiles. No one really wants to eat a lot of it, so shortening the rations doesn’t bother the crews as much as it would if the food were edible.”

“I guess there’s a bright side to everything.” Geary smiled briefly as he rechecked the information on the raw minerals being loaded into the bunkers on the fleet’s auxiliaries, then realized that Desjani had first made her point about the need for the fleet to move and then deliberately changed the subject to defuse his resentment.

*I shouldn’t be angry. It’s a legitimate concern for every commanding officer in this fleet. When are we leaving Dilawa, and where are we going? We’ve been here for almost a day and a half, and that’s probably at least one day too long.*

There weren’t any good reasons for staying at Dilawa. A star without any habitable worlds orbiting it, Dilawa had once boasted only a small human presence, perhaps several thousand judging from the facilities the Syndics had left behind.

Those humans had been here because the old faster-than-light system jump drives could only take ships from star to nearby star, requiring ships to pass through every star system on the way to their objectives. The hypernet had changed that, allowing ships to go from any gate in the net directly to any other gate, leaving the human presence in many unexceptional star systems to dwindle gradually as the interstellar traffic bypassed them.

But those old jump drives were getting his fleet home, one star system at a time, and the hypernet had proved to be a threat to the very existence of humanity. *Dauntless* was also carrying a Syndic hypernet key, which could provide a decisive advantage to the Alliance if it could be safely delivered into Alliance space. If he didn't get the fleet home, that key and the knowledge of the threat posed by the hypernet would be lost along with the warships and their crews. The costs of failure seemed higher every time he thought about them. "Let me know if anything changes," he asked Desjani.

"Yes, sir." Desjani's image disappeared, but not before her expression and her tone somehow conveyed the message that something needed to be changing and wasn't.

He sat there, the star display centered on Dilawa once again floating above the table before him. No matter how long he stared at it, though, the display refused to perform like a crystal ball and offer answers from its depths to the questions he had to resolve.

Primarily, where to go from Dilawa.

*Just make up your mind*, Geary told himself. He'd done it many times already during the fleet's long retreat through enemy space. It shouldn't have been that hard a decision. There weren't that many jumps left before the fleet reached a Syndicate Worlds' border star system from which it could jump back to Alliance space. It should be easy, with safety so close. Instead it felt harder every time he approached the decision. He kept hesitating, each possible choice running hard into visions of what had gone wrong at Lakota and the losses suffered at Cavalos. And now memories from the destruction of *Merlon* were adding to the mix.

He'd considered asking Victoria Rione, Co-President of the Callas Republic and a member of the Alliance Senate, for her opinion. But the Alliance politician had refused to offer advice of that nature for some time. Outwardly, Rione claimed it was because she'd been wrong so many times in what she wanted the fleet to do. If there was another agenda driving Rione in the matter, he wasn't sure what it was. Though for a while they'd been off-and-on lovers in the physical sense, Rione had kept much of herself hidden from him even during that phase of their relationship, before they both ended it.

In any event, he'd seen little of her in the last couple of days. "I need to

concentrate on employing my informants throughout this fleet,” she’d told him. “We need to find which Alliance officers have escalated their opposition to your command of the fleet to the point of employing malicious worms in the fleet’s operating systems.” Since those worms had once nearly caused the destruction of some of the fleet’s ships, Geary couldn’t argue with her priorities.

There were others he could ask. Intelligent, reliable, and thoughtful officers like Captain Duellos of the *Courageous*, Captain Tulev of the *Leviathan*, and Captain Cresida of the *Furious*.

But Geary sat alone and eyed his star display, feeling a strange reluctance to seek advice, despite knowing that further delay could be fatal.

His hatch alert chimed, identifying the person seeking entry as Captain Desjani. He authorized entry, wondering what could have brought her here. Given the widespread rumors about his being involved with Desjani, she didn’t come to his stateroom very often.

The truth was that they were involved, though neither would, in any way, speak of or act on the feelings they hadn’t sought. Not while he was fleet commander and she was in his chain of command.

“Has something happened?” he asked.

Desjani nodded toward the star display. “I wanted to talk with you privately about your future operational plans, sir.”

That should have been welcome, because he knew how well Desjani could handle a tactical situation, but this was an operational decision. Or so Geary told himself, wondering why he was reluctant to hear what she had to say. But how could he put her off? Admitting uncertainty would only justify Desjani’s request to discuss the matter. “All right.”

She walked in, seeming unusually distant, then stood before the star display, not directly facing Geary. “You seemed a little off earlier, sir.”

“Bad dream.” Desjani looked his way with a wordless question, and Geary shrugged. “About my old ship, and waking up and everything.”

“Oh.” Desjani’s eyes went back to the star display. “We were so caught up in finding you that we didn’t realize how badly shaken you were. I’ve often wished we’d handled it differently, telling you how long it had been, the fate of your crew. I must have sounded very callous.”

“I don’t think there was any good way to tell me all of that, and no, you didn’t strike me as callous. It was obvious you knew I had to be told, and no one else was going to do it.”

“Certainly not Admiral Bloch,” Desjani agreed. “I’ve often wondered what your first impressions of me were.”

He grimaced, trying to remember. “I wasn’t thinking clearly at all. There was so

much. I remember wondering how you could possibly have accumulated so many battle ribbons. And the Fleet Cross. How did you earn that, anyway?"

Desjani sighed. "At Fingal. I was just a lieutenant on the old *Buckler*. We'd fought until the ship was a wreck, and the Syndics boarded."

"What did you do?"

"I helped fight them off." Her gaze lifted, focused somewhere else.

"Any actions worthy of the Fleet Cross must have been a great deal more than 'helped fight them off,'" Geary commented.

"I did my duty." She fell silent for a moment.

Geary respected Desjani's right to tell that story where and when she wanted. There might be a lot of trauma behind the events that had led to the medal. He watched her, surprised by the topics she'd brought up. "Did you come down here just to talk about those things?"

"Not just that." She paused and took a deep breath. "I'm aware that you don't usually discuss your plans in advance," Desjani began in much more formal tones.

"Sometimes I do," Geary admitted.

She waited, but when he didn't say anything else, didn't offer his thoughts on what he intended, Desjani's brow lowered slightly. Her voice still didn't betray any emotion, however. "I've been reviewing the information we have on Syndic star systems we can reach from Dilawa. I assume you intend going to Heradao Star System, but you haven't yet communicated that intention even though the fleet needs to leave this star system."

If he'd heard right, that was one of the closest things to a rebuke that he'd ever gotten from Desjani. Geary frowned a bit. "I haven't decided on our next destination." There. He'd said it.

Desjani waited again for him to elaborate, then spoke firmly. "The other star systems accessible from here are back to Cavalos, which wouldn't accomplish anything but getting us farther from home, Topira, which leads down and back into Syndic space, Jundeen, which is isolated and would offer no destinations within jump range except back here, and Kalixa, which has a Syndic hypernet gate. Heradao is the only reasonable objective given the threat posed by that hypernet gate at Kalixa and the lack of advantages in going to Cavalos, Topira, or Jundeen."

"I'm already aware of the situations in all of the star systems we can reach from here," Geary replied. "Is there anything else?"

She gave him a hard look, apparently ignoring his implied dismissal. "Some of the Syndic records we captured at Sancere indicate there are Alliance prisoners of war in a labor camp at Heradao."

"I'm aware of that as well."

"Captain Geary," Desjani said in a low voice, "I am a fleet officer and the

commanding officer of your flagship, and both of those positions require that I communicate my opinions and advice when I deem it necessary.”

Geary nodded. “I don’t deny that. You’ve given me your opinion. Thank you. There are a lot of other factors for me to consider.”

“Such as?”

He stared at her, startled by the abrupt question. “I’m still . . . formulating them in my own mind.”

“Perhaps I can help.”

A wall of resistance rose in Geary, though he didn’t understand why. “I appreciate the offer, but I’m not ready to discuss options yet. There are advantages and disadvantages to all possible star systems we can reach from here.”

“Captain Geary, it’s not like you to avoid making a decision.”

His frown returned, deeper this time. “I’m not avoiding making a decision, and this conversation isn’t helping things. Is there anything else?” he repeated.

“What about the Alliance prisoners of war at Heradao?” Desjani asked, her tone getting more clipped.

“For one thing,” Geary replied, getting aggravated himself, “we don’t know that they’re still at Heradao. The Syndic records we’ve acquired are all old. That POW camp might have been relocated a long time ago. For another thing, the Syndics will know that the presence of Alliance POWs in the system will increase the chance that this fleet will go there, and that means they could be laying a trap in Heradao right now.”

Desjani stood silently, her breathing unusually controlled, then finally spoke. “How would the Syndics know that we knew a POW camp was at Heradao? They don’t know what Syndic records we’ve picked up.”

That was a legitimate question, but for some reason it made Geary even more irritated. “You know full well that I’m willing to take reasonable risks to rescue Alliance POWs.”

“Yes, sir.”

No matter the literal meaning of the words, Geary had learned that a simple *yes, sir* from Desjani meant that she was unhappy, that she was disagreeing with something. “I’m not at all certain that the advantages of going to Heradao outweigh the risks,” Geary added, growing aggravation giving extra warmth to his words.

“Sir, I must *respectfully* point out that there are risks no matter where we go, and the longer we linger here, the worse those risks will become.”

Geary heard her tone and felt his jaw tighten. “And I must *respectfully* point out that I, not you, have responsibility for the survival of this fleet.”

“I’ll try to keep that in mind, sir,” Desjani stated crisply.

Geary glowered at her. “You know, that sort of attitude and this conversation

aren't exactly making my life easier."

She turned slightly to face Geary and glowered right back. "Not to be too blunt about it, but at the moment the question of how easy your life happens to be is rather far down the list of priorities. That's true of a ship's commanding officer, and it's even more true of the fleet commander. I repeat that I have a duty to give the best advice I can to the commander of this fleet, and I will damned well do so even if he chooses to disregard it."

"Fine." Geary made a sharp wave at the star display. "What's your advice?"

"I told you. Go to Heradao."

"And I told you that I've already considered that."

She waited for him to continue, then shook her head. "You're afraid. I've seen it growing since Lakota and Cavalos."

Geary stared at Desjani, shocked to hear those words from her. "Is that advice supposed to be helping me? Why are you talking like Numos or Faresa?"

Desjani's face reddened alarmingly. "Don't you dare compare me to those individuals! *Sir*."

Geary tamped down his own temper and swallowed a biting response. She had a right to be upset. He never should have even implied Desjani was like those two officers. She wasn't political, she'd never questioned his status as commander of the fleet, and she was a fine commanding officer of her ship. All of which made her totally different from under-arrest Captain Numos and now-dead Captain Faresa. "My apologies," Geary said in a stiffly proper voice. "Why did you accuse me of being afraid?"

"I didn't *accuse* you." Desjani made a visible effort to control her own anger. "I'm not trying to establish which of us was conceived with the bigger gonads. But in talking with you and observing you, I have seen subtle changes, which have increased since Cavalos." She nodded abruptly toward the star display. "Ever since assuming command of this fleet, you've used a mix of cautious and bold actions to keep the enemy off-balance and win victories. I think you depend on your instincts for when to proceed boldly or cautiously, because neither I nor anyone else has been able to identify a pattern. But I can see a pattern now in you, and it tells me that you're afraid."

If anyone but Desjani were telling him this . . . If Rione were saying it, or one of his known opponents in the fleet . . . But it was Desjani. He'd had no firmer ally than her, no more reliable and capable supporter since assuming command of the fleet. She believed in him, originally because Desjani was one of those who thought the living stars themselves had sent him back to save the fleet and the Alliance, but now also because of what she said she'd seen in him. If he didn't listen to Desjani, he'd be a fool. Geary took a couple of calming breaths. "What pattern?"



She seemed to have calmed as well, speaking determinedly but without heat. “I’ve tried to see things through your eyes as the fleet commander. In the Syndic home star system and afterward, the odds of this fleet getting home seemed very small. Risks were easier to take because every possible course of action held serious threats. Caution often didn’t make sense because boldness was necessary, and the obvious result of too much caution would have been the destruction of the fleet. But we’re close to home now.” She pointed at the representation of Dilawa, then swung her hand to indicate Alliance space. “So close. And now risks *seem* more dangerous, because we’ve made it this far, against all odds, and you’re looking at that and the small distance left to Alliance space and thinking how awful it would be to get the fleet this close and have it destroyed *now* because you made a serious error.”

“I have made serious errors,” Geary stated heavily. “Such as taking this fleet to Lakota—”

“Which was a calculated risk, and in the end it worked! And taking us to Cavalos was a risk because we might encounter the Syndics there, and we did meet them, and we beat them.” Desjani clenched one fist and kept her eyes fixed on his. “The losses we took at Lakota and Cavalos were the worst since you assumed command. That wasn’t your fault. Any other commander I know of would have lost a lot more ships in those battles, and would have lost the battles for that matter. Those losses weren’t in vain. We’ve hurt the Syndics badly, and we’re close to home.”

The words finally came out from deep inside him. “The ships we lost at Lakota and Cavalos won’t reach home, and neither will most of their crews.”

“They died so their comrades would make it! Don’t negate their sacrifices by becoming so fearful of more losses that you end up losing all! The time for risks is not past. I can understand how you fear failing now, after bringing the fleet this far, but we are still in enemy territory, and excess caution carries a great danger in itself. You can’t win unless you try to win, but you can lose by trying not to lose.”

She had a point. Had fear of failure after succeeding this far caused him to shy away from the sorts of risks he knew had to be taken to win, to survive? Geary gazed at the star display, trying to sort out his feelings and his thinking. “Do I follow my instincts or not?” he finally said, as much to himself as to Desjani.

“What are your instincts actually telling you?” she asked.

“The consequences of getting caught in a bad position again—”

“Those are your *fears*. What are your instincts saying?”

Geary met her eyes again, realizing she was right. “Heradao.”

“Then follow them,” Desjani urged.

He exhaled heavily, pointing to where the fleet’s status was displayed. “Dammit, Tanya, you know the state of the fleet as well as I do. We’ve only got twenty battleships left, even if we count in *Orion*, and *Orion* appears determined to see how

long it can possibly take to repair battle damage. There are only sixteen battle cruisers remaining in the fleet, and of those, *Courageous*, *Incredible*, *Illustrious*, and *Brilliant* are barely combat-capable after the damage they sustained at Cavalos. The scout battleship division is down to one surviving ship, there are exactly forty-one specter missiles and fifteen mines left in the entire fleet, and every cruiser and destroyer in the fleet has at least one weapons system jury-rigged to keep functioning despite battle damage. *And* fuel-cell reserves on the fleet's warships are down to an average of only fifty-two percent. That's no way to go into a battle."

Instead of answering immediately, Desjani reached over and highlighted the status of the four fleet auxiliaries. "I know you've already checked this. *Goblin*, *Jinn*, *Witch*, and *Titan* are working all out to manufacture what this fleet needs to keep going. But from the beginning their efforts haven't been enough to gain ground on our logistics situation while we were facing constant threats inside Syndic territory. Even with all the risks we've taken to keep those auxiliaries supplied with the raw materials they need, they simply don't have the manufacturing capacity to keep up with this fleet's combat consumption of fuel cells and expendable weaponry. Not with all of the maneuvering that your tactics demand."

He couldn't deny that. "You're right. I've already checked that."

"So you already know that, until we get back to Alliance space, it's not going to get better." Desjani hammered home. "The fuel-cell situation is at the point where the auxiliaries have to devote everything they can to making new ones, meaning they can't manufacture new missiles. They can give us new grapeshot, and stocks of that are rising to acceptable levels right now. But the missile and mine situation will not improve, and until we make it home, we're going to keep using fuel cells faster than we can make them. There won't be a better time to fight the Syndics than Heradao. We're low on everything, and we do have accumulated battle damage, but they've taken terrible losses. Given time, the enemy will recover faster than we can inside their own territory."

He looked at the star display again, his eyes going from Heradao across the light-years to Alliance space.

Desjani watched him for a few moments, then spoke again, her voice softer. "You're also worried about what happens when the fleet gets home, aren't you?"

Geary shifted his gaze, his eyes locking on her again, as Desjani continued.

"You're worried about facing a place you knew as home a hundred years ago and all the changes since then." Desjani nodded toward the region of Alliance space. "Most importantly, you're much more worried about what most of this fleet expects you to do once we get home."

Did he have no secrets from this woman? Had he ever actually discussed those things with her in those terms? Geary shook his head, though not in denial of her

words. “I won’t do it, Tanya. I don’t care if most of the fleet, and most of the citizens of the Alliance for that matter, want the great, legendary Black Jack Geary to ride in on a white horse and toss out the elected leaders of the Alliance. I won’t destroy what makes the Alliance worth fighting for in the name of defending the Alliance. But a lot of people are expecting that; some of those people will probably try to force my hand, and I have no idea how to deal with that.”

“Yes, you do.” Desjani’s gaze held his. “You already know what you *won’t* do. You have a strategic goal, to preserve what makes the Alliance worth fighting for and to end this war. Consider ways to implement that strategy, and the tactics will follow.”

“It’s not that easy—”

“Not if you try to do it alone! Ask for advice! Is there no one you trust in this fleet except the politician?”

That made Geary look away for a moment. Just as Rione had long since stopped using Desjani’s name, Desjani herself had started referring to Co-President Rione only as “the politician.” On one level, the job description was true enough, but politicians were also despised by a fleet that, after a century of war, had come to blame them for the failure to achieve victory. “Do you want to know why I haven’t asked you for advice on that?” he asked.

“It might be a refreshing change of pace for you to tell me.”

*Damn.* What had gotten into Desjani? Geary met her eyes once more. “Because I’m afraid you’ll agree to whatever I say, that you’ll break your own oath and follow me no matter what I do, because you believe that the living stars sent me to this fleet and are guiding me.”

Desjani nodded, her expression resolute. “Yes, I would follow you.” As Geary openly winced, she held out a forestalling hand. “Because I *know* you were sent to this fleet with a divine mission and that you do benefit from special guidance. Because of that, I also *know* that you will not do something that you have sworn not to do. I know you will not destroy the Alliance, and therefore I know I can follow you and help you, *if you will let me*. There are others who will help you figure out a course of action if you confide in us, and I’m sure you know who they are. Give us credit for loving the Alliance as much as you. I admit that at one time I could have been talked into accepting a military coup, but not now, not after the things of which you’ve reminded us all. Our own attempts to match Syndic brutality have only served to convince the Syndic populace of the need to keep fighting hard against us, and there wouldn’t be much point in winning if victory meant becoming the mirror image of our enemies. But like the problems with the Syndics, political problems within this fleet and at home will not get better if you defer dealing with them.”

A host of retorts and rebuttals came to Geary, but he knew every single one of

them would either deny what he knew to be the truth or avoid the real issues. He sat staring at the stars once more as the fragments of what he knew and what Desjani had said fell into place inside his own mind, forming a picture he recognized as accurate, then he finally nodded. “Thank you. You’re right. About everything. I’ve been avoiding a decision. I was seeing it all, but I wouldn’t put it together because I was haunted by the thought of losing this fleet on the threshold of safety and because I was letting worries about what would happen when we got home further paralyze me.”

Desjani grinned, the tension having suddenly fled from her. “We’re going to Heradao?”

“Yes, Tanya, we’re going to Heradao. We’re going to get those Alliance prisoners of war, if they’re still there, and we’re going to defeat whatever force the Syndics might have gathered at Heradao. And I’m going to work on that strategy for when we reach Alliance space.”

“You can ask Captain Duellos, Captain Tulev—”

“And you,” Geary interrupted her list. “It seems you’re a very important part of my ‘special guidance.’” Desjani actually flushed slightly at the praise. “I wouldn’t have reached these decisions on my own, and I’ve been avoiding anyone who would make me confront that. I needed you to push me into it because you know me a lot better than I realized you did and because you’re a tough enough bitch to make me see what I was doing.”

She smiled wider. “This tough bitch has had to deal with a lot of difficult sons of bitches in her time. You’re one of the more reasonable ones. Sir.”

“Thank you.” He hesitated. “Tanya, none of the other senior officers in the fleet seems to have picked up on what was bothering me.”

“You never openly spoke of your growing caution. Knowing you well, from all the talks we’ve had, from all of the experiences we’ve described to each other, did make a difference. But from watching you I also knew that you were smart enough to realize how important advice from others can be. The fact that you were recently working to avoid such advice told me something, too.”

“I guess I need to thank my ancestors that you’re the captain of my flagship. Thank them again, I mean.”

One corner of Desjani’s mouth curled up in a half smile. “I’ll take that as a professional compliment. Now, by your leave, sir, I have other matters to attend to, and you need to formulate the orders for the fleet’s movement to Heradao.”

“Certainly, Captain Desjani.” He wrenched his eyes away from her smile and his mind away from wondering how her lips would feel against his. That wouldn’t happen, not while he was in command of the fleet, not while this war lasted. She’d earned his respect countless times, and even if he’d failed to maintain proper

professional feelings toward her, he could still be sure to grant her that respect in both public and private. So Geary simply stood up and returned her salute.

But she paused just before leaving and looked back at him. “I hope you don’t take adversely anything I said, sir. I did feel obligated to speak honestly and forcefully.”

“Thank you, Captain Desjani. I hope you will continue to speak with as much honesty and force whenever you feel it is appropriate, and I will listen when you do so. I’ve been told that I am one of the more reasonable sons of bitches in the fleet.”

“That’s probably true, sir, but don’t let it go to your head.”

He managed not to laugh until the hatch had closed behind her.

## TWO

THE fleet conference room on *Dauntless* wasn't all that large, and the table and seats it boasted could have held no more than a dozen people at the most. But the virtual conferencing software made the apparent size of the table and the compartment expand to accommodate the numbers of people in any meeting, so that Geary stood at the head of an extremely long table with hundreds of officers seated around it. Aside from him, Captain Desjani, and Co-President Rione, none of the other individuals were actually physically present. As much as he disliked fleet conferences, Geary had to admit the software was an impressive piece of work, and the fact that most of those "present" weren't actually here had kept anyone from going for anyone else's throat during arguments in the past.

Unfortunately, there didn't seem much chance of open argument this time. As much as he had disliked bandying words with the likes of Numos or Casia or Midea, at least the straightforward hostility of their attitudes had made it clear who needed to be watched. He would have welcomed that now, as a chance to identify the remaining opposition to his command of the fleet. But whoever was driving that effort seemed to have expended most of their human shields yet was remaining frustratingly hidden. If the only threat they posed was to his command, he wouldn't have expended much worry on them since after the second battle of Lakota his standing with the sailors and most of the officers of the fleet was as firm as hull armor, but his hidden foes had repeatedly demonstrated a willingness to endanger some of the fleet's warships in their attempts to strike at Geary. The game had shifted from trying to topple him to trying to assassinate him and his firmest supporters, which, in practice, meant trying to destroy the ships they were on.

Geary called up the star display over the conference table. "My apologies for the delay in communicating my intentions. We've stripped Dilawa of everything of use to us. I've already ordered the fleet onto a course for the jump point for Heradao." On the display, the projected path of the Alliance fleet curved in a graceful arc through the empty reaches of Dilawa Star System. "We hope to find that the Alliance prisoners of war are still at Heradao, in which case we'll liberate them."

"We need to liberate more food along with them," Captain Tulev stated bluntly. "What we have is inadequate."

Commander Neeson of *Implacable* shook his head. "We can't loot enough unless we occupy a planetary-surface warehouse district, and that's beyond our Marines' capability. We also can't trust any food the Syndics give us under duress, and we can't test it all thoroughly."

"Two thousand prisoners at Heradao according to the old records we have," Tulev pointed out. "We must liberate them, I agree. Physically, we can hold them. Some of

our ships are still slightly understrength from battle casualties even with the survivors we've picked up from ships we've lost, and the others can take on extra personnel for the time needed to reach Alliance space. But the food situation is growing critical."

"You mean like the fuel situation?" Captain Armus of the *Colossus* grumbled.

Geary held up a hand to quiet everyone. "We're short on everything. However the logistics systems project that even if we pick up two thousand liberated Alliance personnel, we'll be able to make Alliance space without running out of food, though rations will have to be reduced again."

"And if we're delayed?" Tulev asked.

"We can't afford any more delays," Geary replied. "Fuel and food are at critical levels, and the only source we can count on for resupply is back in Alliance home space. We're going to keep moving and fighting. We've had to be very concerned with keeping the Syndics guessing as to our route home, but from this point on we're heading straight there." Relieved smiles appeared on many faces as Geary shifted the scale on the star display, but then the smiles faded on most faces.

Armus put the worry into words. "A direct route increases the chances of running into Syndic blocking forces. How can we fight through those forces if we're low on fuel?"

*Pray to our ancestors for a miracle* occurred to Geary as an answer, but hoping for divine intervention wasn't a sound basis for tactical planning. "By fighting as smart as we can to minimize fuel-cell usage. If necessary, we'll try to blow past the blocking forces and leave them in our wake." That intelligent and reasonable idea drew grimaces around the table. It was too contrary to the primitive concepts of honor and courage that had controlled the fleet's actions for at least a generation and led to horrendous losses as well. But Geary had gained enough experience with those attitudes to know how to satisfy them. "We can always come back and destroy those Syndic ships once we've re-fueled, or leave them for the Alliance warships that have been defending our home space in our absence and deserve an opportunity to get in their own blows."

The grimaces lightened, and some smiles reappeared as Geary continued.

"There's a strong possibility that whatever the Syndics have left to try to stop us will be waiting at Heradao, because it's a straight shot back home for us. If a Syndic flotilla is at Heradao, we *will* fight them there because our fuel stocks will be as good as they're going to be until we get home."

He glanced at Captain Desjani, who betrayed no sign that Geary was practically quoting her own advice. *I can't afford to feed rumors of favoritism toward Desjani now, but once this is over, I'll make sure that she and people like her get the credit they deserve.* Outwardly, Geary just indicated a bright white star. "After Heradao we'll go on to Padronis, and from there to Atalia."

A sigh seemed to run around the table as Captain Badaya of *Illustrious* spoke the thoughts probably on everyone's mind. "And Atalia is within jump range of Varandal."

"Right," Geary agreed. "Alliance home space, and the biggest concentration of fleet support facilities in the region. Once we reach Varandal, we can get all of the supplies we need."

"Boldness is certainly called for," Captain Caligo of the battle cruiser *Brilliant* agreed. "The Alliance needs us and every Alliance prisoner of war we can liberate from within Syndic territory."

That unobjectionable statement drew nods of agreement as Geary took a moment to look at Caligo. He'd been mostly silent at these meetings until recently, but had begun speaking up. Not that Caligo had yet said anything exceptional, just things that found concurrence with almost everyone.

"Our intelligence personnel believe the Syndic mine inventories must still be very low after all of the mines they laid in the star systems around Lakota to try trapping us," Geary continued. "We'll still do a preprogrammed evasive maneuver upon arrival at Heradao and be ready for combat coming out of the jump exit. Are there any questions?"

"What about Kalixa?" Captain Kila asked. "It's on the way home, too, and it has a Syndic hypernet gate." Her tone seemed to be intended to be mild but was still sharp. Diplomacy definitely wasn't Kila's strong suit, but then he already knew that.

"We're not going to Kalixa," Geary replied. "The risks posed by a Syndic hypernet gate are too great."

Kila pretended puzzlement. "Are risks a problem for this fleet? We're not afraid of what the Syndics can do, Captain Geary, but this would be a good opportunity to inflict more damage on them by eliminating another star system of theirs."

Commander Neeson sounded incredulous. "Excuse me, Captain Kila, but you were at Lakota with us, weren't you? Our own fleet could have been destroyed."

"It wasn't," Kila pointed out. "Avoiding actions out of exaggerated fears of the enemy response isn't what's expected of any commander in this fleet, let alone a battle cruiser commander."

Neeson's face flushed with sudden anger. "Are you accusing me of cowardice?"

"Quiet," Geary ordered. "Everyone. Captain Kila, your statement was out of line."

She shrugged. "I didn't mean offense, merely to point out—"

"That's enough." He could see the flare of defiance in Kila's eyes as he cut her off. "Commander Neeson has demonstrated his courage many times. I will not tolerate attempts to question the abilities or the bravery of anyone in this fleet without good cause."



Captain Cresida, who had clearly been waiting for an opening, jumped in. “Commander Neeson is also right. The energy discharge when the hypernet gate at Lakota collapsed was on the low end of the theoretical range. I’ll remind Captain Kila that the high end runs up to a nova-scale burst of energy. No ship in the same star system could possibly survive that even if located as far as possible from the gate when it collapsed.”

“In *theory*,” Kila replied sarcastically. “We didn’t see anything like that at either Sancere or Lakota, so perhaps the *theory* is wrong, and the gates may be safely used by us as weapons to eliminate Syndic star systems and finally make them pay in full for what they’ve done in this war!”

“That statement,” Cresida returned with growing heat, “reflects a total misunderstanding of what is known about the hypernet gates and the data we collected at both Sancere and Lakota!”

“That’s enough.” Geary broke in again. “Captain Cresida is right. We don’t need to debate the science here. Captain Kila, I recommend you familiarize yourself with what is known before you make suggestions for courses of action.” Kila reddened at the barely veiled rebuke.

*Daring’s* captain nodded. “As for being able to ride out taking down a hypernet gate, we all saw what happened to the Syndic warships that took down their own gate at Lakota.”

“Our ships—” Kila began.

“At Sancere my ship was right up there while it was collapsing, and *Inspire* was a long ways distant! I know exactly what it’s like to be near a collapsing hypernet gate, and I don’t want any part of that again no matter what you say. Only luck and the living stars saved us at Sancere and Lakota.”

“Luck, courage, and brains,” Geary added. “As long as this fleet continues to use the last two, we can save the first for emergencies. And as for using the hypernet gates to destroy enemy star systems, I’ve already stated that I will not order such an action. Neither the living stars nor our ancestors could possibly approve of such an atrocity and on such a scale.”

“It appears,” Captain Duellos observed, “that there’s no reason to go to Kalixa then.”

Kila shot him an ugly look as Captain Caligo chimed in once more. “We’re one fleet. We all believe in the same things. Arguments like this only serve the goals of the enemy by driving us apart.”

That brought many more nods of approval. Geary couldn’t find fault with Caligo’s words, either, and for some reason they even shut up Kila, who finally subsided.

“Are there any other questions?” Geary asked dryly.

There weren't, and the meeting ended in a flurry of images vanishing and the room apparently shrinking back to normal dimensions again.

Captain Duellos lingered for a moment. "I have to confess I was starting to wonder why we hadn't headed out of Dilawa before now."

"I needed to have my head pounded with a brick," Geary admitted.

"Ah, I see. How fortunate that you had Captain Desjani handy for that task."

Desjani gave Duellos an annoyed look. "Don't you have better things to be doing right now, Roberto?"

Duellos nodded, then smiled. "Call me if you ever need another brick, Tanya."

"I'll do that. He's got a hard head. I bet you've saved up quite a supply of bricks so they'll be handy for arguments with Kila."

"She's not worth our time," Duellos said dismissively. "I only speak with her when duty requires it."

Geary grimaced in response. "I'm just glad she shut up before I had to outright order her to do that."

"Even Kila couldn't object to what Caligo said."

"Yes, she could've," Desjani insisted. "Even the blandest statement can be twisted. I was surprised she accepted it so quietly."

Duellos pursed his lips in thought. "That's a point, but you're implying that Kila and Caligo have some sort of agreement. They don't socialize, I don't know of anyone who's even seen them together except in meetings like this one, and they're not exactly soul mates."

"I won't argue that," Desjani conceded.

"How well do you know Captain Kila?" Geary asked.

Desjani shrugged. "I've had little contact with her, but that's been by choice based on what I've heard from friends. And I've heard plenty."

"What did your friends say?"

Another shrug. "They say that Kila's bitch-switch is locked into the 'on' position and comes with a power-boost setting that activates at the slightest provocation."

Geary managed to convert his laugh into a cough. "That sounds like good justification for avoiding her."

"As well as an accurate description," Duellos observed.

"How did she make rank with a personality like that?"

Desjani gave Geary a skeptical look. "Are you serious? Her personality only comes into play with people junior in rank to her, or with peers who are rivals for promotion. As far as her superiors are concerned, she's always as fine as a micron filter."

"Oh." It had been a dumb question. He'd encountered a few people like that in his career a century ago, and somehow wars usually managed to avoid causing the loss of

such individuals.

“So you can see,” Duellos continued, “that Kila isn’t the sort to buddy up to a bland sort of officer who can do nothing for her ambitions. Caligo is the sort of officer that Kila snacks on for fun.”

“That doesn’t mean they couldn’t end up in bed together,” Desjani pointed out.

“Ouch.” Duellos made a pained face. “I know you meant it metaphorically, but now I have that image in my head. Oh, please, make it go away. By your leave, Captain Geary, I have to go take a shower.”

After watching Duellos’s image vanish, Geary shook his head at Desjani. “I’m glad you two are on my side.” He held up a hand as Rione started to leave. “Can you wait a moment, Madam Co-President?”

Rione stopped, her eyes going from Desjani to Geary. “I thought you two might want to be alone.”

Desjani’s eyes narrowed, and the corners of her upper lip curled to bare her teeth. “Perhaps Co-President Rione would care to repeat that to me in private?”

“I was hoping”—Geary broke in before Rione could offer Desjani her choice of weapons—“that you could let me know if you’ve found out anything?”

This time Rione let her gaze linger on Desjani, plainly indicating a question about her presence, but Geary just waited. He needed another set of eyes on this, another mind double-checking his own. Eventually, Rione shook her head. “What I’ve learned can be summed up in one word—nothing.”

“Not a thing?” Geary rubbed his forehead, trying to hide his disappointment. “I know how good your spies in this fleet are, Madam Co-President. I’d hoped—”

“Since they’re working on your behalf, you should call them agents, Captain Geary.” Rione gestured angrily. “Whoever has been behind the most recent challenges to your command and the attempts to sabotage some of the ships of this fleet has hidden their involvement exceptionally well. They’ve left no trails to follow. Even the interrogations you authorized of that oaf Captain Numos after the last attempts to insert worms into the operating systems of your warships produced nothing because Numos doesn’t have a clue who was actually goading him on. Faresa might have had some idea, but she died at Lakota. The same is true of Falco, assuming he could have managed to separate fantasy from reality long enough to provide anything useful. Captain Casia and Commander Yin can’t talk because they’re dead as a result of a convenient accident. If you’ve been underestimating your remaining enemies in this fleet in any way, stop doing so now. Whoever they are, they’re very capable and very dangerous.”

“So are we,” Desjani said.

Rione looked amused. “Bravado may be useful against the Syndics, but it isn’t what you need against this enemy.”

“We know that.” Geary intervened before Desjani could fire another volley. “What about Kila? She’s grown steadily more open in her dissents.”

Now Rione’s amusement faded to annoyance. “As your fellow officers reported and my agents confirmed, Kila is too widely disliked to have a hope of being accepted as commander of this fleet. But she’s also too arrogant, and—unlike Numos—too capable, to allow herself to be used by others. Apparently this is just her normal personality asserting itself now that she’s realized you won’t fall for the usual ways she tries to suck up to her superiors. She never tried to seduce you, did she?”

“What?”

“There’s indications it might have been one of her tactics for advancement, though that could also just be gossip fed by the general dislike for Kila among her peers. You’re saying she never tried that with you?”

“No!” He could see Desjani out of the corners of his eyes, and she was looking daggers at Rione. “We haven’t even physically been on the same ship!”

Rione nodded. “That might explain it, then. In any case, your reputation is such that she probably would have realized such an attempt would have been futile.”

“Thanks.” Rione always seemed to know how to keep him off-balance.

“But Kila wouldn’t work as a human shield for those pulling the strings in these actions against you and the fleet,” Rione continued. “If she were behind this, why would Kila be drawing attention to herself?”

“If my hidden foes are as smart as we think, she wouldn’t be.” Geary shook his head. “The systems-security people are watching for more dangerous worms but can’t guarantee they know every possible back door into fleet control systems. What else can we do?”

“I don’t know.” Rione’s frustration was easily apparent. “I understand you haven’t received any more offers to become dictator.”

“Not in the last few days.”

“The only thing between you and being able to do that,” Rione noted, “is the distance remaining to Alliance space and whatever Syndic forces are left to get past.”

“And me,” Geary replied. “I won’t do it.”

Rione gave him a weary look. “Why do you think that is a critical factor? When we reach Varandal, those who want you to seize authority from the elected leaders of the Alliance will expect you to act.”

Desjani replied this time, her voice cold. “Captain Geary will not violate his oath to the Alliance, no matter how badly the politicians leading the Alliance do their jobs.”

Rione ignored her, speaking pointedly just to Geary. “They won’t accept your denials forever, and they know the vast majority of the fleet would support them if they acted allegedly on your behalf. They don’t need your approval to launch a coup

in your name. You have to expect that they will do that and try to present you with a *fait accompli*. You need to have a plan for how to deal with that *before* the Alliance government is overthrown.”

“All right.” He couldn’t help noticing that Rione was essentially offering the same advice as Desjani had earlier. No way was he going to be foolish enough to mention that, though. “Do you have any suggestions on a plan?”

“If I were dealing with other politicians, it wouldn’t be too hard to come up with ideas,” Rione replied with an exasperated scowl. “But my grasp of the military mind is still limited.”

Geary gave Desjani a sidelong glance. “Perhaps we should run with the military angle. Think of it as a military problem, a matter of strategies and tactics.”

Rione’s expression altered as she pondered the idea. “That might be very useful.”

Unseen by her, Desjani flashed a very unmilitary smirk.

Geary tried to flick a cautioning look at Desjani, which, of course, Rione noted, and she turned slightly to watch Desjani with narrowed eyes, though too late to catch the mocking expression. “Can you do that?” Rione asked Geary. “Explain it to them in their terms in such a way that they won’t act?”

“I’m trying to, but I haven’t yet thought of any argument powerful enough.”

This time Rione snorted in derision. “Think in terms of disasters, because that’s what a military coup would be. A very big disaster, the biggest you can bring to mind.”

Desjani lifted one eyebrow toward Geary. “That sounds like a description of the results of the attack on the Syndic home system that trapped this fleet far inside enemy territory.”

“That’s good,” Rione conceded. “Very good. Something recent enough that the memories and emotions are fresh, and something that sounded attractive but was actually a debacle that could have lost the war. Surely you can come up with something drawing on that.”

Geary nodded. “I just need to figure out who the enemy is in that scenario.”

Rione exhaled in exasperation. “That’s the easiest part. Ask your captain, there. She’ll tell you. Or ask Captain Badaya. Who’s the enemy at home? I am, and every other politician. That’s what they believe.” Desjani nodded once, her eyes on Rione and all trace of mockery fled. “You see? Your strategy should be based on what people like Badaya already consider to be the truth. They’ll be much more likely to accept it if you do that. Then you can test out your ideas on this one. She has a military mind, and you haven’t got anyone more trustworthy.” That praise startled both Desjani and Geary into letting their reactions show. Rione smiled, her lips a thin, tight line. “I’m neither blind nor stupid. If you don’t keep that woman guarding your back, you’re an idiot, Captain Geary. However, will she tell you if she doesn’t think

your ideas will be effective?”

Geary's mouth twisted into an ironic return smile. "I feel confident that Captain Desjani will let me know if there are any shortcomings on my part."

"Good. I don't want the government of the Alliance overthrown by anyone claiming to act in the name of the great hero whose legend the government created, and I don't want to have to deal with you if that does happen and you decide you like it." Rione turned and left, the hatch sealing behind her.

"Did she just threaten you?" Desjani asked.

"Yeah. It's not the first time, though I think it's the first time she's done it in front of someone else."

"Why do you tolerate it?"

"Because," Geary replied, his eyes on the hatch, "there are times when I wonder if I can trust myself, and at those times I'm glad to have a threat hanging over me."

Desjani considered that for a few moments. "I have to admit that she was right about a number of things. Among them that I have your back, sir."

"I know that, but you have an oath to the Alliance, too."

She shook her head. "We already discussed this. You won't violate your oath, so I won't have to violate mine. Why do you trust her?"

That was a reasonable question given that Rione was a politician, but more than that Geary had been shocked to learn that in the century of war fleet officers had developed a corrosive distrust for the elected leaders of the Alliance. So now Geary inclined his head toward the hatch through which Rione had left. "Because despite all that she has hidden from me and everyone else, I am absolutely certain that Victoria Rione deeply loves two things. The first is her husband, who we discovered may still live and be a prisoner of the Syndics somewhere, but the second is the Alliance. She'd die for the Alliance, Tanya, just like you and I would. Don't think that because she doesn't wear a uniform that isn't true. Rione is loyal to the Alliance, and I think she's as incorruptible as a person can be. She's often a royal pain in the butt, too, but we can trust her."

"One good thing about Heradao," Desjani remarked, "is that our enemies there will be easy to identify." She shrugged with an uncharacteristic air of melancholy. "Sometimes I miss the days before you were found, when the answer to everything was killing Syndics in any way we could and as fast as possible. They were the enemy. Victory would come when we'd killed enough of them. It didn't work, but it was much simpler. You've made things much more complicated."

"The Syndics are still the enemy," Geary pointed out. "As long as we stay focused on that, it shouldn't be too complicated."

"You're asking me to respect a politician," she reminded him. "That is not going to be a simple or easy thing."

He watched her for a moment, trying to understand how fleet officers like Desjani could be loyal to the Alliance yet disdain the elected leaders of the Alliance. Part of it was doubtless a very human need to find someone else to blame for the failures in the war, but Rione herself had admitted to him that the Alliance's political leaders deserved a full share of culpability for their own actions over the last hundred years. Maybe he himself was just a living anachronism in that way, an officer who believed respect was automatically due to the leaders of the Alliance and the idea of things being otherwise was simply too hard to accept. "I guess you'll just have to trust me that we can trust her."

Desjani made a contemptuous noise. "I will do my best to treat her with due respect since that is my duty as an officer and you vouch for her, but I don't ever expect to trust her." She stepped back, toward the hatch, her eyes on him. "I'll accept your judgment because I trust you."

Hundreds of warships and their crews were trusting him to get them home, the fate of the Alliance and perhaps humanity itself rested on his decisions, but it was the trust of this one woman that really mattered to him. Rione had told him once that people didn't really fight for grand causes or great purposes, but for the closest and most personal of reasons. They might say they fought for the high ideals, but in practice they fought for the comrades beside them and their loved ones at home. Geary looked back at the star display, centered on Heradao, then beyond that star to Padronis, Atalia, and finally Varandal.

So very close. They'd come so far. He'd have to make sure they made it the rest of the way no matter what awaited the fleet at Heradao.

Because a lot of people trusted him to be able to get the fleet home. And one of those people was Tanya Desjani.

HE had to hold one more meeting before the fleet left Dilawa. Once in jump space, only simple and short communications could be passed between ships. There was a small and select group with whom Geary had to consult before then.

He sat in the conference room once more, but this time the table didn't seem much larger than it really was. Around it sat the images of Captains Duellos, Tulev, and Cresida, as well as the real presences of Geary, Desjani, and Rione. "We're getting close to home," Geary began. "We're not there yet, and I anticipate a nasty fight at Heradao or one of the other Syndic star systems we still have to get through. But we can feel reasonably confident of handling the Syndics. What we still don't know is how the aliens might react to this fleet's getting home."

Tulev resembled a bull as he nodded slowly and stolidly. "The aliens tried to ensure this fleet's defeat and destruction at Lakota. That argues that they will not be pleased by our making it home."

“But what will they do?” Cresida wondered. “If our speculations are right, they could trigger the collapse of every hypernet gate in human space. Will they actually do that when we get home?”

“That’s one of the things I’m worried about,” Geary said.

“We’ll have a little time,” Rione stated quietly but confidently. Everyone else gave her a questioning look, so Rione waved one hand at the star display over the table. “Consider first of all what we know of their tactics. They don’t appear to have acted directly against either us or the Syndics. Instead, they’ve tricked us into doing harm to each other.”

“True enough,” Duellos agreed.

“Now, what do the aliens know about this fleet?” Rione continued. “That we have learned that the hypernet gates make extremely powerful weapons. Do these aliens have agents or sources of intelligence, even if only automated worms and ’bots, within Alliance space? We have to assume so.”

“They had them threaded through the systems on our ships,” Cresida noted. “Those quantum-level probability-based worms. We think we found and cleared them all out, but for all we know they can activate new ones, or new ones can be triggered by certain events.”

“Exactly.” Rione pointed to the star display again, beyond Syndic space. “They’ve been watching us. They’ve been seeing how we act. Based on that, the aliens can reasonably conclude that when presented with the existence of such weapons, the Alliance will choose to use them.”

Cresida bared her teeth. “I think you’re right, Madam Co-President. They’ll wait to see if we do that, if we tell our political and military superiors that the hypernet gates in Syndic star systems can be used to wipe out the Syndics. And if our political authorities then order that such actions begin. If I’d been watching the progression of this war over the last century, I’d believe it was just a matter of time before one side used those weapons and the other retaliated in kind.”

“Thank you, Captain Cresida. After which,” Rione said, “the aliens will sit back and watch as the Alliance begins wiping out Syndic star systems, and the Syndics respond with the same tactic. The aliens wouldn’t have to lift a finger as humanity wiped itself out using weapons the aliens provided.”

Geary nodded, tasting something acidic in his throat. “So they’ll wait a little while to see what we do. That does give us some time.”

“Not too much time, Captain Geary.” Rione gazed at the star display, her expression somber. “I’ve been considering this in light of what we’ve guessed about the start of the war, that the aliens tricked the Syndics into attacking us by pretending to ally with the Syndics. But did the Syndics attack out of greed, or did the aliens tell them things that led the Syndics to believe an attack on the Alliance was a good



idea?”

“What could they have told the Syndics?” Desjani demanded.

Rione gave her a look cold enough to liquefy oxygen. “Anything and everything. False intelligence that the Alliance intended to attack the Syndics, for example.”

“We didn’t have the forces in existence to allow that,” Geary objected.

“Not as far as the Syndics knew,” Rione stated sarcastically. “Why shouldn’t the Syndics have been ready to believe that the Alliance was hiding forces? But the specifics don’t matter. Stop focusing on that. They tricked the Syndics into attacking us. They can do that again.”

“Again?” Captain Cresida leaned forward, her eyes intent. “How?”

“If we don’t seem to be acting, the aliens might try to goad us into using the hypernet gates as weapons. There’s a good chance that they know we’re learning things, and they probably don’t want to give us time to apply that knowledge. We’ve speculated that the aliens have a means to cause hypernet gates to collapse. A trigger signal, somehow propagating faster than the speed of light.” She indicated different stars in the display, one by one. “Suppose a few hypernet gates collapse within Alliance space, one by one, destroying the star systems they served? Who would the Alliance blame?”

“Damn.” Geary could hear the others softly cursing as well. “If we don’t start genocidal attacks, the aliens will provoke us or the Syndics into it by making us think the other side is already doing that.”

Rione’s gaze seemed distant, but it was still fixed on one star far off to one side of the display, on the far-distant fringes of Alliance space. “Sol Star System has a hypernet gate,” she added. “Even though it stands apart from the Alliance and remains weak from the ancient wars that raged there, old Earth abides in that star system, along with the first colonies on the other planets of Sol. The homes of our most ancient and revered ancestors, circling the star we view as the foremost symbol of the living stars. It was given a hypernet gate out of respect and to ease pilgrimages there, even though economically Sol system couldn’t justify such an investment.” She looked around at the others. “What if the people of the Alliance believed that the Syndics had destroyed *that* star system?”

Duellos answered, his voice unusually harsh. “Nothing would stop them, no argument would dissuade them. They’d want every Syndic dead by any means possible.”

“Bloody hell.” Geary wondered why most of his contributions to these discussions were curses. “All right. We can guess that we have some brief grace period after getting home in which the aliens will wait to see if humanity takes the poison bait. If we don’t go for it within whatever period of time they think reasonable, the aliens will start trying to trigger what could well be humanity’s last

offensive. I wish I knew what they wanted or intended.”

“We have no way of answering that,” Rione said. “We believe we know what they’ve done. They seem very comfortable with placing weapons in our hands and waiting for us to use them on each other. But we don’t know if they’re avoiding direct actions against us as some sort of strategy or if it reflects some moral or religious aspect of their thinking.”

“What could possibly be moral about that?” Cresida wondered.

“From an alien perspective? They could believe that simply providing the tools places no guilt on them as long we’re the ones who pull the triggers. I don’t know that, it’s just a possible explanation.”

“Or,” Tulev stated, “it could be equally possible that it is a totally amoral strategy to ensure humanity is eliminated or contained as a threat or rival in the most efficient manner possible for these aliens. We have no way of knowing, so we must base our assumptions of future actions on what they have done in the past.”

“You’re right. Unfortunately, if our guesses are accurate, what they’ve done in the past has been very bad for us.” Geary turned back to Rione. “Co-President Rione, can you put together a list of the stars with the highest symbolic importance? We’ll have to make sure those star systems get the highest priority on safe-collapse systems for their hypernet gates.”

“Do you think such a thing could be done? Opinions on levels of symbolic importance will vary.” She eyed Geary for a long moment. “If they wish to incite a massive retaliation against the Syndics, the aliens might target the home star system of the fleet commander and legendary hero Black Jack Geary.”

His breath caught, his eyes suddenly seeing not the compartment they were in or the companions with him, but the world where he’d grown up. The world where his parents and other family members were buried. Home, even though it had surely changed a lot in the century he had been in survival sleep. He imagined a shock wave hitting it like the one that had devastated Lakota Star System, instantly turning a pleasant, well-populated world into a corner of hell and a charnel house.

How could he accept a low priority for his home world? Geary’s vision cleared and he looked at those with him. They all had their own home worlds. Which one did he bump down in priority for his home? Geary sighed, shaking his head. “I’m not very good at making the sorts of decisions reserved for the living stars, I’m afraid. Madam Co-President, if you could just make your best appraisal—”

“You think *I’m* qualified to play at being a deity? Or desire to do so?” Rione cut in, her voice clipped with anger.

Tulev spoke into the awkward silence that followed. “I will make the list.” He gazed into the star display, his eyes distant. “I have nothing left to bias me.”

The image of Duellos on one side of Tulev leaned forward, resting a hand on

Tulev's wrist, while from the other side Desjani wordlessly did the same. Cresida, farther away, nodded once to him, her expression conveying understanding. Tulev nodded to each of them, then to Geary. "I'll do it," he repeated.

"Thank you, Captain Tulev," Geary said. "At some point I'm going to have to tell the fleet the aliens exist, but for now I think we should continue pretending that the danger posed by the hypernet gates is simply an unintended technological side effect."

"That's all it has to be," Cresida agreed. "If it's presented as a possibility of any hypernet gate's spontaneously collapsing at any time or subject to the Syndics causing a collapse, backed up by images of what happened at Lakota, then people will have all the reasons they need to act."

"Okay. We'll talk again before we jump for Varandal. Thank you for coming to this meeting, thank you for your advice, and thank you for your continued discretion on what we think is true about these aliens."

"If only we knew more," Cresida commented. "I'm still working on my design for a safe-fail system we can install on hypernet gates as quickly and easily as possible. I think I'll have it ready by the time we reach Atalia."

"Let's hope so." Duellos sighed. "Since we know so little of what these creatures may do or what they want."

"Feathers or lead?" Desjani asked, invoking the ancient riddle in which only the demon asking the question knew the right answer and could change it at any time. As Duellos had once pointed out, the aliens, too, were riddles in which both the answers and the questions did not just remain unknown but also reflected thought processes estranged from the humans trying to understand their purposes and meaning.

"That's my question, Captain Desjani. I'll thank you not to play demon with my riddle. Just out of curiosity, though, what was the right answer this time?"

She smiled unpleasantly. "Wouldn't you like to know? Women can be just as enigmatic as demons."

"You don't honestly think I'm going to touch that line, do you?"

As the images of Tulev, Cresida, and Duellos disappeared, Desjani frowned down at her personal data unit. "Excuse me, sir, but I'm needed in engineering." She hastened out, leaving Geary and Rione alone.

Rione, seeming uncharacteristically subdued, turned to go as well, but stopped before leaving. Standing near the hatch and still facing it, she spoke to Geary. "What happened to Captain Tulev? He said he had nothing left."

Geary nodded, recalling the personnel files he had read. "His family, wife, and children died in a Syndic bombardment of their home world."

"Oh, damn." Rione shook her head. "That's horrible, but it should've left something. Some other relatives. What world was it?"

He tried to remember. There were so many worlds. “Elys . . . Elysa?”

“Elyzia?”

“Yeah, that’s it.” Geary stared at her, bothered that the name had come so readily to her. “What happened to it?”

“Syndic bombardment,” Rione murmured so low he almost didn’t hear. “But prolonged, part of a very large strike at the Alliance. Most of the world’s surface was devastated, the great majority of the population killed. After the Syndics were repelled, the world was written off, the survivors evacuated except for a few who insisted on staying to occupy rebuilt defensive installations, in case the Syndics ever came back. Captain Tulev spoke the literal truth. He has nothing left.” She looked directly at him. “Except the fleet. Did you realize that you and he share that?”

“No.” Geary searched for other words and couldn’t find any.

“We retaliated at Yunren,” Rione continued, as if speaking to herself. “A Syndic border star system. There’s nothing left of Yunren, either, except a few defenses occupied by diehards who continue to live only for the chance to kill some of those who wiped out their world. Both sides have avoided repeating that since then, though I don’t know if that’s because it takes so much work to devastate an entire world or because everyone was horrified at how low we had sunk.”

Geary shook his head, feeling sick inside. “How could anyone give such orders?”

“Oh, it’s easy enough, Captain Geary. You just have to form your plans somewhere far from the enemy while looking at a large star display with lots of little planets on it. Just dots with strange names. Targets. Not the homes of people like you, but targets that must be wiped out in the name of protecting people like you. It’s very easy,” she repeated, “to rationalize the murder of millions or billions.”

“That’s strange,” Geary commented. “I’ve talked to Marines. They say they have to dehumanize the individuals they kill in order to be able to fight, and they have to worry that the process will go too far and they’ll kill individuals who aren’t really a threat. But on the other end of the scale, the highest-ranking individuals, who’ll never confront an individual enemy, have to dehumanize them by the hundreds, thousands, or millions.”

She turned to look at him. “I sometimes wonder if the aliens are right, and that humanity can be counted upon to wipe itself out someday.”

“I hope not. Personally viewing the events at Lakota seems to have impressed a lot of people in this fleet. There’s no way to distance yourself from events when you watch a habitable planet be devastated that way by a single blow.”

“It does appear to have had a strong impact. What about Captain Cresida? The way she looked at Tulev as if they shared something. Was her family from Elyzia as well?”

“No,” Geary replied. “Her husband was a fleet officer. They were married about a

year before he died in battle.”

“How long ago was that?”

“Two years.”

Rione nodded. “After ten years I still expect to see my husband sometimes. Would Captain Cresida accept condolences from me?”

“I think so. She’s never spoken of it to me, but you do share that kind of loss.”

Her sigh came out slow and long, like the last breath of a dying runner. “I don’t know if the living stars truly arranged for you to be here now, John Geary, but there are times when I think about this war and pray desperately that they did, and that you can bring an end to this.”

She left then, leaving Geary looking at the closed hatch.

## THREE

HERADAO. As the ships of the Alliance fleet flashed into existence at the jump exit from Dilawa, Geary's first thought was that only three more jumps would bring the fleet home.

His second thought was to wonder how hard it would be to get through Heradao Star System, but he'd have the answer to that soon enough. The fleet's sensors, sensitive enough to spot small objects across light-hours of distance, scanned their surroundings and rapidly updated the display before Geary.

"They're here," Desjani noted calmly, even though her eyes were lighting with enthusiasm at the prospect of combat. "But nowhere close by."

Geary kept his breathing slow and calm as enemy warships multiplied on his display in a flurry of updates. The main Syndic flotilla, arrayed in their customary box formation, was almost four light-hours away, loitering in an orbit around Heradao's star. A second and much smaller flotilla orbited a bit farther off, about five light-hours from the Alliance ships. As Desjani said, that wasn't close. Even if the main Syndic flotilla turned directly toward the Alliance fleet for an intercept, it would still be more than a day before the opposing forces got close enough to fight. "I thought we'd see more in the way of system defenses since we're getting closer to the border."

Desjani made a noncommittal gesture. "Yes and no. The warships assigned to defend this star system would have been substantially more in quality and quantity than we've been encountering deeper in Syndic space. The smaller flotilla we're seeing may be made up of those system-defense forces. But I'm not surprised to see nothing significant in the way of new fixed defenses. We're still two jumps from a Syndic star system right on the border. The border star systems get priority on defenses. I'm sure the Syndics would like to be able to place more defenses in star systems farther from the border, but they face the same constraints on resources and funds that we do." She popped up a display spanning a huge region of space, centered on the border. "That's especially true because as you get one jump in from the border, you greatly expand the number of star systems that need to be defended. Go two jumps from the border, and the number of star systems in the zone increases exponentially. It's simply too huge an area with too many star systems to disperse strong defenses across evenly."

"We assumed Kalixa would be more heavily defended," Geary agreed, "since it has a hypernet gate and is a wealthier star system than Heradao."

"Yes, and when we get to Padronis, we'll probably find nothing there because there's nothing there worth defending. Atalia will be a much harder nut to crack." Desjani made an annoyed sound, then gestured at her display. "I ran out the course to

the jump point for Padronis. The Syndics are in orbits which allow them to intercept us if we head for that jump point.”

Geary frowned, his mind locked on the main enemy force. Against the Alliance fleet’s twenty battleships and sixteen battle cruisers, the Syndics had a flotilla containing twenty-three battleships and twenty-one battle cruisers, plus enough heavy cruisers, light cruisers, and destroyers to give them an advantage there as well. The second enemy flotilla was much lighter, consisting of an even dozen heavy cruisers and a score of light cruisers and destroyers. The coming encounter wouldn’t be easy, and could be worse than Lakota and Cavalos if he screwed up. “Why are you bothered by that?” he asked Desjani. “We expected them to block us from reaching the next star system home.”

“Because from where they are, they couldn’t stop us from reaching the jump point for Kalixa,” Desjani pointed out. “If our estimates are anywhere near accurate, then after the losses this fleet has inflicted in the last few months, the flotilla here must have almost all of the Syndics’ surviving major warships. Why aren’t they worried about our going to Kalixa? Its system defenses can’t be *that* good.”

He got it then, his frown matching hers. “Kalixa has a hypernet gate. Maybe they’re planning on blowing it when we arrive.” Geary couldn’t keep from wincing at the idea, imagining another inhabited star system devastated or completely destroyed by a collapsing hypernet gate. It wasn’t unthinkable, though, given the sort of tactics the Syndic leadership had employed in the past.

“Maybe,” Desjani agreed with visible reluctance. “They’re leaving us an open path there, almost as if they want us to go that way. They could follow us to Kalixa with an idea of mopping up whatever survived the hypernet gate collapse. But the Syndics know we survived the collapse of the gate at Lakota without serious damage, so they should realize that they couldn’t be sure that would cripple this fleet. If it didn’t hurt us badly, the flotilla here would be in a stern chase and couldn’t catch us unless we deliberately lingered to wait for them. Why take that chance?”

She was thinking it through, and her questions sounded uncomfortably close to those Geary was coming up with. “What else could be at Kalixa?”

“I don’t know, but if the Syndics *want* us to go there . . .”

“Then we don’t want to go there.” Had the Syndics struck a deal with the aliens? Would they let the Alliance fleet use the hypernet gate at Kalixa with the understanding that the aliens would divert the Alliance warships from their chosen goal to some location deep within Syndic territory? The fleet couldn’t possibly fight its way out of some place far within Syndic-controlled space again. “Whatever the explanation, our questions add up to more reasons for getting past these guys and going to Padronis instead of heading for Kalixa.”

“I couldn’t agree more,” Desjani concurred. “Besides, I hate leaving Syndic

warships in one piece. Their formation is a little unusual this time around.”

“I’d noticed that.” Even though the Syndic flotilla was formed into an overall box, that box was formed from five distinct subformations, one at each corner and one in the center. “Interesting.”

“I wonder where they learned that,” Desjani said mockingly.

“The question is whether they’re actually going to try maneuvering those five subformations independently, or if they’re just groping toward doing that and will keep the subformations slaved to their places in the box.” If the Syndics did try moving each formation separately, it would probably be a fiasco on their end since such skills were hard-won by training and experience he knew the Syndics couldn’t yet have gained. If they didn’t move them independently, the five subformations were within supporting distance of each other, but barely.

He pulled his focus off the Syndic flotillas so he could evaluate the entire star system. “They’ve got pickets out.” Geary indicated the jump exits for Padronis and Kalixa, where the Alliance fleet’s sensors had identified Syndic Hunter-Killers. It would be several hours before any of those HuKs saw the light waves carrying images of the Alliance fleet, but once they did, some of them would surely jump to carry the news to other Syndic star systems. “No nickel corvettes this close to the border, I guess.”

“I’d never seen one operational before Corvus,” Desjani reminded him.

Mention of the first star the fleet had reached during its retreat from the Syndic home star system jerked Geary’s mind back to that time, and his eyes went to the portion of the display showing the Alliance fleet. At Corvus he’d been appalled to see the Alliance fleet falling apart as every ship raced to engage the weak Syndic defenders. But those days were past. The Alliance fleet held its formation now, trusting to Geary’s command to ensure that the Syndic flotilla would be crushed. He wondered how much small gestures like reintroducing saluting to the fleet had helped forge that discipline. Their bravery had never been in question, but now these Alliance warships fought as intelligently as they did courageously.

The field of battle where they’d be engaging the enemy this time mostly involved empty space, of course, and, for the rest, Heradao wasn’t too unusual as habitable star systems went. Four planets orbited in the inner system, the closest to the star only about two light-minutes out from it in a fast orbit, as if the small world were trying to outrun the heat and radiation pummeling it. The other three inner-system planets orbited about four light-minutes, seven light-minutes, and nine and a half light-minutes from the star. Given the intensity of the star Heradao, the world at seven-light minutes out had not perfect but endurable conditions for human life, and humans had taken advantage of that even though at that distance from its star the radiation bombardment was probably high enough to cause extra health problems.



Cities and towns dotted the surface of that planet, and even though Heradao had been bypassed by the Syndic hypernet, that third world was apparently attractive or wealthy enough to sustain a decent population. Surprisingly for a star system bypassed by the hypernet, the cold fourth world had more human activity than had once been the case according to the old Syndic records the Alliance fleet had seized at Sancere. “Are there any indications regarding the POW camp on the third planet?”

The operations watch-stander nodded. “Yes, sir. It’s still there, still occupied, and we’re picking up message traffic that indicates it still holds Alliance prisoners.”

“It looks like we will be visiting the third planet after we deal with these Syndic flotillas, then.” The middle ranges of Heradao Star System were empty except for a few asteroids and the Syndic craft. The next planet out was a super gas giant well over three light-hours distant from the star. With all of its moons, the super gas giant resembled its own solar system, and was nearly big enough to have become a brown dwarf star itself. Apparently the giant had sucked up everything else in the outer reaches of the star system. Geary wondered if its larger moons in wide orbits had once been planets themselves before the giant captured them.

A lot of Syndic activity could be seen around the gas giant, currently orbiting on the other side of Heradao’s star from the Alliance fleet, indicating substantial off-planet mining and manufacturing under way. But diverting to that gas giant to loot its mines for raw materials to fill the bunkers of the auxiliaries would take the fleet too far from the path to the jump point for Padronis.

“Do we have to fight?” Rione suddenly asked. “Can’t we just race past the Syndic defenders? You’ve told me that velocities above point two light speed cause so much relativistic distortion that Alliance and Syndic targeting systems can’t compensate well enough to reliably hit other ships. If this fleet heads for the jump point for Padronis at a high enough velocity, the Syndics won’t be able to do damage to us.”

“Or us to them,” Desjani muttered too low for Rione to hear.

Geary thought about it, then shook his head. “It’d be too easy.” Before an incredulous Rione could say anything else, he pointed at the display. “The Syndics know how badly we need to reach that jump point. They know we could try blowing past them, and they’ve had time to prepare for that.”

“What could they have done?” Rione asked, then frowned. “Mines?”

“Yeah. Mines. Look at that small flotilla there between the main Syndic group and the jump point for Padronis. They’re in a perfect position to track our trajectory past the main flotilla and plant mines along our path. If we were going fast enough that the Syndic targeting systems couldn’t hit us, we’d also be going so fast that our own systems wouldn’t have any chance of spotting those mines, or any others already laid along our probable tracks between the jump exit where we arrived and the jump point for Padronis. They could drop the mines right in front of us along our track in

as dense a pattern as they could manage.”

Desjani was frowning now. “They shouldn’t have that many mines left, but they could have transferred everything from the other warships onto that small flotilla.”

“If we did strike a minefield, there’s no telling which ships might get hit,” Geary added, “and the higher impact velocity would increase the force of the mines.”

Rione stared past him for a moment, her brow furrowed in annoyance. He didn’t have to say openly that *Dauntless* could be the victim of such a mine strike, and *Dauntless* had to get home. “What’s your plan then?”

“I don’t know yet.”

“You knew we were likely to encounter the Syndics here. You must have planned something.”

Geary felt a familiar headache starting, while, unseen by Rione, Desjani rolled her eyes. “Madam Co-President, I knew I’d probably find the Syndics here, but I didn’t know in what strength or how they’d be positioned. Unless we found them waiting at the jump exit and had to fight right off the bat, I knew I’d have to develop a plan once I saw the situation.”

“How long will that take?” Rione pressed.

“Madam Co-President, has anyone ever told you that sometimes you can be extremely demanding?”

She smiled with mock sweetness. “Thank you for the compliment. But we were talking about your plan, not me.”

“I’ll let you know. We’ve got time to think, and I won’t waste that.” Geary stood up and nodded to Desjani. “We’ll stay on course for the jump point for Padronis. I’m going to walk around and think a bit. If you get any ideas, or the Syndics react to our presence, give me a hail.”

“Yes, sir.”

He gave Desjani a suspicious look, but this once “yes, sir” appeared to mean nothing but that.

Geary walked the passageways of *Dauntless*, returning salutes and greetings from the crew almost absentmindedly as he thought. The basic problem was that the Syndics had been learning and adapting to his tactics. He couldn’t count on any more brainless charges straight for the center of the Alliance formation that would allow the Alliance fleet to bring to bear all of its firepower just where Geary wanted it.

There were ways around that, ways to confuse and out-maneuver the Syndics, but all of those ways required more use of fuel cells. A fleet wasn’t supposed to find itself in a situation where fuel-cell reserves were so low. But like many other things that weren’t supposed to happen, he had to deal with that reality.

His steps took him through many passageways, across the width of the ship more than once, past living areas and hell-lance batteries, and no inspiration struck. Neither

did Desjani call with some concept that might work. He thought that in some ways she still had too much confidence in him, too much certainty that the great Black Jack Geary would manage with the help of the living stars to pull yet another rabbit out of his hat just when that rabbit was desperately needed.

Finally, Geary paused, took his bearings, and headed for the one place where he might receive wisdom beyond that of anyone in the fleet.

Down here, as deep within *Dauntless* as any compartment could be, as well protected as any part of the ship, were the small rooms where comfort and guidance could be sought. Geary didn't know for certain why he'd come here now. It never hurt for the crew to see their fleet commander displaying proper piety, but anything that might smack of public displays of worship had always bothered him. It could also backfire if the fleet concluded that he was not so much pious as desperate for advice. Especially since there was some truth to that.

Geary closed the door and sat in one of the tiny, private rooms on the traditional wooden bench, his eyes fixed on the flickering flame of the candle he had lit to help warm the spirits of his ancestors. "As far as I know," he finally said out loud, "none of you were legendary military commanders. I'm still not sure how I got stuck with the title. The odds are against us here, the fleet's fuel supplies are so low that I can't afford fancy tricks to sucker the Syndics, and the enemy has clearly been studying what I've been doing in battles and are trying to counter that. I fear that the best outcome here would be a bloody engagement in which this fleet would be victorious but decimated. The worst outcome . . ."

He shrugged. "I need something new. Something unexpected. The only thing I can think of that the logistics situation would allow is surprising the enemy with an attack in the style this fleet had grown accustomed to, straight into the teeth of the Syndic flotilla. But even if that worked, the cost could be huge. My battle cruisers can't take that kind of engagement on top of the damage they're already carrying, and I don't have enough battleships to form a shield for the battle cruisers."

Geary sat for a while, watching the candle grow shorter. "Too bad I can't just throw the battleships at the Syndics, but even they need support against that much Syndic firepower. The battle cruisers would have to be right beside them even though it doesn't make sense for them to charge into that kind of hornet's nest. But I've already seen that my battle-cruiser captains will still do that even against orders because they think their honor requires it. I need the battle cruisers to avoid direct charges at the enemy, I need to hit the Syndics with my battleships, and I need to keep the Syndics guessing. But how do I do all of that, especially without complicating the battle beyond my ability to control it? I lost the bubble at Cavalos, let myself get overwhelmed by the complexity of the battle and couldn't make any decisions for far too long. If that happens here, the results could be a lot worse. I need

some different approach.”

A different approach. How to build it? What were his advantages? Not numbers, not firepower, not munitions, not fuel. No friendly bases within reach. Ship for ship, the Syndic warships were roughly comparable to their Alliance counterparts, although Syndic Hunter-Killers were significantly smaller and less capable than Alliance destroyers. But then the Syndics tended to have superior numbers of HuKs on hand because they were smaller and cheaper. The Alliance warships had a lot better onboard capability for damage control and repair, but even that required time for repairs to be made before the Syndics hit a badly damaged Alliance ship again.

It took a minute to come up with an advantage for the Alliance fleet. *The quality of my sailors is superb. They're more experienced than has been the norm in the last several decades since crews tended to die before they acquired too much skill. But I've kept mine alive.*

*Most of them.*

*And they'll fight like hell, and they'll fight to the death. Some of my subordinates are also good leaders. All of the ship commanders will listen to me now. I can count on their carrying out my orders. Within limits.* He paused, trying to come up with something else, then remembered the Syndic guard flotilla destroying the hypernet gate at Lakota when the Alliance fleet was light-hours distant. *And the Syndics are scared of me. Admit it. It's an advantage for us. They expect me to do something unexpected, to do things that no one else can do.*

*How to use that? What unexpected things are still left to try with the force limitations I have to deal with? Too bad I can't figure out a smart way to fight the kind of battle this fleet was used to fighting before I took command, charging straight into the enemy. After watching me command engagements at stars from Kaliban to Cavalos, the Syndics would never expect . . .*

*Can I do that?*

He watched the candle flame dance, ideas swirling through his mind. *There might be a way. It wouldn't be cost-free in terms of fuel cells, but it wouldn't cost nearly as much as any alternatives, if the ships and the maneuvering systems can handle it, and if I can construct the necessary orders before we reach the Syndics.*

*And if Desjani doesn't kill me when she finds out what my plan would mean for Dauntless.*

*Thank you, ancestors. I heard you.*

Rising, Geary bowed toward the candle, snuffed it out, and hurried toward his stateroom. He had a lot of simulator work to do.

IT took a while. He had to keep trying different approaches, and the maneuvers were far too complicated for any human to have worked out unaided by the fleet

combat systems. When he viewed the resulting maneuvering commands, the dizzying mix of vector and speed changes didn't produce any coherent picture at all. But when he ran the commands for the final product through the simulator, the results looked right even though his professional experience and training cringed at the idea of so many ships weaving through each other at high speed immediately prior to contact with the enemy. Still, everything was within the performance capabilities of his ships, even the lumbering fleet auxiliaries and the damaged warships because he'd minimized their required changes in courses and speeds.

He could imagine how his old instructors would have reacted to his plan. *The concept is far too simple and the execution far too complicated.* His protests that it was the best option left to him would have produced stern lectures to avoid getting into situations where the best option was something like this. Which advice was all very well in theory or peacetime practice, but the real universe, a century of war, and the long retreat from the Syndic home star system had left him this harsh practical reality to deal with.

He checked the time and the location of the Syndics, for once grateful for the long delays caused by the huge distances in space. Desjani had called to tell him that once the Syndics had seen the arrival of the Alliance fleet four hours after it exited the jump point, the enemy flotilla had turned onto a vector that would intercept the Alliance warships if they continued toward the jump point for Padronis. A light-hour behind them, the smaller enemy flotilla had eventually turned onto a similar course. Both Syndic formations had held their velocity to point zero eight light speed, the same velocity at which the Alliance fleet was moving, the forces closing on each other the entire time in which Geary thought and ran simulations. At a combined closing rate of point one six light speed, the Alliance fleet and the Syndic flotilla would require about twenty more hours to come into contact.

The downside of the Syndic decision to hold their velocity to point zero eight light was that they were obviously trying to improve their chances of getting good hits in when the fleets clashed. They were willing to wait a little while to ensure maximizing damage on the Alliance fleet.

Geary sat down, calling up the commands for the battle and reviewing them again anxiously before calling *Dauntless*'s bridge. "Please tell Captain Desjani that her presence is requested in my stateroom."

He waited, watching the enemy, wondering how these Syndics would maneuver to contact and during the battle, until his hatch alert chimed and he allowed Desjani to enter.

Her eyes went immediately to the display above the table. "What's the plan?" Desjani asked. From the look of her, she'd reined in her curiosity as long as she could.

“It’s . . . complicated.” True enough. Especially once Desjani saw where *Dauntless* would be when the fleets clashed.

“I can check it.”

“I’d appreciate it if you did.” He grimaced, not happy with knowing how she’d react. “I’m trying something new.” Geary fell silent, gazing at the display.

“All right, sir,” Desjani finally said. “That’s not a problem. But if you want my input, I need to see the maneuvering plan.”

Just as he’d once been told, when Desjani locked on a target she didn’t let go. Besides, he did want her input. Best to get it over with now. “Okay. I just caution you again that this is a new approach.”

She was obviously puzzled. Geary looked down, sighed, then punched the commands to play out the intended maneuvers during the initial encounter with the Syndics. Desjani watched, her eyes widening with disbelief as the Alliance fleet’s formation dissolved into an apparently chaotic swarm as it approached contact with the enemy. As the warships of the Alliance fleet re-formed at the last moment, she watched intently, then her expression froze. “You’re—” She didn’t seem to breathe for a moment before speaking in a tone so flat it sounded almost lifeless. “Sir, I must respectfully inquire as to whether I or my ship have lost your confidence.”

“No. Not at all.”

“Sir, this plan—”

“Will allow the battleships to do what they do best.”

Desjani’s face reddened. “Battle cruisers do not go into combat behind other ships! We lead the way!”

“Not this time.” He could see how tightly her hands were clenching into fists. “Captain Desjani, I need to hit the Syndics in a way they don’t expect without getting my own fleet wiped out in the process. I am not putting the battle cruisers in a secondary position in this engagement. Run the next set of commands.”

She didn’t look at him as she did so, then took in a long breath. “As you say, this is an unusual plan.”

“That’s the idea.”

“I understand why you don’t wish to communicate this to the other battle cruisers in advance. They’ll be extremely unhappy. As am I. But I will follow my orders, Captain Geary.” Desjani seemed slightly mollified but still sullen, and didn’t look at him.

“Thank you, Captain Desjani. I would not wish to be on any ship but *Dauntless* in any circumstances.” She didn’t respond, and he wondered if he should say more, but he’d said what he believed. “Do you think the plan is sound?”

He could see her trying to control her emotional reactions, trying to focus on the plan as an abstract. “If our ships can actually carry out these maneuvers in the time

and distance allotted, then it will certainly surprise the Syndics . . . as much as it does some of our own ships.”

“The maneuvering systems say our ships can do it.”

“In theory.” She gave Geary a hard look. “This will have to be done totally on automatic controls. No ship-handler in the fleet could possibly execute this without disastrous results.”

“I understand.”

“Sir, please, *Dauntless* can be farther forward.”

“She will be when we split the formation. Tanya, it’s one lousy firing run. How many battles have we fought on this ship together? How many times has *Dauntless* led the way, held the center of the formation while the Syndics aimed right at us?”

Desjani kept her head bowed, glaring at the deck. “I don’t suppose I should have expected you to understand.”

“Dammit, Tanya, in a perfect world I’d bend the heavens to make you happy, but I have responsibilities to this fleet and to the Alliance. This would be one hell of a lot easier if I was on any other ship talking to any other captain, but I can’t let my personal feelings dictate this decision.” Desjani stiffened, and he gritted his teeth. His last statement could refer to professional respect and friendship, but could also be seen as a careless allusion to something neither he nor she could admit to, talk about, or base any actions on. Geary refocused his argument onto impersonal reality. “*Dauntless* has to make it home, because *Dauntless* carries the Syndic hypernet key, and that can’t be duplicated until we reach Alliance space. I cannot put *Dauntless* in a position that would virtually guarantee her destruction. Nor do I have to, since no one could possibly claim that *Dauntless* and her commander have been anything but honorable and in the forefront of every fight.”

She stayed quiet for a while, then glanced sidelong at him. “You’d bend the heavens?”

Startled, Geary nodded. “If I could.”

“I may hold you to that.” Desjani straightened and saluted. “*Dauntless* will do her duty, as will her captain. It’s a good plan, sir. It’ll surprise the enemy, and more importantly, it should hurt them.”

“Thanks.” He returned the salute, sighing with relief as Desjani left.

Though he did feel a twinge of worry as he wondered just what “hold you to that” might mean.

“I assume you now have a plan?” Rione asked.

Geary, once more seated in the fleet command position on *Dauntless*’s bridge, turned to nod at her. “It’s a surprise.”

“Wonderful, but apparently it’s intended as a surprise to your own ships as well as

those of the enemy?”

“To some extent.”

“Since we’re less than an hour from contact, I suppose we’ll all find out what you intend before much longer.” Desjani was maintaining a poker face, but it appeared even that gave something away to Rione. “Those of us who aren’t already in your confidence that is.” Rione settled back, looking outwardly unconcerned.

Desjani waited a few minutes, then leaned close to Geary to speak inside his privacy bubble. “I need to apologize to you.”

“No, you don’t. I expected your reaction to be a lot worse, if you want to know the truth.”

“That’s not what I mean.” She glanced toward Rione. “I wondered if you’d held *Dauntless* back at her urging, to keep the Syndic key safe. I should have realized you wouldn’t do that. I’m sorry for thinking it.”

“That’s all right. Now keep your head in the game, Tanya. This is going to be a tough one. I need you at your best.”

“You always get my best, sir.” She grinned and settled back into her captain’s seat.

Half an hour to contact. Twelve hours ago Geary had deliberately set up the Alliance formation as virtually a mirror image of the Syndics’, with four subformations flanking a central subformation. He’d have to move soon, but not too soon. The Syndics had held their own course and speed, swinging in toward a head-on encounter with the Alliance fleet’s own central formation even though they surely expected Geary to make some last-minute changes to his fleet’s vectors.

“Do you want to address the fleet?” Desjani asked in a way that implied he did whether he realized it or not.

“Good idea.” He paused for a moment to order his thoughts, then hit the fleetwide circuit. “All ships in the Alliance fleet, this Syndic flotilla stands between us and home. What we lack in supplies we make up for in experience and spirit.” He wasn’t following in the footsteps of Captain Falco’s sort, who thought “fighting spirit” magically multiplied the capabilities of a fighting force. But it did matter, it did make a difference, as long as you didn’t assume it provided mystical protection against enemy firepower. Experience, on the other hand, could make a tremendous difference. “These Syndics won’t stop us here because this day we will add another victory to the annals of the Alliance fleet.”

He ended the transmission, feeling uncomfortable at using such high-sounding words, then saw Desjani looking at him approvingly. “You always give good speeches before an engagement, sir. Short, direct, and powerful.”

*I do?* “Thank you, Captain Desjani. I meant every word of it.” He wondered if the last part sounded defensive.



She seemed startled by it, though. “Of course you do. We all know that. You’ve proven it. In any event, we’ve all had plenty of experience with hearing long speeches. It always seemed to me while listening to them that anyone who really believed what they were saying could get it said in a lot fewer words.”

“You may have a point there.”

Rione unexpectedly chimed in, her tone dry. “She does have a point.”

Not looking back, Desjani frowned, then, with a glance at Geary, gestured everyone on the bridge to silence.

He barely noticed, concentrating on the movements of the opposing forces sweeping closer to each other. The maneuvering systems were counting down a recommended time to initiate the maneuver, but Geary was matching that against his own experience, his own gut feelings for the right moment, factoring in the time required to send the command to begin carrying out the package of commands he’d already forwarded to all of the other ships in the fleet.

Still no change from the Syndics. They’d done that at Cavalos, too. Whether or not the CEO in charge of their flotilla knew that it had given Geary problems at Cavalos, he or she was following the same tactic here, holding off on a course change until the last possible moment to frustrate whatever plan Geary had developed.

One minute to recommended time to initiate maneuver. He frowned at the countdown, feeling a nagging instinct that it was a little too tight. He had to time this right, not perfect-world right but real-world right, all while not knowing how the Syndic CEO would react. But he’d fought the Syndics enough now that he had good grounds for guessing, so Geary waited, letting his instincts speak as his eyes watched the Alliance fleet and the main Syndic flotilla rushing together. Waiting. Waiting.

At ten seconds before the recommended time to pass the command his thumb twitched without conscious thought, activating the comm circuit. “Formation Indigo Two, Formation Indigo Three, execute maneuvering orders package one effective immediately.” He paused, then called out again. “Formation Indigo One, execute maneuvering orders package one effective immediately.” Wait. Seconds ticked by as *Dauntless’s* bow pitched upward. “Formation Indigo Four, Formation Indigo Five, execute maneuvering orders package one effective immediately.”

On his display, Geary could see the smaller subformations above and below the Alliance fleet’s main body losing their shapes and collapsing toward the main body as that formation rose to meet them, its warships also leaving their positions as they altered course. The Syndic CEO would see all that beginning to happen, a few minutes delayed since the fleets were still that far apart, and either believe that the Alliance fleet was aiming for a firing pass above the Syndic box or trying to vault past the top of the Syndic flotilla. That CEO would have to decide whether to alter course slightly upward as well, and know that there were only minutes to decide.

The one thing he wouldn't expect was for the Alliance fleet to steady out and aim straight for a head-on intercept against the center of the Syndic flotilla. That was the sort of damn-the-missiles, straight-up-the-middle charge that had become common on both sides as the training and skills needed to carry out more complex maneuvers were lost in increasingly bloody battles. Commanders who knew only one way to fight had followed that way, depending on "fighting spirit" to overcome bad odds and enemy firepower. Courage and honor were the watchwords, making possible horrible slogging matches in which one side or the other eventually prevailed at awful costs in ships and personnel.

Geary had never done that. He'd brought with him from a century before the expertise to fight intricate battles across vast reaches of space, coordinating the movements of different formations despite time lags of seconds, minutes, and even hours in communications and information. Despite its initial resistance, the fleet had followed his lead. Most of the fleet, anyway. The closest he'd come to ordering an attack into the teeth of the enemy had taken place at the first battle of Lakota, and it had been only after a series of maneuvers had fooled the Syndics into spreading their formation so wide that their middle was weak and unsupported by flanking units.

No, the Syndics knew that Geary didn't attack up the middle in the opening of an engagement. They knew that of all the options available, he wouldn't do that.

So that's what he was doing.

The Alliance fleet's main body and the two upper subformations kept dissolving and merging together, every ship breaking from its position relative to *Dauntless* and swinging onto a wide variety of course and speed vectors as *Dauntless* herself kept her bow swinging past up, over, and down slightly. The battle cruiser's main propulsion units slammed into action briefly, slowing her and allowing other Alliance warships to take up position on the side closest to the oncoming enemy.

Beneath them, the other two Alliance subformations had also dissolved, their ships rising to meet the main body and moving toward their own new positions.

"Can we really get this done before contact?" Desjani inquired tonelessly.

"I hope so."

"Why do you think the Syndic flotilla will rise to meet what seemed to be your path?" Rione asked.

Geary kept most of his attention on the movements of ships as he answered. "It's a natural human instinct. If someone tries to rise over us, we try to rise to match or overreach them." Even humans raised entirely in space showed the same bias even though the designation of up and down in star systems was purely arbitrary, *up* being above the plane of the star system and *down* being below it. "If the Syndic CEO follows their instincts in the very short time they've got to react, we'll have them."

With the rest of the fleet's ships braking, the massive hulls of the Alliance

battleships were passing through them and forming up into a slightly curved wall leading the fleet, around them clustering a swarm of Alliance destroyers and heavy cruisers.

All around *Dauntless*, other battle cruisers were sliding into place, their commanding officers only now realizing that they were positioned well behind the battleships. Geary had no trouble imagining the outrage that would be blossoming on those battle cruisers, but they wouldn't have time to do anything about it before contact with the enemy.

Just behind the battle cruisers, the four auxiliaries were surrounded by the shapes of the four most badly damaged Alliance battle cruisers, other battered Alliance warships, and every heavy cruiser.

“Estimated time to contact twenty seconds. We have incoming transmissions for Captain Geary from *Daring*, *Victorious*, *Implacable*, *Illustrious*, *Inspire*, *Intrepid*—”

He'd obviously underestimated the outrage of his battle-cruiser captains and how quickly they'd move to vent that outrage. Desjani was being obvious about not saying, *I told you so*, as Geary hit his command override on the communications controls, his eyes on the Syndic formation, which had tipped upward slightly, just as he'd expected. The Syndic commander had hoped to bring a lot of firepower to bear on the Alliance fleet as it tried to rush past above the Syndic formation on one of the slashing firing passes Geary had often used, the heaviest Syndic firepower concentrated at the top of the formation. But the latest Alliance maneuvers had brought the concentrated Alliance fleet on a vector aimed straight at the center of the Syndics instead.

And the Syndics had no time to react.

“All units, we are less than twenty seconds from contact with the enemy. All battleships are to concentrate their fire on enemy capital ships. We need their shields down. Battle cruisers are to strike the death blows on those capital ships. If all capital ships within range have been eliminated, engage targets of opportunity as they enter weapon envelopes but conserve specter missiles.” Geary's eyes flicked toward the time readout. He had to give the next maneuvering order before the fleet passed through the enemy flotilla even though it wouldn't be executed until afterward. “All units, execute maneuvering package two at time one four.”

“Estimated time to contact ten seconds. Five seconds.”

The Syndics were ahead, then behind, the moment of contact incredibly brief, automated targeting systems aiming and firing as the warships tore past each other at a combined speed of almost sixty thousand kilometers per second. *Dauntless's* hull shuddered as enemy hits registered on her shields. Geary tried to remain focused on the big picture as watch-standers called out reports.

The Syndics had volleyed missiles and grapeshot at the expected position of the

Alliance fleet, the great majority of those shots passing overhead as the Alliance warships went beneath them. By contrast the Alliance grapeshot couldn't miss, slamming straight into the comparatively weak center of the Syndic flotilla. At short range and with the Alliance formation so compact, the dense barrage of steel ball bearings it had fired annihilated the light cruisers and HuKs in its path, blossoming flashes of light marking the deaths of the escorts. More lights flared as Alliance grapeshot slammed into the shields of the Syndic heavy cruisers, battleships, and battle cruisers in the center of the flotilla. As the opposing warships shot past each other, hell lances tore into targets and from the Alliance battle cruisers and battleships null fields blossomed to engulf parts of the Syndic combatants.

Syndic counterfire had lashed out, pummeling the massive shields and armor of the Alliance battleships. After the battleships had absorbed the first volleys, Syndic fire had flailed at the following Alliance warships, weakened but still deadly.

It had all taken only a fraction of a second, in which humans could only trust to the strength of their defenses, the accuracy of their automated targeting systems, and their luck. Now, as the Alliance formation and the Syndic flotilla raced away from each other, Geary watched as the fleet's sensors evaluated the results.

The seven Syndic battleships and three battle cruisers anchoring the center of the enemy flotilla had faced thirty Alliance battleships and battle cruisers. Outgunned three to one and without the null fields, which gave the Alliance an advantage at very short range against ships whose shields had been weakened, the Syndics had suffered the inevitable result. All three Syndic battle cruisers had exploded, along with two battleships, another battleship had broken into three large pieces, and the remaining four battleships were drifting, badly shot up, displaying the huge bites in their hulls that marked null-field hits, and showing few systems left operational.

The list of disabled or destroyed Syndic cruisers and HuKs was gratifyingly long. The center of the Syndic flotilla had simply disappeared.

"Executing maneuvering package two at time one four," Desjani announced, the excitement of battle finally breaking through her aggravation with Geary.

He simultaneously checked the Alliance fleet's status and the movements of the Syndic flotilla. The Syndics were swinging their formation to the right and around, keeping the four corner formations slaved to each other, probably expecting the Alliance ships to keep heading for the jump point. But instead, the big Alliance formation was dissolving again, the battle cruisers, light cruisers, and many of the destroyers angling down as they coalesced into a new formation, while the battleships, heavy cruisers, auxiliaries, damaged warships, and the rest of the destroyers closed up on each other and bent their track upward.

Geary felt like he'd swallowed grapeshot as his display pulsed with alerts reporting heavy damage or destruction of Alliance warships. A bright symbol in the

wake of the Alliance fleet marked the spreading debris field that was all that was left of *Exemplar*, his last scout battleship. Smaller than battleships, bigger than cruisers, the scout battleships must have made sense to somebody but had suffered from the compromises in their design. Like her sister ships destroyed in previous engagements, *Exemplar* had been large enough to draw extra enemy fire but too small to withstand it.

None of the Alliance battleships were out of commission, but the Syndics had concentrated their fire on *Resolution* and *Redoubtable* as the Alliance battleships engaged them, and both of those battleships had taken major damage forward. *Resolution*, having also suffered propulsion damage, was trying to keep up with the fleet but sliding backward relative to the other warships.

In the wake of the fleet, the battle cruiser *Incredible* drifted, having suffered even more damage as she protected the auxiliaries. She still had some weapons operational, but otherwise was a sitting duck, her crew doubtless praying that the battle would remain clear of *Incredible* until they could get some propulsion units back online.

Heavy cruisers *Tortoise*, *Breech*, *Kurtani*, and *Tarian* were knocked out, with nothing left of the first two but pieces of wreckage. Light cruisers *Kissaki*, *Crest*, and *Trunnion* were gone, and destroyers *Barb*, *Yatagan*, *Lunge*, *Arabas*, and *Kururi* had been destroyed.

There was simply no time to review all the lesser damage inflicted during the first firing pass.

Where the formations had clashed, swarms of escape pods filled space, Alliance survivors of destroyed ships intermingled with Syndics who had abandoned their own disabled craft.

Worst of all, with a second volley of missiles fired just as the forces passed through each other, the Syndics had finally scored serious hits on one of the ships Geary could least afford to lose. “*Goblin* has lost all propulsion units,” the operations watch reported. “Serious damage aft from two or three missile hits. Estimated time to regain partial propulsion is at least one hour.”

Geary watched the auxiliary’s track through space as, unable to alter its course or accelerate, the stricken *Goblin* followed the path of the wreckage and derelicts from the engagement, curving away from the rest of the Alliance warships. Running out *Goblin*’s path and comparing it to the movements of the Syndics produced a simple and unpleasant result. “*Goblin* doesn’t have a chance. Can anyone confirm for me that the most probable estimated time to the Syndics hitting *Goblin* is twenty-five minutes?”

“Confirmed, sir,” the operations watch responded immediately. “I have twenty-four minutes on my estimate.”

Way, way short of the hour *Goblin* needed to get moving again, and in any event the lumbering auxiliary couldn't have escaped even if half of her propulsion units miraculously popped back online at this moment. Nor could the Alliance fleet get back and around in time to try to prevent a Syndic firing pass on *Goblin*. Geary sighed and tapped his controls. "*Goblin*, this is Captain Geary. Recommend you begin abandoning ship immediately and set power core for overload in about twenty minutes." He planned to win this battle, but the outcome remained in doubt, and he couldn't risk the Syndics' capturing *Goblin* intact.

*Goblin's* answer came half a minute later. "Sir, we're trying to load what fuel cells are left on board onto our heavy-lift shuttles. We might be able to get them out. Our repair crews are trying to get one of the propulsion units back online."

Desjani made a disbelieving sound. "Those heavy-lift birds can't get clear of the Syndics. They don't have the speed even if they're empty."

Geary nodded. "*Goblin*, the heavy-lift shuttles are far too slow and will be magnets for enemy fire. They cannot escape, and anything on them will be lost. One propulsion unit can't save your ship, and the fleet can't get back to you in time to cover you. You're an engineer. Do the math. Get your people off that ship while there's still time. You may regard that as an order if that makes the decision easier."

This time *Goblin's* reply took an extra minute and sounded resigned. "Yes, sir. I'm ordering all personnel to the escape pods now. Setting power core to overload in . . . eighteen minutes."

"Sir, *Incredible's* commanding officer informs us that he has given orders for nonessential personnel to abandon ship."

"Very well," Geary responded. The situation didn't leave any other choice.

"*Resolution* cannot keep up with the fleet. She's declaring her intention to close on *Incredible* and provide support."

"Approved. Tell *Resolution* and *Incredible* that we're going to try to keep the Syndics busy." Geary concentrated on the movements of the Syndics and his own two formations as the three groups of warships swung through the huge turns required at velocities still close to point zero eight light speed. As the Syndics came around to the right, a cluster of battleships began sliding over to fill the gap where the center of their flotilla had been, then apparently halted halfway between its old positions and the center.

"They're confused," Desjani said scornfully.

"That's the idea."

Rione's voice came from the back of the bridge. "Why are they confused? You've put our fleet into only two formations instead of up to six as you have in the past."

"It's how those formations are constituted," Geary advised her. "One is built around all of our battleships, slower and massive, obviously configured to slam right

into the heart of the Syndic flotilla again. But the other formation contains all of our battle cruisers, swift and agile, obviously configured to hit the edges of the Syndic flotilla.”

“I see.” Rione smiled with one side of her mouth. “They don’t know where you’ll hit, so they don’t know where to put their heaviest firepower.”

“Exactly.” Geary shook his head as he watched the Syndics. They’d been expecting the Alliance fleet to turn back toward the jump point for Padronis, but instead found themselves lining up with the Alliance battleship formation to one side and above them, while the Alliance battle cruisers were to the other side and beneath. “I don’t think I should punch the battleship formation through the middle of the Syndics again. Not yet, anyway. If the Syndic commander reacted quickly enough and collapsed his flotilla around the center he could hurt our battleships badly.”

Desjani thought about it, then nodded. “I agree. May the Alliance battle cruisers lead the way *this* time, Captain Geary?”

“Yes, Captain Desjani. Let’s do that, while I bring the battleships around to hit the Syndics from another angle.”

“Captain Geary, sir, *Resolution* and *Incredible* request that you leave plenty of Syndics for them.”

Desjani laughed, and even Geary grinned despite his tension. “Tell them that shouldn’t be a problem, Lieutenant.”

Led by Captain Tulev’s Second Battle Cruiser Division, the fifteen remaining operational Alliance battle cruisers and their light cruiser and destroyer escorts angled upward and to the right, while Geary ordered the battleships to come left and accelerate. The battleship formation moved much more sluggishly, both because of the massive battleships and because it included the three remaining auxiliaries in the fleet. Hopefully, he’d compensated properly for that in his orders.

The Syndics were continuing their turn, angling slightly downward. Geary adjusted the track of the battle-cruiser formation to counteract the Syndic maneuvers, increasing the angle of the Alliance attack so it was climbing almost straight up toward the enemy.

The Alliance battle-cruiser formation screamed upward at the rear bottom corner of the Syndic flotilla. “They’re braking!” the operations watch-stander shouted at the last moment before contact, too late for anyone to react. At the velocities they were all traveling, both sides noticed the changed vectors too late for either group of warships to compensate.

Instead of racing past outside the corner of the Syndic flotilla, the Alliance battle cruisers slammed through that corner. The automated maneuvering systems managed to avoid collisions, which would have instantly vaporized the ships involved, but the Alliance battle cruisers still ended up enduring close passes against enemy

battleships.

The four Syndic battleships anchoring that corner threw out a barrage of hell-lance fire that tore apart *Steadfast*, riddled *Intrepid*, and hammered *Inspire*, while *Illustrious* took more damage on top of that suffered at Cavalos, and *Courageous* spun out of control as the Alliance warships cleared the Syndic formation.

“*Intrepid* thinks she can keep up but all of her combat systems are out,” *Dauntless’s* combat watch reported. “*Inspire* has full maneuvering but has sustained heavy damage to weapons systems. We can see escape pods leaving what’s left of *Steadfast*.”

“What about *Courageous*?” Geary demanded.

“No communications, sir. She’s off the fleet net. Sensors register all systems dead.”

Along with who knew how many of her crew.

“Roberto Duellos is very hard to kill,” Desjani commented.

“Let’s hope so.” Geary shoved his worries for Captain Duellos to the side and grimly focused on the Syndic flotilla. The Alliance battle cruisers had been hurt, but had also been able to hit the corner of the flotilla with a lot of firepower. The two Syndic battle cruisers there were both too badly damaged to keep fighting, and one of the enemy battleships had taken enough hits that it was falling out of formation, while another seemed as badly off as *Intrepid*, able to maneuver but otherwise badly hurt. Most of the Syndic light cruisers and HuKs in that corner of the flotilla had been knocked out or destroyed, but there were more Alliance escorts also missing now or helplessly falling behind.

Fortunately, the Syndic maneuvers that had put the Alliance battle cruisers badly out of position had also positioned the Alliance battleship formation to hit another corner of the Syndic flotilla head-on. This time the four Syndic battleships there were not only badly outnumbered locally but facing warships as heavily shielded and armored as they were. *Gallant* and *Indomitable* were the focus of the enemy fire, and both suffered damage as their shields failed in spots and Syndic grapeshot or hell lances made it through to their hulls. But as the Alliance formation opened the distance again, they left three of the four Syndic battleships out of action and three Syndic battle cruisers in pieces.

“That more than evens the odds,” Desjani remarked.

The rest of the Syndic flotilla swept toward *Goblin*, which vanished into a ball of fragments a moment later as its power core overloaded. Beyond where *Goblin* had been, *Resolution* and *Incredible* threw out everything they had left at the approaching Syndics.

Geary involuntarily closed his eyes as a corner of the Syndic flotilla tore past *Resolution* and *Incredible*. When he opened them, he was astonished to see that both



Alliance ships were still there. “They survived? That’s . . .”

“Incredible?” Desjani murmured. “*Resolution* shielded *Incredible* as much as she could. She got shot to hell, and *Incredible* took more damage, but the Syndic intercept must have been far enough off to save both ships.”

Luck had saved *Resolution* and *Incredible*, but a moment later the gods of war favored the Syndics. “Damn,” Desjani commented. “There goes *Intrepid*.” Missiles had leaped out from the Syndic formation during the last firing pass, aiming at the projected course for the Alliance battle cruisers. Because of the last-minute vector changes, most of those missiles had been too far off the Alliance track to get hits and had curved through space, chasing the Alliance ships. Many of the missiles were destroyed as their slow relative speeds in a stern chase made them easier targets for the Alliance escorts, but one made it through to the already heavily damaged *Intrepid*. The stricken battle cruiser seemed to buck as the missile hit her dead astern, smashing her propulsion units. *Intrepid* spun off to the side, her weakened structure visibly buckling under the stress of the impact and the sudden changes in course and speed. “She’s not going to be recoverable, sir.”

Desjani didn’t seem shaken by the losses of *Intrepid* and *Courageous*, but then Geary knew that she’d seen far worse. “Let’s avenge her.” He tried to relax, watching the tracks and projected paths through space, attempting to factor in the seconds of time delay in the images he was seeing. “Formation Indigo One, come right two five degrees, down one six zero degrees at time five three.” The Alliance battle cruisers came up and over, swinging down and to the side for another pass at the Syndics.

The Syndic commander was trying to concentrate what was left of his flotilla, bringing the ships together until the group of enemy warships once again almost resembled a square box, though a much smaller one than the Syndics had started with. At the same time, he tried a tight maneuver, rolling the entire formation up and around to the left to face the Alliance battle-cruiser formation.

“Bad move.” Desjani bared her teeth. “We look like an easier target, but we’re faster than he is. That’s not a very experienced commander.”

“Neither are some of his captains, apparently,” Geary replied, watching the Syndic warships scramble to get into position and carry out the major changes of their vectors. One of the Syndic battleships blundered into a Syndic heavy cruiser, causing most of the heavy cruiser to disappear in a flash of light while the battleship reeled away with major damage. “One more down.”

The intended compact Syndic square spread and warped out of shape as the Syndic flotilla failed to make the turn.

“Formation Indigo One, come right two zero degrees, up one five degrees at time zero six.” The Alliance battle cruisers raised their bows slightly as they turned, sliding around to aim for an intercept of one side of the flailing Syndic flotilla.

“Formation Indigo Two, come left two eight five degrees, up two one zero degrees at time zero eight.” The battleships, now well below the Syndics, began turning upward as the Alliance battle cruisers closed on the enemy again.

This time, with the enemy caught in temporary disarray, the Alliance battle-cruiser formation roared past one corner of the Syndic flotilla at almost perfect range, lashing out at the exposed Syndic warships with a large local superiority in firepower.

*Dauntless* shuddered heavily in the wake of the firing pass. “One Syndic missile got through, Captain. Damage aft. Hell-lance battery six bravo out of commission. Reduced capability from main propulsion unit alpha.”

“Can we keep up with the formation as it maneuvers?” Desjani demanded.

“Engineering is boosting output from the remaining main propulsion units, Captain. Damage control teams are reinforcing damaged hull sections. Damage control central requests we avoid major maneuvers for the next ten minutes.”

“Tell them to make it five!”

“Yes, Captain. Five minutes.”

*Illustrious*, still carrying plenty of damage from the fight at Cavalos, took more hits, along with *Valiant* and *Daring*. But the outnumbered Syndics in that part of the flotilla had lost three more battle cruisers.

“What the hell are they doing?” Geary burst out with as the Syndics continued to swing up and around in a corkscrew movement.

“Beats the hell out me,” Desjani confessed.

“They’re just continuing the same—We got the CEO. They’re following their last orders because no one else has established themselves in command yet.”

“Nice,” Desjani almost purred, watching the Alliance battleship formation rip through the diminished Syndic flotilla. Only ten Syndic battleships and battle cruisers remained operational after that, though the Alliance formation shed *Gallant* as it bent back for another firing run.

“Propulsion damage on *Gallant*, but she can still defend herself. They’re concentrating their fire,” Desjani noted with grudging approval. “Throwing everything they can at the battleships that have already taken the most damage. Look at how badly *Redoubtable* got hit, too.”

“At least she can still keep up with the formation.”

Desjani spun to face her engineering watch-stander. “Five minutes are up. Can I maneuver?”

“One more minute, Captain,” the engineer pleaded.

“I don’t have one minute!”

“Ready for maneuvers,” the relieved watch-stander gasped as he received the report.

“Good,” Geary approved. “Let’s go.” On the heels of his words, the Syndic

flotilla altered course radically, bearing back around and down. “Where . . . ?”

Geary brought the battle-cruiser formation toward the Syndics in as tight a swing as he could, trying to guess on which vector they’d steady out. The answer became clear after several minutes. “They’re going after *Resolution* and *Incredible*.”

“We’ll get at least one more pass at them before then,” Desjani pointed out, “and so will the battleships.”

“Any updates from *Gallant*?” Geary asked. He could scroll through the display looking for that information himself, but he needed to spend that time and concentration on the big picture.

“*Gallant* reports about half of her combat systems remain active,” the operations watch reported. “Shields weak but regenerating, several major breaches in hull armor being sealed. Estimated time to regain some maneuvering control is twenty minutes.”

Deciding that *Gallant* could look out for herself for the time being, Geary lined up the battle cruisers on another intercept with the Syndic flotilla and adjusted the track of the battleships so they’d hit the Syndics again.

The wait to contact was agonizing this time. *Resolution* and *Incredible* drifted helpless, both ships too badly damaged to have any hope of surviving another Syndic attack and neither having enough working weapons to have much chance of inflicting any damage on the enemy. The Syndic box, even smaller now, was curving in from above and the left. Farther to the left and slightly higher, the Alliance battle cruisers were swooping down on the Syndics. Off to the right and roughly even with the Syndics, the Alliance battleships were boring in steadily.

It must have become apparent to the Syndics that they didn’t have a hope of rendering death blows to *Resolution* and *Incredible* before being savaged by the rest of the Alliance fleet. As the two Alliance formations drew close, the Syndic flotilla abruptly dove, greatly increasing its down angle and steadying out toward where the smaller Syndic formation was holding off from the battle.

Geary rapped quick commands to the battle cruisers and the battleships, correcting for the Syndic moves.

As the Alliance ships steadied onto their new vectors, collision-warning alarms blared. Geary barely had time to jerk his gaze to the alerts before the Alliance battle cruisers raced through the Syndic flotilla from one side and above almost at the exact same instant as the Alliance battleship formation tore through from the other side and slightly above.

For that heart-stopping instant, a lot of warships going on widely different vectors at very high speed threaded past each other, automated maneuvering systems screaming alarms in protest as they tried to avoid collisions in the maelstrom of warships. Meanwhile, the automated combat systems on every combatant saw a suddenly target-rich environment and gleefully hurled out shots in all directions.

Then the three formations were diverging again. Geary inhaled heavily as he realized he'd forgotten to breathe for a moment.

Even Desjani looked pale. "Sir, have you considered the possibility that there could be such a thing as being too good at compensating for the movements of the enemy?"

"Not until just now." He took another breath and checked his display, then checked it again. "We lost some more destroyers, but that was probably to enemy fire. No collisions?"

"All the same, let's not do that again, sir."

"Okay." The Syndic flotilla's box, subjected to so much firepower at once from different angles, had disintegrated. Two battleships were still slogging along their track, but both had sustained significant damage. No Syndic battle cruisers remained, and the escorts had been slaughtered. Conversely, with so many targets at once, the Syndics hadn't been able to concentrate their fire. Aside from some unfortunate cruisers and destroyers, the Alliance fleet had avoided more serious damage.

Geary breathed a sigh of relief. "Formation Indigo Two," he ordered the battleships, "break formation and get those two remaining Syndic battleships. Formation Indigo One, general pursuit. Avoid the two surviving Syndic battleships until they've been reduced by our battleships." The last thing he wanted was another loss like *Opportune*.

To his surprise, Desjani didn't instantly whip *Dauntless* around to go after a target. She saw his reaction and shrugged. "The only thing left worth killing is those battleships. Besides"—she pointed to her ship's status display—"we're down to thirty-five percent fuel-cell reserves."

"Thirty-five percent?" In peacetime he would have been court-martialed for letting fuel-cell reserves get that low on ships under his command.

"Good thing we saved *Titan*, *Witch*, and *Jinn*," Desjani observed. "We're going to need every fuel cell they can squeeze out between here and Varandal."

## FOUR

THE butcher's bill after a battle was always the worst part. Geary read through the names. *Courageous*, *Intrepid*, *Exemplar*, *Goblin*, heavy cruisers *Tortoise*, *Breech*, *Kurtani*, *Tarian*, and *Nodowa*. Light cruisers *Kissaki*, *Crest*, *Trunnion*, *Inquarto*, and *Septime*. Destroyers *Barb*, *Yatagan*, *Lunge*, *Arabas*, *Kururi*, *Shail*, *Chamber*, *Bayonet*, and *Tomahawk*.

At that they were very lucky. If they'd had to flee the star system with the Syndics in pursuit, easily three times that many cruisers and destroyers would have been lost, plus more battle cruisers and battleships. As it was, the Alliance fleet had time to make repairs and get the ships moving again.

*Resolution*, though shot to hell, would be able to keep up with the fleet, but he didn't yet know if he'd be able to save *Incredible*. *Gallant* had enough maneuvering control back to fight once more, though many of her weapons remained out of action.

They'd have to linger here a little while, whether they liked it or not, to get the propulsion on damaged ships repaired, along with other critical systems, to collect escape pods from Alliance ships abandoned during the battle, and to distribute the all-too-few fuel cells manufactured on the auxiliaries since the fleet left Dilawa.

Desjani was grumbling. He followed her gaze to the smaller Syndic flotilla, which had torn off toward the jump point for Padronis after the destruction of the large flotilla. Now the cruisers and HuKs of that flotilla were fanning out, some continuing on toward the jump point and others heading for the jump points for Kalixa and Dilawa. "We'll never get them now," Desjani complained. "I was hoping they'd make a stand at the jump point for Padronis so we could trash them."

"Odds are they've laid their mines and are now rushing off to report what happened here," Geary commented.

"They abandoned their comrades! They didn't even try to hit us while we were fighting the main Syndic flotilla!"

So that was what was really bothering her. To Desjani those Syndics had let down their comrades, and even if they hadn't been Syndic scum, they deserved to pay for that. "Tanya, I'd bet you that small flotilla had orders to stand off from the engagement so it could form a last-ditch defense if we ran for the Padronis jump point."

"That's no excuse."

"At least they're not darting in trying to snap up any of our damaged ships."

Before Desjani could reply, an image popped up before Geary, showing Captain Cresida grinning. "I thought you'd like to know, sir, that we've recovered the escape pods from *Courageous*, including the one carrying a slightly banged-up but still-operational Captain Roberto Duellos."

Geary smiled back so broadly his cheeks hurt, then looked over to Desjani. “Duellos is safe on *Furious*.”

“I told you he was difficult to kill,” Desjani replied serenely, then she smiled, too.

“Here he is, Captain Geary,” Cresida announced.

Her image was replaced by that of Duellos, his uniform torn and scorched in a few places. “Captain Duellos reporting for duty, sir.”

“I . . .” His words stopped coming, and Geary just looked at Duellos for a moment. “Damn, I’m glad you’re okay. I’m very sorry about *Courageous*. And *Intrepid*.”

“Thank you on all counts.” Duellos looked down for a moment. “It’s hard to lose a ship, but then, you know that as well as I do.”

“Yeah. It hurts like hell. Get yourself checked out and get some rest.”

“I need to look after my crew, sir.” Duellos gestured vaguely to one side. “Make sure they’re being taken care of. The crew from *Courageous* and those off *Intrepid* on the ships that picked them up.”

Geary started to say that Cresida could be trusted to do that, then stopped himself. He remembered his own sense of helplessness after his cruiser *Merlon* had been destroyed, the wish that he could do something, especially for the crew that were forever beyond his aid. Of course Duellos wanted to see to that himself. It would give him something to do besides dwell on the loss of *Courageous* and those crew members who hadn’t made it off the ship. “Certainly, Captain Duellos. Let me know if you or your crews need anything.”

Duellos moved to break the connection, but then hesitated. “You know what I need, Captain Geary, and you know you can’t provide it. But I thank you, because I know you understand.”

As soon as the window showing Duellos closed, Geary checked the fleet’s status again, unwilling to let his mind dwell once more on the loss of *Merlon*. Unfortunately, *Dauntless* wasn’t alone in having fuel-cell reserves in the 30 percent range.

Unable to do anything about that at the moment, he called *Incredible*, getting an image of her captain, Commander Parr. “How’s it going, Commander?”

“Could be worse,” Parr replied, smiling for a moment as he focused on Geary. “You didn’t need to save quite so many Syndics for us, sir.”

“Sorry about that. I’ve seen the updates from *Incredible*, but I want a personal assessment from you. Can you get her going again soon?”

Parr hesitated. “How long do we have, sir?”

“Maybe a few days. I can’t spare any more than that, and we’ve only got that much because we need to pick up the POWs on Heradao’s third planet.”

Commander Parr looked around, as if his personal appraisal of this small portion

of *Incredible* could give him an answer. “Sir, I’d like to try.”

“Two days, Commander.”

“I think we can do it, sir.” Geary gave him a questioning look. “I *know* we can do it, sir.”

“Okay, Commander. Let me know if I can assist with anything.”

“*Titan’s* closing on us, sir. She’s going to help *Incredible* and *Resolution*.”

Geary smiled encouragingly. “You can’t get better help than that. Commander Lommand on *Titan* is a good officer. He’ll do everything that can be done. I look forward to seeing *Incredible* under way in two days.”

He slumped back, rubbing his forehead, after the conversation ended.

Desjani gave him a sympathetic look. “Will *Incredible* make it?”

“Beats the hell out of me. She deserves a chance, though. When is *Intrepid* going to be scuttled?” As they’d feared, that battle cruiser had suffered so much structural damage in addition to other injuries that there was no way to get her fixed up enough to accompany the fleet from this star system. Instead, her power core would be overloaded, blowing the ship into pieces too small for the Syndics to exploit.

Desjani bounced the question to her engineering watch-stander, who answered quickly. “Tomorrow, Captain. Late. They’re sure they’ll have everything salvageable off her by then. The two biggest pieces of *Courageous* are scheduled to be blown up tonight.”

“Should we tell Duellos?” Desjani asked Geary.

He thought about that. “Have you ever lost a ship?”

“A destroyer at Xaqui, a battle cruiser at Vasil, another destroyer at Gotha, a heavy cruiser at Fingal—”

“You were commanding officer of all those?”

“Just the second destroyer and the heavy cruiser after the one at Fingal.”

Geary stared at Desjani. She’d discussed some of her combat experience, but had never dwelt on her own actions or provided details of what had happened to the ships she’d been on. “I’m sorry. You don’t talk about them very much.”

“No,” she admitted. “I don’t. We both know why. And that answers my question about Duellos and *Courageous*, doesn’t it?”

“Yes. *Courageous* was his ship. He can decide if he wants to see her final moments.”

“I’ll pass the word to Cresida, then.”

“Thanks. If you ever do want to talk . . .” Geary offered.

“I know. Same here.”

“I’ll remember that.” He pulled out the scale on the display to view the entire star system. Syndic merchant shipping was still fleeing for any relatively safe place. There didn’t seem to be any fixed-orbit defenses in Heradao to worry about, though

he suspected they'd find a number of those on the third planet. As Desjani had pointed out, the smaller Syndic flotilla had broken up, its component ships heading in different directions, none of those vectors anywhere near the Alliance warships.

There were still the Syndic HuKs standing picket duty at the jump points, of course, but they weren't a threat and couldn't be caught anyway. Geary leaned back, willing himself to relax now that the hard part was over. Maybe it was over not just in the sense of Heradao, either. What could the Syndics have left to contest the fleet's return to Alliance space? No, the hardest part would be trying to block out more memories of exploding warships.

The only remaining contact with the enemy that the fleet had to handle would be whatever was needed to pick up the Alliance prisoners of war held in the labor camp on the third planet. The fleet's sensors had confirmed that the camp was still there and apparently still occupied by a couple of thousand Alliance prisoners of war. Getting them liberated would require some negotiations, and doubtless some threats, but they'd been down this road before. "Madam Co-President," he asked Rione, "could you get in contact with the Syndics and see how difficult it's going to be to get our POWs off the third planet? Use any necessary threats, and you're free to promise them that we won't bombard the planet if they play nice."

Rione gestured to the communications watch. "Please set up a link to the Syndic command net. When the link is ready, I'll send them a preliminary message." She then settled back herself to await the establishment of the link to the Syndic authorities in this star system.

And waited.

Desjani finally intervened. She might not personally like Rione, but failing to provide proper support to a member of the Alliance government would reflect badly on her ship. "What's the difficulty? Why haven't you established a link for the co-president's transmission?"

"Captain, the Syndic net we've observed since entering this star system doesn't seem to be working right." The communications watch-stander seemed baffled. "It's still there, but we're seeing very strange activity."

"Strange activity?" Desjani pressed.

"Yes, Captain, it's ongoing, so it's hard to assess. It's almost as if . . ." The watch-stander's apparent bafflement increased. "We just received a transmission addressed to us. Someone calling themselves the Heradao governing council has sent us a message from the third planet. They insist on speaking with Captain Geary."

Geary covered his eyes with one hand, unwilling to bandy words with Syndic CEOs right now. "Tell them that Captain Geary isn't particularly interested in talking at the moment." The third planet was a little over two and a half light-hours away at the moment. Conversations in which an exchange of information required five hours



had never been his favorite pastime.

“But . . . sir, they say they’ve established a new government here, and they want to negotiate the status of the star system with you.”

His hand came down and Geary swiveled to stare at the watch-stander, but Rione spoke before he could. “These people didn’t identify themselves as the Syndic commanders in the star system?” she asked.

“No, Madam Co-President. The Heradao governing council. That’s how the message ID shows up.”

“Are there still transmissions coming from the Syndic authorities in Heradao?”

“Uh . . . yes, ma’am.” The watch-stander shook his head in puzzlement. “The system just identified another new transmission ID, this time from the Free Planet of Heradao Four, whoever that is. Captain Desjani, the Syndic command and control net in this star system seems to be *shredding* . I’ve never seen anything like this. It’s as if —”

Rione had moved to stand by the watch, peering at the readouts and patterns on the communications display. “As if people are grabbing whichever pieces of it they can get their hands on and trying to break those pieces out from the command net.” She turned to look at Geary. “I’ve seen something like this. This star system is dissolving into civil war.”

“Where could you have seen something like that?” Desjani demanded, shocked into speaking directly to Rione.

“At Geradin. In Alliance space,” Rione added calmly. “I wasn’t there, but the records were provided to the Alliance Senate. I studied them.”

“Geradin?” Geary questioned. “Where’s that?”

“A backwater system, low population and fairly isolated, especially since the hypernet was established, which nonetheless kept sending its best to the Alliance military.” Rione made a gesture of distaste. “Which left the field open for the far-from-best to foment trouble. An attempted silent coup turned into open fighting and the subsequent collapse of central authority.” She faced Desjani. “And, no, you never heard about it. Security. It wouldn’t do to let the people of the Alliance know what could happen even in a place like Geradin.”

“Collapsing authority,” Geary muttered, eyeing his own display. “Are we seeing signs of open fighting among the Syndics?” No one answered, so Geary punched a control. “Lieutenant Iger. We have indications that central authority in this star system is collapsing or being challenged. I need an assessment and reports on what’s happening on each planet as soon as possible.”

“Yes, sir! We’re working on it.”

Geary watched the information available to him, gratified to see more of the Alliance escape pods being picked up. Around the Alliance escape pods, much larger

swarms of Syndic pods headed for the nearest refuge. He wondered how the survivors of the Syndic flotilla would align themselves within the star system. For a central authority that might be disintegrating? With any of at least two rebel factions? Or fort up on bases and try to ride out the rebellion until Syndic enforcers arrived in warships to bombard the rebels into submission?

“There aren’t many Syndic warships left,” Geary said to himself.

Desjani frowned, then nodded as she grasped his meaning. “Not much left to wield the whip. We’ve gradually turned the Syndic whip hand into fragments of broken warships stretching all the way back to the Syndic home star system.”

“Yeah. And we apparently aren’t the only ones to realize that.” Geary slapped his controls again. “Lieutenant Iger! Don’t you have anything yet?”

A window popped up with the intelligence officer’s face within it. Iger’s expression revealed perplexity. “Sir, the situation is chaotic.”

Geary waited for a moment. “Thank you, Lieutenant. I never could have figured that out without intelligence support.”

Iger’s face flushed in embarrassment. “I’m sorry, sir. We can’t give you a clear picture yet because there isn’t one. Everything seems to have fallen apart here, like a garment in which every seam fails at once. There are indications that the fourth planet may have gained population in recent decades because dissidents unhappy with the government were moving there. We have no idea who’s got real power or how much. No one may know that, including the various parties fighting for control of parts of this star system.”

“There is fighting going on?”

“Yes, sir. We’ve identified explosions, vehicle movements, signal traffic, and other indications of ongoing fighting on the third and fourth planets. We can’t tell yet if the fighting is intensifying. Since everything elsewhere is under cover, it’s much harder to tell if there’s any fighting going on inside buried cities or orbital installations.” Iger paused and looked to one side, nodded to someone, then faced Geary again. “We’ve just detected a substantial blowout affecting one of the Syndic orbiting facilities near the third world, which indicates that they’re fighting up there, too.”

Desjani had been listening and now shrugged. “Not our problem, sir. We aren’t an occupation task force with several hundred thousand ground troops along for the ride.”

“I guess not,” Geary agreed, then saw Iger shaking his head nervously. “Yes, Lieutenant?”

“The prisoner of war camp, sir, the one on the third world.”

He’d actually forgotten that for a moment as the collapse of Syndic central authority grabbed attention. “It is our problem.”

Iger was clearly reading updates even as he reported them to Geary. “There are indications of fighting outside the POW camp, but no signs of violence within the camp. Our best estimate is that the guards have fortified up to protect themselves.”

“Is anyone attacking the camp, Lieutenant?”

“Not that we can tell, sir. But, well, it’s early.”

“What about orbital nuclear bombardment capability?” Rione asked. “We know the Syndics had that in other systems to help keep their people in line.”

“We can’t tell if they’ve got those here, Madam Co-President,” Iger replied. “None have been employed.”

“They may not have them, then.”

“Yes, ma’am, or they may lack a decent target, or they may have temporarily lost control of the nukes due to the command and control net falling apart, or they may be waiting for the various rebel factions to inflict as much harm on each other as possible before the Syndic authorities step in with their big hammer.”

Geary drummed his fingers on the armrest of his seat, thinking. “I assume this is all going to take a while to shake out, and we don’t have time to waste. Lieutenant Iger, I need special emphasis on finding out who controls the area of the third planet near the POW camp, and I need the best assessments you can come up with on the ground threat around there as well as any orbital and ground-based defenses this fleet would need to worry about or take out.”

“Yes, sir.” Iger saluted quickly, and his image vanished.

Geary tapped another control, and the image of Colonel Carabali appeared. “Colonel, are you familiar with the developing situation in this star system and in particular on the third planet?”

Carabali nodded. “Going to hell in a handbasket at hypervelocity, from what I’ve heard, sir.”

“Right. But we need to get the Alliance prisoners of war out of the camp on that planet. We’re going to try to find somebody to negotiate their release to us, but it’s very likely that your Marines will have a tough job to do.”

“That’s why the fleet has Marines, sir, to handle the tough jobs.” Carabali saluted. “I’ll work up a plan, assuming hostiles outside the camp and resistance from the guards inside the camp.”

“Thank you. The fleet will clear the way even if we have to crater the entire part of the planet around that camp.”

Desjani sighed. “Ground actions. Ugh. I really prefer fleet battles.”

“So do I, but we’re stuck with this ground action.” He frowned at the display. “Let’s get the fleet broken up. Leave enough around here to defend the ships under repair and get the rest headed toward the third planet. Madam Co-President, as soon as intelligence identifies someone to talk to you around that POW camp, I’d

appreciate it if you began negotiations. Make sure they know that trying to blackmail us by threatening the welfare of the prisoners would be a very bad idea.”

“I’ll do my best,” Rione replied. “Assuming we find somebody who is actually in charge around there. What if I can’t?”

“Then Colonel Carabali’s Marines are going to come knocking on the door of that camp, and I wouldn’t want to be somebody standing in their way when they do.”

ABOUT twenty-four hours later, as Geary was reviewing the latest status reports from the fleet, Rione came to his stateroom. “We managed to get into direct contact with the POW camp on the third planet. The guards are scared of us and scared of the rebels outside their camp,” Rione reported. “They see the Alliance POWs as their only power-up, and they want to ensure they get all they can from that. They’re also scared of the Syndic authorities.”

“Even with things falling apart and the Syndic fleet almost wiped out?” Geary asked.

“Since people at their level don’t know the Syndic fleet has suffered so many losses, that’s not a factor for them. Captain Geary, for them the equation is simple. If they resist us, they may die. If they don’t resist us and the Syndics reestablish control of this star system, they *and* their families may die.”

“So they’re going to fight.”

“That’s what they say.”

He glared at the display over his table. “Do you think there’s anything we can do to change their minds? Threats? Promises?”

“I’ve tried both.” Rione shook her head, looking weary. “Usually I spend a lot of time trying to see beneath whatever Syndics are saying to guess what they really mean or what traps might be hidden in their words. The only good thing about this situation is that I feel confident the guards aren’t playing us. They mean what they say.”

“But how hard will they actually fight?” Geary wondered. “A token resistance or a scorched-earth battle to the death or something in between?”

Rione furrowed her brow in thought. “My own instincts say that any resistance will be more than token. The guards are very worried about how their actions will be viewed by Syndic authorities. But even though they’re putting up a good front, I don’t think they’re eager to die.”

“Something in the middle, then. Thanks. Colonel Carabali is going to brief me on the Marine assault plan in about an hour. I’d appreciate it if you let her know your assessment before then so she can factor it into her plan.”

“Sorry it couldn’t be more pleasant.” She gestured to the display. “Any good news?”

“Some. Commander Lommand called from *Titan* to say that he’s confident they’ll be able to get *Incredible* repaired enough to accompany the fleet. On the other hand, engineers inspecting *Intagliata* found a lot more structural damage had been suffered than we realized, so we’re going to have to scuttle that light cruiser, too.”

“And the fuel situation remains critical?”

“Yup. After we distribute every fuel cell the auxiliaries have and every one we could salvage off wrecked ships, the fleet will average about thirty-seven percent reserves. We’ll burn some of that slowing to orbit the third planet and accelerating away after we get the prisoners, so we’ll probably be down to the low thirties by the time we leave Heradao. Fortunately, fuel-cell use in Padronis should be minimal.”

“Can we get back with that level of fuel cells?” Rione asked quietly.

Geary shrugged. “In terms of distance, yes, easily. We shouldn’t have to fight any more battles between here and Varandal.”

“And if we do have to fight more battles?”

“Then it’s going to get ugly.”

She gazed at the display. “I have an obligation once more to point out your options in such a case.”

“I know.” He tried not to get angry. “We can load up some of the ships and abandon others. I won’t do that. We need every ship. The Alliance needs every ship and every sailor.”

“The Alliance needs *this* ship, Captain Geary. It needs the Syndic hypernet key aboard *Dauntless*.”

“I never forget that, Madam Co-President. You know, we could save fuel cells by not going after the Alliance prisoners on the third planet.”

She gave him a long, hard look. “I suppose I deserved that. You know that even I wouldn’t suggest abandoning those people. All right, Captain Geary, use your best judgment, and let’s pray the living stars continue to look after us. I will contact the Marine colonel about my impressions of the Syndic guard force at the POW camp and let her know that I am at her service if she wishes me to attempt any other conversations with the Syndic guards.”

“Thank you, Madam Co-President.”

AN hour later, the virtual presence of Colonel Carabali stood in his stateroom, pointing to two images of the POW camp on the third planet, each bearing symbols displaying different plans for liberating the prisoners. Seen from overhead, the Syndic installation was an almost perfect octagon, each corner of its eight sides anchored on a substantial guard tower, with smaller guard posts spaced between them along the sides. A tall, solid wall of reinforced concrete joined the guard posts. Triple barriers of razor wire ran inside and outside the wall, the cleared areas inside the razor wire

bearing every sign of being mined and doubtless under extensive remote sensor surveillance. Farther inside the wall, ranks of buildings filled most of the camp, many of them tagged on the images with probable identifications such as prisoner barracks, guard barracks, hospital, administration, and so on. The center of the camp was clear, a large open field that served as both a landing place for Syndic shuttles and a parade ground.

Geary imagined being locked in such a place, with no hope of release. Until now.

“We’ve got two basic options,” Carabali began in her no-nonsense briefing voice, “both based on the fact that I’ve only got a little less than twelve hundred combat-capable Marines left in the fleet. That’s far too few to occupy a facility this size and defend its perimeter, even if we don’t end up facing any resistance from the guards inside the camp. I understand from Co-President Rione that our governing assumption has to be that the guards will fight.”

Her hand swept out, and a finger rested on part of the first image of the POW camp. “One option is that we can concentrate the Marines and roll through the camp sector by sector, occupying each portion, evacuating the POWs there, then moving on to the next. That has the advantage of keeping the Marines all within easy supporting distance and limiting their exposure to attack. The downside is that it will take longer on the ground, and once the enemy realizes what we’re doing, it gives them time to try either pulling out our POWs in sections we haven’t occupied yet or digging in among those POWs and using them as hostages. I don’t recommend this option.”

She faced the next map. “The other alternative is to drop the Marines along the perimeter of the camp, along with a force in the center of the camp to secure the main landing field. There aren’t enough Marines to secure the entire perimeter of the camp and the whole interior, but we can block all of the best angles of approach on the perimeter. Then the Marines on the perimeter will proceed inward, sweeping any resistance before them or bypassing strong points, and picking up POWs as they go, concentrating everything toward the center of the camp. We’d be lifting people out of the middle of the camp as fast as possible. This has the advantage of not allowing the enemy time to concentrate or pull out some of our POWs, and as time passes our own forces will concentrate and be able to respond better to attacks. The disadvantages are that our forces, especially initially, will be widely dispersed and unable to support each other. Many of the initial drops will also be more perilous for the shuttles since they’ll be spread out along the perimeter.”

Geary studied the maps and the colonel. He’d had some training on Marine operations a hundred years ago, but his actual experience with ground actions was limited to what he’d seen since assuming command of this fleet. That hadn’t included any operations on this scale, yet as fleet commander he was required to oversee the Marines and make the final decisions on their plans. Fortunately, he’d seen enough of

Carabali to have a high degree of trust in her competence. “Despite the higher risks, the second plan is your recommended option?”

“Yes, sir.”

“What do you consider to be the odds of success using the first option?”

Carabali frowned slightly as she looked at that map. “If success is defined as rescuing all of the POWs, then my assessment is that option one would offer a maximum of fifty percent odds of success and probably substantially less depending on the Syndic reaction. That option leaves us very vulnerable to whatever response the Syndics choose.”

“And the second option?”

Carabali frowned again. “Ninety percent chance of success.”

“But the second option has higher chances of casualties for the Marines and damage to the shuttles.”

“Yes, sir.” Carabali faced him, her expression impassive. “The mission is to rescue the POWs, sir.”

That laid it out as plainly as possible. Geary looked at the maps again. To be certain of rescuing the POWs, to carry out the mission, he had to increase the risks to the Marines. Carabali knew that, and he suspected every other Marine knew it, too, on one level or another. And all of them accepted that, because that was what being a Marine meant. “All right, Colonel. I accept your recommendation. We will proceed with the second option. The fleet will provide the maximum level of fire support of which it is capable.”

Carabali flicked a tight smile at Geary. “There’s a lot of permanent buildings inside that camp. In an urban environment like that, there’s likely to be very small gaps between enemy and friendly forces.”

“How big a safety zone do you want?”

“One hundred meters, sir, but I don’t want that written in stone. We may have to ask for supporting fire a lot closer than that to friendly forces.”

“Very well, Colonel.” Geary stood up. “You may proceed with detailed planning and execution of the mission. Let me know if anything you need isn’t instantly forthcoming.”

“Yes, sir.” Carabali saluted, then her image disappeared.

The images of the maps lingered for a moment. Geary looked at them, knowing his choice had meant life or death for some of the Marines he was sending down onto that planet, and knowing, like Carabali, that he hadn’t had any other real option.

“THE fighting seems to have spread substantially on the third and fourth planets,” Lieutenant Iger was reporting as the Alliance fleet settled into position above the third planet. An orbital fortress that had tried pumping out shots at the oncoming

Alliance fleet had been blown apart by several kinetic-energy projectiles, and since then nothing had attempted engaging the Alliance ships.

All of the Syndic heavy cruisers left in the star system had jumped out, and the remaining light cruisers and HuKs were sticking close to the jump points for other stars. None had made any moves toward the region of the engagement where Geary had left his most badly damaged ships being repaired along with the auxiliaries and a strong escort. “There’s still no faction that seems to be gaining control on the ground?”

“No, sir,” Iger replied. “There are plenty of claims being made, but we’re not seeing evidence on the planetary surface to back up those claims.”

“The guard force in the camp has stopped responding to our transmissions,” Rione added. “They either can’t or won’t negotiate any further.”

Geary took a look at the display for the camp, imagery overlaid with symbology. In a few places concentrations of Syndic guards had been identified, but for the most part the guards seemed to have vanished. “We haven’t spotted any guards leaving the camp?” he asked Iger.

“No, sir. They’re all still in there, somewhere.”

“What about the POWs?”

“They all seem to be in their barracks, possibly locked down.”

Rione eyed the display suspiciously. “If they’re going to fight, why haven’t the guards taken our prisoners as hostages?”

“Good question.” As much as he hated bothering subordinates preparing for action, Geary figured this was something Carabali would want to talk about.

The Marine colonel nodded as if unsurprised by the report. “The guards are getting ready to fight. If you compare the estimated number of prisoners to the estimated size of the guard force, sir, you’ll see that the prisoners outnumber the guards. Just as we don’t have the numbers to occupy the entire camp in force, they don’t have the numbers to guard all of their prisoners and fight us. They’re choosing to keep the prisoners locked down. That keeps the prisoners available as future hostages but also ensures the prisoners aren’t running around threatening the guards. Our assault plan should forestall any last-ditch plans they have to make use of the prisoners, though.”

“I don’t understand, Colonel. It sounds like the Syndic guards know they can’t win. If they can’t fight us and guard all the prisoners at the same time, why the hell aren’t they surrendering?” Geary asked.

“Probably because they’ve been ordered to hold on to the prisoners and resist any attempt to liberate them, sir.”

Just as Rione had also guessed. Put up a good fight and maybe die trying to defend the prison camp, or let the Alliance have its personnel and certainly die at the



hands of the Syndic authorities. “Looks like we’ll be doing this the hard way, Colonel.”

“Yes, sir. Request that the fleet carry out the preassault bombardment as laid out in the battle plan.”

“Consider it done. Good luck, Colonel.”

“They’re not asking for much in that bombardment,” Desjani observed after Carabali’s image vanished.

“There aren’t many targets identified yet.” Geary indicated the real-time imagery of the camp far below *Dauntless* as the battle cruiser and the rest of the Alliance fleet orbited Heradao’s third planet. “We can’t just hit the whole camp because it’s full of prisoners, and we don’t know every building that holds them. The preassault bombardment is mostly aimed at eliminating fixed defensive sites, trying to overawe the defenders, and suppressing their response to the assault.” He glanced at the time lines scrolling down one side of the display. Time to launch of Marine shuttles. Time to launch of evacuation shuttles. Time to launch of bombardment.

The aerodynamic chunks of metal formally known as kinetic bombardment projectiles harkened back to the earliest weapons known to humanity. Aside from their streamlined shapes, they worked like rocks, and fleet slang referred to them that way. Unlike rocks hurled with only the force of human muscles, however, these kinetic bombardment rounds were launched from orbit high above the planet, gaining energy every meter of the way as they dropped. When they hit, the results were as devastating as if large bombs had struck. Simple, cheap, and deadly, the rocks were almost impossible to stop once they were fired.

“Marine shuttles launching,” the operations watch reported.

On his display, Geary called up an image of the launches, the shapes of the shuttles enhanced for visibility. “I’ve never seen this many launch at once,” he commented to Desjani.

“Sir, you should have been at Urda. Thousands of shuttles coming down. Absolutely amazing.” Desjani’s eyes shaded for a moment in memory. “Then the Syndics opened fire.”

“Bad losses?”

“Horrible.” She forced a smile at him. “This won’t be like that.”

He managed to force a smile back, wishing that Desjani hadn’t mentioned Urda.

“First wave of evacuation shuttles launching.”

“We have enemy movement on the surface. Armored column heading for the prison camp.”

Geary’s display illuminated the line of armored vehicles crawling along the surface toward the POW camp. He reached and with careful deliberation tagged the column as a target, asked the combat system for an engagement solution, got it an

instant later, then tapped approval. Rocks punched out of three Alliance warships, hurtling downward into the planet's atmosphere. The entire process to firing had taken less than ten seconds.

“Preassault bombardment launching.”

A wave of rocks burst from Alliance warships, each projectile aimed at a specific point within the POW camp. With the shuttles coming down slower than the rocks would drop, the bombardment would clear the airspace over the camp before the shuttles reached it.

“Boom,” Desjani muttered, as the armored column disappeared under a cloud of fragments and dust tossed into the air by the impacts of the bombardment aimed at it.

“Maybe they’ll figure out that resisting us is a bad idea,” Geary observed.

“I wouldn’t count on it, sir.”

“We have surface-based particle-beam batteries opening fire at five locations!” the operations watch called. “Near misses on *Splendid* and *Bartizan*.”

Geary faced his display, tagged the batteries, got a firing solution, and launched another bombardment. “Good thing I already had the fleet doing evasive maneuvers.”

The preassault bombardment slammed into the surface, some of the rocks aimed simply at trying to suppress unseen defenses but many smashing into identified enemy locations and every guard post or tower. Within moments, craters of rubble had replaced the guard installations, and the formerly solid wall between them had collapsed in many places.

“Do you think there were any of them inside those guard posts?” Desjani asked.

“I doubt it. Colonel Carabali figured they were planning on firing the weapons on the guard posts by remote if we left them standing. So we didn’t.”

The operations watch called out another report. “Marine shuttles are two minutes from drops.”

The locations of the five particle-beam batteries went up in clouds of debris.

“Shuttles on final. Marines on the ground.” The operation had a sort of beauty when seen from this high, the shuttles swooping down toward their objectives around the perimeter of the camp and at its center, Marines leaping out as the shuttles hovered, the tracks of fire from enemy troops painting flashing lines as they fired on the Marines or the shuttles. Unlike regular fleet shuttles, the Marine shuttles carried defensive combat systems, which started pumping out grenades and automatic fire at wherever the Syndics were firing from. As the Marines deployed and went to ground, they joined in the barrages, the firepower blowing apart any location holding enemy resistance. The battle sites formed small eruptions of violence at locations all around the perimeter of the camp and at a few places near the landing field in the center.

“We don’t know where all of the POWs are,” Rione protested, “and the Marines are blowing that camp apart!”

Geary shook his head. “Their battle armor has every known POW location painted. Other than that we have to trust that they’ll ID targets before they fire.” He pulled up the feed from the Marines.

“The enemy is dug in,” a Marine officer was reporting. “Strong resistance around landing zone.”

“This isn’t going to be pretty,” Desjani muttered.

# FIVE

“CONVENTIONAL ground artillery firing upon the camp from locations thirty kilometers to the east and twenty kilometers to the south.”

Geary tagged more targets and launched rocks at them. His main display floated to one side, showing the situation on a wide portion of the planet’s surface below and orbital locations that could threaten the fleet. To the other side hung an overhead view of the POW camp, symbols crawling along it to mark the movements of friendly and enemy troops on the ground. Directly in front of him, Geary had positioned a string of windows for calling up views from the battle armor of Marines. He had to avoid using those too much, had to avoid getting sucked into the action on one tiny part of the battlefield when he was supposed to be overseeing the entire fleet, but sometimes those personal views from the Marines could provide a very good feel for how things were going for them.

At the moment, that was hard to figure out no matter how he viewed it. On the overall view, some of the Marine platoons and companies were pushing steadily inward toward the center of the camp, symbols for liberated POWs multiplying rapidly around them as they blew open prisoner barracks and collected the occupants. In other areas, the Marines were moving slowly, under fire from Syndic guards entrenched in the buildings on all sides. Evacuation shuttles were dropping down into the center of the camp despite occasional shots fired at them as they descended. On the landing field, a growing number of dazed, liberated prisoners were being hustled toward the first shuttles. The command and control feed from the Marines was filled with reports and warnings.

“Shuttles Victor One and Victor Seven badly damaged by ground fire. Returning to base ships.”

“Target building desig five one one! Hit it!”

“They’re on the left, too. Small structures bearing zero two one and zero two three true.”

“Mines. We’re in a field, two Marines down. All units watch for mines.”

“Can’t somebody do something about that damned artillery?”

“The fleet’s on it. Bombardment hitting now.”

“Lighting up a bunker. Put a round on it!”

Desjani, who was listening and watching as well, shook her head. “Are we winning?”

“I think so.” Geary turned as the combat-systems watch called.

“Sir, we’re getting a lot of bombardment requests from the Marines—”

“Every bombardment request outside the one-hundred-meter safety zone from our Marines is supposed to be approved automatically,” Geary replied a bit irritably.

“Yes, sir, but we could respond to them a bit faster if they were one hundred percent handled by the automated systems, just like when we engage other ships.”

Geary shook his head. “Lieutenant, we might shave some seconds off the response time if we did that, but the Marines asked that every bombardment be verified by a human set of eyes before final approval to ensure it’s aimed at the right spot. I’m not going to overrule the preferences of the Marines in this.” The lieutenant looked unhappy, so Geary took a moment to explain. “We have no choice but to leave targeting entirely up to the fire-control systems when we’re engaging Syndic warships. It’s physically impossible for human beings to react quickly enough at the velocities involved. But neither the Syndics on the ground nor our Marines are moving at any appreciable fraction of the speed of light. We can afford to have a human in the loop. If you get any reports of undue delays in approving bombardment requests, I want to know. I assure you that the Marines will be the first to let us know if they’re unhappy.”

“Yes, sir.” Only slightly abashed, the lieutenant focused back on his tasks.

“You’re tolerant of lieutenants,” Desjani remarked, her eyes still fixed on her own display.

“I used to be one. And so did you.” Like Desjani, Geary kept most of his attention on the situation but welcomed anything that might cut the tension slightly. He suspected she could see how wound up he’d become and was trying to relax him a little.

“Not me,” Desjani denied. “I was born the commanding officer of a battle cruiser.”

“That must have been painful for your mother.”

She grinned. “Mom’s tough, but even she didn’t like having the sideboys in the delivery room.” Then the smile vanished as a high-priority transmission came over the Marine net.

“Third Company is pinned down!”

Geary tapped windows until he picked up the lieutenant in command of that unit. The view from the lieutenant’s combat armor showed broken, tumbled walls shuddering and blowing apart under the impact of enemy fire. “Heavy-weapons emplacements and hidden bunkers,” the lieutenant continued. “We must have stumbled onto some kind of citadel area. We’re badly outgunned here, and we’ve taken substantial casualties.”

Colonel Carabali’s voice came on. “Can you withdraw toward the center of the camp by stages, Lieutenant?”

“Negative, Colonel, negative!” The view through the lieutenant’s armor jumped as something exploded with enough force to toss around nearby Marines. “We cannot move without being targeted. Request all available fleet fire support.” Geary watched

the tactical maps pop up on the lieutenant's heads-up display, watched as the lieutenant tagged scores of targets in a rough circle around the friendly symbols marking the positions of the Marines of the Third Company. "Request bombardment support on the following coordinates. All available supporting fire as soon as possible."

"Sir," the combat-systems watch reported, "we've received another Marine fire-support request, but the targets are inside the safety parameters."

"How far inside?" He read the data, blowing out a long breath as he saw the distances.

As Geary was checking, Colonel Carabali's image appeared. "Captain Geary, my Third Company needs fire support and it needs it now."

"Colonel, most of these targets are only fifty meters from your Marines. Some of them are within twenty-five meters."

"I understand, Captain Geary. That's where the enemy is."

"Colonel, we're dropping rounds through atmosphere. I can't guarantee that our own fire won't hit those Marines!"

"We know that, sir," Carabali stated. "The lieutenant knows that. This is what he needs. He's the senior officer on the scene. He's made the call that these targets have to be engaged despite the danger to own forces. Request approve and execute the fire mission as soon as possible, sir."

Geary looked into her eyes. Carabali understood the danger, too, but was accepting her on-scene commander's judgment. As fleet commander, he could do no less. "Very well, Colonel. It's on its way." He turned to Desjani. "How can we maximize the accuracy of a surface bombardment right now?"

Desjani spread her hands. "Through atmosphere and all the junk we've already tossed up? Get the bombarding ship in as low an orbit as you can manage. But that will expose the ship to fire from the planet."

"Okay." A quick scan of the display showed the right candidate. A battleship could deliver enough firepower and have the best chance of surviving counterfire from the ground. "*Warspite*, proceed to lowest orbit and execute following fire-support mission as soon as possible."

"*Warspite*, aye. On our way."

"Sir, we have detections of aircraft en route the POW camp. Aircraft assessed military profile, all using maximum stealth capabilities."

"Engage them," Geary ordered.

Hell lances lashed down from orbit, forming webs of high-energy particles around the Syndic aircraft. With so many Alliance warships in space above the planet and able to fire on targets, the aircraft didn't have a chance. Hard to see though the aircraft were, even a glancing blow from a hell lance was enough to knock them out,

and a lot of hell lances filled the atmosphere around the aircraft. “All aircraft assessed destroyed. *Warspite* opening fire.”

On the view from the lieutenant commanding the Third Company, walls began blowing inward, and the ground jumped in a continuous wild dance as *Warspite* hurled hell lances and small kinetic projectiles into her targets. The feed from the lieutenant hazed as the destruction continued, dust and charged particles filling the air around him, then cut off completely.

“We’ve lost comms with the Marine Third Company,” the communications watch responded. “There’s so much junk in the air from the bombardment and the hell-lance fire that we can’t get signals through. We’re trying to reestablish contact, but it’ll probably be a few minutes.”

Was there anyone left to reestablish contact with? Geary had just had time to formulate that thought when another watch-stander called out.

“Missile launches from Syndic orbital facility Alpha Sigma. Three missiles. Assessed orbital-nuclear-bombardment warheads. Initial tracks toward site of POW camp. Combat systems recommend vectoring light cruiser *Octave* and destroyers *Shrapnel* and *Kris* to destroy the missiles, and launching kinetic rounds from *Vengeance* to destroy the firing installation.”

“Approved. Execute the commands.” Geary looked toward Rione. “So they did have nukes in orbit.”

“These might not be all of them,” she answered.

“More aircraft inbound toward POW camp. Assessed military.”

“Engage them,” Geary ordered.

“Surface-based Intermediate Range Ballistic Missile launches detected. Trajectories targeted on POW camp. Combat systems recommend engage missiles immediately with hell-lance fire and that *Relentless* bombard the IRBM launch site.”

“Do it.”

“Marine Sixth Company reports encountering a booby-trapped area. Several casualties.” An alert sounded. “*Warspite* has taken a hit from a surface-based particle-beam battery. *Warspite* is undertaking evasive maneuvers and engaging the battery with bombardment munitions. *Warspite* reports fire-support mission complete.”

Still nothing from Third Company on their circuit.

“IRBMs and launch site destroyed. *Octave* has destroyed two of the nuclear bombardment missiles. *Shrapnel* has taken out the third. *Warspite* reports surface particle-beam battery destroyed. Estimated time to kinetic-round impacts on orbital launch site is three minutes.”

Carabali’s image appeared again. “Sir, we’ve spotted two ground convoys heading for the camp under cover of the dust thrown up by the bombardments so far.” Next to her, imagery of the convoys appeared. “Our recce drones operating under the

dust identified uniforms and weapons in both convoys before we lost one of the drones to ground fire.”

“All right, Colonel. We’ll take care of those convoys.” Geary passed the data to the combat systems and watched a recommended engagement pattern pop up an instant later. He punched approve and saw another wave of kinetic rounds burst out of several Alliance warships, headed downward. “Good thing kinetic rounds are cheap and plentiful,” he remarked to Desjani. Was this what ancient gods would have felt like, hurling death and destruction from above onto the humans and their structures far below?

“Bombardment impacting Syndic orbital facility Alpha Sigma.”

Geary saw a flock of escape pods heading away from the doomed Syndic facility, then the Alliance rocks began hitting and blowing apart huge pieces of the Syndic orbital base. Within moments, it vanished, replaced by a cloud of junk.

“Comms reestablished with Marine Third Company.”

Geary tagged the window and saw a static-riddled vision of almost total destruction. The lieutenant sounded stunned as he reported in. “Enemy fire has ceased.”

Carabali’s order snapped back. “Withdraw immediately along line one zero five true. I’m sending forces to link up with you.”

“Colonel, our dead—”

“We’ll come back for them. Get you and your wounded out *now!*”

“Understood, Colonel. On our way.”

*Our dead. Your wounded.* Geary looked at the status readouts for the Third Company. It had landed with ninety-eight Marines. Sixty-one were still alive, and of those, forty showed various degrees of injury.

The bombardments aimed at the two Syndic surface convoys reached their targets, and two sections of roadway and surrounding terrain rose toward the sky as everything within the strike zone blew apart under the tremendous impacts of the Alliance projectiles.

“Sir,” Carabali reported, “we have indications of enemy pursuit organizing behind Third Company’s withdrawal.”

“Thank you, Colonel. We’ll take care of it.” Geary passed the target area to *Warspite*. After viewing the Marines’ casualties, he wasn’t interested in humanitarian gestures toward the enemy trying to kill his people. “Turn this area into a dead zone, *Warspite.*”

“*Warspite*, aye. It’ll be a pleasure, sir.”

As *Warspite* hurled another bombardment toward the planet’s surface, Geary pulled back his view for a moment. The region around and at the borders of the POW camp had been turned into a seething hell of craters and dust. Other areas on the



ground showed craters where kinetic rounds had taken out surface launch sites or batteries, and here and there clusters of damage marked where Alliance hell lances aimed at Syndic aircraft had gone on to strike anything on the surface in their line of fire. Parts of the city nearest the POW camp were burning, but so were substantial portions of other cities on the planet, and as Geary watched, a massive explosion obliterated a section of one of the biggest cities on the planet. “They did that to themselves?” he asked.

“On purpose or by accident,” Desjani confirmed.

“More aircraft inbound.”

“If they’re assessed military, then engage. Weapons free on all military aircraft heading toward that POW camp.”

“Yes, sir.”

Rione was gazing bleakly at the display. “You think they would’ve figured out how useless this all was. Everything they throw at us is just getting destroyed, usually with damage to other things on the surface.”

“If the command and control net is still as fragmented as it looks, no Syndic in orbit or on the surface may have a decent picture of what’s going on,” Geary pointed out. “We don’t even know who’s giving orders to these units. Some of them may be operating independently, following standing orders to resist any force attacking the planet.”

His eyes went to the window for the lieutenant leading Third Company. The battle armor showed a gradual lessening of destruction as the Marines made their way out of the area flattened by *Warspite*. But as Geary watched, the image suddenly blanked, to be replaced by another of roughly the same scene but from another spot. “Lieutenant Tillyer is down,” someone was saying. The window identified the new speaker as Sergeant Paratnam. A building to one side collapsed as Marine fire tore it apart. “We got the sniper.”

“Understood,” Carabali replied. “I read you one hundred fifty meters from a linkup with elements of Fifth Company. Do you have them on your HUD?”

“Yes, Colonel. Got ’em.” Paratnam sounded immensely relieved. “Proceeding to linkup.”

Geary tapped a control, getting the health stats for the Marines in Third Company. Lieutenant Tillyer’s status readouts were all zeroed. “One hundred fifty meters,” he murmured.

“Sir?” Desjani asked.

“It’s funny, isn’t it? In a space engagement, one hundred fifty meters is too small a distance to worry about. At point one light speed we cover that distance in a tiny fraction of a second. It might as well be nothing. Except for weapons targeting. Then it means the difference between a miss or a direct hit. And for a Marine on a planet’s

surface that small distance decides life and death. He takes the chance of calling in our own fire right on top of his own position, he leads his unit to safety, and just short of safety, he dies.”

Desjani looked away for a moment. “The living stars decide our fates. It often seems random, but there’s always a purpose.”

“You truly believe that?”

Her eyes met his, and Geary thought for a moment that he could see reflections of every death Desjani must have witnessed in this war, every friend and family member she’d lost. “If I didn’t,” she said quietly, “I couldn’t keep going.”

“I understand.” Not for the first time he remembered that the people around him had grown up with this war. So had their parents. He couldn’t begin truly to feel the pain they must have endured as the casualty tolls mounted ever higher with no end in sight.

“You didn’t always.” She gave him a sad smile. “You couldn’t handle even minor losses once. Now, you can endure them and keep on. But I felt sadness back then, seeing your reaction to the loss of a single ship, and wishing I hadn’t been born in a time when such innocence could never be.”

“I can’t remember the last time I was called innocent. Back when I was an ensign, I guess.” Geary took a deep breath. “Let’s get this battle done with and make sure we lose as few more people as possible.”

The watch-standers and automated combat systems would alert him to anything he needed to know, but Geary made a last check of the larger picture before diving back into a close-up of the action in the POW camp.

On the overhead image of the POW camp, a swarm of human bodies could now be seen clustered near the large, open center. Left open in the middle was the landing field where Alliance shuttles were touching down and lifting off in what appeared a calmly choreographed operation. Geary called up a screen for one of Marines controlling the evacuation and saw a scene of seeming bedlam, the sky painted with the aftereffects of Alliance bombardments and hell-lance fire, peoples rushing here and there, shuttles dropping fast, loading liberated POWs as quickly as they could pack the bodies in, then leaping back upward. It took a moment to spot the order hidden behind the frantic activity.

The officers among the POWs were apparently keeping the other POWs in clusters until called to send people for a shuttle, and the Marines were sorting out and guiding disoriented former prisoners while shouting everyone into maintaining discipline. To one side he saw battle armor labeled with Colonel Carabali’s ID huddled next to a Marine shuttle with a couple of other Marines standing watch over her while she doubtless concentrated on the movements of her units.

“I wonder,” Desjani remarked, “if those former prisoners are trying to figure out

if they're being rescued or if the apocalypse has come.”

“Maybe both. Colonel Carabali, when opportunity permits I'd like your assessment of the operation.”

Her image appeared instantly. “Better than I'd feared, sir. We've taken casualties in almost every unit as we withdrew toward the center of the camp, but only Third Company got badly beat-up. Apparently they did stumble into an area intended as a last-ditch defensive zone for the Syndic guards. The evacuation of the liberated POWs is proceeding with no other holdups. I estimate forty minutes until the last POW is off, then another twenty minutes before the last Marine shuttle lifts.”

“Thank you, Colonel. We'll try to keep the Syndics off your backs until then.”

Carabali frowned in surprise and it took Geary a moment to realize it wasn't in response to his statement but to something that had come in to her over another channel. “Sir, we've got guards and their families trying to surrender in exchange for safe passage out of here.”

“Families?” His stomach clenched as Geary thought about the bombardments hitting the camp.

“Yes, sir. We hadn't seen any, either. Just a moment, sir.” Carabali turned to some nearby POWs and spoke quickly, then reactivated her circuit with Geary. “The former prisoners say the guards' families lived outside the camp. The guards must have brought them in for safety when the fighting started on the planet.”

“And then invited a battle on top of their heads?” Geary barked in disbelief.

“Agreed, sir. Our personnel who were imprisoned here say there are extensive underground storage areas in the north portion of the camp and are guessing the guards kept their families safe in those.”

Geary checked the display of the camp quickly, seeing that the northern areas were almost unmarked by fighting. “Thank the living stars they had the brains to do that and not to resist our Marines in that area. What does safe passage mean? Where do they want to go?”

“Wait one, sir.” Carabali passed on the question, then waited for it to be passed to the Syndics and a reply to come back. “Off-planet, sir.”

“Out of the question.”

“They say if they're left here, it'll be a death sentence. The revolutionaries in the city demanded the Alliance prisoners from them, and the guards refused to turn them over without proper orders. The guards claim they held off the revolutionaries until we got here, but with the camp shot to hell and so many casualties when they tried to fight us off, they can't hope to hold out once we leave.”

“Damn.” Geary turned and explained the situation to Rione and Desjani. “Suggestions?”

“If they hadn't fought us,” Desjani pointed out with some heat, “they'd be able to

defend themselves once we left. Besides, we can't lift them off the planet. None of our ships are configured for that many prisoners. And in any event we don't owe them any favors after they did their best to chop up our Marines. They dug this hole for themselves."

Rione looked unhappy, but nodded. "There doesn't seem any way to assist them at this point, Captain Geary."

"Yeah, but as long as they keep fighting, we keep losing people." Geary sat and stared at the display for a moment, letting options cascade through his mind. One caught his attention, and he focused on it, then called Carabali back. "Colonel, here's what you offer them. They stop all resistance and we stop killing them. Once we've lifted all of our people off, we'll bombard the approaches from the city while the surviving guards and their families withdraw in the other direction. If anyone tries to hit them while we're still within range, we'll provide cover. That's the best deal they're going to get."

"Yes, sir. I'll pass that on and see what they say."

Five minutes later, as another flight of Syndic aircraft was torn apart in midair, and two more Alliance bombardments blew apart another surface particle-beam battery and a missile launch site preparing to fire, Carabali came back on. "They agree, sir. They say they're spreading the word for all of the guards to cease resistance and withdraw with their families toward the east side of the camp. They ask that we not engage them."

"Agreed, Colonel, unless they start shooting at us again."

"I'll pass the word for cease-fire, but we'll keep a strong force watching them, sir."

Over the next few minutes the movements of the Marines closing on the center of the camp changed, some speeding up to reach the center quicker and others veering off to form a defensive line between the center of the camp and the enemy symbols, which began appearing as the guards broke cover to withdraw toward the east. Geary zoomed in the view, seeing through the dust filling the air infrared signatures that indicated groups of humans appearing and joining the withdrawal. Switching views again gave him a series of windows showing what was being seen by Marines watching the Syndics pull out. Targeting solutions danced on the Marine HUDs as they caught sight of Syndic guards in light battle armor shepherding civilians with no protection at all through the streets of the camp. Weapons were aimed and ready, but the Syndics behaved themselves, moving with haste, and the Marines held their fire.

He paused in his sweep through the Marine views as a sergeant's voice crackled. "Don't even think about it, Cintora."

"I was just practicing aiming," Cintora protested.

"Pull the trigger, and you'll be up on charges."

“Sarge, they messed up Tulira and Patal—”

“Lower your weapon *now!*”

Geary waited a moment longer, but Cintora had apparently realized he wasn't going to get away with anything and remained silent. If the sergeant hadn't been alert, or had been as angry with the Syndics as Cintora, it wasn't hard to imagine what would have happened.

Another urgent message drew Geary back to the big picture. “Our recce drones have spotted a third ground convoy en route the camp from the northwest, and what looks like infiltrators on foot closing from the southwest,” Colonel Carabali reported. “Request both targets be taken under fire by the fleet.”

Geary took a moment to look over the combat systems' firing solution, then hit approve and watched another barrage of kinetic projectiles hurled down toward the planet.

“Sir, the Free Heradao governing council is requesting a cease-fire.”

“Free Heradao? Weren't they just the Heradao governing council before?”

“Uh, yes, sir. It's the same circuits they called on last time and the same transmission ID.”

Geary glanced at Rione. “Any idea what the name change means?”

She looked frustrated. “Probably not a lot. They may have merged with another group of rebels and picked up the ‘free’ from that, or they may have decided ‘free’ sounded better, or there may have been a turnover in their leadership. Or it could be something else. In any event, I wouldn't assume the name change has any significance for us.”

“You've talked to them, though. Are they worth talking to again?”

“No.”

Desjani raised her eyebrows in surprise. “A short and straight answer from a politician,” she muttered too low for Rione to hear. “The living stars have given us a miracle.”

“Thank you, Captain Desjani,” Geary said. “Madam Co-President, please inform the Free Heradao governing council that we will engage any threat against our ships or our personnel on the surface or any forces heading toward the POW camp. If they refrain from posing such threats, we will not strike at them.”

“Sir, we've got another problem.” Colonel Carabali looked unhappy, which was a clue that this was a major problem. “My screening forces on the west side of the camp are picking up signs that highly trained enemy forces in maximum-stealth gear are trying to infiltrate past my Marines. Detections are fleeting and small, but our best estimate is that we're facing perhaps a squad of Syndic Special Forces commandos.”

“How much of a threat are they? Are they just scouts?” Geary asked.

“Their mission profile and some of the signs our gear has picked up indicates they

may well be equipped with hupnums, sir.”

“Hupnums?” It sounded like some whimsical creature in a fairy tale.

“Human Portable Nuclear Munitions,” Carabali elaborated.

No wonder Carabali was unhappy. Geary checked the time line. “Colonel, it looks like you’re getting close to being able to pull out. Even if those Syndic commandos manage to plant those things, they’ll have to set the timers to give them time to get free of the blast zone. Why can’t we get out of there well before the timers set off the nukes?”

Carabali shook her head. “Sir, I trained on Alliance hupnums, and everyone in my group, instructors included, believed that the timers on the hupnums were fake. We reasoned that any target worth sneaking in a nuke would be too valuable to risk failing a strike and perhaps having the nuke taken by the enemy during the time required for an individual to egress following planting the weapon.”

Geary stared at her. “Are you saying you assumed the nuke would go off as soon as it was armed?”

“Or very soon afterward, yes, sir. I assume the Syndics would be even more inclined toward that logic, sir. We have to presume the hupnums will detonate immediately after they’ve been placed and armed.”

That blew Geary’s time line all to hell. “Recommendation, Colonel?”

“I’ve diverted two of the shuttles on their return trips long enough to pick up two Persian Donkeys. With those -”

“Persian Donkeys, Colonel?”

Carabali looked surprised that he didn’t know the term. “Mark Twenty-Four personnel grouping simulators.”

“Which do what?”

“They . . . each simulate a large group of personnel. Each Persian Donkey uses a variety of active measures to create the illusion of many people. Seismic thumpers create ground vibrations appropriate to a crowd moving around, infrared bugs generate heat signatures all over the place, other bugs create audible noise, transmitters generate a level of message traffic and active sensor activity matching that of a military force around the site, and so on. For someone using remote nonvisual sensors, the Donkeys make it look like plenty of people are in a location.”

He got it then. “You want to fool the Syndic commandos into thinking their targets are still present until it’s too late for the Syndics to hit the real evacuation.”

“Yes, sir,” Carabali agreed. “But I need to keep a screening force in place, and by the time I get everyone else lifted, those commandos are going to be close. We can slow them down, but we can’t stop them.” An image appeared on Geary’s display, showing the colonel’s tactical planning screen. “I’ll put the Donkeys here and here, with any line of sight to them blocked from the directions the Syndic commandos are

coming in. I'll need to have platoons of Marines here, here, and here." Rough, bent arcs formed of individual Marine symbols flashed into existence. "Right after my last evac shuttle lifts, three shuttles will ground at these spots along the edge of the landing area closest to my people. At that point the last three platoons run like hell for the shuttles and boost out of there. The Donkeys will be set to self-destruct immediately afterward."

Geary studied the plan, nodding. "Does that leave enough time for the last shuttles to get clear if the Syndics realize what's happening and pop their nukes right then?"

"I don't know, sir. Probably not, but it's my best option."

"Wait a moment, Colonel." He spun toward Desjani and explained the situation. "What do you think? Is there anything we can do with enemy troops armed with nukes that close to our people's emergency evac?"

Desjani bent her head in thought for a long moment, then looked over at him. "There may be something we could try. I was only a junior officer, but as best I recall it worked at Calais Star System. A situation a lot like this, with the enemy coming right on the heels of the last shuttles out."

"What did you do?"

She twitched a humorless smile. "We dropped a saturation bombardment timed to cross paths with the evac shuttles and hit the surface just as the shuttles got enough altitude to clear the danger zone."

"You're kidding. Dropping that many rocks through the same planetary airspace that your shuttles are traversing? What did the shuttle pilots think of that plan?"

"They screamed bloody murder. The evacuees weren't thrilled, either. But we can do what we did then, download the bombardment pattern and planned trajectories of each projectile into the autopilots of the shuttles. In theory, the autopilots can weave a path between the rocks and make it up high enough before the rocks start hitting and blowing the surface sky-high."

He thought about it. He didn't like it. But . . . "You said it worked at Calais?"

"Yes, sir. Mostly it worked, anyway. Not every rock going through atmosphere sticks exactly to its preplanned trajectory. But at Calais we had a lot more shuttles lifting through the barrage than we'll be worried about here."

*Mostly* it worked. Geary called Carabali again. "Colonel, we've got an option to support your final lift." He outlined the concept Desjani had described. "It's up to you whether we try it."

It seemed that he'd finally managed to surprise Carabali. If that was surprise and not horror he was seeing. But the colonel exhaled and nodded. "If we don't try that, sir, odds are we'll lose all three birds and the Marines on them. At least this idea offers them all a much better chance. I'll notify the pilots of the last three shuttles of

what's going to happen.”

“Let me know if none of them want to volunteer so I can canvass the fleet for other pilots.”

Carabali frowned slightly. “They already volunteered, sir. All three of those pilots are Marines. Please inform me when you have details of the bombardment, sir.”

“Will do.” Geary broke the connection with Carabali, leaned back, and took a deep breath. “All right, everybody. We're going with Captain Desjani's plan. We need the bombardment as finely timed as possible if those shuttles are going to have a chance.”

“It's not exactly *my* plan,” Desjani muttered, then swung into action. “Lieutenant Julesa, Lieutenant Yuon, Ensign Kaqui, pull up the Marine evac plan as most recently amended by Colonel Carabali and run a bombardment plan through the combat systems. We need something that will saturate the area the shuttles have left, and coordinated with the Marine time line so that the bombardment hits within five seconds of the shuttles clearing the danger zone.”

“Captain,” Lieutenant Yuon asked, “what if one or more of the shuttles develops a problem, or gets delayed otherwise?”

“Assume no delays. All three of the last birds have to lift exactly on time, or they'll die at the hands of the Syndics. I need that bombardment pattern five minutes ago.”

The watch-standers leaped into action while Geary watched his display. On the portion given over to the ground battle, he could see the sudden appearances and disappearances of enemy symbols as traces of the Syndic commandos were picked up by Marine sensors. The Marines were firing on every detection, but apparently not getting hits against the extremely difficult targets moving through an environment full of things to hide behind. As the Syndic commandos snuck ever closer to the landing field, the Marines were slowly falling back themselves, trying to maintain a screen between the Syndics and the center of the camp.

On the field itself, the last liberated POWs were being bundled into shuttles, and Carabali was calling in her other Marines. The two Persian Donkeys were visible on the display, busily churning out indications of large groups of people still near the landing field.

A lot of things were going to have to work right. He hated depending on that.

“Strange, isn't it?” Desjani asked. “It's just like at Corvus, dealing with Syndic Special Forces commandos on a suicide mission.”

“I guess it is sort of like that,” Geary admitted.

“You didn't kill the ones at Corvus.” She turned a questioning gaze on him. “But we're going to nail these.”

“Right. At Corvus I wanted to underline the futility of the commandos' effort and



deny them martyrdom. Here”—Geary waved at his display—“they’re going to get their martyrdom, but they still won’t accomplish their mission. We will accomplish our mission despite their best efforts, though, making their deaths meaningless. In any event, there’s no other way to stop these commandos except by ensuring they get blown away.”

“Captain!” Lieutenant Julesa called. “The bombardment plan is ready.”

“Shoot it to me and Captain Geary.”

Geary studied the result, fighting down qualms as he saw the trajectories of over a hundred kinetic bombardment rounds intersecting with those of the three shuttles, then saw the pattern hit just as the shuttles cleared the danger zone from the bombardment. “Well, Captain Desjani, let’s hope this plan of yours works.”

“You can call it my plan if it works,” Desjani objected.

Geary hit the commands sending the plan to Colonel Carabali to pass on to her shuttles and transmitting it as an execute order to the ships tasked with being in the right positions at exactly the right time to launch the bombardments. Within moments, the battleship *Relentless* called back. “Sir, is this plan right?”

“It’s right. We need it executed perfectly.”

“That’s putting it mildly, sir. The Marines are okay with this?”

“They’re okay with it.”

“Very well, sir. We’ll put the rocks where they’re supposed to go and make sure they hit at the right time.”

“Thanks. *Reprisal*, any problems on your end?”

*Reprisal*’s commanding officer answered about ten seconds later. “No, sir. We’re loading the maneuvers and firing commands into *Reprisal*’s systems right now. We’ll do our part.”

Geary gazed bleakly at his display. Colonel Carabali was piling into one of the last shuttles on the POW camp’s landing field along with the last Marines on the field. The three platoons holding off the Syndic commandos were still falling back as they tried to slow the commandos’ infiltration toward the landing field. The momentary detections of the commandos showed them getting far too close to the landing field for comfort.

“Here come the last three shuttles,” Desjani noted.

The operations watch called out right afterward. “Final evac shuttles landing in five, four, three, two, one, they’re down.”

All of the Marines in the last three platoons seemed to bolt as one for the shuttles. Geary wondered how long it would take the Syndic commandos to realize what was happening.

“*Relentless* and *Reprisal* are launching the covering bombardment,” the combat-systems watch reported.

Geary sat, watching the rocks head downward to where the three shuttles sat, the Marines just now reaching the shuttles and hurling themselves inside. On one side of the display, two time lines counted down, one for the shuttles to get off the ground and the other for the moment of impact for the bombardment. The two sets of numbers were far too close together for comfort.

*Dauntless's* bridge was as quiet as he'd ever heard it, quiet in that unnatural way when people waited to see the outcome of a life-or-death gamble.

"The shuttles have to lift within the next ten seconds," Desjani reported.

"Yeah. I see." He could also see a few final Marines sprinting toward their craft.

"Shuttle one is in the air, climbing at maximum," the operations watch reported. "We're seeing ground fire aimed at the shuttles. The Syndic commandos are breaking cover to engage the last shuttles. Shuttle defensive systems are firing back and engaging protective countermeasures. Shuttle three is in the air. Shuttle two reports a problem sealing the main compartment hatch." Geary felt his breathing freeze. "Shuttle two is lifting with the hatch open. Speed and protection will be compromised."

He could see the action, the tracks of enemy fire reaching for the shuttles as they tore skyward, counterfire from the shuttles racing downward to strike among the indications of Syndic commandos, who still remained almost invisible in their stealth gear. And, from above, just over a hundred bombardment projectiles seconds from passing through the same airspace as the shuttles.

It was strange how very long a second could be.

## SIX

THE tracks of shuttles and bombardment merged, then diverged, the shuttles clawing for altitude and the rocks hurtling down the final distance to the surface. Geary heard the shuttle pilots yelling over their command circuit. “One of those damned things almost took off my ear!”

“Severe turbulence! Trying to maintain control!”

“We lost the main hatch!” That was shuttle two. “Make sure those Marines are strapped in and their armor is sealed! That’s all that’s going to be between them and vacuum!”

Beneath the fleeing shuttles, the entire central section of the former POW camp blew skyward in a single huge blast as the impacts of all of the bombardment rocks merged. Debris and shrapnel shot upward, chasing after the escaping shuttles as if the planet itself were reaching to grab them and pull the shuttles back to the surface.

Then another explosion burst out of the destruction on one side of the camp, an even more massive blast mushrooming toward the heavens.

“One of the Syndic nukes detonated,” the operations watch reported.

“Come on,” Desjani urged the shuttles in a whisper as they raced upward with shock waves and debris still in hot pursuit.

“We’re hit! Damage to starboard lift unit. Continuing on track, maximum velocity reduced twenty percent.”

“Climbing clear of danger zone.”

“Multiple strikes on our underside. Two penetrations. Shifting to backup on maneuvering controls.”

Geary could never be sure at which moment the crisis passed, the instant in which the three shuttles outran the death of the POW camp and the Syndic commandos within it. But at some point there was no longer any doubt.

“All shuttles clear. *Colossus* is closing on shuttle two for an emergency docking. Shuttles one and three proceeding as assigned to *Spartan* and *Guardian*.”

“Okay,” Desjani said, grinning. “It was my plan.”

“Right,” Geary agreed, almost laughing with relief as he triggered his command circuit. “*Relentless* and *Reprisal*, excellent shooting. Every ship performed with distinction, and every Marine and shuttle in this fleet went above and beyond the call of duty. As soon as the final shuttle is recovered, the fleet will proceed toward the jump point for Padronis.” He closed his eyes for a moment after finishing the transmission, breathing heavily. “And I thought fleet actions were tough.”

Far beneath the fleet, the only movements within the remnants of the former POW camp were caused by debris falling back to the surface and the mushroom cloud still rising on one side. Desjani was smiling. “Those Syndics successfully

carried out the suicide part of their mission, anyway.”

Geary thought of what those commandos could have done to his Marines, his shuttles, and the thousands of Alliance prisoners who had been liberated, and nodded in agreement.

The next half hour felt like a major anticlimax as the shuttles found their assigned homes on different ships of the fleet. Far beneath the fleet, parts of Heradao’s surface writhed as forces loyal to rebel factions and Syndic central authority clashed, but none of them tried to target the Alliance ships. “Do we need to provide cover for those withdrawing Syndic guards and their families?” Geary asked.

“There’s no sign of pursuit, sir. It’s likely most people on that planet think the guards went up with the camp.”

“Good.” After all the frantic activity, Geary felt fidgety waiting for the time when he could order the fleet into motion. While he waited, a postponed question popped back into his head. He bent a puzzled look at Desjani. “Why the hell do the Marines call their deception devices Persian Donkeys?”

Desjani replied with her own baffled expression. “I’m sure there’s a reason. Lieutenant Casque, you don’t have anything to do at the moment. See if the database can explain it.”

“And who the hell named those things hupnums? It makes them sound cute.”

This time Desjani just spread her hands helplessly. “I’m sure it was a committee. What did they call hupnums in, uh, the past?”

Geary wondered just what phrase Desjani had hastily avoided using to describe his time a century ago. “They called them PNWs. Portable Nuclear Weapons. Nice and simple.”

“But every nuclear weapon is portable,” Desjani objected. “Some may be carried by very large missiles or ships, but they’re still portable.”

He glared at her. “Did you ever work as an editor at your uncle’s literary agency?”

“A few times. What does that have to with anything?”

“Do you *like* the term hupnums, Captain Desjani?”

“No! In the fleet we usually call them NAMs.”

“NAMs?” Why couldn’t the future come with a glossary explaining common terms? Though come to think of it, he had heard sailors using the term a few times.

“Yes.” Desjani made an apologetic gesture. “Nuclear-Armed Marines. It’s shorthand among the sailors for something that’s a bad idea.”

Geary fought to keep a straight face. “I guess some things never change. Do you think there was ever a time when Marines and sailors got along?”

“We get along fine if planetary forces try to mess with us,” Desjani pointed out. “And when there’s a mission to carry out.”

“What about in bars?”

“That usually doesn’t go so good. Unless there’s planetary-forces types in the bars, too.”

“Just like in the past,” Geary agreed.

“Captain?” Lieutenant Casque called. “The database says those things are called Persian Donkeys because of some really ancient story. These people called Persians invaded some other place and got trapped by an enemy that was more mobile, so they had to get away at night without the enemy realizing they were going. The Persians had these things called donkeys that the enemy hadn’t seen before, and these donkeys made a lot of noise, so the Persians left all the donkeys behind to fool the enemy into thinking all of the Persians were still there. I guess these donkeys were some kind of primitive deception device.”

Lieutenant Yuon gave Casque a pained look. “Donkeys are animals.”

“Oh. Captain, donkeys are—”

“Thank you. I know.” Desjani seemed skeptical as she questioned Lieutenant Casque. “How old is this story? What does ancient mean?”

“Captain, the source is marked as ‘ancient book—Earth’ and that’s as old as it gets. I guess the Marines read about it in that book.”

“Excellent assumption, Lieutenant.” Desjani made a who-knew gesture toward Geary. “There’s your answer, sir. The Marines heard this ancient story. Maybe they study it as the first documented case of deception in warfare. No, that’d be that wooden horse thing I heard about once. Anyway, old story.”

“Even older than I,” Geary replied. “At least I’m pretty sure that must have happened before I joined the fleet.” He’d never expected to be able to joke about how long ago that had been, but in the glow of relief after the ground engagement, such things didn’t seem to hold as much anguish as they once did.

“Sir,” the operations watch called, “all shuttles have been recovered.”

“Excellent.” Geary sent the orders accelerating the Alliance fleet toward a rendezvous with the repaired warships, auxiliaries, and escorts back in the region of the engagement with the Syndic flotilla. Once joined up again, the fleet would head for the jump point for Padronis. “Something just occurred to me. We knew how badly the Syndic fleet has been hurt lately, but how did the rebels in this star system know? They broke their leash almost as soon as we’d destroyed the Syndic flotilla here.”

Rione answered, her voice thoughtful. “There’s bound to have been rumors among the citizens of the Syndicate Worlds, but the only ones who would know the true extent of the fleet’s losses would be senior personnel and CEOs. Which means some of the senior Syndics and CEOs are part of the forces that are trying to overthrow Syndic control of Heradao. The rot is just as bad as we suspected.”

“Then this could be happening in a lot of places as news spreads,” Geary said.

“Perhaps. But the Syndics still have considerable ability to try to retain control of individual star systems. Any collapse of the Syndicate Worlds will take a long time to work its way through all of the star systems.”

“A long time? Too bad,” Desjani murmured as she checked her display. “The shuttles bringing some of the liberated POWs to *Dauntless* are preparing to off-load.”

Geary came to his feet. “Let’s go welcome them.”

“Yes,” Rione agreed, “if the commanding officer of *Dauntless* doesn’t object to my presence as well.”

“Of course not, Madam Co-President,” Desjani replied with a professionally detached tone of voice.

They arrived at the shuttle dock as the first bird dropped its main hatch, and the former prisoners began walking down the ramp. The liberated prisoners filed off the shuttle, gazing around with expressions of joy and disbelief. In the remnants of their old uniforms and cast-off, badly worn civilian clothes provided by the Syndics, they looked very much like the prisoners who had been liberated way back at Sutrah Star System. The entire scene, the emotions present in everyone, felt like that at Sutrah.

“I guess the thrill of liberating our own prisoners of war never goes away,” Desjani murmured, somehow echoing Geary’s own thoughts.

Just about then a voice called across the shuttle dock. “Vic? Vic Rione?” One of the newly liberated prisoners, tall and thin and wearing commander insignia on an old coat, was staring their way, his eyes widening with disbelief.

Victoria Rione was peering back at the man, her expression puzzled, then she gave a quick intake of breath. Recovering quickly, she called out a reply. “Kai! Kai Fensin!”

Rione stepped forward to meet Fensin as he left the line and walked quickly toward her. Some of the sailor escorts herding the former prisoners along to sick bay made abortive motions to stop Fensin but halted when Desjani made a quick gesture. “Vic?” Fensin asked in a wondering voice as he reached them. “When did you join the fleet? You haven’t aged a day.”

“Vic?” Desjani muttered too low for anyone but Geary to hear.

“Be nice,” he muttered back to her before joining Rione.

Rione was shaking her head and looking embarrassed. “I feel much older, and I haven’t joined the fleet, Kai. May I introduce the fleet commander, Captain Geary?”

“Geary.” Commander Fensin smiled, his expression disbelieving. “They told us on the shuttles who was in command of the fleet. Who else could have brought it here to free us?” Looking suddenly aghast at himself, Fensin straightened to attention. “It’s an honor, sir, a great honor.”

“At ease, Commander,” Geary ordered. “Relax. There’ll be plenty of time for ceremony later.”

“Yes, sir,” Fensin agreed. “I served with another Geary once. Michael Geary. A grandnephew of yours. We were junior officers together on the *Vanquish*.”

Geary felt his own smile slide away. Fensin caught it, looking anxious now. “I’m sorry. Did he die?”

“He may have,” Geary answered, wondering how his voice sounded. “His ship was destroyed in the Syndic home system, covering this fleet’s withdrawal.”

“He pulled a Geary?” Fensin blurted, invoking the last stand for which Black Jack had become famous. “Of all people. I mean . . .” Fensin seemed simply horrified at his own verbal gaffes.

“I understand,” Geary said. “He didn’t think much of Black Jack after having to grow up in his shadow. But he seemed to understand me better at the end, when faced with the same situation.” Time to change the subject to something that would hopefully be more comfortable. “How do you know Co-President Rione?”

“Co-president?” Fensin’s stare shifted to Rione.

She nodded back to him. “Of the Callas Republic. And, uh, member of the Alliance Senate, of course, because of that. I went into politics to serve the Alliance after Paol . . .” Rione paused, blinking rapidly. “I’d been told he was dead, but recently learned he was still alive when taken prisoner. Do you know anything?”

Kai Fensin closed his eyes briefly. “I was on the same ship with Vic’s husband,” he explained to Geary. “Excuse me, I mean, Co-President Rione’s—”

“I’m still Vic to you, Kai. Do you know anything?”

“We were separated soon after being captured,” Fensin stated miserably. “Paol was severely injured. Somebody had told me he’d died on the ship, so I was surprised to see that he was still hanging on. Then the Syndics took the badly wounded away, supposedly for treatment, but . . .” He grimaced. “You know what happens to prisoners sometimes.”

“They killed him?” Rione asked in a thin voice.

“I don’t know. As my ancestors are my witness, Vic, I don’t know. I’ve never heard anything else about him or the others taken with him.” Fensin shrugged, his expression twisted with regret. “There were some others at the camp from our ship. I don’t think any of them came to *Dauntless*, but we’ve talked a lot. There’s not all that much to do but talk in the camps when the Syndics aren’t making you dig ditches and break rocks. None of the others could say what had happened to Paol, either. I wish I could give you some last memory, some parting words, but everything was chaos and the Syndics were pulling us apart and he was barely conscious.”

Rione managed a smile. “I know what his words would have been.”

Fensin hesitated, his eyes going from Rione to Geary. “There was a lot of gossip on the shuttle, people trying to catch up. Somebody said something about a politician and the fleet commander.”

“Captain Geary and I had a brief relationship,” Rione said in a steady voice.

“It ended when she learned her husband might still be alive,” Geary added. That wasn’t strictly true, but close enough so that he felt justified in saying it.

Commander Fensin nodded, looking haggard now. “I wouldn’t have blamed Vic, sir. Maybe before I went into that labor camp, back when I thought honor had a few simple rules to it. Now I know what it’s like, thinking you’ll never see someone again because the war has been going on forever and you can see the people dying in the labor camp who’ve been there almost all their lives and figure that will be you someday. There’s a lot of people who were in that camp who found new partners, figuring they’d never again see their old ones. Married people who started caring for someone else, or who looked for someone else to care about them. There’s going to be a lot of pain when they come home, I guess, one way or the other.” He gazed at Rione. “I did it, too.”

Rione gazed back, looking kinder than Geary had thought possible, as if meeting this man from her past had brought her back to a better time for her. “Did she come to this ship with you?”

“She’s dead. Three months ago. The radiation on that world causes problems sometimes, and the Syndics don’t waste money on expensive treatments for prisoners.” Fensin’s eyes appeared haunted now. “May the living stars forgive me, but I can’t stop realizing how much simpler that made things. I don’t know how my wife is now, whether she even knew I was alive, but now I don’t face a choice. I haven’t become a monster, Vic. But I can’t stop that thought from coming.”

“I understand,” Rione replied, reaching for Commander Fensin’s arm. “Let me help you to sick bay for your checkup with the others.” She and Fensin moved off while Geary watched them go.

Desjani cleared her throat softly. “There but for the grace of our ancestors,” she murmured.

“Yeah. It’s a hell of a thing.”

“It’s nice to see that she can be human,” Desjani added. “Vic, I mean.”

He turned a slight frown on Desjani. “You know how she’ll react if *you* call her that.”

“I certainly do,” Desjani replied. “But don’t worry, sir. I’ll save it for the right moment.”

Geary took a few moments of his own to pray that he wouldn’t be too close when that happened. “How many of these liberated prisoners will be able to augment your crew?”

“I don’t know yet, sir. It’s like after we pulled the others off Sutrah. They’ll have to be interviewed and evaluated to see what skills they’ve got and how rusty they are. Then the personnel-management system will help the ships sort out who should go



where.”

“Can you—”

“I’ll keep Commander Fensin aboard *Dauntless*, sir.” Desjani gave him a hard look. “Hopefully that commander will keep the politician occupied and off our backs.”

“You know, you are allowed to do nice things just to be nice even for her.”

“Really?” Desjani, her expression unrevealing, looked toward the liberated prisoners again. “I need to welcome the others to *Dauntless*, sir.”

“Do you mind if I welcome them to the fleet at the same time?”

“Of course not, sir.” She gave him a rueful look. “I know how little you like their reactions to seeing you.”

“Well, yeah, but it’s still my job to greet them.”

It felt odd, moving among the liberated prisoners, some of them elderly after decades in the Syndic labor camp, to know that all of them were born long after him. He’d gotten over that with the crew of *Dauntless*, able to forget that their lives had begun many years after his had supposedly ended. But the prisoners brought it home again, that even the oldest of them had come into a universe in which Black Jack Geary was a figure of legend.

But then an enlisted sailor with plenty of years behind her spoke to him. “I knew someone from off the *Merlon*, sir. When I was just a child.”

Geary felt a curious hollowness inside as he paused to listen. “Off *Merlon*?”

“Yes, sir. Jasmin Holaran. She was, uh . . .”

“Assigned to hell-lance battery one alpha.”

“Yes, sir!” The woman beamed. “She’d retired in my neighborhood. We’d go listen to her tell stories. She always told us you were everything the legends said, sir.”

“Did she?” He could recall Holaran’s face, remember having to discipline the young sailor after a rowdy time on planetary leave, see the promotion ceremony in which she’d advanced in rate, and another moment when he’d praised the hell-lance battery of which Holaran was a part for racking up a great score in fleet readiness testing. She’d been a capable sailor and occasional hell-raiser, no more and no less, the sort of so-called “average” performer who got the job done and kept ships going on a day-to-day basis.

Battery one alpha had been knocked out fairly early in the fight against the Syndics, but Geary hadn’t had a chance during the battle to learn which of that battery’s crew had lived through the loss of their weapons. Holaran had survived, then, and made it off *Merlon*. Served through the subsequent years of war and survived that, too, where so many others hadn’t. Retired back to her home world, to tell stories about him to curious children. And died of old age while he still drifted in survival sleep.

“Sir.” Desjani was standing next to him, her face calm but her eyes worried. “Is everything all right, sir?”

Wondering how long he’d been standing there without speaking, Geary still took another moment to answer as feelings rushed through him. “Yes. Thank you, Captain Desjani.” He focused back on the former prisoner. “And thank you for telling me about Jasmin Holaran. She was a fine sailor.”

“She told us you saved her life, sir. Her and a lot of others,” the older woman added anxiously. “Thank the living stars for Geary, she’d say. If not for his sacrifice, I would have died at Grendel and missed so much. Her husband was dead by then, of course, and her own children in the fleet.”

“Her husband?” He was certain Holaran hadn’t been married while on *Merlon*.

Because of what he’d done, she’d lived, had a long life, a husband, and children.

“Sir?” Desjani again, her voice a little more urgent.

Apparently he’d been standing silently again as he thought about everything. “It’s all right.” He took a deep breath, feeling the lifting of a burden he hadn’t been aware of carrying. “I made a difference,” he murmured too low for anyone but Desjani to hear.

“Of course you did.”

“It’s a pleasure to meet you,” Geary assured the former prisoner. “To meet someone who knew one of my old crew.” He meant it, he realized with surprise. A moment he had dreaded had brought him release from some of the pain he carried because of the past he’d lost. “I’ll never forget them, and now you’ve reconnected me to one of them.”

The woman beamed with pleasure. “It’s the least I can do, sir.”

“It’s a very big thing,” he corrected the former prisoner. “To me. My thanks.” Geary nodded to Desjani. “It’s all right,” he repeated to her.

“It is, isn’t it?” Desjani smiled. “Liberating POW camps seems to raise a lot of ghosts, doesn’t it?”

“Raise them and maybe bring us all some peace when we look them in the eye.” With some more words of gratitude to the older woman, he moved on to speak to others, a warmth having replaced the hollowness he’d felt for a moment.

The warmth didn’t last too long. He and Desjani were leaving the shuttle dock when an urgent call came down.

“Captain Geary?” the operations watch called, her image small on his comm pad. “There seems to be some problem with the former prisoners of war.”

So much for moments of relaxation. “What is it?”

“The most senior officers from the camp are demanding to be brought to *Dauntless* and kept in protective custody.” From what he could make out of the lieutenant’s expression, even she didn’t believe what she was saying.

Geary just looked at his comm pad for a moment. “They’re asking me to arrest them?”

“Yes, sir. Would you like to speak to them, sir?”

*Not particularly.* But he tapped the nearest large comm panel on the bulkhead and gestured to Desjani. “Listen in on this, please.”

The panel lit up with a much bigger image. He saw two women and a man, one of the women and the man wearing fleet captain insignia on the worn civilian clothing the Syndics had provided and the other woman bearing a Marine colonel’s rank. All three of them looked elderly, leaving Geary wondering how long they’d been prisoners. “I’m Captain Geary. What can I do for you?”

They took a moment to reply, a moment spent staring at him in the way Geary had come to expect but never expected to like. Finally, the female captain spoke. “We request that we be placed in protective custody as soon as possible, Captain Geary.”

“Why? We just liberated you from one prison. Why do you want to go into cells on fleet ships?”

“We have enemies among the former prisoners,” the male captain stated. “We were in charge of the prisoners because of our rank and seniority. Some of the former prisoners disagreed with the decisions we’ve made over the last few decades.”

Geary glanced over at Desjani, who was frowning at the three officers. “I’m Captain Desjani, commanding officer of *Dauntless*. Which decisions generated such problems that you want to be transferred to custody on my ship?”

The prisoners looked at each other before replying, then the female colonel answered. “Command decisions. We were forced to take into account the consequences of every decision and every action by the prisoners.”

Even Geary could tell that they were avoiding giving specifics. Desjani leaned close to him. “Do as they want. Arrest them. We want these three under our control while we find out what’s going on.”

Geary nodded to her, but making the gesture seemed to be aimed at the three former prisoners. “Very well. We need to look into this, but until then I’ll grant your request.” He checked the data next to their images. “All three of you are on *Leviathan*? I’ll order Captain Tulev to confine you to quarters.”

“Sir, we’d be more comfortable under your direct control.”

He let his expression harden. “Captain Tulev is a reliable and trustworthy officer of the fleet. You couldn’t be in better hands.”

The three former prisoners exchanged glances. “We need guards, Captain Geary.”

Stranger and stranger. “Captain Tulev will be told to place Marine guards outside your quarters. Is there anything else you can tell me?”

The female captain hesitated. “We’re preparing a full, official report of our actions.”

“Thank you. I look forward to seeing it. Geary, out.” He broke the connection, then called Tulev. “Captain, there’s something weird going on.”

Tulev listened, his face betraying no emotion. “I will have the sentries placed. Captain Geary, I’ve already been questioned by some of the other liberated prisoners, demanding to know where those three senior officers are located.”

“Demanding?”

“Yes. I’ve already chosen to keep those three isolated while trying to discover the reasons for the hostility I’ve seen toward them.”

Desjani broke in again. “Have any of those demanding to know where the senior former prisoners are located expressed any specific grounds for their questions?”

“No. They’re concealing their motives from me. All of them are officers, though. But I will find out what is behind all of this. Now, if you will excuse me, I must get the Marine guards in place.”

After Tulev had broken his connection, Geary looked toward Desjani. “Any ideas what might be behind this?”

Desjani made a face. “A few. They seem to be afraid for their lives, which implies something far more serious than disagreements over the wisdom of decisions.”

“Then why aren’t the other prisoners telling us what happened instead of hiding their problems with those three? They were all down in that camp together. Why wouldn’t the other prisoners have been able—” Geary stopped and called Colonel Carabali. “Colonel, did you meet the three senior Alliance officers at that POW camp?”

Carabali, who looked drained from the recent action, her battle fatigues streaked with sweat and creased where the battle armor had pressed against them, straightened herself as she answered. “Two captains and a colonel? Yes. They came out to meet us as we landed. I think they evac’d on the first shuttle up. I don’t recall seeing them after that. Some of the other former POWs were looking for them.” Carabali paused. “I did see their quarters. Separate from the rest. It looked like a bunker. A Syndic guard post in front of it, though abandoned when we touched down. Odd. But I really didn’t have the opportunity to deal with those things on the surface, sir.”

“Understood, Colonel. Thank you.” Geary bent his head, trying to think. “How do we get answers, Tanya? Before something happens?”

She’d been concentrating, and now smiled briefly. “Perhaps you and I should have a private talk with Commander Fensin.”

“Fensin?” He remembered the look and the bearing of that officer. Eager, professional, and a tendency to speak his thoughts impulsively. “That might work if we have Rione along to help soften him up.”

“Must we? Oh, you’re probably right. She’s a lever we can use if he tries to clam up.”

“You sound like you already know what’s going on,” Geary suggested.

“No, sir. I fear I know what’s going on, and if Commander Fensin hesitates to speak, I may be able to prod him into admitting it.” She tapped her comm pad. “Bridge, locate Co-President Rione and Commander Fensin. They should be together, probably in sick bay for his medical screen. Captain Geary and I need to see them in the fleet conference room immediately.”

The watch-stander who answered spoke cautiously. “We’re supposed to order Co-President Rione to the conference room, Captain?”

Desjani gave Geary a sour look as she replied. “No. Inform her that Captain Geary urgently requests her presence there along with Commander Fensin. That should satisfy diplomatic niceties.”

COMMANDER Fensin was smiling as he took a seat in the conference room while Desjani sealed the hatch. Rione sat beside him, impassive but watching Desjani in particular very closely.

Geary didn’t waste time. “Commander Fensin, what’s the story with the three senior Alliance officers among the prisoners?”

The smile vanished, and a variety of emotions rippled across Fensin’s face before he managed to control himself. “Story?”

“We know there are problems. Why would they be afraid of the other former prisoners?”

“I’m not certain I understand.”

Desjani spoke. “Perhaps this word will be easy to understand. ‘Treason’?”

Fensin stopped moving. After a moment, his eyes went to Desjani. “How’d you find out?”

“I’m the commanding officer of a battle cruiser,” she replied. “What exactly did they do?”

“I took an oath—”

“You took an earlier oath to the Alliance, Commander,” Desjani said. “As your superior officer, I want a full report.”

She’d taken control of the interrogation, Geary realized, but Desjani was getting answers, so he didn’t protest.

Rione did. “I would like an explanation for this. Commander Fensin has not even been given the opportunity to complete his medical screening yet.”

Geary replied. “I believe you’ll get your explanation when Commander Fensin answers Captain Desjani.”

Fensin had been staring at Desjani and now slumped back, rubbing his face with both hands. “I never liked it anyway. If we somehow ever get out, everybody stay quiet until we get them. As if we were a criminal mob rather than members of the

Alliance military. But as the years went by one by one endlessly, it seemed to make sense. We'd never be rescued, never be freed. We'd have to do what needed to be done if justice was ever to be served. And the rules didn't change when we were rescued. We'd agreed to do it when we could."

Rione reached and grasped Fensin's other hand. "What happened?"

"What didn't." Fensin stared toward the far bulkhead, his eyes looking into the past. "They betrayed us, Vic. Those three."

"How?" Geary demanded.

"There was a plan. Hijack one of the Syndic supply shuttles but keep it quiet. Get to the spaceport and grab a ship. Only twenty prisoners might make it out, but they could have taken a lot of information back to Alliance space. Who was in the camp, what we knew of the situation behind the border in Syndic space, that kind of thing." Fensin shook his head. "Crazy, I guess. Only one chance in a million it might work. But against a lifetime as a prisoner of war, some people thought those odds were good enough. The three senior officers in the camp told us not to, but we pointed out the fleet's standing orders for prisoners to resist where feasible. So they told the Syndics. The only way to stop the plan, they said. Because the retaliation against the remaining prisoners would be too severe, they said. Because they'd agreed to keep us in line for the Syndics in exchange for certain privileges for us. Privileges! Enough food, some medical care, the sort of things the Syndics were obligated by simple humanity to provide anyway."

Fensin closed his eyes. "When the Syndics found out about the plan, they ran us through interrogations until they'd identified ten of the prisoners who were going to hijack the shuttle. Then they shot them."

"Was this an isolated incident?" Geary asked. "Or a pattern of behavior?"

"A pattern, sir. I could talk all day. They did what the Syndics wanted and told us it was for us. Keep quiet, behave, and it would benefit us. Resist, and we'd get hammered by the Syndics."

Desjani looked like she wanted to spit. "Those three focused on one aspect of their mission, the welfare of their fellow prisoners. They forgot every other aspect of their responsibilities."

Fensin nodded. "That's right, Captain. Sometimes I could almost understand. Among them they'd been prisoners of war for a combined total of more than a century."

"A century isn't long enough to forget important things," Desjani replied, looking at Geary.

He rapped the table to draw Fensin's attention, uncomfortable with Desjani's observation despite (or perhaps because of) the truth in it. "What's the objective of this conspiracy of silence? Why not tell us immediately what those three did?"

“We wanted to kill them ourselves,” Fensin answered in a matter-of-fact way. “We held emergency courts-martial, in secret of necessity, and reached verdicts of treason in all three cases. The penalty for treason in wartime is death. We wanted to make sure those sentences were carried out before any of those three managed to lawyer their way into being formally charged and tried on lesser offenses. And, in truth, we wanted revenge for ourselves, for those who died.” He looked around at the others. “You can’t know how it feels. I . . . Do we have access to imagery of the camp? Before you pulled us out?”

“Certainly.” Desjani entered some commands. Above the table appeared an overhead view of the POW camp on Heradao as it had looked before being smashed to bits during the fight to liberate the prisoners.

Commander Fensin, working the controls with the clumsiness of someone who’d not been allowed to use the like for years, zoomed the image in on one side of the camp. As the picture zoomed closer, Geary could see a large open field, and that the field was partially filled with neat rows of markers. “A cemetery.”

“Yes,” Fensin agreed. “That POW camp had been in existence for about eighty years. A generation of prisoners had aged and died there. There weren’t a lot of real elderly because of the harsh conditions and the limitations on medical care.” His eyes rested on the imagery of the grave markers. “All of the rest of us believed that eventually we’d end up in that field as well. There weren’t any prisoner exchanges, and why should we expect the war to ever end? After five or ten or twenty years, even the strongest beliefs faded into resignation. We’d never see our families again, we’d never go home again. All we had left was each other, and what dignity we could retain as members of the Alliance military.”

He focused on Rione, as if she were the one he most wanted to convince. “They betrayed that. They betrayed us. Those things were all we had left, and they betrayed those things. Of course we wanted to kill them.”

They sat in silence for a few moments, then Desjani gestured toward the image still hovering before them. “Did the Marines get records of those graves while they were on the ground? The names of those who rest there?”

“I doubt it.” Fensin tapped his head with one finger. “They didn’t have to. Every one of us had names to remember. I was one of those who had to remember all of the dead whose last names began with F. The list of the honored dead is in our memories. We couldn’t take them home because they’ve already gone to join their ancestors, but we will take their names to their families.”

For a moment Geary imagined that he could see them, the prisoners going painstakingly over the names of those who had died, checking their lists against each other, committing the names to the only form of record they had. Year by year, as the lists grew longer, never knowing if anyone in the Alliance would ever hear those lists,

but keeping them in their memories just the same. It was all too easy to sense how the prisoners had felt in that POW camp, which they had every reason to believe would be their jail until they died. All too easy to understand their need for such rituals and their sense of betrayal. “All right.” Geary looked a question at Rione.

She looked down, then nodded. “I believe him.”

“So do I,” Desjani added without hesitation.

Geary tapped the comm controls. “Captain Tulev, get those three senior former prisoners onto a shuttle with Marine guards. Take them to . . .” He pondered his options. He needed a ship without former POWs from Heradao on board, but every warship had those.

Every warship.

“*Titan*. Take them to *Titan* with orders that they be confined under guard until further notice. All three are under arrest.”

Tulev nodded as if unsurprised. “The charges? We are obligated to provide them to those under arrest.”

“Treason and dereliction of duty in the face of the enemy. They told me they were preparing a report on their actions. Make sure they have the means to produce that report. I want to see it.” That wasn’t strictly true. The last thing he wanted to do was read through that document if what Commander Fensin had said was accurate. But he had an obligation to see what the three officers said in their own defense.

Once Tulev had signed off, Geary faced Fensin again. “Thank you, Commander. I think I can promise you that if what you told us is confirmed by your fellow former prisoners, then formal courts-martial back in Alliance territory will reach the same conclusions you did.”

“Do we have to wait?” Fensin asked with shocking calmness. “You could order them shot right now.”

“That’s not how I do business, Commander. If your statements are true, those three will condemn themselves with their own report, then no one will doubt the necessity of carrying out justice.”

“But Captain Gazin is so old,” Fensin argued. “She may not live until we reach Alliance space, and she’d escape the fate she deserves.”

Desjani answered him in her command voice. “If she dies, then the living stars will render judgment and justice, Commander. No one can escape that. You’re an officer in the Alliance fleet, Commander Fensin. You held to that as a prisoner. Don’t forget it now that you’re back with us.”

Rione’s expression hardened, but Fensin just stared at Desjani again for a moment, then nodded. “Yes, Captain. Forgive me.”

“There’s nothing to forgive,” Desjani assured him. “You’ve been through hell, and you did your duty by telling us the truth. Continue to do your duty, Commander.



You were always part of the fleet, but now you are with it once more.”

“Yes, Captain,” Fensin repeated, sitting straighter.

Rione looked to Geary. “If there’s nothing else, I’d like to spend some time with Commander Fensin, then get his medical screening accomplished.”

“Of course.” Geary and Desjani stood together and left. He looked back as the hatch closed and saw Rione still holding Fensin’s hand, no words passing between them. “Damn,” he muttered to Desjani.

“Damn,” she agreed. “Are you sure we shouldn’t shoot them now?”

So Desjani had been tempted, too, but hadn’t argued with him in front of the others to avoid appearing to undermine his own position. “Sure? No. But it has to be done right. There can’t be any perception of mob justice. Good job getting Fensin to talk. How did you know to prod Fensin with a question about treason?”

She made a face. “Some of the conversations I had with Lieutenant Riva. He talked a few times about things like that. I didn’t really understand before, but I remembered how he’d get very angry when talking about anyone who he thought had been too compliant with the Syndics. Something about this made me recall that.” Desjani looked down the passageway, and added something in a bland voice. “It’s not like I think of Riva. Not at all, usually.”

“I see.” To Geary’s surprise, he realized he had felt a twinge of jealousy. He had to change the subject. “I wonder if I might not have ended up going down that same misguided road that those three did if I’d been captured.”

Desjani frowned at him. “No. You wouldn’t have. You care about the personnel under your command, but you also know the risks they have to run. You’ve always been able to balance those things.”

“I care about them enough to send them to their deaths,” Geary replied, hearing some bitterness creep into his tone.

“That’s exactly right. Too much callousness, and their lives are wasted. Too much concern, and they die anyway, with no result. I don’t pretend to understand why things are that way, but you know they are.”

“Yeah.” He felt the momentary depression lifting and smiled at her. “Thanks for being here, Tanya.”

“It’s not like I could be anywhere else.” Desjani smiled back, then her face went formal, and she saluted. “I need to see to my ship, sir.”

“By all means.” He returned the salute, then watched her walk away.

She had a ship to see to and he had to call *Titan* and let Commander Lommand know that a particularly unwelcome cargo would be arriving on his ship soon. The burdens of command varied, but burdens they always were.

BY the next morning he felt better. The third planet of Heradao was comfortably

distant, the fleet had finished joining up with the units left behind in the area of the space battle, and the entire Alliance force was headed for the jump point for Padronis. Even the old Syndic ration bar he chose for breakfast didn't seem to taste as bad as usual.

At about that point, the comm unit in his stateroom buzzed. "Sir, you have an urgent request for communications from Commander Vigory."

"Commander Vigory?" Geary tried to match the name to a ship or a face, failed, and checked the fleet database. Another former POW from Heradao. No wonder his name hadn't been familiar. Vigory was on *Spartan*, and according to the summary in the database, he'd had a fairly routine career before being captured by the Syndics. "All right. Put him through."

Thin and intense, Commander Vigory resembled other Alliance personnel liberated from Heradao. "Captain Geary," he began in a stiff voice, "I wished to pay a call and render proper respects to the fleet commander."

"Thank you, Commander."

"I also wished to inform you that I am still awaiting a command assignment."

*Still awaiting?* Geary's eyes went to the time. It had been less than a day since the fleet left orbit about Heradao's third planet. Then his mind fastened on the rest of Vigory's statement. "Command assignment?"

"Yes, sir." Vigory's eyes were demanding as he gazed at Geary. "A review of fleet records indicates numerous ships in this fleet suitable for an officer of my rank and seniority are currently commanded by officers junior to me."

"You expect me to relieve some existing commanding officer so that you can have his or her ship?"

The question seemed to startle Commander Vigory. "Of course, sir."

Geary fought down an impulse to cut off Vigory at the knees and tried to speak in a reasonable but firm tone. "How would you feel if you lost your command under those circumstances, Commander?"

"That scarcely matters, sir. This is a question of honor and proper deference to my rank and position. I have no doubt that any ship in this fleet would benefit from my experience and ability to command."

No, Vigory probably had never had a doubt in his life, Geary thought as he looked at the man. According to the records available, Vigory had been taken prisoner about five years ago, meaning that he was a product of a fleet in which individual honor meant everything and ships fought without regard for sound tactics. Maybe he was a decent officer despite that, but at this point, retraining a ship's commanding officer would be just one more thing to worry about, besides being grossly unfair to some other officer. "Commander, I'll lay this out as clearly as I can. Every commanding officer in this fleet has fought for me all the way from the Syndic home star system,

rendering brave and honorable service in numerous engagements with the enemy.” That was an exaggeration in a few cases, but Vigory didn’t seem the sort to grasp distinctions. “I will not relieve any of my current commanding officers without cause based on their performance. This fleet is returning to Alliance space, and once there you can request a command assignment on a new-construction warship or a warship whose commanding officer is rotating to a new assignment.”

Vigory seemed to have trouble understanding. “Sir, I expect very quickly to receive a command assignment in this fleet suitable to my rank and seniority.”

“Then I regret to inform you that your expectations are misplaced.” Geary tried not to get angry but could hear his voice getting sharper. “You will serve as needed by the Alliance, just like every officer in this fleet.”

“But . . . I . . .”

“Thank you, Commander Vigory. I appreciate your willingness to serve as your duty to the Alliance requires.”

The conversation over, Geary leaned back and covered his eyes with one hand. A moment later the alert on the hatch to his stateroom chimed. *Great. This morning is going downhill fast.* He authorized entry, sitting up straighter as Victoria Rione entered. “Captain Geary.”

“Madam Co-President.” They’d had plenty of physical intimacies in this very room, but that was over and done, and neither would presume on their earlier relationship.

“I hope I’m not interrupting anything,” Rione continued.

“I was just trying to remember why I wanted to rescue the Alliance POWs on Heradao,” Geary confessed.

She flicked a smile at him. “Because you have an annoying habit of insisting on doing what’s right even when common sense might dictate acting otherwise.”

“Thank you. I think. What brings you here?”

“The Alliance POWs liberated from Heradao.”

Geary didn’t quite stifle a groan. “Now what?”

“This may be good news, or perhaps useful.” Rione inclined her head toward another part of the ship. “Sometime after you left us yesterday, Commander Fensin confessed to me that the best thing he could have been told was what your captain said to him, reminding him of his responsibilities as an officer of the Alliance and ordering him to live up to those responsibilities.” She paused before continuing. “From what Kai Fensin said, he and the other POWs on Heradao long lacked a firm hand they respected to give them purpose. He thought all of them would benefit from treatment such as your captain gave him.”

Geary refrained from pointing out that his “captain” had a name, and that Desjani wasn’t “his” in any case. “That makes a great deal of sense. They’re not used to

having senior officers they respect or to whose orders they'd listen."

"Kai suggested you might want to inform others in the fleet of this, so they'd be able to treat the other former prisoners accordingly. In that respect, they're not like the ones we liberated from Sutrah."

"Thank you," Geary repeated. "I think he's right."

"Yes, and so was your captain. My instincts to protect Commander Fensin were wrong."

"Don't beat yourself up about that. Desjani and Fensin are both fleet." Rione just nodded silently. "How are you doing?"

She gave him a searching glance. "Why do you ask?"

"You seem to have been very happy to find Commander Fensin."

Rione's eyes flashed. "If you're implying—"

"No!" Geary raised both palms in apology. "That's not what I meant. It just seems that meeting him was a good thing for you."

She subsided as quickly as her anger had flared. "Yes. He reminds me of many things. Of the life I once had."

"I could tell." It was best not to tell Rione that Desjani had been able to see it as well.

"Could you?" Rione bent her head for a moment. "I sometimes wonder what will happen if my husband lives and we are united again. In the years since he left, I have changed in many ways, become harder and stronger and . . . not the woman he left."

"I saw that woman. When you were with Kai Fensin."

"You did?" Rione sighed. "Maybe there's hope for me, then. Maybe she's not dead after all."

"She's not, Victoria."

Rione raised her gaze and looked at him with a twisted smile. "That's one of the few circumstances under which you can still call me that, John Geary. Thank you. I've said what I needed to say." She walked to the hatch but paused in it before leaving, her back to him. "Please thank your captain on my behalf for her words to Commander Fensin. I'm grateful." Then she was gone and the hatch was sliding shut.

He drafted up a message telling the fleet's ship captains to be firm with the former POWs from Heradao and to get them assigned duties as soon as possible. After sending it, Geary settled back and stared at the star display again.

Roughly two more days until the fleet reached the jump point for Padronis. That star should be quiet, with no known Syndic presence. For that matter, Atalia, the next and last Syndic star system they had to transit, should be quiet, too, despite its human population. If Alliance intelligence was anywhere near right then the Syndics had used up everything they had. No significant number of warships could be available to contest the rest of the fleet's journey home.

Could he finally relax?

Five minutes later, Lieutenant Iger called from the intelligence section with a very urgent summons.

## SEVEN

CALLS from Lieutenant Iger in the intelligence section were usually interesting and sometimes very surprising. Never *pleasantly* surprising in Geary's experience, but the unpleasant news had often proven to be critically important.

Since Iger looked unhappy when Geary arrived, he assumed this would be one of those unpleasant news times. "Tell me the civil war in this star system isn't going to cause us any more problems, Lieutenant."

"Uh, yes, sir. The civil war here shouldn't cause us any more trouble, sir. This is an entirely different problem."

"Oh. Wonderful. Big problem?"

"Yes, sir. Real big."

Geary rubbed the back of his neck, feeling a headache coming on. "All right. Lay it out."

"We've been analyzing Syndic communications in this star system, Captain Geary," Iger reported. "That is, the messages that were already on the fly when we arrived here. It's standard procedure, trying to identify traffic patterns and important messages so we can try to break them out and decipher as much of them as we can. The first thing we noticed is that there's been a much-higher-than-usual concentration of highest-priority messages sent in this star system. Again, that's before central authority collapsed."

Geary nodded. Light-speed limitations were usually a problem, but not if you were trying to intercept messages sent days or hours ago, before anyone knew the enemy would be arriving in a particular star system. Those messages were still heading outward at the speed of light if you could find them. "Any idea what they're about? The Syndics thought we were coming here, so that might account for them."

"No, sir, not all of them. We've been able to do some partial breaking of the high-priority messages we've intercepted." Iger turned and tapped controls, bringing up a series of lines of information. "These are pulled from voice transmissions and various forms of text messaging. Those kind of informal communications are usually the most useful because people say things without thinking. There are several references in these to something we've never seen before. Right here, and here, and in this one."

Geary read the indicated lines, frowning. "Reserve flotilla? You haven't heard the Syndics use that phrase before?"

"No, sir. A search of intelligence databases turned up only three references to the term in reporting about the Syndics over the last few decades. No actual data exists, just identification of the use of the term 'reserve flotilla' by the Syndics without any means of determining what it meant." Iger pointed to another line. "This was a requisition for supplies. We've been able to break a fair amount of this message

because we know how the Syndics format those requisitions and so knew what certain sections had to mean. These parts are segments of the overall requirement, then here's some of the portion of that requirement that Heradao was supposed to provide. One of the things about the Syndics is they use very rigid logistics. If you want to provide food for a D-Class battle cruiser for sixty days, you order X of this and Y of that and so on."

"That looks like an awful lot of Xs and Ys," Geary commented as he read the intercepted requisition.

"Yes, sir." Iger blew out a long breath. "Assuming it's a standard sixty-day supply, which the Syndics tend to adhere to, and a standard mix of units, this requisition would cover a force estimated to include fifteen to twenty battleships, fifteen to twenty battle cruisers, and somewhere between one hundred and two hundred heavy cruisers, light cruisers, and Hunter-Killers."

Geary felt a lot of reactions, some of them very negative. How could a Syndic force of that size still exist? His fleet had fought heroically and taken serious losses, but the path home had finally seemed clear. Right up until that moment. He tried to focus on the most constructive questions. "This definitely isn't related to the force we just destroyed?"

"No, sir. Definitely not. It was being sent out of the star system."

"You're estimating that a Syndic force of that size exists right now and is in a star system not too far from here?"

"Yes, sir." Give Iger full credit, he didn't try to weasel around when it came to bad news.

"How? How did the Syndics have a force of that size that our intelligence resources weren't aware of before this?"

Iger pointed again. "We can only guess, sir, but I think it's a good guess. Some of the message traffic we believe is related to this reserve flotilla mentions two Syndic star systems. Surt and Embla."

"Surt? Embla?" The names were vaguely familiar, though Geary couldn't remember why. "I can't recall where those are."

"That's because they're a long ways from Alliance space," Iger advised, moving to the star display nearby. "Here. On the Syndic border farthest from the Alliance."

It suddenly all made sense. "A reserve flotilla. Held on the Syndic border facing the aliens as insurance in case the aliens attacked the Syndics."

"Yes, sir," Iger agreed. "That seems like the most reasonable interpretation. A force kept so far from us that the Alliance couldn't pick up indications of it and never knew of its existence. But now the Syndics are so worried about our getting home with a Syndic hypernet key that they pulled that reserve flotilla out of position to try to stop us."

“Damn. We didn’t need that.”

“No, sir.”

“Any idea where they are now?” Geary asked, eyeing the star display.

“Not too far from here,” Iger suggested. “A star system within one or two jumps. That’s our best guess. Or they were there fairly recently.”

“Kalixa? It was a possible objective for us from Dilawa. They could have defended the hypernet gate there, and the gate would allow them to shift position quickly if we ended up not going to Kalixa.”

Iger nodded. “That’s as good a guess as any, sir. But the picket ships from here will be at Kalixa soon to tell them we went to Heradao, so they’ll probably shift to a star system blocking our way home from here.”

One more big battle left to fight, then, with a possibly veteran force that was fully supplied with fuel cells and expendable weaponry. His anger at this turn of fate shifted as Geary thought about what might have happened if the Alliance fleet had run into the Syndic reserve flotilla without warning that it even existed. “Lieutenant Iger, you and your people have done an outstanding job. This is critically important information. Well done.”

Iger beamed. “Thank you, sir. I’ll make certain everyone in intelligence knows you said that.” But then the intelligence officer looked uneasy. “Sir, I know our first priority is worrying about the consequences of this for us, but if the Syndics have been maintaining for who knows how long a major force along their border with whatever those aliens are, they must have had good reason to be wary of what the aliens might do. What if the aliens realize the reserve flotilla is gone from the border?”

“Good point, Lieutenant, but I’m sure they already know.” Geary indicated the symbols for hypernet gates. “If those aliens can redirect ships within a hypernet, that means they can tell when ships are using that hypernet, and the only way that reserve flotilla could have come that far in any reasonable amount of time is by using the Syndic hypernet.”

“Then they know they have a window of opportunity.” Iger bit his lip. “And if we destroy this reserve flotilla, which we’ll have to do if we encounter it, then that window will be as big as a supernova.”

Geary studied the Syndicate Worlds’ territory portrayed on the star display, imagining what could happen if the Syndic leaders lost their grip on dissident star systems, if their fleet was temporarily too weak to defend Syndic space, if the aliens chose to attack at that point. From what Geary knew of history, one of the truisms of empires was that they were only as strong as their ability to keep their own populace in line. If they lost that, empires tended to fall apart very rapidly, and the Syndicate Worlds were in many ways an empire in all but name.



He needed to destroy this Syndic reserve flotilla in order to get his own fleet home. But by doing that he might be triggering events in which many Syndic-controlled star systems ended up like Heradao.

“Sir?” Iger asked, interrupting Geary’s train of thought. “Do we have any idea what the intentions of the aliens are?”

“No, Lieutenant. Just guesses based on far too few facts. Just as important as intentions, we have no idea what their capabilities may be. We still know practically nothing about these aliens. Lieutenant Iger, if we run into that reserve flotilla we need to capture as many senior Syndic officers from it as possible and find out what they know. Surely they would have been briefed on whatever the Syndics have managed to learn about the aliens.”

“Most likely, sir,” Iger agreed, then looked aggravated. “Although you’d be surprised how many times people get totally focused on keeping a secret and try to keep important information like that from those who need it the most for fear of its being compromised.”

“That still happens? Well, hell, of course it does. It was probably happening back when those original Persian donkeys were making noise.”

TIME for another fleet conference. He didn’t hate them nearly as much as he used to, but was still acutely aware that some of the officers among those whose images were shown around the virtual table were actively plotting against him and ships of the fleet itself. Most of the commanding officers of the fleet’s ships seemed cheerful though, after the latest victory and knowing how close they were to home.

Unfortunately, it was also time to break the bad news. “I’ve asked Lieutenant Iger from intelligence to be present so he can brief everyone on something he and I have already discussed.” Waving toward Iger, Geary sat down. Since he already knew the content of Iger’s briefing, he spent the time watching the reactions to the news.

Cheerfulness faded into disbelief, followed by a general sense of anger.

Captain Armus put the feelings into words. “How could our intelligence be so wrong?”

Geary answered. “As Lieutenant Iger explained, this reserve flotilla has been kept so far from Alliance space that there were no indicators of its existence that we could detect.”

“Why?” *Daring*’s commanding officer asked. “That’s a lot of ships, and I know the Syndics could have used them at different times in the past. Why leave them sitting on the border of Syndic space farthest from the Alliance?”

“We can only speculate as to the reasons,” Geary replied. Strictly speaking, he was being truthful. Everything known about the aliens on that side of Syndic space was speculation. “But they did do it, and now it seems they’ve brought that flotilla

here.”

“Where are they?” *Dragon’s* commanding officer questioned Iger.

“We believe they’re somewhere within a jump or two of Heradao.”

Geary pulled up the star display for the region. “When we arrived in Heradao, Captain Desjani and I wondered why the Syndic flotilla here had left a clear path open for Kalixa. It may well be that the reserve flotilla was waiting for us at Kalixa. If we’d gone that way, the Syndic flotilla here would have followed and we would have been trapped between two powerful enemy forces.”

“Typical Syndic trick,” Captain Badaya complained. “How long will they wait at Kalixa to see if we show up?”

Desjani pointed to the display. “A Syndic HuK stationed at the jump point to Kalixa jumped that way after we’d defeated the flotilla here. There’s another near that jump point that’s waiting to see which way we go, and, of course, there are two HuKs hanging around the jump point for Padronis.”

Badaya studied the display, then nodded. “Atalia. They’ll know when we jump for Padronis, they’ll know we can’t reach Kalixa from Padronis, so they’ll head for Atalia and try to stop us there since they know we have to go that way.”

“That’s a very good estimate,” Geary agreed. “It’s what Lieutenant Iger and I came up with, too.”

“We seem to be glossing over some major failures,” Captain Kila said in a mild tone at odds with her words. “Somebody just *misplaced* a Syndic flotilla comprised in part of twenty battleships and twenty battle cruisers?” Lieutenant Iger, visibly uncomfortable, started to answer her. “No, *Lieutenant*. I’m not interested in hearing excuses. If you were a line officer you’d be relieved for cause and—”

“Captain Kila.” Something in Geary’s voice made even Kila stop speaking. “Lieutenant Iger works for me, not you. If not for the efforts of him and his subordinates, we wouldn’t even know this flotilla existed.”

Kila turned a hard look on Geary. “Just for the record, then, Captain Geary, you don’t believe in holding people accountable for their failures?”

Something inside Geary snapped. “If I did, Captain Kila, I would hold you accountable for the loss of the battle cruiser *Opportune*.”

Dead silence fell.

Out of the corner of his eye, Geary could see Desjani giving him a warning look. He knew what she’d be saying out loud if she could. *You can’t condemn an officer in this fleet for being too aggressive. None of your officers will accept that, not even now.*

Kila seemed to be searching for just the right reply.

Captain Caligo spoke up before Kila could. “We need to focus on the future, not the past. The Syndics are the enemy, not our fellow officers.”

The words were unexceptional, but perhaps because of that the tension eased.

“Caligo’s right. It doesn’t matter where the Syndics came from,” *Warspite*’s captain declared. “We’re going to meet them at Atalia. That’s all I care about.”

Geary took a deep breath. “Right. We’ll go into a final battle formation just before jumping for Atalia from Padronis. The worst case for us will be a fight right off the jump exit, but the Syndics seem to have abandoned that tactic. Once we have time to evaluate their position and formation, we’ll move in and hurt them.”

“We’re going to be very low on fuel cells,” Tulev observed. “The loss of *Goblin* couldn’t be helped, but it made things worse.”

“I know. That just means we have to win despite the logistics situation.” As plans went, that was inspiring but totally useless. He couldn’t think of anything else to say, though.

“We’re better than they are,” Desjani interjected calmly. “We can fight smarter and harder.” Officers were perking up around the table at her words. Badaya gave Desjani an approving look that Desjani didn’t seem to notice. Kila gave her an equally scornful look, but Desjani ignored that as well. “We’ll win again, because we also have a combat leader the Syndics cannot match.”

That went over very well. Even Tulev quirked a small smile. “I cannot argue with Captain Desjani on that last. I have full confidence in Captain Geary, based on his record against the enemy.”

“Thank you,” Geary said. “Now, you all know what we’ll face. We’ll deal with this Syndic flotilla just as we have the other enemy flotillas we’ve encountered. I consider the chances of that reserve flotilla being at Padronis to be very small, but we’ll also be ready when we arrive there just in case. I’ll see you all again at Padronis.”

When the virtual presences had all vanished, and Lieutenant Iger had hastened out of the room with ill-concealed relief, Geary turned to Desjani with an apologetic shrug. “Sorry. I know I lost it with Kila.”

“It’s what she wanted,” Desjani pointed out. “She’s an enemy, sir, and you need to follow the same rules with her that you do with the Syndics. Don’t let her lure you into an ambush.”

“Okay. I got it. Next time I start to say something stupid, give me a good swift kick.”

Desjani raised both eyebrows. “That would certainly earn me some interesting glances. Lately, I’m already getting too many of those as it is every time I open my mouth.”

“Uh, yeah. Maybe instead you should just discreetly give me your don’t-go-there look.”

“I have a don’t-go-there look?”

“Hell, yes. Don’t pretend you don’t know what I’m talking about.”

“I haven’t any idea.” Desjani headed for the hatch. “Just be careful what you say around Kila. She’s waiting to pounce.”

“One more thing.” Desjani paused, waiting for Geary to continue. “Co-President Rione asked me to thank you for the way you handled Commander Fensin. It did him a lot of good.”

Desjani shrugged. “I did my job, sir. I’m pleased I was able to render assistance to Commander Fensin.”

“Is there any response you want to give Co-President Rione?” Geary pressed, hoping for some thaw between the two women.

“No, sir. I wouldn’t want you to feel obligated to speak with her on my account.”

He watched her go, knowing full well that the bad blood between Desjani and Rione was partly his fault but having no idea how to win that particular engagement.

THERE was one last thing that had to be done before the fleet left Heradao. It had happened in every star system in which the fleet had fought, but that didn’t make the event any easier. Geary had put on a dress uniform and stood stiffly in the shuttle dock before a ceremonial guard of Marines and sailors similarly attired in their most formal uniforms. Black bands with a broad strip of gold trim on either end adorned every left arm.

Geary cleared his throat and tried to speak evenly. “Every victory comes at a price. Many of our comrades have died in this star system, fighting for their homes and families, for what they believed in, for the friends who fought beside them. Now we must bid farewell to the remains of those who fell in honorable battle. May all honor be given to their memories, and may all comfort be given to those they leave behind. Their spirits have already gone to join their ancestors, and now their bodies will be consigned to one of the beacons the living stars have given to us. Our prayers and our thanks go with them.”

Captain Desjani stepped forward, her face stern, and pivoted to face the Marines. “Ready.” The Marines brought their weapons up. “Fire.” The weapons, set to the lowest discharge levels, winked bright lights off the overhead. “Fire.” More lights. “Fire.”

Desjani stepped back.

Geary turned to face her. “Launch the remains of the honored dead on their final journey.”

Desjani saluted, pivoted again to give the order and transmit the same command to every ship in the fleet that had suffered losses.

The Alliance fleet launched its dead, hundreds of capsules holding bodies, a flotilla of the departed aimed for the star Heradao.

Geary heard Desjani praying softly and similar sounds from others around him. He waited a respectful interval, breathing a few words to his own ancestors on behalf of those who were gone, then called out a last command. “Dismissed.”

Marines and sailors marched out slowly, along with most of the others who had been present. Geary stood silently, his eyes on a large display screen showing the multitude of body capsules sailing away from the fleet.

Desjani came to stand beside him. “It’s always the hardest part,” she commented. “Saying good-bye.”

“Yeah. I wish we could have taken them home for burials on their home worlds.”

She shook her head. “It’s not practical. We’d have to wrap garlands of the dead around the outer hulls of our ships. There wouldn’t be anything dignified about that. This way they get the most honorable burial possible, consigned to the embrace of a star.”

“Burials in space were rare in my time,” Geary said. “But then, we didn’t have so many dead to deal with.”

“It’s the best possible resting place,” Desjani insisted. She placed one hand on her heart. “Everything that makes us came from the stars. Now these dead are returning to a star, and someday it will cast the elements within them outward just as stars have done since the beginning, and in time those elements will combine to form new stars, new worlds, new lives. ‘From the stars we came, and to the stars we return,’ ” she quoted. “This is a good fate, the last honor we can render those who died alongside us.”

“You’re right.” Even the most militant agnostic couldn’t argue the literal truth of what Desjani had said, and though Geary found the sheer scale of the time involved to be unnerving, he also felt the comfort of being part of an eternal cycle symbolized by the gold strips on either side of the black mourning band he wore. Light, dark, light. The dark was just an interval.

“And you must never forget,” Desjani added, “that if not for you, every man and woman in this fleet would either already be dead, or would be in a Syndic labor camp with nothing to look forward to for the rest of their lives except their eventual deaths far from all they loved.”

“I didn’t do it alone. It couldn’t have happened without the efforts and courage of every one of those men and women. But thank you. You give me strength when I need it the most.”

“You’re welcome.” Her hand rested very briefly on his arm near the mourning band, then Desjani left without another word.

He stayed there a little longer, watching the capsules recede on their journey to the star.

Several hours later, the Alliance fleet jumped for Padronis, the cities and planets

of Heradao still convulsing in civil war in the fleet's wake.

ANOTHER star system abandoned by humanity, Padronis held nothing the Alliance fleet could use. Geary shook his head as he took in the assessments of the fleet's sensors on what the Syndics had left behind at one small rescue station when they abandoned this star. There couldn't be anything there for which it would be worth slowing down any of his ships.

Not that they'd expected anything else. Padronis was a white dwarf star, glittering alone in the emptiness of space, unaccompanied by the array of planets and asteroids that usually orbited stars. Like other white dwarf stars, every once in a while Padronis would accumulate too much helium in its outer shell and go nova, ejecting the outer shell and brightening a great deal for a short time. These occasional novas hadn't been beneficial for anything once near Padronis. Any worlds or rocks had all been long since smashed and hurled into the darkness between stars, leaving only the relatively recent and now-abandoned Syndic facility orbiting Padronis. Someday, Padronis would go nova again, and that facility would be blown away as well, but the fleet's sensors had analyzed the star's outer shell and concluded that the date of that event was still comfortably distant in the future.

"Imagine having to be the crew on that thing," Geary remarked to Desjani, indicating the abandoned Syndic facility on his display. "They needed an emergency station here when lots of ships had to pass through using jump drives, but those on it must have felt murderously isolated. This is as close to nothing as any star system can be."

She grimaced and nodded. "The only thing worse would be getting stuck in a black-hole system, though no one but science geeks would be likely to do that. I'll lay you odds they crewed the station here using criminals. Go to a labor camp for years or go to Padronis. I wonder how many chose the labor camp."

"I think I would've." Geary was about to add something else when his display flickered, then vanished completely as the lights on *Dauntless's* bridge dimmed.

"What happened?" Desjani demanded of her bridge crew, punching her own nonresponsive controls to try to get status reports.

"Emergency system shutdown," a watch-stander reported, his voice startled. "As far as I can tell just about everything on the ship has gone off-line except for the emergency backups."

"Why?"

"Cause unknown, Captain. I—Wait. Engineering is using the sound-powered comm system to update us. They say the power core did an emergency crash. They're running evaluations on everything before bringing it back online."

Desjani clenched her fists. "What could have caused the emergency crash?"

The engineering watch-stander looked pale under the dimmer emergency lighting. “Unknown as yet. Thank the living stars the core managed to shut itself down, Captain. Anything that would trigger an emergency crash would be as serious as it gets.”

Geary spoke into the silence that followed that report. “We just narrowly avoided a power-core failure?”

“Looks like it. A catastrophic power-core failure.” Desjani’s face was grim as she turned to her watch-standers. “I want full status reports from all departments as soon as possible and an estimated time from engineering to restart the core whenever they can provide one.”

“Do we have any communications with the rest of the fleet?” Geary asked.

“Emergency systems are online, sir. Voice only, no data net.”

“Notify the rest of the fleet what happened to us.”

“Yes, sir.” The communications watch paused, then drew in a shocked breath. “Sir, we have a message from *Daring* reporting that *Lorica* suffered a power-core failure at the same time as our system shutdown. *Lorica* was totally destroyed. No signs of survivors.”

One such failure in routine circumstances would be a rare but-not-impossible event. Two at the exact same time could only mean sabotage. Whoever had been planting worms in the fleet’s systems had struck again.

“Bastards,” Desjani breathed, her jaw muscles standing out. Raising her voice, she spoke with what Geary thought was amazing control. “Inform engineering that the likely cause of the emergency crash of the power core was a worm in the operating systems.”

All of the watch-standers stared back at her, their expressions horrified, then the engineering watch hastily nodded. “Yes, Captain.”

“Captain Geary,” the operations watch-stander called. “*Daring* is asking what instructions to relay to the rest of the fleet. Should they maintain station on *Dauntless* even if she drifts off course and speed?”

That had the virtue of being a relatively simple decision. Maneuvering one ship back into position would cost a lot less in fuel than having the entire fleet trying to match anything *Dauntless* did while her own propulsion and maneuvering systems were shut down. “Tell *Daring* to assume role as fleet guide until *Dauntless* gets power back.”

It was less than twenty minutes before *Dauntless*’s systems-security officer called the bridge, but it felt like the longest twenty minutes of Geary’s life. It was easy to overlook how accustomed he was to being able to scan a display and see everything he needed to see, easy until that display was gone and nothing could be seen in front of his fleet command seat but the part of *Dauntless*’s bridge visible from that angle.

There weren't any physical windows, of course, not here deep within *Dauntless's* hull, and not on the outer hull, either. That arrangement made a great deal of sense in terms of maintaining hull strength and integrity, but at times like this even a single small window would have been a welcome connection to the rest of the fleet.

"We found it, Captain Desjani," the systems officer reported, his voice sounding oddly distant across the voice-powered emergency circuit. "The worm tried to induce core overload failure, but our safety backups managed to crash the core first."

"Do you have any idea why *Lorica's* safety backups didn't manage to save her?" Desjani asked.

"I can only guess, Captain. Operating systems are hugely complex, so every ship's operating systems are subtly different even when they're supposed to be identical. *Lorica's* safety backups may have been just enough dissimilar to add up to a critical difference. Or maybe the attempted overload instructions came during the right portion of the millisecond when our backups were watching for something like that, but not when *Lorica's* were. I don't want to imply carelessness by the dead, but it's possible that *Lorica's* systems people hadn't tweaked their safety backups recently enough. There's just no telling, and we'll probably never know since I assume there's not enough left of *Lorica* to tell us anything."

Desjani closed her eyes momentarily, her lips moving in a brief prayer. Geary understood how she felt. *Dauntless's* survival had been a near thing. "Are you certain," she demanded of her officer, "that there's nothing else lurking in the systems?"

"We've found nothing else, Captain."

"That's not what I asked."

"Yes, Captain! I mean, no, Captain! If there were any other worms, we'd have found them. I'd bet my life on it."

Desjani's lips curled upward at the edges in a humorless smile. "That's exactly what you're doing. Make certain that worm is completely eliminated and keep looking for other threats in our systems. Notify me when you and the chief engineer feel comfortable with restarting the power core."

"Yes, Captain. Estimated time is another fifteen minutes."

She slumped back in her command seat, then looked around the bridge. "At ease, everyone. It'll be another fifteen minutes. Be ready to hit the deck running when the power comes back on."

Geary stared at the nearest bulkhead, lacking the welcome distractions of dealing with the immediate problems Desjani and her crew had to address. "We have to find the people responsible for this," he finally muttered to Desjani out of frustration. "This time they've succeeded in destroying one of our ships."

"But why *Lorica*?" Desjani asked in a very quiet voice. "Do you have any idea?"



“Yeah.” Commander Gaes, *Lorica*’s commanding officer, had been the one to warn him about the first worm in the fleet. She’d known something, and apparently that something had been too much for whoever was behind the worms.

Desjani nodded, watching Geary. “Gaes went with Falco, but since *Lorica* rejoined the fleet, she’s been a supporter of yours. Her contacts with dissident officers must have been useful to you.”

“They were. Apparently I wasn’t the only one to think so.”

“We’ll get the ones responsible for this, Captain Geary,” Desjani promised. “Someone will know who did it and they’ll surely talk now.”

He wasn’t so certain of that. Worms designed to directly destroy Alliance ships would have aroused protests if knowledge of them had been spread to more than a very few people, and those few people were now aware that exposing themselves would guarantee firing squads.

They waited silently after that. With everything except emergency systems down, the few working lights dim, the bridge began to feel claustrophobic. Geary wondered if the temperature was getting as warm as his imagination insisted, whether the air was becoming fouler. He knew emergency backups would power essential functions for much longer than it had been since the core crashed, though, so Geary made an effort to relax and look unconcerned.

“Power-core systems have been scrubbed,” the welcome report finally arrived. “The worm responsible for the shutdown is confirmed gone. Request permission for restart of power core.”

“Do it,” Desjani snapped. A few minutes later the lights on the bridge brightened, and the vent fans hummed a little stronger. Less than a minute after that, the displays reappeared floating in front of everyone. “Get us back where we belong,” she ordered the maneuvering watch. “We probably drifted a little out of position relative to the other ships. Take station on *Daring* and we’ll reassume guide duties for the fleet.”

The reappearance of his displays helped a lot. Geary had been fighting down an irrational worry that more ships had been lost, and he just hadn’t been told. Now he could confirm that only *Lorica* was gone. As if that was good news. Checking the reports from the ships closest to *Lorica* when she’d exploded, Geary grimaced. “No survivors.”

“If there had been survivors, they would have had to have ejected their escape pods prior to the core overload,” Desjani pointed out. “They wouldn’t have survived for long after that once the rest of the fleet realized what that implied.”

She was right, of course, but that didn’t help much. Taking a deep breath, Geary called up a communications window and broadcast to the fleet. “This is Captain Geary. *Dauntless* and everyone on her are safe. We’re investigating the cause of the core overload on *Lorica* and the core crash on *Dauntless*. Anyone with any

information regarding either incident please forward it to me immediately.”

Investigating. A big word for something unlikely to produce any results. If the ones responsible for this worm were as diligent as they'd been with earlier worms, there'd be absolutely no identifiers that could be used to trace the worm back to its origin. Knowing that, Geary had to restrain himself from walking to the nearest bulkhead and punching it in aggravation.

Instead, he brought up his message queue, not expecting to see the answers he needed but still looking for distractions. Geary frowned as he noticed all of the high-priority messages already blinking in his queue. They must have all been put into the fleet net while *Dauntless's* systems were down, meaning they wouldn't be answers to his request for information. It would take forever to get through all of them, and most were probably just variations on “what happened” and “are you all right?”

Then he stopped and stared.

One of the messages was tagged as being from *Lorica*.

“Captain Desjani, can you confirm the time of *Lorica's* destruction for me?” Geary asked.

She gave him a puzzled glance, clearly wondering why that information was important at the moment. “Our own power core did its emergency crash at 1412. According to system records we received from the rest of the fleet, *Lorica* blew up at . . . two point seven seconds past 1412.”

Geary checked the message again. “I have a message in my queue from *Lorica* with a transmission time of 1415.”

“Sir?” Desjani stepped over beside him, leaned over Geary's shoulder to view his display, then tapped some controls next to his hand. “The fleet communications net sees the message as having been received for transmission after 1414. It was sent on the next full minute.” She straightened and glared at her communications watch. “How could the communications system see a message as having been received from *Lorica* well after that ship was destroyed?”

“It wouldn't have, Captain. Even if it was delayed in delivery, the system would log when it was actually sent.” The watch-stander looked briefly baffled, then nodded as understanding came. “The message had to have been parked and hidden in the system. People aren't supposed to do that, but there are several ways to manage it. *Lorica*, or somebody on *Lorica*, sent that message out at some earlier time into the comm-system net but had it concealed under a protocol that wouldn't make it visible to the system until something happened, like a certain time arrived.”

Geary shook his head. “Why would *Lorica* have done that?” He could think of a number of reasons why someone who had screwed up would want a message time to be different from when it was actually sent, but couldn't understand what might have prompted someone on *Lorica* to set that up. Calling up the message, Geary scanned

it. It wasn't actually a message, but a big dump of code. "Captain Desjani, who can tell me what this is?"

She eyed it, then tapped some more controls. "With your permission I'll get an assessment from my systems-security officer before we send this anywhere else, sir. We don't know what might be in it."

He felt a momentary surge of fear and anger at himself. "This could be the worm that almost destroyed us?"

"Not sent that way," Desjani replied with a shake of her head. "The filters and firewalls in this part of the comm system don't let anything active through. Trying to send the worm this way would be like shooting a picture of a missile at us instead of the actual missile. If that's what this is. My systems people should be able to tell."

The response came fairly quickly, the face of Desjani's systems-security officer appearing in small windows on both her and Geary's displays. The lieutenant commander seemed stunned. "Sir, Captain, I mean, uh . . . that message from *Lorica*. It's the coding for the first worm, the one that would've messed with every ship's jump drives."

"That worm came from *Lorica*?" Geary felt a deep sense of disappointment. He'd trusted Commander Gaes, given her a second chance, and yet—

"No, sir. The message is a copy of the first worm, with the system-tracking information and originating ship's identity still on it. I have no idea how *Lorica* got a copy of that." *Dauntless*'s systems-security officer swallowed nervously. "According to what's in *Lorica*'s transmission, that worm originally came from *Inspire*, sir."

# EIGHT

GEARY felt a coldness spreading through him. “You’re certain? There’s no doubt?”

“Not if that message is real, sir. It could’ve been faked, of course, though it’d be very hard to construct a false system-tracking record that authentic-looking. But to me it looks like someone on *Lorica* discovered where that worm came from and had a message containing the information planted in the comm system under a dead man release, so if the cruiser registered as destroyed, the message was sent.”

So Commander Gaes had known who was responsible but had kept that information close for reasons that would never be known now. But she had also made certain that if she was silenced, then the truth would come out.

Desjani’s face was flushed with rage. “This is good enough cause to get Kila into an interrogation room and see what she really knows about it.”

“Yeah,” Geary agreed, thinking of the dead on *Lorica* and already mentally phrasing his orders to a firing squad for Captain Kila, but as he reached for his controls to order the Marines on *Inspire* to act, another hand came down on his, and Victoria Rione’s voice spoke intensely.

“Wait. You want to make certain you get her.”

Geary rounded on Rione, wondering when she’d arrived on the bridge and gotten close enough to overhear his and Desjani’s conversation. But before he could speak, Desjani did.

“If we want to be certain we get her, then we do it as fast as possible!” Desjani whispered vehemently. “That woman tried to destroy my ship!”

“I know what she tried to do!” Rione whispered back angrily. “Listen to me! Kila has done a magnificent job of covering her tracks. Her actions clearly include contingency plans for eliminating evidence and potential witnesses against her, as we saw in Lakota when the shuttle carrying those two officers was destroyed. If we don’t lay a careful trap, she might already have some plan in place for dealing with something like this.”

Geary fought down his own desire for instant vengeance, recognizing the truth in Rione’s advice. “What do you suggest? We can’t let her keep operating.”

“No.” Rione paused in thought. “One hour. That’s enough time to set up our own trap. Call a fleet conference in one hour. Kila will believe that means you still have no idea who’s responsible for what happened to *Lorica* and almost happened to *Dauntless*. She’ll be expecting another ineffective appeal for anyone who knows anything to come forward. If we can keep her in ignorance of this evidence until then, we can prepare a trap she won’t be able to avoid.”

Desjani glared at Rione, but Geary could see her thinking. Then Desjani nodded

abruptly. “That’s good advice. I’d take it, sir.”

Rione glowered back at Desjani. “Thank you so much for the vote of confidence.”

“Both of you try to remember who the enemy is,” Geary ground out, trying to control his own emotions. The watch-standers on the bridge had already surely noticed something unusual going on between him, their captain, and Rione. He had to divert the gossip about that away from the message he had asked about earlier. “All right, Madam Co-President. Design your trap and tell me what you need. But first give another good long glare at Captain Desjani and stalk off the bridge as if you two had been arguing again.”

“We have been arguing. Even *you* should have noticed that.” Rione smiled coldly at Geary, then shifted her gaze to Desjani and stepped slightly away. “Pardon me for wanting to be involved in your decisions,” she stated in a low voice that could still surely be heard by the watch-standers. “I thought I should be aware of what caused the loss of power on this ship.”

Desjani smiled at Rione in a forcibly polite way. “When I find out more, I will ensure you are told. Thank you, Madam Co-President.”

Rione stalked off the bridge, and Geary stood up, not having to fake a renewed gust of frustration. He wanted Kila in a cell right now, he wanted Kila in front of a firing squad right now, but he couldn’t rush into it. Rione had been right about the need to plan an ambush. They had to make certain that Kila didn’t have any more opportunities to destroy potential evidence or kill potential witnesses against her. He spoke clearly for the benefit of the watch-standers who might be listening. “Captain Desjani, let me know the instant anyone finds out anything more about what caused the loss of *Lorica* and the problem on *Dauntless*.”

“My systems-security officer is working the issue, sir,” Desjani replied, her voice quivering with suppressed anger. That’s exactly how her crew would expect their captain to feel about an attempt to destroy their ship, though. And if they wondered what else might have her angry, the widely known bad blood between their captain and Victoria Rione would surely explain the rest of their captain’s ill humor at the moment.

Geary sent the message calling a fleet commanding officers conference in one hour, then left the bridge, noticing the watch-standers all doing their best to avoid attracting the attention of Captain Desjani where she sat scowling at her display. He paused for just a moment, recalling his own days as a junior officer, when reading the captain’s temper and steering as wide of that individual as necessary on bad days formed an important part of the standard routine no matter the ship or the captain.

In the days when Geary had been a junior officer, the idea of open dissent against a fleet commander would have been thought insubordinate. A fleet captain conspiring against that commander to the extent of destroying Alliance warships would have

been simply unthinkable. So much had been altered in the last century, driven by the stresses of an apparently unending war. But steering clear of a captain in a foul mood hadn't changed in the hundred years he'd been in survival sleep. It probably hadn't changed in a thousand years or more. No matter how much was different from the past, some traditions and practices withstood the stresses of time and events.

Not all of those traditions and practices were necessarily good or wise, but he still found the thought comforting.

ONE hour later he was in the conference room again, the atmosphere in the compartment as tense as it had ever been. Geary stood at the head of the table, trying not to look toward where Captain Kila's image would appear, as the images of the fleet's ship commanders popped into place, and the table and room appeared to expand to accommodate them.

Desjani entered the room, the only one besides Geary who was physically present, and took her seat next to him. She caught his eye and nodded, then fixed her gaze on the table surface. He could sense the tension in Desjani, like that of a great cat ready to spring but holding herself back by force of will. It was the same impression Desjani gave when preparing for a firing run against a Syndic warship, but this time her target was one of the Alliance fleet's own officers.

To Geary's surprise and gratitude, the image of Captain Duellos showed up next to that of Captain Cresida. Duellos's uniform had been cleaned and patched up. Aside from the slight stiffness of his movements, it would have been hard to tell how much he had been through lately.

The image of Co-President Rione appeared among the captains of the fleet's ships from the Callas Republic and the Rift Federation. She also looked directly at Geary and nodded, though in her case the gesture also conveyed the message that the ambush was ready to spring. Rione's eyes held a warning reminder, too. *You're a lousy actor and very bad at lying, Captain Geary*, Rione had told him less than half an hour ago. *You'll be angry, but try to make that anger look like it's directed at someone whose identity you don't know. Don't say anything about the first worm or speculations about where the worms have come from until you get the signals that the trap is ready. If you don't talk about what we know, then you won't be lying, and you won't sound like you're lying.*

There were worse flaws to have than an inability to lie well, he thought as he waited for everyone's image to arrive at the conference. At least as long as he had Rione along to help him past places where he might otherwise have to lie. Geary imagined how the fleet's officers would simply nod knowingly if they ever found out he needed a politician to provide advice on avoiding the truth.

Colonel Carabali appeared as unruffled as ever, but she also took a moment to

nod to Geary in apparent greeting, actually confirming that her Marines were ready.

The last officers arrived, most of them relatively junior commanding officers from the smallest and therefore most distant warships who had slightly misjudged the time delay for transmissions at the speed of light to cross between their ships and *Dauntless*. Now everyone sat silently as Geary stood up and began speaking in as controlled a voice as he could manage. “One of our heavy cruisers, *Lorica*, has been destroyed and her crew murdered by individuals whose political goals are more important to them than the lives of our fleet’s personnel.” Rione had suggested those exact words, linking the ones responsible for the loss of *Lorica* to the sort of politics the fleet scorned. “*Dauntless* narrowly avoided destruction as well.”

Captain Badaya slammed his palm onto the table before him, the meeting software obligingly adding the sound of the gesture as if Badaya had physically hit the table on *Dauntless*. “Backstabbing bastards! How can anyone in this fleet with any knowledge of those responsible for this hold back?”

“I don’t know,” Geary replied, letting his eyes search the faces of every officer. He noticed that Kila looked around as well, with a perfectly calculated expression of righteous anger, a move that, Geary realized, kept her from having to meet his gaze. “This is the last chance for anyone here who knows anything. Tell us what you know, or you’ll face the same punishment as those who did it.”

No one answered.

“I know there are those who disagree with my decisions as commander of this fleet,” Geary added. “Dissent is one thing. Murder and the destruction of Alliance warships is another. I believe I’ve given everyone adequate grounds to be certain that I will keep my word. Those who destroyed *Lorica* also surely destroyed the shuttle carrying Captain Casia and Commander Yin in Lakota Star System. Those officers were murdered, too, to keep them quiet. Anyone who knows anything about this should realize that their lives are in the hands of someone who will kill rather than risk exposure. You will be protected if you come forward now.”

More silence, longer this time.

Duellos looked like he was tasting something foul. “I increasingly suspect that whoever is behind all of this is operating under a cloak of anonymity. I cannot believe that if their identities were known to many of those who once supported them, that they would not be revealed now.”

“If someone could find a thread leading to them,” Captain Tulev objected, “then they could trace that thread back given time and determination no matter how many precautions had been taken.”

“Maybe that’s why Commander Gaes died on *Lorica*,” Captain Cresida interjected. “She went with Falco, so at one time she was tied in with those opposed to Captain Geary’s command of this fleet. She’d also acquitted herself loyally since

that time, though. Maybe she used the contacts she knew of to find the ones behind all of this.” Cresida hadn’t been told that, but she was shrewd enough to connect the dots once *Lorica* was targeted for destruction.

*Daring*’s commanding officer shook his head. “It’s all speculation. We need hard data. We need evidence!”

“Do we?” Cresida asked. “The truth would come out in an interrogation room. I hereby volunteer to be questioned in an interrogation room about my knowledge of the worms that have been used against this fleet, and I urge all of my fellow commanding officers to do so as well.”

Captain Armus of *Colossus* frowned. “That’s a very big step to take. You’re indirectly questioning the honor of every officer in the fleet. If we agree to being interrogated, we move the line of what’s permissible against our fellow officers, even those who aren’t even remotely suspected of a crime. We move that line very, very far.”

A lot of the officers present nodded in agreement. Even Geary found himself reflexively rejecting Cresida’s idea. By establishing a precedent for broad interrogations of any officer, whether that individual was suspected of crimes or not, the cure might be worse than the illness represented by someone like Captain Kila.

But if he hadn’t received that message from *Lorica*, would he feel the same way? Or, driven by anger and frustration, would he have reluctantly agreed with Cresida and perhaps fatally undermined a critical component of the fleet? He’d been appalled by the compromises made in the principles of the Alliance over the hundred years of war, but moments like this helped Geary see how easy it was to make such compromises, to abandon important principles “just this once because it was important.”

“Co-President Rione volunteered to be interrogated when she was under suspicion,” one of the Callas Republic captains reminded everyone.

“A politician can scarcely be considered to have a conception of honor equal to that of a fleet officer.” Armus blurted out the statement, then reddened as he realized he’d said it in Rione’s presence.

“Given her position as an Alliance senator,” Duellos pointed out, “it was a comparable act.”

“And,” Captain Desjani stated in a deceptively dispassionate tone, “since many here believe politicians have much more to fear in the way of wrongdoing being revealed in such interrogations, Co-President Rione’s offer was arguably of even greater significance than if a fleet officer made such an agreement.”

“Thank you, Captain Desjani,” Rione replied in a voice that could have cut through hull armor.

Geary had been stalling while Kila was occupied with the meeting, letting the



debate ramble to kill time. Now Colonel Carabali looked aside at something visible to her, then nodded again to Geary. The trap was set.

Geary rapped his knuckles on the table to get everyone's attention. "We need not question the honor of every officer in this fleet, nor do we need to subject officers to blanket questioning in ways that would harm the structure and discipline of the fleet." He had their attention, all of the other officers watching him and clearly wondering what he would say next. Even Desjani managed to do a decent job of looking puzzled. "Instead, we'll let the dead speak."

Varying expressions of shock and surprise appeared on every face as Geary tapped the table with one fingertip. "*Lorica's* commanding officer was able to transmit something important just before her ship's destruction, something she'd found. Her ship was probably targeted because the plotters suspected that Commander Gaes had learned too much, just as Captain Cresida speculated." He couldn't be certain of that, couldn't know for how long Gaes had been aware of the identity of the ship from which the original worm came. Gaes had known about the original worm, she'd warned Geary of it, but if she'd known who was behind it, she hadn't told him then. Gaes had died in the line of duty, though, and had given him the information he desperately needed, so in Geary's eyes she deserved to be given every benefit of the doubt.

Geary entered a command. The message from *Lorica* appeared, floating above the table, the meeting software making it appear to face everyone. "You'll recall the first worm placed in this fleet's operating systems, the one that would have disabled most of the jump drives, except for a few ships like *Dauntless*, which would have been doomed to remain in jump space forever." He indicated the message. "This identifies the one thing we lacked, the information revealing from which ship that worm originated." Everyone was staring at him as Geary shifted his gaze and focused on Kila. "Captain Kila, that worm originated from *Inspire*."

Kila appeared taken aback at the news. "Are you certain?"

"Yes, Captain Kila. Would you care to explain how your ship is the source of treasonous and malicious software aimed at your comrades in this fleet?"

"I don't care for what you're implying, Captain Geary!" Kila snapped back at him.

"We should immediately send orders to *Inspire* to arrest those who could have been involved," Badaya urged. "Do it now, before they hear about this."

Kila turned on Badaya. "This message hasn't even been authenticated yet. Did it actually come from *Lorica*? If it did, is it real or fabricated? I assure every officer here that if I had known anything about such a thing, I would have personally ensured that those responsible were brought to justice! As for your suggestion, Captain Badaya, I am fully capable of ordering the arrest of those officers and ensuring that

anything they know is revealed.”

If he hadn't been tipped off by Rione to watch for it, Geary wouldn't have noticed how one of Kila's hands slipped out of sight during her impassioned denial. That hand could easily be manipulating controls outside the view of the conferencing software. “The message can be examined by anyone seeking to establish its authenticity,” he replied, trying to keep his voice calm even though he wanted to yell back at Kila. “Every communications and security officer who has looked at it thus far has identified its original source as *Inspire*. You were unaware that the worm originated from *Inspire*?”

“Of course I was!” Kila glared around, her gaze fixing on Duellos. “You set this up, didn't you? The long-ago-scorned lover finally finding his revenge!”

Duelos had no trouble looking innocent as he shook his head, since he hadn't been advised beforehand of the message, but his dislike of Kila was still apparent. “I would think that a commanding officer would be less concerned about herself and more concerned about discovering the source of that worm aboard her ship.”

“Whoever is responsible will be brought to account!” Kila stood. “I need to be supervising the search on *Inspire* for whoever did this, before they learn about this information, assuming,” she added quickly, “that the message supposedly from *Lorica* is authentic.”

Geary looked at Colonel Carabali again as the Marine listened to something not audible to the meeting, then the Marine commander nodded a final time, and Geary smiled grimly at Kila. “We should start with your ship's systems-security officer, don't you think, Captain Kila? And the communications officer and the executive officer?”

“Of course!” Kila said. “If you let me start my investigation, I will ensure they aren't alerted about this possible evidence in time for them to—”

“The investigation has already started.” Geary broke in. “Colonel Carabali, can you bring everyone up to date?”

Carabali avoided looking at Kila, her own face set in rigidly professional lines as she spoke in a flat voice. “On instructions from Captain Geary, my Marines assigned to *Inspire* waited until this meeting began, then covertly took into protective custody the executive officer, communications officer, and systems-security officer on *Inspire*.”

The images of the fleet's commanding officers were now staring either at Carabali or Geary or Kila. Geary hoped he wasn't looking triumphant. Kila's face revealed nothing but seemed to have become unnaturally stiff.

“The officers taken into custody,” Carabali continued, “were placed inside a maximum-isolation security cell while they were checked for anything dangerous to themselves or *Inspire*. Maximum-isolation cells include complete coverage based on

an ancient device called a Faraday cage, which blocks any incoming or outgoing radiation. Communication is maintained using physical messages passed through a series of shielded locks.” Colonel Carabali paused for a moment, then looked straight at Kila. “Approximately three minutes ago, examinations of the systems-security officer and the communications officer on *Inspire* revealed the presence of INBNDs. As of one minute ago, sensors on the outside of the security cells detected and grounded out a series of signals used for high-security, coded transmissions. The signals must have been generated inside *Inspire*’s hull.”

Captain Tulev spoke into the momentary silence that followed. “INBNDs?”

“Injected nano-based neural disruptors,” Carabali explained, “which are commonly known as ‘brain barbecues’ for their effect on the nervous system once triggered. They can be injected into an individual without that person’s knowledge if the individual is distracted. The intercepted signals appear to have been intended to trigger the brain barbecues.”

This time the silence was longer. “Someone just tried to kill those three officers?” Captain Badaya finally asked incredulously.

“The systems-security officer and the communications officer, definitely. We’re still examining *Inspire*’s executive officer to see if INBNDs are present in his body.” Carabali’s eyes didn’t leave Kila. “As I said, the intercepted signals originated on *Inspire*.”

Desjani had her own gaze locked on Kila as if she were a hell-lance battery ready to fire. “How strange that someone tried to kill those officers right after those in this meeting were told of the worm that originated from *Inspire*. Who on *Inspire* would have known that those officers were going to be questioned?”

Duellos nodded, his own expression as hard as the armor on a battleship. “It will certainly be interesting to see whom those officers implicate once they are informed that someone tried to kill them. To keep them silent? To make it appear that they were the only guilty ones? We would have been left with two or three dead officers and perhaps some convincing evidence that they committed suicide after learning they were suspects.”

Kila’s single-minded devotion to promotion had left her few friends and admirers among her peers or juniors, and Geary could see every other commanding officer in the fleet watching Kila with an appalled or angry expression. Even Caligo seemed stunned.

“Captain Kila,” Geary stated with what he felt was admirable restraint, “in light of recent events and the evidence available to the fleet, you are hereby relieved of command while the situation on *Inspire* is investigated. Colonel Carabali, please send some of your Marines to escort Captain Kila to a shuttle for transfer to *Illustrious*.”

Kila looked around the table contemptuously, then raised one arm in a dramatic

gesture before lowering it to tap something on the control panel before her on *Inspire*. “Never mind, Colonel. Your Marines won’t be able to enter my stateroom. The Alliance is going to lose this war because it’s weak, because its fleet officers are *weak*. None of you are fit to command this fleet, especially you, *Captain* Geary. You care more for the lives of Syndics than you do for the lives of Alliance citizens!”

Badaya spoke in a voice so deep he seemed to be speaking from his gut. “You murderous bitch. How dare you claim to care for the lives of Alliance citizens when you murdered the crew of *Lorica* and tried to murder the crews of *Illustrious*, *Dauntless*, and *Furious!*”

Kila bared her teeth at Badaya. “We are all sworn to die for the sake of the Alliance, and the unfortunate sacrifice of those crews would have been for the highest cause. It would have been no different than if they died in combat against those who would weaken and destroy the Alliance. If we want to swap accusations of treason, I’m ready. What has Geary promised you after he takes over the Alliance? You call yourselves loyal? You’re pathetic and corrupt, selling yourselves out for someone who wants power but won’t do what’s necessary to save the Alliance.”

Duellos answered, his voice as cold as Geary had ever heard it. “The Alliance has been doing what some people claimed to be ‘necessary’ for the last hundred years and is no closer to winning the war.”

“Because of half measures and hesitation!” Kila declared. “Always pulling back from what necessity demanded. The enemy deserves no mercy. None. They deserve death, and only when they realized that we were willing to kill every one of them would they have given in.”

“And if the enemy didn’t give in?”

Kila swept one hand in a dismissive gesture. “Then they’d all be killed, and the war would end that way.”

Tulev spoke, his voice flat. “I have as much right as any to comment on that. I don’t know what the Syndics deserve, but their killing of the Alliance’s people has never served to persuade us to surrender. Even if your proposal weren’t physically beyond the capabilities of even the Alliance, it would be fundamentally flawed in its belief that humans would bow before mass murder of their own.”

“Your spirit died at Elyzia,” Kila replied, causing a rare display of emotion by Tulev as his face reddened. “I don’t fear to speak the truth about such things. But none of you want the truth, none of you want to face your own shortcomings. You could have had a leader who would have done what needed to be done, but you’d rather die by stages, pathetic shadows of what fleet officers used to be.”

Geary shook his head. “Fleet officers never believed in killing their own to satisfy their ambitions.”

Kila’s snarl turned smug. “My ambitions? Do you think I was delusional enough

to think a herd of sheep like this would accept me in command? Your pitiful egos couldn't have accepted that. I had someone who would listen, who'd be accepted by all of you, even though he now lacks the courage to stand beside me." She turned and looked directly at Captain Caligo, who stared back. "Weren't you going to tell them? Staying in the background isn't going to work this time. I have no intention of falling on my sword to protect you while you try to hide your own involvement."

Caligo shook his head violently. "I don't know what—"

"We agreed that we were willing to die for the Alliance, remember?" Kila goaded him. "I saw your face just now, saw that you were ready to blend in again, being whatever those around you wanted to see. What do you think they see now?"

Caligo had gone very pale. "You're lying. There's no proof for any of this."

"Do you think I was stupid enough to trust you?" Kila stood at attention, her contemptuous gaze sweeping across every officer there, then reached down and tapped a sequence of commands. "You wanted evidence, *Captain* Geary? I just transmitted enough to make it clear that Caligo agreed to everything." Her eyes were fixed on Geary now. "My enemies have always wanted to drag me down out of envy, but if you were really Black Jack, I could have supported you! I could have stood with a real man, but that man died in survival sleep and left you, an empty shell. All you deserve is that dishonorable politician and that simple-minded captain. I only hope one or both of them wake up and stick a knife in you someday. It's the only thing you're worthy of."

Duellos shook his head, looking regretful but unyielding. "You're so certain of what everyone else deserves, but you're a poor judge of that. You made your enemies, Sandra, your ambition blinded you, and now you will face the firing squad you deserve."

"You have no right to judge me."

Captain Armus answered. "The crew of *Lorica* has that right, don't they, Kila? Soon enough you'll be facing them. If I were you, I'd be preparing to beg forgiveness. None of them survived to see you die, but we will witness that moment for them."

Kila glared at him, staying at attention. "I won't give any of you the satisfaction of watching me die. I'll see you all in hell, which is where you've chosen to be led." She slammed her hand down on her controls back on *Inspire*, and her image vanished.

"Colonel?" Geary demanded.

Carabali was listening to a report, then frowned. "My Marines can't override the lock on Captain Kila's stateroom. They've sent for—" Carabali paused, looking to one side and nodding to someone, then faced Geary again. "My Marines report an explosion inside Captain Kila's stateroom. It appears to have been equivalent to two

standard room-clearing charges.”

“What are the chances anyone in the room with that is still alive?”

“Zero.”

The conference room was silent, everyone staring at the spot that Captain Kila’s image had once occupied. The quiet was finally broken by a high-priority message alert. “Was this cleared by the security screens?” Geary asked.

Desjani spoke rapidly into her data unit, then nodded. “It’s clean.”

He opened it, seeing a mass of files and archived e-mails. Selecting a few at random, he read them, seeing hatred and contempt for him, and much else as well. “This is the evidence that Captain Kila sent before killing herself,” he informed the other officers. He popped one of the old e-mails onto the display over the table so everyone could read it.

Tulev was the first to comment. “From Captain Caligo, reaffirming his commitment to follow instructions from Captain Kila in return for her backing as commander of the fleet. Can we be certain of the authenticity of this document and the others provided by Captain Kila?”

Badaya was glaring at Caligo. “They certainly constitute adequate grounds for interrogation. If Captain Caligo is innocent of involvement in the attempts to destroy Alliance warships and the destruction of *Lorica*, I’m sure he won’t object to the chance to clear himself.”

Caligo swallowed and spoke. “As my fellow officers, you surely adhere to the principles in which the fleet believes.”

“Was that a yes or a no?” Duellos asked.

“Every officer has a right to have his full record considered and his honor not questioned without reason . . .” Caligo’s voice trailed off as even he realized that some powerful reasons existed.

Desjani leaned forward, her expression as stern as Geary had ever seen it. “There is exactly one thing that might grant you an honorable death instead of that of a traitor and a coward. Tell us everything you know and everyone who was involved in this. We’ll get that anyway, even if you have to be read the names of every person in this fleet so we can see your reactions in the interrogation chamber. But it will save time and possibly ships if you talk now.” She looked around the table. “Kila may have tried to activate another worm. Until we know everything, we have to assume the threat isn’t over.”

This time the looks bent toward Caligo were frightened and dangerous. He quailed before them and shook his head. “I don’t know. I swear.”

“Do you know which parts of the fleet net Kila was using to send out the worms? Do you know any identifiers? Who wrote them?”

“Y-yes.”

Colonel Carabali listened to another report. “My Marines have blown the hatch on Captain Kila’s stateroom and entered. They confirm that she’s dead. They’re doing a sweep for physical booby traps and recommend that fleet software experts do a careful search for any triggers in that stateroom that might activate destructive worms.”

“Is there anyone on *Inspire* we can trust to do that?” Geary asked the officers around the table.

“Send in a team from *Valiant*,” Cresida suggested. “They’re probably the sharpest software geeks in the fleet.”

Commander Landis, *Valiant*’s commanding officer, smiled tightly. “My software-security team is good. I’ll have them shuttled over to *Inspire*. I’d recommend every system on *Inspire* be scrubbed. That will take a while.”

“Can you get it done before we jump for Atalia?” Geary asked.

“Yes, sir. One way or the other, we’ll have *Inspire* certified clean before the next jump.”

“Thank you, Commander Landis. Get going on that immediately.” Geary faced Captain Caligo, who was now sitting perfectly still, like a rabbit caught in the open and trying to avoid attracting attention. It seemed pretty clear that he wouldn’t commit a spectacular act of suicide like Kila had. “Captain Caligo, you are hereby relieved of command effective immediately. You’ll be taken into custody and transported to *Illustrious*. I expect you to provide us with all of the information you’ve promised to deliver, and I expect to start seeing that before you reach *Illustrious*.”

Caligo didn’t respond, just sat staring at the table.

“Captain Caligo, do you understand?” Geary asked in his harshest voice.

“Yes, sir.” Caligo bent his head and began speaking quietly into a recorder in his stateroom. He was still at it when the Marines assigned to *Brilliant* arrived and removed him from the meeting software.

Afterward, everyone sat, seemingly stunned. To Geary’s surprise, it was Captain Armus who broke the silence, speaking gruffly. “Captain Geary, I’ve not hesitated to speak up when I disagreed with you. But now I apologize for anything I have said or done that may have encouraged Kila and Caligo to believe their actions were justified.”

“Thank you, Captain Armus. I haven’t always been happy with your dissents, but I recognize the need for them and appreciate your willingness to speak your mind. I do not hold you at fault in any way for the actions of Kila and Caligo.” Geary looked around the table, easily able to see how badly rattled his commanding officers had been by what had taken place. “A terrible thing has happened. Two of our officers have broken faith with the rest of us. There may be more, but we have the leads we

need to unravel the rest of the plot if need be. My confidence in everyone still here is unshaken. I have said before and I will say again now that no one has ever been privileged to have a finer group of officers serving under him, and no one has ever been so honored as to command such a fleet as I have. I thank you for your service and your loyalty and your sacrifice. I will do all I can to live up to the honor that has been given me to serve as your commander.”

He wasn't sure how they'd react, but one by one, then in a rush, every officer stood to attention and wordlessly saluted him.

Geary returned the salutes, feeling overwhelmed. “Thank you. The investigation will continue, but let's put this ugliness behind us and prepare for battle at Atalia.”

They cheered then, after which the virtual presences vanished slower than usual as images crowded forward to bid individual farewells to Geary. Finally, he was alone in the room except for the real presence of Desjani and the remaining image of Rione.

Desjani saluted as well, an unmistakable look of pride on her face as she gazed at Geary.

“What?” he asked.

“I'll explain it to you someday,” she replied with a smile. “By your leave, sir.”

“Certainly, Captain Desjani.”

After she'd left, Rione's image sat silent, her face in her hands.

“Are you all right?” Geary asked.

“I underestimated you,” she replied in a low voice.

“I don't understand.”

Rione lowered her hands and looked at him. “You're even more dangerous than I thought. They're yours. You must have seen that. And even I found myself wondering what I would do if you announced you would become the leader of the Alliance.”

“Don't be ridiculous. You know exactly what you'd do.”

“I suppose.” Rione stood up. “You need to talk to Badaya. Soon. Otherwise, the momentum to make you a dictator may become unstoppable.”

“I'll talk to him before we leave Padronis.”

“Good. There are very few people in human history who have rejected the kind of power you could have, John Geary.”

“I've rejected it,” he insisted, “because I'm not qualified to wield it.”

“And that belief of yours, ironically, is what would enable us to trust you with that power.” She leaned closer. “Hold to your oath, Captain Geary. Only your example and forbearance can save the Alliance.” Then her image vanished as well.

On his way back to his stateroom, Geary realized that he had two more decisions to make and not much time to make them. Reaching his stateroom, he immediately called the bridge. “Captain Desjani, please get ahold of Captain Duellos and have him



call me as soon as possible.”

Sitting down, Geary tried to absorb all that had happened. It was hard to believe that dangerous opposition to him within the fleet had finally been brought to an end.

His hatch alert chimed and Geary gave the hatch an irritated look. *Can't I have five minutes to deal with this?* But he didn't know how important this visitor might be. “Please enter.”

Co-President Rione stepped inside his stateroom, then made a questioning gesture around her. Understanding what that meant, Geary activated the stateroom's highest-security seals. “What is it?”

“I want you to know that my agents within the fleet have detected no signs of any other opposition. They've been watching as the news about Kila spreads. There are no signs of other worms, no signs of anyone expressing any support for her or Caligo, no missteps that might indicate hidden sympathies for them.”

“That's good to know.” Could he finally dispense with such things and no longer worry about someone having to monitor his own officers for indications they might pose a danger to the fleet? “I'll feel a lot better, though, as soon as *Valiant's* geeks finish sweeping *Inspire's* gear.”

“Of course.”

An insistent buzzing told Geary that someone was trying to contact him using command priority. “Excuse me, Madam Co-President, but I probably need to take this.” He accepted the message, and Captain Desjani appeared on the comm panel.

“That's perfectly all right,” Rione replied. “I've told you what I needed to say, and I didn't mean to intrude on your rendezvous with your special friend.”

Geary was still searching for the right, unheated reply when Rione left.

Desjani's image was glaring from the comm screen. “Sir, I swear that I am *this* far from hurting that woman,” she hissed, holding her thumb and forefinger less than a centimeter apart.

“That would be a violation of Alliance law and fleet regulations,” Geary replied wearily.

“Only if they prove I did it knowingly. I could beat the hell out of her in some really dark place and say I didn't know who she was.”

At the moment, the idea did sound tempting. Geary tried to shake it out of his head. “No. We need her.”

“Do I get to beat her up when we don't need her anymore?” Desjani asked. “*Please?*”

More temptation. “I can't promise you that. Even though at times like this I'd like to. What's up?”

“Captain Duellos is ready to speak with you. You had a security hold on incoming transmissions, so he couldn't get through,” Desjani added in accusing tones.

“Sorry. I’ll lift the hold. Thanks.”

“My pleasure, sir,” she responded pointedly. before her image vanished.

Geary sighed and waited for Duellos to appear. A moment later the other captain did, his virtual image seeming to stand in the stateroom with Geary. “You wanted to speak with me, Captain Geary?” Duellos asked.

“Yes, but first please take a seat.” Duellos nodded gratefully and sat down in a seat on *Furious*, the image in Geary’s stateroom mimicking the gesture on one of Geary’s seats.

“I need to know how well you’re doing. You seemed fine during the confrontation with Kila, but are you really in good shape inside?”

Duellos cocked an eyebrow at him. “I’m doing as well as can be expected for a captain without a ship.”

“Do you want another ship?” Geary asked bluntly. “I’ve got a couple of battle cruisers that suddenly need captains.”

“*Brilliant* and *Inspire*?” Duellos drew in a long breath. “Which one?”

“Which one can you handle? I don’t think *Brilliant* has any special problems aside from the shock the crew must be feeling.”

Duellos bared his teeth in a humorless grin. “But you need me on *Inspire*.”

“That’s true.” Geary sat down opposite Duellos. “I need the best I’ve got on *Inspire*, and that’s you. I have no idea how badly Kila messed up that ship, but it might be a real snake pit. The former commanding officer is dead, the former executive officer, systems-security officer, and communications officer are all under arrest, and the remaining officers are all going to have to be investigated.”

“A real opportunity to excel,” Duellos murmured with more than a trace of sarcasm. “Many of my officers got off *Courageous*, so if I was authorized to bring some of them along . . .”

“Granted. Take as many of *Courageous*’s old crew as you want. *Inspire* took some serious personnel losses while Kila was making glorious charges against the enemy and needs the replacements.”

Duellos thought for a few moments while Geary waited, then finally nodded. “*Inspire*’s crew will be needing a lot of rebuilding. I’ll do my best.”

“Thank you. I couldn’t ask for more, or a better officer for the job. *Inspire* herself needs a lot of rebuilding, too. She’s pretty badly shot up.”

“Having to focus the crew on repairing the ship may help repair their own morale.” Duellos quirked a small smile. “At times like this, seeing something tangible accomplished can make a big difference. I assume you want me on *Inspire* an hour ago?”

“Yes,” Geary agreed, “but take the time you need to choose which personnel from *Courageous* you’re taking with you. Like I said, you can have all of them if you

want. I'll position *Inspire* near the auxiliaries so they can provide repair support and services easily."

"Another ship and right back near the auxiliaries? I may get a reputation as a bad-luck captain out of this." Duellos smiled slightly again. "Thank you for not asking me to take *Orion*."

"I don't know what the hell I'm going to do with *Orion*."

"Put Numos back in command," Duellos suggested. "He'll cause *Orion* to be destroyed in the next engagement for certain."

"If her crew doesn't start performing, I may do just that." Geary looked upward as if addressing the living stars. "I'm joking." Lowering his gaze to Duellos again, he indicated the fleet status display. "The First Battle Cruiser Division is down to one ship, *Formidable*, and the Seventh only has *Brilliant* and *Inspire*. I was thinking of folding them into a single division, a reconstituted First Division containing all three ships."

Duellos shook his head, looking haggard for a moment. "Combining two battle cruiser divisions and getting only three ships in the result. I think that's a good idea, but it also indicates how badly torn up this fleet has been." He paused, then nodded firmly. "Yes. A good idea. *Formidable* won't be lonely, and *Inspire* and *Brilliant* will have a fine ship as a division mate and a symbolic new start. Who do you plan to give *Brilliant*?"

"Beats the hell out of me. Captain Baccade off *Intrepid* was pretty badly hurt along with her ship. She's in no shape to take another command yet."

"I understand Commander Vigory is eager for a ship," Duellos commented blandly.

Geary shot him an annoyed look. "He told me that within a day of being liberated from the POW camp. I'm not impressed by his record, and I don't have time to teach a new commanding officer how I fight."

"Just thought I'd mention it since he's devoting a great deal of time to complaining about your decisions. That one regarding him and many others." Duellos smiled wryly. "I was watching him to see if he'd be contacted by the conspirators against you and lead us to them. But events here in Padronis took place before anyone working for Kila or Caligo could contact him."

"Not everyone opposed to me is a traitor," Geary grumbled. "I'll make sure he's being kept busy, but I'm not going to give Vigory *Brilliant* or any other ship. I think he's just too assertive on his own behalf. Self-confidence is important, but not when it tramples on discretion."

"As recently demonstrated to us in as graphic a way as possible." Duellos seemed to think for a moment. "We lost *Tarian* at Heradao. Her former commanding officer, Jame Yunis, has a fine reputation."

Geary pulled up Yunis's records and skimmed them. "He does look good. You think he's up to it?"

"Yes."

"Okay. I'll give him a good look and make a decision before we jump for Atalia." Geary exhaled slowly. "Would you mind hanging around a couple of more minutes while I call Captain Desjani down here and we go over something with you? I'd like your impressions because I'm only going to get one chance to get it right. I will have to ask that you never divulge it, though."

Duellos watched him for a long moment. "I can't agree to anything that would violate my oath, you understand."

"This won't. I swear."

Desjani only required a few minutes to join them. Geary went over his planned pitch, then waited. Once again, Duellos spent a while thinking, then nodded. "I can't think of any way to improve that, but you're walking a tightrope, you know."

"One of many," Geary agreed.

"If you're going to speak with Badaya now, I'll be happy to wait a few moments to make it appear as if I am, uh, 'backing' what you're not really doing."

Desjani nodded. "That'd be a good idea. Duellos is widely regarded as a special confidant of yours. His presence when Badaya arrives would please Badaya."

"As would yours," Duellos pointed out.

She gritted her teeth. "Do I have to? He's going to say something. I know he will. And I'll have to pretend I didn't hear it."

"Just for a few minutes, Tanya," Duellos suggested. "Then we can leave and let Badaya have his special talk with Black Jack."

"Roberto, you know that Captain Geary and I haven't—"

Duellos held up both hands to forestall her. "Of course I do. All of your friends know that, Tanya. You wouldn't do such a thing with your commanding officer, no matter what." Desjani looked away, her gaze on the deck. "I imagine having to deal with the rumors is no fun at all."

"Many things are difficult to deal with," Desjani muttered. "I'll manage."

Duellos gazed at Geary as he answered her. "I'm certain you will, Tanya. All right, then. Let's summon Badaya and get this over with. What happens if you can't convince him?"

"I don't know. I might have to bring the whole thing out in the open, make a public speech to the entire fleet declaring that I will not support a coup against the Alliance government, but I'm afraid some people would just read my bringing up the subject of a coup as implying I'm actually trying to sound out backing for one."

"That's exactly how those favoring a coup would see it," Duellos agreed. "Let's hope you can divert Badaya and the many who believe like him onto a course that we

can all live with. Otherwise, the victory of bringing the fleet home may turn into the greatest defeat the Alliance has ever suffered.”

## NINE

AS Duellos had guessed, Badaya seemed very pleased to be summoned to a conference featuring himself, Geary, Duellos, and Desjani. “You’re getting *Inspire*, Duellos? Excellent. Too bad you’ll have to share *Inspire* with Kila’s remains for a little while longer.”

“I thought we’d dispose of Kila’s remains here,” Geary commented. “Why wait until Atalia?”

Badaya gave Geary a surprised look. “You’re not familiar with fleet regulations regarding the disposition of the bodies of traitors?”

“No. I assumed Kila would have an unceremonious burial in space.”

“She doesn’t deserve an honorable burial,” Desjani interrupted.

“More to the point,” Badaya said, “regulations deny that option for Kila. They state that the remains of traitors are to be disposed of in jump space. No exceptions, no alternatives.”

Geary stared at him, then at Desjani and Duellos, both of whom nodded back solemnly. “I’ll admit I’m surprised. That’s the harshest possible treatment, consigning someone to jump space for eternity. How did a measure that extreme get approved?”

Duellos ran one hand across the table before him, speaking with unusual somberness. “The answer to that lies in some very unpleasant history that you had the good fortune to sleep through, Captain Geary. About fifty years ago, wasn’t it?” Desjani and Badaya nodded. “I’ll spare you the details, but suffice to say that if a harsher punishment had been possible, it would have been approved.”

“Then you’re saying I’m probably the only person in this fleet who’d be surprised to learn about consigning the bodies of traitors to jump space?”

“Most likely.”

Geary sat down, looking at his hands clasped on his knees before him. “I guess this is one of those places where I’m old-fashioned. I fully accept that we have the right to judge people like Kila and impose our punishments upon them, but burying her remains in jump space . . . isn’t that sort of eternal punishment supposed to be the province of powers greater than us?”

After a moment, Desjani answered. “I’m not an expert at such things, but the burial in jump space is a symbolic gesture by humanity. It’s not the last word because we don’t get the last word. Just because we can’t find something lost in jump space doesn’t mean the living stars can’t do so. If they want her, they’ll get her.”

“You don’t see it as eternal?” Geary asked, genuinely surprised by Desjani’s reasoning but unable to think of an argument against it.

“Nothing humans do is eternal. Nothing we do binds the decisions of powers greater than us. The final judgment always rests with them.” Desjani gestured

outward. “I know what fate I think Kila deserves, but in the end it’s not my call, or yours. The gesture of burial in jump space expresses our feelings about her crime, and that is as far as it goes, speaking in terms of eternity.”

“I see.” He thought of the dead on *Lorica*, sailors struck down without warning by someone they trusted to fight alongside them. He thought of the crews of *Dauntless* and *Illustrious* and *Furious*, all of whom would have died if the first worm planted by Kila hadn’t been discovered. “All right. I understand the appropriateness of the gesture. Kila’s remains will be consigned to jump space on the way to Atalia.”

Duellos made a face. “They’ll be disturbing the sleep in any number of the crew until then, I have no doubt.”

“Are you willing to carry out the punishment, or would you prefer I ask some other captain to volunteer?” Geary asked Duellos.

He spent a few moments thinking, his eyes turned aside, then nodded. “If not me, then who? I won’t curse her as her body leaves. I’ll regret what she could have been.”

Badaya laughed harshly. “You’re a better man than I am, then. I know courtesy bids us not to speak ill of the dead, but that rule is going to be sorely tried when it comes to Kila.”

This time Geary nodded. “I understand. I’m not exactly thrilled with her myself. Now, what about Caligo? I appreciate you taking him aboard *Illustrious*. Is he cooperating as he promised?”

The unforgiving humor vanished, Badaya’s face now reflecting distaste. “Cooperating? He’s babbling. In my opinion, Caligo is saying anything he thinks we want to hear, and he’s going to keep talking as long as he thinks it will help keep him alive. The interrogation gear is having a lot of trouble evaluating him because Caligo seems to have the ability to convince himself that whatever he’s saying at the moment is true.”

Duellos shook his head. “Meaning we can’t trust it?”

“No, not in my opinion. There may be truth in his statements, maybe a lot of truth, but we need to double-check everything he’s saying and find out if there’s any proof to support it.”

Geary drummed his fingers on the table. “How long will that take?”

“I don’t know.” Badaya made a motion as if he wanted to slap Caligo right then and there. “But I doubt we can check it all out before we return to Alliance space. I don’t say that lightly. I want the little bastard dead. But if we execute him before we investigate some of his allegations, it could permanently tar individuals who might be innocent. It’s bad enough what he and Kila did. Compounding the damage with injustice would make us their accomplices. In my opinion.”

“I agree,” Duellos said. “We don’t always see eye to eye, Captain Badaya, but I believe you’re absolutely right about that.”

“You should order psych evals of Caligo, too,” Desjani insisted. “You can do that, Captain Geary, whether Caligo approves or not.”

Badaya scowled at her. “Are you trying to give Caligo a medical defense against his actions?”

“No,” Desjani replied coldly. “We’ve all seen him. That defense wouldn’t fly. But I think it might be important to try to understand how anyone could go so far off course. Destroying Alliance warships and killing their crews. There are plenty of ambitious officers in the fleet, and some who would do *almost* anything to earn promotion and authority, but Caligo was willing to do *anything*. If something in particular led him to make such decisions, something beyond the desire for power, I think it’s worth finding out.”

“Hmmm.” Badaya shrugged as if he found the topic distasteful. “I wouldn’t be surprised if the answer to that is in what Kila offered him. And I’m not just speaking of the power of being her figurehead. There’s plenty of stories about Kila, some of them extremely lurid. More than one man has been led astray from duty and honor by his appetites.” He made an apologetic gesture to Desjani. “Needless to say, no one here would fall into Kila’s category.”

Desjani, her face like stone, acted as if she hadn’t heard a word Badaya said, but her eyes briefly accused Duellos, who gave a contrite look back.

Captain Duellos sighed into the awkward silence. “I wish that the Syndics had spared us the trouble of finding her out. When I think of how many battles Kila survived, and for what? To betray those who guarded her flanks. Now I feel stained by her dishonor, shamed that any officer could do such a thing.”

“Her actions don’t reflect on you,” Geary replied. “Or on anyone but her.”

“So you say, and I appreciate it.” Duellos gazed soberly into the distance. “I need to have a talk with my ancestors.”

“That’s never a bad idea,” Badaya agreed.

Geary gestured toward Desjani and Duellos. “All right. I need to have a private talk with Captain Badaya now. Would you two mind?”

Duelos and Desjani left, both playing their roles well, as if both were part of the sort of conspiracy that Badaya expected.

Geary stood up, feeling a bit nervous. Rione had been right when she accused him of being a lousy liar, but he had to act out this role as well as he could. He walked back and forth for a moment to work out his nerves, then faced Badaya. “Captain, I wanted to talk with you regarding what actions should be taken when the fleet returns to Alliance space.”

“Of course.” Badaya stood up as well, his tension betraying eagerness. “You’re ready to agree? The Alliance needs you.”

Geary didn’t look at him, bowing his head for a moment. “Captain Badaya, I hope



you appreciate how very difficult even speaking of such a thing is for me. I come from a time when the idea of the fleet's acting against the government would have been unthinkable.”

Captain Badaya grimaced, then shook his head, the movement slow and ponderous as if a heavy weight were resting on it. “Don't think I've made the offer lightly, Captain Geary. Not me, and not any other officer. It's not an easy thing to decide, even for those of us who've endured the consequences of our government's incompetence and corruption.”

“I appreciate that.” Geary sat down again and gestured for Badaya to do the same. “I'm just having trouble grasping why you all came to the decision you reached.”

“Why?” Badaya sat heavily, hunched over a bit and frowning toward his hands where they rested between his knees. “Sometimes the options all seem worse. You know that. We've all taken an oath to the Alliance, but what does defending the Alliance mean? Does it mean letting politicians continue to let their greed and ambition destroy the Alliance?”

“There's more than one way to destroy the Alliance,” Geary stated carefully.

Badaya's answering grin was tight and humorless. “True. You haven't experienced it, though. Not enough backing when it matters, too much interference in command decisions, waste, profiteering, starving us of what we need to win, then blaming us when it goes to hell.” He looked at Geary, his gaze measuring. “They used you against us, you know. The legend of the great Black Jack Geary, who'd never go against the political leadership, never question their demands however unreasonable, never fail to salute and charge off to die. That's one of the biggest reasons a lot of us were worried about you.”

He hadn't seen things in that light before, but it made sense that officers would have distrusted him on those grounds, if they thought he was a puppet of politicians they distrusted in turn. “What made you decide you could trust me? I haven't spoken against the government.”

“No, but you demonstrated very clearly your loyalty to your fellow officers and the fleet,” Badaya pointed out. “You won battles and kept our losses down. You're a fighter, and only a blind fool couldn't see how dedicated you were to those who fought alongside you.” The other captain looked down again, grimacing. “Honor says we should abide by our oath to the Alliance, but what does that mean? Does it mean letting our fellows die?”

“If an officer doesn't want to execute orders—” Geary began.

“He or she can resign,” Badaya finished. “Certainly. Walk away and leave his or her fellows to fight on without them, to fight and die following orders one personally thinks are foolish. Where's the honor in that? We can't leave our comrades in arms. Yet we can't let them keep dying for nothing, and we can't let the Alliance be

destroyed by politicians who care nothing for those who die. You see? It's a hard road, yet it leads to one option, to honor our oaths to the Alliance and our loyalty to our comrades by backing a leader who will do what's right."

Geary shook his own head. "What makes you so certain that I'll know what's right?"

"I told you. I've watched you. So has everyone else. Why do you think Kila and Caligo shifted from trying to discredit you to trying to kill you? Because they knew that after enough experience with you, this fleet wouldn't allow you to be deposed." Badaya laughed. "By my ancestors, if I tried to act against you now, my own crew would revolt. I'm not saying you couldn't lose the loyalty you've acquired, but it would take some serious misjudgments, and as long as you listen to Tanya Desjani, you won't have to worry about that."

He hadn't wanted Tanya brought up again even in passing. Time to get the subject back on track. "Captain Badaya," Geary said slowly, "I've been seriously considering options once we reach Alliance space, and something disquieting has occurred to me." Badaya gave him a keen look but remained silent.

Geary activated the star display on the table between them, setting it to display a vast reach of the Alliance and Syndic space as well. "It seems so easy, so certain. We return, I assume whatever authority is needed, and the politicians are put in their proper place." Badaya nodded. "And yet I found that I kept thinking about the attack this fleet launched on the Syndic home star system."

Badaya frowned this time. "I don't understand the connection."

Leaning closer to the star display, Geary indicated the representation of the Syndic home star system. "Apparently a sure thing, but it was a trap. Why did I keep thinking of that when I thought about our return to Alliance space? I haven't been sure, but I think I'm beginning to understand what's bothering me."

"If you're thinking they're similar," Badaya objected, "they aren't. This fleet outguns anything in Alliance space by a wide margin. The politicians couldn't defeat it, even if they were insane enough to order it attacked."

"It's not that," Geary said as he carefully chose his words to match those he'd gone over with Desjani and Duellos. "I think that it's a question of not playing by the rules our enemies want us to follow."

Badaya cocked his head, regarding Geary. "Meaning? You've been adamant about following rules, about abiding by the policies and beliefs of our ancestors."

"Yes. *Our* rules." Geary walked to the display and pointed randomly at Syndic star systems. "The Syndics want us to play by *their* rules. Things like bombarding civilians and killing prisoners. Because if we do that, it's to the Syndic leaders' advantage. Their own populace won't revolt against their leaders as long as they're scared of us."

Badaya nodded. “I’ve seen the intelligence reports of what we’ve learned from being deep inside Syndic space. By matching Syndic atrocities, we worked against ourselves. I won’t deny that. What does that have to do with our return to Alliance space?”

“I’m wondering if our opponents in Alliance space *want* me to seize power.”

Badaya leaned back, his eyes narrowing in thought as he gazed at Geary. “Why would they want that? They don’t even know you are with this fleet yet.”

“They don’t necessarily want me,” Geary explained, “but they must have known about Admiral Bloch and his ambitions.”

“I didn’t know you were aware of Bloch’s goals. You’ve obviously done your homework on this.” Badaya rubbed his chin, looking away from Geary as he thought. “He thought winning at the Syndic home star system would give him the stature to try to seize power. Whether he could have actually had the backing within the fleet to do that is another question, but it wasn’t beyond the realm of possibility. I believe our political leaders are corrupt, but I don’t think all of them are stupid, so some of them must have known of Bloch’s ambitions and the potential for him to achieve them. Yet they let Bloch lead this fleet anyway. I hadn’t put that together before.” He centered his gaze on Geary again. “Why?”

Geary tapped the table lightly to emphasize his words. “I’ve been doing some research. Historically, corruption is a problem in every form of government, but it’s far worse in dictatorships than it is in elected governments. That’s because dictatorships don’t have formal limits on the powers of officials and don’t have a free press or open government that exposes corruption.”

Badaya frowned again. “You wouldn’t be a dictator.”

“I wouldn’t be elected,” Geary pointed out. “No matter my intentions, I’d have to rule as a dictator. Now, what form of government would corrupt politicians favor the most?”

The frown deepened. “They want you to take over so they can operate their corruption freely? Why would they think you or even Admiral Bloch would allow that?”

“Because I’m not a politician.” Geary nodded toward the representation of Alliance space. “Whatever Bloch thought of his political skills, I think he was probably outclassed by those who have politics as a profession. A military officer in power could be manipulated by corrupt politicians, manipulated in ways that would enhance the power and the wealth of those politicians far more than could be managed in an open, democratic system.”

Badaya sat silent for a long time, then nodded as well. “I see your point. A fleet officer wouldn’t know how to play their games any more than the politicians could command a fleet action. The politicians want a puppet they could pull the strings on

and hide behind, just like Kila wanted to use Caligo. Is that what helped you see this? It wouldn't matter who the officer was who seized power. Hell, the politicians would probably be thrilled that it was you because of what they could get away with by claiming it was what Black Jack wanted." He nodded again. "Playing by their rules. I see what you mean. They want a fleet officer to try being a politician because they can run rings around us with words that don't mean what they seem to mean. But what do we do? Just let them keep running the Alliance into the ground?"

"There's a middle ground." He didn't like saying this, let alone admitting it. But what he was about to say was true. "I have the potential to take over. I could really overthrow the government." The words felt sour in Geary's mouth as he spoke of something contrary to his oath and his beliefs. "The politicians know that. The decent ones, the ones who can be brought around, will know they have to listen to me."

Badaya smiled. "They'll be afraid not to do as you say, afraid enough for you to get things done. And the corrupt ones will cooperate with you because they'll want to curry your favor for when you do take over." He held up one hand, palm out, as Geary started to speak. "I understand you don't want to give them that opportunity. But if they're anything like we believe, it won't even occur to them that you could resist the temptation."

He hadn't thought of that, but Badaya's suggestion made sense. Geary nodded. "I remain a threat, someone they have to listen to, yet the strengths of the Alliance government, of our democratic principles and individual rights, also remain intact."

"Clever." Badaya's smile grew. "You outthought them, didn't you? Just like you've outthought the Syndics. I made the same mistake a lot of other people did, assuming that the politicians weren't just as capable of manipulating us as they were of enriching themselves. Is that why you had that affair with Rione? To learn all you could about them?"

It took Geary a moment to calm himself enough to trust his response. Badaya was honorable enough by today's standards, and a decent officer, but to call him undiplomatic was an understatement. "I learned a number of important things from Co-President Rione," he finally said, a true statement Badaya could interpret any way he wanted. "But," he added while fixing Badaya with a sharp look, "Rione can be trusted."

"You'd know," Badaya agreed with an amused expression. "After all, you have seen parts of her none of the rest of us have." He chuckled at the clumsy joke while Geary hoped he wasn't flushing with discomfort. "Now, I take it you want your supporters in the fleet to know what you intend?"

"That's right." Geary kept his voice level. "It's important that everyone understand what is going on." Or rather, what he wanted them to think was going on. *I will not dictate to my political leadership. I just pray the military and political*

*superiors I deal with will listen to me or at least not obviously dismiss me.* “The last thing we want is for my hand to be forced by officers who think they’re doing me or the Alliance a favor but will actually be playing into the hands of the most corrupt politicians.”

“I think I can guarantee you that won’t happen now.” Badaya smiled admiringly as he stood up. “All of those times you denied wanting enough power to change things you were studying the situation and planning options, weren’t you? I should have guessed. A good commander doesn’t play by the enemy’s rules. I’m going to remember that.”

Geary slumped down after Badaya’s image vanished, rubbing his eyes with one hand and feeling dishonest, manipulative, and even a bit dishonorable. He hadn’t directly lied to Badaya, but he’d certainly misled the man as thoroughly as any politician could have done.

After a while he called Rione to his stateroom. She came in, evaluated his attitude, then smiled approvingly. “You did it. Badaya bought it?”

“Yes. I think so.”

“Good. And you’re unhappy.”

“I don’t like lying to people,” Geary told her coldly. “Maybe that’s why I’m so bad at it. I don’t like knowing I can be good enough at it to deceive even someone like Badaya.”

Rione walked slowly to one side. “Lying? What lie did you tell?”

“You know perfectly well—”

“What I *know*, Captain Geary, is that what you told Badaya is, as near as we can determine, truthful. Now try to get this through your thick head. Captain Badaya didn’t ‘buy’ anything. Do you believe that a military dictatorship would be a disaster for the Alliance? Yes? Then what did you lie about? I admit comparing it to the Syndic ambush hadn’t occurred to me, but once you and your captain came up with that, I thought it was brilliant.”

He set his jaw and glared at Rione. “Stop calling her that. Nobody owns Desjani, especially not me.”

“Fine, if you care to believe that.” Rione matched his glare. “You need to remember that you’re doing nothing for personal gain. You don’t want wealth or power. So why the hell should you feel guilty about forestalling a military coup against the government of the Alliance?”

“Because no Alliance officer should have even thought of such a thing!” Geary yelled, the shame and anger bursting from him. “I never should have received such an offer and when I did my immediate refusal should have been the end of it!”

Rione watched him for a moment, then looked away herself, her face shadowed by emotion. “We’re not the people our ancestors were, John Geary. We’ll always let

you down when you compare us to those you knew a century ago.”

Her unexpected and very unusual candor extinguished Geary’s rage. “It’s not your fault that you were all born into a war that was already ancient. It’s not your fault that you inherited the pain and distortions caused by decades of war. I can’t pretend that I’m better than you because I was spared that.”

“But you are better than us,” Rione insisted with bitterness in her voice. “You’re what we should have been, what our parents and our grandparents should have held on to, the belief that ideals must be honored. Do you think I can’t see that? If we had done our jobs as the situation demanded of us, then none of this would have happened. And, yes, I very much include the Alliance’s political leadership in that.”

“You inherited the war,” Geary repeated. “I can’t pretend to understand everything that happened in the last century, but there seems plenty of blame to go around and more than a few things that nobody could have helped.”

“I don’t believe in making excuses for failures, Captain Geary. Not mine and not anyone else’s. Just remember that the people you trust approve of what you did just now. If you don’t trust yourself, trust them.” She turned without another word and left.

SIX hours to the jump for Atalia. As much as Geary feared finding the Syndic reserve flotilla there, he also had a growing restlessness, a desire to see this to the end. One way or the other, the Alliance fleet’s long retreat would be over soon.

“Captain Geary.” Colonel Carabali’s expression revealed nothing. “Request permission for a private meeting prior to the jump for Atalia.”

“Of course, Colonel. I have no scheduled commitments for a couple of hours, so we can have that meeting whenever you’re ready.”

“Now would be fine with me, sir.”

“Okay.” Geary authorized Carabali’s image to appear in his stateroom, then waved her virtual presence to a seat. The colonel walked over to it and sat, her back straight, rigidly formal. “What’s this meeting about?”

“Consider it a reconnaissance mission, sir.” Colonel Carabali gave Geary a penetrating look. “What do you intend doing when this fleet reaches Alliance space, Captain Geary? I’ve heard various reports and wish to know the truth for certain.”

The loyalty of the Marines to the Alliance was legendary, but given all of the other changes he’d seen, Geary had been wondering for some time how the Marines now felt about political authorities in the Alliance and how they felt about the offers to Geary to become a dictator when the fleet made it back to Alliance space. But he’d never come up with a way to ask those questions without making it appear that he was sounding out the Marines for support, which was the last thing he wanted. Now Geary sat down opposite the colonel, holding his eyes on hers. “I intend following

whatever orders are given to me. I will have suggestions and a proposal for an operation, but I have no way of knowing how those will be taken. Is that what you need to know?"

"For the most part." Carabali studied Geary for a moment. "I won't insult your intelligence by pretending both of us don't know that you're not just any fleet officer. You can choose to obey whatever orders are given you, but you do have other options."

"And you want to know if I intend exercising those options?"

Carabali nodded, her face still impassive.

Geary shook his head. "No, Colonel, I do not intend exercising any options that would conflict with my oath to the Alliance. Is that clear enough?"

"From you, yes." Carabali paused again. "There are some close-hold messages being passed around the fleet that indicate you intend doing more than just following orders."

"People hear what they want to hear, Colonel. As long as it keeps them from actions that would be harmful to the Alliance, I'm okay with that."

"'Harmful to the Alliance' meaning?" Carabali pressed.

Geary sat back and shook his head. "The Alliance's greatest strength has never been its star systems or population or fleet. It's the principles we believe in and practice. I don't think the Syndics could ever hurt us as badly as we could hurt ourselves. I won't stage a coup, Colonel, and I'll do everything I can to keep one from being staged in my name." He didn't fear word of that getting back to any of his most misguided supporters. It was what he'd told Badaya, after all.

She studied him, then nodded. "Will you attempt to remain in command of this fleet?"

"Yes."

"Even though you only took command in the Syndic home star system because you had to do so?"

"Yes." Geary let a small smile show. "I didn't know it was that obvious."

"It wasn't." Carabali let her own tiny smile flicker on and off again. "I'm used to trying to figure out what's beneath the surface of fleet officers. The lives of my Marines often depend on that." Her expression went wooden once more. "Do you think you can end this war?"

He started to reply, then shot Carabali a questioning look. "You said 'end,' not 'win.'"

"I asked the question I meant to ask, sir."

"I need to be certain of that." Geary leaned forward slightly, searching her expression but seeing nothing but the professional mask. "There's a lot I'm still learning about what this war has done, about how the fleet and the Alliance feel about

it.”

Carabali raised one hand to her chin and rubbed it for a moment as if contemplating the question. “I’ll fight as long as I have to fight to protect the Alliance. Beyond that . . . I’m tired of making decisions about who lives and who dies, Captain Geary. A little of that goes a long way.”

“I know. Believe me.”

“Yes, you do, but not in the same manner. The fleet offers certain luxuries that ground fighting doesn’t, and your own personal history is different from ours. You grew up at peace, and you spent your fleet career at peace until Grendel.” Carabali looked away, her eyes seeming to focus on something far away. “May I tell you some history? There was a lieutenant who’d grown up with the war and joined to follow in the footsteps of her grandmother and her father. On one of her first ground-combat missions she and her Marine platoon were cut off from the rest of their unit. The atmosphere around them was toxic with Syndic defensive chem agents. The power on their battle armor was running low, and if it went too low for life support, the lieutenant and her platoon would die.”

Geary watched the colonel’s face, which still revealed little. “An ugly situation no matter how experienced an officer.”

“Yes. I didn’t mention that the lieutenant’s platoon had captured a breached Syndic bunker along with a number of Syndic self-defense-force personnel. The Syndics all had suits with plenty of power reserves, and the lieutenant’s leading noncommissioned officer informed her that it would be possible to jury-rig a means of draining the Syndic suits to recharge our own power cells.”

The colonel paused again while Geary put himself there and tried not to shudder. “But if the Syndic suits were drained, the prisoners would die.”

“Or they’d have to be killed to keep them from attacking the Marines once they realized they were going to die,” Carabali agreed. “The lieutenant knew there was only one decision possible, but she also knew it would be a decision that would haunt her forever.”

“What did the lieutenant do?”

“The lieutenant hesitated,” Carabali stated in a voice as collected as if she were providing a routine report, “and her leading noncommissioned officer, as ruthless a bastard as any sergeant has ever been, suggested that the lieutenant leave the bunker for a little while to see if she could reestablish communications with the rest of the Alliance forces from the outside. The lieutenant grasped at the suggestion, knowing what she was really agreeing to, and left the bunker, standing outside until the sergeant appeared with enough charged power cells to keep her battle armor going. The entire platoon, it seemed, had enough power to try to regain Alliance lines. The lieutenant led the way, and she and her platoon made it back that evening. No one



asked how the platoon's power supplies had held out so long. The lieutenant received a medal for saving her entire platoon under such difficult circumstances."

Without even thinking, Geary's eyes went to the left breast of Carabali's uniform, searching for the combat-award ribbon that might mark the event.

But the colonel kept speaking, her voice flat. "The lieutenant never wears that medal or its ribbon."

"Did the lieutenant ever go back into the bunker?"

"The lieutenant didn't have to. The lieutenant knew what was inside." Carabali nodded toward the star display. "Somewhere, right now, another Alliance lieutenant is facing that same kind of decision, Captain Geary. Somewhere, a damned Syndic officer is making a similar decision, because it's the only decision to be made. Too many of those decisions have already been made."

"I understand."

"What decision will you make, sir?" Carabali looked back at him. "Can you end this war on acceptable terms?"

"I don't know." It was Geary's turn to point to the stars. "What I propose depends in part on what happens between here and Alliance space, but at this point . . . Colonel, I'll have to ask that you not repeat this outside this meeting."

"Of course, sir."

"At this point it appears I may have to propose seriously hazarding this fleet again, right after I get it to safety. I'm not sure how that will sit with the leaders of the Alliance, or with the personnel in this fleet for that matter."

Carabali frowned slightly. "If that proposal were made by another officer, it wouldn't sit well. But you have built up a tremendous reserve of trust, sir."

"Even though we've lost a lot of ships?"

"Your concept of a lot still differs from that of people who have grown up in this war, sir." Carabali reached one finger up to touch her rank insignia. "These were my grandmother's, and then my father's. Both of them died in combat before they were able personally to hand down these insignia to one of their children. I had hoped to break that family curse, but, Captain Geary," the colonel stated with her eyes locked on his, "if my death in combat were to ensure my children didn't have to wear these because the war had ended in a way the people of the Alliance could live with, then I would willingly make that sacrifice. That's the crux of the matter here, sir. We've been willing to die for a long time, but that willingness has been colored by despair that our sacrifices will accomplish little. We trust you to make our deaths count, if it comes to that."

Geary nodded, feeling a heaviness filling him. "I promise to do my best."

"You always have, sir. And if you hold to your promise not to violate your oath to the Alliance, the Marines in this fleet will do their best by you as well."

This time Geary frowned, thinking through the words. “That’s an uncharacteristically ambiguous statement, Colonel.”

“Then I’ll state clearly that if you give orders to act against the Alliance government, I and my officers will do all we can to ensure the Marines do not obey such orders.”

“That won’t be a problem because I won’t give such orders.”

“Then we understand each other.” Carabali looked away for a moment, her eyes hooded in thought. “But if we receive orders to arrest you . . . that’s when it gets hard. It should be simple. Obey lawful orders. But it won’t be if you haven’t violated your own oath. A long time ago a wise man said that everything in war is simple, but all of the simple things are complicated. Like this. Is it lawful to arrest an officer, one with an unblemished record, because of what he *might* do? Military and civilian lawyers could argue that point for a long time. As you said, the Alliance is about the principles we hold dear, and one of those has always been the rights of our people.”

“That’s true, Colonel.” Geary stood up. “I swear that I will do everything I can to avoid such a conflict between orders and principles. We’re on the same side and, frankly, I like it that way.”

“Me, too, sir.” Carabali rose as well. “You’re not bad for a space squid.”

“Thank you, Colonel. You’re not half-bad yourself.” Carabali flicked another smile, then came to attention and saluted. As she moved to break the connection, Geary spoke again. “Colonel. There’s no other decision that lieutenant could have made.”

Carabali nodded back to him. “The lieutenant has always known that, sir, but she’s also always hated the decision she had to make. By your leave, sir.” The Marine colonel saluted again, then her image vanished.

Geary sat down again slowly. He felt like he was juggling a hundred balls at once, and if he dropped one then the Alliance would shatter.

He went up to the bridge an hour before the jump for Atalia. The Alliance fleet was arranged into a battle formation consisting of a main body and a supporting formation to either side, ready in case the Syndic reserve flotilla was waiting to fight right outside the jump exit. Geary reviewed the fleet, reviewed its logistics status, wincing at the low levels of fuel cells and expendable weaponry, then called his ship captains. “Be ready for anything when we leave jump. If the Syndics are right there within range, all ships are to engage targets of opportunity with every available weapon. More likely they’ll be at least a short distance from the jump point, and we’ll be able to maneuver into a favorable position before attacking. We’ll see you at Atalia, and after that Varandal.”

“Fifteen minutes to jump,” the operations watch reported.

Rione came out of the observer’s seat and leaned on the back of Geary’s seat.

“Should I bother asking why a fleet in this condition is planning on attacking at Atalia rather than running for the jump exit for Varandal?”

“Because the Syndics will surely be prepared for our trying to run past them,” Geary replied. “Make no mistake, if the opportunity permits I’m going to head for that jump point. But I don’t expect the Syndics to give us a free shot at it.”

“They won’t stop us,” Desjani stated calmly.

Rione eyed her for a moment before answering. “I believe you.” Then she returned to her seat while Desjani frowned, clearly trying to find some hidden meaning in the response and failing.

Geary watched the seconds count down as the fleet approached the jump point, then he sent the order. “All ships, jump for Atalia.”

In three and three-quarter days, they’d find out what waited for them at the last Syndic star system they had to cross on the way home.

JUMP space had plenty of negatives. There was the itching sensation, which grew worse the longer you were in jump space, a feeling most people described as feeling like your own skin didn’t fit right anymore. There was the growing sense of unseen presences lurking just out of sight. Always, no matter how short the journey, there was the endless gray nothing, a universe lit by no stars.

There were the strange lights of jump space, which flared according to no known pattern and for no known reason. With no way having been discovered to explore jump space, the lights remained a mystery. Looking at them now, Geary couldn’t forget that legend held that his spirit had been one of those lights during all the long years his body rested frozen in survival sleep.

However, jump space did have the singular virtue of being bland and unsurprising. Isolated within the strange confines of jump space, ships could barely communicate by the simplest of messages, and nothing could be seen of the normal universe. Compared to the sometimes unceasing events of normal space, Geary found himself at times treasuring the relative peace that isolation offered.

But no one could stay in jump space forever. Sooner or later, the real universe would have to be faced.

“We’ll be arriving in Atalia in two hours.” Desjani stood before him in his stateroom, the star display between them. “It’ll be a tough fight.”

“I just hope that reserve flotilla is smaller than Lieutenant Iger estimated and that they’re not lined up in front of the jump exit to hit us all at once with everything they’ve got.” Geary stood up and activated the display, calling up an image of how his ships would look if anyone could actually see them all in jump space. Ranks of capital ships, flocks of cruisers and destroyers, the bulks of the surviving auxiliaries nestled near the center.

His fleet. He shouldn't think that, but he did. He'd brought it this far, and the living stars willing, he'd take it all the way home. But what would happen then?

"What are you thinking?" Desjani asked.

"I'm wishing I didn't have to do what I know I have to do."

"Turn over command of the fleet at Varandal? I don't think that's going to happen, sir."

"I'm just a captain. A very, very, very senior captain, but just a captain."

"You're Captain Geary. *The* Captain Geary. That's different."

He exhaled slowly. "But if I do retain command of the fleet . . ."

Desjani raised a questioning eyebrow. "You've figured out what to do next?"

"I've been thinking. There's only one thing we *can* do next if we make it home. If we give the Syndics enough time, they'll recover from the blows we've dealt them. We destroyed the Syndic shipyards at Sancere, but those were far from the only shipyards the Syndics have turning out warships. Every day brings them closer to replacing their losses. That means we'll have to hit them again as soon as possible, when they're off-balance, hit them as hard as we can." He grimaced. "Their leaders, I mean. The foundation of their power, the fleet that allowed them to attack us and coerce their own people, will hopefully be gone for a while after Atalia. We can't defeat the Syndics star system by star system because there's just too damn many star systems, but there'll never be a better time to lop off the heads of the Syndicate Worlds."

Desjani smiled grimly. "We have to go back?" She reached over and tapped the controls, the images of the fleet's ships being replaced with a representation of the stars in a very large area of space. One of those stars, distant from Varandal, glowed brighter than the others, highlighted by the display. "Back to the Syndic home star system. But this time it'll be different."

"Yeah. Once the fleet is resupplied, and we've replaced what losses we can." He shrugged. "That's what I'll recommend. Even though it's the last thing I want to do."

She gave him a look that for an instant told him that Tanya knew full well what he wanted but that neither of them could follow that road yet. Then it was gone, and Captain Desjani was nodding to him. "Then we can deal with the aliens."

"Then we can try to figure out how to deal with them. If they haven't directly attacked us already. If we make it home. If I remain in command of the fleet. There's a lot of uncertainties. It's kind of crazy, isn't it? We've narrowly escaped destruction time after time getting out of the trap the Syndics laid for this fleet, but I'm going to suggest we go back there."

Desjani smiled again. "If your craziness is caused by something infectious, I hope you bite every admiral we encounter."

He couldn't help a laugh. "We're getting a bit ahead of things. We're still one

jump and a Syndic reserve flotilla away from Alliance space.”

“Then, Captain Geary, let’s get ready to kick some Syndic butt so we can make that jump.”

“Sounds like a good idea, Captain Desjani. Let’s get up to the bridge.”

Two hours later he waited as the seconds ticked down toward the moment when the Alliance fleet would leave jump space. Waited to find out if his worst fears would come true, if volleys of missiles and grapeshot would slam into the Alliance fleet almost as soon as it appeared at Atalia. If that happened, a smaller-scale version of the ambush in the Syndic home system that had led to his gaining command of what was left of the Alliance fleet, he’d be lucky to get through the first moments with half of his ships still in one piece.

“Stand by for exit from jump space,” the operations watch-stander called.

“Weapons ready,” Desjani ordered. “Set them to fire on auto the instant they identify targets within their engagement envelopes.”

The same orders were being given on every ship in the fleet. Geary sat, tense, wondering if the next few seconds would hurl the Alliance fleet into its most desperate fight since they had left the Syndic home star system.

“Exiting jump space in five, four, three, two, one. Exiting now.” The stars reappeared.

*Dauntless* yawed down and over as the fleet’s warships began a preplanned evasive maneuver. It took a moment for Geary to get his mind around what he was seeing as the fleet’s sensors rapidly updated the display before him.

The first thing that registered clearly was that no weapons were firing. Then he saw that there were no Syndic warships near the jump exit. He breathed a prayer of thanks, then pulled out the scale on his display to see where the enemy was within the star system.

Being a border system, Atalia had been the scene of many clashes between the Syndicate Worlds and the Alliance. Most of the wreckage from those clashes had been allowed to extend slowly through the empty spaces of the star system. The remains of Syndic and Alliance warships had been accumulating in this star system for almost a hundred years.

But scattered along a ragged arc stretching between the seventh planet of the Atalia Star System and the jump point for Varandal lay spreading fields of debris that were still fairly compact, some flocks of escape pods, and a small number of damaged Syndic warships. “The aftermath of a battle?” Geary asked.

“One that’s still going on,” Desjani corrected.

# TEN

PULLING his display out farther, he saw them. Almost four light-hours away, Alliance and Syndic warships were clashing. The jump point for Varandal was about as far from Atalia's star as the jump exit at which the Alliance fleet had arrived, but partway around the curve of the outer boundaries of the star system. Geary stared at his display as the fleet's sensors added details. He almost winced as a cluster of Alliance ships vanished, then realized that they had not been destroyed but had jumped out of the system.

More Alliance warships vanished, leaving him wondering how many had been here. One remained, however, a single battleship staggering toward the jump point as overwhelming numbers of Syndic warships made firing passes.

"The system identifies that battleship as the *Intractable*," Desjani reported. "She was one of the battleships left behind to guard Alliance space when this fleet went to the Syndic home star system." She hesitated before continuing. "When we left, *Intractable* was part of the same battleship division as *Dreadnaught*."

*Dreadnaught*, the ship commanded by Jane Geary, his grandniece. Had *Dreadnaught* already jumped for Varandal, or were pieces of that Alliance battleship drifting through this star system?

In time, the fleet's sensors could analyze the most recent debris and make guesses as to how many warships had died here in the latest engagements. For the moment, Geary could only watch images almost four hours old, knowing that there was nothing he could do to save *Intractable* as she covered the withdrawal of the rest of the Alliance force with her.

"It won't be much longer," Desjani muttered, watching the same images as Geary. "*Intractable* was the only Alliance warship left near the jump point. Everybody else had already gotten away."

"Is there any chance that she made it to the jump point?"

"Not unless the Syndics decided to stop shooting."

Rione was leaning forward, her voice urgent. "We have to do something. Distract the Syndics. Something!"

"Madam Co-President," Geary replied heavily, "the Syndics won't even see this fleet for almost four hours. *Intractable* was almost certainly destroyed nearly that long ago. We're just seeing it now."

"Damn," Rione whispered.

On the four-hours-old images, *Intractable* seemed to have lost maneuvering control, sliding sideways and over as Syndic hits pushed the Alliance battleship off course. "Her crew's leaving," Desjani said, as escape pods began flinging themselves away from the stricken battleship. "There still seem to be a few weapons working,

though.”

Four hours ago, a volley of Syndic missiles had been fired, curving in to slam into *Intractable* and shatter the massive warship, by then almost defenseless. *Intractable*'s hull had broken, the forward portion spinning away while the after portion came apart into smaller pieces. Geary closed his eyes for a moment, then opened them to see the remnants of the battleship tumbling in different directions, no sign of life remaining on them. *May your ancestors welcome you and the living stars warm your spirits.*

“We’ll avenge them,” Desjani almost snarled.

“Yeah. We will. We’ve obviously found the reserve flotilla.” Geary began working up the intercept, assuming the Syndics would turn back toward this jump point. “How long until the fleet’s sensors give us a picture of what happened here?”

“It should be pretty quick now.” On the heels of her words, system estimates began popping up. Desjani’s jaw tightened as she viewed her displays, where the fleet’s sensors and evaluation systems were showing their analysis of the latest wreckage. “The most recent debris correlates to two or three Alliance battle cruisers. Somewhere between nine and thirteen destroyers. One or two light cruisers. Four to six heavy cruisers. And two battleships, counting *Intractable*.” She let out a long breath. “*Intractable* held off the Syndics so the rest could get away, but there’s no way for the sensors to tell us how much that was.”

“At least it wasn’t one-sided.” Geary watched new estimates appear. “It looks like they cost the Syndics one or two battle cruisers, a battleship, somewhere between ten and twenty HuKs, six or seven heavy cruisers, and eight to eleven light cruisers. Plus what was too damaged to pursue them through the jump.” A badly damaged Syndic battle cruiser, three heavy cruisers, and one light cruiser were spread out along the path of the battle, all of them limping on courses toward the second planet in the star system. Near the jump exit, another battle cruiser mauled by *Intractable*'s last stand looked like it was turning toward the inner system, too.

The fleet’s sensors were peering four light-hours across the edge of the star system, looking through the debris of battle to evaluate the size of the Syndic force, and those results finally appeared as well. “Sixteen battleships, fourteen battle cruisers, twenty heavy cruisers, forty-five light cruisers, one hundred ten Hunter-Killers.” He’d been hoping that Lieutenant Iger’s estimates were way too high. In fact, they seemed to have been all too accurate. “That’s what’s still operational in the reserve flotilla.”

“We can take them,” Desjani insisted.

“We’re going to have to. But I can’t finish plotting an intercept until they turn around and settle on new vectors.”

He waited impatiently, the Alliance fleet eating up the distance to the jump point but close to two days’ travel away, until Desjani suddenly gasped. “They’re not

turning around. They're re-forming. They're going to jump after the Alliance ships that escaped."

"Jump to Varandal?" The only thing worse than fighting the reserve flotilla here might be having to fight it at Varandal if the Syndics were able to inflict enough damage at that star system before the Alliance fleet could catch up to them.

"Still almost four light-hours distant." Desjani slammed a fist against the arm of her seat. "They're going to jump before they even know we're here."

"Maybe that'll let us surprise them at Varandal." His eyes went to the estimates of Alliance losses here. *Two battleships. Had the other one been Dreadnaught?* Was his grandniece Jane Geary dead, just when Geary had gotten heartbreakingly close to home, or was she in one of the escape pods littering this system?

More symbols were proliferating on the displays, revealing the escape pods within Atalia Star System. There were a lot of Alliance escape pods from the warships destroyed here. Geary settled back, his eyes going from the Syndic reserve flotilla where it was re-forming in preparation for jumping to Varandal, to the badly damaged Syndic warships limping toward safety and also still unaware of the arrival of the Alliance fleet here, to the flocks of Alliance escape pods, to the status display showing how much fuel-cell reserves remained on the fleet's warships.

"I need advice, Tanya." She focused on him. "We can easily swing our courses past those damaged Syndics and take them out on our way to the jump point. However, the Alliance sailors in those escape pods will be counting on us to pick them up, but that will require slowing the fleet's ships a lot for the pickup. That'll cost fuel cells we don't have to spare, and delay the time until we reach the jump point for Varandal."

Desjani drummed her fingers on the arm of her seat for a moment, then turned to her engineering watch. "If those escape pods turn onto the same vectors as this fleet and burn all of their remaining fuel, what velocity can they reach?"

The engineer quickly ran figures. "Captain, working back to how long they've probably been in space and how much the pods must have burned during their launches, then they could probably get up to point zero one light if they reactivated the escape-launch burn sequence. But they'd have nothing left afterward."

"That helps some, but not enough. The fleet would still have to brake quite a bit." Desjani shook her head. "Even if we could afford the fuel-cell consumption, it would still delay us a lot. And most of our ships have as much personnel on board as they can handle as it is. Getting them overcrowded could be ugly if those ships need to be evacuated in the fighting at Varandal, and there aren't enough escape pods available. What we need is two fleets." Her eyes went to the display as alerts pulsed. "The Syndic reserve flotilla jumped for Varandal three hours and forty-one minutes ago."

"Too bad we didn't get here over three hours earlier. If they'd seen us before they



jumped, they might have hung around and simplified things for us.” Geary ran his eyes across the fleet status display. “Two fleets. Maybe that’s what I’ll have to do. Break off some of the ships to pick up the escape pods and follow after the rest.”

“Who can we spare?”

“No one. But we have ships that will have trouble keeping up anyway.” The choices seemed simple, but it wasn’t just a matter of physics. He called *Illustrious*. “Captain Badaya, I have a request to make of you.”

Six seconds later Badaya’s answer came in. He looked weary, but that was to be expected since Badaya had probably been pushing himself and his crew around the clock to get the damage to *Illustrious* repaired before the likelihood of battle. There was only so much that *Illustrious*’s crew could do, though. “What do you need, Captain Geary?”

“I need those Alliance escape pods recovered, but I can’t afford to slow the entire fleet to do that. On its way to the jump point for Varandal the fleet can eliminate the remaining Syndic warship presence in this star system, but whoever slows down to pick up those escape pods will still need enough firepower to protect them if something unexpected happens.”

Six seconds later Captain Badaya nodded. “Who were you thinking of, Captain Geary?”

“The three auxiliaries. *Orion*. *Incredible*. *Resolution*. The most badly damaged escorts. And because those ships will need a reliable and capable commander, *Illustrious*.”

Badaya eventually nodded again. “We’ve done a lot to patch up *Illustrious*, but she’s still going to be at a disadvantage during a fleet engagement. I understand your logic. But it’s a very hard thing to think of missing the fight in Varandal.”

“I understand.” Badaya had his faults, but he’d earned the right to have his pride and honor given full consideration. “That’s why I’m asking you to accept the assignment. If any Syndics pop out of the jump point for Varandal before you get to it, you’ll have to fight your way through them. I need somebody in command of the force who can be counted upon to do that, and I’m giving you two battleships and two battle cruisers to do it.” He didn’t bother adding what he and Badaya both knew, that all four battered ships didn’t add up to the combat capability of a single, undamaged battleship.

“Not much chance of Syndics making it back here before we leave,” Badaya observed, “though it’s not impossible. But if you maul the Syndics who’ve jumped to Varandal, some of them may be heading for the jump point back to here when we arrive at Varandal. We’ll be well positioned to block them and wipe them out.”

“That’s true.”

“It’s an honorable assignment,” Badaya concluded. “We won’t leave any Alliance

sailors behind here, *Illustrious* won't slow down any of our fellow battle cruisers, and we'll be far enough behind the rest of you to intercept Syndics trying to flee Varandal. Thank you for your confidence, Captain Geary."

"You've earned it, Captain Badaya." Which was true enough. Aside from the dictator thing, he wasn't a bad commanding officer. Badaya tended to be too reactive rather than coming up with new ideas before the enemy did, but give him orders and he'd execute them or die trying. Moreover, he believed in Geary, believed in him enough to accept an assignment that Badaya probably would have refused if given it six months ago.

"Thank you, Captain Geary," Badaya repeated. "That other matter we discussed, about options once the fleet reaches Varandal. Everyone who needs to know is aware of your wishes in the matter and all have promised to abide by them. Even if *Illustrious* doesn't make it to Varandal, your flank is covered."

"That's good to know, Captain Badaya." Geary breathed a prayer of thanks that for once Badaya had phrased something carefully and discreetly. He'd learned several times that supposedly private communications were usually anything but that. "I'll prepare the orders for the ships accompanying *Illustrious*. We'll see you all at Varandal."

"*Orion's* not going to be happy," Desjani observed as she double-checked Geary's plans.

"*Orion* doesn't deserve to be happy. Once we're back in Alliance space, I'm going to recommend breaking up her crew and getting mostly new personnel on board. Nothing else has worked to rebuild that crew."

"Maybe watching Numos get shot by a firing squad after his court-martial will help motivate them," Desjani said cheerfully.

"It might." His frustration with the slow pace of repairs by *Orion's* crew had grown great enough that even he spent a moment enjoying the idea. "Then again, ever since they saw *Majestic* blown apart at Lakota, *Orion's* crew has made creditable progress on fixing up their armor and weapons."

"But not their propulsion," Desjani noted dryly. "Maybe you should drop a hint that while they can protect themselves better now, they still can't run away."

"I'll pretend I didn't hear that, Captain Desjani." Instead of being abashed, she just grinned as he continued. "I don't think *Resolution* and *Incredible* will complain much, though."

"You wouldn't want to try separating those two ships," Desjani replied. "They've apparently mated for life after bonding at Heradao."

"Why are you in such a good mood, Captain Desjani?"

"Because the Syndic reserve flotilla has jumped to Varandal, Captain Geary, and will now be trapped between the Alliance forces that fled here and this fleet, as well

as facing all of the defenses Varandal has to offer.” Desjani smiled like a wolf. “They’re meat.”

“That may be, but they’re meat with teeth.”

DESPITE the huge virtual size of the conference-room table, Geary couldn’t help noticing that it was smaller than it had been for earlier meetings. There were fewer ships and, therefore, fewer commanding officers left in the fleet. But at least after the events in Padronis, the poison seemed to have finally been drawn from the fleet, and any debate here would be open and genuine. “I’m sure you’re all familiar with the situation. The Syndic reserve flotilla jumped for Varandal before they knew we’d arrived at Atalia. They’re pursuing an Alliance force whose size remains uncertain and will undoubtedly try to reduce the Alliance facilities at Varandal as well as destroy the rest of the Alliance warships there. We have to get to Varandal in time to assist our comrades there on warships and the planets and orbital facilities.”

He gestured toward the display hovering over the table. “The main body of the fleet will proceed to the jump point for Varandal as fast as our fuel-cell situation will allow, taking a course that will allow us to sweep up the damaged Syndic warships remaining in this star system. A formation made up of *Illustrious*, *Incredible*, *Resolution*, *Orion*, *Titan*, *Jinn*, *Witch*, and the most badly damaged cruisers and destroyers will slow down enough to recover the Alliance escape pods in this star system, then follow the rest of us to Varandal.”

Every eye went to Captain Badaya, doubtless expecting him to explode with disagreement, but Badaya just nodded, his expression set. “*Illustrious* is honored to be given responsibility for this critical task. Make sure the rest of you leave some Syndics for us at Varandal.”

“Be careful what you ask for,” Commander Parr from *Incredible* cautioned. “But we’ll be happy to fight alongside the other ships with us.”

Duellos looked as tired as Badaya. “The odds don’t look to be good at Varandal, and I see your projected movement will bring us to Varandal with less than twenty percent fuel-cell reserves.”

“That’s right.” Geary tried to say it casually, as if it were routine to go into battle against superior numbers with fuel-cell reserves so low that the real risk existed of warships running out of power during the engagement at Varandal. “There’s nothing we can do about the fuel-cell situation. The remaining auxiliaries are using their shuttles to distribute the fuel cells they manufactured during the last jump, and after that we’ll have to count on refueling after we deal with the Syndics at Varandal. We’ll have a better idea of the odds we face at Varandal once the Alliance escape pods can provide us with a listing of the warships that were with the Alliance force that came here. So far all we can do is estimate how many Alliance warships were lost here.”

Everybody checked the time. “The nearest pods should have seen us by now,” Captain Armus grumped. “We’ll have to wait another half hour before any message from them can reach us.”

“Unfortunately, yes. But it’s still over a day before we reach the jump point for Varandal. We have time. Too much time, but there’s nothing we can do about that.”

NOTHING but sit on the bridge of *Dauntless*, bulleting through space at point one two light speed, waiting to hear what the Alliance personnel in the escape pods could tell the fleet.

The first voice coming over the circuit from an escape pod was so distorted by mingled joy, disbelief, and stress that it was a little hard to understand. “This is Lieutenant Reynardin. I believe I’m the senior surviving officer off of the battle cruiser *Avenger*. You can’t imagine how good it is to see the Alliance fleet here. The Syndics were claiming that you’d been destroyed, but everyone said it couldn’t be true. Not our fleet. Bless our ancestors and the living stars . . .”

Geary tried to fight down a wave of annoyance as the lieutenant jabbered on. Desjani was drumming her fingers on the arm of her command chair, her own impatience obvious. It wasn’t too hard to imagine what Desjani would be saying to Lieutenant Reynardin right now if he was within shouting distance.

Rione must have read the same emotions on Geary and Desjani. “Lieutenant Reynardin has lost his ship and many of his friends and shipmates. He’s surely suffering from shock.”

“He’s a fleet officer,” Desjani replied, biting off each word. “Maybe when he gets the message from Captain Geary asking for information, he’ll actually tell us something useful.”

They could tell when that had happened a few minutes later, because Lieutenant Reynardin suddenly fell silent. When he spoke again, the lieutenant sounded half in tears. “Captain Geary. Sir. An honor . . . I . . . your orders. Yes, sir. What happened. We launched a spoiling attack. It was Admiral Tagos’s idea, to keep the Syndics off-balance.”

“Tagos?” Desjani muttered, then shook her head at Geary. “How the hell did she make admiral?”

“Admiral Tagos was on *Auspicious*,” Reynardin continued. “I didn’t see everything that hit *Auspicious*, but her power core blew, and I’m certain there weren’t any survivors.”

Geary nodded wearily, imagining from what he’d seen when he took command of the fleet that Tagos had been promoted because of political skills and “fighting spirit,” then demonstrated both by rushing into a hopeless battle.

“*Avenger* and *Auspicious*. That accounts for two Alliance battle cruisers,” Desjani

noted as Reynardin rattled on in a shock-fueled stream of consciousness. “Maybe somebody else on his escape pod will take over the comm panel.”

“Let’s hope so.” With the nearest escape pods still over two light-hours away, any attempt to try to get Lieutenant Reynardin to focus on the questions he’d been asked would be a very long and tedious process.

“It was pretty terrible,” Reynardin continued. “Just . . . everything.”

“Somebody please shoot him,” Desjani ground out.

“He’s in shock,” Rione protested again.

The argument was cut off by the communications watch. “Captain, we’ve got another escape pod calling in.”

“Put it on!” Desjani ordered in the tones of someone who’d just been delivered from torment.

This officer immediately sounded like a steadier individual. “Ensign Hochin here, sir. Hell-lance battery officer on *Peerless*. I’m afraid I can only tell you the status of the Alliance forces here up to the point that we evacuated *Peerless*.”

“That’s something, anyway.” Desjani glanced at Geary. “*Peerless* was another battleship in the same division as *Dreadnaught*.”

Which meant *Dreadnaught* either hadn’t come along, or more likely had been able to escape back to Varandal. Geary felt a wave of comfort at the knowledge that his grandniece’s ship hadn’t been lost here, and guilt at his relief because it meant another ship had suffered that fate.

“We had five battle cruisers,” Ensign Hochin was saying. “I know we lost *Avenger*. Six battleships. As far as I know only *Peerless* was destroyed.”

“Oh, damn,” Desjani cursed. “I should have realized. The closest escape pods to us are from the Alliance ships destroyed earliest. The sensors on the pods are rudimentary, so they won’t have much idea of what happened after their ships were lost. To get a decent picture of how many Alliance ships made it back to the jump exit, we’ll have to wait until we hear from the escape pods off *Intractable*.”

“Another hour?” Geary guessed.

“At least.”

But Hochin was still talking. “I expect you’ll plan on wiping out the Syndics left here, but some pods off *Mantle* passed on word to us that one of the Syndic heavy cruisers picked up some of our personnel in escape pods from *Peerless*. They think it was between forty and sixty of our people, but it could have been less.”

“Damn.” Geary checked the positions of the Syndic heavy cruisers on the display. “Which one?”

“As best we can determine from the location of *Mantle*’s escape pods and their description of the course of the Syndic cruiser,” Hochin continued as if he had not heard Geary, “it should be located in an area about one and a half light-hours from the

star Atalia, slightly above the plane of the system, pretty close to a line between the jump point from Kalixa and the star. *Mantle's* people said the Syndic cruiser had heavy damage forward."

"This one!" the combat-systems watch cried out triumphantly. "We had to work his course back, but it has to be this one."

"Is it damaged forward?" Desjani asked.

"Yes, Captain. A lot."

"Excellent." Desjani nodded to Geary. "That's one ensign who deserves a field promotion to lieutenant."

"Remind me about that." The heavy cruiser in question had been badly torn up forward, but apparently retained most of its propulsion capabilities. Since seeing the Alliance fleet, it had accelerated to point zero six light speed. "Can we intercept him?"

"Not the *Illustrious* formation, sir," the operations watch reported with considerably less happiness. "After slowing to pick up these other pods, they won't be able to accelerate fast enough to catch that cruiser."

"What about us?" Geary asked.

The operations watch ran courses and speeds, then made a dissatisfied gesture. "The Eighth Light Cruiser Squadron on the edge of our formation farthest to starboard could manage an intercept with the least accelerating and braking, sir. The Twenty-third Destroyer Squadron could accompany them."

Geary checked the weapons on those ships against what the Syndic heavy cruiser was assessed to have left. "That should be enough firepower, but this isn't just about taking out that cruiser. We need to get the POWs off, and light cruisers and destroyers don't carry Marines."

"Ask them to surrender," Rione urged.

"That hasn't been a wildly successful option in the past, Madam Co-President."

"Maybe this time will be different. What does it cost you to demand their surrender? Or at least the surrender of the Alliance personnel that they have captured?"

"Not a lot," Geary admitted.

"You could make a deal," Rione suggested. "Offer to trade them the continued existence of that heavy cruiser for releasing our people."

Geary could feel the attitudes of the fleet personnel around him stiffening at the suggestion. Only Desjani spoke, though, and that as if to herself rather than addressing Rione. "Standing orders require all feasible efforts to destroy the enemy and prohibit allowing Syndic forces to escape as long as they retain any combat capability."

As fleet commander, he could override those standing orders, but in this case that

didn't seem like the right thing to do. What else did he have to bargain with, though?

Rione looked around in frustration. "Make a deal, Captain Geary! If you won't agree to them keeping their ship, then you still have the lives of Syndic crew in your hands!"

He blew out an exasperated breath. "Syndic commanders haven't proven to care very much about the lives of their crews."

"Some of them have! You've made comments about them, about how the crews abandoned ship too early. Why did their commanders do that if they didn't care about their crews?"

That was a point. Those cases could have represented panic, but they also could have been the result of captains' concern for the fate of their personnel. "And maybe if that Syndic captain isn't that worried about the crew, they'll be worried about their own life. It's worth a try." He recorded a demand and sent it off, sent orders to the Eighth Light Cruiser and Twenty-third Destroyer Squadrons to accelerate a bit more and alter course to intercept the Syndic heavy cruiser, then settled back again to wait with growing restlessness.

"Captain?" the combat-systems watch reported. "There is something odd about the damage to that Syndic heavy cruiser, the one who picked up some of the escape pods from *Peerless*."

Desjani glanced back at the watch-stander. "Define 'odd.'"

"We focused sensors on it, and analysis of the damage indicates it was caused not by multiple impacts but by a single massive blow."

"One hit?" Desjani frowned in thought. "What could have done that?"

"Unknown, Captain. No single weapon in the Alliance inventory could inflict that kind of hit."

Desjani frowned deeper. "What about a collision?"

The watch-stander ran some figures. "In theory, Captain, that's possible, but the odds of a head-on collision being strong enough to inflict that much damage and not a lot more are very, very small. Whatever hit that cruiser hit it right on the bow, and not a lot tends to survive head-on strikes. It seems to have hit the entire bow, too, so it wasn't something small."

"Hmmm. That's very strange. But in the absence of any evidence of another cause, we'll have to assume a collision is what did it. Let me know if any other details show up to explain the damage." Desjani looked back at Geary as if aware of something he hadn't said out loud. "Sir?"

"Why'd they jump to Varandal?" he asked her.

"The Syndic reserve flotilla? To destroy what was left of the Alliance force that attacked here."

"But their orders must have been to stop *us* before we reached Varandal. Syndics

don't improvise on their orders." Geary glared at the display as if an answer was hidden there. "Why didn't they stay here to hit us when we arrived?"

Desjani frowned. "They must have been ordered to go to Varandal. The Alliance warships that came here ran into the reserve flotilla on its way to the jump point for Varandal." She tapped some commands and studied the results. "That matches the debris trail. The reserve flotilla wasn't going to wait here for us. They must have planned on jumping before we got here, reducing Varandal's defenses, then hitting us when we arrived home with our guard down and our fuel and weapons at the lowest possible state."

That made sense, though something about the situation still bothered him. "It would have been easier to do all of that here at Atalia." No one else offered suggestions, so Geary leaned back and thought, his ideas going nowhere this time.

He hadn't realized how much time had passed until the communications watch called him. "Captain Geary, sir. The commanding officer of that Syndic heavy cruiser is offering to surrender her prisoners in exchange for your agreement not to attack the escape pods from her ship."

Desjani's reaction was quick. "It's a trap. Or a trick."

"Could be," Geary agreed as he accepted the message.

An image of the captain of the Syndic heavy cruiser appeared. She looked defiant but her eyes had a glazed look, as if she were suffering from shock, too. "My ship cannot defend itself against your attack. I am willing to surrender my prisoners in exchange for your agreement for safe passage for my crew. I will remain aboard my ship as a hostage along with the prisoners after my crew evacuates and put up no resistance to whatever boarding parties you send in to take off the prisoners, but if any attempt is made to capture my ship or penetrate beyond the prisoner holding area, I will destroy my ship. Those are my conditions. If you do not accept them, then I will fight to the death of my ship and all who are on it."

"You won't get a better offer," Rione pointed out.

"Or a more dangerous one," Desjani countered. "She can wait until our ships close to take off the prisoners, then overload her power core."

It wasn't an easy decision. Syndics hadn't exactly proven themselves trustworthy in previous dealings. "There's something about this one," Geary commented. "Look at her eyes. She's seriously rattled by something."

Desjani's own eyes narrowed as she studied the Syndic commander. "They won here. It is odd to see her looking so dazed. Maybe she got hurt during the battle."

"Maybe." Everyone was waiting. Only he could decide this one. Again. He remembered Colonel Carabali's comment about making decisions about who lives and who dies. He didn't want to have to do that again, but he had to. "All right. I'm going to agree to her terms. It's the only possible way to save the prisoners on her



ship unless we abandon them and let the cruiser get away.”

Desjani kept her face impassive, her fingers running across her display. “Recommend you use *Rifle* and *Culverin* from the destroyers heading to intercept the heavy cruiser. They’ll have to swing very close, match vectors, then put lines across and manually transfer the prisoners. Send the rest of the squadron to watch over the Syndic escape pods as a threat.”

Geary nodded approvingly. “What about the light cruisers?”

“Have them dance around the heavy cruiser,” Desjani advised. “Create the impression they might get a lot closer, and if the Syndics are planning to blow the heavy cruiser, that might make them wait in hopes of bagging some of our light cruisers.”

“All right.”

Close to two hours later, *Rifle* and *Culverin* sidled up to the Syndic heavy cruiser, carefully matching their speed and direction exactly to that of the enemy warship. When they were done, the three warships were still hurtling at tremendous velocity through space, but relative to each other they were all motionless, as if the three ships were hanging unmoving in the vastness of space. A short distance from the Syndic heavy cruiser, *Rifle*, and *Culverin*, a small cluster of Syndic escape pods marked the escaping crew of the cruiser.

The destroyers and the Syndic heavy cruiser were almost forty light-minutes distant from the main body of the Alliance fleet at that point. Task Force *Illustrious* had fallen back even farther, more than a light-hour distant, as it braked to pick up Alliance escape pods. The fleet’s main body had already swept over and smashed another Syndic heavy cruiser and light cruiser that had been damaged in the earlier battle, and was less than five light-minutes from a crippled Syndic battle cruiser, which seemed to be awaiting its fate with grim determination.

Unable to intervene at this point, Geary watched lines go across to the Syndic heavy cruiser from his destroyers, watched the very distant figures of sailors in survival suits sailing across on the lines, then after an agonizing wait more figures in survival suits came out of the Syndic cruiser, making their way to the destroyers. Eventually the suits stopped, and the lines were reeled in, then the destroyers accelerated away. “How many?”

“Fleet sensors counted thirty-six more coming off than boarded, sir.”

“Thirty-six.” He shrugged to Desjani. “Looks like a Syndic kept her word.”

“We’ll see what the commanding officers of *Rifle* and *Culverin* report when their message gets here in another forty minutes,” Desjani grumbled.

Five minutes after that, as the Alliance light cruisers and destroyers raced back toward the main body of the fleet, and the Syndic escape pods kept heading for safety, the Syndic heavy cruiser vanished in a flare of light. “The power core did

overload. Why then?” Desjani wondered. “A mistimed booby trap?”

“Maybe. If so, lucky it happened after everyone was clear.” He wondered what had happened to the Syndic commanding officer who had promised to remain aboard her ship.

Less than twenty minutes later the Alliance fleet raced across the track of the first damaged Syndic battle cruiser. With no time or fuel cells to waste, Geary simply ordered a half dozen battleships to divert their courses enough for close-in passes on the crippled Syndic warship. Even though the Syndics still had some weapons firing, the Alliance battleships easily crashed the enemy shields as point-blank hell-lance fire methodically smashed the battle cruiser to scrap. “All systems dead on enemy battle cruiser. Crew abandoning ship.”

Desjani hummed a little tune as she watched the wreck of the Syndic battle cruiser tumble in the wake of the Alliance fleet.

Soon afterward, a report arrived from *Rifle*. The destroyer’s captain seemed bemused as he reported. “We have fifteen liberated prisoners aboard, Captain Geary. Several have serious injuries that have only received triage treatment. We also have the commanding officer of the Syndic cruiser. She requested to be taken prisoner. Request instructions on where to deliver her and the injured Alliance personnel.”

Desjani was staring at the message window. “First some of our own liberated prisoners ask us to arrest them, and now a Syndic officer asks to be taken prisoner. Has the universe gone mad?”

“She must have had a reason,” Rione insisted. “Captain Geary, we need that Syndic on this ship so she can be interrogated. I have a strong suspicion that we need to know whatever she does about what happened here.”

Geary looked a question at Desjani, who immediately nodded. “*Dauntless* can take care of the wounded, and we have a cell available for the Syndic.”

He sent a reply, ordering *Rifle* to close on *Dauntless* so a shuttle could transfer the personnel, then sending *Culverin* to *Amazon* since that battleship had relatively few injured personnel.

“We paid a price for this,” Desjani noted. “The light cruisers and destroyers we sent on that jaunt are going to be well under twenty percent fuel-cell reserves when we jump out of here. *Rifle* may be down to fifteen percent.” She flipped one hand in a dismissive gesture. “Oh, well. Once our ships get to zero, they can’t get any lower.”

“I hope that was intended as a joke,” Geary said.

“Yes, sir. Whistling past the black hole.”

“WHAT were your orders?”

The Syndic commander who had been captain of the heavy cruiser gazed back levelly at Lieutenant Iger from her seat within the interrogation room on *Dauntless*.

“I am a citizen of the Syndicate Worlds.”

“Was your ship part of the reserve flotilla?”

This time the reply took a moment. “I am a citizen of the Syndicate Worlds.”

The chief at the interrogation panel chuckled softly. “Got you. Lieutenant,” he said into the comm link, “brain patterns and physiological reactions show surprise and worry. She’s wondering how we know about the reserve flotilla.”

“How long was your ship attached to the reserve flotilla?” Iger asked the commander.

“I am a citizen of the Syndicate Worlds.”

The chief frowned slightly at the readouts. “Lieutenant, I can’t get a good call from that. Emotional responses, but hard to tell what they mean. Try baiting her with a characterization of the reserve flotilla.”

Lieutenant Iger nodded again as if acknowledging the Syndic commander’s last statement, but also responding to the chief. “Is it true,” Iger stated, “that the reserve flotilla is made up of the most elite elements of the Syndicate fleet?”

Even Geary could see the emotional responses that statement evoked.

“She didn’t like hearing that,” the chief reported. “Looks like resentment and anger.”

Desjani snorted in derision. “That cruiser wasn’t part of the reserve flotilla, then. It looks like the reserve flotilla thinks highly of itself and didn’t hesitate to let others know that.”

Lieutenant Iger was speaking again. “What are the reserve flotilla’s plans once it reaches Varandal?”

“I am a citizen of the Syndicate Worlds.”

“Lieutenant,” the chief reported, “I didn’t see any deception centers light up.” He looked toward Geary. “If she knew those plans, then she’d be thinking about how to lie about it, even if all she said was that ‘I’m a citizen’ junk.”

“Thanks, Chief.” Geary glanced at Desjani and Rione. “If her ship wasn’t part of the reserve flotilla, she probably wasn’t told the plan. Chief, have Lieutenant Iger ask her why no one in her crew objected to her surrendering her ship.”

A moment later, Iger did so. The Syndic commander’s jaw visibly tightened, and the chief at the interrogation panel whistled as the brain scan lit up. As the Syndic commander sat silent this time, Lieutenant Iger prodded her. “We know Syndicate Worlds regulations prohibit surrender. Weren’t you worried about what would happen to you?”

The chief nodded as more lights flared on the scan. “She was worried, but it doesn’t seem self-preservation-centered, Lieutenant.”

Lieutenant Iger pursed his mouth as if something had just occurred to him. “Weren’t you worried about what would happen to your family?”

“Direct hit, Lieutenant,” the chief reported. “Looks like she’s very worried about that.”

“Why did you surrender your ship?” Iger pressed, while the Syndic commander glared back at him, saying nothing.

Desjani’s mouth twisted as she looked at the image of the Syndic officer. “Chief, have the lieutenant ask her if *she* has any questions.”

The chief seemed startled but passed on the instructions.

The Syndic commander stayed silent a moment longer after Iger had asked, then spoke reluctantly. “Are my surviving crew members safe as agreed?”

Geary understood then, nodding to Desjani, who seemed grimly satisfied. “She wanted to save her surviving crew. The only way to do that was to agree to surrender, but she couldn’t let her crew know she’d done that. Even if none of her officers had objected, she still would have been worried about what the Syndic leaders would do to her family if it was known she’d surrendered her ship.”

He tapped the control to allow his voice to sound in the interrogation room. “Commander.” She and Lieutenant Iger looked toward the bulkhead from which Geary’s voice came. “Your crew is safe. Do you have any messages for them?”

A low whistle from the chief. “Major fear spike. Not self-focused, though.”

The Syndic commander took a deep breath. “No. I prefer that they believe I died on my ship.”

“Was that what you told them?” Geary asked. “That you were staying behind to die? Did you lie to your crew?”

The chief nodded. “Looks like it from here.”

The Syndic commander glared furiously at Lieutenant Iger. “Yes, I lied to my crew. I told them that I’d stay behind and trigger a core overload when the Alliance ships got close enough. But I knew if I really did that, then you’d kill the rest of my crew. I lied to them so they’d abandon ship, and so they’d report that I’d died in the line of duty.” Her angry gaze shifted, as if searching for the point from which Geary was watching her. “I would have fought my ship to the death if it would have made any difference, but we were helpless. Even then, I wouldn’t have reached an agreement with anyone but Captain Geary, because I’ve seen too many Syndicate Worlds’ escape pods destroyed for sport!”

Geary saw Desjani’s face redden. “Self-righteous bitch,” Desjani spat. “She’s probably shot up some of ours.”

Looking for something to change the topic, Geary triggered his mike. “Ask her how her ship sustained that damage to the bow.”

After the question was relayed, the Syndic officer just stared at Iger, her face as pale as death.

“Wow,” the chief commented. “Huge reaction. She’s very upset thinking about

whatever caused that damage, Lieutenant.”

Iger repeated the question.

She glared back at him. “You know what caused it.”

“No,” Iger replied in a steady voice. “We don’t.”

“My ship came here from Kalixa! Does that give you the answer you want?”

Lieutenant Iger looked startled and puzzled, though Geary suspected he’d let those feelings show on purpose. “No, it doesn’t answer the question. Something happened at Kalixa?”

“Don’t play games with me! You must have caused what happened at Kalixa!”

Geary activated the comm circuit again. “What happened at Kalixa, Commander?”

The Syndic glared around her for a long moment, not speaking.

The chief whistled. “Markers all over the place. Like she’s real upset but can’t decide whether to lie or tell the truth or just start throwing things.”

But the Syndic officer must have made up her mind not to get violent. Instead, her glare deepened. “Fine. We’ll pretend you don’t know that the hypernet gate at Kalixa exploded, devastating the entire star system.”

Geary stopped breathing for a moment. Rione made a choking sound. Desjani just stared rigidly at the Syndic commander.

Lieutenant Iger spoke slowly. “This fleet was not responsible for that. We had no idea it had occurred. No unit from this fleet went to Kalixa.”

The Syndic stared back at him, her distress clear now.

“How does she know what happened at Kalixa?” Rione wondered. “This must have been fairly recent.”

“That’s obvious,” Desjani said. “The damage to her ship’s bow, as if from a single massive blow. Her heavy cruiser must have been far enough from the gate to survive, but took a lot of damage. That cruiser wasn’t shot up in Atalia fighting the Alliance ships from Varandal, it arrived here badly damaged.” She seemed to be thinking for a moment. “That amount of damage to a heavy cruiser. The energy discharge from the collapsing gate must have been significantly stronger at Kalixa than it was at Lakota.”

“But what made it collapse?” Geary demanded.

Lieutenant Iger was asking the same question at that moment. “Commander, were there Alliance warships in Kalixa Star System when its hypernet gate collapsed?”

“She’s considering a lie, Lieutenant,” the chief reported. “No. Going for truth.”

“No,” the Syndic officer said.

“Which warships were near the hypernet gate when it collapsed, then?”

“There weren’t any warships near it!” the Syndic screamed, her nerves suddenly breaking at the memories. “Nothing was near it! It just began collapsing, its tethers

failing! A merchant ship elsewhere in the star system had seen images, from . . . from Lakota, and it sent out warnings. It asked for help. Everyone started asking for help! We were far out, near the jump point for Atalia. We went bow on and reinforced our shields and we barely survived! Kalixa . . .” She took a deep breath and shuddered. “It’s gone. Everything. Everybody. Dead. Gone.”

“Truth,” the chief reported to Iger in a small voice.

“No wonder she looked shell-shocked when we saw her,” Desjani commented softly. “Worse than Lakota. First time I ever pitied a Syndic.”

Iger was gazing at the commander, his own face pale now. “We didn’t do it.”

But the Syndic kept talking, her voice wavering with stress. “We jumped here. Orders. Go to Atalia. We found a lot of ships waiting here. Reserve flotilla, they said. Told the CEOs what happened. They didn’t believe us, insisted on seeing my ship’s records. Then they told us to proceed on duties assigned and turned and headed for the jump point for Varandal. Just left us. Then the Alliance appeared, and there was a fight.” The Syndic commander gulped and breathed deeply. “Afterward, our track crossed some Alliance escape pods. Standing orders. Take prisoners when possible. We did.”

Iger waited, looking slightly helpless as the Syndic sat shivering, her eyes haunted. Geary motioned to the chief. “Tell the lieutenant to give the Syndic a break. See if she needs any medical care. Captain Desjani, Co-President Rione, please come with me.”

They followed him out of the intelligence spaces, none of them speaking again until they reached the fleet conference room and Geary had sealed the hatch. “There only seems to be one possibility for what happened at Kalixa.”

“They did it,” Desjani said with a scowl. “The aliens thought we were going to Kalixa, or might go there. They eliminated a gate we could use.”

“Why not wait until we went there to do that? Then the gate’s energy discharge could have hit this fleet.”

Her scowl deepened. “They’d have to know . . . Sir, that’s the answer. They can’t track us anymore. They’re used to knowing where we are or where we’re going in something close enough to real time to be usable. But since we discovered the alien worms in the navigation and communications systems on our ships and scrubbed them out, they can’t do that. They made an estimate of when we’d arrive in Kalixa if we went straight there and blew the gate accordingly.”

“Do the travel times work for that?” Geary ran out the calculations, then shook his head. “Maybe your idea is correct, but they blew that gate long enough ago for the Syndic cruiser to have jumped here with the news before we arrived. That would’ve been too early to catch us.”

“Not if we hadn’t uncharacteristically lingered at Dilawa.” Desjani brought up the

travel times and pointed to the result.

He started to answer, but no words came. The figures didn't lie. A quick transit of Dilawa followed by a jump of the fleet directly on a path for Kalixa would have brought it there a little less than a week before now. Perfect timing.

Rione was shaking her head. "Even when you screw up, it turns out to be a good thing."

"He's guided," Desjani insisted.

"Perhaps," Rione replied. "Though I understand that good planning can have all the benefits of divine intervention without the arbitrary and capricious drawbacks. Be that as it may, uncharacteristic hesitation and characteristic avoidance of Syndic star systems with hypernet gates seems to have served this fleet well." Her expression tightened. "An entire star system and every human in it wiped out. The aliens have started what we've feared, triggering the collapse of hypernet gates."

"We've still got time to defuse this," Geary insisted. "It was a shot in the dark, and it missed. By the time the aliens confirm that our fleet wasn't at Kalixa—"

"This isn't just about the aliens! Don't you understand yet?" Rione glared at both of them. "The Syndic reserve flotilla was waiting here for this fleet, then when it received the report from that heavy cruiser about what happened at Kalixa, the reserve flotilla headed for Varandal. Obviously the news of the collapse of the hypernet gate at Kalixa triggered some modification of their orders. Now think! Why would they go to Varandal after hearing about Kalixa?"

Desjani answered first, her voice strained. "The Alliance hypernet gate at Varandal. They're going to try to collapse the gate in retaliation for Kalixa because they think we did it."

"Exactly." Rione was almost trembling with suppressed emotion. "The cycle of retaliation has already begun what may be humanity's last offensive. The aliens have gotten their wish. It's already in motion. We're too late."

# ELEVEN

“IT’S not too late!” Geary snapped. “The Syndics haven’t blown that gate at Varandal yet, and if we can there get fast enough, we can stop them. We can stop this whole thing, and we will!”

“How?” Rione demanded.

“Captain Cresida has reported that she’s been able to make enough progress on her design to protect against gate collapse. We’ll need to get one installed on Varandal and every other hypernet gate we can as fast as we can and hope the aliens don’t realize what we’re doing until too late.”

“What about Captain Tulev’s list?”

“It’s been overtaken by events. We don’t have any time left, and a priority list would be too complicated to get across in the time we have available. If we spread the word that the hypernet gates are threats, everyone will start putting up those systems of Cresida’s.”

Desjani pressed her palms against her forehead. “Even if we do stop the Syndics, why wouldn’t the aliens blow the gate as soon as they know we’re in Varandal? No, they won’t know. It’ll take them a while to learn. Long enough to install Cresida’s system?”

“We’ll have to hope so. We’re lucky we picked up that Syndic,” he added. “If not, we wouldn’t have known about Kalixa.”

“If her ship hadn’t survived and told the Syndic reserve flotilla about Kalixa,” Desjani pointed out coldly, “then they wouldn’t have gone off to collapse the Alliance gate at Varandal. I personally could have waited to hear about Kalixa if it would have avoided that.”

“She told us something else important.” Rione’s eyes were still hooded with gloom. “A Syndic merchant ship there had copies of our records from Lakota. That confirms that the information is being spread throughout the Syndicate Worlds, even though the Syndic leaders are doubtless trying to stop it.”

Geary walked to the comm panel. “We need a meeting. Now.” Less than ten minutes later he was facing the virtual presences of Captains Cresida, Duellos, and Tulev, as well as Desjani and Rione. It took only a couple of minutes to explain what they’d learned from the Syndic commander, then Geary turned to Cresida. “You told me the basic work was done. How close are you to having a design that can be fabricated and installed as soon as we reach Alliance space?”

“Close enough, sir.” She shrugged apologetically. “It can be refined, but it’s done. It’s got a lot of estimates factored in, but it should be effective enough to dampen the shock wave to levels low enough not to threaten a star system. There’s a basic emergency level add-on that will at least lower the intensity of the energy discharge



so it won't cause significant harm, and a more elaborate system that can be installed afterward on top of the other. That should guarantee the gate collapse is completely harmless."

"How fast can they be made and placed on hypernet gates?" Rione asked.

"As fast as their priority level, Madam Co-President." Cresida shrugged again. "We just need to convince the Alliance political authorities and our military chain of command of the urgency."

The sarcasm in her words didn't need to be emphasized. Rione looked angry but not at Cresida. "That may not be a problem if we lose Varandal, but it would be best not to have that kind of example to point to. We've already got Lakota and Kalixa, but since those occurred in enemy territory, their significance will be debated. We need to go around the Alliance bureaucracy."

"Captain Geary could order it."

"That's no guarantee it would happen," Geary interrupted. "Especially if it becomes a matter of people arguing about me instead of installing the . . ."

"Safe-fail systems," Cresida supplied.

Tulev smiled without humor. "We just tell everyone. Broadcast it. Here's what happened at Lakota and Kalixa. It could happen to *your* star system. At any minute. Unless you get this modification installed on your hypernet gate as fast as possible. People will pick it up, carry it onward."

Desjani was shaking her head. "We have to maintain security."

"If you do," Tulev stated calmly, "then the political and military authorities will classify it *divine eyes only*, then sit on it and study it and consider it until Alliance star systems are destroyed by the score. All in the name of security and avoiding a panic, of course."

Rione nodded. "Captain Tulev is right. We need to generate a level of urgency to get this done, hopefully get these systems on our hypernet gates before the aliens realize what we're doing and before the Syndics collapse any of them. The only way to do that is to make sure as many people as possible know of the danger."

"Urgency and hysteria may be hard to tell apart. Won't the authorities still attempt to downplay the danger?" Duellos asked.

"Of course they will. They'll try to claim that the gates are one hundred percent safe, perhaps by saying our hypernet gates are different from Syndic gates."

"That's nonsense," Cresida objected.

"Yes, it is. They'll say it anyway, and also try personally to discredit anyone saying the gates are a threat." Rione paused, then turned a sardonic smile on Geary. "Fortunately, the person declaring the gates to be a threat and offering the means to deal with that threat will be Black Jack Geary, returned from the dead to save the Alliance fleet and the Alliance."

All of the others nodded in a satisfied way. “She’s right, sir,” Desjani added.

He should have expected that if Rione and Desjani ever started agreeing with each other, it would be on things that he didn’t like. But as Geary thought about it, he realized the truth of Rione’s statements. This was no time to try to hide from the legacy of Black Jack. “All right. As soon as we arrive at Varandal, we start broadcasting our reports to anyone and everyone as well as the instructions on how to build Cresida’s safe-fail systems. With my name on them.”

Then Cresida surprised them all. “What about the Syndics?”

“I’m sure they’ll hear about it eventually,” Duellos offered.

“No, I mean, do we give it to them, too? Before we leave this star system.” Cresida looked around at the shocked expressions that greeted her question. “I’ve been thinking about it. Sure, the Syndics are the enemy. But their hypernet gates are being used as weapons against *us* by a third party. There’s less and less chance that any Syndic CEO would blow one of their own hypernet gates because word is getting around about what happens. But the aliens can still do it, like they did at Kalixa. If they know we’re in a Syndic star system with a hypernet gate, they’ll target us, and they’ll keep collapsing Syndic gates in an attempt to goad the Syndics into trying to collapse more of our gates.”

Tulev watched her intently. “You’re suggesting the Syndic gates are now weapons that would only be employed by an enemy common to us and the Syndics.”

“That’s right. In which case, humanitarian considerations completely aside, we still need to disarm those weapons. And the surest way to do that is by giving the safe-fail system design to the Syndics.”

“But you’re talking treason,” Desjani objected.

“It . . . could be interpreted that way.”

Silence stretched for a moment before Duellos spoke again. “I believe that Captain Cresida has a good point. She’s talking about neutralizing a hugely dangerous weapon that could be employed against us. If we don’t provide it to the Syndics, we and they both suffer.”

“The Alliance grand council is unlikely to see it in those terms,” Rione said in a quiet voice. “They’ll want to reserve the ability to use those gates as weapons against the Syndics.”

“And how do you feel about that?” Geary asked.

“You know how I feel. They’re too horrible and too dangerous to employ.”

Tulev’s head was bowed, his eyes on the deck, as he spoke. “As an officer of the Alliance fleet, I am sworn to protect the Alliance. It’s not always easy to know the best way to do so, especially when that could be interpreted as aiding the enemy.” He raised his eyes and regarded the others, his expression as impassive as it had ever been. “I have no love for them, but this is as much a matter of self-interest as it is

humanitarian. Our leaders are unlikely to accept that argument without extended debate and delay, which could be fatal for billions. As I have nothing left to lose, I can be the one to release the information to the Syndics.”

Desjani turned an anguished look on Tulev. “You’ve given enough to the Alliance! I won’t hide behind you!”

“How do you feel about it?” Geary asked her.

She looked away, breathing heavily. “I . . . Damn. Damn the Syndics and their leaders to hell. After all the misery they’ve inflicted, now they require us to commit treason in the name of protecting what we care for.” Desjani turned her gaze on Geary, her expression intense. “The Syndic hypernet key.”

“What about it?”

“It’s useless right now. We’ve been considering it a war-winning advantage if we could get it back to Alliance space and duplicate it, but right now it’s *useless*.”

Cresida laughed bitterly and nodded. “Of course. I hadn’t gotten that far yet. We can’t employ the Syndic hypernet using that key because we don’t dare go into Syndic star systems with gates. If we did, the gate could collapse as we approached and wipe out the entire fleet. In order for the key to provide us a war-winning advantage, the Syndics have to own hypernet gates that the aliens can’t collapse on command.”

“We have to give the Syndics the safe-fail system in order to ensure we can beat them?” Duellos laughed briefly, too. “And the Syndics will be forced to install such systems on their gates because the alternative to having the Alliance fleet arrive by using them is having the gates exist as bombs capable of going off at any moment and annihilating the star systems they’re supposed to serve. That should be an easy question for even a Syndic CEO to answer. The living stars love irony, don’t they?”

“Why wouldn’t the Syndic bureaucracy balk at installing the safe-fail systems?” Desjani asked.

“Oh, they would. They’d try even harder than the Alliance bureaucracy to keep it very, very quiet until star systems started going out like bad lights and the Syndic leaders had to start pretending they had no warning or idea why it was happening prior to that time. Unfortunately, that’s already begun.” Duellos gestured to Rione. “But what’s good for the Alliance is just as effective for the Syndics. Broadcast the events at Lakota, as we already have elsewhere, along with the design for the safe-fail system, and it will all spread virally. Local leaders will find ways to justify installing the systems, either voluntarily or to prevent mass rioting on their worlds. By the time the Syndic leaders at the home star system hear of it, there will probably be safe-fails on most of the gates in the Syndic hypernet.”

“Will the Syndics trust our design?” Desjani pressed.

Cresida answered. “Any team of halfway-competent engineers will be able to see

that it's a closed system that does what it's advertised to do and nothing more. Hell, the Syndics are probably already working on their own safe-fail system, but odds are it's caught up in that bureaucracy and the bureaucratic mania to keep things secret from your own side."

Desjani exhaled slowly. "Then my answer is yes. Give it to the Syndics. Because ultimately that decision protects the *Alliance*."

"All right." Geary looked around, knowing what he had to do. "Thank you for volunteering, Captain Tulev, but I won't ask you to take an action that's my responsibility. I'll—"

"No, you won't." Rione interrupted, then sighed. "I should lecture you all on your duty and remind you of your oaths and the laws of the Alliance and regulations of the fleet. But I'm a politician, so who am I to speak of honoring oaths? Enough has already been asked of you all, and of your ancestors, in a hundred years of war. Let this politician prove to you that all honor is not dead among your elected leaders. I will release the information to the Syndics."

"Madam Co-President," Geary began, as the other officers present looked at Rione with varied looks of surprise.

"I am *not* under your command, Captain Geary. You cannot order me not to do it. The arguments made here are convincing, but we don't have time to try to convince the authorities back home. Not just the fate of this fleet but the lives of untold billions of people ride on this decision being made quickly. If it is seen as treason, you must remain unstained by it for the good of the Alliance. Unless you are prepared to arrest me and openly charge me with treason, I will do this." Rione turned to Cresida. "Captain, is your design within the fleet database?"

Cresida nodded, her eyes on Rione. "Yes, Madam Co-President. Under the file name 'Safe-fail' in my personal files."

"Then I will acquire it without your assistance since I have the means to access those files. Your hands will be clean."

"Clean? But we know you're going to do this," Duellos pointed out.

"No, you don't."

"You told us."

"The words of a politician?" Rione smiled again, almost as if she were enjoying this. "You have no reason to believe anything I say is true. You probably think I'm just trying to entrap you by urging a course of action I won't actually carry out. You can't be absolutely certain I'm not doing that."

She left quickly, before anything else could be said. Cresida, a pondering expression on her face, suddenly nodded, looking from Geary to the door by which Rione had left. "I finally understand why—"

Biting off the words and reddening slightly, doing her best not to look at Desjani,

Cresida rose to her feet, saluted hastily, then her image vanished.

Tulev rose with unusual speed, saluted as well, and also departed.

Desjani, a look of weary resignation on her face, stood up. "I'll get back to the bridge."

"But—" Geary began.

"I'll see you up there, sir." Desjani saluted with careful precision, then stalked out of the room.

Geary frowned at Duellos. "What was that about? What Cresida said?"

Instead of replying, Duellos held up a warding hand. "You're not getting me involved."

"In *what*?"

"Talk to your ancestors. Some of them must know something about women." Duellos paused before leaving, then shook his head. "Oh, I can't leave you hanging hopelessly. I'll give you a hint. When two people get involved, however briefly, other people who know at least one of them naturally wonder what they saw in each other."

"You mean Rione and me? You all wondered what I saw in her?"

"Good heavens, man, how can that surprise you?" Duellos cast a bleak look at the deck. "We humans are a strange bunch. Even in the midst of dealing with a threat to our entire race, we can be sidetracked for a moment by the oldest and smallest of personal dramas."

"Maybe we're trying to avoid thinking about all of this," Geary suggested. "The consequences if we fail. Before, failure could mean our deaths, the loss of our ships, perhaps eventually the defeat of the Alliance. Now, it could mean the loss of everything. What do you think of our chances?"

"I didn't think we'd make it half this far home," Duellos reminded him. "Anything is possible."

"Why? Why are they doing it?"

"The aliens? Perhaps, before all is said and done, we'll have the chance to ask them directly." Duellos's face grew uncharacteristically harsh. "And when we do, perhaps we'll have hell-lance batteries pointing at their faces to ensure we get a reply."

"Another war?" Geary asked.

"Maybe. Or maybe not. The aliens don't seem to like stand-up fights."

"But we do."

"Yes." Duellos smiled unpleasantly. "Maybe that's why they're acting already. Maybe right now they're getting scared."

SEVEN more hours until they reached the jump point for Varandal. About six more hours until the fleet crossed the path of the second badly damaged Syndic battle

cruiser, the one hurt by *Intractable*'s final blows. Geary wandered restlessly through *Dauntless*'s passageways, exchanging brief words or conversations with the crew, acutely aware that in some critical ways events were coming to a head. A successful battle at Varandal was the key to saving the fleet and the Alliance, even though getting the fleet back to Alliance space would still leave some critical issues to resolve. Without victory at Varandal, there could be no next step. So he strode through the now-familiar passageways of the battle cruiser, speaking with the hell-lance battery crews, the engineers, the cooks, the administrative personnel, the specialists of every kind, and all of the other individuals who made *Dauntless* a living ship.

For the first time, he realized that even though he wasn't her captain, losing *Dauntless* would hurt at least as much as losing *Merlon*.

He went down to the worship spaces and consulted with his ancestors, finding small comfort this time. If only his ancestors could warp time and space, bring the fleet to Varandal *now* so the Syndic reserve flotilla could be confronted *now*. Decide it now, end it now. But space was huge, and there were still six hours to jump for Varandal, then almost four days in jump space afterward.

Finally, he made his way back to the intelligence spaces. "Where's the Syndic commander?" Geary asked.

"On her way to the brig, sir," Lieutenant Iger responded. "Captain Desjani is accompanying her there."

Something about that felt odd. "Is there something unusual about that?"

Lieutenant Iger nodded. "Yes, sir." He looked toward the interrogation room, making an expression of distaste. "We don't allow physical harm to be inflicted on prisoners, sir. But, they get escorted to and from their cells through the same passageways the crew uses. The crew reacts by making those trips as unpleasant as possible."

"The prisoners have to run a gauntlet."

"Yes, sir." Iger shrugged. "No physical harm, but words, gestures, noninjurious things thrown at them and their uniforms. Emotions run high, sir. The Marines do have orders to protect their prisoners, but certain things are accepted."

Easy enough to understand. Ships' crews rarely saw the hated enemy face-to-face. Geary looked at the hatch through which Desjani had gone. "But the crew won't do those things to this prisoner if Captain Desjani is with her."

"No, sir, I wouldn't think so."

Odd. A chivalrous gesture toward the enemy. Geary waited a decent interval, then requested that Desjani visit his stateroom at her convenience. "I didn't get a final assessment from you on our plans," he said when she arrived.

"My apologies, sir," Desjani replied. "It's the best of a bad situation. That's my

assessment. I can't think of any better courses of action."

"Thank you. I wanted to be sure of that." He paused. "I understand you escorted the Syndic commander to the brig."

Desjani gave him an impassive look, betraying nothing. "Yes, sir."

"It's strange, isn't it? If we ever want a chance at ending this war, officers like that are the people we need to deal with. Officers willing to keep their word with us and who care enough about their crews to put aside uncompromising orders. But in order to get the Syndics to the negotiating table, we need to keep doing our best to kill officers like that."

"I suppose 'strange' is one word for it." Desjani's expression was still impossible to read. "If people like that weren't fighting so hard for a government that they fear, then the war might have ended a long time ago. It's not like we can trust the Syndics as a group to negotiate in good faith anyway. You know that now, after seeing how many times they tried to double-cross this fleet as we headed toward home."

"That's true," Geary agreed. "Can I ask a personal question?"

Desjani looked down, then over at him and nodded.

"Why did you escort that Syndic commander through the passageways of your ship?"

Instead of answering immediately, Desjani looked down again, then eventually shook her head. "She acted with honor. I was granting honorable treatment in return. That's all."

"She was willing to sacrifice herself to save the surviving members of her crew," Geary pointed out. "I know that impressed me as a former ship captain myself."

"Don't push me on this." Desjani met his eyes, her own expression hard. "I still hate them for what they've done. Even that one. I'm certain she hates us, too. If she were truly honorable, why did she fight for the Syndics?"

"I can't answer that. I just see some common grounds, that's all. With her, anyway."

"Did we kill her younger brother?" Desjani closed her eyes after that slipped out, then drew in a long breath through clenched teeth. "Maybe we did. At what point do the hate and the killing no longer make sense?"

"Tanya, hate never makes sense. Killing is sometimes necessary. You do what must be done to protect your home and your family and what's precious to you. But all hate does is screw up people's own minds, so they can't think straight when it comes to knowing when they have to kill, or when they *don't* have to kill."

She gazed back at him, her face still hard, but her eyes searching his. "Did the living stars tell you that?"

"No. My mother told me that."

Desjani's face slowly softened, then she smiled with one corner of her mouth.

“You listened to your mother?”

“Sometimes.”

“She—” Desjani broke off the sentence, her half smile vanishing.

Geary didn't have any trouble knowing why. Whatever Desjani had been planning on saying about his mother, she'd realized that Geary's mother had been dead for a very long time. Like so many others in his life, Geary's mother had aged and died while Geary drifted in survival sleep amid the wreckage of war in the Grendel Star System. Because the Syndics had attacked, because the Syndics had chosen to start this war.

“They took your family from you,” Desjani finally said. “They took everything from you.”

“Yeah. That's occurred to me.”

“I'm sorry.”

He forced a smile. “It's something I have to live with.”

“Don't you want revenge?”

It was Geary's turn to look down for a moment as he thought. “Revenge? The Syndic leaders who ordered the attacks that started this war are themselves long dead and beyond any vengeance I can manage.”

“Their successors are still in power,” Desjani argued.

“Tanya, how many people do I kill, how many people do I ask to die fighting, in the name of avenging a crime committed a hundred years ago? I'm not perfect. If I could somehow get my hands on the Syndic bastards who started this war, I'd make them suffer. But they're all dead. Now I'm damned if I can figure out what this war is still about aside from avenging the latest defeat or atrocity. It's turned into a self-sustaining cyclic reaction, and you and I both know the Alliance as well as the Syndicate Worlds are starting to crack from the pressure of a war without end.”

Desjani shook her head, walking over to a chair and sitting down, her eyes on the deck. “I spent a long time just wanting to kill them. All of them. To get even and to stop them from killing anyone else. But it's never even, it just goes back and forth, and how many Syndic deaths would it take to equal my brother's life? Every single one of them dead wouldn't bring Yuri back, and then at Wendig I saw a Syndic like Yuri, and I wondered what the point would be of killing somebody else's brother to avenge my own. To make them hurt, too? Once that would have been reason enough. Now, I'm starting to wish that no one else's brother or sister or husband or wife or father or mother had to die. But I don't know how to make that happen.”

Geary sat down opposite her. “We may have a chance, once we get home, and you'll have played a big role in making that chance happen.”

“Once we get home, you'll have other things to deal with, too. I wish I knew how to make that easier.”



“Thanks.” He gazed to one side, eyes focused on nothing. “It still doesn’t feel real to me, that everyone I once knew is gone. At home, I’ll really have to face it. I wonder if I’ll hate the Syndics then as much as you have.”

She gave him an annoyed look. “You’re supposed to be better than us. That’s why the living stars gave you this job.”

“I’m not allowed to hate the Syndics?”

“Not if that gets in the way of your mission.”

He looked back at her for a moment. “You know, Captain Desjani, it has just dawned on me that every once in a while *you* give *me* orders.”

Desjani’s annoyed expression deepened. “I’m not giving you orders, Captain Geary. I’m just telling you what you need to do.”

“There’s a difference?”

“Of course there’s a difference. It’s obvious.”

Geary waited a few moments, but Desjani didn’t elaborate on what was apparently obvious to her. Debating the issue didn’t seem likely to produce a win for him, so he finally made a noncommittal face. “All right. But . . .” He hesitated, wondering if he could bring up something that had haunted him, then deciding that if he could ever speak of it, then it should be now with Desjani. “I’m worried about how I may react. It hasn’t really hit me, I think, on some level. I was so stunned when I was awoken from survival sleep, and I went numb when I learned what had happened, how long it had been.”

“You looked like a zombie,” Desjani agreed, her voice much softer now. “I remember wondering if Black Jack really still lived.”

“I don’t know about Black Jack, but I did.” Geary looked down at his hands and inhaled deeply before being able to speak again. “But I had to put that aside when I had to assume command of the fleet. I put it aside. I don’t think I really resolved it. What’s going to happen when we get home, when the reality of everyone I once knew being dead and gone hits me because I’ll see the changes and know that I’m alone?”

Desjani’s voice was very low, but he could hear her very clearly. “You won’t be alone.”

That statement came far too close to a subject they could never speak of or even acknowledge existed. Startled, he looked up and caught her eyes.

Desjani looked away. “You needed to hear me say that.” She stood up, straightening her body to the posture of attention. “By your leave, sir, if there’s nothing else, I have some matters I should attend to.”

“Certainly. Thank you, Captain Desjani.”

He checked the time after she left. Five hours to jump for Varandal.

THE ball of wreckage that had been the last Syndic battle cruiser in Atalia Star

System fell away in the wake of the Alliance fleet as it neared the jump point for Varandal.

“Captain?” The face of *Dauntless*’s systems-security officer floated in a window before Desjani. “There’s been some uncleared transmissions from our ship.”

“Uncleared transmissions?” Desjani asked mildly.

“Yes. Unencrypted broadcasts to anyone in this star system. I’m trying to identify the source within *Dauntless*.”

“Is the information within the broadcasts classified?”

The systems-security officer blinked as he considered the question. “No, Captain, not as far as I can tell. There’s no formal classification attached, and the security review scans didn’t match the contents of the broadcast to any known classified material.”

“Then I don’t see any need to make it a priority,” Desjani said. “We need to ensure the ship’s systems are as close to optimum as possible when we arrive in Varandal.”

“But . . . Captain, any broadcast to the enemy is prohibited.”

“Of course,” Desjani agreed. “But since no classified material is involved, the damage assessment from this incident will surely place it as a low-priority matter. Let’s focus on preparing for battle, Commander.”

“Uh, yes, Captain.”

After the security officer’s image vanished, Desjani gave Geary an enigmatic look. “I wonder what that could have been about.”

“Probably nothing important, like you said,” he replied.

She was studying the information forwarded to her by the systems-security officer. “The same records from Lakota that this fleet already broadcast, a description of something at Kalixa, plus some kind of equipment schematic and a narrative. No transmission authorization code.” Desjani tapped her controls. “Nothing that threatens my ship or the fleet. I have more critical issues to deal with.”

“Agreed.” He wondered how Rione had managed to trick the communications system on *Dauntless* into sending a broadcast without an authorization. Despite the things that Rione had already admitted she could do with the supposedly secure systems throughout the fleet, Geary suspected there were plenty of other capabilities available to Rione that she had never disclosed.

He studied his display, taking a last look at the situation in Atalia. Task Force *Illustrious*, now a good two light-hours behind the fleet’s main body, was still collecting escape pods. The survivors from *Intractable* weren’t far from the fleet’s main body, but picking them up would be impossible at the speed the fleet was traveling. They’d have to wait for *Illustrious* and her companions to get here.

Fuel-cell reserve levels were hovering around 20 percent on most of the warships,

though some like *Rifle* were significantly lower. Only three specter missiles were left in the fleet. Grapeshot inventories were at 60 percent.

On the fringes of Atalia Star System, Syndic HuKs, couriers, and merchant ships were still heading for jump points, racing either to escape or carry word of the Alliance fleet's movements. Most of them would receive the broadcasts from *Dauntless* before they jumped.

There hadn't been any communications from the Syndic authorities in Atalia. No demands for surrender. Nothing. He wondered if the highest-ranking CEOs in this star system knew about the reserve flotilla's mission, if they had been told about Kalixa. They'd know now.

"Five minutes to jump."

Geary tapped his controls. "Captain Badaya, we're about to jump for Varandal. We'll see you there. Good luck." He couldn't think of anything else to say, and in any case Badaya wouldn't receive the message for close to two hours.

"Four. Days." Desjani closed her eyes in resignation.

"Yeah. It's going to be the longest four days in jump that I've ever spent," Geary agreed. The Syndic reserve flotilla was still in jump space, still headed for Varandal. So were the Alliance warships ahead of the Syndics. Now the fleet would join them. The maneuvering system flashed an alert, and Geary sent another message. "All ships, jump at time two zero four nine. We'll see you in Varandal. Be prepared for combat immediately upon arrival."

A few minutes later the stars vanished, and Geary was gazing upon the drab gray of jump space again. Thinking of the Syndic reserve flotilla's mission and their superiority in numbers, and the state of the Alliance fleet, he couldn't help wondering if this would be his last jump.

FOUR apparently endless days later, they sat in their seats on the bridge of *Dauntless* again, counting down the minutes until they left jump. Geary took long, slow breaths to relax, rolling his shoulders as if preparing for hand-to-hand combat. Desjani sat with her eyes glued to her display, her face calm, her eyes lit with excitement. At the back of the bridge, Rione remained silent, but tension seemed to radiate from her. The watch-standers were poised at their stations. *Dauntless's* entire crew stood on duty throughout the ship, ready for action.

"All weapons ready. Set to fire on automatic," Desjani said with a coolness that felt eerie amid the stress-filled atmosphere.

Ahead of them, in the gray emptiness of jump space, one of the mysterious lights seemed to bloom across their path. It could have been close or immensely distant, but it hung there a moment as if waiting for *Dauntless*. Geary heard almost everyone's breath catch at the mystifying omen.

“Exiting jump space.”

The endless gray and the inexplicable light before them vanished as the stars appeared.

*Dauntless* yawed around, seeking to avoid possible mines and enemy fire.

Braced against the maneuver, Desjani was still eyeing her display. “They’re not at the jump point.”

Geary stared at his display, unable to speak for a moment as he looked upon Varandal Star System.

After so many jumps, so many light-years crossed, so many Syndic-controlled star systems transited, the Alliance fleet had finally reached Alliance territory. Varandal, home of a regional fleet headquarters and many fleet installations along with strong defenses. He’d studied the database on *Dauntless*, seen how those installations and defenses had multiplied since the last time he had been to Varandal a hundred years before, but seeing it now for real still felt disorienting. Familiar and yet greatly changed.

Alerts sounded and symbols pulsed. Geary watched updates rapidly proliferating across his display as the fleet’s sensors evaluated everything they could see. “We’re in time.”

The hypernet gate still stood, just under six light-hours distant.

Three light-hours away, the Syndic reserve flotilla orbited the star Varandal. Seven light-minutes from the box of enemy warships a small formation of Alliance warships hovered, the survivors of those who had attacked Atalia, then tried to defend Varandal. “Two battleships, one battle cruiser, six heavy cruisers, one light cruiser, nine destroyers,” Desjani read off. “That’s all that’s left.”

Geary looked at the display, feeling a growing sense of unease. “Why haven’t the Syndics destroyed everything? A lot of the defenses in this system have been hit by kinetic bombardment, but the Syndics haven’t hit a lot of other things. All of the other facilities seem intact.”

“What are they up to?” Desjani muttered.

“Alliance fleet!” The incoming transmission surprised Geary, who only then realized that a destroyer had been positioned near the jump point as a scout, the lone Alliance ship lost in the midst of the scores of warships that had just arrived. Now the voice of *Howitzer*’s commanding officer rang out. “Praise the living stars!”

Desjani turned to her operations watch. “Get a full record from that destroyer of what’s happened here since the Syndics arrived. We need to see it now.”

“Linking to their combat systems now,” the watch reported. “On your display.”

“Maintain station, *Howitzer*,” Geary ordered, then concentrated on his own display, where historical events were playing at an accelerated pace. The Alliance defenders had made a stand half a light-hour from the jump point, losing another

battle cruiser and a battleship along with numerous escorts. “Odds that bad, and they charged right at the enemy again,” Geary grumbled.

Admiral Tethys had commanded that action, but had died when *Encourage* was destroyed. Captain Deccan on the *Contort* had assumed command then, until *Contort* was blown apart during another Syndic firing pass. Then Captain Barrabin on the *Chastise* took charge, but *Chastise*’s power core had overloaded during another clash well over two light-hours from the jump exit.

According to the records from *Howitzer*, since the destruction of *Chastise*, the remaining warships in Varandal had been commanded by Captain Jane Geary on *Dreadnaught*. Aside from *Dreadnaught*, only the battleship *Dependable*, the battle cruiser *Intemperate*, and their surviving escorts still faced the enemy.

Between those events, the Syndic reserve flotilla had launched kinetic bombardments, leveling the Alliance defenses in the star system. But they hadn’t launched any subsequent bombardments, nor had the reserve flotilla yet closed with the few surviving Alliance defending warships even though to Geary it seemed that there had been opportunities to do so.

Why hadn’t the Syndics finished off the defenders? Why hadn’t they destroyed more of the Alliance facilities here? Of course the images they were seeing of the enemy were three hours old. It was possible that had happened by now.

“What the hell.” Desjani had been watching her display intently, and now her hands moved rapidly, replaying part of the record. “Look at this. After the last clash with the Alliance defenders here.”

Geary peered at the detail she was highlighting, zooming in on the Syndic reserve flotilla. The fleet’s optical sensors were sensitive enough to pick out small details across immense distances of airless space. “Shuttles? What are they doing?”

“From heavy cruisers to other ships,” Desjani murmured, then she entered more commands, and the view tightened even more, showing the access points where shuttles had been next to one of the heavy cruisers. “Personnel. See? They’re taking personnel off the heavy cruisers.”

“Why?”

Rione answered, her voice stressed. “Automated controls. You told me the Syndics can automate their ships and command them by remote.”

“But why would they want to automate heavy—” The reason hit him and Desjani at the same moment.

“They’re going to use those heavy cruisers to take down the hypernet gate,” Desjani said. “It makes sense. It all ties together. Look. The Syndics have penetrated deep within the star system, but they haven’t wiped out the Alliance defenders or heavily bombarded the Alliance facilities here.”

“Bait,” Geary breathed.

“Right. If they’d wiped out the defenders and destroyed most of the facilities in this star system, we might well hang around this jump point when we arrived, knowing that the Syndics would have to come back here through us sooner or later. But if there’s still someone and something to save—”

“We’re going to come charging at them.” Geary ran a finger across his display, imagining the fleet movements. “When they see us, they wait until the right moment, then they hit the remaining defenders hard enough to wipe them out and send those heavy cruisers toward the hypernet gate. The rest of their force heads for the jump point, tearing past us. By the time we know what’s happening, the shock wave is on its way, and the Syndics can jump out just ahead of it. If we hadn’t already figured out they intended to collapse the hypernet gate here, their plan might well have worked.”

“They get us and the entire star system.” Desjani looked ready to kill Syndics with her bare hands. “How can they be sure the gate does enough damage though? That’s the flaw in their plan.”

“It’s possible to scale up the level of an energy discharge from a gate collapse just like it’s possible to scale it down,” Geary replied. He didn’t look back at Rione. When Cresida had worked up the calculations on how to scale down a gate energy discharge, she’d had to work up the reverse solution as well. Geary had entrusted that doomsday program to Rione, hoping it would never be used by anyone. “We have to assume the Syndics have figured out how to do that, too.”

They’d already been here for fifteen minutes. The enemy wouldn’t see the fleet for another two hours and thirty minutes, but he couldn’t afford to waste another second of that time, since any orders he sent would require the same amount of time to reach the remnants of the defenders in this star system.

The first priority had to be orders to the remaining defenders of Varandal. “This is Captain John Geary, acting commanding officer of the Alliance fleet, to Captain Jane Geary, commanding the Alliance task force defending Varandal. The Syndic objective is to collapse the hypernet gate in this star system by destroying enough of the tethers on the gate. If the gate collapses, the resulting energy discharge will annihilate everything within this star system. We assess that the Syndics plan to collapse the gate using uncrewed heavy cruisers operating on automatic controls since any ship near the gate when it collapses will be destroyed. You are ordered to protect that gate,” his voice caught for an instant before he could say the next part, “at all costs. Protection of the gate takes priority over all other actions, including the destruction of Syndic warships not menacing the gate and protection of other Alliance assets within this star system. Do not allow your force to be eliminated as a threat unless that is required to protect the gate. Hold out. Help is on the way. To the honor of our ancestors. Geary out.”

He'd made it back, reached the star system where his grandniece was located, and his first words to her had been orders to sacrifice herself if necessary to defend the hypernet gate here.

"Are you sure your orders won't be overridden?" Rione asked. "There may still be a surviving admiral within this star system."

"No one's asserted command over Jane Geary yet," Desjani pointed out as if answering something that someone else had said. "But we're back in home territory, and someone might try to order senseless assaults by the defenders or by this fleet." Desjani turned to face her communications watch. "Should any orders come for Captain Geary from any officer senior to him within this star system, I want to ensure that this ship does not develop a serious problem with receipt and relay of incoming messages. Any error would be unacceptable. Under the circumstances, I will personally screen all such messages before receipt is acknowledged and before they are relayed to any other ships in the fleet to ensure they aren't garbled and that Captain Geary isn't distracted at an inopportune moment."

The communications watch-stander seemed momentarily startled, then nodded with a serious expression. "I understand, Captain. If I see such a message, I should pass it on to you alone so that you can see how badly garbled it is."

"Yes. Exactly. You are not to bother Captain Geary with anything like that until we've finished with the Syndics in this star system." Desjani settled back in her captain's seat and saw Geary's expression. "Is there a problem, sir?"

"Only that I may still have been underestimating you, Captain Desjani."

She raised one eyebrow at him. "That can be dangerous, sir."

"I won't argue that." Geary turned, looking toward Rione. "Madam Co-President, while I'm engaging the Syndics, I'd appreciate it if you could find out what we're dealing with in this star system on the Alliance side."

Rione made a noncommittal gesture. "That's already under way. As far as I can tell at this point, I'm the senior political figure present, so you need not worry about additional political thorns in your side for the time being."

"That leaves the Syndics. How do we short-circuit their plans, Tanya?" He already knew the answer, the only one available. "We have to reinforce the defending task force and bring the rest of the fleet against the Syndics. Stop them from collapsing the gate and hurt them badly enough that they can't carry out their plans."

Desjani gave him a challenging look. "You know what battle cruisers do, Captain Geary."

"Yeah." He had twelve battle cruisers left with the fleet, several of those still bearing significant damage. But they had the firepower he needed, and they could get it where it was needed. "How fast can we go without running out of fuel cells once we get to the Syndics?"

She ran the calculations. “Point one four light speed. *Dauntless* is accompanying them?” The question was tinged with worry and hope.

“You bet she is.” He started working up new formations. “We need to split the fleet. One formation consisting of the twelve battle cruisers accompanied by the light cruisers and some of the destroyers. The other made up of the battleships, the heavy cruisers, and the rest of the destroyers.”

“Got it. I’ll make sure the Twelfth Light Cruiser and Twenty-third Destroyer Squadrons stay with the battleships. They’re too low on fuel cells to accompany the battle cruisers.”

“Good catch.” They worked frantically, double-checked their work against each other’s, then Geary transmitted the orders. “All units in the Alliance fleet, execute attached maneuvering orders at time two one zero five.” He paused, eyes running down the list of battleships. *Warspite*. She’d done very well. “Captain Plant, you are designated the commander of the battleship formation. If something happens to me, you are to make every effort to prevent the Syndics from destroying the hypernet gate here.”

“I understand,” Plant replied several seconds later. “Good hunting, sir.”

Rione was by his side again, speaking urgently in a hushed voice only he could hear. “Captain Geary, you can’t send *Dauntless* into that kind of danger.”

“Madam Co-President,” he responded in equally quiet tones, “if that hypernet gate collapses, then *Dauntless* will be in peril no matter where in this star system she is located. We have to stop the Syndics from succeeding in that, and *Dauntless* is now one-twelfth of my battle-cruiser force. She is needed with her sister ships.”

Rione exhaled in exasperation but didn’t argue further, going back to her observer’s seat.

“Thank you, sir,” Desjani breathed.

“We need to beat the Syndics and survive, Captain Desjani. Can we do that?”

“We’ll do our damndest, sir.”

On the display the smooth shapes of the Alliance subformations came apart, roughly half of the ships collapsing in toward a single disc holding every surviving battleship and the heavy cruisers along with a healthy number of destroyers. The battle cruisers, most of the light cruisers, and the rest of the destroyers surged forward, sliding together into their own smaller disc as all of them accelerated along a vector aimed at reaching a projected position between the Syndic reserve flotilla and Varandal’s hypernet gate.

Geary felt a thrill as the battle cruisers surged forward, hurtling toward the enemy at an acceleration that battleships could never match. He’d never really experienced the charge of a massed battle-cruiser formation, and even though the rational part of him saw the weakness of the armor and shields in the battle cruisers and knew this



force couldn't sustain much more damage, his emotions watched the display as the battle cruisers charged and felt an irrational thrill at the courage and glory of it all.

It wasn't smart, but by his ancestors, it was magnificent.

He wondered how many of the battle cruisers would survive this charge.

## TWELVE

MORE messages to send, one to the enemy. “Give me a link to the Syndic flagship.” A moment later, the link established, Geary put on his best “hero out of legend” look as he sent his message. “To the CEO commanding the Syndicate Worlds reserve flotilla, this is Captain John Geary. We know from whom your flotilla has been defending Syndicate Worlds space on the border on the far side from the Alliance. You know that the Alliance did not collapse the hypernet gate at Kalixa. You know who did. Don’t serve their aims. You will not be permitted to carry out your orders in this star system. To the honor of our ancestors. Geary out.”

It probably wouldn’t work, but it was worth trying.

Another message. “To the Alliance command center in Varandal, this is Captain John Geary, acting commanding officer of the Alliance fleet. I will attempt to defeat this Syndic flotilla and request any assistance you can provide. Be advised that the Syndic goal is to collapse the hypernet gate here, producing an energy discharge of nova-scale intensity. To the honor of our ancestors. Geary out.”

Desjani got his attention. “Cresida is broadcasting her package. It’s going out to everyone in the star system.”

“Good.” He took a moment to think, watching his ships move through space, the arcs of their paths forming a brilliant web on the display. The battle cruisers were swinging out wide, the battleships cutting in through the star system, aiming to reach positions on either side of the Syndics.

Should he have said something else to his grandniece? But what could he say in the middle of battle? *You’ve probably noticed that Repulse isn’t with the fleet. That’s because your brother probably died covering the fleet’s retreat from the Syndic home system. He gave me a message for you, by the way.*

No. Anything personal would have to wait. Jane Geary didn’t need the distractions. Neither did he. Until this engagement was over, he was the fleet commander first, Captain John Geary second, and the granduncle of Jane Geary a distant third.

The battle cruisers were settling into formation with their light cruisers and destroyers, the battleships already falling behind. After the rush of activity, there would be a long period of waiting. Even at their higher velocity, it would take the battle cruisers twenty-five hours to reach their goal, an orbit between the Syndics and the hypernet gate. In about two and a half more hours, the Syndic reserve flotilla would see the arrival of the Alliance fleet. It would be a little less than three additional hours before the Alliance fleet saw how the Syndics reacted to that.

Geary called the fleet. “Stand down from combat imminent status. Rest your crews.”

“Sir, *Howitzer* is requesting instructions.”

He accepted the message, seeing *Howitzer*'s commanding officer's jaw drop as she saw Geary. “What were your orders, Captain?” he asked.

It took *Howitzer*'s commanding officer a moment to recover. “Uh, sir, we had orders to maintain position near this jump point, acting as scout and courier as necessary.”

“Very well. I understand that's not the most glamorous assignment, but it's a very important one. Remain on station. If the Syndics succeed in causing the collapse of the hypernet gate here, you'll see them destroying the tethers. Do not wait to view the collapse of the gate. If you do, you'll be destroyed by the wave front coming out of it. You'll be able to tell when it's close to collapse. You'll have to jump before that and report that Varandal has probably been destroyed.”

“Y-yes, sir.”

“Thank you.” Geary sat and gazed at the display after the image of *Howitzer*'s captain vanished, thinking of everything that could go wrong. “Tanya, what should the battle cruisers' fuel-cell reserves be at when we meet the Syndics?”

“Roughly fifteen percent, sir, more or less depending on what the Syndics do.”

“How many fuel cells does the fleet use in a typical engagement?”

Desjani spread her hands. “One of your typical engagements or one of the engagements before you assumed command, sir?”

“Mine.”

“You don't have a typical engagement, sir.” She smiled encouragingly. “We can do it with fifteen percent.”

“If faith were fuel cells, Captain Desjani, you could power this entire fleet.”

“I'm not the only one with faith, Captain Geary.” Her eyes indicated the watchstanders on the bridge, who were calmly or excitedly discussing events. None of them betrayed dread or uncertainty. “They don't fear the outcome here.”

About five hours later Geary watched his display. In a window there, Captain Jane Geary was acknowledging her orders, her posture and voice stiff, her eyes blazing. She had a haggard appearance, obviously worn by the extended battle that had been fought here before the Alliance fleet arrived. He'd known that because of the century he'd spent in survival sleep, Jane Geary had aged more years than he despite being his grandniece, but it was still odd to see her a bit older than he, her great-uncle. “This is Captain Jane Geary, acknowledging orders from the acting fleet commander. Understand we are to fight to the death to prevent the Syndics from destroying the hypernet gate. Geary out.”

She avoided saying his name, but she wasn't disputing his authority. For a moment Geary felt a twinge of resentment that Jane Geary hadn't saluted, then recalled that no one outside of the fleet would use a gesture that he had reintroduced

to the fleet. Her omission hadn't been an insult.

Jane Geary had clearly understood the orders to stop the Syndics at all costs. Had she also understood that she had to keep her task force from being destroyed for as long as possible consistent with that?

"Are you all right, sir?" Desjani asked casually.

"I'm just wishing my family reunions could take place under less stressful circumstances. Wait. The Syndics are reacting." Two and a half hours ago, the Syndic reserve flotilla had altered course, angling down and over toward the hypernet gate. Geary ran the courses out, seeing that the Syndics would reach the gate before his battle cruisers could. "It's up to Jane Geary. Can she slow them down?"

"Let's hope so."

The remaining defenders in the *Dreadnaught* task force had fallen back before the Syndics, maintaining their distance as the enemy headed for them and the hypernet gate. Geary watched as the retreat continued for almost half an hour, wondering what Jane Geary would do.

The answer came as the display reported mine strikes against ships of the Syndic reserve flotilla. "Nice," Desjani approved. "They waited until the Syndics were fixed on a course pursuing them, then laid mines in their wake. Look. That Syndic battle cruiser took three hits."

"They lost one of their heavy cruisers, too," Geary noted. None of the other Syndic warships seemed crippled, but even that small blow helped even the odds a bit.

But the Syndics kept coming, until fifteen minutes later another flurry of mine strikes took out two HuKs and damaged several other ships. "How many mines has she got?" Desjani wondered.

"The Syndics are probably asking themselves the same question."

This time the Syndic reserve flotilla didn't hold course, instead accelerating and climbing to alter its intercept of the *Dreadnaught* task force. But the Alliance ships responded by coming around and dodging to one side, putting the Syndics into another stern chase, this time at an angle away from the hypernet gate. "She's trying to draw them off," Desjani noted approvingly. "She is a Geary."

But the entire Syndic reserve flotilla didn't pursue. Instead, the Syndic box split, with a half dozen battleships, two battle cruisers, and a bevy of escorts wearing around to go after *Dreadnaught* while the rest of the Syndics continued toward the hypernet gate.

"What's she—?" Before Geary could finish the question, *Dreadnaught*, *Dependable*, *Intemperate*, and their escorts had come around again, charging at the Syndic warships pursuing them. The odds were still far too bad, though. He waited with a sick feeling, knowing that whatever had happened had taken place two hours

ago.

Then the two groups of warships were diverging again, with no losses visible on either side. “She avoided them. They expected her to charge straight at them and instead she dodged enough to one side to avoid any hits on her force.” Desjani was watching the display with an intrigued look. “Sir, *Dreadnaught* is deliberately avoiding the Syndics. She’s figured out that as long as her warships are anywhere near that hypernet gate, the Syndics can’t send the heavy cruisers to collapse it while the rest of them run, because *Dreadnaught* and her companions could finish off the heavy cruisers easily.”

“Some of the Syndics would have to agree to a suicide mission,” Geary agreed. “This isn’t like at Lakota. Those ships know what will happen when they drop that gate. Could the Syndic reserve flotilla commander convince enough ships to stay near it anyway to protect against the *Dreadnaught* task force?”

“I doubt it. A small group of Special Forces commandos on suicide missions are one thing, but ships’ crews? That’s not in the job description.”

He called down to Lieutenant Iger. “I need to know your assessment of whether or not Syndic ships would knowingly undertake a suicide mission.”

Iger shook his head. “Not typically, sir. Fighting to the death, yes. But Syndic ships usually are not known to conduct suicide missions.” He paused. “There’s something that may bear on this, sir. The Syndic prisoner aboard *Dauntless* has been receiving medical care. The doctors tell us she’s traumatized by witnessing the destruction of Kalixa Star System and needs sedation to sleep.”

“I’m not too surprised to hear that, Lieutenant,” Geary said, “but how does that bear on the current situation?”

“Sir, remember that she told us that the Syndic CEOs in the reserve flotilla ordered her to send them copies of her cruiser’s records of that event. That means Syndic officers in the reserve flotilla, some of them anyway, have seen the events at Kalixa that had such a strong impact on our prisoner.”

“I see.” If viewing the relatively less horrible scenes at Lakota had created revulsion in his own officers, what effect would viewing something worse have on the Syndics? “I assume the reserve flotilla CEOs are keeping those records under wraps, though.”

Iger smiled. “They’re surely trying, sir. But Syndic systems are just like ours, riddled with back doors and unofficial subnets. You can’t build and maintain nets that complex without creating the means for such things, and we know personnel in the Syndic forces exploit them just like our people do.”

“So maybe a lot of Syndics in that flotilla have seen those records from Kalixa. Thank you, Lieutenant.” He looked back to Rione and filled her and Desjani in on what Iger had said.

Desjani nodded when he finished. “I know seeing what happened at Lakota cured me of any lingering desire to collapse a gate using *Dauntless*.”

“Can’t the Syndic CEOs in command of the flotilla assume automated control of any ship?” Rione asked. “They did that at Sancere.”

“They could,” Geary agreed, “but the crews of those Syndic ships at Sancere managed to regain some control before they were destroyed. I think it’s safe to assume the crews of these Syndic ships are primed to override any automatic controls. They already know the consequences if they don’t.”

“Then as long as *Dreadnaught* avoids destruction, we’ve got a chance,” Desjani exulted.

“Looks like it.” Geary sent another message to *Dreadnaught* summarizing their latest assessment. “I have to admit that I’m surprised that Jane Geary is avoiding engaging the Syndics. It’s exactly what we need her to do, but it’s not characteristic of, uh . . .”

“The way this fleet fought before you came back?” Desjani asked. “It isn’t. We wondered why a Geary was in command of a battleship rather than a battle cruiser, remember? There’s your answer. Insufficiently aggressive.”

Meaning she thought about tactics instead of relying upon head-on charges against the enemy. *Dreadnaught* and *Dependable* were both living up to their names, but *Intemperate* wasn’t. Geary felt a renewed hope that he’d get a chance to know Jane Geary. He checked the time remaining until the Alliance battle-cruiser force’s arrival in the vicinity of the Syndic flotilla. Nineteen hours. “Captain Desjani, have we heard anything from the authorities in Varandal?”

“No, sir.”

“Not even any ‘garbled’ messages?”

“No, sir. We haven’t picked up any orders sent to *Dreadnaught*, either. It looks like they’re going to let you run this battle.”

“Lucky me. How much longer until the *Illustrious* task force shows up here, do you think?”

Desjani frowned in thought. “Another several hours at the earliest. After picking up the escape pods in Atalia, they couldn’t accelerate up to anything near point one light without nearly draining their last fuel-cell reserves. Badaya’s no genius, but he isn’t stupid enough to do that.”

Geary adjusted the courses of his battle cruisers to reflect the movements of the Syndics, then sent a similar adjustment to the battleships. There wasn’t anything else he could do at the moment except watch the Syndics keep trying to engage the *Dreadnaught* task force while the Alliance ships kept dancing out of reach.

They were still ten hours from reaching the vicinity of the Syndic reserve flotilla when the Syndic CEO apparently lost all patience. The Syndic box formations came

apart as nearly every ship within them went after the *Dreadnaught* task force independently. Only four Syndic battleships remained in a formation, positioned around ten heavy cruisers with a cluster of light cruisers and HuKs providing additional escort. “There are the heavy cruisers they’re going to use against the gate. Dodging all of those other ships is going to be hard for *Dreadnaught*,” Geary commented with a tight feeling inside. Against faster and more maneuverable battle cruisers, cruisers, and HuKs coming from multiple directions, battleships couldn’t hope to evade for long.

The *Dreadnaught* task force didn’t try. Instead, the Alliance defenders accelerated onto a vector aimed at the small Syndic battleship/heavy-cruiser formation, boring right through the swarm of Syndic combatants between themselves and their targets.

First one, then two, then three Alliance destroyers blew apart or reeled away, all systems dead. The sole light cruiser with *Dreadnaught* came apart under fire from a dozen Syndics racing past. An Alliance heavy cruiser shuddered as numerous missiles hit, then exploded. *Intemperate* took hit after hit, but kept going. Another destroyer shattered into fragments.

Then the Alliance task force was through the enemy throng and bearing down on the small Syndic formation.

The four Syndic battleships threw out missiles and grapeshot, but the Alliance ships had split and managed to avoid too many hits. Another Alliance heavy cruiser and two more destroyers blew up under the barrage, though.

The *Dreadnaught* task force tore through the Syndic formation, the battleships *Dreadnaught* and *Dependable* screening the battle cruiser *Intemperate* from the fire of the Syndic battleships, while every Alliance ship focused its fire on the Syndic heavy cruisers.

Geary watched the formations diverge, waiting with a sick feeling to see the display update as the fleet’s sensors evaluated the results.

“Wow,” Desjani commented. Eight of the ten Syndic heavy cruisers were gone, either blown apart or knocked out. “Give that woman command of a battle cruiser. So much for the Syndic plan. They’re going to need to decrow some more heavy cruisers.”

“Yeah.” Geary shook his head as he looked at what was left of the *Dreadnaught* task force. *Dreadnaught* and *Dependable* had both taken damage but remained formidable. Hits to *Intemperate* had taken out almost half her weapons and slowed her to the point where she could just keep up with the battleships. Of the escorts, only two heavy cruisers and a sole destroyer had survived the latest firing pass. “She can’t do that again.”

“Maybe one more time,” Desjani disagreed. “But only the two battleships would make it through. If she’s smart, she’ll try to avoid the Syndics for a while.”

The mass of independently maneuvering Syndic warships had come around and was trying to intercept the *Dreadnaught* task force once more, but the diminished Alliance formation had kept on toward the hypernet gate. “It’ll take them a while to catch those ships,” Geary said, “but not nine hours.” The engagements with Varandal’s defenders before the fleet arrived had cost the Syndics as well as the Alliance. But after the latest clash, the reserve flotilla still boasted fourteen battleships, eleven battle cruisers, eight heavy cruisers, thirty-three light cruisers, and eighty-five HuKs. “Eight heavy cruisers left. Would that be enough for the Syndics to collapse the gate?”

“That depends how long they had to keep shooting.” Desjani shook her head. “That CEO has got to be realizing that he or she can’t stick with the original plan. *Dreadnaught* and her companions are buying us too much time. The Syndics are going to do something different.”

Geary’s unease suddenly crystallized. “They’re going to try to defeat this formation, then take out our battleships when they get here. After that, they can take as long as they need to nail what’s left of the *Dreadnaught* task force, then blow the gate at their leisure.”

Desjani nodded. “It’s what I’d do.”

“But we don’t have enough fuel-cell reserves to run rings around the Syndics until the battleships catch up.”

“Do the Syndics know that?”

“Let’s hope not.”

Seven hours out. Four Syndic battleships had continued in pursuit of the *Dreadnaught* task force. The rest of the Syndic reserve flotilla was re-forming into the conventional box formation, the surviving heavy cruisers well protected in the center. Geary pondered options, knowing that if he tried ramming his battle cruisers through the center of that Syndic box to get the heavy cruisers he might succeed, but that none of his battle cruisers might survive to exit on the other side of the Syndic flotilla.

Six hours from contact. The Syndic reserve flotilla, its box formation tight and compact, turned toward the oncoming Alliance battle cruisers. “You called it, Captain Desjani. We’re outnumbered two to one in capital ships, but more importantly with all those battleships, the Syndics have at least a three-to-one advantage in firepower and armor.” His eyes went to the four Syndic battleships that had been chasing the *Dreadnaught* task force but had altered course to form a screen between the Alliance ships and the main Syndic formation.

It was as if Desjani read his mind. “Four battleships. We can take them.”

“If we do it right.” He looked at the position of the Alliance battleships, coming on steadily but over an hour behind the battle cruisers. Fuel-cell reserves were



dwindling on every ship. Geary focused on *Rifle*, now at 6 percent reserves, the lowest in the fleet. “I should have left *Rifle* at the jump point.”

“Her crew would never have forgiven you.”

He set up the approach carefully, adjusting the battle cruisers so they seemed to be heading straight for a clash with the Syndic box, bringing the battleships’ vector over a little so they’d reach the Syndics at the right time, finding the right point at which to change course again.

“How much longer?” Rione asked. She’d been sitting so quietly for so long that it was easy to forget she was there at the back of the bridge.

“The Syndics are coming at us now,” Geary explained “Two hours, forty minutes to contact, give or take a few. They’ll get their surprise at two hours, twenty minutes.”

“They may expect it,” Desjani pointed out. “*Dreadnaught* ’s been doing the same thing.”

“Good point. We’ll dodge in an unusual way.”

At one hour from contact, the *Dreadnaught* task force had altered course to close the four Syndic battleships, which in turn had come around to confront the small Alliance task force. With *Dreadnaught* only about fifteen light-minutes distant, Geary sent more orders. “Captain Geary, this is . . . Captain Geary. Avoid closing on the four Syndic battleships at this time. We’re coming that way and will see if we can even up the odds for you.”

No acknowledgment came back even though the transit times for messages between *Dreadnaught* and *Dauntless* were only fifteen minutes each way now. With less than half an hour to contact with the Syndic reserve flotilla, Geary couldn’t spend time worrying about whether or not Jane Geary would do as directed. “All units in Alliance formation Indigo One. We’re going to bypass the main Syndic formation this time, hit those four battleships, then come back and hit the flotilla. Save your remaining expendable munitions for the firing pass against the flotilla.”

Twenty minutes to contact, the Syndic reserve flotilla and the Alliance battle cruisers were only four light-minutes apart as they tore toward each other at a combined pace of point two light speed, the Syndics having cut their velocity to point six light speed to keep relativistic distortion from reducing their chances of hitting the Alliance warships. Geary waited, not yet happy with the maneuvering solution.

Fifteen minutes to contact. Ten minutes. “All units in Formation Indigo One, turn port two zero degrees, down one five degrees at time zero four zero nine.”

The Alliance battle cruisers and their escorts yawed left, away from the star Varandal, and down, aiming below the plane of the star system. It had literally taken a minute for the Syndics to see the light showing the Alliance fleet dodging, by which time the two forces were less than seven minutes from contact. Geary tapped his

controls again. “All units in Formation Indigo One, turn up two zero degrees at time zero four one three.”

The Syndics would be altering course themselves, angling down and to the side to intercept the Alliance battle cruisers, but the battle cruisers were already bending their track upward as the minutes to contact spiraled down to seconds. “The Syndics have fired missiles and grapeshot,” the combat-systems watch reported.

The Syndic firing pattern had been aimed at where the Alliance force was going, and had assumed that if they evaded further, it would be to continue downward at a steeper rate. As a result, the Syndic weapons shot by well beneath the Alliance battle cruisers as Geary leveled them out again, aimed at the four isolated Syndic battleships.

Behind the Alliance battle cruisers, the Syndic flotilla’s box began coming around so hard that a light cruiser suddenly came apart under the stress as its inertial compensators overloaded.

“Make them mad, make them stupid,” Desjani commented. “You know, not too long ago I would have been really upset at just playing tag with these guys instead of hitting them head-on, but imagining what that Syndic CEO is saying right now is great compensation.”

“Thanks.” The four Syndic battleships would be waking up to their peril right now, realizing that twelve battle cruisers were coming straight for them from one angle while the *Dreadnaught* task force was boring in from the opposite direction as well. “This is what happens when a commander keeps compromising in an attempt to follow an original plan even though the situation is changing drastically. That CEO never should have split his forces that way instead of focusing on either us or the *Dreadnaught* task force.”

The Syndic reserve flotilla was still coming around fifteen minutes later when the Alliance battle cruisers braked heavily down to point one light speed and swept past the four Syndic battleships, hammering the closest battleships with repeated volleys of hell lances, followed by null fields from the rearmost battle cruisers.

“Two down,” Desjani announced triumphantly as one of the Syndic battleships exploded and the second drifted helpless. *Dauntless* was still shaking from several hits on her shields.

Despite the overwhelming local superiority in Alliance firepower, *Leviathan*, *Implacable*, and *Brilliant* had taken significant damage, too. “*Dreadnaught*, the other two battleships are yours for now,” Geary sent as he brought the Alliance battle cruisers around again.

As the battle cruisers steadied out on a vector aimed at the Syndic reserve flotilla’s box, which was coming back toward them at a full point one light speed, an alarm sounded on *Dauntless*’s bridge. “Captain, we just hit ten percent on fuel-cell

reserves,” the engineering watch reported. “The ship’s maneuvering and combat systems are recommending we disengage and refuel immediately.”

“Why didn’t I think of that?” Desjani remarked sarcastically. “The systems’ recommendation is noted.”

“Uh, Captain, the systems are warning that if their recommendation is disregarded they will enter an automatic note in the log that the commanding officer is hazarding the ship.”

“Tell the systems where they can stick their warning, Lieutenant.”

“Captain? How—?”

“Use the override!” Desjani glanced at Geary. “You might want to try wrapping up this battle before too much longer.”

“I’ll see what I can do.” Ahead, the Syndic reserve flotilla was coming on fast. Behind the Syndic box, the Alliance battleship formation was closing the distance to the engagement.

“The *Dreadnaught* task force is engaging the two isolated Syndic battleships, but they’re trying to rejoin the main Syndic formation.”

The Syndic box still contained ten battleships and eleven battle cruisers, though two of the battle cruisers had taken beatings earlier. Six of the battleships were in the center, around the remaining heavy cruisers, with the other four posted one to a corner along with either two or three battle cruisers.

Judging from the movements of the Syndic flotilla, which showed that its commander was angry and frustrated enough to be reckless and impulsive, Geary duplicated his previous dodge down and to the left, but then brought the battle cruisers up and right enough to aim for where a corner of the Syndic box should pass if its commander assumed the Alliance ships were trying the same maneuver.

The maneuver worked, the Syndic missiles and grapeshot this time passing over the track of the Alliance battle cruisers as they flashed into contact with a corner of the Syndic box anchored on one battleship and two battle cruisers.

The opposing forces shot past each other in a fraction of a second, automated systems aiming and firing. As they drew apart again, Geary saw that the two Syndic battle cruisers were out of action and the battleship significantly damaged.

It took him a second longer to notice the gap in the Alliance formation. The gap where *Furious* had been. Back where the forces had engaged, a spreading cloud of fragments marked her remains.

Desjani’s voice came out flat. “They must have concentrated their fire on *Furious*. She suffered a core overload. Nobody could have gotten off. Damn.”

For a moment Geary had visions of Captain Jaylen Cresida as he’d first seen her, in the Syndic home system, unhesitatingly backing him against the opposition and doubts of others, and as he’d last seen her in Atalia, with the design she’d created to

save humanity from its own follies in building the hypernet without understanding the risks posed by the gates.

Then he shook it off. *Not now*. There'd be time to grieve later. "*Dragon* is seriously damaged, and *Implacable* took more hits." Eleven battle cruisers left and half of them with seriously degraded capability owing to damage.

Geary's eyes went to his battleships, one light-minute distant as the Syndic box came around again. Eighteen of them, with plenty of escorts. His mind worked instinctively to adjust the vector of the battleships given the small time delay remaining between them and *Dauntless*. "Formation Indigo Two, come right zero zero three degrees, down zero two degrees."

The Syndic flotilla commander, focused on the Alliance battle cruisers, must have been rudely shocked when he or she realized that the Alliance battleships had reached the engagement. The Syndic box had barely steadied out to pursue the Alliance battle cruisers again when the Alliance battleships went through one side of it, their massive firepower ripping into the two Syndic battleships and six Syndic battle cruisers anchoring the flotilla there.

In the wake of the Alliance battleships, all eight Syndic capital ships were knocked out, some of the battle cruisers literally blown apart in vengeful counterpoint to the fate of *Furious*.

But Geary's jubilation was cut short by a report from the operations watch. "*Rifle* has exhausted her fuel cells. Her power core has shut down. *Culverin*'s power core has begun shutting down. The rest of the Twenty-third Destroyer Squadron has less than five minutes' power estimated remaining. The ships of the Eighth Light Cruiser Squadron report fuel-cell exhaustion and power-core shutdowns imminent."

On the display, the two Alliance destroyers were drifting, their primary systems off, helpless. "How long can the emergency backups maintain life support?" Geary asked.

"Twelve hours," Desjani replied immediately. "I thought we might need to know that. This engagement should be decided before then."

"Damn right." He ordered the battleships back around, watching their formation shed increasing numbers of power-deprived destroyers and light cruisers, whose momentum was carrying them along the former track of the Alliance ships.

He felt everyone's eyes on him, and he didn't have to view the fleet-status readout to know how close his battle cruisers and battleships were to running out of fuel cells, too. At that point the Alliance's advantage in numbers would be meaningless as almost all of its ships in Varandal would be sitting ducks.

The Syndics were between the Alliance battle cruisers and the Alliance battleships now, the battle cruisers between the Syndics and the jump point for Atalia, but the Syndics weren't making any major course alterations, just trying to re-form

their flotilla's box after its side had been smashed in.

"They have to know we're running out of fuel cells," Desjani muttered.

"They've only seen escorts run out. We have to make them think our capital ships still have plenty of reserves." Geary punched his controls. "Formation Indigo One, immediate execute come left one nine zero degrees, up zero one two degrees, accelerate to point zero six light speed." *Dauntless's* structure groaned as the ship whipped around in as tight a turn as the inertial compensators could handle. All around her, the remaining Alliance battle cruisers followed suit, steadying out aimed at the still-ragged side of the Syndic box. "Concentrate fire on the leading Syndic ships!"

They blew past the edge of the Syndics, *Dauntless* shuddering again from hits. "*Valiant* reports heavy damage. *Daring* has lost all weapons but hell-lance battery three bravo and her null-field generator. *Implacable* has lost propulsion and maneuvering control."

Geary kept his eyes on the display, watching the results of the latest firing pass. One of the surviving Syndic battleships had been pounded into scrap, and the single Syndic battle cruiser wearing toward that side of the formation was gone.

The Alliance battleships were coming around, Geary's display flashing warnings about their low fuel-cell reserves, but to all external appearances still a hammer ready to bludgeon the Syndics again. The Alliance battle cruisers, now on the same side of the Syndics as the battleship formation, kept on toward the Alliance battleships as more light cruisers and destroyers fell away not from damage but from core shutdowns. *Dreadnaught*, *Dependable*, and *Intemperate* were only two light-minutes distant now, but though they had plenty of fuel-cell reserves, all three ships had suffered from their earlier encounters with the enemy.

Another alert pulsed. Geary's eyes went to the flashing symbol on his display. "Friendly ships at the jump point from Atalia. We just got light showing the arrival of the *Illustrious* task force." He looked back at the Syndics, waiting to see their reactions.

They swung a short way right, then accelerated, leaving some crippled ships behind to spit out escape pods. "They're running." Desjani was grinning. "They saw the ships with *Illustrious* but haven't evaluated how damaged they are. The Syndics just saw more Alliance battleships and battle cruisers arriving, they see us behind them looking ready to kick their butts again and positioned between them and the hypernet gate, and they're *running*."

He couldn't believe it, watching to see if the Syndics turned again, but they kept going, accelerating as fast as they could. Seven Syndic battleships and two battle cruisers, with their surviving escorts, heading for the jump point for Atalia like bats out of hell.

“Tenth Light Cruiser Squadron and Third Destroyer Squadron report all ships reaching fuel-cell exhaustion. Heavy cruiser *Camail* reports fuel-cell exhaustion.”

Desjani began laughing, and Geary looked at her in amazement.

She was pointing to her ship’s fuel-cell reserve status, which was fluctuating between 1 and 2 percent. Abruptly Desjani stopped laughing and made an abortive lunge toward him, then caught herself, made a fist, and swung a punch onto Geary’s shoulder. “*You did it!* By the grace of the living stars you did it!”

“*We did it,*” Geary corrected, rubbing his shoulder and suddenly feeling on the verge of hysterical laughter himself. “Everyone in this fleet.” He became aware of cheers resonating through *Dauntless*’s hull. The crew celebrating.

For a moment Geary felt his memories of *Merlon*’s last moments crowding in again. He hadn’t been able to save his heavy cruiser, he hadn’t been able to get her crew home. No matter what anyone else said of the battle at Grendel, long ago for them and all too recent for him, he had always felt that he had failed. Failed his ship. Failed his crew. But not this time.

“Sir?” Desjani asked, still grinning but now puzzled as she looked at him. “Is something wrong?”

He smiled back. “No, Tanya. I was just remembering something.” Somehow he knew that even if the flashbacks to *Merlon*’s last moments came again, they would never hold the same pain.

“Captain?” the operations watch reported. “There are three fast transports towing some construction platforms on their way toward the hypernet gate.”

Desjani sobered, taking a deep breath. “Captain Cresida’s safe-fail system. They’re getting it installed. May your ancestors welcome you with the honor you deserve, Jaylen. Say hello to Roge for me.”

“Her husband?” Geary asked, trying to control his voice. The stress and emotions of the moment, good and bad, felt almost overwhelming.

“Yeah. Ever since he died she’d always been sure he’d be waiting for her.” Desjani wiped one eye with a rough gesture and turned to her watch-standers. “Initiate maximum energy conservation measures until we get more fuel cells aboard.”

Stung into remembering more critical tasks left to do immediately, Geary hit his controls. “All units in the Alliance fleet, brake down velocity as much as possible without going below one percent fuel reserves.” He called up another circuit. “All Alliance assets within Varandal Star System, this is Captain John Geary, acting commander of the Alliance fleet. The fleet’s ships are extremely low on fuel cells. Some of our ships have already been forced to shut down their power cores. Request all available assets assist in providing fuel cells to the fleet’s ships on a maximum-priority basis. To the honor of our ancestors. Geary out.”

Another message. “*Dreadnaught*, shadow the retreating Syndics with your task force.” *Dreadnaught* wouldn’t be able to catch the Syndics with the lead the fleeing enemy had, but it wouldn’t hurt to keep the Syndics under a little pressure.

One more. “Captain Badaya, the Syndics are fleeing toward the Atalia jump point. They may try to sweep you up on their way out. Avoid contact with them. We’ll get them all another day, and I want the ships with you along with the fleet when we do.”

Rione had been sitting still, staring blankly before her, but she finally came out of her daze, looking at Geary as if not sure what she was seeing. “Congratulations. The fight’s not over, but you’ve already done the impossible.”

The war wasn’t over, but the Lost Fleet was home.

GEARY stood in his stateroom, facing the display now centered on Varandal, the ships of the fleet orbiting in a swarm about the star. For the first time since he’d assumed command of the fleet, it was in friendly territory with no immediate threat to its existence. The planets and cities and facilities he saw would help the fleet, not pose a danger to it.

Twenty-four hours had made a big difference. Two hours ago the retreating Syndics had jumped out of Varandal, still running as if the demon from inside a black hole was pursuing them. While the Syndics still fled, in the wake of Geary’s message for assistance, spacecraft of all types had swarmed out from Varandal’s worlds, colonies, and orbital facilities hauling whatever fuel cells they could carry. Now none of his ships were in danger of running out of fuel cells, and those that had run out were powered up again. The most badly damaged warships were already reaching the extensive space docks and repair facilities Varandal boasted.

He felt a heaviness inside thinking about the warships and sailors who had died on the very threshold of home. *Furious* hadn’t been the only loss, though it had struck him most deeply. The heavy cruisers *Kaidate* and *Quillion* had sustained too much damage to be saved, the light cruisers *Estocade*, *Disarm*, and *Cavalier* had been blown apart during the battle cruisers’ firing passes against the Syndics, and the destroyers *Serpentine*, *Basilisk*, *Bowie*, *Guidon*, and *Sten* had either been shattered or exploded during the engagement. Those had just been the ships attached to the fleet, not counting those that had died in the earlier defensive battles at Varandal and alongside *Dreadnaught*. And it didn’t include the sailors killed or wounded on ships that had “only” been damaged during the battle. Numerous other warships would only be saved because they had been so badly hurt in friendly space.

But the fleet was home. Not exactly safe, and too many ships, men, and women had been lost along the way, but it was home.

There’d been a time when he’d imagined this moment and seen himself gratefully

relinquishing command of the fleet. Exactly what he would have done then had always been vague. Aside from a wistful desire to see the planet Kosatka again, Geary hadn't had any idea where he might find any peace or refuge from the legend of Black Jack.

That had changed. He'd seen where duty led, where honor required him to go, and he'd sworn an oath to someone who mattered a great deal to him. He could still try to walk away from it, try to leave behind his concepts of honor and duty, cast aside his promise. But if he did, the killing would surely go on, the war would continue as it had for decade upon decade, and he would lose the one thing, the one person, whose presence made this hard and violent future a place where he nonetheless wanted to be.

Looked at that way, the decision wasn't all that hard. Perhaps he was being delusional, suffering from the Geary Syndrome doctors had defined in decades past, believing only he could save the Alliance. But people he trusted told him he was the only one with a chance to end the war. He believed them in everything else. He had no choice but to believe them in this.

So he looked on the fleet and wondered if he could retain command of it and convince his superiors of what needed to be done.

"It was worse than I feared," Rione was saying. "My contacts here say that in the last few months, as the Syndics broadcast claims that they'd destroyed the fleet and word leaked out that the fleet actually was presumed lost in enemy territory, civil disobedience and demonstrations erupted in a great many star systems. The people of the Alliance are losing hope." She paused. "They *were* losing hope. If Varandal is any measure, your return with the fleet is generating tremendous optimism."

"Great." He remembered some of the public newscasts he'd seen relayed from the cities on Varandal's inhabited worlds, happy faces declaring the latest information they'd been able to acquire. *Officially, the military and the government refuse to confirm anything, but our contacts within the fleet have assured us that the rumors are true! Black Jack has returned just as legend foretold! He saved the fleet! He saved Varandal! Can he save the Alliance as well? After his miraculous return, anything seems possible for the hero of the Alliance!*

Followed by images of tense official spokespersons. *The government has nothing to add at this time.*

*What about the messages Captain Geary transmitted during the fight with the Syndics at Varandal?*

*The government has no comment at this time.*

*What about the statements from Syndic prisoners from the flotilla that attacked Varandal that Black Jack Geary led the fleet through the heart of the Syndicate Worlds and almost totally destroyed their naval forces?*



*The government will provide more information when it is available.*

*The broadcast from the fleet about the threat posed by hypernet gates has caused considerable concern. Can you confirm that the safe-fail system described in it has been installed at Varandal?*

*The hypernet gate at Varandal is safe. For security reasons we cannot provide any further details.*

*Observations of the hypernet gate here do reveal that some new equipment has been very recently installed. Can you comment on that?*

*No. The hypernet gate is safe.*

“Why doesn’t the government just admit what everybody knows?” Geary asked. “This way they just look stupid.”

“Governments often end up looking stupid when they try to control information. I hope you’re not expecting me to defend their approach this time. Given the number of ships that have left Varandal by jump and hypernet since your arrival, the news must be spreading at a phenomenal rate. And it is good news,” Rione insisted. “The Alliance needs hope, and you embody that hope. Don’t bother looking annoyed. You know it’s true, no matter how irrational you think it is. By definition, hope usually is irrational.”

“I guess I can’t complain about that, considering what I intend proposing to the government,” Geary admitted. “I’m not sure it qualifies as rational.”

“Are you still planning on asking for permission to lead the fleet back to the Syndic home star system?”

“Yes, when I get somebody to talk to me.” Geary turned to look at her. “Any idea how long that will be?”

“It’s hard to say.” Rione appeared thoughtful. “It’s possible the grand council itself will come here to speak with you.”

“That’s ridiculous.”

“No, it’s not.” She exhaled in exasperation. “You’re more powerful than they are. You have to realize that and yet not act as if it is true. They need to see you, hear you in person, decide if you’re a threat to the Alliance or its deliverance. If the grand council comes here, you and I can convince them that you’re not that threat and get approval for the attack on the Syndics. Even I can see that your plan isn’t irrational. I thought Bloch’s plan was unlikely to succeed, but after all of the damage inflicted on the Syndics, if you can get approval within a short time to strike at the heads of the Syndicate Worlds, there’s a chance we might decapitate the beast. But it has to be soon, and it has to be a swift victory. If it’s drawn out long enough for the Syndics to rebuild their own force of warships, I foresee renewed stalemate until both governments collapse.”

Geary nodded. “That’s a real possibility. How do you think they’ll take the news

of the aliens?”

“Poorly. But we have strong evidence. They’ll understand that we need to deal with the aliens as well as the Syndics, and as soon as possible. We have no idea what other attractive traps the aliens could come up with.”

“The aliens have to know that another Kalixa will cost them dearly, and I wouldn’t mind making them pay for Kalixa. I’ll do my best to convince our leaders, then win that victory over the Syndics so we can go have a firm talk backed up by substantial firepower with the aliens.”

“If recent history is any measure, your best may well suffice.” Rione turned to leave, but as she opened the hatch Desjani was just arriving. The two women passed with impassive glances and no words.

“Captain Geary.” Desjani walked to his comm panel and activated it. “You’ll recall those garbled messages I didn’t want you to be bothered with. One came through clearly a short time ago.” She punched receive, and Geary saw an admiral with an outwardly placid expression but nervous eyes gazing out.

“This is Admiral Timbale with a personal communication for Captain John Geary. Everyone in Varandal and the Alliance is naturally overjoyed at your return with the fleet. Overjoyed and . . . uh . . . astounded.” The admiral hastily looked slightly to one side.

“He got off script,” Desjani murmured.

Geary gave her a sardonic look. “Just how did you happen to see a message marked personal for me?”

“I’m the captain of this ship,” she reminded him. “That doesn’t make me a god within the confines of *Dauntless*, but it’s damned close to that. You’d better listen to the admiral.”

“You are to remain in command of the fleet until further notice,” Admiral Timbale continued. “Those warships in Varandal not previously assigned to the fleet are hereby officially transferred to your control.” The admiral flashed an anxious smile. “You have full authority and top priority for arranging resupply and repair of your . . . of the fleet’s ships.”

The admiral hesitated again for a moment. “In light of your many responsibilities at the moment and the continuing imminent attack alert within Varandal, the normal courtesy call on your superior officer is waived. I’ll let you know when we can arrange a meeting. Until then, I hope Varandal can provide everything the fleet needs. Timbale, out.”

Geary frowned at the comm panel. “He doesn’t want to meet with me?”

“He’s probably afraid to,” Desjani remarked. “If he does, he might be accused of plotting with you to overthrow the government. Or he’s afraid you might ask his help in that. Or demand it. Or he might offer his support for a coup and find out that Black

Jack's loyalty to the Alliance wasn't overstated at all. Avoiding meeting with you and avoiding talking to you is far safer for him."

"Hell. After all the times I didn't want to deal with admirals and had to, now when I need to talk to one, he won't talk to me. Is Timbale the senior admiral at Varandal?"

"He's the only admiral left at Varandal," Desjani explained. "As you'll recall, the battles at Atalia and here before we arrived were pretty hard on the admirals commanding the Alliance warships. Tagos died at Atalia and Tethys here. That just leaves Timbale."

"Tagos, Tethys, and Timbale all assigned to Varandal," Geary grumbled. "Why do I suspect the personnel assignment bureau was playing one of its silly games again? Do they still do that?"

"They do." She rolled her eyes. "One ship a few years back kept getting officers with the same last name. More than once I've vowed that if the war ever ended, I'd drop big rocks on the personnel bureau on my way home."

"I'll help."

Desjani waved at the display. "At least you've formally picked up some new ships. Not many escorts survived among the Varandal defenders, but you've got two more battleships now and another battle cruiser. *Dreadnaught*, *Dependable*, and *Intemperate* are all beat to hell, but that just means they'll fit in with the rest of the fleet."

"Yeah, I guess they will. If I can't talk to any admirals, at least with these orders we can get the fleet back in shape as fast as possible. Can I oversee that with the automated systems available?"

Desjani shook her head. "That's too many worms crawling in too many directions. Just tracking repairs on the capital ships is going to be hard. Keeping a handle on work being done on the destroyers is going to be a nightmare given how many there are and how little time we have. Even with every automated assistant available, you'll still need human assistance in tracking things. I recommend drawing on some of the engineering officers on the auxiliaries, but with *Dauntless* not facing the immediate prospect of battle, I can second you a few officers to help out here."

"That won't be a problem?"

"Not at all, sir," Desjani assured him. "My junior officers love extra challenges." The edges of her lips quivered, but she managed to suppress a smile.

"I bet they do. I know how much I loved them when I was a junior officer." Geary stared at the stars, trying to get his mind around everything that needed to be done. "Is there anything else?"

"We've confirmed that a basic form of Captain Cresida's safe-fail system has been installed already on the hypernet gate here. The more sophisticated version is

being prepared. We can't know how the information package Cresida put together is being received in other star systems, but the quick response here is a good sign. The safe-fail design should be spreading exponentially through the hypernet, and from what we've seen in public sources within this star system the images from Lakota are scaring the hell out of people."

"Good. Very good. What about the Syndic hypernet key?"

"It's off *Dauntless* and was delivered to a key-fabrication facility on the habitable world here. They should be duplicating it as we speak."

He shook his head. "I can't believe we got it here. But we're going to need that Syndic hypernet key."

"Which is why we're going to get it back," Desjani added, earning an approving look from Geary. "Once all of the manufacturing data has been confirmed, they'll be returning the Syndic hypernet key to *Dauntless*. Estimated time to return is thirty-six hours. We won't have to keep its location on board a secret anymore, because the Alliance will be able to build as many copies as we want. But we'll have the original again."

"That's great. I was afraid I'd have to kick up a storm to get the thing back." He looked down, steeling himself for the next question. "There haven't been any other messages for me?"

"No, sir. The only messages we've received from *Dreadnaught* were official status updates. Sir." Geary glanced over at her. "She needs time. Jane Geary has to adjust to everything. Then she'll respond to your personal messages."

He closed his eyes for a moment. "We may not have a lot of time."

"Everyone knows that, including her. Remember that Michael Geary had weeks to learn to deal with the fact that you were still alive before you first spoke with him."

Geary opened his eyes but kept them on the stars. "And he still hated me."

"Not at the end! You told me that. I have had communications from *Dreadnaught* monitored in a few unauthorized ways, and I know her commanding officer has been contacting some of the other commanding officers in this fleet. Officers whom Jane Geary knows. Officers whom know you. They'll be telling her about you, about who you really are. Give her time, and she will contact you."

"Those other officers are telling her that I left her brother in the Syndic home star system, and that he's likely dead."

Desjani took a step closer, her voice getting sharper. "Jane Geary is a fleet officer. She knew the risks as well as the rest of us, the same risks we all run. She can't blame you for her brother's death in combat, if that happened."

He breathed a short, sad laugh. "You're assuming she's going to address the issue logically."

"And may the living stars forbid that any Geary act logically!" Desjani shook her

head. “Biologically you’re younger than she is even though you’re her great-uncle. You’re the mountain that has shadowed her entire life. *Give her time.*”

“Okay. It’s not like I won’t have plenty to keep me busy while I wait.”

“That’s right.” Desjani looked around. “Do you want me to bring the junior officers to your stateroom so you can start coordinating repair and resupply activity? There’s room here.”

“Sure. How soon?”

“Give me half an hour to find a couple of junior officers who seem underemployed.” She studied him for a moment. “Have you prayed to your ancestors yet on Jaylen Cresida’s behalf?”

Geary felt a stab of guilt. With so much else going on, that had kept being forgotten or pushed aside. “Not formally, no.”

“Why don’t you go down to the places of worship and do that while you’re waiting for me to get back here?”

The suggestion sounded more like an order, but that didn’t mean it wasn’t a good idea and an overdue obligation. For Jaylen Cresida in particular, and for a lot of other sailors who had fallen in this latest engagement. “Yes. I’ll do that.” He headed for the hatch along with her.

Desjani faced him before walking away, though. “We’re still going back, right?”

“As soon as we can,” Geary agreed. “If I can get approval for it.” He remembered Rione’s words, which summarized the situation perfectly. “We have to win swiftly, or we won’t win at all.”

“Then we’ll win swiftly.”

“Yeah. We will.”

*Or die trying.*